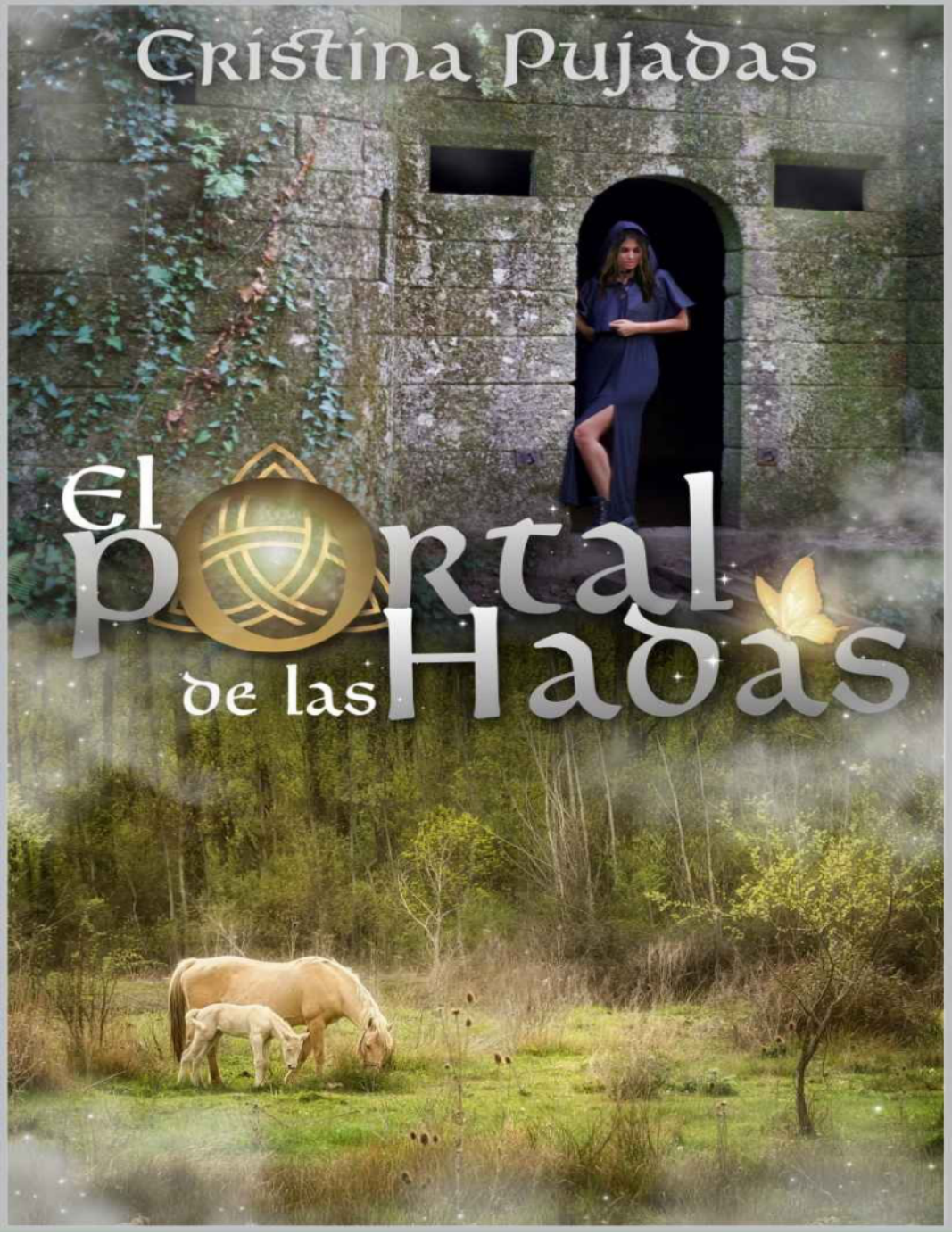
Cristina Pujadas

El Portal de las Hadas



Para ti, yaya, que ya no estás.
Para todos vosotros.
Ahora y siempre.

Saga Sensibles

Cristina Pujadas

Tuatha De Dannan

Según la antigua mitología celta, los Tuatha Dé Dannan fueron dioses celtas que lucharon en Irlanda con los dioses de Fomoré convirtiéndose durante parte de la Edad de Bronce y la Edad de Hierro en los únicos señores de Irlanda.

La Druida *Olvidada*
Saga Sensibles #I

Cristina Pujadas
Versión 2020.10.02
Novela romántica fantástica
Nivel de erotismo: * Sensual (escenas eróticas suaves)

El Portal de las Hadas
Saga Sensibles #2

Cristina Pujadas
Versión 2020.10.02
Novela romántica fantástica
Nivel de erotismo: * Sensual (escenas eróticas suaves)

El Portal de las Hadas
Sensibles #2

Marisa Carreras, cuya vida en apariencia puede considerarse perfecta, se siente vacía y desplazada. Una de sus mejores amigas se ha ido a vivir a Irlanda y la otra está a punto de dar el «sí, quiero» a su novio del instituto. Mientras ellas han encontrado un sentido a su vida, los fantasmas del pasado de Marisa van a obligarle a replantearse qué quiere. Un objetivo. Un destino. Uno que dista mucho de cualquier expectativa que Marisa pueda tener de la vida. Del mundo. De la realidad. Porque, aunque Marisa es de esas personas que caminan con pasos firmes, que no creen en los cuentos de hadas y de las que cuando alguien habla de magia piensan en el tío bueno que salía en la tele haciendo trucos de cartas, la vida le tiene preparadas muchas sorpresas. Incluso si ella no está preparada para descubrirlas. El hombre más atractivo que ha conocido en vida, una mezcla entre orangután y ogro de metro noventa, testosterona en estado puro, pelo castaño y penetrante mirada; cuatro viejas paredes que por lo visto ocultan miles de secretos y cientos de cadáveres y una sombra que acecha en la oscuridad a los pies de ella, la mujer entre las almenas. ¿Son sueños o pesadillas? ¿Pasado, presente o futuro? ¿Realidad o ficción? ¿Será capaz Marisa de encontrarse a sí misma y aceptar su legado?

Prólogo

LA NOCHE es joven y nosotras, más o menos. Miré a las amigas de Mila con cierta satisfacción. Había sentido algo, una conexión de esas marcadas por el buen rollo, al poco de conocerlas. Me gustaba pensar que, aunque Ana y yo no pudiéramos estar con ella en esos altibajos que suele traer la vida, ellas sí lo estarían. Y eso que soy de las celosas. Quiero decir que no estaría dispuesta a compartir a Ana o a Mila con otras personas. Ya tenía que darme con el canto de una mesa para tolerar al pulpo del prometido de Ana como para tener que aceptar a las típicas chicas listillas que con tal de subirse a la furgoneta hacen lo que sea. Sonrisas y miradas falsas. Y adulaciones. Muchas. Porque seamos sinceras. A todas nos gusta que nos adulen.

Y no solo los hombres, pese a que a mí personalmente me encanta que un hombre me adule. Mucho. Que me abra la puerta del restaurante, que pague (y en efectivo, lo confieso, soy de esas) y tenga modales exquisitos. No es problema mío que en el mundo ya no abunden, así que para animar al cuerpo cualquier bruto de esos ya me está bien. Porque admito que, en el sexo, casi que los modales se los pueden dejar en casa. Sí, soy de esas. De las que les gusta un hombre en la cama, no un caballero. Para remilgados, mi podólogo. En la cama lo que una servidora busca es perder el control, la conciencia, los sentidos y, si puede ser, que haya una segunda parte.

Así me va, seré una eterna solterona o haré como esas dos de aquí delante, pasaré de los hombres y me buscaré una mujer con la que al menos me entienda en el día a día, pueda tener una conversación digna y confiar en ella sin reparos. Los tíos no cuadran con ninguna de esas tres opciones. Los que me van en la cama, son un desastre fuera de ella. Los que me ponen los vellos de punta con sus modales, no consiguen arrancarme un maldito orgasmo. ¿Solución? Capas de autodefensa y disfrutar de un buen polvo ahora que puedo. Luego ya me arrugaré y tendré que buscar un plan B. Quién sabe, igual para entonces el asexuado galán del tercero con el que me acosté hace tres años y que sigue picando piedra, cual caballero de brillante armadura para ganarse el corazón de su doncella, pasa de pelmazo a la dentadura postiza del año y empieza a ponerme y todo. Es poco probable, la verdad. Pero no pierdo nada en dejarle esa chispa de esperanza, como quien no quiere la cosa.

Mila diría que soy una manipuladora. Y lo soy, es lo que hay. Ella me conoce. Y mucho. Ana simplemente disfruta de mis aventuras, a veces decoradas con una pizca de fantasía. Es lo que hace mantener la monogamia después de tantos años. Yo no entiendo cómo lo aguanta. La monogamia, quiero decir, su prometido no está tan mal, aunque no es ni de lejos mi estilo.

Había un grupo de cinco chicos que hacía rato que nos observaba desde la barra. Cinco hombres de esos que prometen dar guerra si les das cuerda, pero no su teléfono. Otro día, en Madrid, me lo plantearía. Tampoco soy de las que se acuestan, así como así, con el primero que se te tira encima en una discoteca. Porque sí, de tirárseme encima, más de uno, habitualmente. Es algo que a mi ego le encanta, lo confieso.

Me gusta arreglarme, soy coqueta y una diosa con el maquillaje. Culo respingón y dos buenas tetas. ¿Qué más puedo pedirle a la vida? Y no, no negaré que me gusta vestirme así, muchas veces, para llamar la atención. Que entiendo que haya gente que lo haga para subirse la autoestima, para amarse a sí misma y esas cosas, yo también lo he hecho algunas veces. Pero mira, a mí me va lo de diva. Lo de que me miren, me anhelen, me deseen, me suspiren. Es lo que hay. Al menos lo admito, que según una psicóloga que me visitaba hace un tiempo, era el primer paso a no sé exactamente qué. Con los tíos, tengo mis manías. Un instinto o algo así. Unos me atraen y otros me repelen como la citronela a los mosquitos.

Le sostengo la mirada a uno de ellos y casi puedo sentir cómo le palpita la vena del cuello. Qué mala soy, en serio. Aunque hoy no va a haber plan, pobre chico. Estoy aquí de vacaciones para ver a mi mejor amiga, un fin de semana de chicas en el que no pienso buscarme complicaciones. Prefiero compartir cama con Mila y Ana esta noche que con alguno de esos guaperas, pero eso no quiere decir que no pueda pasármelo bien un rato.

Dos manos sujetan mi cadera y ladeo solo un poco el cuello para ver que es uno de aquellos hombres. El resto parecen esperar por si aquella avanzadilla cae fulminada en el acto o triunfa en su coqueteo. Un día es un día. Tampoco vamos a hacerle una despedida de soltera como dios manda a Ana así que no me parece un mal plan, después de todo. Hablo de bailar, solo de eso. Aunque si ese macho que empieza a contonearse sugerentemente quiere un poco de guerra, no le diré que no a un buen beso de tornillo y a un poco de manoseo. Solo un poco, todo sea dicho. No tengo claro si lo hago por pura diversión o por escandalizar un poco a Ana. Me troncho con ella, en serio. Además, Mila parece realmente afectada por la bronca que ha tenido con su último ligue, así que igual un poco de magreo le anima la noche. Me sigo moviendo junto al héroe victorioso que ha dado el primer paso y nos sonreímos mientras seguimos bailando.

Pasa lo que era evidente. Vienen sus compinches. Cuatro más, así que nos va que ni pintado. Me da un ataque de risa al ver a los dos hombres que hacen sus avances hacia Grace y Aislin, las amigas de Mila. Por lo visto no se han dado cuenta de que las miraditas que se lanzan no son del todo como las nuestras. Esas dos llevan juntas, como

pareja, tiempo y la madre. Se nota en la complicidad que hay entre ellas y en las miradas que se lanzan cada dos por tres que te hacen salir los colores. Joder, si a mí me mirara así alguien, fuera una tía o un tío, me lanzo de lleno, en serio.

La verdad es que Mila, Ana y yo, nos hemos enrollado. No tanto por un ansia de definir unas preferencias sexuales poco definidas durante la pubertad, sino más bien como la última alternativa para descubrir cómo era eso de darse un beso de tornillo. Nos lanzamos a ello una noche en la que, lamentablemente, no puedo decir que hubiera corrido el vino. Asqueroso. Esa fue nuestra conclusión inicial. Supongo que más que la lengua lo que cuenta es que tengas a alguien que te ponga a tono debajo. Y si sabe usarla, pues mejor que mejor.

Mi acompañante, un tal John, interpretó mi risa como que me lo estaba pasando de fábula. Y sí, la verdad es que, entre las copas, la música y la compañía, era una de mis mejores noches en un tiempo indefinido. Lo que me hacía pensar, muy a mi pesar, que echaba de menos a Mila. Mucho.

Seguimos bailando un buen rato, cada una con uno de aquellos corpulentos hombres que hacían sus aproximaciones de manera más o menos sutil. Ana se sonrojó como un tomate cuando su varón decidió descender ligeramente la mano de su cintura en dirección a algo más blandito. Le subió la mano y le soltó un discurso muy a su estilo. Tengo novio. Bla, bla, bla. Estoy prometida. Bla, bla, bla. El rubio era majo y empezó a hacer bromas sobre que le había roto el corazón. No es que pudiera escuchar propiamente la conversación, pero como si lo hiciera. Algún día haré un curso de lectura de labios. Seguro que saco matrícula. Es algo innato en mí. Estaba bien, porque al menos no parecía molesto y creo que tenía intención de simplemente seguir bailando allí y pasar un buen rato, sin más complicaciones. Aunque sus manos se alejaron del resto de curvas femeninas a partir de ese momento.

Aislin, la compañera de trabajo de Mila, se estaba muriendo de la risa al ver a su novia en brazos de un tío. Todas lo hacíamos, lo confieso. Grace ponía unas caras que eran un poema. Me gustaba esa chica. Era calmada pero firme. Conectaba con Mila. No en plan amoroso. Lo último que me gustaría es verla enmerdada en otro triángulo amoroso raro después de lo de aquellos dos primos, en el en que se acabó liando con el capullo y dejó de lado al majo. Es lo que tienen las hormonas. Los malos, malotes, nos ponen. Pese a que sabemos que luego no llaman y nos hacen sufrir como unos condenados. Como era el caso.

Mila no parecía para nada feliz con las atenciones de su pelirrojo. Al menos no era de los lanzados, porque ella no es de las que se dejan sobar si no está de humor. Que su rollito con el bombero le estuviera

afectando hasta ese punto me hacía sospechar que le gustaba de verdad. Algo que tendría que sonsacarle en el tercer grado que le haría esta noche cuando estuviera agotada y con las defensas bajas, en la intimidad de nuestra habitación, mientras las otras dos se sobaban en la habitación de al lado. La mirada de Aislin era evidente. Ese juego con aquellos dos hombres la estaba encendiendo, pero no de ellos.

—¿Quieres tomar algo en la barra? —me preguntó John, alias cuatro brazos, mientras me acariciaba la espalda con una intimidad que ni de lejos teníamos. Cualquier inglesa probablemente le hubiera lanzado un buen sopapo por tomarse tantas confianzas, pero vamos, que yo soy medio latina por parte de madre y si no me amacizan un poco, es que no ha habido fiesta.

—Claro —le aseguré mientras les guiñaba un ojo a las chicas y Ana me miraba con expresión de «te mataré». No tanto porque me largara con mi rubio. Era más por eso de que las dejaba a ellas con el marrón de los otros cuatro. Mala suerte, guapas.

John me cogió con la mano, con la mala excusa de que no nos separaran mientras avanzábamos entre la gente. Algo que era poco probable. En el metro de Madrid a hora punta había algo así como tres veces la densidad de tetas, culos y paquetes falsos que en ese garito. Pero me dejé hacer.

Sonrisa en el rostro, me senté en un taburete alto mientras John pedía las copas. Nos quedamos allí en plan tontorrón. Sorbito de cubata entre manitas y roces furtivos. Se fue aproximando poco a poco, no era un mal cazador. Estampó su boca sobre la mía tras las primeras dudas y me encontré con su lengua invadiéndome por completo. Esa era una de esas veces. De las del asquito. Estaba más o menos bueno. Alto, espalda ancha, rubio y barbilla afeitada. No habría nada que fuera repulsivo, realmente, en él. Pero nada de nada. Ni un poquito de gasolina sobre la que arder. Nos enrollamos. A esas alturas ya poco podía hacer, pero no lamentaba lo más mínimo dejarlo en eso. Casi que pasaba hasta de los sobeteos. Mientras su pasión parecía desbordarse, yo sentía algo bien diferente. De entrada, aburrimiento. Cuando le dio por darme suaves mordiscos por el cuello, liberando mi eje visual, desplacé mi mirada en dirección a las chicas y pude ver a Ana moviendo los labios desde la distancia. Lo que decía era obvio. *Guarra.*

Dudo que fuera por la envidia, así que supongo que era más por haberlas usado para entretener al resto del grupo. Me separé ligeramente de él haciendo una mueca. ¿Me acababa de meter la lengua hasta el fondo de la oreja? Pues sí. Y ya de paso me había dejado medio sorda por el camino. Menudo baboso. Y yo que tenía esa intuición tan mía de que la noche sería de las memorables. Menudo

fiasco.

—¿Vamos a los baños? —me susurró en mi oído parcialmente incapacitado por la cantidad de babas que el susodicho había metido en él.

—Casi que paso —le repliqué batiendo las pestañas y poniendo una sonrisa forzada—. He venido con mis amigas, no puedo dejarlas solas.

—Solo un ratito —me suplicó mientras cogía una de mis manos y la bajaba en dirección a su entrepierna donde había una erección que no negaré que podría llamarse generosa. Aunque claro, por grande que fuera la metralleta, si la usaba con la misma pericia que su lengua, debía dejar a más de una totalmente insatisfecha.

—No, gracias —me excusé, intentando retirar la mano de su miembro. En primer lugar, porque estábamos en un sitio público. Que, a ver, eso no sería un problema, uno demasiado grande, si hubiera fuego en mis entrañas y deseo en mi alma. Pero como lo único que tenía eran ganas de echar una buena meada y rescatar a las chicas de mi fracasado intento de animación de la velada, él me sobraba.

—No puedes dejarme así —me contestó él reteniendo mi mano sobre su palpitante erección. Era uno de esos momentos en la vida en los que tienes que tomar una decisión. La de ponerte en plan borde y en el peor de los casos montar un número, algo que no sería la primera vez que hacía, o simplemente mover ligeramente la mano y apretarle los testículos con esa presión que tanto deseaba dejándolo tirado en el suelo con un dolor en los huevos que le duraría media hora. Sí, eso otro también lo había hecho. No llegué a tomar la decisión porque el susodicho salió literalmente volando por los aires.

Y no, no es que yo tenga poderes paranormales, sea una alienígena venida de otro planeta a lo supermán o la hija de la mujer maravilla. El causante de aquel lanzamiento, porque aquello no podía llamarse de otra forma, era un hombre cuyo aspecto era terrorífico. Joder con ese tío. Enorme sería la primera palabra que me vendría a la cabeza. Músculo en estado puro, preparado para desatar el fin del mundo. Sus ojos se clavaron en los míos y sentí. ¡Oh, Dios! ¿Qué era esa mierda? Las piernas se me aflojaron mientras tenía una contracción violenta y desgarradora en mis entrañas solo con su mirada. Intensa sería quedarse corto Sus ojos eran negros y había en ellos una pasión, ardiente, que me dejó sin aliento. Caliente era quedarse corto, incluso si su aspecto de matón era evidente y no era de uno de esos que pretenden aparentar.

—No, es no —masculló en un susurro mientras sus ojos parecían comerme y yo en esos momentos, me hubiera dejado hacer lo que fuera. Cualquier cosa.

Tragué saliva justo a tiempo de dar un grito al ver que John y el resto de sus amigos se dirigían hacia el jugador de fútbol americano. Y

a diferencia de cuando los habíamos conocido, sus rostros no estaban repletos de sonrisas zalameras y relajadas. No me había dado cuenta de que a nuestro alrededor la gente se había dispersado, alejándose de la futura paliza que mi lanzador estaba a punto de recibir. A ver, que era grande. Y fuerte. Además de sexy como para caerse de culo. Pero ellos eran cinco. Busqué con la mirada a alguien con pinta de guarda de seguridad. Aunque claro, si fuera yo, me escondería detrás de cualquier cortina hasta que ya se hubieran zumbado un poco porque a ver quién era el majo que se metía allí en medio. Cuando volví mi atención, alarmada por el movimiento de uno de los hombres que se lanzaba contra el armario, observé sorprendida cómo interceptaba su golpe y le golpeaba sin miramientos sobre un lateral de las costillas.

La pelea había empezado, pero nadie había dicho que fuera una pelea justa. ¿Cómo se mantenía el jodido de pie? No recibía apenas golpes, y eso que eran cinco. Y él solo uno. Durante una fracción de segundo, pude verle el rostro y sus ojos parecían brillantes, excitados, ante aquello. Adrenalina al cien por cien. Dos minutos. Tal vez tres. Los cinco tíos estaban tirados por el suelo, a su alrededor. Y yo tenía la boca abierta, literalmente, observando aquello mientras sentía un fuego ardiendo por todo mi cuerpo de algo que no era miedo, sino que tenía tintes de deseo y de excitación. Me había puesto cachonda, muy cachonda, viendo a aquel hombre dando golpes a diestro y siniestro. Hasta yo tendría ciertos reparos en decir eso en voz alta. Pero joder. No era para menos. Era testosterona pura, ardiente, caliente y jugosa. Muy jugosa. Se giró ligeramente y su mirada buscó la mía. Creo que había un matiz de algo en él. ¿Inseguridad? No, eso no podía ser posible en alguien como él.

—¡Kellan! —la voz furiosa de Mila resonó como si se tratara de un trueno haciendo que saliera finalmente de mis fantasías eróticas a velocidad de la luz. ¿Mila conocía a ese dios de pecado y lujuria? Sus ojos brillaban irritados cuando alzó un dedo en su dirección, amenazante—. ¡Esto es cosa de Colin!

—Tú no le dices a tu marido que me has visto —le propuso él mirando a Mila con un gesto cargado de sorna y condescendencia, con una voz grave que era la más sexy que jamás había escuchado en mi vida—. Y yo no le digo que te estabas contoneando con un gilipollas.

—¿Te has vuelto loco? —le soltó ella irritada ignorando su extraño trato mientras elevaba el mentón, desafiante, tras señalar a los hombres que aún seguían en el suelo. Joder con Mila y sus arranques. La tía estaba desafiando al bombón que acababa de pulir él solo a cinco tíos sin llevarse ni un solo golpe como quien dice.

—Si llega a venir Colin, el edificio no hubiera aguantado de pie —le soltó él con gesto divertido, alzando una ceja desafiante y mirando a los hombres del suelo añadió señalando al que había estado bailando

con ella—. Y ese en concreto estaría muerto. Si me disculpas, no tengo ganas de pasar la noche en el cuartelillo.

Su mirada de fuego me rozó solo una fracción de segundo y sentí mi vello erizarse, el deseo volver, ardiente. Pero tal y como había llegado, se fue cuando él apartó su mirada de mí. Tragué saliva mientras observaba cómo se alejaba, cómo la gente abría un pasillo para evitar tocarle y nadie, absolutamente nadie, se atrevía a decirle nada. Simplemente desapareció y con él algo parecía haberse roto dentro de mí.

—Uno de los primos de Colin —afirmó Grace mirando a Mila y ella hizo un gesto afirmativo con la barbilla, aún enfadada. Pude sentir que había algo allí, en la forma como se miraron. Algo que a mí se me escapaba pero que ellas, de alguna forma, acababan de compartir.

—¡Qué majo! —añadió Aislin mientras se acercaba a su novia y la cogía de la cintura sin demasiado pudor.

—Lo mato —masculló Mila apretando los labios.

—Si hablas de Colin, que sea a polvos —le soltó su compañera de trabajo con mirada maliciosa.

—¿Marido? —soltó Ana como si volviera de un trance y por primera vez yo reparé también en ese detalle—. ¿Ha dicho marido?

Mila se puso roja como un tomate y yo por poco me caigo del taburete. Ni la pelea campal que se había desarrollado a metro y medio de mí me había llegado a impactar tanto como aquella certeza. Pillada y hundida.

—¿Pero qué coño? —le pregunté sacando humo por la cabeza tras esa revelación.

—¿Podemos ir a hablar de esto al piso? —pidió tomate andante, alias Mila, sin negar lo que para nosotras ya sonaba a una confirmación. ¿Mila se había casado? Vale que le hubiera dado fuerte con él, pero ¿casarse?

Miré a Ana, que estaba más o menos en el mismo estado de confusión y catalepsia que yo. Quizás era eso. Lo de la boda de Ana. Yo no había aspirado a encontrar un maravilloso novio, un amante marido y un cálido padre para mis futuros hijos. Pero Mila, en el fondo, era de las que hacían ese tipo de cosas. Seguía soñando como cuando éramos niñas, con su príncipe azul, su vestido blanco y una preciosa boda en una verde pradera llena de flores blancas. Aunque hubiera aparcado ese sueño durante un tiempo con la ducha de agua fría que había vivido durante la enfermedad de su padre, Mila era de las que sueñan, de las que se dejan llevar por sus intuiciones y no le importaba especialmente si a veces sus decisiones no tenían demasiado sentido.

Sospechaba que parte de la necesidad de huir de Madrid era aquello. Alejarse durante unos meses de tantos preparativos y tantos

recuerdos. Era la única cosa que podía tener sentido. Una locura, en un arranque de esos suyos un tanto impulsivos. Se había liado con un tío y había acabado en una ceremonia de esas que salen en las películas de las Vegas, solo que en versión irlandesa. Eso o que estuviera parcialmente comatosa, más borracha de lo que yo jamás la había visto en mi vida. Fuera lo que fuera, no estaba dispuesta a quedarme con una mera suposición. Nos lo iba a contar todo. Con pelos y señales.

—Y tanto que vamos a hablar, nenita —le dije con una mirada cargada de advertencias. Que se preparara, porque pensaba dejarla seca durante las próximas horas. Una tan gorda tardaría tiempo en perdonársela. Que se hubiera largado de Madrid, que contestara nuestros mensajes con ambigüedades o que se hubiera casado en un arrebato de rabia o desesperación, probablemente cegada en parte por una borrachera cuya resaca esperaba la hubiera dejado doblada un par de días, era una cosa. Pero que no nos lo hubiera explicado, eso no tenía perdón.

1

La vida sigue

MIERDA.

Era la mejor forma de definir mi estado actual. Mi estado anímico. O mi vida, qué más da. Una mierda de esas grandes, apestosa, de ojos verdes y metro ochenta. Sí, esa mierda tiene un nombre. Uno que intento no pronunciar hace años y, cuando sale en una conversación casual, ignoro como si no tuviera nada que ver conmigo. Que es la pura verdad. Aunque hace años, muchos, sí que tenía que ver. Y mucho.

En el fondo, tendría que agradecerle muchas cosas. Si soy como soy, en parte es gracias a él. Antes le culpaba. De todo. Si llovía, si hacía sol o incluso si había un eclipse. Hasta ese punto llegó a afectarme la maldita ruptura. Ruptura que se supone que he superado. Hace años. ¿La verdad? Ni idea. Me sigue jodiendo saber que la vida le va fantásticamente bien, que todo le sale según sus planes y sus aspiraciones y que vive, sí, esa vida perfecta que habíamos planificado. Juntos. Solo que al final, es otra la que le da el broche final a su retrato. No tiene mi culo, todo sea dicho. Y me llega, literalmente, hasta el mentón. Algo bueno que saqué de mi padre es mi altura, además de una cartera repleta de billetes. Me gusta mirar a la gente desde esa perspectiva que da la altura. Especialmente a *ella*.

Pero no es que me queje de mi vida, me lamente de lo que pasó o dejó de pasar. O al menos, no lo hago normalmente. Pero supongo que con lo de preparar la boda de Ana, todo está demasiado a flor de piel. Durante años, Ana ha mantenido el contacto con él, aunque intenta no nombrarle cuando yo estoy porque en el fondo me conoce lo suficiente como para saber que aún hay algo. Que duele. Por no decir que sangra. Y lo que más me irrita es que ya no debería molestarme lo más mínimo. En serio. Tengo una vida fabulosa. Soy de esas mujeres que lo tienen todo. Además de un cuerpazo de infarto, una personalidad arrolladora y las mejores amigas del mundo, no me falta el dinero. Mi padre dirige un imperio hotelero y, como se me da bien eso de disfrutar de la vida, acabé asumiendo un rol de relaciones públicas y coordinadora de eventos que me da unas comisiones que ya las querrían muchos empresarios. Soy de las que disfrutan comiéndose el mundo, aunque a bocaditos pequeños, paso de atracones.

Pero claro, mi padre no es abogado en un importante buffet. Y por lo visto eso de hacer de relaciones públicas, viajar, asistir a eventos y

organizar fiestas no es un trabajo *de verdad* para algunos. O para uno en concreto, vamos. Y sí, estoy hablando de la mierda esa de metro ochenta. Admito que a veces puedo ser complicada. Pero eso me viene por la extraña naturaleza en la que he sido engendrada. La mentalidad pragmática, rígida y numérica de mi ascendencia alemana por parte de padre y la sangre latina, zalamera y temperamental, de mi amada madre. De ella también heredé mi piel tostada, mi frondoso pelo negro y esos ojos oscuros que pueden transmitir tantas cosas. Y sí, mi temperamento y mi un tanto inestable carácter. No tengo filtro. O más bien, no me da la gana tenerlo. Supongo que no es lo mismo, aunque el resultado sea similar.

La mierda es que cuando Hugo Sánchez entra en la ecuación, aunque sea a una distancia prudencial, me vuelvo irritable y, lo confieso, un poco gilipollas. Empiezo con eso de que el mundo es una mierda y que los hombres son una mierda. Que lo son, seamos sinceras, pero en general no se lo tengo en cuenta si me hacen pasar un buen rato. Unas risas, unos arrumacos y mil palabras bonitas. Me gustan las palabras bonitas. Que me adulen un poco. O un mucho, ya puestos. Que me intenten conquistar. No hay nada que suba más el ego que el coqueteo. Y yo soy una diosa en eso. Hasta que aparece Hugo, claro. Entonces vuelvo a tener quince años y recuerdo lo que es estar coladita como una loca por un chico sin tener esperanza alguna de que algún día se fije en ti. No, en esa época mis tetas aún no habían hecho acto de presencia, mi culo era aún demasiado liso y mi metro ochenta ahuyentaba a todos los que se hacían pasar por hombres. Soy de maduración tardía, pero más vale tarde que nunca.

Pero Ana consiguió llamar la atención de Oliver. Sí, ese Oliver que va a ir con traje y repeinado de aquí dos días. El novio, vamos. Y así yo pude empezar a fantasear con su mejor amigo. Con el tiempo, una cosa llevó a la otra y, sí, mis tetas finalmente hicieron acto de presencia. Tres años. Pero como el mundo es una mierda y los hombres son una mierda, acabó mal. Hugo se convirtió en la espina esa que se te queda clavada y que no hay quien consiga sacártela. Da igual cuántos años hayan pasado. Da igual que él sea un don nadie y yo aparente serlo todo. Cuando él entra en la ecuación, todo parece empezar a desquebrajarse y todos los razonamientos coherentes sobre mi independencia y mi forma de disfrutar la vida pasan a un segundo plano. Y que conste que la vida la disfruto. Y mucho. Y a los hombres también. Pero cuando él anda cerca todo se vuelve insípido. Así que, por sentido común, le evito. Todo lo posible. Soy así, un poco intuitiva a veces. Hay cosas que son y otras que no. Él y yo éramos, pero él no se dio cuenta. O no lo valoró. Lo que sea.

Joder. Esta que está aquí, lamentándose de su vida, de su pasado y

de todas esas ñoñerías no soy realmente yo. En serio. Pero claro, la boda de Ana está haciendo que todo vuelva a surgir, de nuevo. He disfrutado mucho ayudándola con todas las preparaciones. A veces, creo que revivo parte de aquellas ilusiones que tenía de niña, eso de casarme y tener hijos, a través de su vida. Y está bien, porque está claro que eso no es para mí. Lo de las relaciones de verdad. He tenido mis historias. Unas cuantas, vale. Pero no relaciones. Siempre hay algo. Los hombres que me atraen no me aportan. Y los que me aportan, son unos muermos. Igual cuando sea una octogenaria, como la amiga de Dublín de la madre de Mila, siento la cabeza. Es poco probable, realmente, pero siempre queda la esperanza.

No puedo evitar enfrentarme a lo que durante años he intentado dar la espalda. A Hugo, claro. Porque… ¿no podía haber elegido otro padrino Oliver? Con todos los años que habían pasado, digo yo que podía haber intimado con alguien diferente en la facultad, en el equipo de bolos, en el cajero del súper, en el ascensor o donde fuera. Con alguien, en serio, no tendría que haber sido tan difícil. Pero no, esos dos siempre han sido culo y mierda. Y aunque me da una rabia infinita, eso en concreto puedo entenderlo. Mila y Ana son mis hermanas. Quizás no carnales, pero como si lo fueran. Así que no tengo más remedio que asumirlo.

Hugo y su primera dama tenían una de las suites reservadas para el fin de semana. Un detalle que había tenido mi padre con ellos. Tiene esas cosas mi padre. Cuando Ana decidió celebrar su boda en uno de los hoteles de mi padre, él se emocionó un poco. Supongo que era lo más parecido que estaría nunca de verme a mí casándome, así que se lo tomó como algo personal. Que lo era, la verdad. Ana, Mila y yo habíamos crecido juntas. Y habían pasado tanto tiempo en mi casa como yo en las suyas. Así que mi padre reservó cuatro de las mejores suites del hotel para que las disfrutaran los novios y los padrinos. Un fin de semana que se planteaba brutal, las tres juntas después de tener a Mila parcialmente desaparecida en Dublín.

Estaba bien no tener que estar esperando un taxi, con la borrachera, los talones de quince centímetros y el escote de infarto que tenía intención de lucir. No es que mi padre calculara que la cuarta habitación fuera para Hugo, pero a lo hecho pecho. Él tenía clase y, aunque a mí me apetecía especialmente montar un numerito de esos de culebrón de las tres de la tarde, ya no era una cría de cinco años y no quería crearle conflictos a Ana. Hasta este punto la quiero. En cualquier otra circunstancia me desmelenaría y crearía el caos, disfrutando en el proceso. Se me da bien eso. El caos. Un poco como mi personalidad cargada de contrastes. Admito que me había planteado pedirle a uno de los botones que les pusieran polvos picapica dentro de la cama de matrimonio con dosel.

El resumen era que, de las cuatro suites, la única desaprovechada en la que se acabaría durmiendo y no retozando sobre la cama de dos metros, la mesa de la salita o las superficies de mármol del baño sería la mía. Siempre podía buscarme un hombretón para pasar la noche. O el fin de semana. Pero no me sentía con ganas de eso. Desde hacía un tiempo. Sexo loco y desenfrenado. Por norma general es bastante mi estilo, pero supongo que hasta de eso una se acaba cansando. O quizás era que desde hacía un tiempo no había probado un bocado que me llamara realmente y me sorprendiera gratamente. Quiero decir que no me atraían lo suficiente. Quizás con los años empezaba a ser demasiado exigente. Igual adoptaba un perro. Amor incondicional. Siempre que no hubiera comida de por medio.

Así que toda esta mierda que hacía tanto tiempo que estaba enterrada y que, sinceramente, ya casi ni me acordaba que estaba allí, debajo del felpudo, ha empezado a dar la cara. Y que conste que no es culpa de Ana. La quiero tanto que quiero que su boda sea simplemente perfecta, porque se lo merece, y si eso incluye callarme cosas que por gusto no me callaría y aceptar que voy a tener que tragar con Hugo sin montar un espectáculo ni arrancarle los ojos a la rubia… lo haré. ¡Qué remedio! Ahora, joder, me jode. Ver su vida perfecta mientras la mía está asquerosamente vacía pese a que tengo todo lo que se supone que siempre he querido.

Se me da bien lo de fingir que todo está bien y que me encanta la mayor parte de sus ideas. No, no le pasé eso de quererme encasquetar un vestido de color fucsia por ser la dama de honor. Le dije que dejaba el cargo. Ella chilló, yo chillé y claro, acabamos entre llantos abrazándonos y esas cosas. Nos dio por la vena llorona. ¡Y es que joder! ¡Se casa! ¡Ana se casa! ¡Como para no llorar! Llanto, chillidos y drama incluido, conseguí que me diera el visto bueno con un vestido que era mucho más favorecedor, a lo *femme fatale*, que es lo que me va. Total, que ella quiera eso de la monogamia para el resto de su vida es cosa suya. A mí que me deje el banquete. Y no, no hablo de comida. Pero claro, una cosa era negarme a un vestido. Otra cosa era negarme con lo del padrino. Entiendo que Ana tampoco es como que tenga más opciones. Excepto cambiar de novio, todo sea dicho, pero supongo que a estas alturas sería pedir demasiado.

Así que, aunque ya estaba más o menos mentalizada, a Oliver no se le podía ocurrir otra cosa que celebrar una cena todos juntos para ponernos al día en un local de moda que estaba a un par de calles del hotel. Madrinas, padrinos y la madre que los parió a todos. Lo mato, en serio, lo mato. Pero claro, ¿qué tenía que hacer? ¿Dejar a mi mejor amiga en la estacada? No negaré que me lo planteé, pero hice de tripas corazón y le aseguré que era una gran idea. Me he vuelto mentirosa con el tiempo. Se suponía que Mila y su amorcito irlandés,

alias Colin «el empotrador», vendrían a la maldita cena. Pero claro, cuando el universo quiere castigarte, te castiga a lo grande. Así que habían tenido un retraso con su vuelo. Y no, no me refiero a un par de horas. En estos momentos, mientras yo empujaba la maldita puerta de cristal y hierro de un local de lo más chic, ellos estaban plácidamente dormitando en el avión en algún lugar. Lo que daría yo por poder decir que se me había retrasado algo, pero excepto por mi menstruación, retraso ninguno. Es lo que tienen los nervios.

Me senté sola en la mesa reservada. Genial. Soy de las que suelen llegar tarde. Con orgullo. Alevosía. Y premeditación. Pero, por lo visto, hoy las calles de Madrid estaban desiertas y el taxi me había llevado a una velocidad vertiginosa hasta el restaurante. Ya había dejado mis cosas instaladas en mi suite con vistas a la piscina interior y al jardín que la rodeaba a primera hora de la mañana. Había estado repasando la distribución de las mesas y el menú y había vuelto a hacer hincapié, por tercera vez, en la alergia a los cacahuetes de la prima segunda de Oliver y al marisco de una tía tercera de ya no tengo claro quién. Me merecía un respiro. En serio. Pedí una copa y empecé a disfrutarla a sorbos lentos. Al menos eso me ayudaría a pasar la velada. Cinco minutos. Diez. Suspiré.

Di el último sorbo a mi copa y me permití observar el restaurante mirando todo y nada al mismo tiempo. ¿Lo había elegido Hugo? Tal vez. Me dejé deslumbrar por la suave luz que las lámparas de lágrimas cristalinas emitían desde el techo y, por primera vez, fui consciente de los toques dorados que las decoraban. Mesas de cristal y mantelería elegante con una cubertería de acero inoxidable que brillaba con la luz de la pequeña vela que prendía en el centro de la mesa. Hasta las copas tenían finos grabados, algo que actualmente era por lo menos poco habitual. Dejé que mi mirada vagara por el local. Parejas por todos lados. Siempre igual.

No es que a mí no me guste. Me encanta, de hecho, eso de que me saquen a cenar, me lleven a sitios románticos y me regalen flores. O bombones. Lo que sea, realmente. Me gusta que me miren a los ojos cuando hablo. Que intenten rascar más allá de la superficie. ¿Mi realidad? Que dos tetas tiran más que dos carretas. Y las mías, tiran mucho. Así que, tras mi fracaso estrepitoso en el amor, decidí usar mis tetas más que mi intelecto. Porque total, para un buen revolcón, intelecto mucho no se necesita. Y el amor… es algo demasiado complicado. A algunos tal vez les vale la pena, pero yo casi que paso. Supone demasiado esfuerzo para que luego acabe en nada. Y se está mucho mejor sola que mal acompañada.

—Estás estupenda —un susurro apenas que hizo que sintiera un estremecimiento.

Le miré. Sonreía. Su gesto era amistoso y su expresión tentativa. No

le veía desde hacía más de cinco años y admito que estaba justo como le recordaba. No diré perfecto, porque no lo era. Tenía la nariz ligeramente torcida. Se la partió cuando tenía ocho años. Con un columpio. Hasta esas mierdas las recuerdo aún, como si tuvieran algún tipo de importancia o valor.

Deslicé mi mirada para observar cómo su camisa de color gris marcaba un cuerpo masculino. Un cuerpo que yo conocía perfectamente. O había conocido. No tengo claro si había ganado o perdido peso. Si sus músculos estarían más definidos o, por el contrario, con los años, aquellos pequeños pliegues que insinuaban tantas cosas habrían sido suplidos por unas buenas capas de grasa. Me fijé en sus manos. Siempre me habían gustado sus manos. Me tomé mi tiempo antes de elevar la mirada y volver a sus ojos. Le sonreí.

—Tú tampoco estás mal. Pensaba que a estas alturas estarías rollizo y calvo, pero veo que me equivocaba.

—Creo que un gracias hubiera sido suficiente —bromeó con una sonrisa torcida mientras sus ojos me miraban con curiosidad. Se sentó. No es que yo le hubiera invitado a hacerlo, pero ambos sabíamos que no teníamos más opciones que pasar por aquello. Igual él estaba, al menos, la mitad de asqueado que yo.

—¿Vienes solo? —le pregunté alzando una ceja como si aquello fuera más una crítica que no una pregunta.

—Sé que te hubiera encantado que trajera a Laura —ironizó—, pero ha tenido una semana mala y necesitaba descansar.

—¿Tanto la agotas? —le solté con mirada angelical. Me miró de una forma que me hizo recordar cosas. Emociones. La atracción de mierda que siempre había habido entre nosotros.

—La vida no es solo sexo —me soltó como si me sermoneara, aunque no soy tan tonta como para pensar que lo que había visto en sus ojos no decía justo lo contrario. No era la primera vez. Era ese quiero, pero no puedo. Ese quiero, pero no debo. Ese quiero, pero soy jodidamente estúpido.

—Será la tuya —le contesté con una amplia sonrisa y empezó a reír.

—Veo que estás bien —declaró y creo que quería decir más cosas. Pero cómo no, no lo hizo.

—Soy una vividora, ya lo sabes —afirmé encogiéndome de hombros.

—Eres mucho más que eso —murmuró mientras sus ojos se quedaban presos en los míos—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Quizás no ha sido mala idea esto de la cena antes de la ceremonia.

—¿Bromeas? —le solté—. Es la peor de las ideas. Igual acabamos tirándonos de los pelos y, no sé tú, pero a mí me acaban de hacer la permanente.

—¿Sabes si esto es una encerrona o tienen intención de aparecer los tortolitos? —me preguntó cambiando de tema. Ligeramente.

—Pobres de ellos —murmuré—. Rodarían cabezas.

—Siempre tan comprensiva —se burló Hugo.

—Siempre intentando salvar damiselas en apuros —le reté con la mirada.

—Tú no eras una damisela en apuros. Los apuros los teníamos los que estábamos a tus pies —me soltó entre carcajadas. Hice una mueca. Vale, a veces piso fuerte.

—No hables en plural —puntualicé elevando el mentón—. Hubo un tiempo en el que solo había uno. Admito que luego ha habido muchos.

—Marisa, a ti un solo hombre no podría hacerte feliz —afirmó y había un resquicio de tristeza, como si creyera que esas palabras contenían una gran realidad—. Nunca era suficiente. Eres demasiado… tú.

—Explícame eso —le contesté mientras me recostaba sobre el respaldo. No tengo claro si más irritada o sorprendida por el curso de la conversación. Podía imaginarme hablando del tiempo con él, pero desde luego no sacando a la luz, por primera vez después de tanto tiempo, algo sobre lo que nos pasó. Lo que le pasó. No me esperaba ese tipo de confidencias.

—Para empezar, eres demasiado atractiva.

—No veo donde está el problema —aseguré con una sonrisa divertida. Y un punto atrevido. Me acababa de decir que era demasiado atractiva. Con eso a una le sube el ego. Al menos un poco. Pero si era él quien decía aquello, hoy me comía el mundo. No quería hacerme ilusiones en comérmelo a él, porque no, en eso no caería. No porque en el fondo no quisiera. Pero sería complicar aún más lo que ya era complicado. Y no tengo claro si podría volver a pasar por eso, superarlo y reconstruirme otra vez. Casi que pasaba de arriesgarme. Incluso si él era… él.

—Los hombres te miran, ¿sabes? —me contestó con una sonrisa cómplice—. Es molesto. Tener la sensación de que si bajas la guardia todo simplemente puede torcerse.

—A eso se le llama falta de autoestima —le contesté con gesto orgulloso. Creo que en sus ojos brilló un punto de irritación, pero no entró en mi juego. En lo de empezar a discutir como dos cosacos y acabar, como yo había presagiado, estirándonos de los pelos. Ya podía llegar Ana pronto o aquello se nos desmadraría. Fijo.

—La que te sobra a ti —me retó con la mirada.

—A mí lo que me sobran son las mentiras —le repliqué batiendo las pestañas con gesto coqueto. Apretó los labios, dolido.

—Yo no te mentí.

—No, claro —murmuré elevando una ceja, acusadora—. Eras el

más aplicado de tu promoción, aunque curiosamente las segundas mejores notas eran de la que es ahora tu novia. Con la que, por cierto, quedabas cada fin de semana mientras aún estábamos juntos. Para estudiar, claro. Solo para estudiar.

—Mientras tú estabas de fiesta en fiesta —me acusó él entrecerrando los ojos—. ¿Cómo crees que me sentía yo? Tú ya tenías un despacho preparado, antes incluso de acabar la carrera, mientras que otros nos teníamos que esforzar para conseguir un trabajo digno.

—A eso se le llama envidia —le contesté mientras nos sosteníamos la mirada y las chispas saltaban entre nosotros. Y no hablo de chispas de esas buenas. A lo mariposas. Me refiero a otro tipo. Del tipo que peligra la permanente—. Y a lo tuyo oportunismo. ¿Se trabaja bien en el buffet de abogados de papito?

—No eres la persona más apropiada para acusarme de favoritismos —me acusó.

—La gran diferencia, entre tú y yo, es que a mí no me importa admitir que mi padre me ha ayudado. Me está ayudando. Tú finges que te has ganado todo lo que tienes pero lo que hiciste fue buscar un agujero más apropiado.

—Vete a la mierda —me soltó irritado.

—Justo pensaba en eso hace un rato —le contesté sonriéndole, sintiéndome fabulosa. ¡Qué bien sentaba eso de desquitarse! A lo hecho, pecho—. Pero no hablemos de ti. Ya sabes que prefiero hablar de mí. Soy mucho más interesante. Estabas intentando hacerme ver por qué un solo hombre no sería capaz de hacerme feliz.

—Sigues usando el cinismo como mecanismo de defensa —murmuró ladeando la cabeza, estudiándome—. Buscas algo que no existe, Marisa.

—¿Qué se supone que busco?

—La perfección.

Empecé a reír. Nada más lejos de la realidad. Para empezar, yo no buscaba. Nada ni a nadie. Además, era perfectamente consciente de que la perfección no existía. ¿Un hombre perfecto? Sonaba bien. Atento, amable, considerado, seductor y con un polvazo que ni te cuento. Imposible, sin más. Seamos realistas.

—¡Habéis llegado pronto! —intervino con voz alegre Ana y su sonrisa parecía extrañamente real, sorprendida por verme reír con esa ligereza frente a Hugo.

—Y vosotros tarde —le contesté. Oliver me miró como si yo fuera una víbora, pero es que yo ya estaba calentita. Miré a Ana y suavicé un poco mi expresión. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa, con cierta timidez—. ¡Venga, va! ¡Vamos a brindar por los novios!

—¡Que me caso! —chilló Ana con voz de pito y Oliver rio por lo bajo. Pude ver una mirada tierna en sus ojos. La quería, que eso estaba

bien. Les iría bien. Estaba segura.

—Aunque Mila al final se te ha adelantado —le recordé con cierta malicia. Oliver y Hugo se tensaron en sus asientos. ¿Así que Ana no se lo había contado? La miré y se sonrojó un poco. Empecé a reír. A carcajadas. Adiós a la tensión. Ana empezó a reír también.

—¿Se puede saber qué pasó en Irlanda? —preguntó Oliver mirándonos con gesto inquieto.

—Lo que pasó en Irlanda, se queda en Irlanda —sentencié divertida.

—Aún no me lo puedo creer —masculló Ana y nos volvió a entrar un ataque de risa—. No sé qué tienen esos celtas pero…

—Telita.

—Eso.

—Estoy delante —protestó Oliver mientras yo me reía a carcajadas. Cualquier día Oliver le prohibiría a Ana quedar conmigo por ser una mala influencia. Para entonces, ella le pediría el divorcio. O al menos eso esperaba.

—Sabes, no me importaría uno de esos.

—¿Un empotrador? —soltó Ana y empezó a reír a carcajadas, mientras las lágrimas le saltaban de los ojos.

—Exacto, uno de esos —afirmé y no pude evitar mirar fugazmente a Hugo. Tenía la mandíbula tensa. Aún estaba enfadado. Quizás la noche no estaría tan mal, después de todo.

Voluntariamente

—DAME un minuto —gruñó mi primo.

No lo hice.

Me lancé de nuevo contra él con mi espada y escuché el ruido del metal contra el metal. Ambrosía. Sonreí mientras presionaba a Brian con mis ataques y él los repelía entre maldiciones e insultos. Esa parte me gustaba. La adrenalina y la rabia. Me hacían sentir vivo. Algo que quizás es un poco abstracto, teniendo en cuenta que somos inmortales. Todo nos aburre un poco. Nunca podemos negarnos a un buen combate. Somos guerreros, al fin y al cabo.

Brian trastabilló. Esa maldita pierna aún no le funcionaba como debería.

—Mierda —protestó parcialmente tendido en el suelo.

—Además de gemir como un bebé, pareces igual de patoso —le provoqué mientras hacía desaparecer a mi cambiante y me acercaba a él para tenderle la mano.

Me lanzó una mirada cargada de desprecio que hizo que mi sonrisa se ampliara mientras se levantaba sin aceptar mi ayuda.

—Me gustaría verte a ti mientras te crecen los putos huesos —me soltó mientras recogía su arma y volvía a ponerse en posición de combate.

—Te recuerdo que perdí un pie con una de esas bombas terrestres que tanto estuvieron de moda en la segunda guerra mundial —le contesté.

—Va, solo un pie —me retó él con la mirada y gesto altivo. Es lo que tiene, somos todos un poco orgullosos.

—Y casi pierdo el brazo cuando la banshee aquella…

—Te envió para que me rescataras —cortó Ryan que había aparecido de la nada y nos miraba con aspecto divertido—. Parecéis dos niños contando batallitas.

—Niños, lo que se dice niños —repuso Brian mientras apoyaba su arma en el suelo y se recostaba ligeramente sobre la empuñadura con aspecto despreocupado. El cabrón era apuesto. Rubio, ojos azules y ese aspecto de vikingo salvaje que podía darle un punto de atractivo sin llegar a mostrar el monstruo en el combate que realmente era. Nada que ver con la oscuridad que podía intuirse en mí. Incluso si ambos éramos lo que éramos. Guerreros. Y asesinos.

Brian era un poco como Eamonn, de los que aún seguían teniendo

ilusiones, aspiraciones. Esperanza. Eso. ¿De qué? No sabría decirlo. De algo, supongo. Yo jamás me hubiera incluido en ese grupo si no fuera por lo de Colin. Eso de que hubiera encontrado a alguien como nosotros, pero con dos tetas. Incluso si ella era mitad sensible. Además del sexo, que prometía ser del bueno, estaban bien juntos. Colin estaba aceptando su linaje. Algo que no había hecho en todos estos siglos con nosotros. Lo del don de dones. Guerrero. Erudito. Y druida. Un puto druida, como solía llamarle. Para irritarle, básicamente. Esa es una de mis especialidades. Ser todo lo odioso posible. Por entretenerme con algo.

Bres estaba muerto. Que debería de ser algo así como una victoria épica, pero teniendo en cuenta que nos había estado toreando desde las sombras durante todo este tiempo, no decía mucho de nuestras capacidades, como tribu, de mantener nuestro territorio protegido. O a nuestras mujeres. El resultado es que solo la madre de Mila, la druida olvidada que fue la pupila del gran Dagda, había conseguido esconderse de Bres. Al menos durante un tiempo. Al final la mató. Como a todas las otras. Al menos Mila había podido salvarse y el peligro que se ceñía sobre ella había sido eliminado. Llevábamos un buen año.

Luego estaba el duende. Un puto druida que vivía en el inframundo, hijo de una de las nuestras. Viejo hasta en la forma de vestir y poderoso como pocos. Lo que me daba especialmente mal rollo. Los druidas suelen ser irritantes. Este especialmente. Saber que existe una puerta de entrada al inframundo, oculto debajo de una pequeña isla hacia el norte, no es que me inspire demasiada confianza. Que sea él quien la guarda, menos. Pero lo que me escama más si cabe es saber que los fomorianos están al otro lado. Eso es una auténtica mierda, seamos realistas.

—¿No tienes ningún manuscrito con el que entretenerte un rato? —mascullé a mi primo sospechando que su interrupción haría que Brian diera por finalizado nuestro entrenamiento.

—Eamonn tenía que acompañar a Colin a Madrid por lo de la boda de la amiga de Mila —empezó Ryan que tenía la costumbre de dar mil vueltas a las cosas antes de llegar al grano—. Pero Conan sospecha que hay un brote de algo en el sur cerca de Tralee, y necesitará una mano.

—Yo le acompaño al sur —me ofrecí gustoso—. Eamonn que vaya a hacer de niñera.

—Puede que necesiten de su escudo para llegar al nido —negó Ryan.

—Pues conmigo no cuentes para ir a Madrid —me negué. Ryan empezó a reír.

—¿Por qué no me sorprende? —preguntó—. Venía a buscar a Brian,

a petición de Mila. Creo que considera que eres de lo más sociable que hay disponible en la familia.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer en Madrid? —cuestionó Brian que no parecía especialmente ilusionado pero estaba dispuesto a aceptar aquello. Mila era algo así como nuestra primera dama, después de todo. Nuestro linaje había sido vinculado al suyo durante el enfrentamiento con Bres. Ella era nieta de Nuada. Nuestro primer gran rey. Le debíamos lealtad, después de todo. Afortunadamente, Mila no era de pedir demasiado.

—Serán solo dos o tres días —afirmó Ryan—. Se casa una de sus mejores amigas. Colin no debería ir solo. Por mucho druida y guerrero que sea. Cada vez nuestro poder se debilita más cuando nos alejamos de nuestra tierra.

—La tierra y la sangre nos sustentan —murmuró Brian con gesto solemne.

Sí, éramos dioses. Milenarios. Inmortales. Pero eso no significaba que estuviéramos capacitados para hacer lo que nos diera la santa gana. Que estaría bien. Sí. Pero teníamos ciertas limitaciones. Nuestro poder venía de esta tierra que era nuestra por derecho. No era una casualidad que viviéramos todos en Irlanda. Cuando nos alejábamos de nuestra tierra, perdíamos poco a poco parte de nuestro poder. Nuestra fuerza y, sí, también nuestra juventud eterna.

Habíamos tardado cierto tiempo en ser conscientes de eso en concreto. Habíamos viajado, sí. Pero al final, volvíamos a casa y al hacerlo nuestra verdadera naturaleza volvía a hacer acto de presencia. Estábamos anclados a esta tierra y a la magia que en ella aún existía. A ninguno de nosotros nos gustaba alegarnos de ella. De nuestras raíces. De nuestro pasado. Y sí, de nuestro poder. Estar lejos era volverse débil y para un dios, vernos obligados a mostrar nuestras debilidades, era algo irritante. Y evitable.

—¿Una de las mejores amigas de Mila? —pregunté tensándome de repente. Un recuerdo. Una mujer.

Sí, una de las amigas de Mila. Me había irritado ver a un hombre poniendo sus manos sobre su cuerpo. Era una realidad que había disfrutado golpeándole. Incluso si me había comportado y no le había hecho más que unas pocas magulladuras. Me había contenido. Tenía todos sus huesos enteros, con eso estaba todo dicho. No sabía ni siquiera su nombre y, sin embargo, sí que recordaba el fuego que había en su mirada y un cuerpo al que me hubiera ofrecido a poseer. Si Mila no hubiera entrado en cólera allí en medio. Aunque supongo que después del espectáculo con aquellos imbéciles, la dama en cuestión no hubiera estado especialmente receptiva a ser el centro de mis atenciones por miedo a que mis necesidades fueran tan brutales como mi propia personalidad. Que lo eran. Una buena pelea y dos o

tres mujeres que sean capaces de saciar mi cuerpo. No soy de grandes necesidades, después de todo.

¿Casarse? ¿Era esa la amiga de Mila que estaba a punto de casarse? Otra más que se sometía estúpidamente al yugo de la monogamia. Por seguridad, supongo. Niños y ese tipo de mierdas. Para alguien que se sabe maldito y que jamás podrá engendrar, pensar en atar su vida a una única mujer era una pesadilla de curvas sinuosas. Prefiero a un par de aulladores. Una Dearg-Due dispuesta a dejarme seco. O hasta unos cuantos kelpies. ¿Pero casarse? Supongo que lo de Colin podría ser justificable. Al fin y al cabo, está condenadamente maldito a amar a Mila. Para él ya solo hay una, así que no es como que el hecho de casarse marque realmente la diferencia. Pero para un humano, que es libre de amar y follar a tantas como quiera, limitarse a una me parece una idiotez. Pero, claro, son mortales. Y estúpidos.

—Sí, creo que vinieron a verla hace poco —afirmó Ryan, que me miraba con curiosidad.

—Cuenta conmigo —afirmó Brian.

—No —negué mientras mis propios pensamientos me irritaban—. Iré yo.

—¿A Madrid? —me preguntó Ryan con curiosidad mientras Brian me miraba como si acabara de decir algo totalmente sorprendente. Ofrecerme a una estúpida misión de cobertura. Eso, exactamente.

—Hace tiempo que no salgo de la isla —le contesté encogiéndome de hombros.

—Creo que Mila preferiría a alguien un poco menos… intenso —bromeó Ryan mirándome con expresión divertida—. Creo que la última vez que estabas supervisándola acabaste estrellando a varios tipos contra el suelo.

—No maté a ninguno —me defendí.

—¡Bravo! —exclamó Brian y por su expresión creo que era más una burla que no una alabanza. Le gruñí a modo de respuesta.

—Me mantendré a distancia —afirmé—. Brian aún está empezando a controlar esa pierna nueva suya, no es el candidato más adecuado en estos momentos.

—Está Aidan —me contradijo Ryan.

—Sabes que se pone paranoico cuando no está en la isla —le reté con la mirada.

—Claro, como que es el único —se burló Brian.

—Conan y Eamonn estarán en el sur, Brian está recuperándose y Aidan si te descuidas prenderá fuego a lo que se le ponga delante —argumenté—. No es que Mila tenga muchas más opciones.

—Me sorprende que te muestres tan complaciente —murmuró Ryan mirándome con atención.

—Estoy aprendiendo a trabajar en equipo —repuse. Brian empezó a

reír. A carcajadas. Le miré y aunque estuve tentado de gruñirle, no pude evitar añadirme a sus risas—. Una de esas amigas de Mila estaba buena. No me importaría follármela.

—Ese sí que es un argumento convincente —concretó Brian entre risas.

—Igual es la que se casa —manifestó Ryan.

—Peor para el novio —le contesté encogiéndome de hombros.

—A Mila eso no le haría especialmente gracia —expuso Ryan aunque estaba francamente divertido.

—¡No tanto como al cornudo! —bramó Brian entre risas.

—No voy a buscarla —afirmé—. Pero no voy a dejar a una hembra insatisfecha si se mete en mi cama.

—De acuerdo, voy a convencer a Mila de que la mejor opción es que los acompañes tú y que te has ofrecido, voluntariamente, a hacerlo. Dejaremos de lado el hecho de que tus intenciones son totalmente obscenas —expuso Ryan con expresión divertida.

—Para variar… —añadió Brian.

No le contesté. No tenía intención de negar aquello. Era un hombre. Un dios. Y un puto guerrero. Y la posibilidad de encontrarme con aquella mujer y hacerla mía, como debería haber hecho aquella primera noche que me la encontré en ese local, me había excitado como hacía tiempo no conseguían las mujeres más complacientes y hermosas de mi propia tierra.

Y fueron felices para siempre

ANA estaba simplemente preciosa. Era ella y, al mismo tiempo, una versión mejorada de ella misma. El vestido tenía el vuelo justo, la tela era simplemente perfecta y su peinado, con pequeños tirabuzones que enmarcaban su rostro, era absolutamente dulce. Un día cualquiera, en una boda cualquiera, haría lucir mi sarcasmo. Pero no hoy. No hoy.

Quizás era cosa de todas las horas que había pasado preparando aquello, junto a ella. La ilusión y la mirada vidriosa que podían verse en sus ojos, ligeramente brillantes. No lloraría. No lo haría. Aunque, por si acaso, me había puesto el rímel *waterproof* más potente del mercado. Soy mujer de recursos. Pero era difícil no emocionarse mientras ella caminaba con esos pasos, seguros pero ligeramente intimidados por la intensidad del momento. Su boda. ¿Cómo debía sentirse? ¿Nerviosa? ¿Feliz? ¿Asustada? Supongo que un poco de todo.

Verla caminar poco a poco, hacia el altar, me hizo recordar muchas cosas. Todas las conversaciones que habíamos tenido cuando teníamos poco más de diez años. Soñábamos despiertas, en esa época. Yo ahora me limito a soñar cuando estoy parcialmente comatosa, en mi cama, porque allí no puedo tomar el control de mi inquieto subconsciente. Pero en aquella época, los sueños nos daban vida y no nos la quitaban. Quiero decir que soñábamos con algo así. Con un vestido casi tan bonito como el que lucía Ana. Con un novio que nos esperaría con la emoción brillando en su mirada. Pero con el tiempo, una aprende de sus errores. Incluso si en ese momento, viéndola a ella, sentía un algo en mi vientre.

Un presagio.

Soy de las que creen en esas cosas, pese a que tengo los pies en la tierra y no soy capaz de leer un libro de fantasía por absurdo. Creo en las sensaciones. En las conexiones cósmicas y en la química no demostrada. Que está ahí. No es que crea en el destino o en eso de la media naranja, aunque a veces sueño cosas bonitas. Como todos, supongo. Doy fe que en contadas ocasiones pasa algo especial entre dos personas. Era imposible negarlo viendo cómo se miraban esos dos en esos momentos. Después de llevar juntos media vida y ya no tener más secretos que descubrir del otro, seguían mirándose así. Era la evidencia de que existía algo. Solo que ese algo no era apto para todas las personas.

La música de los violines de los amigos de Mila resonaba mientras

Ana y su padre daban los últimos pasos. Me quedé allí mirándola, con Mila a mi lado. Hugo estaba al lado de Oliver, pero en estos momentos ni siquiera tenía ojos para él. Solo los tenía para Ana, como debía de ser en un día como aquel. Me sentía feliz por ella. Llevábamos muchos meses preparándolo y se nos estaba escapando de las manos. Tantas horas de preparación para que simplemente en unas horas pasara a ser un recuerdo. Suspiré emocionada. Apenas unos minutos y pronunciarían sus votos. Marido y mujer.

Como Mila y Colin.

Menuda ironía que la hubiera engatusado para hacer esa locura. Eso se llama empezar la casa por el tejado. Apenas se conocían y él era un capullo. Palabras de Mila, eso no es cosa mía. Aunque ahora no parecía quejarse. Busqué al enorme irlandés, sentado discretamente en las últimas filas. Sus ojos estaban fijos en Mila. Como si quisiera… llevársela de allí y celebrarlo a lo grande. ¡Qué insaciables eran esos irlandeses! Sonreí, divertida.

Colin se estaba ganando muchos motes. Aunque el de «empotrador» era, sin lugar a duda, nuestro preferido. No parecía cortarse especialmente cuando tenía a Mila cerca, incluso si a veces había espectadores. Para mi gusto era un tanto primitivo y creo que podría decir muchas cosas sobre sus modales, pero ella se veía contenta. Al menos de momento. No era mucho su estilo. Pero estaba bueno. Muy bueno. Eso era innegable. Y ella necesitaba alguien que le diera un buen zarandeo de tanto en tanto y le ayudara a olvidar toda la mierda que había pasado durante el último año. Ella sí que había tragado mierda. Su madre. Su padre. Me sentía un poco irritada por el hecho de que se hubiera ido a vivir fuera, especialmente desde que tenía esa sensación de que no volvería, de que había encontrado su lugar, su hogar. ¿Incluía eso al bombero? Quizás. Aunque él era… diferente. No sé cómo definirlo. Intenso.

Lo que me hace recordar a su primo. Sí, el que tumbó a los pobres chicos de la discoteca a la que fuimos a pasar un rato. Era sensualidad en estado puro, incluso si tenía pinta de ser de esos hombres cargados de problemas y posiblemente antecedentes penales. No soy tan ilusa. Pero nadie puede negar que era la cosa más sexy del mundo mundial. Solo pensar en esos ojos negros me temblaban las piernas. Probablemente, en parte se debía a toda la imaginación que poco a poco había incorporado a lo que en realidad sucedió. Al menos tenía que poder darme ese capricho. Y sí, había tenido sueños de lo más eróticos con el susodicho. Algunos de ellos consciente, para qué negarlo. Pero no todos. Se había colado en ese subconsciente mío que a veces me jugaba malas pasadas. Era un poco cabroncete, a veces. Pero en mi defensa diré que no creo que fuera la única mujer imaginándose a aquel hombre de mirada oscura con poca ropa

haciendo las cochinadas que a cada una le gusten. Cuando se está así de bueno, hay cosas que se tienen que asumir, y listos. Que lo usemos como fetiche por su sensualidad en nuestras noches más solitarias, por ejemplo. O que nos obsesionemos con su mero recuerdo. Hay cosas que a veces no tienen mucho sentido. Al menos en mi vida. Así que las ignoro, como si no existieran, y vivo mucho más tranquila.

Mientras mi mente vagaba sin rumbo alguno, Ana llegó a su destino. La vida seguía para el resto del mundo, después de todo. Ahora la boda. Luego vendrían los niños. Y nos haríamos viejas, algún día. Arrugadas pero juntas, eso seguro. Podía sentirlo. Me gustaba esa certeza, esa seguridad, de que Ana y Mila siempre estarían a mi lado. Puede sonar un poco posesivo. O un mucho, vale. No digo que sea perfecta, al fin y al cabo. Y tengo sangre latina, soy un poco temperamental, celosa y posesiva. Pero solo con las personas que realmente quiero. Que en mi actual realidad son mis padres y mis dos mejores amigas. No hay mucho más, realmente, en mi vida. Igual puede sonar un poco triste y, si alguien mira mi agenda, esta afirmación le sorprendería especialmente. Soy una mujer activa con mil compromisos, socialmente me codeo con lo más de lo más y nunca le digo que no a una fiesta. Bailo como mil demonios. En el buen sentido. Y soy el alma de cualquier celebración. Un portento, en serio. Pero por mucha diversión, por muchas personas con las que me codee y por mucho buen sexo que haya tenido, lo que realmente me llena, es poco. Y son pocos. Hugo formaba parte de este pequeño grupo. Tiempo atrás. Desde él, nadie ha sido capaz de hacerme sentir realmente algo que no fuera un mero orgasmo. Y no es que un orgasmo sea poca cosa, es divino. Sube las endorfinas, mejora el estado de ánimo y es de lo más divertido. Pero viene y va. Sin más. No queda. No sé si me explico.

Mila enlazó su mano con la mía y sentí una corriente que me recorrió de arriba abajo. Cálida. Familiar. Nuestras miradas se cruzaron y sospeché que de alguna forma ella también lo había sentido. Yo podía ser un tanto impulsiva. Irreflexiva. Ella estaba como una auténtica cabra. Se dejaba llevar por las emociones y los sentimientos cuando menos te lo esperabas. Yo en cambio solía ser mucho más retorcida. O séase que no tengo excusas como un «no lo había pensado» o un «no me había dado cuenta». Yo pienso y hago las cosas a conciencia. Que es incluso peor, supongo, porque no me importan los daños colaterales. Que no quiero decir que vaya pisando a la gente o algo así. No soy de esas. Pero me importa entre poco y menos lo que piensen de mí. Digo lo que me apetece y mi máxima es pasármelo bien. La vida son dos días. Y la mierda llega sola.

Y así, sin más, empezó la ceremonia, mientras Mila y yo nos

manteníamos la una junto a la otra. No tengo claro si ella podía entender cómo me sentía yo en esos momentos. Un poco perdida. Desilusionada porque mi vida jamás encontraría ese final feliz dado que el hombre que tenía que hacerlo posible estaba frente a mí y no a mi lado. Pero terriblemente emocionada de que Ana sí tuviera ese «y fueron felices para siempre». Se lo merecía. Solo esperaba que el tiempo, la vida, el futuro, les sonriera.

Intercambiaron votos. Hubo risas, lágrimas y muchas felicitaciones. Me dejé arrastrar por ese ambiente festivo mientras todos parecían pelearse para poder llegar hasta ellos a felicitarlos. Creo que Ana acabaría con agujetas faciales de tanto sonreír. Intenté ignorar a Hugo. Y a Laura, la pareja de Hugo, metida en ese diminuto vestido de color mostaza con un tocado que hacía que no se viera como un absoluto retaco. Que lo era. Mila se quedó a mi lado y se añadió al poco Colin. No es que fuera muy hablador, que digamos, pero sospechaba que Mila no lo quería por su gran capacidad oratoria, seamos realistas. Afortunadas algunas.

La cena fue exquisita y no hubo incidente alguno. Nadie se hinchó como un globo por comer trazas de cacahuete y la gente se lo pasó bien. No es que sea una persona controladora, pero había preparado tantas cosas que me costaba relajarme por completo. Quiero decir que me sabía de memoria las músicas, los repartos, las entregas. Todo. Absolutamente. Todo. Y pese a eso, lo disfruté. Brindé unas cuantas veces por los novios, que eso siempre ayuda. Apenas vi a Hugo y a Laura, sentados estratégicamente en otra mesa a mi espalda. Al menos me había permitido ese capricho. Si Ana pensaba que era intencionado o casual, no era problema mío.

Tras la cena, empezó el baile. Abrieron la fiesta los novios, como no podía ser de otra forma. No es que Oliver fuera un gran bailarín, pero dio el pego. Lo que dan de sí unas pocas clases de baile privadas. El ambiente era festivo y me dejé llevar. Bailé con unos y otros, sin especial interés en ninguno. Un par de solteros me tenían más o menos localizada pero ninguno hizo tampoco ningún acercamiento demasiado evidente. Todos eran conocidos de conocidos y eso supongo que a algunos les corta el rollo. Y a mí, pasado el estrés inicial de que todo saliera bien, me estaba entrando el bajón. No ayudaba esa sensación de nerviosismo que parecía haberse instalado en mi vientre y no estaba dispuesta a darme tregua. Sí, Hugo estaba allí. Debería de estar ya mentalizada con eso en concreto. Habíamos cruzado nuestras miradas en un par de ocasiones. No diré chispas, pero algo había ahí. Algo que era real y que me cabreaba más que otra cosa, creo. Pero era consciente de que esa poquita cosa de mujer lucía siempre una sonrisa radiante mientras bailaba a su lado. No negaré que ganas tenía de romperle la cara. Desde hacía años. Pero soy de las

que está por encima de eso. Mientras no vaya borracha, claro está. Pero como era la boda de Ana y moralmente me sentía con la obligación de no estropeársela, evité en la medida de lo posible la barra. Y no porque no tuviera ganas.

Me dejé caer en uno de los sillones que habían instalado alrededor de la pista de baile y Mila se sentó en el que le hacía de pareja a los pocos minutos. Su novio-marido-empotrador había desaparecido en cuanto la música estridente había empezado a sonar por los altavoces. Confieso que el hecho de que hubiera huido me venía como anillo al dedo porque al menos no estaba sola. O no tan sola. Tener a Mila a mi lado era un lujo de compañía. Todos maduraban. Todos menos yo, claro. Y lo peor del caso es que tampoco estaba dispuesta a cambiar mi forma de vida. Me funcionaba. Me gustaba. Y punto. ¿Por qué me sentía así?

—Aquí estamos —susurró Mila—. Parece mentira.

—Dímelo a mí, que os tengo a las dos casadas —protesté.

—No hurgues en la herida —se quejó Mila y me puse a reír. Esa pensaba tirárselo en cara el resto de su vida.

—Se os ve bien —afirmé refiriéndome a Colin y ella.

—Estamos bien —me aseguró lanzando un suspiro, como si hubieran pasado por momentos difíciles.

—Creo que es un poco inestable —admití.

—¿Inestable? ¿Colin? ¿En serio? No tengo ni idea de por qué dices eso.

Nos miramos y empezamos a reírnos a carcajadas. Me encantaba eso. La complicidad que había entre nosotras desde siempre. La forma como podíamos entendernos a veces sin necesitar palabras. Aunque tenía la sensación de que algo había cambiado desde que Mila se había instalado en Dublín. Al principio había pensado que era parte del proceso del duelo de la muerte de su padre. Con la aparición de Colin, todo parecía haberse intensificado, como si rehuyera a veces mis preguntas cuando hablábamos por teléfono. No la presionaba. Quería darle un tiempo. Entendía que había pasado por muchas cosas en poco tiempo y que quizás necesitaba un espacio. Pero me molestaba un poco. Nunca lo había necesitado antes.

—Espero que los polvos de reconciliación estén a la altura.

—Créeme que sí.

—Genial, ahora vas a restregármelo por la cara —protesté.

—Bombón a las siete —susurró Mila y observé en esa dirección con cero disimulo, haciendo que ella se sonrojara. Seguía haciéndolo. Y a mí me encantaba ver cómo se le ponían rojas hasta las orejas.

—¿Pero no has visto que con ese barrigón podría estar de gemelos? —gruñí yo haciendo que se atragantara mientras reía.

—¿A las once? —probó suerte.

—Pero si le saco diez años —remarqué haciendo un mohín—. A esa edad son de gatillo demasiado rápido.

—Vale —respondió Mila divertida—. ¿A las diez?

—¿El que baila como si estuviera poseído? Voto por que se ha metido algo y seguro que ni se le levanta —aseguré asqueada.

—¿No será que no te apetece buscarte un ligue esta noche? —me preguntó finalmente y le hubiera soltado alguna guarrada, casi por la costumbre, pero había un punto de preocupación en su tono de voz y ella, al fin y al cabo, es una de mis mejores amigas. No nos tenemos secretos. Bueno, excepto por eso de que nos había intentado esconder que se había casado. Una minucia, vamos.

—Hace un tiempo que no voy de caza —le confesé—. No sé, no me apetece. Me aburren. Todos.

—A mí también me ha afectado lo de que se case —admitió Mila—. Creo que incluso sin quererlo, fue uno de los motivos de que me fuera de Madrid. Necesitaba poner distancia con todo. Me sentía muy sola, aunque sabía que estabais a mi lado. No sé si me entiendes.

—Creo que sí —le dije—. Las tres soñábamos con esto, pero a nosotras el destino nos tenía preparado algo muy diferente. Te alegras por ella, pero no puedes evitar recordar lo que ya no tienes.

—Unos padres —murmuró Mila y yo hice un gesto afirmativo.

—Un buen *empotrador* —solté y ella me dio una colleja, irritada de que nos burláramos de eso todavía. Cuando habíamos ido a Irlanda, Colin y ella estaban enfadados. Algo pasó que él se presentó en la casa de Mila y literalmente la empotró contra una pared mientras se la comía a besos con una pasión que yo creo que las paredes hasta temblaban.

—Siento no haber llegado a la cena. Te he visto mirarle durante la ceremonia. Y él a ti —añadió Mila. No hacía falta decir el nombre.

—Mírale —murmuré y observé cómo bailaba en un grupo numeroso. Se acercó a ella. No, tampoco hacía falta decir su nombre —. Le está preguntando si se lo está pasando bien. ¿Es que no le ve la cara? ¿Crees que sonríe tanto porque lleva una férula o es natural?

—No sabría decirte pero ya tiene patas de gallo —afirmó Mila haciéndome sonreír. Es lo que tienen las amigas, siempre puedes contar con ellas.

—Por no decir que baila fatal —añadí.

—Fatal —confirmó Mila.

Nos pusimos a reír.

—Tengo la sensación de que estás bien allí —le dije con media sonrisa—. Te has reencontrado con la vieja Margaret, te liaste con Colin y creo que conectas bien con las dos chicas que nos presentaste. ¿Sigues sintiéndote sola?

—No —negó Mila—. Ya no. Todo ha cambiado. Mucho.

—Me alegro por ti —le dije con sinceridad. Incluso si la encontraba a faltar. Incluso si el hecho de que ella estuviera lejos me hacía sentir sola a mí. Es lo que tiene querer a alguien de verdad. Que te alegras por ellos, pese a que veces su felicidad hace que tú estés aún más jodido. Igual que con lo de Ana—. ¿Y dónde se ha escondido ese hombre tuyo?

—Ha ido a tomar algo al bar —me dijo—. Dice que eso de bailar amontonados está sobrevalorado.

—Eso es porque sabe que se *amontonará* encima de ti tanto como le dé la gana en un rato —le solté y se puso a reír mientras se sonrojaba por completo haciéndome saber que no iba muy desencaminada—. Para los que vamos escasos en sobeteos, bailar no es más que una excusa para frotarnos con alguien un rato.

—Y si está bueno, acabar llevándotelo a la cama —añadió Mila mirándome con expresión traviesa. Menuda fama la mía.

—¡Amén! —concluí, divertida—. Oye, vamos a tomar algo al bar.

—¿En serio? —me preguntó Mila sorprendida. Creo que hasta yo estaba sorprendida por mis propias palabras. Quiero decir que yo no soy de las que se pierden una fiesta. Y esta era LA fiesta. Busqué a Ana con la mirada. Estaba con Oliver, cómo no, junto a un grupo de amigas de cuando estudió la carrera.

—¿Por qué no? Me gustaría conocer un poco a Colin, aún no tengo claro qué pie calza —le dije—. Quizás estoy madurando. ¿Debería eso preocuparme?

—No creo —negó Mila—. Vamos.

Nos levantamos y salimos de allí cogidas de la mano. Por una vez me gustó alejarme de la música estridente. Eso era aún más raro. Me encogí de hombros mientras caminaba junto a Mila. Solo estaría en Madrid el fin de semana porque hacía muy poco que había empezado en el hospital nuevo y aún no tenía derecho a vacaciones. Estaba bien poder disfrutar al máximo de su compañía y conocer a Colin. Conocerlo un poco, vamos. Porque solo habíamos coincidido con él en el trayecto de casa de Margaret hasta el aeropuerto y nos había respondido a base de monosílabos mientras se comía con los ojos a Mila. Menuda tensión sexual, en serio. Jodido tenía que haber sido el polvo de reconciliación.

Era extraño porque me gustaría algo así. Que alguien me mirara de aquella forma, como si no hubiera nadie más en el mundo. Me refiero a mirarme a mí. No a mis tetas. Que a ver, no tengo nada en contra de que las miren. Hasta me gusta. Pero es diferente. Era como si Mila fuera el puto aire. Y me gustaría ser eso. El aire por el que alguien respira como si fuera algo vital. ¿Que pido mucho? Pues sí. Así me va. El hombre de mi vida está con otra. O peor aún. El hombre de mi vida está felizmente liado con otra. Eso aún duele más. Además, según él,

ningún hombre sería capaz de hacerme feliz porque busco la perfección y eso no existe. Ironías del destino, justo me suelta eso cuando yo siempre había pensado que el hombre perfecto existía. Y era él. Sus modales eran suaves, sus palabras tiernas, era un amante exigente pero también generoso, ese tipo de persona que puedes llevar a cualquier sitio y que siempre sabe estar a la altura de la situación. Una persona con la que podías hablar de todo y con la que nunca te sentías… sola. Justamente él tenía que soltarme ese discurso.

Aunque lo que más rabia me daba era que incluso esta vida, que durante los últimos años había llevado, empezaba a perder fuerza. Como si me estuviera apagando. Como si mi pasión por descubrir, por disfrutar, por divertirme, estuviera perdiendo fuelle. Ya ni la emoción del descubrir, del conocer, de la novedad, parecían hacerme vibrar. Hacerme sentir viva. Era como si algo en mí empezara a perder color, a marchitarse. No me gustaba esa nueva versión de mí misma, aunque pese a disimular, no podía evitar sentir que me faltaba algo. La mierda era que no tenía idea alguna de qué se trataba. Y eso que me había pateado todas las tiendas de ropa cara y me había comprado un par de Jimmy Choo que eso cura todos los males. Ni eso había servido en esta ocasión. Y esa oscuridad, ese vacío, se estaba haciendo más presente dentro de mí cada día. Cada noche.

Mila buscó con la mirada por la enorme sala repleta de sillones y mesas bajas. Fui yo la que localizó primero a Colin, pero no estaba solo. No es que hubiera buscado una compañía femenina y aquello pudiera acabar como el rosario de la aurora. No. Frente a él había un hombre. Uno grande. O al menos tan grande como Colin. O quizás más. Solo podía verle el cogote pero sentí mariposas. ¡Mariposas! ¡Qué bueno era sentirse viva! ¡Sentir! El hombre se giró lentamente y sus ojos se clavaron en los míos mientras Colin fijaba su mirada en Mila. Tragué saliva. ¡Oh! ¡Oh!

Yo, la mujer autoestima, la mujer que se come el mundo, la que patea culos si le viene de cara y camina sobre tacones de quince centímetros sin quejarse ni una sola vez. Yo. Esa mujer. Sentía cómo mis piernas temblaban ligeramente y un nudo se cerraba en mi estómago mientras una emoción extraña, una mezcla de excitación, miedo y deseo, parecía querer arrasar con todo. Era él. El hombre de la discoteca de Limerick. El primo de Colin. ¿Es que Mila era tonta? ¿Trae a semejante varón y no se le ocurre comentarlo? Y la guarra me quería liar con el barrigudo, el yogurín y el que no atinaba de lo colocado que andaba. Tener amigas para esto.

Caminé con toda la dignidad posible mientras él mantenía su mirada sobre mí. ¿Cómo podía alguien despertar tantos instintos en mí solo con una mirada? Una que no era especialmente cálida, ni

gentil, ni alegre. Muy al contrario. Sus rasgos eran duros y aquí, con la iluminación de los paneles, pude observar su pelo castaño y unos ojos negros que eran tan penetrantes como oscuros. Su expresión era frío hielo y me observaba con una indiferencia que me hacía dudar de si me reconocía siquiera.

—Me duelen los pies —se quejó Mila dejándose caer sobre Colin, que la rodeó con gesto posesivo con un brazo. Observé al hombre sentado en el sillón y busqué con la mirada un asiento libre. Nada. Pude localizar un mal taburete alto en la barra del bar. El patito feo. Casi que pasaba.

—A mí también me duelen horrores —murmuré mientras miraba al hombre batiendo las pestañas.

En general, el efecto es inmediato. Un buen asiento y unas palabras de consuelo. Alguna broma. Lo de siempre, vamos. Los más lanzados soltaban un par de piropos y hasta alguna vez se habían ofrecido a masajearme los pies, aunque eso me da bastante grima. Sin embargo, el hombre del sillón se quedó mirándome con indiferencia absoluta en su rostro. Le sostuve la mirada, un tanto irritada, y se limitó a elevar ligeramente una ceja.

No, no dijo nada. Nada de nada. Lo de dar puñetazos se le daba bien. Había sido testigo de aquello. Lo de los modales y ser caballeroso, no tanto. Apreté los labios mientras lo fulminaba con la mirada por su comportamiento y él no mostró señal alguna de arrepentimiento. Ni de diversión. Era un glaciar de ojos negros. Uno especialmente capullo. Caliente, vale. Pero gilipollas también.

—¿Kellan podrías dejar a Marisa que se sentara? —le pidió Mila con voz dura y una ligera amenaza en sus palabras. Me gustaba esa Mila. Ya le había plantado frente antes, en la discoteca. No tengo claro qué relación tenían exactamente pero estaba segura de que ese no era el primo majo que la había paseado por Dublín galantemente.

—No —negó él sin dejar de mirarme.

—Lo tuyo no son los modales —le solté irritada. Y un poco intrigada, no lo negaré. Si Colin tenía un aire seco y un tanto borde a veces, Kellan le superaba con creces. Y eso que el listón ya estaba alto.

—No —admitió él ladeando la cabeza ligeramente.

—Ni las grandes conversaciones —añadí.

—No —expuso.

—¿Es cortito? —le pregunté a Mila haciendo una mueca.

—No soy sordo —intervino una voz ronca y terriblemente sensual que me hizo estremecer de arriba abajo. Le miré.

—Eso no es exactamente lo que había preguntado —le dije con picardía pero su rostro no mostró expresión alguna.

—¿No puede callarse un rato? —le preguntó Kellan a Mila, ignorándome por primera vez. Mila se puso roja y creo que tenía

intención de soltarle alguna gorda, pero por lo general no soy de las que necesitan que las defiendan.

—¿No puedes irte a la mierda?

—No me extraña que para hacerte callar aquel tipo te metiera la lengua hasta la campanilla.

—Vete a la mierda.

—Has pasado de una interrogación a un imperativo.

—¿Ahora pretendes darme una clase magistral de gramática?

—No es mi fuerte.

—¿Tienes alguno?

—Te sorprenderías.

—Ilumíname —le reté con la mirada.

Sus ojos brillaron con algo parecido a la diversión y de repente el mundo a mi alrededor simplemente desapareció. Sentí algo que arrastraba mi cuerpo y me encontré sentada sobre sus piernas. ¿Cómo? No lo tengo para nada claro. Mis pupilas se dilataron por la sorpresa y mi corazón empezó a latir más fuerte, más rápido, por su proximidad. Creo que sintió cómo me estremecía mientras sus ojos me observaban y casi me pierdo en su oscuridad. Llamarlo sexy era quedarse corto.

—Soy un buen amante —me susurró y me estremecí al sentir esa proximidad entre nosotros. Su rostro estaba a poco más de un palmo de mí. Demasiado cerca. Un buen amante. Podría ofrecerme voluntaria para comprobarlo. Si no fuera por mi orgullo, claro. Mi orgullo me puede. Aunque en esos momentos no era capaz de reaccionar. Su olor, su cuerpo debajo del mío y esa sensación de ardiente deseo que se había apoderado de todo mi cuerpo mientras sus ojos no dejaban de observarme y me sentía totalmente expuesta, como si fuera capaz de desnudarme solo con una mirada. Hacía tiempo que no estaba tan excitada como en ese maldito momento.

—Kellan, déjala en paz. Es amiga de Mila —gruñó Colin.

—Quería sentarse —ronroneó Kellan alejando su mirada de mí y esa conexión intensa que me había atrapado perdía un poco de fuelle al hacerlo—. Está sentada.

—No creo que se refiriera a sentarse encima de ti —puntualizó Mila con voz acusatoria.

—Es una concesión que le hago por ser amiga tuya, prima —soltó Kellan mientras me miraba y volvía a sentir una contracción violenta entre las piernas solo con su maldita mirada—. Por norma general siempre tengo a las hembras debajo, no encima.

—¿Las hembras? —repetí recuperándome de la impresión tras unos segundos, recuperando mi sentido común y mi sarcasmo—. ¿Te va eso? ¿Montártelo con animales?

Mila empezó a reír por lo bajo pero las carcajadas se volvieron más

fuertes en apenas unos segundos. Se añadieron las de Colin y yo sonreí con gesto triunfal. Kellan me miró con un brillo intenso en los ojos y ladeó ligeramente la cabeza. Rompí ese contacto visual antes de hacer una estupidez. No tengo claro si era darle una bofetada al estilo Hollywood por tirarme encima de él o liberar parte de la tensión sexual que sentía dándole un buen morreo, para mi deleite personal, y que acabara la noche conmigo debajo o donde él quisiera. Era consciente de que ninguna de ambas era una buena opción, así que incluso si no era lo que realmente me apetecía hacer, me giré en dirección a Mila con la mayor dignidad posible. Algo que no era especialmente fácil estando sentada encima de él y sintiendo su cuerpo tan tentadoramente cerca.

Al menos Mila también estaba parcialmente acurrucada encima de Colin, así que se me hacía ligeramente menos violento. Aunque no era, para nada, lo mismo. Colin la tenía rodeada con un brazo con un gesto posesivo mientras que Kellan no tenía intención alguna de buscar más contacto físico que el que suponía tener mi culo respingón sobre sus piernas. Por no añadir el detalle de que ellos estaban casados. Y follaban como conejos, sí eso también. Mientras que todo lo que había entre Kellan y yo se resumía en cuatro palabras hirientes y varios tipos sangrando por el suelo. Supernormal, vamos.

Pero había eso. La sensación de que mi cuerpo y el suyo encajaban a la perfección. Que sus manos sobre mi cuerpo me harían perder la conciencia y la sensación de que ese hombre, con el que ya había gozado en mis sueños, podría arrancarme más de un orgasmo si le daba la oportunidad. Pero no lo haría. Mi orgullo tiene esas cosas. Y él había sido un completo imbécil.

IV

Desayuno con diamantes.

UNA cosa que no me esperaba era no tener resaca después de la boda de Ana. Y no es que pensara emborracharme propiamente, pero por una vez era una buena excusa. Que no acabara con una cefalea descomunal y ojeras de color entre azul y gris vino determinado, en primer lugar, por mi deseo de no acabar en una pelea de gatas con Laura y abochornar por completo a mi mejor amiga y en segundo lugar, porque me retiré recatadamente cuando Colin y Mila decidieron ir a acostarse. Ni loca me quedaba yo con el simpático de Kellan a solas. Apostaba a que no mentía con eso de que era un buen amante, pero su simpatía y esa sociabilidad que desprendía por el culo decantaban la balanza.

Me arrepentí de haber bajado tan pronto en cuanto entré en el comedor en el que se servían los desayunos. Allí estaban ellos. Ana. Oliver. Y Hugo. Siempre la nota discordante en mi banda sonora de película. Una tragicomedia que estaba cogiendo tintes abstractos. Por gusto me hubiera largado, pero Ana me había visto y una huida en esos momentos sería lo más parecido a un acto de cobardía y puedo ser muchas cosas, pero no soy cobarde. Me alegré de haberme puesto aquellos tejanos elásticos que se me enganchaban a las piernas como una segunda piel en el momento en el que la mirada de Hugo me dio un pequeño repaso, casi de forma inconsciente. Le miré y vi que se tensaba un poco en la silla. Pillado *in fraganti*, capullo.

—Esto sí que es raro. Bajas sola —me soltó a modo de saludo mientras un destello de rabia impregnaba sus palabras. Le conocía lo suficiente como para saber que era su forma de preguntar cosas que no tenía intención de preguntarme. Incluso si tal vez se moría de ganas.

—¿No crees que eso sería lo que debería decirte yo? —le pregunté mientras me sentaba como una reina en la silla que había a su lado—. ¿O te ha dejado ya por otro que valga realmente la pena?

—Está indispuesta —me contestó con voz dura—. Gracias por preguntar.

—Ya sabes que soy la gentileza en persona —le susurré mientras Oliver y Ana nos miraban con expresión tensa. Ya estaban casados. La boda había sido un éxito. Ya podía liarme a mordiscos si me venía de cara—. Los que no saben beber, no deberían hacerlo.

—Te fuiste pronto.

—¿Me controlabas? —me burlé.

—No exactamente —negó, aunque sus ojos mostraban cierta intensidad.

—No es un no rotundo —puntualicé—. Igual Laura tendría que empezar a preocuparse, por eso del karma y tal. Uno recibe lo que da.

—¿Y qué das tú exactamente?

—¿Y tú lo preguntas? Sexo loco y desenfrenado, por supuesto —le provoqué antes de darle un bocado a un trozo de pan.

—Buenos días —intervino Mila, totalmente inconsciente del número que estábamos montando Hugo y yo. Creo que Oliver y Ana agradecieron su aparición como si fuera el mismísimo espíritu santo.

—Mila, me alegro de verte. Ayer casi no pudimos hablar —le saludó Oliver con esa expresión suya alegre antes de añadir con mirada traviesa—. ¿Dónde anda ese marido tuyo?

—Ha ido a buscar a su primo —murmuró Mila mientras nos miraba a Ana y a mí con gesto acusatorio.

Estaba bien que Ana hubiera disfrutado con lo de la boda porque Mila enseñaba los dientes cada vez que alguien le sacaba aquello en concreto. Pero claro, era demasiado divertido para no hacerlo. Digo yo que si hay bodas-exprés, tradicionales o lo que sea, también habrá divorcios-exprés. Que, consumado el matrimonio fijo, pero que no le daría yo más importancia si fue una de esas cosas locas que haces una noche pensándote que es cachondeo, aunque al final el papelito que has firmado resulta que sí es vinculante en algún aspecto. No había sido más que eso. Una broma mal llevada que acabó en un desenlace curioso. No había que darle más importancia. Que se divorciara cuando se hartara de Colin y listos. No podía pensar que Mila estaría dispuesta a tomar una decisión como aquella después de unas pocas semanas de estar tonteando y mantener esa promesa de amor eterno en la felicidad y en la adversidad. O como se dijera.

Decidí cambiar de tema al ver su rigidez y su gesto sombrío. No quería que pensara en cosas que le dieran mal rollo. Había venido a pasárselo bien. Me quedaba eso de que, cuando la veía con él, se la veía bien. Incluso si era un tipo de lo más raro. Aunque viendo a su primo, igual era de lo más normalito de su familia. Lo que me hizo pensar en lo maleducado que había sido la noche anterior Kellan. Y lo bueno que seguía estando. Sí, eso también. Pero casi que me quedaba con la versión de mis sueños, que me tomaba entre sus brazos y me hacía gemir de placer, que no con su homónimo real de palabras hirientes y altivas. Hembra. Así nos llamaba el cabrón.

—Hablando de su primo. ¿Qué pinta ese misógino aquí?

—Estaba aburrido y se ofreció a acompañarnos —repuso Mila encogiéndose de hombros.

—¿No trabaja ni tiene vida propia? —protesté mientras la mirada de Mila se desplazaba hacia mi derecha y me encontré con las dos moles masculinas acercándose a nosotros, a escasos pasos. No me sonrojé. No es mi estilo. Me quedé mirándole mientras se sentaba en el asiento libre que había a mi lado como si de alguna forma le correspondiera. Hice una mueca ante ese despliegue de seguridad.

—Veo que esta vez has conseguido que un caballero te acerque una silla —se burló tras mirarme, sin dignarse a prestar atención al resto de personas presentes en la mesa. Kellan haciendo amigos.

—¿Un caballero? La verdad es que no veo ninguno —le contesté mientras le sostenía la mirada.

—Marisa tiende a ser enérgicamente hostil con los hombres a quienes no se quiere beneficiar —intervino Hugo cuyo nivel de mala leche parecía ir en aumento y al que la aparición de Kellan le había hecho suponer que tenía un aliado.

—Eso está bien, las prefiero fogosas —soltó Kellan sin dignarse a mirar a Hugo y tras sostenerme la mirada haciendo que un sudor frío me recorriera por toda la espalda, la desvió para empezar a servirse el desayuno. Joder. Otra mirada de esas y acabaría con fiebre, suplicándole que se pusiera encima de mí.

—Señorita Carreras —me llamó con gentileza uno de nuestros maîtres—. ¿A qué hora quieren que les sirvamos el catering? Tengo hecha la reserva del taxi a las cuatro para los señores que han de ir al aeropuerto.

—A la una estará bien —le contesté y añadí mirando a Ana—. Reservé la salita Solana.

—¿La que da a los jardines? —exclamó ilusionada. Hice un gesto afirmativo y la alegría en su mirada fue compensación más que suficiente para la última de las sorpresas que le había preparado.

—Increíble. Una mujer con capacidad de tomar decisiones.

Tardé unos segundos en reaccionar. Me giré para contemplar a Kellan. Sentí la bilis subirme por debajo del esternón y un instinto asesino que deseaba tomar el control de mi persona. Definitivamente, para que su recuerdo se colara entre mis sueños y me diera un buen revolcón, era el tipo perfecto. Para compartir mesa o mantener una conversación decente, era peor que un grano en el culo.

—¿Eres imbécil? —le pregunté con voz firme, sin intimidarme por su presencia o por el deseo que me inspiraba incluso siendo justamente eso. Imbécil.

—Más bien misógino —me contestó él fijando su mirada en la mía.

—¿Estabas espiándonos? —le pregunté empezando a desconfiar de él. Y de su frialdad.

—He puesto micrófonos por toda la sala —me confesó.

—¿Hablas en serio? —le interrogué tensándome sobre la silla.

¿Quién era ese hombre? ¿Estaba loco?

—No —negó finalmente y elevó ligeramente una de las comisuras de sus labios. ¿Una sonrisa? Muy fugaz, en cualquier caso. Nos quedamos en silencio.

—¿Qué es eso de que te has casado? —le preguntó Hugo a Mila y casi me da por reírme al ver cómo se tensó sobre la silla. Miré a Colin de reojo. En su rostro había aparecido una sonrisa orgullosa, como si aquel concepto le gustara especialmente.

—Es una larga historia —murmuró Mila sin decantarse a explicársela.

—Tenemos tiempo —intervino Oliver que parecía especialmente interesado por todo lo que había pasado en Dublín. No se fiaba de nosotras, básicamente. Y creo que eso de que Mila hubiera participado en una boda exprés le hacía desconfiar más si cabe—. Y tan larga no será. Un par de meses no dan para tanto.

Apreté los labios para contener la risa al ver la mirada cargada de odio que le lanzó Mila. Si las miradas mataran, ¡cuánta gente estaría muerta!

—Un par de meses para un mortal, un par de siglos para un dios, pero solo se necesitan unos minutos para que dos personas se encuentren y todo cobre sentido. —Fue Colin el que dijo aquello y, lo admito, me quedé con la boca abierta. ¿No había sido algo así como una declaración de amor? ¿Realmente el *empotrador* había soltado eso?

Miré a Mila y pude interceptar la sonrisa, tímida, con la que le obsequió. Ladeé la cabeza, ligeramente desconfiada. Sospechaba que a Mila Colin le gustaba. Mucho. Pero de ahí a casarse. Casarse de verdad, me refiero.

—Así que estáis casados —afirmó Oliver como si intentara hacerse a la idea.

—Por un rito antiguo celta —concedió Mila finalmente, mirando a Ana más que a Oliver—. Colin me ofreció hacer algo más formal, pero tampoco tengo una familia con la que compartirlo, así que supongo que con eso estamos bien.

—Discrepo —la voz de Kellan, ligeramente ronca y tremendamente masculina, me hizo dar un respingo en el asiento. Le miré y observé cómo sus ojos se clavaban en los de Mila. La miraba como si realmente la viera—. Tienes una familia que sería feliz de celebrar vuestro enlace con los antiguos rituales o incluso con los más digamos modernos, si es lo que tú deseas.

—Lo que quiere Kellan es una barra libre —bromeó Colin pero pude ver un brillo emocionado en sus ojos.

—Eso también —admitió el enorme hombre de ojos negros haciendo una pequeña reverencia con la cabeza. Había algo entre

ellos. Solemne.

—¿Y ese pedrusco? —remarcó Ana con voz aguda. Seguí la dirección de su mirada y observé un precioso anillo lleno de pedrería en uno de los dedos de Mila.

—¡La madre! —solté.

—Es una vieja reliquia familiar —afirmó Colin con mirada orgullosa.

—Esto va en serio —susurré mirando a Mila que se sonrojó.

—Tu amiga es brillante —se burló Kellan y ni siquiera tuve la energía de replicarle. Mila. Casada. Con un anillo lleno de pedruscos en el dedo. Aquello de la boda exprés cada vez perdía fuerza. Fuelle. Joder. Que estaba casada. Casada de verdad. Con un irlandés que parecía más que orgulloso de que una vieja reliquia familiar luciera en su dedo. ¿En serio?

—Sí —afirmó Mila y en su mirada había la respuesta a todas mis preguntas. Jo-der.

—¿A qué te dedicas? —fue Oliver el que empezó el interrogatorio, creo que tan asombrado como yo con aquello.

—Soy bombero.

—Bombero —repitió Hugo mientras intentaba contener las carcajadas. Colin elevó una ceja en su dirección y aquello que le parecía tan gracioso desapareció en cuestión de medio segundo. Esa mirada sí que era de las que mataban. Daba miedito.

—¿Cómo os conocisteis? —reanudó el tercer grado Oliver mientras miraba a Colin, a Mila y al enorme anillo repleto de joyas. Podía ser muchas cosas, discreto no. Y barato menos. Me he criado en una familia rica. Sé cuándo veo algo auténtico. Y cuándo lo que alguien luce es mera bisutería. Oliver también.

—En el Temple Bar —contestó Mila.

—¡Como sus padres! —exclamó Ana que parecía la única emocionada en esos momentos.

Yo estaba para dar un mordisco a alguien de la tensión, los nervios. Mila casada con Colin. Casada de verdad. Quiero decir que solo esperaba que me llamara un día de estos y me soltara un «ya me he divorciado, ¿nos vamos de copas?». Y eso me hubiera sorprendido mucho menos que la nueva realidad que nos acababan de estampar en plena cara.

—Sí —afirmó Mila con media sonrisa antes de añadir—. Colin tocó el violín.

—Como tu padre —susurré sintiendo un nudo en el pecho. Como si pudiera sentir algo. Una conexión. Entre el pasado, el presente y el futuro de Mila. Y había un nexo en aquellas tres etapas de su vida. Colin. Mierda. Aquello era real. Mila estaba casada. Casada de verdad.

—¿Tocas el violín? —preguntó Hugo sorprendido—. Te pegaría más

la batería o una guitarra eléctrica.

—Me defiendo —fue todo lo que le contestó con voz fría.

—¿Y tú tocas algo? ¿Un instrumento tradicional irlandés o así? —le preguntó Hugo a Kellan que no parecía especialmente interesado en participar en la conversación.

—No.

—¿También eres bombero? —le interrogó Hugo y había ese tono de fondo, entre irónico y sarcástico. Él tenía una plaquita en la mesa que ostentaba en el importante despacho de abogados de su futuro suegro y parecía que eso lo elevaba a otro nivel. Nunca me había importado eso de él. Al menos antes. Esa tendencia suya de querer aparentar, de pretender formar parte de un falso grupo selecto unido básicamente por el grueso de sus cuentas bancarias. Un grupo al que yo había accedido por nacimiento y él a fuerza de voluntad, todo sea dicho. Fuerza de voluntad y saber buscar las conexiones apropiadas. O séase, Laura. Y tal vez, muy a mi pesar, yo.

—No.

—¿De qué trabajas? Siento una profunda curiosidad…

Curiosidad no sé, pero si Kellan acababa estampando uno de sus puños en su rostro, no sería yo la que le defendiera. Hasta lo disfrutaría un poco.

—Hace tiempo que no trabajo.

—No todos pueden permitirse ese lujo —fue Oliver el que intervino, creo que para suavizar el cruce de miradas entre aquellos dos. Una pena. ¿A cuántos metros sería capaz de lanzar Kellan a Hugo?

—No soy hombre de lujos —negó Kellan.

—Lo corroboro —afirmó Colin con mirada divertida antes de añadir —, aunque sí de placeres.

—El placer de un buen vino, una mujer dispuesta —añadió mirándome fugazmente y haciendo que mis entrañas se contrajeran a traición—, y una buena pelea.

—Especialmente eso último —remarcó Colin.

—Especialmente —admitió Kellan.

—Tumbó a cinco hombres en una discoteca a la que fuimos —fue Ana la que dijo aquello, más emocionada que consciente de que había una sutil advertencia en sus palabras—. ¡Él solo!

—Estarían muy borrachos —bromeó Oliver.

—Lo dudo —susurró Colin y miró a Mila, alzando una ceja—. Lo que me hace pensar, ¿por qué mi primo se puso a dar golpes a diestro y siniestro?

—Un tipo se puso pesado conmigo —intervine antes de que Mila se encontrara en un aprieto. Incluso si ella no hizo nada poco apropiado. Nada de nada, quiero decir. Pero casi que no quería que Colin brotara

por una crisis de celos o algo así. ¿Podía él también llegar a ser violento? No con Mila. Tenía esa certeza, por la forma en como él la miraba, la suavidad evidente que mostraba al tratarla pese a ser tan brusco a veces con el resto del mundo.

—Así que necesitaste que te rescataran, para variar —soltó Hugo mirándome con una acusación y cierto desprecio en sus ojos. Alcé el mentón.

Sentí un escalofrío por todo mi cuerpo cuando una mano grande, cálida y firme, se apoyó con suavidad sobre mi rodilla. No había ningún tipo de doble intención en aquel gesto pero me sentí extrañamente fuerte, segura de mí misma, con ese contacto.

—Intervine por el placer de tener una buena pelea —alegó Kellan mientras su mirada se centraba en Hugo, sin prestarme más atención que la mano que había colocado sobre mi rodilla dándome… ¿qué exactamente? ¿Apoyo? ¿Consideración? ¿Consuelo? Eso era lo último que habría esperado de alguien como él—. No creo que sea precisamente una mujer que necesite ser rescatada.

—¡Te ha calado! —soltó Ana entre risas. Estaba bien que alguien se lo tomara a broma. Quizás era eso de que ya era una mujer felizmente casada, pero no parecía ser consciente de que la tensión que había en la mesa podía cortarse.

—Marisa siempre ha sabido cómo pasárselo bien —susurró Hugo—. Aunque a veces cuando juegas con fuego, puedes quemarte.

—Los hay peores —afirmó Kellan mirando a su primo, que parecía divertido—. Pero incluso las llamas más voraces, si sabes cómo, pueden apagarse. Voy a recoger mis cosas.

—¿Quedamos en media hora en la recepción para dar un paseo antes de irnos? —le preguntó Mila mientras Kellan me liberaba del peso de su mano y se levantaba.

—Claro.

Le observé alejarse de allí. Tenía una espalda enorme y sin embargo cuando caminaba no parecía hacerlo con movimientos bruscos u hoscos. Era un hombre de contrastes que tanto podía parecer un orangután con ropa de hombre como mostrar algo parecido a la empatía. ¿Me había defendido de Hugo a su manera? Sin usar los puños esta vez, todo sea dicho.

—Deberíamos ir a recoger nuestras cosas —murmuró Mila y Colin se levantó tras hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Igual me voy a dar una vuelta con vosotros —murmuré sintiendo la necesidad de aprovechar esas últimas horas con Mila. Y con Kellan, ¡qué demonios! No sabía qué pensar de él. Al margen de la atracción que me hacía sentir.

—¡Genial! —exclamó Mila con alegría.

Me quedé allí. Con la parejita de recién casados y mi ex. Qué

combinación más excitante, en serio.

—Así que un bombero y un matón —fue Hugo el que sacó aquello otra vez. Le miré.

—¿Algún problema? —le reté.

—Para lo que podéis querer Mila y tú de ese par, ninguno.

—Te recuerdo que Mila está casada con Colin.

—Y me parece obvio que es una absoluta estupidez basada en su impulsividad y falta de sentido común. Algo que nunca ha tenido en abundancia, todo sea dicho. Sentido común.

—Claro, sería más apropiado que se hubiera liado con uno de los violinistas que llevan la escuela de música de su padre —ironicé.

—Bueno, siempre podía casarse con uno de ellos y usar a Colin para lo único en lo que probablemente es útil —soltó Hugo. Hugo no era tampoco especialmente tolerante con las personas con tendencias sexuales que no fueran las mismas que él tenía, de hecho. Y todos sospechábamos que los dos socios del padre de Mila mantenían una relación que no era meramente profesional.

—¡No te olvides que también apaga fuegos! —bromeó Oliver.

—Sois unos clasistas —les dije elevando el mentón. Hugo empezó a reír.

—Lo dice la reina de los hoteles Carreras —masculló. ¿Quedaría muy mal si me levantaba y le cruzaba la cara? Supongo que sí. Me levanté con toda la dignidad posible.

—Mira, si Laura te tiene en el dique seco y estás frustrado, no es culpa nuestra —destaqué batiendo mis pestañas con gesto coqueto—. Ni Mila ni yo hemos tenido nunca interés en jugar a esta mierda de convenciones sociales a las que tú siempre has aspirado.

—Toda esa seguridad, tu vida, tu trabajo… todo lo tienes gracias a tus padres. Sin ellos, no serías nadie, Marisa.

—No te equivoques —le advertí—. Piensas que lo sabes todo de mí y la verdad es que no sabes nada. Lo siento por ti. Por la vida de mierda que te espera. Yo no pienso desaprovechar la mía.

Y así, sin más, le di la espalda y salí de allí. Lo sentía por Ana. Le había prometido que no montaría un drama durante su boda, pero como ya estaban casados supuse que había sido fiel a mi promesa.

Entré detrás del mostrador donde una chica de ojos azules me saludó con media sonrisa. Me apoderé de uno de los ordenadores y cuando se acercaron unos clientes les ofrecí mi ayuda. No es que normalmente hiciera algo así. Solía ser de las que organizan y ordenan, no tanto de las que ejecutan. Pero por una vez necesitaba mantener las manos sobre un teclado y la mente en cualquier lugar que no fuera el comedor que tenía en el piso de encima.

Hugo.

No podía entrar en mi vida y no volver a crear el caos, claro. ¡Qué

ilusa había sido! Al menos no me sentía con esa sensación de caída al vacío, el corazón roto y la mirada perdida. Quizás me había vuelto inmune a su magia. O quizás había madurado. Probablemente por eso sus palabras dolían. Esa forma de decirme, de recordarme, que yo no había hecho nada en mi vida. No había tenido un proyecto propio. Nunca. Ni crear una familia. Ni un trabajo en el que crecer por mi valía. Nada. Absolutamente nada.

Y luego estaba Kellan.

El primer hombre que me hacía sentir. A flor de piel y con una intensidad que a veces hasta me abrumaba. Que soñara con él no ayudaba. Para nada. Porque, aunque éramos dos malditos desconocidos, le sentía como si fuera alguien mucho más próximo, más cercano, y eso lo complicaba todo. No soy de las que buscan una relación. Ya no. Aunque dudo que Kellan fuera tampoco de esos. Quiero decir que, al margen del sexo, dudo que fuera un hombre galante que cortejara a una mujer y acabara pidiéndole que compartiera el resto de su vida a su lado. No, no le pegaba para nada. ¿Dónde narices estaba el problema? Porque por mucho que nada tuviera sentido y no fuéramos absolutamente nada, había algo. Lo sentía. Y me cabreaba. Bastante.

—¿No deberías llevar uniforme y un cartelito con tu nombre? —La voz de Kellan me distrajo del listado de mails que estaba revisando. Desde allí, con la separación del mostrador, me permití mirarlo lentamente.

Sus ojos negros rasgados estaban enmarcados por dos cejas oscuras ligeramente gruesas; me percaté que en una de ellas se intuía una pequeña cicatriz. Algo relacionado con esa extraña afición suya de acabar golpeando personas. Muy sociable, el chico. Su nariz era alargada y ligeramente afilada, contrastando con esos labios gruesos, carnosos, que prometían ser suaves pero exigentes. Sus pómulos estaban ligeramente marcados y su barbilla era ligeramente angulada. Esa mañana no se había afeitado y se podía intuir que sus mejillas serían ligeramente ásperas al tacto. Joder. Me encantaría tocarlo. Saber cómo se sentía esa piel besando mi cuerpo.

—¿Te vienes? —fue Mila la que me animó a salir de mi trance.

Deslicé mi mirada hacia ella, sin avergonzarme demasiado por el curso de mis pensamientos ni por que el susodicho estuviera frente a mí. ¡A saber qué pensaba él de mí! Con un poco de suerte me estaría imaginando con un uniforme sexy y en cómo podría tomarme sobre el mostrador. Si tenía un poco de imaginación. Aunque probablemente solo estaba valorando mi grado de lentitud mental. No, no estaba en mi mejor momento.

Cerré mi sesión y salí de detrás del mostrador. Salimos del hotel. Colin y Mila caminaban con las manos enlazadas. Kellan y yo

empezamos a seguirlos, uno al lado del otro, pero sin llegar a tocarnos.

Podía oír cómo Mila le explicaba a Colin cosas sobre las calles que íbamos pasando. Historias de su pasado. De nuestro pasado. Sitios a los que habíamos ido muchas veces y a los que siempre habíamos querido ir pero nunca había sido el momento oportuno. Sonreí al ver la complicidad que había entre ellos. Era bonito. Raro, también.

—¿Es la primera vez que vienes a Madrid? —le pregunté a Kellan tras caminar juntos, uno al lado del otro, un buen rato.

—Vine hace tiempo —me confesó—. Está muy cambiado.

—Se ha rehabilitado la mayor parte del centro —admití y él sonrió. Una sonrisa traicionera, creo. Seguimos un rato caminando en silencio y, la verdad, se me empezaba a hacer aburrido—. ¿Qué te parece lo de Colin y Mila?

—¿Qué me parece? —me preguntó con curiosidad.

—Que estén juntos. Casados y eso.

—*Miorúilt* —susurró—. Un milagro.

—¿Sabes esa historia? —le pregunté sorprendida y sus ojos se quedaron prendidos en los míos mientras hacía un gesto afirmativo. Parecía estar ligeramente más relajado en esos momentos. Parecía… menos peligroso. Sí, justo eso—. No es algo que Mila explique muy a menudo. Sabe pocas cosas de su madre.

—Anam era más lista de lo que la gente pensaba —fue su respuesta.

—¿Anam?

—La madre de Mila.

—¿Qué pensaste cuando la conociste?

—No la conocí.

—¡A Mila! —le dije entre risas—. Anam murió cuando Mila era un bebé.

—Que estaba buena —admitió.

—¿Pensaste que estaba buena? —exclamé y las carcajadas me salieron a borbotones.

—Estaba en pelotas —añadió Kellan y abrí los ojos como dos platos —. Mi primo le acababa de dar un buen revolcón.

—Pero cómo…

—Tenía llaves de su piso —me explicó y había una expresión traviesa en su rostro. Vale, empezaba a imaginármelo—. Ha cambiado la cerradura, aunque no tengo claro para qué, porque se han instalado en casa de la vieja.

—Margaret.

—Esa.

—Lo de tener respeto por la gente anciana, tampoco es lo tuyo.

—No es tan mayor.

—Octogenaria por lo menos.

—Exacto —contestó él con un brillo travieso en los ojos.

—No sabía que Colin se hubiera instalado con Mila —le confesé ignorando su comentario—. Creo que desde que está en Irlanda, cada vez sé menos cosas de lo que le pasa. Lo de Colin me ha sorprendido.

—A todos —respondió—. Pero estamos contentos. Para nosotros es una evidente señal de esperanza.

—¿Esperanza de que alguien sea capaz de soportaros para el resto de vuestras vidas?

—Y darnos hijos.

—¿Hijos? —chillé horrorizada—. ¿En serio piensas en esas cosas?

—A mi edad una de nuestras mayores ambiciones es tener un heredero.

—Y que sea hombre, claro.

—Siendo mujer tendría que ahuyentar a demasiados buitres —afirmó Kellan y me sonrió antes de añadir—. No me gustaría ser Colin en estos momentos.

—¿Por eso de estar enamorado? —cuestioné.

—Eso no me preocupa —negó—. No creo que pudiera llegar a volverme tan estúpido como él. Creo que soy inmune a esas cosas emocionales tan… humanas.

—La verdad es que no tienes aspecto de ser especialmente sensible.

—No me hables de los sensibles. ¡No hay quien los aguante! —me contestó y me hizo reír. Era estúpido. Y un tío de lo más raro. Pero mira, para caminar y pasear un rato igual no estaba tan mal. Caminamos un rato antes de que se girara para mirarme—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—¿Kellan pidiendo permiso? —cuestioné sorprendida. Me quedé quieta y miré a mi alrededor—. ¿Hay alguna cámara oculta?

—Eres osada —afirmó con media sonrisa.

—Me gusta mirar la vida de cara —admití y él hizo un gesto afirmativo, como si eso lo entendiera.

—¿Por qué no te acuestas con ese tío? —me preguntó.

—¿Supongo que hablamos de Hugo? ¿O hablas del tipo de la discoteca?

—El capullo del desayuno —especificó—. Te tiene ganas.

—Ese capullo en cuestión podría decirse que es mi exnovio —le informé y él no pareció sorprenderse al escuchar aquello—. De hace años, por no decir siglos. Empezamos a salir en el instituto y lo dejamos a media carrera. Él conoció a la hija de un importante abogado al que adora creo que más que a su hija. Sus intereses cambiaron y ella era más apropiada para la vida que él quería. Creo que están bien. No me importa.

—Mientes fatal —me soltó Kellan empezando a reír. Si no fuera tan atractiva y sensual su risa, creo que me hubiera enfadado por su

acusación. O por el hecho de que se burlara de mí cuando de alguna forma me estaba sincerando con él. Con un completo desconocido que tenía más de gilipollas que no de persona. ¿Qué podía esperar? Nada, realmente.

—¿Siempre eres tan sincero y espontáneo?

—Si no quiero decir algo, no lo digo. No le veo el sentido a mentir. Es cobarde.

—A veces se miente para no hacer daño a la gente.

—Cuando la mentira se desvela, el daño es aún mayor.

—¿En serio pretendes hacerme creer que no mientes? ¿Ni un poquito?

—Me gusta mirar la vida de cara —me contestó repitiendo mis palabras y mirándome al hacerlo. Sentí un estremecimiento. No me dijo nada. No intentó acercarse a mí. Y sin embargo, en ese momento, sentí que había una extraña complicidad entre nosotros.

—Me gustaría que todo le saliera mal. Que Laura se largara con otro. Que el despacho de abogados quebrara y, ya puestos, que le saliera un sarpullido en las nalgas.

—Sífilis —me soltó Kellan. Empecé a reír, como una loca.

—Algo así no estaría mal —le contesté—. ¿Me hace eso ser mala persona? ¿Desearle el mal a alguien que en el fondo no es un mal hombre?

—No se portó honestamente contigo.

—Él y creo que todos los hombres que he conocido.

—Ser sincero implica admitir que lo que se busca en una situación concreta es únicamente sexo —concretó Kellan elevando una ceja en un gesto que le hacía atractivo y sumamente interesante al mismo tiempo—. Si finges que echar un polvo conlleva algo más que el mero acto físico, emociones y mierdas de esas, es estar desesperado. Hay un buen número de mujeres que aceptan el sexo solo como un instrumento para conseguir un poco de afecto.

—Que no seas capaz de que una mujer tenga un orgasmo no significa que no los tengamos —le contesté elevando el mentón con una sonrisa retadora. Me miró y empezó a reír. Se humedeció el labio inferior con la lengua y, aunque creo que no lo hizo conscientemente, me puso a mil. Incluso siendo un gilipollas. Que lo era, en serio. Sobre eso en concreto no tenía duda alguna. Pero era innegable el *sex-appeal* que el capullo irradiaba. Algo a lo que yo, desde luego, no era inmune.

—No he dicho que fueran todas las mujeres —ronroneó con voz seductora mientras me miraba al añadir—. Las hay que pueden llegar a ser tan insaciables y salvajes como un hombre.

—Aunque no conozco a ninguna que se lo haga con animales —le solté y empecé a reír a carcajadas mientras él hacia una mueca.

—¿Qué pintas tú en el hotel a todo esto? —me preguntó cuando mi

risa se aplacó un poco.

—Es de mi padre —le conté—. Bueno es de una sociedad en la que mi padre es el socio mayoritario. Hoteles Carreras. Mi abuelo era español, pero se casó con una alemana de armas tomar y pasión por los negocios. Incluso siendo mal vista en su época, construyó un auténtico imperio. Mi padre se parece mucho a ella.

—Y por lo que dices, tú también.

—En estatura, desde luego —le contesté y él me miró. Desde arriba. Algo que no era para nada habitual. Los hombres solían quedarme al nivel. No es que les hiciera un feo a los bajitos, pero no es lo mismo. Tener un hombre enorme que prácticamente me sacaba una cabeza era por lo menos poco habitual. Y estaba bien—. Pero he salido mucho más expresiva y explosiva. Eso es gracias a mi ascendencia latina que me viene por parte materna.

—Pensaba que dirías *culpa* de tu ascendencia latina.

—Me gusta ser explosiva.

—Una combinación interesante. Creo que finges ser impulsiva cuando en el fondo muchos de tus actos son premeditados.

—De pequeña me apuntaron a clases de teatro —le conté con gesto cómplice—. ¿Y qué hay de ti? Dicen que los irlandeses venís de mil sitios diferentes.

—Celta —me contestó con voz firme—. Digamos que mi familia no ha salido de la isla desde que la pisó por vez primera.

—Tú ya habías estado en España —le contradije—. Salir, has salido.

—Las raíces nos atan a esa tierra —me explicó y pude ver una emoción latiendo en su mirada que me sorprendió, captando por completo mi atención, como si sus palabras fueran importantes y hubiera emociones encontradas en ellas. Él. Que se jactaba de no sentir—. Podemos viajar, pero es como si perdiéramos parte de lo que somos al hacerlo. Parte de la energía que nos mantiene alerta. Que nos da fuerza. Que nos sustenta. No espero que lo entiendas.

—Es vuestro hogar —susurré sin tener del todo claro si podía llegar a entenderle o no. Yo había vivido en una casa llena de lujos. Con una familia que, al margen del dinero, estaba unida. Solía refugiarme en ella cuando las cosas me iban bien. Me daba seguridad.

—Nuestra tierra —afirmó Kellan.

—*Nuestra tierra.* —Un susurro. La voz de una mujer.

Apreté los labios y miré hacia el horizonte. No la busqué. Sabía que no la encontraría.

Y yo que siempre he odiado las despedidas

HUGO y Laura desaparecieron del pequeño catering que teníamos organizado antes de que Mila y sus dos acompañantes se fueran hacia el aeropuerto. No es que Colin y Kellan interaccionaran mucho con nosotras, pero la verdad es que Ana y yo teníamos ganas de disfrutar de esos últimos minutos con nuestra mejor amiga. Oliver aguantaba el tipo, ignorado por unos y otras. Eso sí, estaba deleitándose con el pequeño buffet libre. Esperaba que no se convirtiera en un marido vago y barrigudo antes de llegar a los cuarenta, pero desde luego, si seguía comiendo a ese ritmo, tenía números. Allá Ana y la monogamia. Y Mila. Sí, también ella. ¡Ya disfrutaría yo de la vida en nombre de las tres!

Me ofrecí a acompañarlos al aeropuerto. No es que me vaya mucho eso de conducir por el centro de Madrid en hora punta, pero una tiene clase. Igual que mi pequeño Mercedes clase E Cabrio. Una monada con tapicería salpicada en cuero rojo y negro que cuando podía llevarlo descapotado me hacía sentir la reina del mundo. O al menos del mío. Aunque admito que no era un coche pensado para llevar a dos hombres como aquellos, me dije al echarles un vistazo por el retrovisor. Mila se había sentado a mi lado y movía la cabeza como una loca, al ritmo de una canción de esas pegadizas cuya letra se repite tanto que solo con haber escuchado media canción ya te lanzas a cantarla sin desatinar demasiado.

Me sorprendió ver a Kellan cargar con una mochila en el hombro como hacían en el siglo pasado. Colin arrastraba la maleta de Mila. Esa maleta que había usado en muchos de los viajes que habíamos hecho juntas antes de lo de su padre. Si compartían maleta era otro signo, inequívoco, de que estaban viviendo juntos. Como una feliz pareja. Casada. Esa coletilla me estaba dando un ardor en la boca del estómago insoportable.

Abracé a Mila. Con fuerza. No me gustaba eso de las despedidas. Desde siempre. Y esta tenía un gusto amargo. La conciencia de que ella ya no volvería. Odio cuando me pasa eso. Cuando tengo esas sensaciones, esas certezas, sin evidencia alguna. Porque yo lo valgo, vamos. La mierda es que siempre atino. No me pasa mucho. Pero es jodidamente molesto.

Colin inclinó la cabeza en mi dirección. Gran despedida la suya, ya veis.

—Si alguna vez vienes a Irlanda, házmelo saber —me dijo Kellan mientras daba un paso en mi dirección y con la mano que no sujetaba su equipaje me cogía de la nuca. No lo vi venir. O fui tan estúpida como para simplemente no ser capaz de reaccionar ante aquello.

Sus labios se unieron a los míos y sentí como su lengua invadía mi boca. Vale, quizás no puse mucha resistencia. Sentí mi cuerpo tensarse y todo pasó a un segundo plano. Éramos solo él y yo. Bueno, y el calentón que de repente tenía encima. Joder. Era el beso más intenso, más apasionado, que había vivido en toda mi vida. Fuego en estado puro. Ardiente. Caliente. Y demasiado perfecto. Sentí un pequeño tirón en mi nuca y me vi obligada a separarme de ese beso que se había convertido en todo.

Kellan me sostuvo así, a escasos centímetros de él, observándome con una intensidad que hacía que mis piernas temblaran. Cuando conseguí recuperarme de ese arrebato inesperado de pasión descontrolada, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y me liberó de su contacto. Y de la magia que me tenía estúpidamente sometida a él.

—Kellan —le recriminó Colin con voz fría mientras Mila parecía decidida a estrangularlo allí mismo. Él se encogió de hombros mientras me daba la espalda y caminaba en dirección a la entrada de su pasarela.

—¿Estás bien? —me pidió Mila con voz insegura.

—A eso se le llama un buen beso de tornillo, sí señor —le contesté con mirada provocativa e indiferente.

Como si ese beso no hubiera significado nada. Absolutamente nada. Que no lo había hecho. Había calado hasta lo más profundo de mis entrañas. El deseo, sí. Pero mucho más. Emociones que hacía tiempo no salían a la superficie, dejándome totalmente confundida. No lo demostraría, eso no. Pero joder. No, no estaba bien. Mi piel escocía y el mundo a mi alrededor parecía desdibujarse ligeramente. Borroso. Todo estaba borroso. Todo excepto la espalda del hombre que se alejaba de mí como si para él aquello no hubiera significado absolutamente nada. Tragué saliva mientras me centraba en Mila, intentando enfocar a través de la bruma que se había posado sobre mis ojos.

—Te quiero —me dijo Mila y creo que había algo parecido a una disculpa en su mirada.

—Y yo a ti, nenita —le contesté—. Pásatelo bien. Nos veremos pronto. Te lo prometo.

Mila y Colin desaparecieron al poco tiempo por la misma pasarela que Kellan. Me quedé unos segundos allí. Sola. Mirando los aviones que ascendían y descendían por la pista de aterrizaje. Joder con Kellan. Había conseguido romper, una vez más, mis esquemas. Tardé un tiempo en ser capaz de reaccionar. Las sensaciones aún me

abrumaban pero poco a poco, minuto a minuto, todo volvió a la normalidad. Lentamente.

Sonreí a la vida. A mi vida.

Vale, quizás estaba más sola que la una. Quizás mis dos mejores amigas habían madurado, habían encontrado al hombre de su vida y vete a saber qué más. Pero en esos momentos no me importaba. Estaba dispuesta a comerme el mundo. Con la misma pasión desbordante con la que Kellan me había besado. Era una buena comparativa. Una buena motivación. Al margen de que él fuera un completo gilipollas. Y yo, que siempre he odiado las despedidas, por una vez salí del aeropuerto con una sonrisa y con una energía renovada, como si las piezas del rompecabezas que era mi mente empezaran a encajar. Tenía que tomar el control de mi vida. No tenía claro hacia dónde debía orientarla, pero sabía que tenía que hacerlo. Me sentía capaz de hacerlo. Por primera vez en toda mi vida. No era tanto dejar que la corriente me arrastrara. Me sentía como si yo fuera esa corriente, capaz de arrasar a mi paso hasta llegar a mi destino. Cualquiera que este fuera.

No fui al hotel. Me encontré aparcando en casa de mis padres. Una casa de las de verdad. Con jardín, piscina y hasta pista de pádel. En comparación con aquello, mi ático de ciento veinte metros en una de las mejores zonas de Madrid era humilde. Algo que no era, ni de lejos. Humilde, quiero decir. Valía una pasta gansa. Me lo regalaron cuando acabé la carrera, para ayudarme a empezar. Sé que hay padres que regalan las llaves de un coche de segunda mano. Otros una silla de oficina o una bonita joya. A mí me regalaron un ático. No voy a ser yo la que se queje.

Mi padre estaba en su despacho. Era el lugar más probable si tenías que hacer una apuesta al respecto. No importaba si era fin de semana o un día laborable. Si era de día o de noche. Mi padre es uno de esos adictos al trabajo. Y mi madre es la perfecta anfitriona que tiene una agenda social tan ajetreada que encontrarla en casa es algo así como que te toque la lotería. Pero pese a las excentricidades de ambos, admito que son tremendamente felices juntos. ¿Cómo? No lo sé. Igual el secreto está en que se ven poco y que en la cama se entienden divino.

Me dejé caer en el sofá que había frente a su escritorio. Era de cuero, de un color café ligeramente desgastado con los años. A mi padre le gusta ese sofá. Es de las cosas que no ha cambiado en esa habitación pese a los años y la pasión desenfrenada de mi madre por redecorar las cosas cada año bisiesto. Creo que he visto esas paredes pintadas en cinco colores diferentes, por no hablar de cuando decidió ponerle un estucado con motas brillantes y el número indecente de

veces que ha hecho cambiar el papel de la parte inferior para darle «otro aire».

—¿Ha ido todo bien con la boda? —me preguntó con mirada alegre. Ana les había invitado a asistir pero mi padre declinó la invitación por problemas de agenda. Mentira cochina, claro. Pero creo que la única boda a la que les haría ilusión ir sería la mía y saben que pueden esperar sentados. Y eso que a Ana le tienen un cariño especial.

—Todo perfecto —le aseguré—. Excepto el novio, claro.

—Claro —murmuró mi padre divertido mientras se recostaba en su asiento—. Es un auténtico problema eso de que tenga que haber un novio para poder celebrar una boda.

—Ahora se está poniendo de moda casarse con uno mismo. Para reafirmar que te quieres —contrarresté con una sonrisa al evidente sarcasmo de su comentario. Me sonrió. A mi padre le gusta ese juego nuestro. Aunque le desespera que no siente la cabeza. Soy hija única.

—Creo que de todo lo que valdría la pena que reafirmaras, algo que suba aún más tu autoestima podría ser pernicioso —me dijo con voz firme pero una pequeña sonrisa en su rostro.

—¡Papá! —me quejé haciendo un mohín.

—No puedes enfadarte por decir algo que en el fondo sabes que tengo razón —alegó él.

—He estado pensando.

—Espera que me pongo un poco de brandy, entonces.

—Que sean dos —le pedí ignorando su tono cargado de burla. Padres.

—Entonces sí que va en serio —bromeó él mientras se levantaba y abría una de las compuertas de su estantería en la que había varias botellas de selectos licores acompañados de una bandeja bañada en oro y unas elegantes copas de cristal con el pie de oro que valían una fortuna. En mi casa si se hacía algo, se hacía bien.

Me tendió una de las copas tras ponerle un par de hielos. No es que fuera la primera vez que compartíamos una copa en la intimidad que nos daba su despacho. Grandes conversaciones, aunque no fueran especialmente profundas, se habían gestado allí. Entre nosotros.

—Cuéntame —me dijo finalmente, tras volver a sentarse.

—Quiero hacer algo con mi vida.

—¿En qué estás pensando exactamente? —me preguntó frunciendo el ceño, ligeramente confundido.

—Todo lo que tengo, es gracias a ti —empecé—. Y te lo agradezco mucho. Muchísimo. Pero tengo la necesidad de hacer algo. Por mí misma. No sé si me explico.

—Has hecho grandes cosas —afirmó mi padre—. Nuestras estrategias de mercado han mejorado y los cuestionarios de satisfacción de los trabajadores también. Y parte de esos resultados

son gracias a ti.

—En parte, sí —admití. Eran proyectos en los que había estado trabajando pero había un equipo detrás que había hecho el grueso del trabajo. Yo solo había supervisado las cosas, dado algunas opiniones y poco más—. Pero siempre es eso. En parte.

—¿A qué viene esta necesidad de reconocimiento personal? —me preguntó y su mirada se endureció antes de añadir—. O mejor no me lo digas.

—Puede ser —susurré. Mi padre no era tonto. Y tenía a Hugo atragantado no, lo siguiente. En un par de ocasiones se nos había ofrecido la posibilidad de relacionarnos profesionalmente con el buffet de abogados en el que él trabajaba y él las había desestimado todas y cada una de ellas. Yo no lo había superado. Mi padre ansiaba cobrarse una venganza. Algún día. Es de los que sabe tener paciencia. No como yo—. Pero la verdad es que los años van pasando. Ana se ha casado. Cualquier día va a ponerse a criar babosos bebés y yo seguiré siendo la chica para todo de los Hoteles Carreras.

—Mila acaba de empezar en un nuevo trabajo en otro país —me contradijo mi padre—. Aún sois jóvenes. No todas las personas tienen su vida planificada desde los quince años. A veces cuesta más tiempo encontrar tu verdadero camino, pero todo lo que has hecho tiene su sentido y te convierte en la gran mujer que eres ahora.

—Mila huyó de Madrid —le recordé a mi padre que miró su copa vacía con cierta melancolía. Era perfectamente consciente de la mierda de vida que le había tocado a Mila. Primero su madre. Luego su padre—. Pero ha conocido a un irlandés y hasta están viviendo juntos. No creo que vuelva.

—Amor a primera vista —soltó mi padre con sarcasmo.

—¡Yo qué sé! —exclamé encogiéndome de hombros—. El tío está muy bueno. Se han casado.

—¿Casado?

—Más o menos —revelé—. Algo sobre un ritual de esos cutres celtas pero que creo que no tiene una validez legal real. O si la tiene no creo que sea muy difícil de hacer una anulación. Pero la realidad es que, en vez de eso, lo ha traído a la boda de Ana y lleva un anillo lleno de pedruscos. Creo que van en serio.

—Me alegro por ella —reflexionó mi padre—. Pero quizás ha sido una decisión precipitada y un tanto desesperada. Su situación emocional no creo que sea precisamente estable.

—Yo también pensaba algo así —admití—. Pero después de este fin de semana tengo la sensación de que no volverá. Creo que ha encontrado su lugar.

—Y tú sientes que no has encontrado el tuyo —concluyó mi padre mirándome con atención mientras hacía un gesto afirmativo.

—Algo así.

—No necesitas a nadie para encontrarlo —afirmó mi padre—. Me encantaría verte felizmente casada y que nos dieras nietos. Pero solo si eso te hiciera realmente feliz a ti.

—No entra en mis planes a corto o medio plazo —le dije y aunque había una expresión triste en su rostro hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Y lo respeto —manifestó finalmente—. ¿Qué necesitas?

—No lo sé —le confesé—. Hacer algo nuevo. Diferente. Empezar de cero. Algo que sienta que he subido yo, personalmente, con mi propio esfuerzo.

—No tienes que hacerlo sola —negó mi padre—. Nadie construye un imperio sin un ejército a su alrededor.

—Ya me entiendes —murmuré.

—Hace tiempo que tengo una idea en mente —me concedió finalmente—. Pero implica un tiempo que en estos momentos no estoy dispuesto a invertir. Quizás tú podrías tomar el relevo.

—¿De qué se trata? —le pregunté con curiosidad.

—Abrir un hotel en otro país. Expandirnos —me soltó y había un brillo en sus ojos que yo conocía muy bien. El de la emoción. La ilusión. Incluso a su edad, seguía existiendo en él ese punto aventurero que le había empujado en muchos de sus negocios.

—¿Dónde?

—No lo he llegado a decidir —admitió—. Algo en un edificio histórico, con personalidad. No buscaría algo demasiado grande ni demasiado viejo. Lo justo como para ofrecer unas pocas habitaciones especiales con un servicio excepcional. Algo así como el broche a nuestro catálogo.

—¿Y por qué en otro país? —le pregunté con curiosidad—. Aquí tenemos proveedores de confianza, conocemos las normativas y no tendremos sorpresas con temas legales. Empezar en otro país puede ser mucho más complicado.

—Precisamente por eso —me dijo mi padre y su mirada era firme.

—Empezar de cero —murmuré y él asintió.

—Piénsalo y prepárame un proyecto con cara y ojos —me dijo—. No te sientas mal por asesorarte cuando sea preciso. Si tiene posibilidades, yo pondré el dinero y tú lo coordinarás todo. Será tu hotel. Tu proyecto.

—¿Y si no me sale bien?

—Aquí siempre estaremos para ti, y lo sabes —me dijo—. No vamos a hacer una inversión cuyo capital pueda comprometernos de la misma forma que no vamos a pedirte que nos asegures ese dinero. Pero no porque no crea en ti.

—Es una cuestión de principios —intervine mirándole con

expresión solemne. Era como uno de nuestros lemas familiares. Eso de los principios. Lo de dar sin pedir pero no asumir riesgos que no se puedan afrontar por jugoso que pueda parecer el premio.

—Exacto.

—Creo que un cambio de aires podría irme bien.

—Europa es grande —afirmó mi padre—. Vas a tener trabajo para justificar la ubicación.

—Un lugar turístico —reflexioné—. Pero no demasiado. No nos interesa que haya grandes hoteles de lujo que desmerezcan al nuestro.

—Una apreciación inteligente.

—Soy inteligente.

—En algo te pareces a mí.

Nos miramos y empezamos a reír. Mi padre se levantó para volverse a servir un poco de brandy y acercó su copa a la mía.

—Brindemos, Marisa —me dijo—. Para que encuentres tu lugar.

—Y pueda mandar a un montón de personas.

—Eso ya lo haces —se burló mi padre—. Constantemente.

Me acosté cansada pero extrañamente satisfecha. En mi cama de dos metros sobre una bonita tarima de madera. Sola. Otra vez. Casi se había convertido en algo habitual. Cerré los ojos, intentando respirar de forma pausada. Un estremecimiento en mi cuerpo. El recuerdo de Kellan besándome en el aeropuerto. Era mucho mejor que en mis sueños. Sentirlo de verdad. Su piel sobre la mía y el fuego quemándome por dentro. Si había tenido dudas al respecto, ahora tenía la seguridad de que sería un gran amante. No uno de esos generosos, probablemente. Quiero decir que ese deje dominante suyo me hacía sospechar que sería de los que dan por sentado que te adaptarás a su ritmo y no se esforzará demasiado en comprobarlo.

No me importaría. Incluso con eso. Solo una vez. Igual que ese beso robado. No hubiera sido una estupidez hacerlo. Acostarme con él para saber lo que era capaz de hacerme sentir después de tanto tiempo sin sentir nada. Él me hacía sentirlo todo. Desde la rabia hasta el deseo. O quizás ambas cosas al mismo tiempo.

Ya daba igual. Él ya debía haber llegado a Irlanda y estaría en su casa de siempre con su vida de siempre. La que fuera. Y yo tenía que reinventarme. No había sitio en mi vida para alguien como él. Igual que seguramente no había en la suya espacio para alguien como yo. Teníamos eso en común. Creo.

Sabía que no podía aferrarme a eso. A él. Al fin y al cabo, era un perfecto desconocido. Lo había hecho antes. Aferrarme a una persona como si mi vida fuera un nosotros y no un yo. Error. Grave error. Al menos, estaba casi segura de que había aprendido de ese error en concreto.

Un hotel. Mi hotel.

Era una oportunidad que pocos podrían llegar a tener en toda su vida. No soy tonta. Mi oportunidad venía dada por quién era mi padre. Pero mi trabajo hablaría por sí mismo. Sentí una corriente de aire. Frío. Daba igual que fuera rondaran los treinta grados.

—*Nuestra tierra.*

Sentí la luz que se infiltraba en mi mente. Los sueños, esos sueños que a veces tenía cuando estaba solo parcialmente consciente, empezaban a dibujarse en mi mente.

Un paisaje bucólico. Verde. De un verde brillante, esmeralda. La luz del sol se reflejaba sobre ella y le daba tonalidades brillantes, como si en vez de plantas fueran cristales que reflejaban mil tonalidades de verdes. Era precioso. Las flores, pequeñas chispas de colores dispares, salpicaban los campos mientras se sentía el agua correr por un río. En la distancia. El viento, meciendo mi pelo. Que no era mío.

Sonreí al verla. Siempre era ella. Hermosa como pocas. Una larga melena de pelo oscuro balanceándose a su espalda. Negro azabache que contrastaba con la palidez de su piel. Sus mejillas tenían un color sonrosado mientras se mecía, bailando una melodía que yo no era capaz de escuchar.

Algo llamó mi atención. A su espalda se alzaba un edificio. Un castillo. Sus regias paredes de piedra brillaban con destellos blanquecinos. Parecía ser el centro de algo. Importante. Sentí aquel sitio como si tuviera vida propia. Y era simplemente perfecto. Una sombra de ropa celeste empezó a alzar el vuelo. Pelo rubio y hermosas alas transparentes a su espalda. Me sonríe. En mis sueños. Me conoce, creo. O conoce a la mujer que me ha acompañado en mis sueños desde que soy una niña. Solo que ahora algo ha cambiado. Cada vez es más intenso y se me hace más real. Las sensaciones que me inspiran mis sueños. Y los susurros que a veces parece traerme el viento. Que puedo leer los labios, de forma innata, es una realidad. El resto, meras especulaciones.

—*Pronto. Muy pronto. Te necesitamos.*

VI

Un maldito castillo

TRES MESES. No, lo de hacer las cosas de forma precipitada, pese a que veces aparente ser una descerebrada, no es lo mío. Tres meses planeando, buscando, pensando… para llegar a la única conclusión posible. Tenía que ser algo especial. Romántico. Y sí, era ridículo que justamente yo tuviera en mente un proyecto así. Un lugar de cuento de hadas, una fantasía hecha realidad para aquellos que aún creen en ellas. Un poco irónico, siendo yo una ceniza declarada, contraria a tanta ñoñería y a ese romanticismo que a veces era más impuesto que otra cosa.

Que sí, que me gusta que me abran la puerta del coche. Que me regalen flores y bombones, pero más por galantería que no porque encuentre en el hecho en sí algo parecido al romanticismo. Pero vende. Vende mucho. Un sueño. Hecho de humo, pero ese no es mi problema. Quería crear eso. Un lugar especial, casi mágico. Un lugar al que pudieran ir las parejas, los novios, los recién casados. Un lugar único. Cuyo coste estaría acorde a sus expectativas. La gente necesita pagar una cuantiosa suma para tomar más consciencia de lo que se le está ofreciendo. Y yo quería ofrecer el mismísimo paraíso.

Si cerraba los ojos, podía verlo. Las habitaciones, las regias paredes de piedra, los escudos de armas y las cortinas de gasa. El terciopelo de las tapicerías y los detalles de oro en los marcos y en los espejos. Y allí, en medio de todo aquello, me venía aquella imagen. La música de unas flautas suaves, melódicas, acompañadas por unos violines. No veía a los músicos pero podía sentir la música. Y una mujer. Una mujer bailando allí en medio, con los pies descalzos, pisando el verde prado que rodearía el edificio. La luz brillando sobre su piel y el viento agitando su rebelde melena. Su vestido vaporoso parecía flotar alrededor de ella y nadie podría dejar de admirar su belleza y su porte. Y en algún momento, a su espalda, un brillo llamaría la atención de algunos. O al menos, siempre llamaba mi atención llegada esa parte de mi sueño. Apenas transparentes, dos hermosas alas bañadas en gotas de rocío cual purpurina. Y todo, simplemente todo, cobraría sentido.

Respiré hondo. Sí. Organizaríamos dos espectáculos cada día. Uno a última hora de la mañana y uno con la puesta de sol. Siempre ha sido mi momento favorito del día y no encontraba mejor forma para celebrarlo que con música, bailes y una fantasía de telón de fondo.

Quizás los hoteles temáticos no eran los más frecuentados. Pero todo se debía a cómo se enfocase. Al público que aspiráramos atraer. Y las libertades que estuviéramos dispuestos a darles. ¿El atrezo sería obligatorio? ¿O deberíamos dejar que fuera la propia magia del hotel la que animara a los clientes a participar en aquello? Tendríamos una modista y ropa preparada. Flores. Tenía que haber muchas flores. Por todas partes. Quizás las convenciones medievales estaban de moda, pero no había encontrado nada, absolutamente nada, equiparable a lo que yo había creado. Al menos en mi cabeza.

Entré con pasos firmes. Mi padre no es de los que dicen las cosas por decir. Contaba con su apoyo pero no tenía intención de saltarse los protocolos. Creía en mí como solo un padre podía llegar a creer en su propia hija. Pero estaba eso de la cuestión de principios. Así que me vi frente a cinco hombres de la edad de mi padre y unos pocos algo más jóvenes. Los socios capitalistas y algunas personas de confianza. Abogados, publicistas, un poco de todo. Seguramente todos los allí presentes tenían mucha más experiencia que yo. Y muchas más tablas. Aun a mi pesar, siendo realista, el dato más relevante de mi currículum era ser hija del hombre que presidía aquella mesa. Mi padre me miró. Con esa mirada suya firme, honesta y sabia. No me sonrió. No necesitaba sonrisas. No necesitaba que me cogieran de la mano y me allanaran el camino. Justamente eso. Necesitaba demostrar que yo era mucho más que el apellido que cargaba sobre mi espalda. Un apellido que me había abierto todas las puertas que había deseado hasta ese momento pero que hacía que mis logros, pequeños o grandes, quedaran en un segundo plano. O en un tercero. O directamente, nadie fuera consciente de ellos.

Me coloqué frente a la pizarra digital y abrí mi presentación. Dejé que mi mirada recorriera a todos los presentes y me sentí poderosa cuando algunos de los hombres más jóvenes no fueron capaces de sostenérmela. Solo había una mujer en la sala y aunque aquello no me sorprendió, sí lo hizo su mirada, más dura si cabe que la del resto de los presentes. Me importaba una mierda. Ese era mi proyecto y un moño atado a la coronilla no me impresionaba lo más mínimo. ¿Cómo se tomarían aquellos altos ejecutivos y hombres de negocio la idea de mi hotel? Pronto lo sabría.

Empecé a hablar. Sin tartamudear. Con esa fuerza que era tan mía. No tenía intención de darles la oportunidad de poner en duda mi propuesta así que me pasé casi media hora hablando sobre el crecimiento de los hoteles temáticos y todo lo que había conseguido rascar sobre aquellos temas. Me habían ayudado. Personas de confianza de la empresa. Tras responder a muchas posibles preguntas que pretendieran hundir mi proyecto, empecé propiamente con la propuesta que tenía en mente. Un hotel pequeño en un edificio

histórico, con ambientación entre medieval y fantástica basándonos en las historias tradicionales del propio entorno. Son las mejores historias. Las que tienen ese algo que suena a real pese a que están cargadas de fantasía. Hay miles. Solo se trataba de saber elegir las adecuadas. Música en directo, habitaciones de ensueño, representaciones a diario, comida tradicional con toques de fantasía. Sería el lugar ideal para pequeños eventos o celebraciones aunque también un lugar de culto para parejas que quisieran algo diferente.

Cuando acabé, empezaron las preguntas. Algunas demasiado técnicas a las que repuse con un «analizaremos el problema con datos reales para poder dar una respuesta lo más precisa posible en la mayor brevedad de tiempo» aunque por gusto les hubiera soltado un «váyase usted a la mierda», seamos sinceros. Pero otras pronunciadas con ojos brillantes y una emoción muy diferente de telón de fondo. Por lo visto en eso de soñar la edad no era relevante.

Tres horas duró la maldita reunión. Dos horas hablando como si aquello fuera algo que hiciera habitualmente y una hora contestando infinidad de preguntas cuyas respuestas muchas veces no disponía, mientras analizábamos las posibilidades de llevar a cabo mi proyecto mediante el dossier que les había facilitado.

La mirada de mi padre lo decía todo. Su orgullo y su determinación con el proyecto. Aunque se mantuvo callado. Simplemente escuchando. Cuando se dio por concluida la reunión, se acordó hacer una valoración presupuestaria de mi idea. Que no era un no. Se vació la sala mientras algunos me felicitaban y otros simplemente se despedían con palabras amables y nos quedamos solos. Mi padre y yo. Le miré y alcé una ceja en una silenciosa pregunta.

—Es la idea más descabellada y original que he oído en años.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Depende —afirmó haciendo que me pusiera un poco nerviosa.

—¿De qué depende?

—De si conseguimos comprar un maldito castillo a un precio razonable —sentenció mi padre y empezó a reír.

—Ya sabes que los sueños no son baratos —afirmé mientras me dejaba caer en la silla que había a su lado—. Especialmente los míos.

—En algunas cosas eres como tu madre —me contestó y aunque podía sonar a crítica, como sabía que él la adoraba, no se lo tuve en cuenta.

—Soy una combinación aberrante de dos personas totalmente dispares —le repliqué—. Aún me cuesta pensar que podáis entenderos, tan diferentes como sois.

—A veces las diferencias no restan, sino suman —sentenció con mirada inteligente y su rostro se volvió de rasgos más suaves. Se estaba haciendo anciano pero no me había dado cuenta hasta ese

momento. Las arrugas que empezaban a acumularse en las comisuras de sus ojos, la forma en que sus mejillas habían perdido ese aspecto masculino para ir tomando, poco a poco, ese aspecto de sabueso con el pellejo colgando. Era mi padre. Mi pilar. Y ahora, por primera vez, era consciente de que el tiempo no solo estaba pasándome factura a mí. Me dolió ese pensamiento. Pensé en Mila. En las pérdidas que había tenido que soportar y simplemente lo supe.

—Quiero que sea en Irlanda —afirmé.

—Irlanda —murmuró mi padre mientras meditaba sobre aquello—. Si al final ese es tu destino, al menos Mila estará a tu lado.

—No podía ser de otra forma, supongo —añadí y sentí una emoción extraña en el corazón. La certeza, la seguridad de que era la decisión apropiada. Llevaba tiempo soñando con aquello. Con *ella* acompañándome a lo largo del proceso. Podía sentir la emoción que latía en su interior. En el mío. Es lo que tiene el subconsciente, supongo.

—Vamos a comprar un castillo para mi princesa —sentenció mi padre con una mirada paternal, emociones contenidas en sus ojos.

—Pero que sea sin príncipe —bromeé y mi padre empezó a reír. Una risa suave y melódica que contrarrestaba con ese punto de preocupación que había asomado durante una fracción de segundo en sus ojos.

Sabía que él quería algo diferente para mí. Y no hablo de lo del castillo. Pero me quería lo suficiente como para respetar mi aversión a las relaciones formales. Aunque él sabía, mejor que nadie, que años atrás yo no era así. Yo también soñaba con una boda perfecta. Como la de Ana. Con un hombre que dejara de respirar al verme. Como hacía Colin cuando Mila aparecía en su campo de visión. Y sí, de niña también soñaba con un castillo. Con hadas, con criaturas repletas de magia y con ver muchos atardeceres al lado del que sería mi príncipe. Ilusa.

Empecé a caminar por el pasillo del aeropuerto sintiendo mi corazón latir con fuerza. Habíamos tardado un par de meses en conseguir encontrar un lugar apropiado. El castillo perfecto. Unas cuantas paredes parcialmente en ruinas que recordaban al de mis sueños. Sin su porte ni su belleza. Sin magia y sin hadas. Pero con la certeza de que las similitudes estaban allí y que aquello tenía que ser una señal. Pese a ser una escéptica, y eso.

Durante todo este tiempo había mantenido aquello en secreto. O lo que se ceñiría más a la verdad sería que no les había explicado lo del hotel ni a Mila y ni a Ana. Quizás por un absurdo miedo al fracaso. De que al final todo aquello quedara solo en una idea, un proyecto, humo. Quizás por el miedo a que algo pudiera estropearse al decirlo

en voz alta. Que aún podía hacerlo. Estropearse, quiero decir. Quizás porque tenía la sensación de que cada vez había más distancia entre ellas y yo.

Era una estupidez, supongo. Pero Ana cada vez tomaba más responsabilidades sociales en la agenda de Oliver. Quiero decir que él estaba en esa fase de crecimiento personal y laboral que implicaba invitaciones, cenas y mierdas de las que yo hacía mucho tiempo que huía. La diferencia entre los que suben y los que aspiran a escapar de esa presión agotadora de la alta sociedad. Y Mila… no sabría qué decir de Mila.

Quizás era por la distancia. Quizás porque tenía la extraña sensación de que decía la mitad de lo que quería. Como si empezara a marcar una distancia, imaginaria, entre nosotras. Algo que nunca había hecho antes. ¿Secretos? ¿Desde cuándo nos teníamos secretos? Desde que su padre murió. Desde que se marchó a Irlanda. Desde que Colin apareció en su vida. A veces me daba mala espina aquello pero podía ver la felicidad impresa en cada una de sus palabras cuando hablaba de él, aunque a veces intentara disimular. Creo que por no hacer que me muriera de la envidia, básicamente. Con las semanas, los meses, aquello había ido empeorando lentamente. Los silencios se hacían más largos y yo tenía la sensación de que estaba perdiéndola. No tanto por la distancia. Ana estaba a media hora en coche y con ella parecía que tuvieras que pedir cita para constar en su agenda. Era todo. Ellas habían cambiado. Y supongo que yo estaba haciendo lo mismo. Una mujer de negocios. Una verdadera Carreras.

Con todo, no podía negarme el capricho de ver a Mila esos días. Incluso si aquello era más un viaje de negocios que no de placer. Tenía que ver el castillo. El estado real de la estructura. El entorno. Teníamos ya la propuesta sobre la mesa y ambas partes parecían estar dispuestas a cerrar el trato. Solo faltaba que yo diera el visto bueno. Mierda de responsabilidad esa. ¡Y yo que pensaba que todo sería fácil! Lo había sido, más o menos, hasta el momento de tomar las primeras decisiones. ¿Y si me equivocaba? ¿Y si el castillo se caía a pedazos, la rehabilitación triplicaba el presupuesto y el hotel acababa siendo un fracaso? Mi padre había sido claro y conciso. Si los pasos se toman con seguridad y certeza, con cabeza, nada podía salir mal. Tenía que calcular las posibilidades y aceptar qué riesgos eran asumibles. Con criterio. ¿Fácil, no? Claro. Si las decisiones las toman otros.

—Me alegro de volver a verte —fue Colin el primero en saludarme. A su lado había un hombre con los ojos ligeramente rasgados, pelo cobrizo tirando a rojizo y ojos oscuros. Penetrantes e intensos. Me miraba como si hubiera algo sumamente divertido en mi persona—. Mila está muy ilusionada con tu visita.

—Bueno, es medio visita de placer y medio visita de negocios —le

dije y él hizo un gesto afirmativo mientras se ofrecía a llevar mi equipaje. Me sorprendió el gesto, lo admito.

—Soy Kevin Mac Gréine —se presentó el otro hombre, tendiéndome la mano—. ¿Qué tipo de negocios podría traer a una mujer así a un lugar como este?

—Hoteles —le dije dejando que sus ojos me estudiaran. No soy de las que se intimidan por esas cosas, y menos si esa mirada interesada provenía de un hombre de metro ochenta, atractivo de arriba abajo y con ese punto de misterio que tanto nos gusta a las mujeres.

—¿Hoteles? —repitió frunciendo el ceño como si eso en concreto le pareciera aburrido y molesto—. ¿Hace mucho que eres amiga de mi prima?

—¿Tu prima?

—Mila —repuso el hombre mientras empezábamos a caminar.

—No me lo digas, otro de esos muchos primos de Colin —mascullé entre irritada y divertida mientras me golpeaba el recuerdo de Kellan. Había pensado en él mucho durante esas últimas semanas. En su petición de que si iba de visita a Irlanda, le avisara. No lo había hecho. Mi vida tenía que centrarse en otras cosas en esos momentos. No en una mole de testosterona en estado puro poco controlable y cuyo carácter era inestable—. Veo que lo tenéis muy asumido lo de estos dos.

—¿Tú no? —me preguntó con una mirada traviesa y añadió con expresión altiva—. Es evidente, para cualquiera que se preste a mirarlos de verdad, que están hechos el uno para el otro.

Colin gruñó por lo bajo. Gruñó. ¿En serio? Kevin empezó a reír. Este era de esos hombres que no necesitan músculo para hacer que te estampes contra el suelo. De los de juegos de palabras y aspecto de superioridad, incluso sin pretenderlo, que me cabrean especialmente.

—¿Cuántos primos tienes? —le pregunté a Colin con curiosidad antes de añadir con voz melosa—. ¿Alguno que sea la mitad de gilipollas que Kellan y la mitad de sabelotodo que este? Y ya puestos, que esté bueno.

Colin me lanzó una mirada divertida mientras empezaba a reír y Kevin hacía una mueca. Vale, quizás había sido un poco maleducada pero es lo que hay. No estaba de humor para bromitas. Supongo que mejor Kevin que no Kellan, pero estaba cansada del vuelo. Y tenía hambre. Si eso podía justificar mi comentario.

—Igual Eamonn te gustaría —me concedió Colin.

—Creo que he oído hablar de él —murmuré.

—Será porque le metió la lengua hasta la garganta a su mujercita —le provocó Kevin y Colin volvió a gruñirle a modo de respuesta.

—¡Ese! —exclamé y esta vez era Kevin el que reía mientras seguíamos caminando hacia el aparcamiento.

Me sorprendió encontrar un Tesla esperándonos en el aparcamiento. Uno de esos coches eléctricos sumamente elegantes que me había mirado antes de encargar mi pequeño Mercedes. Eran lo más, seamos realistas. Tanto en diseño, como en prestaciones o en el precio. Colin colocó la maleta en la parte de atrás mientras Kevin me abría la puerta del copiloto.

—Resultará que eres un sabelotodo con modales, al menos —le alabé mientras entraba en el coche por la puerta que me mantenía abierta gentilmente.

—Soy todo un caballero si me lo propongo —afirmó y añadió después de guiñarme un ojo—. Aunque no me lo propongo muy a menudo, siendo realistas.

—No sé por qué no me sorprende —mascullé mientras Colin se acomodaba a mi lado y encendía el silencioso motor. Kevin se sentó detrás del asiento de Colin mientras nos incorporábamos a la circulación—. Me dijo Mila que se ha mudado a tu casa.

—Hace unas semanas —afirmó Colin—. Hemos decidido instalarnos en la casa de campo.

—¿No tenías un piso en el centro?

—Sí —admitió Colin sin dejar de mirar la carretera—. Pero nos sentimos más a gusto en la otra, por el momento.

—¿Y no es un problema el tema de los desplazamientos?

—Aquí el tráfico no es tan denso como en Madrid —fue su respuesta—, y como los horarios de Mila no se corresponden con los del resto del mundo, no suele ser un problema.

—Está contenta en el hospital —afirmé.

—Se lo pasa bien —opinó Colin que parecía bastante indiferente a eso en concreto.

—Aislin es divertida —remarqué recordando la chica de pelo oscuro con gruesos tirabuzones y esa sonrisa traviesa que lucía en su rostro.

—Tendrías que presentármela —le pidió Kevin.

—Está con una sensible —rebatió Colin.

—¿*La* sensible? —preguntó Kevin como si recordara algo antes de añadir—. ¿Grace?

—Esa.

—¿Y qué hay de Margaret? —le pregunté a Colin sintiéndome ligeramente desplazada con aquella conversación que no acababa de entender.

—Está bien —fue la respuesta de Colin—. Ilusionada con tener la casa llena este fin de semana. Mila suele comer con ella un par de veces a la semana. Además, Grace y ella se han hecho grandes amigas.

—¿Margaret y Grace? —pregunté sorprendida.

—Y Aislin —añadió Colin—. Digamos que la casa de Margaret se ha

convertido en algo así como una pensión en la que se sirve buena comida y amena conversación.

—No sé yo si definiría como amena conversación lo que se debe hablar allí dentro —cuchicheó Kevin. Colin le lanzó una mirada a través del retrovisor. Igual Margaret sentía curiosidad sobre eso de mujeres manteniendo relaciones con mujeres. ¡O hasta podía haber salido del armario! ¿A su edad? Quién sabe—. ¿Os quedaréis allí este fin de semana?

—Sí —fue todo lo que dijo Colin. No tengo claro por qué me sorprendía que usara un monosílabo. Ni él ni Kellan habían demostrado ser demasiado habladores el tiempo que compartimos en Madrid.

—Mañana tengo que ir a Roscrea.

—Me lo dijo Mila —afirmó Colin.

—¿Qué se te ha perdido allí? —preguntó Kevin y casi al instante añadió—. Oh, oh.

—¿Oh, oh? —preguntó Colin.

—Tengo un presentimiento —murmuró Kevin. Colin se tensó.

—¿Qué tipo de presentimiento? —cuestionó Colin.

—Leim Ui Bhanain —murmuró Kevin.

—Genial —protestó Colin—. ¿No estaba eso atestado?

—Sí —afirmó Kevin—. Creo que lo usan como atracción turística.

—Sin comentarios —criticó Colin—. Hemos llegado.

Mila estaba esperándonos frente al muro bajo de ladrillo que rodeaba el hospital en el que llevaba poco más de medio año trabajando. Había estado allí antes y me limité a lanzarme a sus brazos y darle un abrazo de esos tan nuestros, bajo la atenta mirada de la gente que aparecía y desaparecía a nuestro alrededor. Muchos nos miraban con una mezcla de curiosidad y crítica. Allá ellos y su falta de efusividad. No nos cortarían las alas.

En ese momento, abrazadas, todos mis miedos desaparecieron y me sentí como si volviéramos a tener quince años y nos reencontráramos después de las vacaciones de verano. Yo habría estado en algún país de playas paradisiacas con mis padres y ella en Madrid, básicamente. Pero nada importaba justo en ese momento. Todo era secundario. Superfluo. Porque volvíamos a estar juntas.

—*En casa.*

VII

Margaret

PARPADEÉ un par de veces cuando Colin aparcó frente a la casa de Margaret. La noche había hecho ya acto de presencia y aunque la calle estaba sutilmente iluminada por las farolas de aspecto antiguo, la oscuridad a nuestro alrededor era evidente.

La casa de Margaret era una más de aquella calle y, sin embargo, igual que me había pasado la primera vez, sentí que había algo especial en ella. Me froté los ojos, como intentando aclarar mi mirada pero sin llegar a conseguirlo. Colin besó con pasión a Mila, tras sacar mi maleta de su coche, mientras yo intentaba que esa sensación de pesadez sobre mis párpados disminuyera un poco. Consiguiéndolo más o menos.

—¿No te quedas? —le pregunté a Colin con curiosidad.

—Vendré más tarde, he quedado con mis primos —me respondió con mirada tranquila. Cobarde. Aunque no me importaba tener una de esas noches de chicas. Casi mejor que se le hiciera tarde. Soy así de posesiva, ¡qué le vamos a hacer!

Margaret nos abrió al poco rato. Era una mujer a la que admiraba, a mi manera. No por sus gustos en cuanto a ropa, todo sea dicho. Pero era autónoma y autosuficiente como pocas para su edad. Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina mientras nos servía algo parecido a la cena. Se sentó a nuestro lado, con una copa de vino en la mano. Me apunté enseguida. Al vino. Necesitaba una noche de sueño reparador para lo que me esperaba mañana.

—Va, cuéntanos —me pidió Mila relamiendo el helado de su cuchara.

—Mañana tengo que ver un castillo —le contesté—. Nos estamos planteando montar un hotel temático aquí.

—¿Un hotel temático? —soltó Mila totalmente sorprendida.

—Ya sabes, ropa de época y toques de fantasía. Si lo tiramos adelante buscaremos en las leyendas locales para recrear la ambientación. Había pensado buscar algo con rasgos celtas. Ya sabes, magia, hadas, druidas y cosas de esas.

—¿Druidas? —preguntó Margaret y creo que se estaba partiendo de la risa con mi idea. Era arriesgada, lo admito. Pero me había dejado la piel en aquello y no era la primera que ponía en duda su futuro.

—Te sorprenderías la cantidad de gente que adora ese tipo de historias del pasado —afirmé—. Un lugar romántico para hacer

eventos especiales o celebrar un fin de semana especial en pareja. Venderé magia.

—Suenas como tu padre —me dijo Mila con una sonrisa y no era una crítica. Al contrario. Le sonreí.

—Necesito que esto funcione —le confesé—. Llevo tanto tiempo dando vueltas que tengo la sensación de que necesito enraizar. Crear algo que sea mío. Que a ver, el dinero y los fondos míos no son, pero es mi proyecto. Mi sueño.

—Esta tierra es mágica —me aseguró Mila con ojos brillantes—. Funcionará. Estoy segura.

—Eso espero.

—¿Y cómo se hace algo así? —preguntó Margaret con curiosidad.

—Tenemos una oferta de compraventa que parece interesar a ambas partes. Si mañana me gusta lo que veo, lo tiraremos para adelante. Se tiene que rehabilitar la mitad del castillo además de los interiores, y eso tardará su tiempo. Tenemos ideas, pero se han de adaptar al lugar y al carácter que queremos darle, aunque ya tenemos apalabrado un despacho de arquitectos que parece muy competente —continué—. La parte buena es que, si al final sale, me quedaré aquí hasta que esté funcionando.

—¿En serio? —exclamó Mila emocionada—. ¡Eso sería genial! ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque no quería hacerme ilusiones —le confesé—. O que tú te las hicieras. Igual mañana veo las cuatro piedras y me muero de miedo, así que vuelvo en el primer vuelo con el rabo entre las piernas para evitar la responsabilidad que implica todo esto.

—No sería tu estilo —remarcó Mila y había orgullo en su mirada.

—No, no lo sería —admití un poco a mi pesar, regalándole una sonrisa ladeada. Pero era innegable que me sentía un poco abrumada por todo aquello. No lo diría en voz alta. Eso no. Pero tampoco podía mentirme a mí misma.

—¿Y dónde está ese castillo? —preguntó Margaret.

—Cerca de Roscrea —le contesté—. Leap Castle.

—Ese nombre me suena —aseguró Margaret mientras se quedaba pensativa—. ¿No es el castillo de los espíritus?

—¿Y eso? —preguntó Mila frunciendo el ceño.

—Me suena que es uno de esos castillos irlandeses que dicen que están embrujados —afirmó Margaret y parecía un poco insegura sobre eso en concreto—. Creo que hace un tiempo los propietarios lo alquilaban para incautos que querían ver espíritus.

—¿Espíritus buenos o malos? —preguntó Mila y no me gustó el tono que usó. Como si creyera en aquello. Ella. Vamos, que en Irlanda llevaba entre poco y menos. Además, ella era de las personas más tiradas para adelante y coherentes que yo conocía. Quiero decir que,

al margen de eso de estudiar mil cosas sobre medicinas alternativas y terapias sanadoras de reputación cuestionable, era una mujer que tocaba de pies a tierra.

—Puestos a elegir, que estén buenos —bromeé—. Si me tengo que mear de miedo con una aparición, por lo menos que aparezca en bolas y mida metro noventa.

—Para eso solo tienes que esperar en el pasillo a que Colin salga de la ducha —soltó Margaret.

—¡Margaret! —le recriminó Mila y la vieja verde empezó a reír. Me añadí a ella. Joder con Margaret. Siempre me había caído bien. Ahora se estaba convirtiendo en algo así como mi ídolo.

—Dame sus horarios y miraré qué puedo hacer —le dije a Margaret con voz confidencial mientras Mila se ponía roja como un tomate.

—Sois un par de pervertidas —nos recriminó Mila aunque no lo decía en serio.

—Podrías invitar a cenar a Aislin y Grace mañana —propuso Margaret mientras empezábamos a recoger las cosas entre las tres.

—Al menos habrá dos personas que no babearán por ver en pelotas a mi marido —refunfuñó ella haciéndonos reír. No, no lo harían. Esas dos solo tenían ojos la una para la otra. Pero lo que me llamó más la atención fue la naturalidad con la que dijo eso de marido. No, no me equivocaba. Se tomaba en serio aquello. Sorprendentemente. Supongo que si estaban bien, yo tenía que alegrarme por ella.

Nos despedimos de Margaret y subimos al primer piso. No es que necesitásemos mucha intimidad así que compartimos el baño, dejando la puerta abierta como si tal cosa. Parecíamos más dos adolescentes preparándonos para una fiesta pijama que dos mujeres adultas. Una de ellas, casada. Sonreí mientras la miraba a través del reflejo del espejo del cuarto de baño.

—Cuando lo dices así, como si fuera tan normal, me sale un sarpullido —le confesé a Mila—. Lo de Colin saliendo del baño.

—Siempre babeas por los hombres que están buenos. Y Colin los supera con creces —me retó ella con orgullo femenino.

—Me refería a lo de llamarle marido —le corregí divertida.

—¡Ah, eso! —se sonrojó—. Supongo que ya me he ido mentalizando.

—Y estáis bien —afirmé.

—Sí —me aseguró.

—No te enfades —le pedí—. Pero pensaba que sería un rollito sin más. Ya me entiendes. Hay muchísima química entre vosotros pero no pensaba que fuera a ser algo serio. Que fuera a ser *él*. Me alegro por ti.

—Hemos pasado por situaciones complicadas —me contestó tras mirarse en el espejo del baño mientras yo empezaba a sacar mis cosas para cepillarme los dientes—. Lo que no te hace caer, te hace más

fuerte.

—¿Quieres hablar de ello? —le pregunté y negó con la cabeza.

No me gustó eso, que se cerrara, pero se lo respeté. Yo también llevaba tiempo ocultando las partes que no quería compartir de mi vida. De mis pensamientos. Podía entenderla. Lo lamentaba, eso sí. Antes jamás nos habíamos ocultado algo. Por insignificante que fuera.

—Ya pasó —me tranquilizó con una sonrisa ligeramente forzada.

Me quedé quieta mirando la mano que me tendió para que le acercara la toalla. Tenía una gruesa cicatriz en su palma. Sentí un estremecimiento por mi espina dorsal y supe que aquello era importante. Retiró la mano, escondiéndome aquello. Incliné la cabeza y le sostuve la mirada.

—Mila —le susurré pero había una evidente amenaza en mi voz.

—Estoy bien —me aseguró y viendo que mi mirada seguía fija en ella y no aceptaba aquello a modo de respuesta añadió—. Fue después de lo de mi padre.

—Joder —solté.

¿Qué significaba aquello exactamente? Si Mila se hubiera querido quitar la vida, no se hubiera cortado la palma de la mano. Es enfermera. Sabe cómo hacerlo de forma mucho más efectiva y el corte estaba lejos de su muñeca. Y sin embargo, sentía que había sido provocado. Intencionado. ¿Se había cortado por el dolor que sentía? ¿Por la soledad? Era lo más estúpido que había oído en mi vida y Mila no era así, pero la desesperación es capaz de convertir a las personas más fuertes en las más débiles, a las más íntegras en malas personas. Temblé ligeramente.

La abracé con fuerza y ella se dejó arropar entre mis brazos. Sentí que una tristeza me golpeaba con violencia. Saber que no había sabido detectarlo, que no había estado a su lado cuando me había necesitado. Siempre pensando solo en mí misma. Sentí que unas gruesas lágrimas caían por mis mejillas y ella se separó sorprendida. Tomó una de mis lágrimas con su dedo índice y se quedó observándola con curiosidad.

—Estoy bien. Encontré a Colin y todo cambió —me dijo sin dejar de mirar mi lágrima—. ¿Cómo en algo tan pequeño puede haber tanto amor?

—¿Amor? —bromeé—. Más bien tristeza. Debería haberme dado cuenta. Debería haber estado a tu lado. Siento si te fallé.

—No lo hiciste —me dijo Mila con media sonrisa fijando su mirada en mis ojos—. Siempre has estado a mi lado. Y siempre lo estarás. Mi amiga. Mi hermana. *Deirfiúr*.

—Si me has llamado estúpida, me lo merezco —le dije mientras ella colocaba mi lágrima entre mis cejas y sentía una extraña calidez rodearme.

—Te he llamado hermana —negó divertida—. Aunque a veces eres

un poco estúpida, para qué negarlo.

—¡Eh! —me quejé con media sonrisa.

—Parece que mi vida ha estado rodeada de sensibles incluso si yo ni siquiera era consciente —añadió con una sonrisa tierna.

—Ya sabes que a mí los sentimentalismos no me van —le contradije mientras ella sonreía y ladeaba ligeramente la cabeza—. Ha sido solo un momento de debilidad.

—A veces las debilidades nos hacen más fuertes —afirmó Mila.

—Tía, como sigas con frases de esas vas a empezar a preocuparme —le contesté.

—Es mi sangre irlandesa —bromeó—. He descubierto muchas cosas de mi vida.

—¿De tu madre? —le pregunté con curiosidad.

—Demasiadas y todo —me contestó empezando a reír—. Le gustaba tomar el té a la noche en el porche de atrás con las luces apagadas. Se despertaba con la salida del sol y su mejor amiga se llamaba Áine.

—Tu padre nunca te habló de Áine —comenté buscando entre mis recuerdos las historias que el padre de Mila nos contaba cuando nos quedábamos a dormir en su casa, como si fueran partes de un cuento. La historia de su vida.

—La asesinaron poco después de haberla violado —me contó con voz firme haciendo que me tensara—. Margaret no llegó a conocerla.

—Espero que pillaran al cabrón —murmuré impresionada.

—Lo pillaron —afirmó.

—¿Cómo te enteraste? —le pregunté.

—He conocido a un amigo suyo, de antes de que se instalara con Margaret y conociera a mi padre —me explicó y me pareció que seleccionaba con cuidado las palabras—. He descubierto quiénes eran sus padres. Mi historia.

—¿Siguen vivos? —le pregunté con un hilo de voz. Familia. Sabía que Mila daría lo que fuera por tener una.

—No —negó—. Murieron siendo mi madre una niña. Fue criada por unos amigos de su madre. Su historia fue complicada. Entiendo que no quisiera explicársela a mi padre.

—¿Has conocido a los que la criaron? —le pregunté sorprendida por todo lo que había descubierto Mila. Y por el hecho de que no nos lo hubiera explicado.

—Murieron —susurró—. Todos ellos.

—Joder. Tu madre perdió a mucha gente —susurré, compadeciéndome de ella. Era como si la historia de su madre se repitiera. Mila también había perdido a sus padres y me había confesado que se había sentido sola después de aquello. Incluso si sabía que nosotras la apoyaríamos. Éramos como hermanas, realmente. *Deirfiúr*. Me gustaba esa palabra. Y lo que transmitía. Ella y

yo. Hermanas.

—Perdió a mucha gente y perdió su fe en la humanidad, de hecho —me contestó haciendo una mueca.

—No me extraña —murmuré—. Lo de su amiga, sus padres, los que la criaron… estaba un poco gafada, en serio.

—Totalmente —lamentó Mila—. Pero mira, conoció a Margaret. Y luego a mi padre. Ella le amó, ¿sabes?

—Siempre he pensado que se amaban mucho, por la forma en que tu padre hablaba de ella —le aseguré.

—Al principio, cuando empecé a descubrir cosas de ella, cosas un poco chungas, digamos, no lo tenía tan claro —me confesó con expresión cauta—. Luego, poco a poco, las piezas del puzle fueron encajando. Ella le amó, incluso si durante toda su vida siempre había pensado que ella no tenía la capacidad para hacer algo así. Amar. Cuando yo nací, supongo que fue consciente de que todo había cambiado.

—Cuando una persona ha sufrido mucho —manifesté—, puede costarle abrirse a alguien. Especialmente si no crees en la humanidad. Si alguien os hubiera hecho algo a vosotras, no sé si creería en la humanidad. Y en los hombres especialmente. Pensar que alguien a quien quieres ha sido violado o asesinado… se me ponen los pelos de punta. Soy consciente de que esas cosas pasan, en el mundo, pero es como que pasan en un allí y no en un aquí. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Hasta que no le afecta a alguien que es próximo a ti, no te das cuenta de que es algo real aunque sepas que existe —afirmó Mila—. Hay cosas que si no las vives en primera persona es difícil, por no decir imposible, aceptar que son reales. Créeme que soy perfectamente consciente de eso en concreto.

—Sé que te lo he dicho mil veces, pero siento mucho lo de tu padre —le susurré.

—Lo sé —me contestó—. Siento mucho haberme alejado. Sé que siempre puedo contar con vosotras pero necesitaba tiempo para asumir todas las cosas que he descubierto de la vida de mi madre. De su pasado. Aún estoy asumiéndolas y supongo que no me es fácil hablar de esto. Todavía.

—Tómate tu tiempo —le propuse—. Pero no nos alejes.

—Nunca ha sido mi intención —me aseguró—. Pero necesitaba tiempo y cuanto más tiempo pasaba, más complicado era todo.

—Me alegro de que hayas descubierto cosas sobre tu madre y su pasado —le dije—. Incluso si esas personas ya no están.

—Yo también —admitió.

—Pero no te olvides de los que sí que estamos —le señalé y ella me sonrió.

—De vosotras, nunca me olvidaría —murmuró y nos abrazamos. Quizás ese era nuestro primer paso. Reconciliación y sanación.

Teniéndola allí, entre mis brazos, fui consciente de que ella era uno de los motivos por los que había elegido Irlanda para mi gran proyecto. Hermanas. *Deirfiúr*. Ahora solo teníamos que volver a conectar como antes de lo de su padre. Le daría tiempo, sin agobios, pero si lo del castillo salía adelante, no pensaba volver a darle pie a alejarse. Quería saber todo, absolutamente todo, lo que había pasado. Pero sería paciente. Incluso si la paciencia no era una de mis virtudes. Para nada.

Me acosté en la habitación de invitados de Margaret. Cerré la puerta para no ver a Colin paseando en pelotas a media noche. No está bien babear con mercancía ajena. Sonreí mientras pensaba en Margaret, que dormía a dos puertas de distancia, en mi mismo pasillo. Era una mujer peculiar, no podía negarse. Brillante, también.

Pensé en cómo habría sido su vida de joven, viviendo con la madre de Mila. Sospechaba que no debería haber sido muy diferente a la relación que habíamos creado Ana, Mila y yo. Me gustaba esa idea. Quizás, algún día, cuando Mila y Ana tuvieran hijos, también ellos crearían esos vínculos. De los que no pueden verse y, sin embargo, están ahí.

Me sentía nerviosa. Bastante.

Por lo del castillo, principalmente.

Pero había algo más. Algo que parecía querer abrirse paso dentro de mí, aunque aún no tenía la fuerza suficiente como para definirse. Igual que un niño ante su primer examen o un atleta ante una competición. Algo bueno.

Cerré los ojos, intentando dejar la mente en blanco. No siempre es fácil. Mila. Colin. Margaret. El castillo. Mis padres. Hugo. La vida que se me escapaba de las manos. Respiré, lentamente. No, no quería pensar en Hugo. Hacía ya varios meses de la última vez que le había visto y volvía a estar, su recuerdo, encerrado en ese sitio del que no debería haber salido.

Me removí inquieta en la cama mientras la imagen de Hugo desaparecía para dar paso al rostro anguloso de Kellan. Igual sí que acababa siendo un buen sueño, después de todo. Sus ojos oscuros me observaron con una intensidad que hizo que mi cuerpo convulsionara ligeramente. Estaba en Irlanda. Quizás él estaría con una mujer en esos momentos. Era una posibilidad no descartable que me decanté por rechazar. En su vida real, que hiciera lo que quisiera. En mi sueños, él era todo mío. Sonreí mientras evocaba el recuerdo de su boca apresando la mía y ese beso que me había robado en el aeropuerto. Era uno de esos recuerdos que atesoraba cuando todo

parecía torcerse. Me hacía sentir viva como pocas cosas hasta ese momento.

Refunfuñé cuando en mi mente se separó ligeramente de mí. Sus labios curvados en una masculina sonrisa mientras me observaban sus ojos sin perderse detalle. Y detrás de él un paisaje bucólico que parecía darme la bienvenida. Hacía tiempo que me esperaba. Irlanda. La tierra de la esperanza.

Observé aquel prado mientras el recuerdo, la imagen de Kellan, se difuminaba. Es lo que tienen los sueños. Hay matices que los hace totalmente diferentes a la realidad. Los colores eran más intensos. Más vivos. Brillantes. Era una tierra que tenía vida propia y en mis sueños la fantasía solía cobrar fuerza, quizás porque durante la vigilia rechazaba todo aquello que no era coherente y racional. *Como ella.*

Sonreí con aspecto orgulloso al ver cómo, de repente, la imagen de mi castillo se alzaba majestuosa. Nunca lo había visto con tal suma de detalles. Las ventanas, las paredes. Supongo que mis recuerdos se teñían con todo lo que había estado mirando y estudiando de mi castillo. En ese momento ambos eran uno solo. Leap Castle. Solo que en mis sueños no había paredes en ruinas, estructuras de dudosa seguridad ni una fortuna que gastar en la restauración. No, en mis sueños se alzaba de forma majestuosa, con una elegancia que me recordaba a las criaturas que volaban a su alrededor. Hadas, sí. Una vez más. No era la primera vez que soñaba aquello, después de todo, ni la primera vez que veía a aquellas hermosas mujeres con orejas ligeramente puntiagudas, túnicas de exóticos tejidos de colores suaves a cuyo alrededor sus alas lucían, presumidas. Siempre me quedaba presa en ellas. En sus alas, quiero decir. Eran transparentes pero complejos y hermosos dibujos las decoraban por doquier, con suaves colores que brillaban como si estuvieran hechos a base de purpurina. Algunas tenían matices rojizos en aquellos extraños jeroglíficos que las decoraban, otras azules y morados, las había también con detalles verdes y caobas, pero las que más me impresionaron eran las que estaban salpicadas de motas doradas y plateadas. Era una mezcla suave pero explosiva que parecía palpitar con vida propia. Brillaban. Había magia en ellas, claro.

Era un sueño bonito y me aferré a él.

Empecé caminar por el sinuoso camino de tierra que desembocaba a las puertas del castillo. Podía sentir la brisa fría que haría bailar el follaje de los árboles y cómo se entrelazaba entre los mechones de mi pelo. Esta vez mi melena era más ondulada. Me llegaba hasta la cintura. Es lo que tienen los sueños, supongo. Se permiten ciertas licencias. Sentí mis pies, desnudos, pisar con fuerza ese terreno que era mío. Por herencia. Por derecho. Por obligación. Y me sentí bien. Como no me había sentido durante mucho tiempo. Porque estaba en

casa.

—*Después de tanto tiempo.*

Sonreía al escuchar su voz, como si fuera una tierna caricia de bienvenida. Estaba soñando, después de todo. No me molestaba escucharla en esos momentos pero no me esforcé en buscarla. Estaría allí, en algún lugar. Observándome. Siempre lo hacía.

Las paredes del castillo emitían una suave luz blanquecina. Una luz que conocía muy bien. En mis sueños, al menos. Una luz que hablaba de cosas buenas. Olía a cosas buenas. Y se sentía bien. Una luz que formaba parte de mí. Y de mi castillo, claro. No podía ser de otra forma. Caminé con pasos tranquilos, sintiéndome que estaba justamente donde tenía que estar. Las puertas de mi castillo se abrieron y se escucharon las risas. La música. La alegría vibraba en el aire. Podía sentirse, como si fuera una caricia.

Me dejé llevar, transportar. Por las voces. Las risas. La música. Bailé con unas y con otras antes de elevar el vuelo, como todas las noches en las que los sueños me transportaban allí. A ese rincón perdido en mi interior que no había perdido la fe en ese tipo de cosas y que se deleitaba como cuando era una niña, volando sobre paisajes idílicos.

Me apoyé en las almenas de la parte central del castillo. Se había hecho de noche. La luna llena brillaba en el cielo y las estrellas parecían dispuestas a iluminar también la noche. Me sentía bien. Aspiré el olor de los campos. De la lluvia. De las flores. De la vida de todo lo que me rodeaba. Me agaché para observar el reflejo de la luna en un charco. Y allí, por primera vez, vi mi propio reflejo. Solo que, por primera vez, fui consciente de que no era realmente yo. La imagen en el charco no era la de mi rostro. *Era el de ella.*

—*Tú serás la guardiana que liberará el Portal de las Hadas.*

Me desperté, sobresaltada. Sentí mi pulso agitado y una extraña sensación, como un nudo en el pecho.

—*Pronto. Muy pronto.*

—Mierda —solté a nadie en concreto. Odiaba cuando los sueños parecían volverse pesadillas y cuando la fantasía parecía querer formar parte de la realidad. Mi mente procesó, lentamente, sus palabras. Parecía una advertencia. Una petición. Una orden. Una premonición. Mierda en cualquier caso. Fuera lo que fuera, no tenía sentido alguno. Ni lo tendría. Nunca. ¿Verdad?

VIII

Siempre se me ha dado bien matar bichos

—¿A QUÉ viene tanta prisa? —pregunté a nadie en concreto mientras me colocaba un chaleco protector sobre mi pecho y lo cubría después con una ajustada camiseta de color negro que se adaptaba a mi cuerpo como una segunda piel. Añoraba la sensación del metal de mi vieja armadura. Las pieles que usábamos para proteger la piel de su rigidez. Eran otras épocas. Aunque nuestras pequeñas batallas seguían siendo muy parecidas.

—Leim Ui Bhanain —soltó Kevin con aspecto divertido, sentado sobre la mesa de la armería con las piernas cruzadas.

—Hoy vamos fuerte —aprecié con una amplia sonrisa. No es que esperara que Kevin se añadiera a eso en concreto, pero parecía tener un especial interés en aquello. Algo que debería escamarme porque, por normal general, Kevin solo tiene interés en lo que tiene algo que ver con Kevin. Un poco como todos, supongo.

—Colin tiene un interés personal —afirmó Eamonn encogiéndose de hombros—. Por lo visto una amiga suya quiere ir mañana por allí.

Observé cómo se apretaba las cintas de sus protecciones con movimientos pausados. Para ser un guerrero, parecía que tuviera la sangre diluida. Aunque para diluido, Kevin. Tenía un algo de sensible. A veces lo usábamos para meternos con él, pero solo cuando había especial buen rollo. Era su punto débil, pero supongo que todos tenemos alguno. El mío es que no sé decir que no a un combate. Morir sería un honor. Pero mala hierba nunca muere, así que pese a los aprietos en los que me había visto envuelto a lo largo de los siglos, seguía dando guerra.

—A mí todo lo que sea matar bichos, ya sabes que me va —le dije a Eamonn mientras me encogía de hombros.

—La amiga en cuestión es toda una monada —añadió Kevin con una sonrisa mientras tensaba la cuerda de una ballesta con maestría—. Aunque tiene una lengua viperina. Alguna me ha soltado en el viaje del aeropuerto hasta el hospital de Mila. No es de las que se corta ni un poco.

—Creo que es una amiga de Mila —intervino Conan como si aquello le importara una mierda. Lo de matar bichos era otra cosa. Es un camicace. Nos entendemos bien en el campo de batalla. Pero no, no era eso lo que me había puesto en alerta. Era esa mezcla de

palabras carentes de sentido por sí solas.

Amiga. Mila. Aeropuerto.

Era más que sospechoso. Era como si de alguna forma lo supiera. Quizás por lo de la lengua viperina. Por lo de que no se cortaba. O simplemente porque llevaba todo el día con una sensación extraña, como si presintiera algo. Cosa que no era muy coherente. Soy un dios. Pero no soy un sensible. Afortunadamente. Pero estaba casi seguro de que esa amiga en cuestión era ella.

—¿Cómo se llama? —le pregunté tensándome. Miré a Kevin con expresión hosca mientras me observaba con curiosidad.

—Marisa, creo —respondió tras darse un tiempo—. Piernas largas y pelo oscuro.

—Ese coto es mío —le solté a mi primo con una advertencia en mi mirada.

—¿A santo de qué? —protestó Kevin haciendo un puchero, como si fuera un niño pequeño al que le acaban de quitar un juguete. Ese tipo de cosas eran las que me irritaban de él. Aunque supongo que Ryan no era mucho mejor.

—Yo la vi antes —le contesté.

—No creo que a Mila le guste que la dejes sin poder caminar un par de días —se burló Conan.

—A Mila le saldrá un sarpullido si cualquiera de nosotros hace el más mínimo intento de acostarse con ella —intervino Kevin—. La verdad es que no creo que merezca el esfuerzo, después de todo. Mujeres hay muchas.

—¡Amén! —exclamó Eamonn con una expresión divertida. No es que él fuera mucho de buscar ese tipo de emociones. Pero no es que fuera un santo, tampoco.

—¿Dónde están Brian y Aidan a todo esto? —preguntó Conan con expresión aburrida mientras yo mantenía la mandíbula tensa. Pensando en ella. Le había pedido que me avisara de su llegada. Amablemente. La próxima vez no sería tan amable.

—Patrullando por quién sabe dónde —repuso Kevin—. Estaban a más de dos horas y, sinceramente, no creo que haga falta sacar a toda la caballería.

—Claro, lo dice el que se mantendrá cubriéndonos la espalda —se burló Conan. Kevin no era un guerrero, después de todo. Aunque no era la primera vez que patrullaba con nosotros.

Era muy hábil con el arco. Debo admitir que tenía una puntería abrumadora, el cabrón. Pero cuando estaba solo para cubrirnos, solía usar la ballesta porque podía recargarla a una velocidad que con el arco no sería posible. Era agradable que sus disparos te hicieran ganar unos segundos para recuperarte en momentos cruciales de un enfrentamiento. Nadie infravaloraba su utilidad, después de luchar

juntos durante un número no menospreciable de siglos. Además, Kevin tenía ese algo. Por lo de ser medio sensible. Una herencia lejana pero que en él a veces se hacía condenadamente evidente. Veía cosas que nosotros no éramos capaces de ver. Y al hacerlo podía prevenirnos o darnos una información sumamente valiosa sobre el entorno en el que estábamos.

Mis pensamientos volvieron a la mujer. ¿Qué pintaba ella paseando por los alrededores de Leim Ui Bhanain? ¡Sin avisarme! Era extraño sentirme así. Una mezcla de rabia y humillación. ¡Por una mera humana! De largas piernas y pelo oscuro, sí. Pero como ella había cientos. Solo que en esos momentos la que quería era justamente esa. Quizás por el reto silencioso que me había lanzado. Quizás porque tengo ese punto de masoquismo. No, no estaba dispuesto a aceptar un no por respuesta. Aunque a Mila aquello quizás le cabrearía. Mejor que se enterara cuando los hechos ya estuvieran consumados. Satisfactoriamente consumados.

Y luego quedaba eso de ir a pasear por los alrededores del viejo castillo. Mala idea. El edificio apenas se sostenía y los alrededores eran peligrosos. Con la de sitios bonitos que podía visitar la pequeña arpía y tenía que elegir uno que era una mierda pinchada en un palo, se cogiera por donde se cogiera. Por no hablar de que estaba en una de las zonas más calientes que teníamos desde tiempos inmemorables. Allí alguien podía entrar y no salir. En los bosques próximos al castillo había infinidad de criaturas oscuras acechando, dispuestas a atacar a los caminantes despistados. Algunos se limitarían a alimentarse con su sangre. O arrebatarles una parte de su alma. Otros serían menos magnánimos y les arrebatarían la vida. No, no era un lugar adecuado para alguien como ella. Pero la opción de tenerla en mi terreno era tentadora. ¿Cuánto tiempo se quedaría en Irlanda?

—Connor se quedará con Ryan —me informó Eamonn.

Eamonn era algo así como el líder de los Mac Cuill. Aunque como guerrero, Conan le superaba. Pero era esa aura suya conciliadora la que le hacía ostentar ese rango dentro de su familia. Connor era el menor de los tres, un erudito con una sensibilidad innata con los animales y criaturas mágicas, aunque estaba ligeramente sobreprotegido por esas dos moles Mac Cuill.

Kevin, pese a ser un erudito, llevaba la voz de los Mac Gréine. Aidan y Brian eran como un ente indivisible y sus competencias se sobreponían así que sería complicado decantarse por uno de ellos. Ambos eran guerreros formidables, pero admito que Aidan era un tanto inestable. Como el fuego que era capaz de invocar en su hacha

de oro. Uno de esos viejos juguetes de los viejos. Como mi cambiante.

Y luego estábamos nosotros. Yo a Ryan le dejaba hacer lo que le viniera en gana siempre y cuando no me molestara. Algo que hacía con cansina frecuencia. Éramos los últimos de los Mac Cecht y aunque a nuestra manera estábamos unidos, no podíamos ser más diferentes. Vivíamos juntos pero solíamos pasar las horas en estancias diferentes. Ryan, en la biblioteca. Yo, entrenando con cualquiera de mis primos. El que se dejara caer. Nuestro castillo solía estar bastante frecuentado por unos y otros, ya que magia antigua protegía nuestras tierras y nos hacía gozar de cierta seguridad. No solo de criaturas oscuras. También de miradas malintencionadas. Además, nuestra biblioteca contenía el legado escrito de todos los viejos de la tribu y era un lugar de culto para los eruditos de la familia.

Aquí podíamos seguir manteniendo nuestra vida un poco al margen del resto del mundo. Duendes y otras criaturas mágicas nos servían, como sirvieron tiempo atrás a nuestros ancestros. No renunciaría a eso por nada del mundo. Era el único lugar en el que seguíamos siendo lo que éramos.

Unos putos dioses. Olvidados, eso sí. Pero dioses después de todo.

—A buenas horas —le dijo Kevin a Colin al verle entrar en el recinto.

—Ryan está revisando los libros sobre la zona —nos informó con expresión cansada—. ¿Nadie se había fijado en que la tasa de desapariciones y mierdas múltiples allí es altísima?

—A mí no me mires —le dije—. Lo mío es matar bichos, no hacer informes.

—Burócratas —se burló Conan.

—Yo sí —afirmó Kevin con mirada audaz y una sonrisa que seguro que ocultaba muchas cosas.

—A buenas horas lo dices —le reprendió Colin.

—Nunca nadie me pregunta —le retó con la mirada Kevin—. ¿Qué sabemos?

—Aulladores y algunos fuath en las últimas décadas —respondió Colin—. Pero entes chupa almas los que quieras.

—Esos no suelen darnos problemas —matizó Conan encogiéndose de hombros.

—A nosotros no, pero a una humana podrían dejarla seca —le contradije irritado, pensando en Marisa paseando inocentemente por un lugar como ese. Incauta. ¿Por qué coño no me había llamado? Era irritante—. Y por cierto, ¿qué pinta Marisa aquí?

Observé cómo mi primo se colocaba unas protecciones y cogía un pequeño puñal para colgarlo de un cinto. Lo que me hizo suponer que, pese a ser un guerrero, esta noche igual jugaría a hacer de druida. Lo hacía últimamente. Él y Mila estaban descubriendo juntos ese mundo

de la magia antigua. Útil, sí. Pero daba una grima que ni te cuento.

Colin era el único descendiente del segundo linaje. Lug, mitad fomoriano y mitad de la tribu, tenía una extraña habilidad. Don de dones. Su historia era compleja. Como muchas de las de los viejos.

—Quiere comprar Leap Castle para montar un hotel —me contestó y aquello fue como si me hubiera golpeado en el vientre. Medité aquello. Era una locura, pero si hacía eso significaba que tenía intención de establecerse durante un tiempo. Esa parte no estaba del todo mal. Me daría tiempo más que suficiente para disfrutarla. Algo que estaba bien. No soy de los que les gusta quedarse a medias. Y ella era una de esas excepciones que me repatean.

—¡Qué gran idea! —ironizó Conan entre risas.

—Igual es mejor de lo que te piensas —murmuró Kevin y le observé.

—¿Qué te estás callando? —le pregunté alzando una ceja. Me sostuvo la mirada, sin intimidarse.

—Hay antiguas leyendas sobre esa zona —murmuró Kevin.

—¿Alguna que debamos conocer? —le preguntó Eamonn prestándole atención.

—Hadas —le contestó Kevin encogiéndose de hombros—. Tengo ganas de ver el terreno. Hace siglos que no pongo un pie por allí.

—¿Nos vamos de caza o qué? —gruñí un poco nervioso con todo aquello. Con Marisa comprando un castillo en una zona plagada de monstruos. Con Marisa en mi tierra. En mi casa. Entre mis piernas.

Tendríamos una conversación de lo más seria respecto a eso de no haberme advertido de su llegada. Eso o la empotraría contra alguna pared para hacerle saber que ese tipo de cosas a mí me cabrean. No estaba pensando en empotrarla en el sentido estricto de la palabra. Era más el hecho de colarme entre sus piernas y hacerle saber todo lo que podría haberse perdido por no avisarme de que estaba en mi isla. Mañana. Mañana vería cómo redirigir aquello porque, si una cosa estaba clara, era que a mí eso de que no me tomaran en serio me molestaba. Y ella no era más que una mujer cualquiera. Y yo sabía perfectamente qué teclas tocar para tenerla gimiendo debajo de mí. Tantas veces como se me antojaran. Sí, ese era un pensamiento de lo más alentador antes de meterme en el fulgor de la batalla. Por una vez, estaba dispuesto a cobrarme un premio por mis servicios.

Nos dividimos en dos coches. Fui afortunado porque fue Conan quien me honró con su presencia. El más silencioso de todos ellos. Algo que era de agradecer. Kevin a veces conseguía ponerme hasta nervioso. Y no era de los que se callan con una mirada dura o unas cuantas advertencias. Demasiadas horas pasaba con Ryan.

Aparcamos a poca distancia del castillo. La noche se alzaba

esplendorosa y aunque la luz de la luna quedaba parcialmente cubierta por las gruesas nubes, no pude negarme que aquel lugar tenía una belleza especial. Un tanto tétrica. Pero hermosa en cualquier caso. Escuchamos el aullido de un lobo y el piar de algunas aves. Un gruñido. No, eso no era un animal. Sonreí. Un poco de acción era justo lo que necesitaba.

Kevin se cerró la cremallera de la chaqueta de cuero hasta el mentón antes de coger la ballesta y amartillar el primer virote. No hacía frío y sin embargo una brisa nos hizo estremecer ligeramente.

—Magia negra —susurró Kevin y Colin se tensó a su lado.

—¿Dónde? —le preguntó frunciendo el ceño.

Kevin no contestó pero empezó a caminar mientras el resto le seguíamos. Tras unos minutos avanzando en silencio, se agachó para tocar el suelo. Caló sus dedos en la tierra húmeda y el viento volvió a alzarse a nuestro alrededor.

—Odio la magia negra —gruñó Conan.

—¡Quién no! —exclamó Eamonn haciendo una mueca.

—Es como si hubiera capas —susurró Kevin tras levantarse del suelo—. Magia antigua, de una pureza y fuerza como hacía siglos que no veía está anclada a esta tierra. Pero alguien poderoso lo cubrió de negra oscuridad.

—Brujas —murmuró Colin y Kevin hizo un gesto afirmativo. Eamonn y yo cruzamos una mirada. Una de esas que comparten mil cosas sin necesidad de palabras.

—Puedo intentar abrir ese velo —se ofreció Colin aunque no parecía especialmente seguro de aquello. Ninguno de nosotros, vamos. Hay cosas que es mejor no tocar. No sabes lo que puede salir de debajo de según qué piedra.

—¿No os llama la atención todo esto? —murmuró Kevin—. ¡Hasta hay fantasmas rondando por aquí! Puedo sentirlos.

—Magia negra, brujas, aulladores, fantasmas… no, creo que esté dentro del menú del día —bromeé. Conan rio.

—De todos los lugares del mundo, que justo venga una amiga de Mila a comprar un sitio como este —masculló Kevin y su mirada se desplazó al castillo. Se quedó quieto observando aquello. Era como si estuviera en trance. Algo un tanto molesto, pero no era la primera vez que le veíamos hacer aquello—. No, supongo que no podía ser una casualidad.

—¿Hay algo? —le preguntó Eamonn. Kevin nos observó antes de contestar.

—Siempre lo hay, ¿no? —le respondió de forma ambigua.

—¿Podemos ir ya a matar algo? —protesté.

—Me encanta lo sutil que puedes llegar a ser cuando te lo propones —se burló Colin.

—Mañana la acompañaré, solo por si acaso —le expuse a Colin.

—¿A quién?

—A Marisa —le contesté un tanto irritado de que necesitara preguntármelo—. Esta zona no va a quedar limpia en una sola noche. No me gusta lo que ha dicho Kevin.

—¿Desde cuándo vas de buen samaritano? —se burló Eamonn de mí.

—Se la quiere follar —intervino Conan.

—Eso me suena más creíble, sí —admitió Colin—. Pero ya sabe que es amiga de Mila.

—Como si fueran hermanas —le solté irritado—. ¿Qué coño tiene que opinar Mila de con quién se acuesta?

—Para empezar, no eres humano —intervino Kevin con media sonrisa en el rostro. Puto duende.

—Y en la cama no eres especialmente dócil —añadió Eamonn.

—¿Acaso nos hemos acostado tú y yo en algún momento? —le pregunté alzando una ceja, irritado.

—Las hemos visto que apenas se aguantaban de pie —defendió Conan a Eamonn entre risas.

—Por respeto a Mila, me aseguraré de que pueda caminar al día siguiente —les solté y luego miré a Colin—. ¿Desde cuándo nos metemos en la vida sexual del resto?

—Mira, habla con Mila —me pidió Colin—. A mí me importa entre poco y menos lo que hagas o dejes de hacer. Pero Mila no quiere que Marisa sepa nuestra realidad. Su realidad, por ende. Eso hemos de respetárselo.

—Pues tan amigas, no serán —le rebatí y Colin se encogió de hombros.

Para lo que yo quería de Marisa, que supiera que era inmortal y que me pasaba el tiempo matando criaturas de todo tipo, me traía sin cuidado.

—¿Podemos centrarnos? —nos pidió Eamonn mientras alzaba las manos y una vibración nos rodeó a todos. Él y su puto escudo. Miré a nuestro alrededor y pude ver dos puntos rojizos parcialmente ocultos en el follaje.

—Ese es mío —mascullé mientras en mi mano aparecía un hacha a dos manos y, antes de que nadie pudiera rebatirme, me lancé contra la criatura saliendo de la protección del escudo de Eamonn.

Tenía ganas de desquitarme parte de la rabia y la frustración que esa mujer de piernas largas me había generado. En apenas unas horas.

IX

Yo no he pedido un príncipe

MILA dio un respingo cuando el timbre de la puerta sonó y salió disparada a abrir la puerta a su marido. Ese que no había aparecido por casa hasta las nueve de la mañana. Gran noche se había pegado el tío. Que a mí plim. Quiero decir que disfruté de la compañía de Mila durante la noche y una vez acostada mis propios fantasmas me acosaron. A diferencia de Margaret, había dejado la puerta de mi habitación cerrada. Y sí, me había sorprendido que él aún no hubiera llegado a eso de las ocho de la mañana, cuando los ruidos de la cocina se hicieron tan evidentes que quedarme en la cama y alargar las horas era algo totalmente inútil. Pero por lo visto aquí las sorpresas iban a pares.

Colin no entró solo. Junto a él estaba Kellan.

Lo admito, había tenido la esperanza de no volver a verlo. La desesperanza, también. Era de esas situaciones en las que deseas cosas totalmente contradictorias al mismo tiempo. Yo no soy de las que se esconden. Y no negaré que desde lo de aquella despedida en el aeropuerto ese beso había ido y venido entre mis pensamientos. A veces de forma más controlada y consciente, como un vago recuerdo que te hace sonreír, y otras creando emociones que me atrapaban durante mis sueños, haciéndome despertar sudorosa y ansiando conocer todos y cada uno de los recovecos de su cuerpo. Sueños de esos húmedos que para bien o para mal eran más excitantes que muchos encuentros reales que había tenido en los últimos años. Siendo meramente sueños. Sí, claro que deseaba aquello. Verle. Volver a sentirle junto a mí. Y descubrir todo lo que en mi mente ya me había imaginado un número poco decente de veces.

El problema es que el hombre frente a mí no era un sueño. Y podía ser muchas cosas, pero lo que no le definiría era el concepto controlable. Hosco, frío y de una educación de origen cuestionable. ¿Qué besaba de una forma que hacía que mis piernas temblaran? Sí. Pero era un capullo, seamos realistas. Y yo no venía a pasar el fin de semana para echar un polvete. Venía para algo mucho más importante. Y no quería que me distrajera de lo que era realmente importante. Y sí, él sería capaz de hacerlo. Porque cuando estaba con él perdía un poco el control de mis reacciones y ni siquiera yo, que en el fondo soy una cínica más fría que una roca, tenía claro si podría contenerme si él jugaba fuerte. Además, me encanta jugar. Así que no.

No quería verle. Así me evitaba caer en la tentación y me evitaba problemas.

Problemas enormes. Joder. ¿Pasaría de los dos metros? No podría asegurarlo porque el tío estaba descaradamente proporcionado. Una espalda ancha que prometía una magistral clase de anatomía si era exhibida, ese rostro masculino que mostraba unos ángulos ligeramente agudos cubierto por un ligero vello de color oscuro. Como sus ojos. Esos ojos que eran capaces de hacer que mi corazón palpitara agitado. Sí. Era incluso más atractivo de cómo lo recordaba, con ese frondoso pelo oscuro ligeramente despeinado y aspecto de haber estado toda la noche dándolo todo en alguna fiesta. Otro que había pasado una noche intensa.

—Colin, cielo, siéntate —le ofreció Margaret—. ¿Quieres tomar algo Kellan?

Así que el susodicho también era asiduo a la casa de Margaret. Eso no tengo claro si era especialmente bueno.

—Un café largo estaría bien, gracias —le contestó.

¿Gracias?

¿Kellan el gilipollas había dicho gracias?

Ladeé la cabeza para mirarle mientras él parecía decidido a ignorarme. Quizás ni siquiera se acordaba de mí. Algo que, en serio, me cabreaba bastante. Quizás aún no había reparado en mi presencia. Le observé, sin perderme detalle alguno. Todos y cada uno de sus movimientos. Abrió un armario demostrándome que conocía perfectamente esa cocina y espolvoreó canela sobre la taza que le tendía Margaret con movimientos lentos, pausados. Colin y Mila estaban hablando de algo pero no fui capaz de escuchar su conversación. Toda mi atención estaba puesta en el orangután.

Cogió una silla y la colocó a mi lado. Todo mi cuerpo se estremeció cuando se sentó allí y rozó ligeramente mi pierna con la suya mientras tomaba asiento. Se giró a observarme y dio un largo sorbo a su bebida, sin dignarse a decirme nada pero sin dejar de mirarme. Joder. Hacía cada vez más calor en esa maldita cocina.

Alejó ligeramente la taza de esos labios gruesos y se los humedeció con la lengua en un gesto totalmente sensual. Apaga y vámonos. Necesitaba urgentemente una ducha fría. ¿Cómo podía un trozo de carne despertar en mí tantas cosas en tan poco tiempo?

—Creo recordar que te dije que si venías a Irlanda, me avisaras —manifestó usando palabras lentas que eran terriblemente sensuales aun sonando como una vaga amenaza.

—Suelo tener mala memoria —le solté y él sonrió sin dejar de mirarme. Acercó su rodilla a la mía y no eludí ese contacto. Adoro los retos.

—No necesito a Kevin para saber que mientes —susurró.

—¿Kevin el sabelotodo? —le pregunté frunciendo el ceño—. ¿También es primo tuyo?

—Es más primo mío que de Colin, aunque él suele ser encantador, así que supongo que no nos parecemos mucho —se burló sin dejar de mirarme— ¿No te impresionó su elaborado glamur?

—¿Debería?

—Es lo más habitual, todas las mujeres se postran a sus pies —murmuró mientras rozaba de nuevo mi rodilla con la suya por debajo de la mesa y yo me estaba poniendo como una moto solo con un roce casual. Que inocente no era. Para nada. Pero no era como que me estuviera metiendo mano por debajo de las bragas.

—Es que yo no soy mujer de postrarme a los pies de nadie —le contesté elevando el mentón y él hizo una sonrisa ladeada mientras me observaba beber pequeños sorbos de café. Me humedecí los labios con la lengua de una forma muy similar a la que él había usado hacía apenas un momento. Pude sentir que se tensaba ligeramente y me sentí extrañamente poderosa.

—¿Has venido solo a molestar, Kellan? —le atacó Mila con media sonrisa pero una evidente advertencia en la mirada.

—Colin me dijo que tu amiga tiene que ir a ver un viejo castillo. Necesitará un coche —puntualizó encogiéndose de hombros mientras alejaba su atención de mi persona para centrarla en ella. Con Mila no parecía tan animal. Aunque admito que ese punto suyo un poco salvaje le daba un morbo que para qué. Igual hasta sería capaz de tumbarme sobre la mesa y… corramos un tupido velo e insonoricemos la cocina. Mejor me centraba en el castillo. Que para eso estaba aquí.

—Pensaba alquilar uno —remarqué. No tenía ganas de tener al orangután rondándome mientras intentaba cerrar un negocio. El negocio.

—Ya no es necesario —me contestó con voz dura y su mirada se volvió fría mientras yo se la sostenía irritada por esa tendencia suya a llevarme la contraria. Mila parecía ligeramente incómoda en su silla.

—Igual podríamos acompañarla nosotros —opinó Mila mientras miraba a Colin y su tono sonaba falsamente alegre. Mila no se fiaba demasiado de Kellan. O quizás sería mejor decir que no se fiaba de Kellan encerrado en un vehículo conmigo. Chica lista. La tensión sexual entre nosotros empezaba a ser condenadamente evidente, supongo.

—Colin necesitaría descansar —le rebatió Kellan y Colin sonrió ligeramente. No creo que fuera verdad, pero supongo que esos dos se apoyarían. Es lo que hacen los tíos. O primos, en este caso.

—Por mí perfecto —intervine para cortar aquella discusión en la que mi opinión parecía haber sido relegada a un segundo plano. Que tal vez era una mala idea. Pero me gusta mostrarme firme y quería

darme el pequeño placer de hacerle ver que su presencia y sus roces furtivos no me afectaban lo más mínimo. Soy una buena actriz—. Aunque he de advertirte que no es propiamente un viaje de placer, tengo que reunirme con los propietarios y hacerme una idea real de todo aquello.

—Dejaremos el placer para más tarde, entonces —murmuró y casi me atraganté al escucharle decir eso. No me dio tiempo a replicar. Mila esta vez reaccionó más rápido que yo.

—Te lo advierto, Kellan…

—Es tu amiga —le cortó con voz ronca aunque su rodilla había vuelto a buscar la mía y confieso que me gustaba ese contacto—. Por lo que a mí respecta puede morir virgen, aunque sería un desperdicio.

—No sé si golpearte o darte las gracias por eso de que sería un desperdicio que muriera virgen —bromeé y nuestras miradas se cruzaron de nuevo. Había una chispa de diversión en sus ojos y algo parecido a complicidad entre nosotros en ese momento. Además de la atracción, siempre presente entre nosotros, incluso cuando se comportaba como un orangután. Y aun sabiendo que era un completo gilipollas.

—Dudo que sea el caso —soltó Margaret desde el otro extremo de la cocina y Colin empezó a reír por lo bajo. Le seguí, lo admito. Vieja verde y con un sentido del humor de lo más acertado. Me gustaba cada vez más.

—Aclarado el tema, ¿nos vamos? —me preguntó Kellan alzando una ceja al mirarme. Me mordí el labio inferior ante esa mirada. ¿Cómo se podía estar tan bueno? ¡Que una no es de piedra!

—Recojo mis cosas —le contesté antes de levantarme como si fuera una diosa y él solo la plebe. Él no se perdió ninguno de mis movimientos y sus ojos se posaron en el momento adecuado en la curva de mis pechos y poco después en mi respingón trasero.

—Marisa que te conozco… —me reprendió Mila y cuando la miré con expresión traviesa, puso los ojos en blanco. Le sonreí. Una sonrisa de esas llenas de picardía y que prometían muchas cosas. Todas malas, obvio. Arrugó el ceño y añadió entre risas—. ¿Sabéis qué? Haced lo que os dé la gana, al fin y al cabo, los dos sois de polvo fácil y si te he visto no me acuerdo. Es una tontería que me preocupe por lo que sea que os traéis entre manos.

—¿Eres de polvo fácil? —me preguntó Kellan con expresión divertida.

—Soy más del si te he visto no me acuerdo —le contesté y él empezó a reír.

—Ese sí que es mi estilo —admitió el orangután.

—Perdona, ¿decías algo? ¿Nos conocemos?

—¡Largaos! —exclamó Mila entre risas.

Empezamos a caminar por la amplia acera de la avenida en la que estaba ubicada la casa de Margaret. Kellan parecía más relajado que cuando le conocí en Madrid. Era un detalle por su parte haberse ofrecido a llevarme hasta Roscrea. Quizás la forma de hacerlo no fuera la más adecuada, de acuerdo. A base de imposiciones. Algo que, por lo visto, creo que era bastante su estilo. Desde luego, no era la más galante de las propuestas que había recibido a lo largo de los años, pero el hecho es que no me venía mal eso de tener taxista.

—Gracias por acompañarme —le dije tras pararnos en un semáforo.

—Lo hago por Mila —me contestó—. Si te pasara algo le sabría mal y le tengo cariño.

—Simplemente diciendo de nada hubieras quedado mucho mejor.

—¿Y eso debería preocuparme?

—Supongo que no —repuse y añadí con una amplia sonrisa, sin perder mi buen humor—. Me imagino que, cuando se es un cretino, te da igual que la gente lo sepa. A los orangutanes dudo que les preocupen ese tipo de cosas.

—Algo así —me contestó ladeando ligeramente la cabeza para mirarme—. ¿Qué pintas tú en ese castillo?

—Voy a comprarlo —le dije con mirada altiva, aunque no conseguí el efecto que deseaba. Quiero decir que no se quedó con la boca abierta palmo y medio y aspecto de flipar por completo. No es que lo fuera a comprar yo propiamente, pero me permití esa licencia. Al menos había una chispa de algo, brillante, en su mirada—. ¿Sorprendido? Entiendo que pueda impresionar que una mujer compre un castillo, pero me estoy planteando convertirlo en un hotel temático.

—Es poco habitual, sí —afirmó Kellan—. ¿Significa eso que tienes intención de quedarte por un tiempo en Irlanda?

—Si la venta sale adelante, sí —le contesté y su mirada se oscureció ligeramente mientras descendía peligrosamente en dirección a mis labios—. Puede que luego, si funciona, vuelva a España. No lo sé, todo dependerá.

—Entiendo —murmuró—. ¿Sabes que el castillo está encantado?

—¿Encantado? —le pregunté para nada impresionada con aquello. Había leído muchísimo sobre ese castillo. No era tan estúpida como para no hacerlo. Lo que para unos era un posible castillo encantado que rehuir a mí me parecía un filón de oro.

—La magia negra atrae a fantasmas, espectros y cosas de esas —aseguró—. Hace tiempo que la gente sensata no se acerca a Leim Ui Bhanain. No sé si les gustará eso de que lo conviertas en un hotel.

—Que pongan una reclamación —le contesté con mirada retadora.

—No creo que lleguen a tanto —bromeó Kellan—. Me gusta la

fuerza que desprendes. En otro tiempo, hubieras sido una buena guerrera.

—¿Gracias?

—Esta vez era realmente un cumplido —aseguró Kellan mientras sacaba un mando del bolsillo y las luces de un vehículo enorme parpadeaban. Me quedé mirando aquello. Era un todoterreno de líneas militares de color negro. Un Hummer.

—¿Este coche es tuyo? —le pregunté confundida.

—¿No esperarás que vaya en una mierda de utilitario como el que conduces tú? —me soltó a bocajarro.

—¿Acabas de llamar mierda de utilitario a mi coche?

—Sí.

—Maleducado.

—Culpable —afirmó mientras entraba en el vehículo tras abrir la puerta del conductor.

—Es la versión híbrida —murmuré mientras me instalaba en el asiento del copiloto y estudiaba todos y cada uno de los detalles, ignorando su mala educación, sorprendida con aquello—. Pensaba que no había salido aún.

—¿Entiendes de coches?

—Algo —repuse sin admitir que me gustaban mucho, especialmente los muy caros, con tapicería de cuero y que olían a hombre—. Esto es un pepino.

—Un pepino amplio y resistente —afirmó Kellan—. Apto para todo tipo de terreno y mucho más seguro que tu coche de juguete.

—Pensaba que no trabajabas —murmuré mientras él encendía el motor y se incorporaba a la carretera.

—¿A qué viene esa pregunta? —me pidió alzando una ceja.

—¿No serás narcotraficante o algo así? —le pregunté con cierto nerviosismo.

—Y claro, te lo explicaría —se burló Kellan.

—En serio, Kellan. ¿Estás metido en algo chungo?

—¿Noto cierto tono de preocupación?

—Me preocupo por Mila —murmuré negando lo que sí que era una preocupación real. ¿Estaba sentada en el coche de un malo maloso? ¿De esos que trafican con drogas, armas o alguna mierda así? Kellan podía ser grosero y bruto pero no parecía mala persona. Aunque su destreza con los puños no decantaba la balanza a favor de que no estuviera metido en asuntos turbios.

—Mi familia está limpia —aseguró tras una pausa—. Nada de negocios de ese tipo.

—Pero Colin lleva un Tesla y tú un Hummer. Perdóname, pero algo no cuadra.

—¿No podemos haberlo ganado honradamente?

—Para ganar dinero, primero hay que trabajar —remarqué—. Y no sé yo si pagan mejor o peor a los funcionarios, pero en España el sueldo de un bombero es una mierda.

—Colin está en el cuerpo de bomberos porque se aburría en casa.

—Eso no tiene mucho sentido.

—No más que el hecho de que tú vayas a comprar un castillo.

—Para montar un hotel.

—Yo vivo en un castillo.

—Bromeas.

—Si te quedas un tiempo, te llevaré allí, algún día. A mi primo Ryan le encantará conocerte. Pero no vamos a venderlo, te lo advierto de antemano.

—¿En serio vives en un castillo? —le pregunté sin tener del todo claro si me estaba tomando el pelo.

—Ahora eres tú la sorprendida.

—Normal, lo que se dice normal, no es.

—Nunca he pretendido ser normal.

—Admito que de eso en concreto ya me había dado cuenta —mascullé—. Cuando coincidisteis en el desayuno con Hugo y Oliver, más bien se burlaron de vosotros.

—Lo sé.

—¿Y no te molestó?

—¿Qué dos críos pensaran que son alguien?

—No son dos críos —concreté.

—Todo depende de la perspectiva —me contradijo Kellan—. Para mí son poco más que dos mosquitos, insignificantes y molestos. Pueden intentar picarte, chuparte la sangre y eso. Pero en serio, siguen siendo lo que son.

—Unos mierdas —manifesté alegremente.

—Exacto —afirmó tras lanzarme una fugaz mirada haciéndome reír. Le miré, sintiéndome extrañamente en sintonía con él.

—Me gusta ese concepto —le confesé—. Pero sigo sin entenderlo.

—Venimos de una familia adinerada —cedió Kellan finalmente.

—Sois ricos —remarqué con media sonrisa.

—No lo negaré.

—Así que vives de rentas a cuerpo de rey —me burlé y él no lo negó.

—¿Cómo llevas lo de tu frustración con el mosquito ese? —me retó a modo de réplica a mi comentario. Que no es que le criticara abiertamente porque, a ver, no creo que mi familia tuviera mucho que envidiar a la suya. La diferencia es que nosotros nos esforzamos. Un poco, al menos. Sonreí, al saber que se había picado.

—He comprado un ahuyentador —le repliqué antes de añadir con voz prepotente—. Y no hay nada que no se solucione con un buen

polvo.

Mintiendo vilmente, sí. A ver, que sí que soy de las que piensan que un buen polvo puede solucionar muchos problemas. Pero polvo, como tal, no había tenido ya en unos cuantos meses. Entre lo del hotel y la falta de sex-appeal de la mayor parte de hombres que me había cruzado, pues eso. A dos velas. Pero eso era mi problema, no el suyo. Y desde luego, no estaba dispuesta a compartirlo con Kellan.

—Esa respuesta confirma mi primera impresión de que eres una mujer despierta.

—Pues lo cierto es que cuando te conocí pensé que eras un auténtico gilipollas —murmuré y tras simular que reflexionaba sobre aquello, añadí—. Sigo pensándolo, de hecho. Pero admito que a veces tu compañía puede llegar a ser agradable, eres diferente.

—¿Agradable? —me preguntó divertido—. Eso sería algo nuevo. ¿Diferente? ¡Ya lo creo!

—Mila no se fía de tus intenciones.

—Hace bien. Me conoce lo suficiente como para saber que no hago nada sin un interés.

—¿Y qué interés tienes?

—¿Hace falta que te lo diga? —me preguntó tras mirarme con fuego en los ojos y sentí que todo mi cuerpo quemaba por dentro. Solo con una maldita mirada.

No, no hacía falta que me lo dijera. Entre mis piernas empecé a sentir una extraña calidez, ansiosa. Algo que hacía tiempo que no sentía. El deseo. Fuego puro. Centrándose justamente en mi núcleo más sensible. Observé su perfil masculino, las grandes manos con las que sujetaba con fuerza el volante y mi mirada descendió hasta sus piernas. Era tentador descubrir lo que escondía allí en medio. En otro momento, en otra circunstancia, me lanzaría a la piscina. Soy de las que aceptan un reto y Kellan me lo estaba poniendo en bandeja. Pero él era él. Y despertaba en mí tantas emociones, tantas sensaciones, que por primera vez tenía la sensación de que perdía el control. Y eso me molestaba. ¿Estaba preparada para algo así?

Un polvo fácil y si te he visto no me acuerdo. Esa era mi especialidad, después de todo. Podría colocar mi mano sobre su muslo. Y luego desplazarla un poco. Hacia ese lugar, su entrepierna. Sentir cómo poco a poco su cuerpo respondía a mi contacto. Porque lo haría, de eso no tenía duda alguna. Era excitante pensarlo. Kellan conduciendo y yo recreándome, descubriendo, lo que podía ofrecerme. ¿Sería capaz de contenerse? ¿O acabaría mal aparcando en cualquier lado, metiéndome en el asiento trasero del todoterreno para acabar lo que yo habría empezado? Era una opción. Una muy buena. No sería la primera vez que acababa así. En el asiento trasero de algún coche, en algún lugar perdido en ningún sitio. Tiene su morbo.

Me quedé quieta. Incluso si lo deseaba. Más de lo que había deseado en tiempo a un hombre. Quizás por Mila. Vale, de acuerdo. Eso era una mentira cochina, pero podía repetírmelo muchas veces y tal vez hasta me lo creía.

¿Por qué no lo hacía? Quizás porque era el primer hombre al que deseaba, de verdad, en tiempo. Y eso me asustaba. No es que Kellan me gustara. Como persona, quiero decir. Me gustaba como hombre. Para que me arrancara unos cuantos gemidos, me hiciera volar hasta encontrar el éxtasis y me hiciera sentir mujer. No era el tipo de hombre del que podría llegar a enamorarme. Era brusco, hostil y un tanto déspota. Además de misógino, claro. Pero para un buen polvo, hasta se lo pasaría por alto. Para una relación, antes me corto las venas. ¡Como para presentárselo a mis padres!

Si lo analizaba fríamente, todo parecía encajar. Él no me pediría una segunda cita. Ni una cita, probablemente. Aunque me daría un buen revolcón, de eso estaba segura. Y, al fin y al cabo, era lo que yo quería de él. Lo que llevaba tiempo recreando en mi mente. ¿No era solo eso? Un polvo. Sexo rápido y sin compromiso.

¿Por qué entonces tenía la sensación de que pisaba sobre tierras movedizas? No era más que un hombre. Uno que estaba de paso y al que apenas conocía. Uno que besaba de maravilla y que se jactaba de ser un buen amante. ¡Era perfecto para lo que yo necesitaba! Un buen revolcón y un si te he visto no me acuerdo. Hasta Mila era perfectamente consciente de eso en concreto.

Y sin embargo, no lo hice.

Probablemente me arrepentiría de no haberme lanzado esa mismísima noche, sola en mi cama. Quizás hasta evocaría su imagen si decidía consolarme. Pero pese a ser consciente de que aquello me crearía frustración, ignoré la oportunidad que me habían brindado su mirada y sus palabras. No le contesté y seguimos circulando como si todo fuera absolutamente normal entre nosotros.

Había descubierto algo importante de Kellan. Y de Colin. Eran jodidamente ricos. Lo que justificaba el anillo de Mila. Y lo de los coches. ¿Pero qué hacía un tipo que disponía de tanto dinero trabajando como un pringado en una central de bomberos? La excusa del aburrimiento no había por donde cogerla. Yo sabía de más de uno que se pasaba la mañana en el gimnasio a base de entrenador personal, solárium y masajista. Era una buena vida. No trabajar bajo el hollín y jugándose el cuello. Había algo que no me cuadraba en aquella familia, pero no sabría ponerle nombre. Igual me estaba volviendo paranoica. Otra posibilidad. Estaba claro que tenían dinero. Mucho.

Le miré y sentí que me sonrojaba ligeramente. Solo un poco. Me gustaba volverme a sentir así. Viva. Después de tanto tiempo con esa

sensación de vacío, empezaba a preguntarme si había perdido el interés por los hombres. Y un poco por la vida en general. El proyecto del hotel me había obligado a volver a ilusionarme con algo y admito que volver a encontrarme con Kellan también hacía que muchas emociones estuvieran a flor de piel como si volviera a ser una adolescente. Incluso siendo un ogro, conseguía que volviera a sentir con una intensidad que me había sorprendido. Esa emoción que escocía en la piel cuando me miraba con fuego en sus ojos, cuando su piel rozaba furtivamente la mía y esa extraña novedad de que mi corazón se acelerara cuando sus palabras mostraban la evidente atracción que ambos sentíamos. Si cerraba los ojos, podía recordar a la perfección cómo se sentía tener sus labios posesivos sobre los míos y cómo mi cerebro se fundía con su ardor y su pasión.

Pero no podía olvidar que Kellan era un orangután. O quizás mejor un ogro. Sí. Eso. Porque el tipo era enorme. Un ogro sexy, vale, pero un ogro después de todo. Dominante, frío y con unos modales pésimos. Un ogro que vivía en un castillo. Como si fuera un puto príncipe. Y si una cosa yo tenía clara era que no quería príncipes que estropearan mi cuento favorito. La historia de mi vida. Podía dejarme seducir por sus encantos. O seducirle con los míos. Unas cuantas noches de pasión desenfrenada que me subirían la moral y la autoestima. Pero no podía permitirme nada más. Fantasear con él como cuando aún creía en el amor y esas cosas. Había llovido muchos desde entonces. Y los ogros no hablan de amar, solo de echar un buen polvo. Era extraño porque eso no debería sentirse para nada como un problema. Pero lo hacía. Un poco.

X

Mi castillo

ME QUEDÉ quieta, sentada dentro del coche como una estúpida, mirando el castillo. Mi castillo. Sentí un escalofrío. No sabría decir si era una advertencia de esas malas o por el contrario una premonición de que estaba haciendo lo correcto. En cualquier caso, estaba claro que mi destino era estar allí. Aunque no estaba tan segura de que Kellan fuera la persona más adecuada para acompañarme. Vale, estaba totalmente segura de que Kellan era la persona menos apropiada para hacerlo. Pero por una vez, le llevaría la contraria al refrán de que mejor sola que mal acompañada. Su presencia me reconfortaba. De alguna forma. Y eso era extraño. Sí.

Era extraño estar allí después de todo. Verlo frente a mí. Incluso si era solo una vaga sombra del castillo que se alzaba majestuoso en mis sueños. Muros de piedra parcialmente destruidos y esa extraña frialdad que emitían. Nada que ver con esos paisajes llenos de colorido. De fragancias. De música. Aquí no había hadas. Obviamente. Ni magia. Ni cosas que brillaban. Era un castillo cualquiera, al fin y al cabo. Uno al que, con un poco de suerte, transformaría para convertirlo en algo muy diferente. Un castillo de verdad en el que la gente pudiera enamorarse, soñar y vivir sus propias fantasías.

Un ruido.

Kellan estaba a mi lado, con la puerta del coche abierta de par en par. No, no lo hizo en un acto de galantería, estoy segura. Tenía mucho más que ver con el hecho de que llevaba allí encerrada algo así como cinco minutos y él llevaba ese mismo tiempo fuera, mientras gruesas gotas empezaban a empaparle. No llovía mucho. Pero llover, llovía. Es lo que tiene este clima. No me dijo nada pero su mirada era fría. Como el tiempo.

Le miré con gesto enojado por haber roto la conexión que empezaba a sentir con el lugar. No era un castillo cualquiera. O al menos, no lo era para mí. Era el castillo de mis sueños, después de todo. Lo había estado buscando durante meses hasta simplemente encontrarlo. Era innegable que había acertado al respecto. El parecido era notable. Le faltaban piedras, sí. Pero era mi castillo. El castillo de mis sueños. Sonreí mientras dejaba que mis ojos observaran todos sus pequeños recovecos, deleitándose de estar allí, después de todos esos meses.

—*Al fin.*

Claro. Faltaba eso. La nota femenina susurrada en el viento como si tal cosa. Otra vez.

Hice una mueca mientras la ignoraba. A veces al subconsciente tiene extrañas formas de entretenerse, en serio.

Los sueños habían cobrado fuerza después de tener la conversación con mi padre sobre lo de hacer algo con mi vida. Y con ellos empezó la idea de mi proyecto temático. Por llamarlo de alguna forma. Pero cuanto más pensaba en aquello, más sentido cobraba. Los sueños cada vez eran más definidos. Las imágenes. Los colores. Los olores. A veces me despertaba sintiendo el olor de las flores en primavera. O los cristales estaban humedecidos como si fueran gotas del rocío de la mañana. Era absurdo, pero al mismo tiempo tenía sentido. Y era perfecto. Un hotel temático. En el que mis sueños pudieran convertirse en una realidad. Y supe que lo encontraría. El castillo. No es que piense que tengo la capacidad de predecir el futuro ni nada así. Al margen de que a veces lo haga. Eso es otra cosa. Casualidad. Sexto sentido. O tal vez se debe a que soy inteligente. A mi manera. Sin más. Recuerdo que cuando encontré esas viejas fotos las manos empezaron a temblarme mientras mi corazón palpitaba, emocionado. Como si lo reconociera. Como si supiera que allí, justo allí, todo cobraría sentido. Haría el castillo temático más fabuloso del mundo. Era una Carreras, después de todo. No soñamos con cosas pequeñas.

Sonreí, nerviosa. Las almenas, la pequeña capilla y los arcos sobre la puerta principal se alzaban majestuosamente frente a mí. Las había visto ya muchas veces. En fotografías. Y sí, también en mis sueños. Pero ahora eran reales. Y se sentía extraño. Ese choque entre la realidad y algo tan absurdo como un sueño. Me estremecí al observar algunos detalles. ¿En qué momento mi mente había sido capaz de incorporar en mis sueños todos esos detalles que había visto en las fotografías? El árbol torcido que apuntaba hacia el segundo piso, la forma del marco de las ventanas o los salientes en las esquinas superiores de la torre. Era increíble. Las semejanzas. Aunque jamás podrían compararse propiamente. La realidad jamás estaría a la altura de los sueños, después de todo. En mi mente existía la magia, esa magia que estaba dispuesta a intentar recrear en mi hotel. Aunque aquí las piedras no brillarían con luz propia, los campos no parecerían cubiertos de esmeraldas ni el cielo estaría salpicado por la estela brillante, cual purpurina, que trazaba el vuelo de aquellas criaturas aladas. Hadas. Pese a esas diferencias, la música sería suave, las luces tintinearían como si fueran pequeñas estrellas y las bailarinas danzarían entre las mesas, haciendo que el público no pudiera hacer otra cosa que soñar despierto. Sería perfecto.

—¿Necesitas que coloque una alfombra roja y una carpa para bajar

del maldito coche? —gruñó Kellan. No, ya os dije que lo de la puerta no podía ser por sus maravillosos modales.

—A falta de alfombra puedes estirarte en el suelo y te pisoteo a gusto —le contesté mientras me colocaba mi pequeño bolso con gesto coqueto, dispuesta a mojarme.

—A gusto me quedaría yo haciéndote otras cosas —me soltó el muy animal y no tengo claro si se refería a un polvo salvaje o a un par de azotes. Siendo él, igual ambas cosas podían suceder simultáneamente. No diré que la idea no se me hizo todo lo desagradable que debería.

—Hemos venido a comprar un castillo —le advertí—. Compórtate.

—Como un corderito, mi loba —se burló él. Le sonreí, porque esa estupidez me había hecho gracia.

Llegamos hasta la entrada principal y la puerta se abrió antes de que llamáramos formalmente. Nos estaban esperando, después de todo. Frente a mí apareció un matrimonio ya entrado en años. Sabía que habían comprado el castillo con intención de rehabilitarlo, pero el coste se les había disparado y ahora se encontraban con el dilema de no poder seguir afrontando aquello. Lo sentía por ellos. Me alegraba por mí. Al menos, estaba dispuesta a ofrecerles una suma justa con la que podrían vivir cómodamente en un lugar más apropiado para una pareja de su edad. Más cerca de la civilización. Porque no, allí no parecía haber signos de ella. Todo a su alrededor era verde. Extensos prados que parecían casi infinitos, aunque con las nubes y el aguacero el paisaje era un tanto más siniestro y tétrico que el que yo tenía idealizado. Cierto.

Observé el recibidor con interés. Había muebles viejos sobre paredes añejas y la humedad que se filtraba ligeramente por la piedra. Y con todo, era perfecto. Me dejé arrastrar por las sensaciones que aquellos olores me hacían sentir. La madera y la propia piedra, el olor del pergamino y de la turba en la chimenea. Era oscuro y, sin embargo, podía sentir que había luz. Vida. Entre aquellas cuatro paredes. Y de repente, todo se volvió borroso.

Me tensé.

Todo estaba en su lugar y sin embargo era como si algo intentara desdibujar sus formas en mi mente. Una bruma, oscura. Y llegó a mí el olor. Agrio. Como jamás había sentido antes. Una arcada. Y entonces lo supe. Era el olor de la muerte. Sin más. ¿Cómo puede saberse algo así? ¿Con esa certeza? No sabría responder a eso con una respuesta coherente, pero aquello cada vez cobraba más presencia. Más fuerza.

Sentí que no era capaz de respirar mientras la mujer frente a mí me preguntaba algo. Pero no fui capaz de entenderla. Sonaba como si ella estuviera muy lejos y su voz parecía resonar dentro de mi cabeza, pero sin que yo fuera capaz de interpretarla. Mi corazón empezó a palpitar con algo parecido a ansiedad. Tenía que ser eso. Una maldita crisis de

ansiedad, allí en medio, por la responsabilidad del contrato. Por la emoción de haber encontrado mi castillo. Joder. Quería chillar pero mi cuerpo no parecía del todo dispuesto a responder a mis órdenes. Y entonces, de repente, el cuerpo de Kellan golpeó contra mi espalda y pude sentir su calor penetrar el frío que parecía haberme atrapado, pese a la chaqueta, haciéndome reaccionar. Mis pulmones se llenaron de aire, mis ojos fueron capaces de volver a enfocar y la mirada preocupada de la mujer frente a mí reclamó por completo mi atención.

—Me cuesta un poco el idioma —mentí—. ¿Podría repetir su pregunta?

—Claro —se disculpó sonrojándose ligeramente—, le preguntaba si quería ver solo la zona restaurada o también las viejas ruinas.

—Todo —afirmé con fuerza incluso si sentía que mis piernas temblaban ligeramente. Kellan posó sus manos sobre mis caderas con una familiaridad que desde luego no teníamos, pero no protesté con su contacto. De alguna forma, su calor parecía ser capaz de aplacar el frío que se había instalado dentro de mí. Sentí su aliento en mi cuello y me estremecí, pero ya no por esa sensación de frío y desesperanza que me había asolado durante unos segundos. Su contacto físico despertaba en mí emociones muy diferentes en mi cuerpo y en esos momentos no pude menos que agradecérselo. Mentalmente. En voz alta ni loca. No me gusta mostrar debilidades. Y aquello había sido de lo más raro.

—La construcción inicial era únicamente la torre central, pero se le añadieron posteriormente las alas góticas —empezó la mujer mientras nos empezaba a mostrar las estancias con voz suave—. El proceso de reconstrucción ha sido muy costoso en parte por los materiales, porque hemos intentado ser fieles a su pasado y a su historia.

—Nuestra idea es hacer lo mismo —le aseguré mientras empezaba a recuperarme y tomar el control de mi cuerpo—. Nos gustaría convertirlo en un lugar especial. Que la gente pueda sentir la esencia de la magia de la cultura irlandesa y su linaje celta.

—Mi mujer y yo hemos estado hablando —intervino el anciano tras mirarla con gesto afectuoso y cogerla de la cintura antes de volver a mirarnos. Me estremecí temiendo que hubieran decidido dar marcha atrás con lo de la contraventa—. No nos parece justo no advertirles, antes de formalizar la venta, de *lo otro*.

—¿Lo otro? —mascullé entre dientes.

—¿Saben ustedes lo de los fantasmas?

—Fantasmas —repetí intentando no hacer una mueca sumamente grotesca. Kellan me apretó ligeramente contra él. En otros momentos, eso hasta sería interesante. Sus manos eran grandes y presionaban ligeramente mi cuerpo haciéndome sentir extrañamente protegida.

—A nosotros nunca nos han dado problemas —aseguró la mujer—, pero creo que deberían saber que se trata de un castillo encantado.

—Encantado —murmuré intentando controlar la risa. Pensé en Margaret y en Kellan hablándome de aquello. Todos tan serios. Hasta preocupados. Pero no me lo esperaba de los propietarios. ¿Me pedirían un plus por fantasma?

—Exactamente —afirmó el hombre mirándome con gesto serio, como si aquello no fuera una broma.

—¿Hablamos de muchos o de pocos? —decidí preguntar como si encontrara aquello sumamente interesante mientras intentaba contener la risa. Quería ese castillo. Y soy hija única. Cuando quiero una cosa, la quiero. Punto. Con o sin fantasmas, eso me importaba entre poco y nada.

—Están las mellizas —empezó la mujer—, pero esas niñas son muy dulces. Si alguna vez se aparecen, solo cuchichean o juegan entre ellas.

—Las mellizas —ronroneé.

—Y la dama —añadió el hombre—. Su visión suele estremecer, pero no tiene interés en relacionarse con los vivos.

—Supongo que eso está bien —murmuré intentando mostrarme comprensiva. En cualquier caso, yo tampoco tenía intención de relacionarme con los muertos, así que supongo que partíamos de un punto en común.

—No sería aconsejable que una persona especialmente sensible entrara en la capilla, tampoco —añadió la mujer—. Se la conoce como la Capilla Sangrienta.

—La Capilla Sangrienta. —Si seguía repitiendo todo lo que me decían acabarían pensado que era estúpida, pero si abría la boca para decir algo diferente podía meter la pata hasta el fondo. Porque estaba a punto de ponerme a reír allí en medio y soltar hasta unos cuantos lagrimones. No creo que eso para la compraventa fuera especialmente útil. Cuando se lo explicara a mi padre seguro que se reía un rato.

—En una lucha por el poder, uno de los O'Carroll mató a su hermano, que era sacerdote, mientras estaba oficiando una ceremonia —intervino Kellan sorprendiéndome por completo. Creo que había medio olvidado que estaba allí y que cuerpo estaba totalmente enganchado al mío.

—¿Conoce la historia del castillo? —preguntó con mirada brillante el hombre. Le apasionaba aquello, era obvio.

—Me gusta la historia y Leim Ui Bhanain no me es totalmente ajena —contestó Kellan—. Personalmente, añadiré que los O'Carroll eran unos auténticos gilipollas.

¡Mierda! ¿Había dicho eso Kellan en voz alta? La mujer empezó a reír mientras el hombre hacía un gesto afirmativo y miraba a Kellan

con algo parecido a admiración. Igual en un castillo perdido de Irlanda ir soltando tacos era una forma de hacer amigos. Pues nada, que si hacía falta me remangaba y sacaba la caballería al completo. Todo es ponerse.

—El castillo lo hicieron edificar los O'Bannon pero estaban bajo el control de los O'Carroll que era un clan especialmente violento y belicoso —me explicó el hombre mientras me ofrecía caminar a su lado. No tengo claro cómo, pero Kellan se apoderó de mi mano. Decidí dejarlo pasar aunque no soy de las que le gustan ese tipo de ñoñerías. O lo que fuera. No era el momento de montar una escena, incluso si es una de mis especialidades. Especialmente si tenía en cuenta que Kellan les había caído en gracia a ese par de ancianos. Aún no tenía del todo claro, cómo, todo sea dicho. Yo lo único que podría decir a favor de él era que estaba bueno. Poco más.

—Hace unos años, durante el proceso de remodelación, encontramos una trampilla —afirmó la mujer—. Daba a la parte de atrás de la capilla. Fue horroroso.

—¿Horroroso? —murmuré.

—Ya está todo limpio —me tranquilizó el hombre—. Vaciamos todo el contenido de la mazmorra y volvimos a tapiarlo.

—¿El contenido? —repetí sin entender nada de nada.

—Cadáveres —afirmó Kellan y su mirada parecía indiferente al decir aquello mientras yo sentí un estremecimiento que me recorrió por toda la espina dorsal. Sí, eso me había llegado. ¿Cadáveres? ¿Debajo de una trampilla? ¡Joder! ¡Que yo lo que quería era un castillo temático de hadas con música de arpas y no un hotel a lo Freddy Krueger!

—Huesos —matizó el hombre mirándome como si temiera que aquello me hiciera salir corriendo—. Muchos. Se cree que los O'Carroll dejaban caer a los invitados menos gratos por una trampilla y tres metros más abajo les esperaban una buena cantidad de estacas de madera. Los que sobrevivían, posiblemente morían por las heridas o por inanición.

—Es bastante macabro —admití un poco asqueada ante aquella historia.

—Podría hacer un hotel temático sobre fantasmas, no tendría que invertir mucho para darle un toque siniestro —bromeó la mujer. ¡Qué maja, ella!

—Quería hacerlo sobre la cultura celta más romántica, digamos —murmuré, consciente de que en nuestro intercambio de mails ya les había explicado sobre esa idea en concreto—. Es posible que también vendiera lo de los fantasmas, y eso, pero queremos crear magia para nuestro público. Magia de esa más romántica, no tan oscura.

—*No hay luz sin oscuridad.*

Gracias, querida mente, por aportarme tanto en momentos como este. Siempre es un detalle.

—Claro, le dará un cambio de aires —susurró la mujer con una sonrisa tímida—. Aunque necesitará que cambie bastante porque es como si esa parte de su historia haya enraizado.

—En eso estamos de acuerdo —intervino Kellan mirando las paredes con aspecto duro. Analítico. No me gustaría ser una de ellas en esos momentos. Me molaba más cuando miraba mis tetas, siendo realista.

Nos mostraron todas las estructuras del edificio y me dejé acompañar por Kellan. Su mano enlazada con la mía. Escuché con paciencia todo lo que nos fueron explicando, anécdotas de sus años allí y sobre todos los cambios y mejoras que habían estado haciendo en el edificio pese a que mucha de esa información me la habían ido enviando por correo electrónico durante las últimas semanas. Junto a facturas, planos técnicos y un montón de papeleo que solo había leído por encima. Lo admito. Culpable.

No hubo más historias de fantasmas y finalmente confirmamos hacer operativa la compraventa. Quedamos para vernos en el notario y formalizar los papeles en una semana y creo que todos estábamos satisfechos con aquello. La verdad es que yo, más que satisfecha, me sentía eufórica. ¡El castillo sería mío! ¡Mío! ¡Al fin! Bueno, mío en el sentido estricto de la palabra, no. Pero vamos, como si lo fuera. Se sentía así.

Me senté en el coche de Kellan y miré por la ventana el castillo. Mi castillo. Me sentía extrañamente segura, aunque el nerviosismo empezaba a hacer mella también. Que no lo demostraría, pero una no compra el castillo de sus sueños cada día. En un par de semanas podría empezar con las obras. Pensando en frío, era consciente de que tendría un año complicado si quería ajustarme a los plazos que me habían dado. Habría mil decisiones que tomar casi al mismo tiempo y las horas se me acabarían tirando encima. Los días. Las semanas. Pero no me importaba. Me sentía bien. Todo parecía cobrar sentido. Observé el castillo y vi una silueta en una de las almenas. O me pareció verla, vamos. Me estremecí mientras intentaba agudizar la mirada. ¿Quién sería?

Tenía una frondosa melena negra que se agitaba por el viento. Ya no llovía. Casi parecía que algún rayo de sol, fugaz, quisiera abrirse paso en el firmamento. Pero a ella no parecía importarle. El ruido del motor del coche. Me tenía atrapada. No podía simplemente dejar de mirarla. Y entonces, se precipitó al vacío. Sin más.

Di un brinco en el asiento y busqué el cuerpo de la mujer a los pies del edificio.

—¿Estás bien? —me preguntó Kellan tensándose a mi lado.

Señalé el castillo. Mi dedo pegado al frío cristal de la ventana. No había nadie allí. Solo tierra, piedras y unos cuantos charcos. Joder. Había parecido tan real. Quizás había sido una rama. O un fantasma. Claro, ¡seguro que era eso!

Me puse a reír.

—¿Ves eso? —le dije recuperando la compostura—. Pues cuando acabe con él, apenas podrás reconocerlo.

—Si pretendes que alguien pague para pasar una noche aquí, más te vale hacerlo —me soltó el capullo. Vale, con esas estábamos. Quizás era el momento de tener una de esas conversaciones.

—Te has tomado unas confianzas que no tenemos, allí dentro —le reprendí con gesto serio, antes de añadir con una sonrisa—. Pero les has caído bien y estoy segura de que tu presencia ha ayudado a hacerlo más fácil. Gracias.

—¿Estás segura de querer comprar ese castillo? —me preguntó con gesto frío tras unos segundos en silencio. Igual no estaba acostumbrado a que le agradecieran algo. Posiblemente no era persona de hacer nada por alguien que no fuera él mismo.

—Es perfecto —afirmé con expresión soñadora.

—Para una película de terror —ironizó.

—¿No me digas que crees en eso de los fantasmas? —me burlé—. Mira, cualquier castillo de esta época estará repleta de historias trágicas. Traiciones, muertes y quién sabe qué más, seamos realistas. En aquella época todo estaba permitido. Que se encontraran hace poco los huesos admito que da un poco de mal rollo, pero igual hay otros castillos en los que aún no se han encontrado y no significa que no los haya.

—Eres una mujer práctica —me dijo tras reflexionar unos segundos —. Es una pérdida de dinero y tiempo. Podrías conseguir un castillo en mejor estado por una inversión mucho menor.

—¿El tuyo? —le piqué y su gesto duro se suavizó un poco y me regaló una bonita sonrisa.

—Ryan me mata. O al menos, lo intentaría.

—¿Ryan?

—Mi primo —me aclaró—. ¿Por qué este castillo?

—Hay algo especial en él —le confesé finalmente—. Vale que está un poco destrozado, pero le veo mucho potencial. Es como si pudiera sentirlo. Solo necesita que alguien crea en él y le ponga un poco de purpurina.

—Purpurina —murmuró él divertido—. Ponle purpurina a otro.

—Quiero este —insistí—. Y cuando quiero una cosa, la consigo.

—Eres caprichosa.

—Lo soy —afirmé con una amplia sonrisa. Quizás él lo había dicho como si fuera un defecto, pero para mí, como si fuera una virtud—.

Llevo soñando con este castillo desde que era una niña.

—¿Soñando con Leim Ui Bhanain? —me preguntó desviando su mirada de la carretera a mi humilde persona durante unos segundos y había entre sorpresa y preocupación en su mirada—. Eso no tengo claro si es algo bueno.

—No digo que sea este —revelé—. Mira, la realidad es la que es y, en general, es una mierda. Pero nadie puede obligarnos a no soñar. Y en los sueños, todo es posible. Quiero recrear eso. Que la gente pueda soñar incluso sin llegar a estar dormida. Quiero música, luces y hermosas bailarinas. El olor de las flores de buena mañana y el de la hoguera cuando amenace el frío.

—Quieres vender una fantasía —murmuró él sin dejar de mirar la carretera.

—Y con mucha honra —concreté divertida.

—¿Y no podría ser otro castillo? —insistió él que parecía molesto con eso en concreto. ¡Como si tuviera voz o voto!

—Es el que más se parece al de mis sueños —le expuse—. Tardé tiempo en encontrarlo y justo acababan de ponerlo a la venta. Cuando vi las fotografías simplemente lo supe.

—La señora de Leim Ui Bhanain —murmuró Kellan—. Desde luego, va a ser un capricho que va a dar mucho trabajo.

—¿Por qué le llamas así? —le pregunté sin contestar a lo que era obvio. Había muchísimo trabajo para rehabilitarlo y conseguir que se convirtiera en lo que yo tenía en mente.

—Es su nombre celta —me respondió.

—¿Su nombre celta? Vas a resultar ser un erudito. Sabías eso de los Mac tal y los Mac cual.

—Si pretendes comprar su castillo, estaría bien que los respetaras mínimamente —me criticó con dureza.

—Lo dice el que suelta tacos y les tira en cara a unos muertos que son gilipollas —le contesté y él no pudo evitarlo. Se puso a reír.

—Si te gustara la cultura celta y te documentaras, sabrías que Leim Ui Bhanain es un lugar especial.

—¿Lo ves? ¡Yo tenía razón! —me burlé entre risas.

—Te recuerdo que has confesado que querías comprar este castillo porque se parecía al de tus sueños. Muy maduro por tu parte, ciertamente.

—Tengo esqueletos debajo de una trampilla, una capilla a la que llaman sangrienta y un fantasma en la azotea —le dije a modo de burla, aunque lo de la mujer precipitándose al vacío era una visión que me creaba algo de ansiedad que disfracé con ironía—. ¡Y hasta has admitido que era un lugar especial! A veces vale la pena dejarse llevar por los instintos.

—Los tuyos mucho me temo que pueden llegar a ser peligrosos.

—Sí, claro, se nota que tú eres muy cerebral y comedido.

—No sería como suelen definirme mis primos —admitió tras reírse al escuchar aquello.

—¿Qué sabes sobre mi castillo? —le pregunté con curiosidad, mucho más relajada.

—Se edificó sobre unas viejas ruinas celtas. Era un lugar de culto. No puedo decirte mucho más, pero algo debió de pasar.

—¡Ruinas celtas! —exclamé ignorando la advertencia presente en sus últimas palabras—. ¡Ves! Es el sitio perfecto. Lo sabía.

—Eso precisamente es lo que me preocupa —afirmó Kellan.

—Eres un aguafiestas —le acusé.

—De acuerdo. Vas a ser ama y señora de Leap Castle. Felicidades —se burló pero decidí ignorarle.

—Eso está mejor —afirmé con gesto altivo.

—¿Por qué empezarás? —me preguntó como si meditara sobre eso. Y que conste que no le había pedido ni ayuda ni su opinión. Aunque supongo que Kellan no es de los que espera para darla. La opinión. Sobre la ayuda, tengo mis dudas de que sea un buen samaritano.

—Hemos elegido ya un despacho de arquitectura que vendrá a mirar el estado de las estructuras si se formaliza la venta la semana que viene. Ya tienen una idea de lo que queremos. Como nos facilitaron los planos con toda la información sobre las rehabilitaciones que ya se han hecho, hemos podido preparar un proyecto sobre el que empezar a trabajar. Espero que para final de mes podamos empezar a pedir los permisos.

—¿Y qué vas a hacer hasta que se ponga en marcha?

—Supongo que me quedaré por aquí. Margaret ha insistido en que me quede con ella todo el tiempo que quiera. Creo que ahora que Mila se ha ido a vivir con Colin, se siente sola.

—Podríamos quedar para hacer algo de tanto en tanto —propuso Kellan.

—¿Algo como cenar y lo que surja? —le pregunté con mirada traviesa y no del todo disconforme con aquello, incluso si me sentía un poco nerviosa. Pero de alguna forma tenía que celebrarlo, dijo yo. Además, tenía la sospecha de que solo había una forma de solucionar la tensión que empezaba a ser cada vez más evidente entre él y yo.

—Algo así —me dijo tras mirarme durante unos segundos.

—No creo que a Margaret le guste eso de que vayan entrando y saliendo hombres de su casa —puntualicé, aunque probablemente a la vieja verde eso le gustaría especialmente. Igual me la encontraba sentada en el pasillo, haciendo guardia, con un paquete de palomitas.

—¿Hombres en plural? —me preguntó elevando una ceja antes de añadir con gesto arrogante—. Después de que te dé un repaso, no tendrás fuerzas ni ganas para otros.

—Te lo tienes un poco creído, ¿no?

—No soy el único —aseguró, y me puse a reír. Vale, igual había encontrado la horma de mi zapato.

—De acuerdo, ¿qué propones?

—De momento, va siendo hora de buscar algún lugar para comer algo —decidió.

—Vale, por una vez hasta pareces tener un poco de sentido común.

—Eso que a ti tanto te sobra.

—Vete a la mierda, Kellan.

—Ese lenguaje, Marisa —me soltó el capullo.

—Casi que me voy a buscar a otro para tener plan estos días. Tu primo Kevin no estaba mal —propuse con malicia. Si quería provocarle o irritarle, que la verdad es que sí, no me esperaba que simplemente empezara a reír a carcajadas.

—¿En serio? —me dijo tras un rato—. Kevin puede ser muchas cosas, pero no te aguantaría ni la mitad que yo. Por no decir que hablar con él puede volverse irritante.

—Para lo que me interesa, no necesito grandes diálogos —le contesté un poco irritada, lo admito, por su seguridad.

—Si fueras una chica lista y buena, te buscarías un chico normalito que fuera buena gente —observó con una expresión oscura—, pero quieres mucho más en la vida y no te conformarías con eso, ¿verdad? —Me miró durante una fracción de segundo y me quedé presa, fascinada, por esos ojos negros—. Así que los dos sabemos que vas a acabar acostándote conmigo y buscándote problemas. Porque sí, no voy a negarte que soy problemático, pero incluso sabiéndolo, no vas a poder evitarlo porque soy un poco como tú y cuando quiero algo, lo consigo. Sin más. Y te quiero a ti gimiendo debajo de mí.

XI

Y pasó lo que tenía que pasar

ENTRAMOS en el aparcamiento de un hotel de lujo. No dije nada, aunque sentía una emoción, anticipatoria, en todo mi cuerpo. No es que hubiera dicho que sí. Pero tampoco había dicho que no. Y a ver, seamos sinceros, los dos lo deseábamos. Tenía que celebrar que había cerrado el trato y aquella me parecía una forma más que perfecta para hacerlo.

Ahora, existía la posibilidad de que después de pasarme varios meses recreando mentalmente cómo sería sentir a ese hombre en concreto explorando mi cuerpo, no estuviera a la altura de mis expectativas. Pero mira, me merecía pasar un buen rato y tengo espíritu científico. Tenía que documentarlo, digo yo. Y practicarlo. Para poder tomar una opinión al respecto. Estaba especialmente dispuesta a esa parte en concreto. La de ponerlo en práctica. Y si estaba a la altura de su ego, el polvo podría llegar a ser épico.

A ver, que era consciente que Kellan tenía razón y que aquello posiblemente me complicaría la vida. Pero a ver, peor sería sospechar que me llevaría a algún lugar. Que me refiero que ya tenía suficientes preocupaciones como para añadir un hombre a la ecuación. A uno como Kellan que va y viene y arrasa como la marea. A mí que me arrase en la cama pero que me deje en paz el resto del tiempo. Y sí el hecho de que nos pareciéramos tanto en la forma de vivir el sexo, porque a eso no puede llamarse relaciones, debería tranquilizarme porque ambos hablábamos el mismo idioma, pero no lo hacía. Algo que no me había pasado nunca. Y era racionalmente absurdo. ¡Por uno que me cruzo que lo que quiere es un polvazo y nada de emociones ni ponerme un lazo para llegar hasta la empresa de mi padre! Que estúpido es a veces el subconsciente, en serio.

Subimos en el ascensor y casi esperaba que Kellan me empotrara contra una de las paredes de la cabina, llena de espejos, y me montara allí mismo. Así de subidita llegaba yo. Pero no, el muy capullo se quedó quieto en uno de los extremos, ignorando mi presencia, con esa mirada entre neutra y fría que empezaba a conocer tan bien. Después de soltarme eso de que me quería tener gimiendo entre sus brazos. No, debajo suyo. Eso. Lo que me hizo recordar la boda de Ana. Y mi broma sobre él montándoselo con animales. Empecé a reír y él simplemente me observó en silencio. Ni siquiera me preguntó.

Después de haber compartido todo el día juntos, empezaba a

sospechar que esa era la expresión que reservaba para cuando no quería que se supiera qué sentía exactamente. ¿Quizás estaba nervioso? ¿Un poco al menos? O excitado. Sí, desplacé mi mirada hacia sus pantalones, por si allí podía encontrar alguna pista. Un carraspeo. La mirada de Kellan creo que era más divertida que no crítica. Le sonreí. Joder, después de lo que me había soltado digo yo que tenía derecho a valorar el tamaño de la mercancía.

Las puertas del ascensor se abrieron frente a un amplio recibidor decorado con mucho estilo. Tomé nota mental de un par de detalles, y eso que estaba más pendiente del ogro que me acompañaba que no en plan profesional. A ver, ¿por dónde se iba a las habitaciones?

Kellan empezó a caminar en dirección a unas arcadas sobre la que había unas gruesas letras doradas en las que destacaba un único y escueto mensaje: «Restaurante». Leí las letras doradas y arrugué un poco la nariz. Supongo que para Kellan el sexo era secundario. La comida, no. ¡Hombres! Sentí mis tripas retorcerse y fui consciente por primera vez de que yo también tenía hambre. Que en mi nivel de desesperación, excitación y nerviosismo, hubiera preferido desquitarme con un polvazo y luego comer alguna cosa en la habitación, pero podía adaptarme a aquel pequeño cambio de planes.

Para cuando dejé de vagar entre mis pensamientos, me encontré su espalda cruzando el umbral sin esperarme siquiera. Era un ogro con modales pésimos y un tanto mezquinos, pero no se lo tuve en cuenta. No era una de esas citas elegantes mías, de esos hombres cuyos modales eran simplemente perfectos y que te hacían sentir como si fueras una princesa. Kellan no era un príncipe, después de todo. Recordemos que era un ogro. Uno buenorro que me pensaba beneficiar en breve y le perdonaba el resto. Para lo que le quería no se necesitaban grandes modales.

Aunque tanta indiferencia me hacía replantear la situación. Porque a ver, lo de soltarme eso en el coche y luego ir a comer al restaurante de un hotel no podía ser una casualidad. ¿No? Porque una vez ya me había hecho a la idea de eso de acostarme con él, no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta. Y creo que él lo sabía. Y sino, se lo haría saber en breve. Como que me llamaba Marisa Carreras, vamos.

—Una mesa para dos —ordenó Kellan. Él no era de los que piden. Ni dan gracias. Excepto que la anfitriona sea octogenaria, me corregí pensando en Margaret.

El camarero, vestido con americana y corbata, nos acompañó hasta un extremo del restaurante y allí nos instalamos, uno al lado del otro, en un pequeño banco esquinero con una mesa cuadrada frente a nosotros.

—Me gusta la fuente —le dije a Kellan observando la gran fuente de piedra que decoraba el centro del local simulando una pequeña

cascada natural. Había plantas que parecían ser naturales dándole un punto de color a la gris piedra y la luz que se colaba por los enormes ventanales creaba suaves reflejos en la superficie del agua.

—Podrías poner una en el frontal del castillo —concedió Kellan con gesto pensativo.

—Estaba pensando justo en eso —le confesé—. Con una buena instalación de luces se podría jugar a iluminarla con diferentes colores durante los espectáculos.

—¿Espectáculos?

—¿Qué parte de hotel temático no has interiorizado?

—La parte de los fantasmas.

—Y dale con eso —refunfuñé—. Música de violines y flautas; dos o tres bailarinas vestidas como si fueran hadas con la fuente iluminada a sus espaldas. Es el cierre perfecto para despedir el día, al acabar de dar las cenas.

—Que sean tres.

—¿Tres?

—Tres bailarinas. Es un número especial —me contestó Kellan—. En la mitología celta.

—¿El tres?

—¿Y eres tú la que pretende hacer un hotel temático sobre la cultura celta? —se burló mientras dejaba la carta sobre la mesa. El camarero se acercó a nosotros sujetando una Tablet. Encargamos nuestra comida y tras devolverle al camarero las cartas, continuó—. El número significa muchas cosas para un celta. Muchos dioses formaban parte de una trinidad, igual que el ciclo de la vida o los elementos.

—Siempre había oído que los elementos eran cuatro —le contradije con curiosidad y añadí haciéndome la entendida—. Aire, tierra, fuego y agua.

—Y espíritu —bromeó él mirándome con expresión divertida mientras daba un mordisco a un trozo de pan. ¡Quién fuera pan en esos momentos! Se humedeció el labio inferior en un gesto sumamente sensual, incluso si no lo hizo conscientemente—. No, para nosotros el fuego es uno de los poderes propios de la oscuridad. El fuego quema los cultivos, las casas, arrasa con todo lo que tropieza y es signo de la propia muerte. Uno de los favoritos de los fomorianos, sin lugar a duda.

—¡Por supuesto! —bromeé.

—Para nosotros, solo hay tres elementos fundamentales. El aire que nos permite respirar, el agua que nos da la vida y la tierra que nos sustenta y nos alimenta. Muchos de nuestros símbolos más antiguos se basan en el número tres.

—¿Como cuáles?

—La Espiral de la Vida, que hace referencia al nacimiento, la

muerte y la reencarnación, contiene tres espirales —empezó a explicarme mientras desplegaba la servilleta y empezaba a dibujarme un extraño símbolo con tres espirales con el dedo—. Si rodeas esas espirales con un círculo, te encuentras ya con el Símbolo de la Caldera quizás es menos conocido, pero es uno de los símbolos más poderosos para los eruditos porque potencia el camino hacia el conocimiento. Mi primo Kevin podría hablarte largo y tendido sobre él, aunque sería soporífero. Yo personalmente intento escaquearme cuando se pone en ese plan.

—Había leído alguna cosa del Triqueta —puntualicé divertida por la forma en la que hablaba de aquello, en primera persona.

—Es una de las runas más versátiles que tenemos —admitió—. Puede usarse en muchos contextos y tiene un significado diferente según las runas que la acompañan.

—¿Entiendes de estas cosas?

—Mi primo Ryan es un erudito —me contestó encogiéndose de hombros—. Hay una curiosidad especial en la Triqueta. Hace referencia a nuestras castas. Druidas, guerreros y artesanos.

—Nunca había oído hablar de eso de las castas.

—La gente suele conocer otros significados. La evolución natural del día con el amanecer, el atardecer y también la propia noche. Al proceso natural de la vida mortal, la vejez, la madurez y la infancia. La Triqueta es pasado, presente y futuro.

—Me gusta cómo hablas de todo esto, como si formara parte de ti —le dije con sinceridad admirando ese tono respetuoso que usaba cuando hablaba de aquello—. Tenía un profe de historia que hacía justo eso y nos tenía a todos esperando qué nuevas aventuras nos explicaría ese día. La historia explicada así se vuelve apasionante.

—Es nuestro legado. Forma parte de lo que somos —afirmó Kellan tras probar la carne que le habían traído. No parecía tener prisa. Ni con la comida ni con lo que vendría después. Tampoco en la forma de narrarme aquello. Aún no tenía claro si eso me irritaba. Lo que sí hacía, desde luego, era sorprenderme. No esperaba que él tuviera una faceta así. En esos momentos parecía menos ogro y más persona—. Muchos fragmentos se han perdido y otros han pasado al olvido. Nuestro pasado. Nuestra historia. Afortunadamente, hay personas como mi primo que atesoran muchos de esos recuerdos. Pese a que yo preferiría morir degollado a tener que pasarme los días haciendo eso, no puedo negar que tiene su valor.

—¿Tenías que hablar de degollaciones?

—¿Te molesta que hable de degollar personas, pero no que hayan encontrado cientos de huesos en el castillo que pretendes comprar? —ironizó el ogro. Supongo que no podía durar mucho tiempo siendo un poco menos hostil o prepotente con el mundo. O conmigo.

—Cuéntame algo más sobre los celtas —le pedí.

—¿Algo como qué? —me preguntó con mirada neutra.

—Sobre su historia, su pasado —le pedí.

—¿Has oído hablar de los Tuatha de Danann? —Negué con la cabeza y su mirada era ligeramente más oscura—. Suelen conocerse como la tribu de los dioses.

—Dioses —le dije parcialmente divertida—. Igual tendría que estudiar un poco de esa vieja cultura celta para ambientar el castillo.

—Pregunta —pidió Kellan. Le miré con curiosidad. No parecía una persona que supiera ese tipo de cosas y, sin embargo, me había sorprendido en la visita a Leap Castle y volvía a sorprenderme ahora.

—Háblame de esos dioses celtas —le contesté.

—Llegaron un 1 de mayo sobre negras nubes —empezó—. Dirigidos por Nuada Airgetlamh, nuestro primer gran rey, y su esposa Nemain, una diosa de la guerra temida en el mundo entero.

—¿Una mujer guerrera? —le pregunté sorprendida.

—No menosprecies a las viejas diosas —me advirtió Kellan con media sonrisa—. Eran peligrosas, especialmente las guerreras y las druidas.

—Lo tendré en cuenta —bromeé.

—Ojalá dioses de antaño también lo hubieran tenido en cuenta —masculló Kellan—. Cabrearon a una y la zorra nos condenó.

—¿A una diosa?

—Druida —afirmó Kellan con expresión molesta—. Se tomó la justicia por su cuenta. Pero eso sucedió más tarde.

—Vale, mejor empieza por el principio —le pedí divertida por cómo todas aquellas viejas leyendas parecían emocionarle.

—Cuando la tribu llegó a Irlanda, gobernaban los dioses del Fomoré —me contó—. Los fomorianos eran dioses que veneraban la oscuridad y su poder mantenía esta tierra enrarecida, así que los viejos de la tribu lucharon contra ellos y los desterraron al inframundo.

—¿Algo así como el infierno?

—Algo así —afirmó Kellan, divertido con mi comparativa.

—¿Y qué les pasó? —le pregunté picada por la curiosidad.

—Los fomorianos allí siguen, preparándose para vengarse, supongo —me aseguró con expresión divertida, como si aquello fuera lo más de lo más. Tenía un sentido del humor pésimo, el pobre—. La tribu pobló la tierra y su poder quedó ligado a ella.

—¿En qué sentido?

—En muchos —repuso sin contestarme—. Pasaron los siglos y sus enemigos se alzaron. Nuada perdió el brazo y con ello el trono. Se alzó como rey un bastardo con sangre fomoriana cuyos intereses eran más propios de su sangre sucia que no de nosotros.

—¿Nosotros? —repetí.

—Es mi linaje, ya sabes que soy irlandés.

—Por lo que me cuentas, yo te veo más fomoriano que no de la tribu —me burlé y su expresión se volvió dura.

—A otras personas, por un insulto así, les cortaría la cabeza —me advirtió.

—¿Ves? —le solté entre risas—. Venga, no te enfades. Me estabas hablando del rey bastardo.

—Nuada recuperó su brazo a través de un conjuro de sanación del abuelo de… una druida —añadió tras una sutil incomodidad—. Bres fue desterrado y fue a buscar a los fomorianos que se alzaron bajo el mandato de Balor.

—No me lo digas, un dios de esos malos malos —exclamé emocionada.

—Malo malísimo —bromeó Kellan—. Balor murió a manos de su nieto, pero no antes de matar a Nuada. Ese nieto subió al trono y reinó justamente, pero la tribu empezó a debilitarse.

—¿Su nieto lo mató?

—Es una larga historia. Era un mestizo.

—¿Qué quieres decir con que era un mestizo? —le pregunté con curiosidad.

—La oscuridad puede ser tentadora —afirmó Kellan y me estremecí ante su mirada—. Violar a la esposa o a la hija de tu enemigo era una venganza de lo más placentera. Los híbridos fueron el resultado natural de aquello. Dioses de varios linajes o semidioses fruto de las relaciones con los humanos.

—Claro —gruñí poniendo los ojos en blanco. El machismo en la historia era como un trozo de carne encallado entre los dientes. Cuesta de quitar por mucho que lo intentes. Era un legado, histórico, sí. Pero menuda mierda para cualquier mujer que hubiera vivido en semejantes condiciones vejatorias. Pensé en la amiga de la madre de Mila. No había pasado tanto tiempo. Esas cosas aún existían.

—Las mujeres de la tribu empezaron a morir y la tribu perdió fuerza. Nuestro rey en el trono acabó muerto por un lío de faldas y para cuando una nueva familia de dioses intentó hacerse con la isla, ya la balanza estaba decantada a su favor.

—¿Por qué? —le pregunté metida en la historia.

—Una druida cabreada. Sus acciones no pueden ser justificadas pero puedo llegar a entender sus motivaciones. Ella condenó a la tribu a morir a manos de sus enemigos.

—¿Una druida? ¿Una sola?

—No era una druida cualquiera. La nieta de Nuada —afirmó Kellan que parecía sumido en sus propios pensamientos—. La mano derecha de Dagda.

—¿Debería decirme algo ese nombre?

—El gran druida de los Tuatha de Danann —especificó Kellan y salió de su ensoñación para mirarme con gesto altivo y media sonrisa en el rostro—. Si quieres ambientar tu castillo en nuestra cultura, al menos ese nombre debería sonarte.

—Prometo hacer los deberes —me defendí—. Son historias sorprendentes, realmente.

—A veces la vida nos sorprende y suceden cosas que jamás hubiera imaginado. Cosas como lo de Mila —afirmó él tras tomarse su tiempo.

—¿Mila?

—Colin y ella —reflexionó—. Puedo asegurarte de que fue una sorpresa para todos nosotros. Toda su historia.

—¿Por qué?

—Colin… digamos que no era muy propenso a mantener una relación de ese tipo —señaló Kellan tras mirarme. Sus ojos brillaban con algo que no sabría descifrar, pero sospeché que había elegido las palabras con sumo cuidado.

Colin era un hombre de los de aquí te pillo y aquí te dejo, vamos. Como Kellan. Como yo. Que, sinceramente, era algo que no me sorprendía especialmente. Mila había conseguido obrar un milagro en él. Es lo que dicen que hace el amor. Desde luego, conmigo tendría que ser así. Con un milagro, vamos. Porque no me veía dejando de lado mi actual forma de vida y subyugándome a otro ser vivo. ¿Qué soy una chunga? Dos piedras.

—Puedes estar tranquilo que soy alérgica a los anillos —le aseguré alegremente, tras reflexionar sobre aquello.

—¿Hasta qué punto?

—Me saldría un sarpullido y acabaría ingresada en urgencias.

—Eso es lo que dicen todas al principio —advirtió Kellan alzando una ceja, con gesto desconfiado.

—Eso es porque no has conocido a nadie como yo.

—¿Quieres decir que no te brillarían los ojos y caerías rendida si me pusiera de rodillas a pedirte en matrimonio? —me cuestionó con expresión prepotente en el rostro. Le sonreí. ¿El ogro pidiéndome en matrimonio? ¡Claro! De rodillas y con un «Unga-unga», vamos.

No, si una cosa tenía clara de Kellan, y de lo que esperaba que tuviéramos entre manos, es que sabía exactamente dónde estaba. Qué queríamos el uno del otro. Y en serio, era genial al menos eso. No tener que fingir un interés en él o en su vida. Porque lo que me interesaba era solo lo que podía aportarme en el sexo. Y me parecía genial que él pensara exactamente igual de mí.

—Puedes probar —le susurré con una sonrisa maliciosa haciendo un gesto para señalar con el brazo el espacio libre al lado de nuestra mesa.

—No sería mi estilo.

—Una pena, a mí me encanta lo de montar una escena de esas buenas. Y dicen que después de las discusiones los polvos de reconciliación son brutales.

—¿Quién dice eso?

—Ana, la que se casó. Y Mila. Especialmente Mila —refunfuñé un poco irritada con aquello y Kellan empezó a reír.

—No te preocupes por eso —me aseguró—. No soy de reconciliaciones, pero en lo referente a brutal, puedes darlo por sentado.

—Al final voy a tener tantas expectativas que empiezo a dudar que puedas estar a la altura —le advertí haciendo un puchero con gesto provocativo. Kellan me miró con una sonrisa ladeada.

Se inclinó ligeramente hacia mí y con un movimiento lento sus labios rozaron los míos. Esperé con cierto nerviosismo. Ansiosa.

Volvió a rozarlos un par de veces mientras yo contenía el aliento. Capturó con sus dientes mi labio y succionó ligeramente de él. Sentí que mi cuerpo temblaba ligeramente y fue entonces cuando su beso se intensificó. Su boca se cerró sobre la mía y su lengua me buscó, haciendo que todo mi cuerpo se tensara con una necesidad, primitiva, de él.

Sentí su mano posarse sobre uno de mis muslos y apretarlo con fuerza, haciendo que mi vientre hiciera una contracción casi violenta. Su beso se intensificó aún más en ese momento, mientras su mano trepaba ligeramente por mi pierna para quedarse a escasos centímetros de mi centro.

Mierda. Había una tensión contenida entre mis piernas esperando que él me presionara, me tocara, de alguna forma. Como fuera, vamos, ¡pero que lo hiciera ya! Gruñí ligeramente, irritada, al ser consciente de que no tenía intención de hacerlo.

Kellan se separó de mí y su rostro era frío pero sus ojos brillaban. Le observé con rabia y un punto de desesperación. ¿Pensaba dejarme así? Vale que estábamos en un restaurante fino, y eso. Pero joder. Sí, justo eso. No puede ir poniendo caliente a la gente de aquella forma, con un maldito beso que parece el preludio de algo pero sin serlo. Un beso así se merecía tener banda sonora de fondo. Una en la que ambos gimiéramos a trompicones para acabar en un suspiro de satisfacción que nos dejara la mente nublada.

Le miré irritada y pude ver su diversión. Cabrón. Quien juega con fuego, se acaba quemando. Y a mí, si me prenden, soy de las que saltan con chispa. Kellan podía hacer ver que todo aquello le era indiferente. Que tenía el control de todo. De la situación. De mí. Pero no tenía ni idea de con quién se estaba metiendo. Para chula, yo.

Le reté. No pude evitarlo.

—Mira, por mí puedes ahorrarte la habitación —le solté con voz

suave—. Tienes diez minutos para aparecer por el baño de señoras a ver si eres tan machito como dices, pero no te entretengas mucho que quiero tomar algo de postre.

Me levanté con gestos totalmente controlados. ¿Sensuales? Obvio. Si Kellan me seguiría el juego o no, ya no lo tenía tan claro. Pero entonces él sería el cobarde y yo la vencedora. Si no estaba a la altura, no era mi problema. Es lo que tiene retarme. Yo no soy de las que se acobardan, muy al contrario. Y me gusta ganar. Aunque a veces eso me lleva a hacer jugadas arriesgadas con la esperanza de conseguir esas pequeñas victorias.

Entré en el baño sintiéndome un poco nerviosa. O un mucho. Era un restaurante de lujo, no un bar a media carretera. Aunque Kellan era más ogro que no persona y entre motel y hotel, sinceramente, le veía más en el primero que en el segundo. Pero el problema era que igual hasta se presentaba. ¿Y en serio estaba tan descerebrada como para montármelo con alguien en un lugar como aquel? Que, a ver, cosas raras he hecho. Pero hoy estaba subiendo el listón. En un motel igual te aplauden. Aquí acabábamos con la policía encima por exhibicionismo o yo qué sé.

Dejé correr el agua de la pila de porcelana, colocada sobre una bonita placa de madera de teca. Detrás de mí había dos pequeños cubículos con las puertas abiertas. Estaba sola. No. No vendría. Y eso ya me estaba bien. Algo que le podría tirar en cara cuando se pusiera en plan gallito. Y fue entonces, cuando estaba celebrando mi victoria, que la puerta se abrió.

Me tensé y pude ver el reflejo de Kellan a través del espejo.

Mierda.

Eso me pasa por tentar al diablo.

Mira que Mila ya me había advertido.

Que él era más como yo que no como los otros.

Kellan no dejó de observarme a través de mi reflejo en el espejo mientras entraba dentro del baño de mujeres, sin prestar atención a nada más. Como si no le importara si estábamos solos o si había más personas en ese reducido espacio.

Su mirada me hizo estremecer mientras la puerta del baño se cerraba detrás de él. Dio tres pasos hacia mí, lentos, pausados, como si no tuviera prisa ni estuviera nervioso. Por lo que podía pasar. Por lo que iba a pasar.

Colocó su cuerpo detrás de mí mientras yo seguía observándole a través del espejo. Jadeé al sentir cómo presionaba su cadera contra mis nalgas y la evidente protuberancia que abultaba entre sus piernas. Su cabeza descendió ligeramente para morderme en el cuello. Con fuerza. Gemí y cerré los ojos. Sentí una de sus manos trepar por mi vientre, por debajo de mi ropa, hasta llegar a la copa de mi sujetador

y apretarme un pecho con un movimiento brusco, mientras seguía presionando su miembro contra mi trasero y volvía a morderme con fuerza.

Teníamos que encerrarnos en uno de los aseos. Era consciente de esa realidad y sin embargo no era capaz de moverme. De hacer nada. Absolutamente nada. Solo sentir.

Me pellizcó un pezón mientras su otra mano desabrochaba con habilidad el botón de mi pantalón y se colaba por dentro de mi ropa interior hasta rozar mi intimidad haciendo que me estremeciera. Kellan gruñó a pocos centímetros de mi oreja cuando introdujo dos dedos dentro de mí y mi cuerpo se adaptaba a ellos con demasiada facilidad. Mi cuerpo estaba preparado para él como nunca había estado para un hombre. Incluso sin haber tenido propiamente calentamientos.

Empezó a mover sus dedos dentro de mí con movimientos secos, mientras seguía pellizcando mi pecho y mi cuello seguía sufriendo el acoso de sus mordiscos. Y de repente, todo mi cuerpo convulsionó, enfrentándome a un orgasmo que me dejó totalmente confundida y sorprendida.

Gemí mientras Kellan gruñía, creo que satisfecho. No me dio tiempo a recuperarme.

—Ahora me toca a mí —afirmó mientras me volteaba y en un movimiento brusco me alzaba ligeramente.

No tengo claro cómo lo hizo para hacer que mis pantalones cayeran al suelo y bajarse los suyos los suficiente como para que su miembro quedara totalmente libre. No pude apenas verlo. Solo sentir cómo me alzaba como si no pesara nada y se clavaba dentro de mí, abriéndome de una forma que me hizo jadear y contener un grito. No era dolor. Y al mismo tiempo lo era. Solo que se acompañaba de otras emociones que le ganaban en intensidad.

No pude pensar mientras Kellan empezaba a embestirme con una brutalidad que parecía ser capaz de quebrarme, mientras las sensaciones tomaban el control y yo perdía por completo la conciencia de lo que estábamos compartiendo.

Jamás en mi vida había sentido algo así.

Algo capaz de anular todo pensamiento, arrollada por completo por las sensaciones. Dejé de intentar entenderlo mientras me dejaba llevar por la forma en que el cuerpo de Kellan colisionaba contra el mío y sentí que explotaba en un nuevo orgasmo cuando él empezó a convulsionar dentro de mí. Dejé caer la cabeza hacia atrás sabiendo que él me sujetaba, con una confianza que desde luego no había tenido antes con otra persona. Un casi desconocido, después de todo.

Tras unos segundos más que necesarios, conseguí recuperarme del impacto de aquello. Al menos lo suficiente como para mirarle, aún

sujeta a su cadera y con su cuerpo enterrado en el mío. Su mirada estaba ligeramente turbia, pero supongo que, en comparación a mi aspecto, él se veía bastante entero.

—He pedido que nos preparen una cata de postres —me informó—. Por si te quedabas con hambre.

Le miré con gesto desconfiado. No tengo claro si hablaba con doble sentido. Su mirada era altiva y, muy a mi pesar, estaba segura de que era consciente de cómo me había afectado aquello. Para no hacerlo.

Con mucho cuidado, me alzó ligeramente para desencajarse de mi interior y me depositó en el suelo. Esperó durante unos segundos, creo que para asegurarse de que era capaz de sostenerme por mí misma. Lo hice, de forma orgullosa.

—Si hay una próxima vez —puntualicé mientras recuperaba los restos de mi ropa y me los colocaba como si aquello fuera lo más normal del mundo—, será en una habitación. Admito que, para un polvo rápido, no estás mal, pero no tengo claro si me aguantarías demasiado en otras condiciones.

—Acepto el reto —aseguró con media sonrisa mientras me observaba.

Me abrió la puerta del baño de señoras como si fuera la de un pasillo cualquiera y salió detrás de mí, como si no le importara lo más mínimo si alguien nos veía salir juntos de allí.

Nunca había conocido a alguien así. Quiero decir que en alguna ocasión puntual en que había acabado en un baño con un hombre, solían salir a hurtadillas como si hubieran cometido un mal mayor. Después de desfogarse como animales se sentían cohibidos y pasaban de tigres a cervatillos, Kellan no. Todo en él era diferente y ese aplomo suyo me atraía y me irritaba al mismo tiempo.

Nos sentamos en la mesa que habíamos ocupado. Había una bonita fuente repleta de diferentes muestras de pastelería. No hablamos mientras devorábamos aquello. No hubieron miradas lascivas o esa sensación de tensión sexual reprimida. Nos limitamos a compartir nuestra mutua compañía mientras recargábamos la energía que habíamos gastado. En un aseo de señoras.

XII

Cosas de chicas

ME ENCERRÉ en la ducha con la música de mi móvil de telón de fondo y me animé a cantar algunas de las canciones que sonaban. Más que hacerles de coro, las destrozaba, pero no era problema mío que entre mis muchos atributos no estuviera lo de saber entonar. Me sentía capaz de comerme el mundo. Había sido un gran día.

Bajé las escaleras y me encontré instalada en la cocina a toda la troupe. Margaret estaba sentada en una silla con una infusión entre las manos y a su lado las dos amigas de Mila, Aislin y Grace, me miraban con una sonrisa a modo de saludo. Mila no. No me sonreía. Su mirada era mucho más intensa y tenía el ceño ligeramente fruncido.

—Conozco esa sonrisa —advirtió mientras me dejaba caer en la única silla libre que quedaba.

—Por una vez, que estas dos se pasen el rato sobándose no va a molestarme —le contesté mientras inclinaba la cabeza en su dirección —. Y que conste que estoy encantada de volver a veros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Grace ladeando la cabeza con curiosidad.

—Que un pedazo de animal me ha empotrado brutalmente en un baño de señoras —le contesté tras batir las pestañas de forma coqueta.

—¡Córtate un poco, Marisa! —soltó Mila conteniendo la risa a duras penas.

—Es un auténtico portento —afirmé—. Hacía tiempo que no me arrancaban dos orgasmos, uno detrás del otro.

—¡No tanto como a mí! —soltó la amiga octogenaria de Mila y con eso consiguió que todas empezáramos a reír a carcajadas.

—¿Y de dónde has sacado el semental? —preguntó Aislin con expresión divertida. Esta era peligrosa si le dabas cuerda. Ya la tenía fichada de cuando vinimos a ver a Mila antes de la boda de Ana.

—¡De la cantera familiar! —exclamó Margaret entre risas con expresión traviesa.

—Uno de los primos de Colin —atinó Grace con expresión divertida.

—Kellan —especifiqué.

—Pues sí que es un pedazo animal —puntualizó divertida Aislin.

—¡Y que lo digas! —susurré mientras fingía abanicarme la cara con la mano.

—No tengo claro a quién echarle la culpa —me dijo Mila cuando consiguió dejar de reír.

—A las hormonas, por supuesto —le contesté con mirada inocente—. Y a que estoy buena. Échale la culpa a la genética. Sí, mejor eso. No se puede estar tan buena y que no caigan rendidos a tus pies.

—¿Os imagináis a Kellan a los pies de alguien? —preguntó Grace con esa voz suave, cantarina, que la caracterizaba. Aislin empezó a reír y Mila no pudo evitarlo. Le saltaban lagrimones en los ojos.

—Además, también tiene una buena genética —soltó Aislin y Grace empezó a reír mientras se intentaba tapar la boca y el resultado era, en serio, grotesco.

—Aunque sea el primo de Colin, no es de esos bobos que se enamoran de dos tetas y piensan que un polvo es un primer paso y no el último —sentencié.

—¿Quieres decir que no vas a seguir disfrutando de su compañía? —preguntó Margaret con voz calmada mientras Grace y Aislin empezaban a reír.

—Más que compañía, yo le llamaría sexo —le solté más bruta que nadie—. Para compañía, mejor una mascota. Y mucho menos problemática que un hombre, en serio.

—Eso es que sí que va a volver a tirárselo —afirmó Mila con mirada acusatoria, francamente divertida.

—Me conoces demasiado —le solté con cara de víctima. No engañé a nadie, la verdad.

—Te aviso que Kellan es complicado —manifestó.

—Puedes decirlo —le dije—. Soy consciente de que es un puto ogro. Pero me pone, ¿qué quieres que te diga?

—Si me parece genial que os lo paséis bien juntos, es solo que no me gustaría que acabéis odiándoos el uno al otro. Es como si fueras mi hermana y él es mi primo.

—Primo político, no me exageres —le contradije—. Pero no te preocupes, que para odiar a alguien han de haber sentimientos de por medio y Kellan es emocionalmente plano. Te aseguro que lo que hay entre nosotros es físico. Meramente físico. Orgásmicamente físico.

—Nos ha quedado perfectamente claro —murmuró Margaret con media sonrisa y añadió mirando a Mila con expresión inocente—. ¿Y a vosotros cómo os va en la casita de Colin? ¿Orgásmicamente bien?

Fueron Aislin y Grace las que empezaron a reír y me añadí al ver cómo a Mila se le ponían rojas hasta las orejas.

—Esta vieja es de lo peor —murmuré mirando con una sonrisa a Margaret, que me guiñó un ojo—. Pero ya puestos, cuenta, cuenta… que ya sabes que me encantan ese tipo de detalles.

—Sigue soñando —masculló roja como un tomate—. ¿Cómo ha ido con lo del hotel?

—¿Qué hotel? —preguntó Aislin.

—Uno que voy a montar —afirmé.

—¿Y lo dice así tan fresca? —preguntó a nadie en concreto.

—Queremos reconstruir un castillo y convertirlo en un hotel temático —les expliqué—. Hadas, magia y cosas de esas.

Grace empezó a toser y Margaret me miró con franca curiosidad mientras Aislin golpeaba la espalda de su novia suavemente.

—Muy interesante —murmuró finalmente la anciana y su mirada se desplazó hacia Mila que se encogió de hombros. Si alguien me decía en esos momentos que esas dos tenían telepatía, me hubiera convencido.

—Marisa quiere montar espectáculos con música, bailarinas, cosas de esas —explicó Mila con una voz que sonaba un poco forzada. Joder, que mi idea molaba.

—Y una fuente de luces —añadí con expresión triunfal mientras pensaba en el restaurante. En Kellan. Y en el baño. Especialmente en este último.

—Yo no me lo perdería —aseguró Margaret.

—¡Ni nosotras! —exclamó Aislin mientras se inclinaba con gesto posesivo sobre Grace.

—He quedado en el notario con los actuales propietarios la semana que viene —les dije—. Ha habido un momento en que me he estresado un poco. Pensaba que habían decidido tirarse atrás con la venta.

—¿Por qué? —me preguntó Grace.

Tenía el pelo corto pero su rostro era sumamente femenino. Pómulos suaves, piel ligeramente blanquecina y un pelo rubio ceniza natural por el que muchas pagarían. Contrastaba con su novia, que lucía una larga melena oscura con unos rizos rebeldes que estaban siempre bailando alrededor de sus hombros.

—Por los fantasmas —le contesté y sonreí con picardía al ver sus expresiones. Una mezcla de sorpresa y preocupación—. Dicen que el castillo está embrujado.

—Eso da un poco de mal rollo —murmuró Grace.

—¿Crees en esas cosas? —le pregunté. Soy de las que respetan las opiniones de la gente, incluso si no las comparto, pero no le pegaba a Grace algo así. Creo, vamos. No es como con Mila, que nos conocemos desde niñas y sé qué piensa antes que ella misma.

—¿En los fantasmas? —me preguntó como si reflexionara sobre aquello antes de decidirse a contestarme—. Nunca he visto uno.

—¿Pero? —la presioné y me sonrió.

—Pero hay mucho más que lo que se ve a simple vista —afirmó—. Hay veces que se ha de hacer un acto de fe. Creo en la magia. Creo que hubo una época en la que las hadas existían y que muchas leyendas celtas son en realidad historias de nuestro pasado.

—Vale, te has quedado conmigo —bromeé apoyándome sobre el respaldo de la silla y observando cómo una persona que parecía totalmente cuerda podía creer realmente en algo así. Una cosa era soñar con eso. Magia, hadas, fantasmas o hasta el ratoncito Pérez. Otra *creer* en ello.

—Cuando naces aquí —susurró Margaret—, cuando creces y te empapas de todas esas leyendas, es inevitable sentirlas como propias.

—Me gusta eso. La forma que tenéis de vivirlo —afirmé mientras pensaba en Kellan, hablándome sobre aquellas viejas leyendas. Sí, también me gustaba cómo lo vivía él. Una de esas ideas mías, un poco locas, me vino a la cabeza—. Quizás podríais ayudarme con lo del hotel. Con el tema de la decoración y la ambientación. Me gustaría que pudiera transmitir esa emoción, que se basara en historias reales de esas bonitas, con pinceladas románticas. Quiero que se convierta en un sitio único.

—¡Eso sería muy emocionante! —exclamó Margaret con los ojos brillantes de ilusión. Mila sonrió. Con ella ya contaba, pero, aunque su madre era irlandesa, se había pasado la vida en las calles de Madrid así que, excepto por su apoyo incondicional, poco podría aportar sobre viejas leyendas irlandesas con las que nutrir la ambientación del castillo.

—¡Me encanta! —se animó Grace dando ridículos saltitos con el culo sobre su asiento.

—A cambio de alguna noche gratis —intervino Aislin con una sonrisa traviesa—. En la suite especial, si hay de esas.

—Todas serán especiales —les aseguré—. Pero entre todas, podréis elegir la que más os guste para un fin de semana que merezca la pena ser recordado.

—Quieres decir un fin de semana en cada una de ellas —presionó Aislin haciéndome reír. Era tremenda, la tía.

—Si quieres profundizar en alguna historia celta para la ambientación, Ryan, uno de los primos de Colin, seguramente podría ayudarte —se ofreció Mila con una sonrisa generosa en su rostro—. Sabe bastante de historia, digamos.

—Con Kellan *profundizando* creo que de momento voy sobrada —le solté y Mila empezó a reír por lo bajo mientras negaba con la cabeza —. En serio, al margen de ser un pedazo de semental, le gusta la historia. Conocía el castillo y se ha ganado a los viejos propietarios pese a sus modales.

—Presupongo que no eran muy buenos —se burló Mila.

—Para nada —afirmé haciendo una mueca. Ella sabía que a mí los que me gustaban eran los caballeros de finos modales y brillante armadura, aunque para lo que nos traíamos él y yo entre manos eran más que prescindibles.

—¿Y qué ha opinado Kellan de lo de los fantasmas? —preguntó Grace mordiéndose el labio inferior.

—Me ha aconsejado que lo convirtiera en un hotel temático de miedo, básicamente —refunfuñé—. Tiene algo parecido a sentido del humor. Aunque se ríe él solo, básicamente.

Aislin me rio la broma mientras Grace y Mila cruzaban una mirada entre ellas cuyo significado se me escapó. Cenamos en un ambiente festivo, alegre. Cuando ya estábamos haciendo la tertulia después del postre, Colin pasó a recoger a Mila. Sonreí al ver cómo aquellos dos se miraban y me imaginé que tendrían una buena dosis de sexo aquella noche en la famosa casita de campo. ¡Y eso que ya hacía un tiempo que vivían juntos! Pero por lo visto el fuego aún no se les había consumido. Me alegraba por ella. Claro. Incluso si Colin me daba a veces un poco de mala espina. Era muy cerrado. Aunque admito que parecía desvivirse por Mila.

Margaret les ofreció a las chicas quedarse a dormir en el ático y ellas aceptaron. Creo que no era la primera vez que se quedaban a dormir allí y me gustaba esa sensación de familia que podía sentirse, incluso si algunas éramos prácticamente desconocidas y nuestro único punto en común, Mila, acababa de largarse.

Nuestra anciana anfitriona se retiró al poco rato, dejándonos con una botella de un aguardiente que habían destilado unos conocidos suyos con un gusto bastante raro, pero que entraba de maravilla. Allí nos pasaron un par de horas hablando sobre historias pasadas, anécdotas de esas absurdas y a veces un tanto abstractas, conociéndonos y descubriéndonos mientras las risas nos acompañaban hasta que la botella bajó por completo. Aislin era un portento, palabras agudas sin filtro alguno y Grace, una vez había bebido un par de copas, tenía una lengua viperina que me arrancaba más de una risa. Me sentía ligeramente mareada, sin llegar a estar propiamente bebida. El día había sido extraño. Emocionante. Y raro. Muy raro.

Miré el jardín de Margaret. La blanca luz brillaba como suaves motas de purpurina sobre el suelo cubierto de verde hierba. Era hermoso. Aunque demasiado intenso para esas horas y el embotamiento que sentía en mi cabeza.

—Deberíamos apagar los focos del jardín o los vecinos se quejarán por contaminación lumínica —murmuré mientras me levantaba de la mesa con cierta dificultad y ellas hacían lo mismo. Aislin frunció el ceño y Grace me miró. Era una mirada cauta.

—*Deja que fluya.*

¿Fluir? No tengo claro el qué exactamente. O quizás sí. Me estaba meando.

—Ya los apagaremos nosotras, no te preocupes —me aseguró—. Tú sube que nosotras recogemos la cocina.

—Gracias. Me estoy meando —murmuré mientras me despedía con un movimiento de cabeza que hizo que las paredes temblaran ligeramente. Me apoyé con una mano sobre el mármol y decidí hacer la única cosa inteligente posible. Ir al baño y a continuación, a dormir la mona.

Me levanté sintiéndome ligeramente rara. Había bebido, vale, pero tampoco era para tanto. ¿O igual solo lo recordaba a medias? No, me había ido directa a la cama después de estar hablando y bebiendo con las tortolitas. Entrecerré los ojos mientras me adaptaba a la luz que se filtraba, perezosa, a través de las gruesas cortinas de color violeta.

Me entretuve en el baño con el maquillaje y, solo cuando mi aspecto fue divino, decidí bajar al piso en el que ya se oían ruidos. Mis pasos me llevaron a la cocina. No fui capaz de entrar. Me quedé allí, en el marco de la puerta, observándolas. Aislin estaba leyendo el periódico y Grace parecía sumamente interesada en la conversación que mantenía con Margaret. Solo que no eran ellas. Bueno, sí que lo eran. Pero había una especie de halo alrededor de Grace y de Margaret. Brillante. Una maldita bruma brillante que destellaba sutilmente. Tragué saliva y la conversación se paró.

Creo que me habían preguntado algo, pero no fui capaz de contestarles. Me agarré con fuerza al marco de la puerta. Por favor, alguien tenía que despertarme. Tenía que estar durmiendo, felizmente, en mi cama.

Menuda semanita.

Ayer, en el castillo, me había puesto a mil por hora al ver a la mujer caer al vacío. Y ahora… Ahora Grace y Margaret tenían leds incorporados.

Genial.

Mi estado mental empeoraba por momentos.

Nota para tener en cuenta: nunca más beber nada que me diera Margaret que hubiera destilado un conocido. Esa vieja era peligrosa. Y sus conocidos, más.

—¿Te encuentras bien, cielo? —me preguntó Margaret.

—Creo que es la peor resaca que he tenido en mi vida —murmuré muy a mi pesar—. Igual tendría que ir al médico. ¿Era seguro esa especie de brebaje?

—No exageres —masculló Aislin desde su asiento mirándome con aspecto divertido. Bruja. Ella había bebido al menos tanto como yo, pero su aspecto era impecable. Igual era una superheroína. Al menos a ella se la veía, no sé, normal.

—¿Qué te pasa exactamente? —me preguntó Grace que se levantó de la mesa y ella y su aura blanquecina me acompañaron hasta la mesa. ¿Tendría botón de apagado?

—Veo borroso.

—¿Borroso? —se burló Aislin y añadió mirando a Grace—. Pues parece ser que no se le ha pasado.

—¿No habías visto *borroso* antes? —me preguntó con voz suave y conciliadora Grace lanzando una mirada dura a su novia, que parecía estar pasándoselo en grande a costa mía.

—¿Cómo de borroso? —preguntó Margaret mirando a la pareja.

—Ayer te olvidaste de apagar las luces del jardín —le informó Aislin y sonaba a burla.

—Así de malo, ya veo —le contestó Margaret haciendo una mueca —. Mila me dijo que era… sensible.

—No, normalmente el alcohol lo tolero bien. Pero lo que nos diste ayer era para tumbar a un muerto —protesté.

—Igual tendríamos que hablar con Mila de esto —dijo Aislin señalándome.

—Tengo nombre, so guarra —le solté antes de añadir—. Y te aseguro que no es la primera vez que me ve con resaca.

—¡Ni será la última! —exclamó Aislin haciéndome reír. Bebí un largo trago de la infusión y sentí que me empezaba a relajar un poco.

—¿Tienes planes para hoy? —me preguntó Grace con curiosidad.

—Nada especial —negué.

—Igual podrías ayudarme con el jardín —propuso Margaret y no pude negarme al ver su mirada esperanzada. ¡Con lo que me gusta a mí que se me meta tierra debajo de las uñas!

—Claro —le contesté con una sonrisa forzada. Si ella lo notó o no, no me lo hizo saber.

La feliz pareja se despidió y yo me pasé el día entre hierbajos, tierra y un sol que por una vez era abrasador. Y, aunque hasta a mí se me hizo extraño, me sentí bien. Feliz. En total harmonía conmigo misma, como si ese contacto con la tierra, con la naturaleza que me rodeaba, fuera justamente lo que necesitaba en esos momentos.

Kellan se presentó en casa de Margaret a media semana. Sin avisar. No era hombre de pedir cosas, eso era algo que ya me había quedado claro. Me irritaba. Mucho. Que no me tuviera en consideración en primer lugar y que no hubiera dado señales de vida desde nuestro polvo salvaje en el cuarto de baño del hotel de lujo.

Después de tantos días, casi le había olvidado. Vale, ni de coña, pero me empezaba a plantear que simplemente desaparecería y no volvería a saber de él. Sí, también me había dejado claro que era de esos hombres. De los de aquí te pillo y si te he visto no me acuerdo. No podía quejarme si simplemente hacía lo que ya me había advertido que solía hacer.

Si hubiera avisado de que se dejaría caer, que me pasaría a buscar o

simplemente se hubiera esforzado en decirme algo, me hubiera encontrado divina. Como suelo ir, vamos. Pero en vez de eso, me pilló con las manos llenas de barro, el pelo revuelto y sin maquillaje. Gafes del oficio. Siempre podía ser peor. A mi favor, diré que llevaba una camisa estampada con un cuello más que generoso por el que se me entreveía, de tanto en tanto, un trozo del encaje de mi sujetador negro. Algo que no le pasó para nada desapercibido. No, no me incliné de forma descarada para asegurarme de eso. ¡Qué va!

Margaret era toda amabilidad con él y Kellan, pese a que respondía con monosílabos, parecía cómodo allí. Le invitó a merendar y hasta sacó una tetera de esas de porcelana con tacitas y platos a juego para cuando acabamos los tres en la cocina hablando de banalidades. Creo que Margaret disfrutaba con aquello. Haciendo como que teníamos todo el tiempo del mundo cuando estaba claro que Kellan y yo teníamos otros intereses muy diferentes a pasarnos la tarde hablando sobre contaminación ambiental y el precio del agua. Los monosílabos de Kellan lo evidenciaban, pero la vieja bruja hacía oídos sordos y disfrutaba con ello.

Para cuando Margaret se disculpó para ir al baño, Kellan y yo nos miramos durante un largo rato en primer lugar. Solo eso. Como evaluándonos. Un poco como si ninguno de los dos estuviera dispuesto a decir ese tipo de cosas que suelen decirse después de una primera cita. Que no es que hubiera sido una cita propiamente. Él me había acompañado al castillo y habíamos tenido un encuentro sexual inespecífico. Uno bueno. Uno condenadamente bueno. Pero ya está. Sin más.

No esperaba un te he echado de menos ni estaba dispuesta a soltarle un tenía ganas de verte.

Pero lo cierto es que él estaba allí. Frente a mí. Y yo me sentía de nuevo nerviosa, impaciente y ansiosa, como cuando tenía quince años.

—He reservado una habitación para esta noche —me informó como si tal cosa—. No soy de los que rechazan un reto.

—¿Y no podías haberme preguntado primero si me venía bien? —me quejé, más por el hecho de que diera por supuesto que estaría dispuesta que no por el propio plan. ¿Una noche de sexo sin límites? ¿Con Kellan? ¿Quién era yo para quejarme?

—Te lo estoy preguntando ahora.

—Podría estar con la regla.

—Eso molesta pero no impide —me soltó.

—¡Eres un bruto! —exclamé entre risas.

—Ya te lo había advertido y no me pareció que te quejaras el sábado —me recordó y aunque le miré ligeramente enfadada, la mera mención de aquello hizo que una parte muy concreta de mi anatomía empezara a tener contracciones de forma espontánea. Era su forma de

decir las cosas, lentamente, pero con una fuerza que parecía que cobraran vida propia.

—No encontrarás a ninguna mujer que te aguante semejantes impertinencias —aseguré.

—No quiero una mujer que me aguante, quiero una mujer con la que desfogar mis necesidades —puntualizó. ¿En serio?

—Eres un imbécil —le contesté y tras sostenernos la mirada, claudiqué ante mis propias debilidades. La carne. Y él—. Aunque supongo que estás de suerte, porque yo solo quiero un hombre que me caliente en la cama y me deje lo más tranquila posible.

—¿Ves cómo nos entendemos?

—Lamentablemente —murmuré—. Igual hasta tendría que replantearme mi forma de vida.

—Hazlo para cuando ya estemos cansados el uno del otro —me pidió—. Sería una pena desaprovechar lo bien que encajo dentro de ti.

No le contesté porque no me sentía en condiciones. ¿Estaría aún en el baño Margaret? Porque en serio, necesitaba otro de esos polvos salvajes, ya mismo.

—Vamos a ver en qué antro quieres meterme —acepté con expresión desafiante.

Kellan sonrió con expresión altiva y confiada, para nada molesto con mi comentario. Me despedí de Margaret a voz de grito, avisándola de que dormiría fuera. Por edad, sería un poco como hablar con mi abuela, solo que Margaret tenía un carácter muy diferente. Hasta empezaba a normalizar hablar de sexo con ella delante. Y ella parecía disfrutar de mis escándalos amorosos como la que más. Que comprara palomitas porque mi estancia en Irlanda prometía.

El Hummer de Kellan estaba aparcado frente a la casa. Monté en él y me puse el cinturón. El motor rugió, pero antes de que el coche se incorporara a la carretera, Kellan me cogió con fuerza y me besó con un arrebato pasional que me dejó aturdida. Gruñó ligeramente mientras yo jadeaba ante su ardor.

—Creo que nos merecemos esto —afirmó finalmente.

—Más te vale arrancar o nos lo acabaremos montando en el coche —le advertí mientras buscaba con la mano su entrepierna y sentía como aquello crecía a un ritmo exponencial. Era tentador.

¿Cómo podía convertirme en cuestión de segundos en una adolescente con incontinencia sexual? Yo, la mujer de hielo que siempre lo controlaba todo. Kellan era capaz de fundir mi sentido común con su fuego. Con su sensualidad abrasadora. Con un puñetero beso.

—Ve pensando qué te apetece —me dijo con ojos brillantes mientras empezaba a maniobrar con el coche. Sentí mi cuerpo estremecerse. No era tan tonta como para pensar que se refería al

menú de la cena—. Yo ya tengo unas cuantas ideas.

XIII

¿Otra vez de caza?

—ESTÁS enfermo —me soltó Ryan bostezando mientras entraba en el comedor familiar de nuestra humilde morada. Un castillo edificado en un lugar emblemático, el antiguo laboratorio de alquimia de Dagda, convertido bajo la supervisión de Ryan en una maldita biblioteca. No habiendo druidas, tampoco es que nadie hubiera opuesto resistencia a aquella remodelación en concreto.

—¿Por? —le pregunté a mi primo mientras me servía del bufet en un plato y me dejaba caer en una de aquellas viejas sillas de madera cuya tapicería estaba ya bastante desgastada.

—Últimamente sales a cazar cada noche —remarcó Ryan—. ¿Estás ya tan harto de todo que quieres que te maten?

—Esta noche no he estado cazando —negué y empecé a comer mientras Ryan me observaba con curiosidad.

—Así que te has estado entregando a placeres totalmente carnales —bromeó.

—No sabes hasta qué punto —le repuse con expresión sumamente satisfecha.

—¿Cuántas esta vez? —me preguntó más por mantener una conversación que no porque le interesaran especialmente mis *affaires*.

—Una —le contesté como si aquello no fuera importante. No es que me molestara que Ryan me preguntara algo así. Nunca me había importado antes. ¿Por qué debería importarme ahora?

—¿Y ya te satisface? —me preguntó con genuina curiosidad.

Era una buena pregunta, realmente.

Somos dioses, y como tales, nuestras necesidades no son meramente humanas. No es que acostumbrara a relacionarme al mismo tiempo con varias mujeres, que hacerlo, lo había hecho, pero era habitual que buscara diferentes compañías en una misma noche. Todos lo hacíamos, de hecho. En mayor o menor medida. Con mayor o menor frecuencia.

Pero no me había sentido insatisfecho tras tomar a Marisa aquella primera vez en un encuentro que fue de los más breves de mi vida. Ni después de poseerla entre finas sábanas de seda. Varias veces. A lo largo de toda la noche. Y al despertarla por la mañana. Y al verla desnuda en la ducha. No, no necesitaba a otra mujer porque Marisa podía ser todas ellas al mismo tiempo. Sería eso.

—De momento —le contesté encogiéndome de hombros.

—¿Significa eso que tienes intención de volver a verla? —se burló Ryan tras dejar el tazón sobre la mesa.

—Es la idea, sí —afirmé.

La expresión en el rostro de mi primo me hizo ser consciente de que aquello no era, para nada, algo habitual. Y me importaba una mierda lo que pensara. A mí aquello ya me estaba bien. De momento. ¿No lo había dejado ya suficientemente claro?

—Genial —masculló Ryan mirándome con expresión divertida.

—Genial —concluí con un tono seco.

—De acuerdo, centrémonos en tu problema.

—Yo no tengo ningún problema.

—¿Estás seguro? —me presionó.

—Excepto tener un primo capullo que siempre presume de ser muy inteligente cuando a veces es sumamente estúpido.

—Connor a veces es un poco pesado, sí —me contestó Ryan mientras yo alzaba una ceja. Sí, sabía perfectamente que estaba hablando de él—. La situación real es que llevas saliendo a cazar cada noche. Excepto cuando intentas calmar tu sed de sangre por otras vías. Algo te pasa, así que suéltalo.

—No me pasa nada —le contradije.

—¿Qué parte de sales a cazar cada puta noche no has entendido?

—¿Qué parte de soy un puto guerrero no has entendido tú?

—No sé, llevamos juntos… ¿cuántos siglos ya?

—Y aún no sé cómo sigo aguantándote —le solté y él sonrió. Sí, teníamos ese tipo de relación. Daríamos la vida el uno por el otro, incluso si a veces hacíamos como que nos detestábamos. Siempre que no hubiera un Mac Cuill o un Mac Gréine cerca. Entonces nos conteníamos para no deleitarlos con nuestro tira y afloja. Son familia. Pero Ryan y yo somos primos. Es diferente.

—Cuéntame qué pasa o haré que la familia intervenga —me soltó y esta vez su gesto era serio—. No voy a dejar que te mates por estar aburrido, Kellan. Ya sé que eres un guerrero y que disfrutas saliendo a cazar, que no hay nada que te motive a seguir vivo, ya sé todo eso. No es la primera vez que lo hablamos.

—No es eso —negué—. Mila tiene una amiga que ha comprado un castillo.

—Leim Ui Bhanain —afirmó—. Me lo comentaron Kevin y Colin. ¿No fuiste de caza allí el viernes?

—Fuimos —afirmé—. Y está plagado de mierda.

—Una noche de lo más interesante, algo he oído —murmuró divertido. Seguramente había sido Conan. Es de los que disfruta contando batallitas y había estado entrenando con Aidan y Brian en nuestros terrenos—. En cualquier caso, no es algo que nos sorprenda. Aquello hace tiempo que bien, lo que se dice bien, no está.

—Estoy intentando limpiar aquello —le confesé.

—¿Solo? —me cuestionó.

—¿No me crees capaz?

—Creo que eres capaz de matar a un fomoriano con los ojos vendados y sin arma, si te lo propones —me contestó divertido—. Pero seguro, lo que se dice seguro, no es. Ese sitio es peligroso y lo sabes.

—Hay algo en el castillo —le dije—. Magia oscura.

—¿Pudiste sentirlo?

—No hace falta ser un sensible para notar algo así —repuse—. Sino pregúntales a los antiguos propietarios por la cantidad de cadáveres que encontraron bajo una trampilla.

—Kevin lo sintió —afirmó Ryan tras reflexionar algo—. Lleva varios días encerrado en la biblioteca estudiando sobre ese sitio.

—¿En serio? —le pregunté con curiosidad.

—No es algo que nos afecte —me advirtió Ryan—. Pero parece ser que se edificó sobre unas viejas ruinas celtas cuyo origen algo tiene que ver con los sensibles.

—Dime algo que no sepa —me burlé.

—Era una zona de paso entre planos —continuó Ryan—. Una puerta entre el mundo que Áine creó para las hadas y nuestra realidad.

—Parece más una entrada al inframundo —le contradije.

—Ryan quiere investigar qué pasó —me explicó—. Está leyéndose todos los diarios de Áine.

—¿No era la madre del druida?

—El mismo —afirmó Ryan—. De momento no parece tan desesperado como para pedirle a Mila que contacte con él, pero no descarto que acabe haciéndolo. Hay algo allí que le atrae como un maldito imán y ya sabes cómo es Kevin.

—No parará hasta llegar donde sea que quiera llegar —afirmé. Incluso si mi primo Kevin no era un guerrero, no éramos tan diferentes, después de todo—. Ayúdale.

—¿Qué piensas que he estado haciendo? ¿Dedicarme a la jardinería?

—He estado ocupado haciendo otras cosas, como para controlar lo que haces o dejas de hacer, primo. A diferencia de ti, que pareces decidido a meter tu nariz en asuntos ajenos.

—De acuerdo —accedió Ryan—. Yo me pongo en serio con lo de Kevin y el castillo de la amiga de Mila y tú me prometes no hacer una estupidez.

—¿Qué se considera estupidez? —le pregunté con una sonrisa ladeada.

—A la mierda, haz lo que te dé la santa gana, pero si te matan, que

sepas que me cabrearé mucho.

—Intentaré ir coordinando a nuestros primos para no ir solo —cedí finalmente. Admito que era más divertido ir acompañado. Al margen de mi propia seguridad.

—Dicho esto, una última pregunta —me pidió Ryan. Hice un gesto afirmativo—. ¿Vas a seguir yendo cada noche?

—Es posible, sí —admití—. Cuando no esté entretenido con otros placeres mucho más carnales.

—¿Por qué esa necesidad?

—Es una zona peligrosa —murmuré meditando la respuesta correcta a su pregunta—. No quiero que la amiga de Mila pueda ir a ver esas cuatro piedras y nunca más se sepa de ella.

—Juro que no se lo diré a Mila —se burló Ryan—. No fuera a pensar que quieres caerle bien.

—Que te den —le solté.

—Aunque salir a cazar cada noche, sigue pareciéndome excesivo.

—Quizás necesito un poco de acción para no pensar —murmuré encogiéndome de hombros.

—¿No pensar en qué? —me preguntó Ryan y me quedé mirándole. No, no era no pensar en qué. Era más bien no pensar en quién.

—Supongo que en todo —le contesté—. En Colin y Mila. En nosotros. En Bres matando a todas nuestras mujeres. En lo que nos hemos convertido. Olvidados por los nuestros. Ya no queda nada de nuestra antigua gloria y hay veces en que ya nada tiene sentido.

—Mila es una chispa de esperanza —afirmó Ryan—. Tendrán descendencia y nosotros, a estas alturas, tenemos tiempo.

—Eamonn dice que el druida insinuó que las sensibles son descendientes de Áine.

—Eamonn y el druida pueden decir lo que quieran —masculló Ryan —. Mila es hija de Anam. Una verdadera descendiente de la tribu. Los sensibles, son solo eso, sensibles.

—Pero Anam engendró con un sensible —le contradije.

—Era muy poderosa. Ella nos condenó, pero quizás fue capaz de revertir el conjuro para cuando a ella le interesó —matizó Ryan, con aspecto desconfiado—. No quiero que nos creemos falsas expectativas. Llevamos viviendo entre humanos y sensibles una eternidad y ninguno de nosotros ha encontrado jamás mujer alguna con la que romper la maldición.

—Tendremos que esperar a que Colin y Mila tengan hijas, entonces —murmuré pese a que esa idea cada vez me apetecía menos.

—Mientras tanto, no desaproveches la ocasión de disfrutar de los placeres más humanos si tienes la oportunidad —dijo Ryan.

—Nunca lo he hecho —le aseguré y Ryan empezó a reír. No, nunca había desaprovechado un lecho caliente con una o varias mujeres bien

dispuestas. Y no, no desaprovecharía la oportunidad de seguir disfrutando de Marisa. Con Marisa. Lo que fuera.

Pon un ogro en tu vida

ELIOT GRAY, hijo de Justin Gray, me esperaba en un bonito BMW con tracción en las cuatro ruedas. Era un hombre de unos cuarenta años, bien llevados, con ropa elegante, pero de corte deportivo. Nada de un traje demasiado planchado y pantalones de pinzas. Aunque solo nos habíamos visto una vez personalmente, casi era como un viejo amigo con el que te reencuentras al cabo de un tiempo. Uno con el que no me había acostado nunca, valga la especificación.

No, no éramos amigos. Era mucho más una relación formal, meramente laboral. En la que yo interpretaba mi papel, de ejecutiva, y él era el perfecto interlocutor entre el estudio de arquitectura de su padre y el cliente. O séase yo.

Era el tipo de hombre que me gustaba. Tenía un perfil masculino y sonreía con expresión amable aunque su mirada era inteligente. Era un hombre cuya personalidad podía intuirse pese a sus palabras amables y sus excelentes modales. Era agradable estar con alguien así. Alguien que te pregunta qué música quieres escuchar cuando entras en su coche, te pregunta sobre si has pasado un buen día y te alaba casi sin que te des cuenta con las palabras adecuadas.

Era el tipo de hombre que solía evitar por muchos motivos. El primero, y más obvio, porque era el tipo de hombres del que podría acabar enamorándome. Y no me había vuelto a plantear algo serio con un hombre desde hacía mucho tiempo. No quería que volvieran a decepcionarme. En segundo lugar, porque ellos no solían buscar lo que yo buscaba actualmente en una relación. Básicamente sexo espontáneo, casual, sin obligaciones ni compromisos. Este tipo de hombres buscaba más que eso, muchas veces. Y aunque cualquier hombre en su sano juicio, soltero y sin compromiso, no le dice que no a un buen aquí te pillo y aquí te mato, con este tipo de hombres, los buenos de verdad, eso puede ser solo un principio y no un cierre. Algo que durante mucho tiempo no he estado dispuesta a plantearme.

Quizás Hugo había sido el culpable de que me volviera desconfiada y tuviera miedo a volver a amar. Porque sí, no lo diría en voz alta, pero ese miedo estaba allí. Anidado en mi corazón. Entre la frustración y el sentimiento de soledad. La rabia. Era más fácil vivir con relaciones superficiales cuyo resultado, sinceramente, me resbalaba.

Durante los últimos dos meses Eliot y yo habíamos intercambiado

mails casi diariamente. Nos habíamos reunido, virtualmente, casi cada semana. En las primeras reuniones me sentía un poco tensa, lo admito, interpretando un papel que no era realmente el mío. Pero poco a poco fue naciendo la confianza. Y la fe el uno en el otro. Él en mi proyecto y yo en su capacidad de llevarlo a cabo.

Me gustaban esas reuniones y casi las esperaba con ilusión. Habíamos llegado a ese punto. Uno que quizás era un poco peligroso, pero como estaba a dos horas de vuelo no le había dado más importancia hasta ahora. Especialmente ahora. Sentada sobre la tapicería de cuero negro de su coche, en el que podía olerse la sutil y masculina fragancia de su colonia.

No era el primer hombre encantador y atento que me cruzaba durante los últimos años. Quizás estaba más sensible con lo de la boda de Ana. Con esa sensación de que los años, la vida, se me escapaban de las manos y no tenía del todo claro qué quería hacer con mi futuro. Mi proyecto era ese primer paso. La ilusión y las horas que le había puesto eran señal de que aquello realmente me importaba.

Eliot me había acompañado en esa ilusión durante los últimos meses. Podía entender un poco eso de los padres compartiendo la ilusión de ver crecer a su hijo. Sus primeros pasos, sus primeras palabras y sus primeros todos. Me sentía un poco así. Eliot conocía el proyecto casi mejor que yo misma, a estas alturas. Era un arquitecto brillante, igual que su padre. Que se había tomado aquello como algo personal, incluso sin serlo. Era uno de los motivos por los que había elegido el despacho de arquitectura de los Gray sobre otros mucho más conocidos. Justin Gray había creado aquel estudio de arquitectura con poco más de treinta años. Un hombre brillante que seguía supervisando y aportando su experiencia en los proyectos mientras sus dos hijos, Eliot y Erin, seguían sus pasos. Me había identificado rápidamente con él. Por lo de ser el hijo del jefe y aun así demostrar, día a día, su propia valía. Quería ser un poco como ellos, supongo.

Además, su estudio de arquitectura estaba especializado en reconstrucciones de edificios antiguos. El resultado siempre era respetuoso con el propio edificio y su entorno, sin buscar esos contrastes bruscos entre lo moderno y lo antiguo que estaban tan de moda pero que no era lo que yo tenía en mente. Tras las primeras negociaciones con Justin Gray, Eliot empezó a encargarse de mi proyecto. Nuestro proyecto, hasta cierto punto. Eliot era un hombre agradable y dinámico que transmitía calma y compromiso. Y, sin ser del todo consciente, había empezado a confiar en él. Al menos en lo que al castillo hacía referencia.

Era imposible no mirarle un poquito con ojitos. De esos que se plantean que hay un hombre detrás del arquitecto. No es que hubiera dicho jamás nada impropio. Ni que me hubiera lanzado miradas

lascivas. Nada que ver con alguien como Kellan, sumamente primitivo. Pero creo que había un algo. Quiero decir que no nos éramos del todo indiferentes. A veces las reuniones se alargaban un poco más de lo que era estrictamente necesario. Otras acabábamos hablando de temas no tan profesionales. Sobre cómo nos había ido la semana. Sobre nuestras vidas fuera de las cuatro paredes de nuestros respectivos despachos.

Tras un rato en silencio, volvimos a hablar de cosas superficiales, pero acabamos centrándonos en el castillo y en el propio proyecto de nuevo. Era adictivo poder compartir con alguien aquello y sentir la pasión y devoción de aquel hombre respecto a su trabajo. Sí, esa era otra cosa que me gustaba de él. El problema era que a medida que le conocía, cada vez había más cosas que me gustaban de él. Así que me había impuesto la obligación de marcar un espacio muerto entre nosotros. No podía permitirme pensar en alguien como él. Una cosa era Kellan. Un pedazo hombre cuyos intereses en mí eran meramente físicos. A Kellan probablemente le importaría un comino mi valía o mi astucia. Lo que a él le interesaba de mi persona era meramente físico. Y así me estaba bien. Perfecto, de hecho. No era como que yo también pensara en él como algo diferente a eso. Alguien con pasar un buen rato. Y dormir poco. Eliot en cambio era uno de esos hombres que te miran cuando hablas como si cada una de las palabras que pronuncias pudieran ser sumamente importantes. Solo con eso, con su forma de escuchar, hacía que te sintieras especial. Y a mí me encanta sentirme especial. Pero con él no podría simplemente desaparecer si las cosas se ponían demasiado intensas porque compartíamos el proyecto del castillo que nos llevaría, siendo optimistas, un año.

Cuando llegamos, Gray padre y un par de hombres más ya estaban haciendo fotografías al edificio y al terreno. Me gustaba esa sensación de que las cosas marchaban viento en popa. Entramos en una de las alas góticas, parcialmente destruida. Los hombres hacían observaciones bastante técnicas y Eliot me traducía todo lo que se decía a un lenguaje más coloquial. Me sentía como una niña pequeña cuando se acerca su cumpleaños. Aquello era real. Mi castillo. Las obras. Mi hotel.

Temblé ligeramente cuando mi mirada se alzó en dirección a las atalayas de la torre central. Cuatro pequeños salientes se elevaban majestuosos en sus esquinas. Sonreí al observar aquello bajo el sol que hoy nos había obsequiado con su presencia. Nada de extrañas sombras precipitándose al vacío. Nada que no fuera lo esperable. Piedras. Sonreí, pensando en mi propia estupidez. Realmente me había parecido ver a una mujer caer al vacío desde allí. Un fantasma, claro.

—Sabes, dicen que el castillo está encantado —le dije a Eliot mientras nos retirábamos un poco para observar una de las alas en peor estado. Justin y un par de hombres tomaban fotografías y

medidas de todo aquello.

Pronto se colocarían los primeros andamios. Las primeras vigas para volver a realizar la reconstrucción. Era emocionante. Estresante, también.

—Uno de tantos —afirmó Eliot—. Ya sabes, a los irlandeses nos encantan esas cosas. Las leyendas y todo lo que pueda dejar historias inconclusas.

—¿Y eso?

—Es romántico —me dijo encogiéndose de hombros.

—Lo del caldero de oro al final del arco iris me parece más de un hombre avaro que no de uno romántico —le contradije divertida y rio ligeramente por mi comentario.

—Podrías recrear algo así —me dijo—. Un arco iris y una búsqueda del tesoro.

—Hadas, te recuerdo que va de hadas —le corregí.

—Puedo imaginármelo —me susurró mientras me cogía de la cintura y nos alejábamos ligeramente de la vieja pared de piedra para observar el edificio en su totalidad. Me gustó eso. La familiaridad en la forma de cogerme—. ¿Lo ves?

Miré el castillo y sonreí ante aquella imagen. Sentí mi cuerpo estremecerse mientras mis sueños se fusionaban con la realidad frente a mí. Los colores parecían empezar a desdibujarse mientras se volvían más intensos y brillantes. Era todo luz en estado puro. Reflejándose a nuestro alrededor. Cerré los ojos y dejé que los recuerdos de la música vinieran a mí. Tentaciones tenía de ponerme a bailar yo misma allí.

—Es perfecto —susurré.

—*Siempre lo ha sido.*

—Será perfecto —me aseguró Eliot con una suavidad que casi parecía una caricia.

—Gracias —le dije mientras abría los ojos.

—A ti por confiar en nosotros —me contestó, aunque en su mirada había un destello de algo. Como si quisiera decir algo más. Pero no osó hacerlo.

—*Ven.*

—¿Estás bien? —me preguntó Eliot mirándome con atención. Sí, me había estremecido. Era difícil ignorar aquello. Ignorarla a ella.

Nunca la había escuchado con tanta nitidez. Con tanta fuerza.

Incluso no existiendo, claro.

O especialmente porque no existía.

Igual tendría que plantearme lo de ir a un psiquiatra. O algo.

—*Ven.*

—Sí, estoy bien —mentí mientras sentía que la piel se me erizaba y el viento cambiaba su calidez por un frío gélido. Fue entonces cuando mi teléfono emitió un pitido característico.

Miré la pantalla y sonreí al ver un mensaje de Kellan. No es que fuera de grandes mensajes, el hombre, pero la verdad es que era agradable poderme planificar un poco mi vida y que no se presentara a la brava de forma habitual. Que a veces lo hacía, sin más. Sin avisar y sin remordimientos por no hacerlo. Pero algo habíamos mejorado en nuestra no-relación. Nos habíamos intercambiado los teléfonos hacía unos días, después de una noche salvaje de sexo, en la que habíamos dejado una bonita suite como una leonera. Algo totalmente insignificante. Lo de darnos los teléfonos. El sexo había sido como él. Brutal.

«Te paso a buscar. Tengo una reserva para esta noche».

—¿Tienes buena cobertura? —me preguntó Eliot y creo que no me sonrojé, pero por una vez no podría asegurarlo.

—Sí —le aseguré mientras releía el mensaje por tercera vez.

Kellan ganaría mucho si aprendiera que existen las frases interrogativas. Lo peor del caso es que probablemente las conocía y no le salía de sus órganos reproductivos masculinos usarlas. Era así, arrogante y presuntuoso, pero dadas sus otras cualidades, no se lo tendría en cuenta. Kellan era un amante exigente, brusco y dominante, pero debo de admitir que sus habilidades en la cama estaban a la altura de su nivel de gilipollez. Bueno, en la cama, la ducha o cualquier superficie horizontal o vertical que se cruzara en su camino. En eso no podía quejarme. Tenía una imaginación desbordante. Una pena que no fuera un poco, no sé, más majo. O una suerte, porque si no, cada vez lo tendría más difícil en no sentir cosas por él. Cosas profundas, quiero decir. Cosas que no fueran meras reacciones físicas entre un hombre y una mujer.

"Estoy en Leap Castle con los arquitectos». Tecleé con rapidez mientras Eliot se alejaba un poco para darme cierta intimidad. Era majo hasta en eso. Ese sí que podía acabar dándome problemas. Tan condenadamente atento. Un auténtico caballero.

"Te paso a buscar allí».

Que se recorriera vete a saber cuántos kilómetros para venirme a buscar, me emocionaba un poco. Pero que fuera tan gilipollas como para dar por sentado que no tenía más compromisos que estar a su disposición cuando le venía en gana, me irritaba. Tentada estuve de enviarle algún mensaje sobre que tenía otros compromisos o que estaba con otro hombre, solo por irritarle un poco. Si a Kellan ese tipo de cosas podían irritarle. No lo hice porque la verdad era que me apetecía verle y después de varios meses de sequía, no podía decirle que no a una noche de sexo. A *otra* noche de *buen* sexo. Incluso si después el capullo se jactaba de ello.

—Listo —le dije a Eliot mientras me acercaba a él.

—Perfecto —me respondió con esa tranquilidad tan suya—.

¿Vamos a ver la otra ala? Parece que está mejor conservada.

—Genial —le aseguré—. ¿Es la de la capilla?

—Eso creo —afirmó.

—¿Sabes que encontraron un montón de huesos?

—¿Huesos? —me preguntó con aspecto sorprendido y una pizca de repulsión.

—Supongo que por eso lo de los fantasmas —bromeé guiñándole un ojo.

Me sorprendí a mí misma explicándole la historia que había descubierto, poco a poco, del castillo. Le hablé de los fantasmas de los que me habían hablado los antiguos propietarios. De lo poco que había leído sobre los O'Carroll. Y disfruté haciéndolo. Sentí la necesidad, extraña, de conocer más de su pasado. De su historia.

—*Hazlo.*

Sin nuevas intromisiones extrañas, palabras susurradas en el viento ni mensajes de textos de amantes autoritarios, la mañana nos pasó en un suspiro.

Escuché el ruido del motor del Hummer de Kellan cuando estábamos paseando por el primer piso con Eliot y su padre. Tendríamos que adaptar las habitaciones a la estructura original para evitar sorpresas desagradables. Y no, no me refiero a cadáveres debajo de una trampilla esta vez. Sino a grietas o arriesgarnos a que se nos cayera la parte del castillo que aún se mantenía en pie encima. Algo que sí sería un inconveniente. Había mil cosas, a nivel estructural, que debíamos tener en cuenta para las distribuciones. Hablaban de refuerzos y de debilidades como quien critica a la vecina del tercero y a su marido, pero en un léxico más técnico y basando sus críticas en las paredes de piedra de mi castillo.

Bajé escoltada por los dos Gray para encontrarme a Kellan hablando con uno de los técnicos como si fuera uno más allí. Que no lo era, centrémonos. Pero en esos momentos, no lo parecía. Un extraño, quiero decir. Kellan parecía cómodo mientras preguntaba y respondía con una comodidad que era poco habitual en él. Me refiero a que siempre parecía tenso, como si desconfiara de todo lo que le rodeaba. Por no hablar que a veces sus conversaciones se limitaban a monosílabos.

Nos acercamos a él y Eliot Gray le tendió la mano mientras le miraba con curiosidad.

—Eliot Gray —se presentó.

—Kellan Mac Ceht —le respondió aceptando esa mano y apretándola con un gesto solemne. Sentí un pequeño estremecimiento al ver el cruce de miradas entre los dos hombres.

—Justin Gray —se presentó el padre de Eliot con aspecto mucho más relajado y menos tenso. Kellan le estrechó la mano.

—¿Es usted de la constructora? —le preguntó Eliot mientras seguía estudiándolo.

—No —negó y tras lanzarme una larga mirada, añadió—. Soy un amigo de Marisa.

—¿Entiende de arquitectura? —le preguntó Justin con curiosidad porque había escuchado parte de la conversación de Kellan con el técnico.

—Algo —afirmó Kellan.

—¿Le interesaría ver el edificio? —le ofreció amablemente Gray padre, aunque creo que a Eliot la llegada de Kellan no le había gustado especialmente. Entendible. No era la alegría de la huerta, que digamos.

—Pude pasearme largamente la semana pasada cuando vinimos a hablar con los antiguos propietarios —remarcó Kellan desplazando su mirada de Gray padre para posarse con aspecto indiferente en Gray hijo—. Quizás en otra ocasión.

—Claro —aseguró Justin amablemente.

—¿Nos vamos? —me preguntó Kellan y sentí la mirada de los tres hombres sobre mi persona. Que Kellan me lo preguntara y no me lo exigiera, ordenara o impusiera, muy al estilo ogro, era un logro. Y aún no había insultado a nadie. Otro punto a su favor. Debía de llevar un buen día.

—Vamos —le contesté y me giré en dirección a Eliot—. ¿Cuándo te parece que me pase por tu despacho y miremos los primeros bocetos?

—A finales de la semana que viene —me ofreció Eliot tras mirar durante unos segundos el viejo castillo como si analizara la cantidad de trabajo que se le venía encima—. Pero puedes pasarte cuando quieras y te voy enseñando lo que tengamos un poco sobre la marcha.

—Finales de la semana que viene ya me está bien —le aseguré regalándole una sonrisa de esas coquetas que hizo acuse de recibo. Su sonrisa, a modo de respuesta, era abierta y franca. Muy diferente al gesto siempre sombrío y frío de Kellan.

—Igualmente te llamo en un par de días y te pongo al día —se ofreció con esa suavidad suya. Le repuse haciendo un gesto afirmativo y me despedí del resto de los hombres.

Caminé con pasos firmes siguiendo, para variar, la espalda de Kellan. Digo yo que podría algún día simplemente esperarme y caminar a mi lado, ¿no? No era pedir tanto. No es que quisiera que me cogiera de la cintura o de la mano. Ese tipo de cosas las hacen las parejas, supongo. Y él y yo llevábamos un rollo muy diferente. Pero joder, que aunque tenía un culo que era digno de mirar, parecía un perrito siguiendo a su dueño. Y yo no soy el perrito faldero de nadie. Soy Marisa Carreras. Aunque a veces Kellan parecía que se olvidaba de eso en concreto.

Subí a su coche cuando él ya estaba dentro y con el motor en marcha. Si tanta prisa tenía, ¡que no hubiera venido! Me até el cinturón de seguridad mientras él ponía el coche en movimiento. No nos dijimos nada mientras el coche se alejaba de Leap Castle. Kellan no era de poner música en el coche. Creo que Kellan no era dado a nada que pudiera implicar diversión de algún tipo. Excepto el sexo, claro.

—¿Se puede saber desde cuándo somos amigos tú y yo? —le pregunté con una sonrisa traviesa cuando ya me aburría con ese tedioso silencio.

—Nunca me ha gustado la palabra *amantes* porque proviene de la palabra *amans*, amar en latín —manifestó sin mostrarse irritado ni molesto—. Decir que era el primo de una amiga tuya me ha parecido que era dar una información innecesaria y poco precisa. Si prefieres, la próxima vez puedo decir que follamos juntos de tanto en tanto.

—La próxima vez, déjalo en amigos —concluí entre risas.

—Parece que va a hacerse realidad tu pequeño sueño —me dijo tras un rato, con voz ronca y aspecto preocupado.

—Yo nunca sueño en pequeño —le contradije divertida—. Pero sí, parece que va tomando forma.

—Me alegro —afirmó y supe que por una vez hablaba con el corazón—. Ese lugar podría llegar a ser un sitio especial.

—Lo será —le aseguré.

—Igual tendrías que hablar con Mila y Colin sobre lo de los fantasmas —anunció.

—Se lo dije —le confesé—. No entró en una crisis de risa histérica, pero vamos, que conozco a Mila desde que tiene seis años. Ella no se traga ese tipo de cosas.

—Igual te sorprendes —se burló Kellan—. Hablaré con Colin.

—Tú mismo.

No quería que Kellan o Colin preocuparan a Mila con mis cosas. Ella ya había tenido sus propios problemas. Después de huir de Madrid y de cerrarse en sí misma para recuperarse de sus heridas, se estaba empezando a abrir de nuevo. Poco a poco. Me molestaba aquello. Que tuviera que hacer algo que para nosotras siempre había sido totalmente natural. Pero supongo que después de perder a su padre necesitaba tiempo y yo estaba más que dispuesta a dárselo. No quería involucrar a Mila con las absurdas historias de fantasmas y los cadáveres de debajo la trampilla. Al menos, no de forma que no fuera meramente superficial. Porque con ella, todo podía acabar saliendo a la luz. Y cuando digo todo, me refiero a todo. Había cosas que nunca había dicho en voz alta. Lo de mis sueños. La mujer. Las palabras que a veces parecía traerme el viento. No, no estaba loca, en serio. Era absurdo. Solo eso. Pero con Mila… yo también le estaba ocultando

cosas. Porque si ella me preguntaba, si ella intentaba rascar para descubrir la verdad y no lo que exponía de forma impersonal a primera vista, existía la posibilidad de que no fuera capaz de seguir encerrándolo dentro de mí. ¿Y qué pensaría ella? ¿De esa obsesión mía con el castillo y con esas criaturas aladas? Quizás a ella le pasaba lo mismo. No se atrevía a abrirse porque si lo hacía, saldría todo. La mierda de su padre. La tristeza, la rabia, la decepción. Podía entenderla. Incluso si no me gustaba.

—¿A dónde vamos a todo esto? —le pregunté cambiando de tema.

—A un castillo.

—¿Me llevas a tu casa?

—No —negó Kellan antes de añadir, dubitativo—. Te llevaré un día a echarle un vistazo, si quieres, pero no suelo llevar a mujeres a dormir allí.

—Visita de cortesía únicamente —le prometí, divertida—. Te entiendo perfectamente. A mí tampoco me gusta llevar hombres a mi piso. No sabes cómo sacarlos de allí por la mañana y para colmo tienen tu dirección.

—Algo así —admitió mirándome fugazmente—. Por cierto, ¿te acuestas con el arquitecto?

—¿Con Justin Gray? —le cuestioné y me puse a reír a carcajadas—. Es un poco mayor para lo que me suele gustar.

—Con el hijo —gruñó.

—¡Eliot! —exclamé divertida por la incomodidad evidente de Kellan—. No. Vamos, hemos tenido algunas reuniones telemáticas. Barajábamos tres estudios de arquitectura, y queríamos tener ya uno más o menos cerrado por si todo salía bien, y fue con él con quien mantuve las conversaciones. Su padre es un negado con las nuevas tecnologías, por lo visto.

—Parece majo —comentó Kellan y no tengo claro si había un punto de sarcasmo en sus palabras.

—Es encantador, la verdad. Se esmera en abrirme las puertas y no ha soltado una sola palabrota en toda la mañana —destaqué ligeramente divertida.

—Un portento —ironizó Kellan.

—Me ha pasado a buscar por casa de Margaret y hemos venido juntos en su coche. Tenemos solamente una relación, laboral, en cualquier caso. Así que no, no me he acostado con él. De hecho, no es que me suela acostar con cualquier cosa que lleve algo colgando entre las piernas, suelo ser un poco más exigente, ¿sabes? Eras tú el que se lo montaba con animales, no yo.

—Excepto que tenga una mujer dispuesta toda la noche —ronroneó poniéndome caliente. Y eso que de entrada me tenía un poco cabreada. No tengo claro por qué. Quizás por la insinuación de que

me acostaba con cualquier hombre que me rondara. O quizás porque había cierta indiferencia en él ante esa suposición.

—Me cae bien —le dije y añadí un tanto irritada—. Igual quedo algún día de estos con él a cenar, o algo. ¿Supondría eso un problema?

—Supongo que no —negó Kellan y la verdad es que su respuesta me decepcionó un poco, lo admito—. Aunque es poco habitual que una mujer con la que me acuesto tenga la necesidad de buscar otro hombre. Sería una novedad.

—Puede que te falten modales, Kellan, pero desde luego lo que te sobra es ego —le recriminé.

—Tienes mi teléfono —me dijo tras tomarse un tiempo—. Es más de lo que suelo conceder. Puedes llamarme o lo que sea.

—¿Por si una noche me despierto sudada, lujuriosa y totalmente insatisfecha? —me burlé.

—Especialmente para eso —me contestó con una sonrisa traviesa en su rostro.

—¿Y si me apetece ir a tomar algo a un sitio bonito? —le pregunté.

—Tienes a Mila —protestó irritado y añadió como si hacer esa concesión le molestara especialmente—. Podríamos mirar de hacer algo diferente algún día, pero la última vez que fuimos a un restaurante juntos, acabamos en el lavabo, te lo recuerdo.

—Lo recuerdo perfectamente —le contesté entre risas mientras sentía el calor ascender por mis mejillas—. Tenemos trato, entonces.

—Siempre que cuando tengas que ir a Leap Castle te acompañe —añadió como si aquello fuera una condición para lo que sea que estuviéramos pactando. Sinceramente, no tenía del todo claro dónde estábamos o qué estaba intentando definir Kellan. Probablemente, él tampoco.

—¿Por algún motivo en concreto?

—¿Porque me apetece?

—Eso parece hasta amable por tu parte —remarqué y él mostró un gesto irritado, como si mis palabras más que una alabanza fueran algo así como un insulto—. Lo tendré en cuenta. Que no quiere decir que lo haga. Pero gracias, en cualquier caso.

—Nuestro castillo está cerca de Tullamore, a poco más de una hora de Dublín. Suelo venir a Dublín un par de veces a la semana —me explicó tras un rato en el que simplemente seguimos la carretera, en silencio, mientras yo dejaba vagar mi mirada por el paisaje que nos rodeaba. Verde y salvaje. Simplemente perfecto—. Podría pasar la noche en Dublín en vez de volver a casa.

—¿Un par de noches a la semana? —le pregunté ligeramente sorprendida—. Supongo que podría mirar de cuadrarlo en mi agenda.

—No usas agenda —remarcó lanzándome una mirada divertida.

—Ahora voy a ser una mujer ocupada —le aseguré—. Igual hasta

tendré que comprarme una.

—No me lo digas, rosa y con purpurina —se burló él.

—Pues tal vez —le contesté, sin intimidarme lo más mínimo. Nos pasamos el resto del viaje retándonos el uno al otro con estupideces varias. Kellan no era persona de conversaciones profundas y yo, la verdad, es que tampoco. Su franqueza a veces era un poco molesta, irritante, pero al mismo tiempo estar con él era como un soplo de aire fresco. Empezaba a habituarme a su presencia. A su compañía. Y así, sin apenas darme cuenta, el ogro entró a formar parte de mi vida.

XV

Hazte a la idea

TRAS LAS primeras semanas, podría mentir diciendo que lo que me traía entre manos con Kellan era solo sexo. Que lo era, fundamentalmente, pero la realidad es que me gustaba pasar tiempo con él. Creo que eso nos sorprendía a ambos, de hecho.

Mis hábitos cotidianos parecían estar cambiando. En el sexo, no. Era en todo lo que va después. No, no me escapaba a hurtadillas, con la risa contenida, sintiéndome atrevida y rebelde. Inalcanzable.

En vez de eso, acabábamos durmiendo juntos, abrazados, y nos despertábamos de la misma forma. Algo que no hacía habitualmente con un hombre. Y menos de forma reiterativa. Que no quiero decir que no hubiera dormido con algún hombre que no fuera Hugo durante los últimos años, pero normalmente se debía más a mi estado de embriaguez, la pereza de buscarme un taxi o el propio cansancio del acto sexual en sí. No era tanto querer dormir arropada entre unos brazos firmes y un cuerpo de infarto. Y eso era algo que a veces me sucedía con Kellan. Me gustaba despertarme abrazada a él, sintiendo su piel y su corazón latiendo a mi lado. Sentirle a mi lado. Me hacía sentir extrañamente viva.

Si a él eso le molestaba o le gustaba, no sabría decir. Kellan no era de los que hablaban de ese tipo de cosas y el tema de las emociones creo que era algo así como tabú entre nosotros. Y en serio me alegraba que los dos tuviéramos las cosas claras incluso si, de alguna forma, todo se estaba complicando. En cualquier caso, tarde o temprano volvía a dar señales de vida y acabábamos repitiendo, así que supongo que tampoco le importaba. Sabía que era reticente a meter a una mujer en su casa, algo que compartíamos, pero respecto a dormir con ellas, no podría poner la mano en el fuego.

Me justificaba a mí misma diciendo que sería poco apropiado llegar a las tantas de la madrugada a casa de Margaret. Que si estuviera en Madrid no sucumbiría a ese pequeño placer de dormirme entre sus brazos y despertarme arropada junto a su cuerpo. Era una mala mentira, pero sonaba bien en mis oídos. No me gustaba pensar que el ogro hubiera conseguido romper mi armadura de hielo. Incluso si lo había hecho. ¿Cómo? Ni idea, en serio. No sería por sus palabras amables, cargadas de ternura y elogios, eso no, desde luego. Ni por su gesto duro y sus comentarios un tanto insultantes, no tanto contra mí, sino contra la humanidad en general. Para muchas cosas, el ogro se

sentía superior al resto del mundo y no tenía reparo alguno en hacerlo saber.

Si las noches de sexo eran espectaculares, nada tenían que envidiarles las mañanas. Kellan no parecía tener prisa cuando nos despertábamos. Desayunábamos tranquilamente antes o después de darnos un último revolcón. O un par. A veces. Pero siempre encontrábamos tiempo para hablar. Sí, el hombre de los monosílabos resultaba ser un orador formidable, cuya entonación me cautivaba mientras me narraba viejas historias llenas de dioses celtas, leyendas de lugares que esperaba algún día conocer. Kellan no era de los que adornaban las historias. Las palabras eran las justas, sin grandes descripciones pero las suficientes como para transportarte y hacerte partícipe de su contenido. Me gustaba ese Kellan, más despreocupado, relajado.

Cuando él no tenía ganas de hablar, acababa explicándole todas las novedades de mi castillo. De las obras que tenía en mente hacer y de los avances en el proyecto. A veces, me hablaba de la historia de Leap Castle. Leim Ui Bhanain, como él solía llamarlo. Me encantaba cuando lo hacía.

Yo no diría que Kellan y yo mantuviéramos propiamente una relación, aunque lo cierto es que nos veíamos con relativa frecuencia. Tal y como habíamos más o menos acordado, solía quedarse un par de noches en Dublín y compartíamos su habitación en alguno de los mejores hoteles de la ciudad. Solía ser poco previsible y eso me gustaba. El no saber. El no planificar. Hacía que todo se volviera menos formal.

Tampoco hablábamos de nosotros, de emociones o cosas de esas. Que igual un día deberíamos hacerlo, pero creo que a ninguno nos apetecía hacerlo y con eso estábamos bien. Seguía siendo solo sexo. En teoría.

—¿Estás bien? —me pregunto Eliot con media sonrisa.

—¿Lo he vuelto a hacer?

—Lo has vuelto a hacer —confirmó.

—Últimamente la cabeza me va y viene —murmuré un poco enojada de que Kellan y lo que no teníamos interfiriera, una vez más, en mi presente.

—¿Duermes bien? —me preguntó con expresión preocupada.

—No mucho —admití. Bien fuera porque Kellan me tenía hasta las tantas jadeando o porque los sueños volvían a tomar el control de mi mente, haciendo que me sintiera más agotada al despertar que al acostarme.

—¿Y eso?

—Estrés —repuse—. Necesito relajarme unos días, pero nunca encuentro el momento.

—¿Qué sueles hacer para relajarte? —me interrogó.

—Una playa paradisiaca y barra libre, obvio —le solté y empezó a reír. Su risa era alegre y su expresión familiar. Me entendía bien con él y estaba claro que había una cierta conexión entre nosotros. Buen rollo. Sí, de ese que no se basa en monosílabos, en frases cortantes y en un aquí te pillo y aquí te mato.

Eliot sería de los que me abriríanla puerta y seguro que después del sexo me preguntaría quétal estaba. Kellan lo daba por sentado. Todo. Y eso me molestaba bastante. Que pensara que lo sabía todo y no había margen de error. Él aún daba por sentado que lo nuestro era solo sexo. Y lo era. Más o menos. ¿No?

¿Qué haría Marisa Carreras? La verdadera Marisa Carreras, y no esta impostora que estaba haciéndose con el control de su cuerpo. Mierda de responsabilidades, en serio. Me estaban cambiando el carácter. Eso y no dormir.

Marisa Carreras se tiraría a la piscina. ¿Con Kellan? Ni de coña, vamos. Ese era solo un tentempié. Era un hombre para entretenerse, no para acabar jodidamente enamorada. No era mi estilo. Para nada.

No como Eliot. Él sí podría ser un poco mi estilo. Y no es que quisiera una relación como tal. Solo estaba valorando las evidencias. Y ahí me asaltó una pregunta que me sorprendió. ¿Qué hacía yo liada con Kellan pudiendo estar con alguien como Eliot? A ver, que Kellan era fuego en estado puro. Que nadie podría criticarme que, pese a ser un misógino, hubiera sucumbido a su atractivo y hubiera acabado acostándome con él. ¿Pero repetir? Podría alegar enajenamiento mental. A nivel legal igual cuela, a nivel moral era otra cosa.

—¿Vamos a cenar o tomar algo? —le pregunté en un impulso a Eliot.

Su cuerpo se tensó ligeramente mientras me observaba con curiosidad.

—Por supuesto —afirmó finalmente—. ¿Tienes algo especial en mente?

Tener, tenía muchos. Todos los malditos sitios a los que Kellan me había llevado. A veces cenábamos antes de subir a la habitación. Todo un logro. Mierda, ya estaba pensando en él otra vez.

—¡Es tu ciudad! —exclamé un poco a la defensiva. No es que estuviera enfadada con él. Estaba enfadada conmigo misma—. ¿Algún sitio al que te gustaría llevarme?

—Pensaré en alguno bonito —me contestó con una genuina y amplia sonrisa. Sí, con Eliot todo sería mucho más fácil—. ¿Hay algo que no puedas comer o no te guste?

—Soy celíaca, tengo alergia a la proteína del huevo y se me inflan los labios si alguien come cacahuetes a menos de veinte metros —le contesté y Eliot parecía tomar nota mental de todas mis indicaciones

—. No, bobo. Cualquier cosa me estará bien.

—Así que me estabas tomando el pelo —observó con aspecto divertido.

—Un poco —le confesé haciendo un puchero y en sus ojos brillóese punto de atracción, tan evidente en los hombres. Sonreí. Se sentía bien eso. Sentirse deseada, pero sin ese punto de arrogancia de quien da por sentado que aquello es posesión suya.

—Creo que me va a gustar esa faceta tuya —afirmó finalmente tras sostenerme la mirada—. Si me das media hora, acabo con unos mails que tengo que enviar y podemos ir juntos desde aquí. Creo que sé de un sitio que podría gustarte.

—Perfecto, avisaré a Mila que había quedado en pasarla a buscar.

—Si prefieres, podemos quedar más tarde —se ofreció Eliot.

—No, estará bien así —le aseguré mientras capturaba mi teléfono y empezaba a escribir a Mila para advertirle.

Caminamos uno al lado del otro por la orilla del río Liffey hasta cruzar el Ha'ppenny Bridge y empezar a callejear hasta que llegamos a un pub irlandés de aspecto antiguo. Madera añeja en las ventanas y en las puertas y cristales ligeramente oscurecidos con el tiempo.

—Espero no equivocarme —me dijo con aspecto confiado—. Es un lugar que a mí, personalmente, me permite desconectar.

—Eso es justo lo que necesito —le aseguré, incluso si un pub era el último lugar al que hubiera pensado que Eliot Gray me habría llevado en una primera cita. Si esto lo era, claro.

Dentro, destacaban cientos de banderines con los colores de Irlanda y sonaba una música cargada de tonos celtas por los altavoces. Un camarero saludó a Eliot desde la barra.

—Solemos venir aquí con mis amigos a ver partidos —me confesó —. Pero tienen la mejor comida tradicional de Dublín y el ambiente es siempre alegre.

—Eso está bien.

—Pero esperabas algo diferente —añadió, le sonreí, pero ni le negué ni le confirmé aquello—. No tenía muy claro si era un vamos a tomar algo como colegas o un vamos a tomar algo en algún otro sentido.

—¿Es una pregunta? —le cuestioné batiendo las pestañas. Eliot rio mientras me observaba.

—Estaría bien saber qué terreno piso —admitió—. Pero supongo que puedo adaptarme e ir descubriéndolo.

Sonaba bien, ¿no?

—Creo que el sitio es genial —cedí tras recorrer la mirada por el local. Era viejo, pero no en el mal sentido. De alguna forma ayudaba a que te transportaras a otra época. A otro lugar. Estaba en Dublín. En

Irlanda. Y ni siquiera había hecho esto antes. Ir a un maldito pub donde pusieran música celta, para beberme una pinta de Guinness y comer estofado irlandés.

—Me alegro —admitió Eliot.

El camarero se acercó a la mesa y Eliot me informó sobre los diferentes platos típicos mientras el hombre del delantal bromeaba. Era un ambiente cálido y familiar. Distendido. No había aquí tensión alguna y me sorprendió que me sintiera tan cómoda con Eliot y ese punto de sentido del humor que empezaba a demostrarme entre pintas que se vaciaban a un ritmo para nada despreciable. Eso también ayudaba.

—Tendríamos que repetir esto —me animó Eliot—. Sabes, creo que tú y yo, de alguna forma, nos entendemos bien.

—Soy una mujer fácil —le contesté guiñándole un ojo.

—Déjame que lo ponga en duda —masculló divertido.

—¡En serio! —me defendí—. Soy un manso corderito.

—Más bien un lobo disfrazado —me contestó y empecé a reír.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Depende de la situación y la necesidad —me soltó haciéndome reír.

—¿Aquí y ahora? —le pregunté.

—Creo que podría ser lo que tú quisieras —me dijo y su mirada se intensificó mientras daba un largo trago a su pinta sin dejar de mirarme.

—Un buen arquitecto —le contesté con mirada pícara.

—Siempre me quieren solo para eso, las mujeres —bromeó.

—¿No tienes novia? —le pregunté con curiosidad.

—Divorciado hace dos años —me informó mientras se encogía de hombros.

—¿Qué pasó? —le pregunté con curiosidad.

—Se nos fue de las manos —me contestó—. Ella era comercial y viajaba mucho. La destinaron al norte y al final se puso un piso para poder estar allí entre semana y no estar todo el día con el coche. Llegó un punto en que perdimos el proyecto común que se suponía que teníamos.

—Lo siento —le dije con sinceridad. Era extraño, hacía tiempo que no tenía una conversación de este tipo. Confesiones, confidencias, amistosas. Incluso si había ese algo que venía condicionado por el hecho de que hubiera una cierta atracción, interés o como se quiera llamar, entre nosotros.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Qué hay de ese hombre que se presentó en Leap Castle?

Claro, tenía que aparecer él.

—No sabría decirte —le contesté haciendo una mueca—. Te diría

que amigos con derecho a roce, pero realmente no somos amigos.

Eliot empezó a reír. Carcajadas francas, sinceras.

—Así que lo dejaremos con lo de que hay roce —se burló él divertido.

—¡Y mucho! —le solté y ambos empezamos a reír.

—Igual estoy muy oxidado, pero casi puedo asegurar que para lo que nos tenemos entre manos, este lugar es perfecto.

—¿Y qué nos tenemos entre manos? —le pregunté divertida.

—La necesidad de tener cerca a otro ser humano —me soltó con una amplia sonrisa—. Compartir unas pintas, unas risas, unas cuantas confesiones y probablemente una buena resaca mañana. Eso es algo muy irlandés, la verdad.

—¿En serio? —me reí—. Pues lo haré por empatizar con vosotros.

—¡Otra pinta! —exclamó Eliot y el camarero empezó a reír tras la barra mientras llenaba un par de jarras.

—Espero dormir esta noche —le dije mientras apuraba el último trago de mi jarra antes de que me trajeran otra repleta hasta los topes —. Con todo lo del castillo, me paso las noches soñando en cómo quiero que sea.

—Eso es no desconectar del trabajo —se identificó él—. Va todo bien, relájate. En nada ya tendremos todos los andamios colocados y empezaremos con la restauración.

—Estoy nerviosa.

—Es normal —me aseguró—. Pero no hay nada que no pueda solucionarse en un sitio como este.

—A base de pintas —remarqué mientras elevaba la mía y las hacíamos chocar. Salpicamos la mesa con espuma blanquecina, pero a nadie pareció importarle aquello. A mí tampoco.

—¿Qué tal con tu amiga?

—¿Mila? —le pregunté y él hizo un gesto afirmativo—. Bien. Solo que entre que trabaja bastante y no vive en la ciudad, la veo menos de lo que pensaba. Menos que cuando vivíamos en Madrid, de hecho. También tiene mucho que ver con lo de que está con un irlandés.

—Chica lista —me dijo guiñándome un ojo. Me reí.

—Sabes, no pensaba que fueras a ser tan así —le dije.

—¿Tan así? —me preguntó Eliot y empezó a reír.

—No me pidas que me exprese dignamente cuando ya me tienes medio borracha.

—Tendremos que solucionar el otro medio —bromeó—. ¿Y qué hay de ti? Hubiera pensado que eras la típica mujer que quiere encontrar al hombre perfecto, casarse, tener hijos y esas cosas. En vez de eso estás aquí, con un pobre arquitecto, preparando el que será el hotel temático irlandés más espectacular de la isla.

—No es que haya muchos más.

—No te quites el mérito —sentenció guiñándome un ojo. Mi teléfono empezó a vibrar.

—La verdad es que sí quería esas cosas —le dije haciendo una mueca, sorprendiéndome a mí misma por decir aquello en voz alta a alguien que era medio desconocido—. Pero no funcionó y decidí que eso del amor era demasiado complicado. El sexo es otra cosa, mucho instinto y poco comerte la cabeza.

—Mejor comerse otras cosas —me soltó Eliot y ambos empezamos a reír. Sí, esas pintas empezaban a subir, como su blanca espuma. Eliot pidió otra. ¿La cuarta? ¿La quinta? Había perdido la cuenta.

—Eliot Gray —le reprendí—. Es usted un marrano.

—Estaba siendo sincero —se defendió alegremente—. Te entiendo, en serio. Creo que yo sigo buscando eso. Una familia. Me gustaría tener hijos que siguieran mis pasos, los de mi padre, pero la verdad es que eso es cosa de dos.

—Pero depender de otro te vuelve vulnerable —admití y él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Y no es controlable —añadió tras un silencio cómplice.

—Disculpa —le dije mientras buscaba entre mis cosas, en el bolso, el teléfono que volvía a vibrar con insistencia—. ¿Mila?

—*Creo que he metido la pata* —me soltó a modo de saludo.

—¿Ha pasado algo con Colin? —le pregunté poniéndome seria de golpe.

—*¿Con Colin? No, ¡claro que no!* —negó ella—. *¡Con Kellan!*

—¿Kellan? ¿Qué ha pasado con el ogro? —le pregunté y Eliot empezó a reírse a carcajadas al oír que le llamaba así.

—*Que por lo visto no le ha sentado muy bien que hubieras quedado con el arquitecto.*

—Ah, eso.

—*¿Estás borracha?*

—Solo un poco.

—*Marisa…*

—Un poooco bastaaaante —le dije poniendo voz de borracha—. No, en serio, solo estamos echándonos unas risas, que la verdad, ya tocaba.

—*Pues Kellan va para allá.*

—¿Para dónde?

—*Para donde sea que estés* —me informó Mila. Empecé a reír.

—¿Y cómo va a saber dónde estoy? —le pregunté a Mila entre carcajadas—. No te preocupes, luego le escribo un mensaje.

—*No lo entiendes* —me dijo Mila que parecía estar haciendo un esfuerzo en hacerme entrar en razón mientras yo estaba con la risa tonta—. *Kellan va a encontrarte.*

—Dublín es grande.

—*Joder, Marisa. Vigila con Kellan, en serio. Puede ser muy temperamental.*

—Vale, ¿estás intentando asustarme?

—*No, claro que no* —negó ella—. *O igual sí. ¿Serviría?*

—No.

—*Vale, solo recuerda lo que pasó en la discoteca cuando viniste con Ana* —me dijo.

—Vale, eso sí que lo recuerdo —le dije haciendo una mueca—. No te preocupes, Mila, en serio. Aquí nos tomaremos una copa más y luego me voy para casa de Margaret a dormir la mona.

—*¿Sola?*

—La duda ofende.

—*Sé de una que diría que es un desperdicio.*

—Hoy no. Mañana. Mañana igual sí que lo digo —le solté y Mila empezó a reír y finalmente nos despedimos.

—¿El ogro? —me preguntó Eliot tras colgar el teléfono—. No me lo digas…

—¡Ese! —le dije y ambos empezamos a reír.

—Sabes, sospecho que te gusta —me dijo.

—Empiezas a caerme mal —le contesté.

—Así que es eso, ¿no? —me presionó, divertido.

—Es el anti-todo —le dije haciendo una mueca.

—Tendrá sus encantos —se burló él y alzó las manos cuando vio que estaba dispuesta a enumerarlos—. Prefiero no saberlos, en serio. Habla con él. De lo que sea que sientas. No dejes que el miedo te pueda.

—A mí el miedo no me puede —le aseguré elevando el mentón. Eliot me miró y empezó a reírse. Joder. Apreté los labios y empecé a reír yo también.

—No debería haber bebido tanto —admití.

—Yo quería invitarte a una última —me dijo.

—Y salgo de aquí en ambulancia —destaqué.

—¡Exagerada!

—Mi hígado no es irlandés —le contesté.

—Pero el de tu hombre, sí —me soltó y arrugué la nariz cuando me dijo eso. Su mirada se desplazó hacia el centro del local. Me giré a observar la figura, entre sombras, que había allí.

Era él. Apuesto como ningún otro. Y con una cara de cabreo como pocos.

—No —susurré sintiéndome como una colegiala a la que acaban de pillar fumándose un pitillo.

—Pues yo diría que sí —anunció conteniendo a duras penas las carcajadas Eliot—. Sí que tiene un algo de ogro.

—¡Te va a oír! —musité entre dientes mientras Kellan me

observaba con expresión francamente enojada, sin dejar de mirarme.

—No te preocupes que le hacemos beber unas cuantas pintas y todos amigos —me aseguró Eliot mientras levantaba la mano en dirección al camarero mostrando tres dedos.

Kellan empezó a acercarse.

—¿Se notaría si me meto debajo de la mesa? —le pregunté a Eliot *sotto voce*.

—Podría ser malinterpretado —me soltó entre risas—. No, no creo que a nuestro ogro celosito le hiciera especial gracia.

—En un local pateó a cinco tíos a la vez —le conté ignorando eso de los celos. ¿Kellan celoso? ¡Pero si era la cosa más fría que había!

—¿Eso no podías, no sé, habérmelo dicho antes? —me recriminó, aunque su expresión era francamente divertida.

Y en ese momento, Kellan llegó hasta nosotros. Casi al mismo tiempo que el camarero, haciendo equilibrios con una bandeja en la que destacaban tres pintas repletas de cerveza negra.

—Tómate una con nosotros —le pidió Eliot como si nada. Kellan le observó con esa frialdad suya y luego posó su mirada en mí. Sentí que todo se removía en mi interior. Finalmente, sin decir nada, se sentó en el asiento libre—. ¿Te gustaría comer algo? El asado es fabuloso.

—Lo que me gustaría es partirte la cara —le soltó Kellan con esa expresión dura y añadió encogiéndose de hombros—. Pero la pinta la verdad es que me apetece.

—Mejor la pinta, entonces —soltó Eliot y yo empecé a reír.

—¿Está borracha? —le preguntó Kellan a Eliot, ignorándome ligeramente.

—Solo un poco —repuse—. Y no estoy sorda.

—Achispada, diría —le contestó Eliot.

—Lleváis unas cuantas —remarcó Kellan tras vaciar media jarra de un solo trago. Si seguía a ese ritmo, igual hasta se nos unía y hasta se reía un rato. Por soñar…

—Nos estábamos poniendo al día —le contó Eliot.

—Te habrá dicho que estamos juntos —le advirtió Kellan a Eliot mirándole con gesto indiferente.

—Estamos más revueltos que no juntos —intervine mientras me daba por reírme de mis propias palabras. ¡Qué ingeniosa que me había vuelto a base de pintas!

—No con esas palabras, pero sí, supongo que sí —le contestó Eliot y alzó su jarra para brindar con Kellan. ¿En serio? ¿Qué extraña fraternidad irlandesa chunga estaba presenciando? Brindaron.

—Quizás tendría que opinar al respecto —protesté observándole.

—Opina —me contestó Kellan observándome mientras alzaba una ceja. ¿Se divertía por mi estado de embriaguez o se avergonzaba? No sabría decir.

—Eres un maldito ogro —sentencié tras tomarme mi tiempo. Eliot empezó a reír y le salió espuma hasta por la nariz.

—Creo que voy al servicio —nos dijo mientras se levantaba de la mesa, entre risas. Kellan le ignoró.

—¿Eso supone un problema? —me preguntó finalmente.

—Hombre, un poco —mascullé—. No puedes venir y soltar que estamos juntos. No lo estamos. ¿No? Quiero decir que yo no quiero una relación. Y tú tampoco. Nos acostamos juntos.

—Con frecuencia —remarcó.

—Nos acostamos juntos con frecuencia.

—Eso.

—Y estamos bien —concluyó.

—Ves, si en el fondo nos entendemos. Eso es lo que quería decir. No sé a qué viene todo esto —dije finalmente y me refugié en mi jarra de cerveza para darle un largo sorbo.

—Esto viene a que, por lo visto, no me gusta imaginarte en los brazos de otro hombre.

—Nos estábamos riendo un rato, la verdad es que no tenía intención de acostarme con él —le contesté.

—Quiero la certeza, no la intención —gruñó—. ¿O acaso te sería indiferente que yo me acostara con otras mujeres?

—¿Otras? Claro, tenías que usar el plural.

—Lo he hecho antes —me advirtió con gesto altivo—. Dos o tres a un mismo tiempo. Tres o cuatro a lo largo de la noche. Soy un… hombre con necesidades vivas. Nunca, antes, una sola mujer había podido aplacarlas. Y quiero a esa mujer en exclusiva.

—Lo que eres, es un pervertido —le solté incluso si me sentía nerviosa y la intensidad de su mirada hacía que la mía se enturbiara pese al alcohol. Había algo más fuerte que mi estado de risa fácil y palabras ligeras.

—Niégame que no me quieres dentro de ti —me susurró tras acercarse a mí y rozarme con sus labios el lóbulo de la oreja mientras su aliento me hacía estremecer—. Niégame que no disfrutas con todas y cada una de las veces en las que te hago mía. Niégame que no quieres seguir justamente así, despertándote desnuda entre mis brazos. Niégamelo. Pero sabré que mientes.

—Sabes cómo excitar a una mujer —jadeé ligeramente.

—Solo quiero excitarte a ti, Marisa —susurró y creo que se sorprendió a sí mismo al decir eso—. Y quiero ser solo yo quien te excite.

—Eres tan bruto que serías capaz de ponerme un cinturón de castidad —me burlé, intentando que la intensidad de lo que sentía no saliera a la superficie. ¿Era eso una declaración? ¿O un mero acto de egoísmo y posesividad?

—Sin remordimientos —susurró y me mordió con suavidad el lóbulo de la oreja—. Asúmelo, Marisa, estamos juntos.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que vas a despedirte amablemente del arquitecto y tú y yo nos iremos a algún lugar tranquilo.

—¿Y luego? —gemí.

—Probablemente dormirás la mona.

—¿Y no tendré premio?

—No me acuesto con mujeres borrachas —negó Kellan.

—Tú te lo pierdes —le repuse un poco dolida.

—Está bien —me dijo tras reír ligeramente, una risa suave, masculina—. Por ser tú, haré una excepción. Parece ser que tenías que cruzarte en mi camino para que hiciera excepciones.

—Eso suena bonito.

—Irritante, pero bonito, supongo —masculló Kellan, que no parecía cómodo con aquello.

—Pensaba que te liarías a golpes con Eliot.

—Aún no lo descartes —me dijo y le miré. Supe que bromeaba porque en esos momentos había más ternura que otra cosa en esa mirada. Empecé a reír. Y él se limitó a regalarme media sonrisa—. ¿Tenemos trato?

—Soy una mujer de grandes necesidades —me burlé—. No sé si me bastará con un solo hombre.

—Con un solo mortal, probablemente no —admitió Kellan—. Pero yo estoy por encima de eso.

—Y aquí aparece el humilde y siempre magnánimo Kellan —ironicé alzando la jarra y apuré el resto de su contenido. El camarero apareció con dos pintas. Antes de que me hiciera con la mía, Kellan se apoderó de ambas.

—Estas dos son para mí, tú ya vas sobrada y me llevas ventaja —me dijo con gesto divertido. Hice un mohín, pero no protesté. Tampoco es que quisiera acabar la velada saludando de cerca al inodoro.

—¿De dos en dos? —observó Eliot mientras se sentaba en su asiento —. ¡Esto promete!

—¿No te esperan en algún sitio?

—Sus habilidades sociales no son uno de esos puntos fuertes suyos, ¿verdad? —bromeó Eliot mirándome.

—No —negué mientras apretaba los labios para no reírme.

—No te preocupes que mis puntos fuertes superan con creces cualquier defecto.

—¿Significa eso que admites que tienes alguno? —le pregunté entre risas y Eliot no pudo evitar seguirme. No, a él el alcohol, por muy irlandés que fuera, también le había subido.

—Defecto, alguno —me soltó—. Debilidades, ninguna.

—Creo que es momento de que me retire —nos dijo Eliot con una amplia sonrisa—. Ha sido una velada de lo más divertida, Marisa. Tenemos que repetirlo y, la próxima vez, tráete a tu ogro.

—Por menos, muchos estarían muertos —le dijo Kellan con media sonrisa—. Y si hay próxima vez, no dudes que vendré con Marisa.

—¿Con tu novia quieres decir? —le preguntó Eliot. Hice una mueca al oír aquello. ¿Novia? Vale que estaba medio borracho, pero ya le valía. Kellan le sostuvo la mirada mientras Eliot tenía pinta de estar pasándoselo en grande.

—Con mi novia —sentenció finalmente. Creo que con la misma ilusión como la del preso que va de camino al patíbulo.

—Mi amorcito —le solté poniendo morritos y Kellan me gruñó a modo de contestación mientras Eliot se partía de la risa.

—Dais miedo, vosotros dos juntos —dijo finalmente, entre risas, antes de despedirse.

—¿Y ahora? —le pregunté a Kellan tras quedarnos solos.

—Ahora te llevaré a casa —me dijo.

—¿A mi casa?

—Pensaba en la mía —me dijo—. Pero supongo que será mejor buscar un sitio que nos caiga más cerca dado tu estado.

—Margaret no sé…

—Hay un hotel aquí al lado —negó—. Prefiero no pasar la noche en esa casa.

—¿No sea que se te enganche lo de Colin? —me burlé y me miró con expresión intensa.

—Creo que te costaría más a ti aceptarlo que a mí.

—Lo dice el que se acuesta con varias mujeres en una noche porque tiene grandes necesidades…

—Me acostaba —rectificó.

—¿No ves lo mal que suena?

—Sinceramente, creo que a ambos nos suena aún peor el concepto novios.

Le miré y empecé a reír. Joder. ¡Pues claro! ¿Novia del ogro? ¿Pero es que el mundo se había vuelto loco?

—Será nuestro pequeño secreto —le dije entre risas.

—Juntos, Marisa —me advirtió y había solemnidad en sus palabras. Me encogí de hombros.

—Sabes que no tiene sentido, pero como estoy borracha, te diré que sí, aunque seguramente mañana ni me acuerde.

—Me aseguraré de que lo recuerdes —me susurró antes de capturar mis labios y darme un largo y apasionado beso.

XVI

Vestigios del pasado

APARQUÉ frente a mi casa, en la vieja explanada de arenilla.

Observé el que había sido mi hogar durante tanto tiempo. Tantos siglos. Había dejado a Marisa en casa de la vieja sensible a media mañana. Me molestaba eso. Tener que dejarla, incluso si no tendría sentido alguno traerla aquí. Este era mi mundo, no el suyo, después de todo.

Sonreí al recordarla parcialmente ebria, entre mis brazos, y cómo debajo de sus ojos habían aparecido unas pequeñas sombras grises al despertar. Nada que unas cuantas capas de maquillaje no pudieran hacer desaparecer. Me gustaba así. Tan humana. Lo que era otra contradicción. ¿En qué estaba pensando para ofrecerle eso? Novios. Sospecho que el arquitecto tenía algo de sangre fomoriana. No había otra justificación posible para la emboscada que nos había tendido. No, a ninguno de los dos nos gustaba esa palabra. Era como si pudiera crearnos alergia y casi estaba esperando que en cualquier momento nos apareciera un sarpullido. Estábamos juntos. Solo eso. Ella y yo. No hacía falta ponerle un nombre. Una palabra que pretendiera definir lo que en realidad ni siquiera nosotros acabábamos de entender.

Me gustaba su forma de retarme, cómo elevaba el mentón, inconscientemente, cuando pretendía plantarme cara y cómo conseguía aplacar con sus besos mi carga. Después de tantos siglos, volvía a tener ilusión por algo. Y no diré por un nosotros. No soy de esos. Marisa viviría un tiempo. Y luego moriría. No tenía intención de presenciar aquello. Estaríamos juntos un tiempo. Solo eso. Unos pocos meses. Un par de años. Me pasé la mano por el cabello con cierto nerviosismo. ¿En qué coño estaba pensando? No podía permitirme aquello. Yo no era humano, después de todo. Y Marisa no era estúpida.

No soy persona de cometer errores. No es que considerara a Marisa un error, propiamente, pero era obvio que mantener una relación como la que estaba intentando imponerle no era lo más adecuado dadas las circunstancias. Pensé en mis primos. No, ninguno de ellos había mantenido una relación seria con una humana durante los últimos siglos. Una relación personal. Y que fuera yo el que se estuviera planteando algo así era como una mala ironía del destino.

Entré en el viejo edificio y escuché las voces de mis primos. No

dudé en dirigirme hacia el origen de aquello. No podían venir de otro sitio, supongo. La biblioteca.

Abrí la puerta con un golpe seco, pero excepto por los cascos del puca dando un bote en el suelo, nadie más pareció alterarse por mi presencia. Gruñí y conseguí que Mila levantara la mirada del libro que compartía con Colin. Me molestó eso. La forma en la que él la tenía parcialmente abrazada mientras le enseñaba parte de nuestro lenguaje, nuestras runas. Ella formaba parte de nuestro mundo. Era uno de nosotros. Y eso marcaba una jodida diferencia.

Me dejé caer en una de las sillas de altos respaldos con finos relieves, frente a ellos. Ryan me observó con una sonrisa traviesa mientras Connor y Kevin seguían hablando entre ellos con varios libros expuestos sobre la mesa.

—¿Ha dormido bien la mona Marisa? —me preguntó Mila sutilmente irritada. No le gustaba que anduviera con su amiga. Y podía entenderla. Yo era un guerrero. Un cazador. Un asesino. Y me encantaba serlo. No, no era la persona con la que desearías que una de tus amigas se acostara. No mentía cuando decía que mis necesidades eran exigentes. Que Marisa las aplacara, era un misterio para todos.

—Lo poco que la he dejado dormir —le contesté con una sonrisa generosa y una expresión altiva. Mila puso los ojos en blanco mientras Colin reía por lo bajo.

—¿Marisa? —preguntó Ryan entrando en la conversación, con curiosidad—. ¿Es la tía esa que te estás tirando?

—La amiga de Mila —especificó Kevin con un tono cargado de malicia. Puto duende.

—La misma —le contesté ignorando la mirada acusatoria de Mila. Ryan empezó a reír y se le unió Connor.

—Y yo que pensaba que tu interés por matar los bichos de Leap Castle era para contentar a Mila —se burló Ryan.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mila frunciendo el ceño. Ryan no podía callarse por una vez, ¿no?

—Kellan lleva cazando por la zona prácticamente cada noche —explicó Ryan disfrutando de mi ceño fruncido y mi cabreo *in crescendo* —. Cuando no está ocupado con sus obligaciones con tu amiga.

—¿Desde cuándo follar es una obligación? —saltó Connor y le agradecí que, por una vez, alguien me diera una mano. Colin y Kevin empezaron a reír por lo bajo. Mila le dio un codazo a Colin, que intentó contener la risa, sin mucho éxito.

—¿Por qué estás haciendo eso? —me preguntó Mila con expresión desconfiada.

—Ese sitio es un agujero negro —le informé—. Si empieza a llenarse de obreros o de turistas, acabará pasando lo inevitable. Mejor intentar limpiarlo.

—Aunque a veces no lo parezca, Kellan tiene buen fondo, al margen de que disfrute descuartizando cosas —intervino Colin y pude ver un brillo divertido en sus ojos. Claro, ¡como que él no disfrutaba haciendo justamente lo mismo!

—Lo que está claro es que le gusta llegar *hasta el fondo,* especialmente si hay dos buenas nalgas a las que agarrarse —soltó Ryan haciendo que todos le rieran ese juego de palabras totalmente estúpido.

—Os aseguro que es de fácil agarrar —les solté como si todo aquello no me molestara. No debería. Sin más.

—¿El arquitecto está bien? —me preguntó Mila mirándome con atención, como si intentara leer dentro de mí. Algo que un druida no podía hacer, así como así. ¿No? Espero, vamos, porque el caos mental que tenía respecto a su maldita amiga no era algo que tuviera especial interés en compartir con nadie.

—¿Por qué no debería estarlo?

—Cuando ayer le dije a Colin que Marisa había ido a tomar algo con el arquitecto, no te sentó especialmente bien —me pinchó. Si esperaba algún tipo de reacción o confesión emocional, lo tenía claro.

—Piensa lo que quieras —le contesté.

—Es una sensible —intervino Kevin tras mirar el duelo de miradas que manteníamos Mila y yo.

—Lo sé —afirmó Mila y aunque aquello a mí me sorprendió, no dejé que nadie lo percibiera. ¿Marisa era una sensible? No había nada en ella que hiciera pensar que era diferente.

—¿Y eso qué importa? —gruñí.

—No lo sé —murmuró Kevin—. Pero es demasiada casualidad que justo un sensible acabe comprando un castillo que fue antaño un portal mágico, un lugar de culto y un refugio.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Mila.

—Hay algo que no cuadra —aseguró Kevin—. He visto el sitio.

—Cuando dice visto, se refiere a como lo vería un sensible —matizó Connor con una sutil advertencia en sus palabras.

—Cuenta —le ordené. Me sonrió. Kevin es de esos. Puede parecer menos arrogante que muchos, pero es un capullo que no se intimida bajo presión.

—Hay algo que vive allí, algo oscuro. Magia negra —afirmó—. Pero incluso a través de su oscuridad la luz puede sentirse, palpitando, brillante, con fuerza. Algo que aún vive allí.

—¿Vive? —le pregunté.

—Eso creo —admitió Kevin.

—¿Tipo qué? —le interrogué.

—Si el lugar antiguamente era conocido como el Portal de las Hadas —intervino Ryan—, lo más probable es que no sean

leprechauns.

—Siempre tan gracioso —le critiqué. Hadas. ¿En serio?

—Pensábamos que se habían extinguido —admitió Ryan.

—Pero si mi madre pudo esquivar a Bres, quizás alguna hada también lo hizo —susurró Mila. Vale, ya habían hablado de esto antes.

—¿Pensáis que quedan hadas? —les pregunté francamente sorprendidos.

—Es una teoría, sí —admitió Kevin.

—¿Qué sabéis del sitio? —les pregunté mientras analizaba aquello. Marisa quería crear un hotel temático. Un hotel temático basado en las leyendas celtas en la que hubiera bailarinas disfrazadas de hadas para entretener durante la cena. Luces y música, un festín para los sentidos, me había dicho. Joder. Kevin tenía que tener razón. No podía ser una casualidad.

—He encontrado referencias del Portal en el contexto neolítico, de la época de Brú na Bóinne —empezó Ryan.

—El Newgrange —especificó Mila, incluso si todos nosotros conocíamos aquello por sus nombres celtas y no los nombres modernos que los mortales usaban para designarlos.

—Se dice que Áine creó una pequeña dimensión paralela en la que sus hadas habitaban sin temer ser vistas por los mortales —continuó Kevin—. Por lo que hemos encontrado, pensamos que existían varios círculos mágicos, como puertas, que daban a un único lugar.

—Leim ui Bhanain —mascullé.

—¡Chico listo! —exclamó Ryan divertido.

—Las hadas podían traspasar uno de esos círculos mágicos, distribuidos por toda Irlanda, y llegar justo allí. Al epicentro de su actividad. Su hogar, por decirlo de alguna forma —me explicó Kevin.

—¿Y eso de la dimensión paralela? —le pregunté.

—No olvidemos que el padre de Áine, Eogabail, era un gran druida —intervino Mila.

—Por lo que hemos interpretado de los pergaminos antiguos, creemos que existe una dimensión paralela alrededor del viejo castillo. Allí, podrían vivir sin ser vistas —repuso Kevin—. Las propias hadas tenían el poder de fusionar ambos planos, de abrir esa dimensión o cerrarla a su antojo.

—¿Para qué harían eso? —le pregunté.

—Para las celebraciones —afirmó Kevin—. Durante siglos la magia de las hadas guiaba a los campesinos advirtiéndoles de los cambios de las estaciones, de las tormentas o de las sequías. Nosotros nunca nos interesamos por ellos, pero las hadas sí.

—Y así se pobló el mundo de sensibles —bromeó Ryan y Kevin hizo una pequeña sonrisa, ladeada. Sí, él tenía un algo de sensible. No era como el druida, que era un puto duende, sin más. Pero había algo en

él que lo hacía diferente.

—¿Así que pensáis que aún vive alguna hada, en ese otro plano, pero que de alguna forma no puede salir porque hay una criatura, creada por magia negra, custodiando el recinto? —sentencié finalmente.

—Para ser tú, la verdad es que lo has resumido estupendamente —se burló Colin—. Me parece increíble que por una vez muestres interés en este tipo de cosas.

—A él solo le interesa la parte de cómo matarlo —bromeó Conan.

—Obvio —repuse.

—Pues de esa parte en concreto, no tenemos la más mínima idea —masculló Mila.

—No, no sabemos nada de qué es o cómo es la criatura —admitió Ryan—. Pero sí que tenemos la evidencia de lo sucedido.

—¿De qué estamos hablando esta vez? —le pregunté a mi primo mientras me frotaba la sien.

—De los cadáveres —murmuró Mila removiéndose en la silla. Sí, eso era nuevo para ella.

—Creemos que un hada engendró de un O'Bannon —empezó Kevin que parecía ligeramente tenso al empezar a hablar de aquello—. Nació un varón, que fue el que decidió edificar el castillo. El eje de unión entre su parte mortal y su parte sensible.

—¿Y qué pasó? —le pregunté con curiosidad.

—Los buenos no siempre son los más fuertes —susurró Kevin.

—Los O'Bannon eran una pequeña familia enraizada con el poder de la tierra y respetuosos con las viejas costumbres —continuó Ryan—. Pero en aquella tierra gobernaban los O'Carroll.

—Los recuerdo —murmuré con expresión descontenta.

—Se hicieron con el castillo y mataron a los que osaron retarles —especificó Connor—. Y así empezó un interminable listado de muertes y traiciones.

—Fearganhainm O'Carroll fue asesinado por un O'Mullay—afirmó Kevin.

—¿Era el hijo de Mulrony O'Carroll?

—El mismo, el padre era un gran capullo, el hijo no tanto —comentó Connor—. No es que a los O'Mullay les deparara un futuro mucho mejor, en cualquier caso.

—Le sucedió Teige el tuerto que fue asesinado a manos de Cahir O'Carroll —continuó Ryan—. Vengado por su hermano William, fue el hijo del tuerto, Mulrony, el que heredó el castillo.

—A William le había dado muerte uno de los jefes de otro clan —puntualizó Connor.

—No sé cómo os aclaráis —masculló Mila ligeramente molesta. Era la historia de nuestra vida. Traiciones. Muertes.

—Los hijos de William intentaron hacerse con el castillo —añadió Ryan—. Así que Mulrony mató a su primo John y el hermano de este, Charles, mató a Mulrony, que era el único heredero del tuerto.

—Y tras aquello el castillo pasó a estar bajo el control de los Darby hasta hace un par de siglos —concluyó Connor.

—Una época de relativa calma —añadió Kevin que parecía reflexionar sobre aquello.

—¿Tal vez la criatura haya perdido parte de su poder? —deseó Mila.

—Lo dudo —negó Kevin—. Todas las criaturas oscuras que rodean ese territorio son la prueba.

—Me pone nerviosa pensar que Marisa se haya metido en esto sin tener la más remota idea —dijo Mila con aspecto preocupado—. Y lo peor es que no puedo decirle nada. Me siento entre la espada y la pared.

—Igual sí sabe dónde se está metiendo —repuso Kevin y le sostuvo la mirada a Mila. Finalmente, nuestra prima, negó con la cabeza.

—Si supiera algo, me lo habría dicho —afirmó.

—Igual que tú le has dicho que eres hija de una diosa y que eres druida —le solté y Mila me miró totalmente enojada.

—Igual que tú, vamos —me contestó.

—¿Quieres que se lo explique? —provoqué.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó irritada—. En serio, Kellan.

—Es humana —intervino Colin—. Sensible, o lo que sea, pero humana. No podemos hacerla partícipe de nuestro mundo. No lo entendería. Ni lo aceptaría. Mila está haciendo un esfuerzo para no implicar a sus amigas, si quieres acostarte con ella, es cosa tuya, vuestra, al fin y al cabo. Pero las cosas de la familia se quedan en la familia.

—Como siempre —afirmé y Mila hizo un pequeño gesto afirmativo.

Si por ella fuera, posiblemente Marisa sabría toda nuestra mierda. Habían crecido juntas. Eran como hermanas. Yo jamás había sentido eso. La necesidad de compartir lo que en realidad yo era con otro ser humano. Pero por una vez, podía entender a Mila. No porque yo lo sintiera. O no demasiado. Pero podía entenderla. Y eso por sí solo ya era sorprendente.

XVII

Cuando todo va bien… desconfía

HABÍA pasado un mes y medio desde que había aterrizado en Dublín. Quizás mi vida era rara. O atípica. Vivía en casa de una octogenaria amante de las plantas y las infusiones, me pasaba las mañanas con una pareja de lesbianas y un par de noches a la semana perdía el control y el sentido común con un semental que me dejaba agotada y destrozada. Una maravilla de vida, en serio, si no le daba mucha importancia a los términos. A lo de novios y esas tonterías Que estábamos bien. Y aunque compartíamos noches, desayunos y hasta éramos capaces de mantener conversaciones en apariencia normales durante unas horas, no sé yo si lo de novios se ajustaba a nuestra realidad. No importaba realmente. O no quería darle importancia. Lo que fuera.

El proyecto del hotel empezaba a cobrar forma. Los primeros bocetos sobre la mesa distaban mucho de lo que yo tenía en mente, pero al menos el proyecto de reconstrucción empezaba a tomar cuerpo. Había tenido un par de reuniones con Eliot y su padre. Me gustaba la forma de ser de ambos. Reposada. Además, Eliot y yo estábamos en ese punto de complicidad que facilitaba mucho las reuniones y poder resolver, juntos, los problemas que se nos iban presentando en los diseños. Supongo que era un contraste agradable a la intensidad de Kellan. Y a sus modales, sí, eso también. Estábamos a punto de empezar con el montaje de los andamios y el arduo proceso de reconstrucción. Me sentía emocionada. Y un poco estresada. Pero solo un poco.

Mila y Colin se solían quedar a dormir en el ático los viernes y tras desayunar conmigo desaparecían camino a su nidito de amor. Que estaba bien, en serio. Pero supongo que me gustaría verla más. No diré que me evitaba o algo así, pero admito que había un cierto secretismo en ella que me ponía de mal humor. Odiaba un poco a Colin. Solo un poco. Desde la envidia y el recelo. Que podía entender que Mila se hubiera prendado de él. Si era la mitad de buen amante que su primo, era difícil no hacerlo.

Pero, aunque Mila simplemente acababa desapareciendo con sus secretos, irritándome considerablemente, siempre me quedaba el resto. La vieja verde y la parejita feliz. Era un grupo un poco atípico, en serio, pero me lo pasaba en grande con ellas. Conectábamos y me

sentía como si las conociera de toda la vida. Algo que no es muy habitual en mí. Soy muy de relaciones superficiales, pero en lo de profundizar, tengo un aprobado justo. Con ellas, todo había surgido de forma espontánea, con una facilidad que hasta igual debería preocuparme. Era como si encajáramos. Estaba bien eso. Sentir que formabas parte de algo.

—Me gustaría ver el castillo —soltó Grace de repente, captando por completo mi atención.

Habían llegado a media mañana, mientras Margaret y yo estábamos, para variar, con las rodillas en el suelo, el culo en pompa y las manos pringadas de tierra. Esa vieja tenía una energía que era extraordinaria. Y su pasión por las plantas era una guerra declarada contra mi antes impecable manicura.

—¿El castillo? —intervino Margaret—. ¿Quieres decir que es buena idea?

—Me gustaría *verlo* —insistió Grace y la verdad, aunque noté un punto de retintín que remarcaba el concepto «verlo», no le encontré mucho sentido a aquello.

—¡Pues vamos! —afirmé—. Podríamos llevarnos alguna cosa para comer. No os digo quedarnos a dormir porque estará helado y la vieja caldera tarda varias horas en aclimatarlo mínimamente.

—Anularé mi partida con las chicas de la parroquia —murmuró Margaret sorprendiéndome—. Vamos, ¡como que tengo intención de perderme la visita al maldito castillo del que oigo hablar a todas horas!

—¡Tenemos plan! —grité entusiasmada—. ¿No tendrás una botellita de algo que podamos llevarnos?

—Ni se te ocurra —cortó Aislin entre risas —. Te recuerdo que la última vez veías cosas raras.

—Solo fue un rato —protesté, aunque la verdad es que desde entonces había evitado excesos con el alcohol. Había sido una mañana de lo más extraña, sí. Pero tal y como había venido, simplemente se fue. Todo había vuelto a la normalidad después de despertarme de una larga siesta y ellas disfrutaron burlándose de aquello durante infinidad de días cuando decidí explicárselo.

—Mejor no hagamos experimentos —murmuró Margaret, aunque su expresión mostraba diversión—. Siempre podríamos beber nosotras y ella que beba solo agua.

—¡Eh! —me quejé, y ellas empezaron a reír a mi costa. Brujas.

Grace conducía con prudencia. Lo que se traducía a que aquello era soporífero. Aislin estaba sentada en el asiento del copiloto y mantenía el grueso de la conversación. Hablaba sobre cosas del hospital y anécdotas que había vivido con Mila.

Me gustaba la complicidad que había entre ellas y me alegraba que una de mis mejores amigas hubiera encontrado a alguien como ella, aunque me sentía ligeramente celosa, desplazada. Como si la vida de Mila, la vida que había creado en Dublín, me excluyera de alguna forma. Mila pasaba muchas horas con Aislin, en el trabajo, y aunque venía a comer un par de veces a la semana y se quedaba los viernes a la noche a dormir en el ático con Colin, no tengo claro si lo hacía por mí o por Margaret. Quizás un poco por las dos. La realidad es que me pasaba más horas con Aislin y Grace que no con ella.

Colin no se quedaba a comer entre semana y al menos esos ratos eran realmente nuestros. Para conectar. O reconectar. Pero había siempre ese algo en ella. Lo que no me decía. Yo lo sabía y creo que ella también. Pero no podía obligarla a abrirse a mí porque sentía que, fuera lo que fuera lo que me ocultaba, era importante. Me había convencido a mí misma de que no había intentado quitarse la vida. Era lo que me decía cada vez que recordaba esos cortes sobre las palmas de sus manos. Ella era lo suficientemente lista como para hacer un corte en un lugar más adecuado para conseguir algo así. Quitarse la vida. Pero la realidad es que se había autolesionado. En un arranque de rabia, de desesperación, de colapso mental. ¡Qué sé yo!

Pensar en cómo debía de sentirse para acabar hiriéndose de aquella forma, me helaba la sangre. Me sentía mal. Culpable, en primer lugar. Por no haberlo presentido. Por haber estado centrada en mis cosas, en mi vida, en la boda de Ana… en todo lo que quizás era menos importante en ese momento. Había perdido a su padre. Lo único que le quedaba. Había huido, alejándose de nosotras. Quizás por el miedo a que descubriéramos hasta qué punto aquello le había afectado. ¿Cómo puedes abordar algo así? Desde luego, yo no tenía la más remota idea y teniendo en cuenta que la sutileza no era, ni de lejos, una de mis mayores virtudes, me limitaba a quedarme callada, a su lado, pensando en muchas cosas, pero sin decir ninguna de ellas. Solo esperaba que, con el tiempo, a medida que pasaran las semanas, acabara abriéndose por completo. Y esperaba estar a la altura de ese momento.

Aparcamos a pocos metros del castillo.

Desde allí, la vista era impresionante. La torre central con aquellas pequeñas aperturas en su fachada destacaba entre las dos alas góticas que habían sido añadidas posteriormente. Sentí un estremecimiento y mi mirada buscó las almenas. Allí estaba ella. Otra vez. Sonreí ante ese pensamiento, estúpido. Cuando volví a fijar la atención, las almenas estaban vacías. Un fantasma. Claro. Al menos esta vez a mi imaginación no le había dado por imaginarse a una mujer precipitándose al vacío. Mejoraba por momentos.

Bajé del coche con gesto confiado. Aislin estaba ayudando a salir a

Margaret. Pese a su edad, era muy alta y corpulenta, con lo que parecía parcialmente encajada en la caja de zapatos que conducía Grace. Al menos no era tan pequeño como mi descapotable. Aquello me hizo reír al recordar a Kellan y Colin apretujados en los asientos traseros de mi coche cuando los acompañé al aeropuerto.

—Bueno, chicas —les dije retándome a mí misma—. Si alguien ve un fantasma, que avise.

—No llames al mal tiempo, mi niña —protestó Margaret y le regalé una enorme sonrisa cargada de esa seguridad que tanto me caracterizaba. Se colocó el enorme bolso sobre el hombro, con gesto indeciso.

—El lugar tiene muchas posibilidades —admitió Aislin dejando su mirada vagar por el edificio—. Pero vas a tener que invertir mucho dinero.

—Para eso están los inversores —le corregí guiñándole un ojo.

—No me gusta —murmuró Grace, y me tensé. Vale con lo de que fuera sincera, y eso. Vale que estaba destrozado, soy consciente de eso, pero un poco de tacto, vamos. Solo un poco.

—Mejorará —le aseguré con voz firme.

—No me refiero al edificio —negó y señaló con el dedo la zona de la capilla—. Me refiero a lo que hay allí.

—¿Qué hay? —le preguntó Aislin tensándose y colocándose a su lado con una tensión totalmente exagerada.

—Algo malo —susurró Margaret—. Magia negra.

—Mataron a un sacerdote a medio oficio —les expliqué recordando las historias que me contaba Kellan sobre el castillo, obligándome a añadir—. Un hermano suyo, diría. Y detrás de una de las paredes había una fosa llena de cadáveres. Por lo visto había una trampilla para las visitas *non gratas*.

—*Algo* ayudó a que esas cosas sucedieran —murmuró Grace mientras fruncía el ceño.

—Magia negra —me burlé poniendo los ojos en blanco, mientras repetía las palabras de Margaret.

—¿Y la luz? —preguntó Margaret.

—¿Qué luz? —les pregunté un poco molesta.

—Magia celta —fue Grace la que contestó. Vale, me estaban empezando a poner un poco nerviosa—. ¿Vamos a mirar dentro de la torre?

—¿Estás segura? —le preguntó Aislin que parecía especialmente nerviosa.

—Creo que sí —afirmó.

—Mira que conozco a gente rara —les dije—. Pero, en serio, los estáis superando.

—Con creces —se burló Aislin de mí—. Para cuando las piedras

rugen, ya pierdes la realidad y el norte de vista.

—Estás un poco loca —aseguré mientras abría la puerta principal.

—Lo dice la que… —empezó a decir Grace, pero sus palabras se perdieron. Me giré para mirarla. Parecía estar observando algo con curiosidad. No parecía asustada ni nada así. Observé el recibidor. Estaba vacío.

Y entonces escuché unas risas. Fruncí el ceño. ¿Quién estaba riendo? Dos niñas. Busqué a mi alrededor y mi mirada finalmente se posó sobre una pared vacía. Fruncí el ceño.

—Yo veo dos —dijo Margaret como si aquello no le sorprendiera lo más mínimo—. Dos niñas.

—Mierda —solté cuando frente a mí se dibujaron dos niñas, cogidas de la mano, que cuchicheaban parcialmente escondidas. Esas niñas no estaban allí. Y, sin embargo, estaban. Mierda. Mierda de verdad. MIERDA en mayúsculas.

—Creo que alguien vuelve a ver cosas —murmuró Aislin y Grace se acercó a mí para cogerme de la mano.

—Definitivamente, eres una sensible —afirmó Grace sin mirarme.

—Y eso son dos fantasmas —añadió Margaret.

—¿Vosotras también las veis? —mascullé parcialmente conmocionada. ¿Una sensible? ¿Dónde había oído yo eso antes?

—Yo no —negó Aislin—. Grace y Margaret son las sensibles, yo soy la más normal del grupo, que ya es decir.

—*Sensibles.*

—Sensibles —repetí esa palabra que parecía ser importante incluso si no tenía sentido. Nada tenía sentido. Fantasmas. Tenía dos fantasmas riéndose de nosotras en una esquina del recibidor. Y una de ellas nos estaba señalando mientras susurraba a su amiga vete a saber qué estupidez. ¿De qué hablan los fantasmas?

—Nuestros sentidos son ligeramente diferentes a los de las personas normales —me explicó Grace—. Por eso nos llaman sensibles.

—¿Y eso qué significa exactamente? —gruñí sin alzar la voz, no fuera que las dos niñas fantasmas se volvieran en contra de nosotras. ¿Podían hacer algo así los fantasmas?

—Que podemos ver espíritus, por lo visto —afirmó Margaret—. Personalmente, son los primeros que veo.

—*Y no serán los últimos* —susurró la voz.

Solo que esta vez por lo visto no fui la única que la escuchó, porque Grace y Margaret dieron un bote. Nos giramos en su dirección.

Frente a nosotros había un ángel. O una mujer. O un hada. ¡Yo qué sé! Pero eso no podía ser humano. Bueno, de hecho, era un espíritu, ¿no? ¿O un fantasma? Joder, creo que a este paso me daba un colapso y acababa en urgencias de un psiquiátrico.

Era ella.

La mujer de mis sueños.

Y a este paso de mis pesadillas.

Sus ojos se quedaron clavados en los míos y sospeché que de alguna forma ella también me reconocía. ¿Era normal eso para un sensible? ¿Sentir esa conexión?

—Mierda.

¿Había sido yo? ¿O Grace? No lo tengo claro.

Vestía únicamente una túnica de un tejido que bien podría ser seda, en un color blanco que transparentaba sutilmente las formas femeninas de su cuerpo. Su negra melena le llegaba hasta las caderas y revoloteaba a su alrededor como si una brisa de aire fresco jugueteara entre aquellos mechones de pelo.

Eran sus ojos, de un negro intenso, los que nos miraban. Esos ojos que de alguna forma había visto antes, en mis sueños. Solo que parecía cansada y tenía el ceño fruncido, como si estuviera haciendo un esfuerzo titánico para mantenerse allí, junto a nosotras. Me estremecí.

No tenía duda alguna.

Era la mujer que había visto reflejada en el agua en mi sueño.

La mujer que había visto caer desde la parte más alta del castillo.

La silueta alada que me había acompañado desde niña.

Y esa era su voz.

La voz que susurraba cosas en el viento.

Algo que siempre había pensado que era solo una extraña fantasía. Una alucinación consciente.

Joder.

Era *ella*.

—*Has vuelto y ya no estás sola* —murmuró con dificultad, como si hiciera mucho tiempo que no pronunciaba palabra alguna—. *Cuando las tres seáis solo una, seréis más fuertes y estaréis preparadas para reclamar lo que os corresponde. Daos prisa.*

La mujer dirigió la mirada en dirección a la pared que había a su espalda y su rostro mostró una expresión de miedo que me heló por dentro.

—*Daos prisa* —nos ordenó. Su mirada se volvió turbia y su cuerpo empezó a volverse bruma, una bruma blanquecina.

Pude ver cómo a la espalda de la mujer dos enormes alas transparentes con pequeños destellos brillantes se batían con fuerza. Como si latieran con vida propia. La bruma voló casi con violencia, impactando contra mi cuerpo. Sentí que el mundo temblaba tras el impacto, haciendo aquello aún más real. Las rodillas me fallaron. Conseguí poner las manos sobre el suelo a tiempo y no darme el mayor tortazo de la historia.

Aislin se agachó para ayudarme a levantar y observé cómo Grace y

Margaret se miraban, como si mantuvieran una conversación silenciosa.

—De acuerdo, eso ha sido muy raro —admití. Observé el rincón en el que momentos antes las dos niñas cuchicheaban medio escondidas. No quedaba nada de aquellos entes fantasmagóricos.

Sentí un dolor intenso en la cabeza. Cerré los ojos y mi mente voló sin rumbo alguno. Por encima de los prados, los bosques y las montañas. Como si estuviera viendo a través de un dron todo lo que sobrevolaba a una velocidad vertiginosa. Sentí náuseas mientras aquello no paraba y me sentí arrastrada por esa corriente de aire que no parecía tener intención de parar.

Aislin me sujetaba con fuerza. Podía sentir su cuerpo, sus brazos, firmes sobre mí. Las piernas me temblaban mientras las imágenes se sucedían a un ritmo frenético. Creo que no era capaz siquiera de respirar, o quizás ya no necesitaba hacerlo. Igual estaba muerta.

Y entonces, cuando mis pensamientos ya eran totalmente funestos, el mundo a mi alrededor se paró. Cogí aire, una bocanada, con ansiedad. La imagen frente a mí se había vuelto estática. Estaba en una cumbre. En algún lado. A mis pies se extendían unos frondosos bosques que no sabría identificar. Y allí, en medio de todo aquello, había un símbolo. Un maldito símbolo celta dibujado con árboles de hojas doradas en medio de un bosque de verdes copas. Cuando fui consciente de aquello, como si de alguna forma eso fuera justamente lo que tenía que ver, las imágenes desaparecieron de mi mente.

Y entonces empecé a sentir algo muy diferente.

No era luz.

Solo silencio.

Y oscuridad.

Abrí los ojos.

Estaba en el mismo sitio. Aislin seguía a mi lado, sujetándome con fuerza. Grace y Margaret estaban frente a nosotras, observándonos. Estaban cogidas de la mano y alrededor de ambas había una suave luz blanca que palpitaba. Intenté recuperarme de la impresión. Observé de nuevo la estancia y me sorprendió ver esa luz suave palpitando en las paredes de la casa mientras sentía una extraña calidez que irradiaba del suelo y que me hizo sentir extrañamente reconfortada. Como si aquel edificio, de alguna forma, me reconociera. Y yo a él. Dejé que mi mirada vagara alrededor de la habitación, viéndola como no la había visto antes.

Y allí, detrás de aquella pared, había algo. Tenebroso. Sentí un escalofrío. Olía a sangre, a muerte. A dolor y sufrimiento. Y supe que no era solo una sensación. Estaba *vivo*. De alguna forma. Y vivía en mi castillo. Tragué saliva y miré a las dos mujeres frente a mí. Las que brillaban. Había un contraste evidente entre su luz y la oscuridad.

¿Qué era eso?

¿Quién era ella?

¿Por qué Grace y Margaret brillaban?

Busqué a Aislin con la mirada y agradecí que alguien al menos pareciera mínimamente normal en medio de aquel caos sensitivo en el que me había visto envuelta. Un poco de normalidad. Solo pedía eso.

Vale, no soy de las que se acobardan.

Soy de las que toman los problemas por los cuernos.

Si eso podía considerarse un problema.

Había comprado un castillo.

Un castillo encantado.

En el que además de una mujer alada que desde hacía años cobraba vida en mis sueños y un par de fantasmas en formato infantil, se había instalado en una de las alas de mi castillo una esencia maligna. Sí, en la de los cadáveres. ¿Casualidad? Ahora empezaba a tener mis dudas.

Miré a Grace.

—Vale, vuelve a contarme eso de los sensibles —le pedí. Me sonrió.

—¿Qué tal si lo hacemos en casa con una buena botella de vino? —propuso Margaret—. Este sitio me pone los pelos de punta.

—Este sitio, es mi castillo —protesté sintiéndome ligeramente derrotada. ¿Qué hacía yo con un castillo temático si había un algo maligno acechando detrás de sus paredes?

—Nos sentiríamos todas más seguras —afirmó Grace—. La casa de Margaret está fuertemente protegida.

—Protegida con…

—Magia —me respondió Margaret con una sonrisa.

—Los irlandeses estáis tarados —les solté y Aislin empezó a reír.

—Pero aguantamos el alcohol mucho mejor que las españolas —me retó la mujer que me ayudaba a sostenerme, entre risas. Pude ver la mirada llena de afecto con la que Grace la miraba.

—Incluso las octogenarias —aseguró Margaret guiñándome un ojo.

—A mí dadme una botella entera —les supliqué—, y que la resaca me tumbe un par de días. Solo pido eso.

—Solo —se burló Aislin mientras salíamos del edificio y empezábamos a caminar en dirección al coche.

—*Tú*… —¿Era una palabra o una amenaza? No sabría decirlo, pero había una rabia enterrada en solo dos letras, un odio, que me hizo estremecer.

Me giré para observar el edificio. Más fantasmas hablando, por favor, no. Especialmente *ese* en concreto.

Pude sentir la oscuridad crecer, hacerse más fuerte. Latía con fuerza y rabia. Deseaba… ¿qué desea una criatura así? Sufrimiento. Dolor. Sangre. Muerte. Las respuestas llegaban demasiado rápidas. Demasiada certeza en ellas.

Observé aquella oscuridad que parecía llamarme. Quería que fuera a ella. Quería mi don. Mi poder. Si es que yo tenía alguno, claro. Apagarme. Eso sonaba mal, incluso dentro de mi cabeza.

Grace se colocó de forma instintiva a mi lado y me tomó de una mano. Sentí una corriente, una extraña conexión que me llegaba desde ella. Elevé el mentón mientras la oscuridad parecía gruñir desde el edificio, sin ser capaz de desprenderse de él.

Estaba atrapado.

Supongo que eso era algo bueno.

Si no fuera por eso de que estaba atrapado en *mi* castillo.

Un rugido que hizo que el vello se me erizara y mi corazón se acelerara mientras el pánico empezaba a mellar en mí.

Margaret me cogió de la otra mano y sentí una fuerza que no era mía. Era extraño y, al mismo tiempo, tenía sentido. Mucho. Que yo no supiera entenderlo era otra cosa.

—Juntas somos más fuertes —afirmó Margaret.

—¿Podéis ver *eso*? —les pregunté mientras observaba aquella oscuridad que parecía retorcerse en su sed de sangre a tan solo treinta metros de nosotras.

—Ya estaba cuando hemos llegado —murmuró Grace—. Solo que ahora parece cabreado.

—Ni que lo digas —afirmé mientras sostenía la mirada a aquella mierda. No es que tuviera ojos, pero sí sentía que me miraba. De alguna forma—. Pues va a tener que joderse porque este es mi castillo.

—Pues no me veo haciendo un exorcismo —se burló Aislin.

—Se hará lo que sea necesario —murmuró Margaret con una firmeza que era impresionante.

—Es como si de repente hubiera despertado —murmuró Grace.

—La aparición del hada igual ha ayudado —afirmó Margaret.

—¿Hada? —masculló Aislin que no había sido capaz de verla, por lo visto.

—Mejor pongamos unas cuantas millas entre eso y nosotras —pidió Margaret.

—¡Secundo la moción! —exclamó Grace y no pude evitar reír. La criatura se retorció al escuchar mis risas.

No dijimos nada mientras subíamos al coche y Grace lo ponía en marcha. Me quedé observando el paisaje de la carretera durante todo el trayecto. Sumida en mis propios pensamientos y en las imágenes que, de alguna forma, aquella criatura había metido en mi cabeza, entrelazándose con imágenes de sueños que me habían acompañado durante las últimas semanas. ¿O hacía ya meses? ¿Era una casualidad que me hubiera obsesionado con aquel castillo? Preferí no responder a aquello. La respuesta probablemente lo complicaría aún más todo. Un fantasma, el fantasma de un hada, me había estado acechando de

alguna manera. Y eso no molaba. Nada. ¿En qué mierda me había metido? ¿O me *habían* metido? Porque todo esto, de alguna forma, tenía que ver con *ella*. Fuera quien fuera. Fuera lo que fuera. Y así, mis bonitos sueños se convirtieron en una maldita pesadilla. Porque claro, cuando las cosas van bien, desconfía.

XXVIII

Una pista

ME INSTALÉ en una de las sillas de metal blanco del porche trasero de Margaret. Había tardado mi tiempo en entrar en la casa. Por llamarla de alguna forma. No había sido consciente hasta ese momento de la realidad que ocultaban esas cuatro paredes. Esa parcela de tierra. Porque todo se trataba de eso, ¿no? De la tierra.

De esa maldita tierra en la que Margaret me había tenido cavando como una esclava. Igual hasta tenía un sentido. Porque la realidad era que la tierra brillaba. La casa brillaba. Margaret y Grace brillaban.

Sí, era una locura. Posiblemente me había vuelto loca. Lo barajaba como una de las opciones plausibles. Pero si hago algo, lo hago a conciencia.

Le di un trago a la infusión que Margaret había servido antes de recordar algo y mirar mi vaso con desconfianza. No era la primera vez que la casa brillaba. Ahora era consciente de ello. O para ser más precisa, no era la primera vez que veía la casa brillando. Aunque la última vez estaba medio borracha así que no le había dado demasiada importancia, diré en mi defensa.

Miré el tazón del que ya había dado un par de sorbos y fruncí el ceño. Observé a Margaret que parecía sumamente tranquila.

—Dime que por beber esto no empezaré a mear purpurina, me saldrán granos en el culo, olvidaré todo lo que he visto y, lo más importante, que no acabaré ingresada en un psiquiátrico —le pedí mientras observaba mi tazón.

—No soy una bruja —reveló Margaret, divertida.

—Pues lo parecería —murmuré mirando todo lo que me rodeaba antes de añadir—. ¿Por qué lo veo así de brillante y antes no?

—No lo sé —me respondió Margaret—. Esta tierra está llena de magia, puede ser que al haberte instalado aquí esa sensibilidad tuya esté despertando. Igual lo que sea que te ha hecho el fantasma del hada también te ha afectado.

—Es una sensible —intervino Aislin—. La primera vez que vio la casa brillando estaba un poco desinhibida con ese viejo licor tuyo, Margaret.

—Pensamos que eras una sensible latente o algo así, como si necesitaras un empujoncito para conectar con tu sangre de hada —me explicó Grace.

—Vosotras ya lo sabíais —dijo Margaret sorprendida. Si le sorprendía eso, es que no había escuchado la otra parte. Hada. Sangre de hada. Igual era sordera senil.

—¿Hada? —mascullé intentando no sonar demasiado reticente.

—Las sensibles descendemos de ellas —me explicó Grace.

—¿Hadas como la del castillo?

—Eso era más bien un espectro, un fantasma… de una de ellas, supongo —puntualizó Margaret.

—¿Habéis visto alguna hada antes? —les pregunté mientras me atragantaba con las palabras. Yo. Me costaba aceptar aquello. Hada. Descendiente de una de ellas. A ver, que una cosa era soñar con ese tipo de cosas. Las hay que no maduran pese a la edad. Pero otra cosa muy diferente era formar parte de algo así. No había quien se lo tragara, en serio. Y, sin embargo, tenía que ser verdad. ¿No? Quiero decir que la había visto. Me había hablado. Nos había hablado, mejor dicho. A mí llevaba dándome la brasa largo y tendido.

—Desaparecieron hace muchos siglos —negó Margaret mientras yo intentaba encontrar un sentido a todos mis pensamientos—. Un viejo dios, mitad fomoriano, las exterminó.

—Mitad fomoriano, claro —murmuré un tanto molesta. Había oído ese nombre antes, pero no sabría decir cuándo—. Lo que hemos visto era un fantasma, entonces.

—¿Estás segura de que no puedes revender el castillo? —me preguntó Aislin haciendo una mueca.

—No me conoces —musité alzando el mentón y ella sonrió. Vale, quizás eso de los fantasmas me venía un poco grande, pero negarme todo lo que había proyectado hacer allí tampoco era una opción a tener en cuenta. Al menos de momento. Y luego estaba *ella*. No podía simplemente ignorarlo. Mil preguntas me acosaban. ¿Quién era? ¿Por qué llevaba tanto tiempo vagando por mis sueños? ¿Qué quería de mí?

—Lo que nos deja con el fantasma de un hada y una criatura oscura cabreada —murmuró Grace que parecía ligeramente divertida. Hay que ver con lo que se divierten algunas.

—Tres que han de ser una —murmuró Margaret—. Nos ha dado una pista.

—Una súper evidente —agregó Aislin poniendo los ojos en blanco.

—A mí me ha dado una visión —les informé—. Creo.

—¿Qué has visto? —me preguntó Grace con voz suave.

—Un bosque —les dije y cerré los ojos recordando. Todo. La forma de volar sobre las montañas, sobre las copas de los árboles. La sensación del frío viento sobre mi cara. Y luego aquello. Los árboles entre cobrizos y dorados—. Había un símbolo celta dibujado con los propios árboles.

—Eso no tiene mucho sentido —murmuró Aislin.

—Eran copas doradas perfectamente alineadas en medio de un bosque de frondosos árboles de hojas verde —insistí—. Ella quería que lo viera. Estoy segura de que significa algo.

—O tal vez sí —susurró Margaret que me observó con atención—. ¿Te acuerdas del símbolo?

Hice un gesto afirmativo y se levantó de la vieja silla. Entró un momento en la casa y me trajo una libreta y un lápiz. Dibujé aquel símbolo. Tres anillos enlazados dibujando una Triqueta. Había aprendido un poco sobre ese tipo de símbolos en mis charlas matutinas con Kellan. Sí, esas que manteníamos después del polvo matutino correspondiente. Kellan no era de los que hablan de locales de moda o de política, afortunadamente. Lo suyo eran historias de tiempos pasados. Algo que me inspiraba para lo que quería llevar a cabo en el castillo. Ese castillo poseído por una criatura tenebrosa y que albergaba el fantasma de un hada. Sin contar a las niñas. ¿Habría más fantasmas? Les tendría que poner nombre.

—Glencar Lake —afirmó Margaret tras observar aquello con una emoción contenida—. Siempre he sentido que era un sitio especial.

—¿Y eso dónde está? —le pregunté.

—Al norte —respondió—. Cerca de Sligo hay un lago. Desde una de sus orillas puede verse en otoño una Triqueta dibujada en color dorado entre frondosos árboles verdes. Se atribuye esa pieza de arte natural a Jim McCabe, pero no soy de las que creen en las casualidades.

—Yo tampoco —afirmó Grace.

—Deberíamos estudiar la historia del castillo de Marisa —murmuró Aislin—. Igual nos da alguna pista de lo que allí se esconde.

—Muertes, muertes y más muertes —afirmé—. Hasta había una trampilla secreta desde donde se dejaba caer a los invitados no deseados y acababan empalados en unas picas que había debajo. Con las remodelaciones encontraron esa maravilla y sacaron huesos para dar y regalar. Sinceramente no le había dado mucha importancia. Hasta ahora.

—Tu castillo tiene de todo —se burló Aislin.

—Deberíamos hablar con Mila —afirmó Grace.

No, eso no. Ya tenía sus propios problemas como para que la liáramos con fantasmas, criaturas del mal y hadas muertas.

—Discrepo —intervine—. Mila tiene sus propios problemas. No quiero liarla con esto.

—Igual podría ayudarnos —murmuró Margaret mirándome.

—No voy a negociar en esto —aseguré—. No voy a meter a Mila en historias de fantasmas y hadas. Es cosa nuestra. Así lo dispuso el fantasma del hada, ¿recordáis?

—Te equivocas en eso —me dijo Grace, pero tras mirar a Margaret,

cedió—. Supongo que podemos ir a Sligo nosotras...

—Pero no vamos a volver a ir a ese castillo sin refuerzos —sentenció Margaret mirándome con atención—. Prométemelo.

—Prometido —acepté. ¿Refuerzos? ¿Quería saber realmente a qué se refería? Probablemente, no.

—Pues tenemos plan para mañana —sentenció Aislin.

—Mañana he quedado con Kellan —mascullé y al momento añadí como si aquello no significara nada—, pero puedo cancelarlo.

—Sería mejor que fuéramos el próximo fin de semana —intervino Margaret—. Está lejos, igual podríamos pasar una noche allí para que no se nos hiciera tan pesado.

—Por mí perfecto —acepté agradecida. No tanto por Kellan. Era más por hacerme a la idea de aquello. Creo, vamos. Mi problema con lo-que-sea-que-fuéramos Kellan y yo, en ese momento, me parecía del todo insignificante, vamos.

—Tú y Kellan quedáis mucho, ¿no? —me soltó Aislin con mirada cargada de malicia.

—¿Estáis bien? —preguntó Grace con mucha más suavidad y tacto. Margaret me observaba mientras se tocaba la barbilla, como si al hacerlo se relajara.

—Es lo mejor que me ha pasado en tiempo —le contesté sin pensarlo, sorprendiéndome a mí misma con mis propias palabras. No dudé en añadir—. Sexualmente hablando.

—Claro —ronroneó Margaret divertida—. Sexualmente hablando.

—En serio, es una fiera —les aseguré con expresión altiva. Que se murieran de envidia, por provocar. Especialmente Margaret a sus ochenta años. ¿Aún se tenía libido a esa edad?

—Vigila que Mila empezó así —me advirtió Margaret y me puse a reír. A carcajadas.

—Yo no soy Mila. Y Kellan no es Colin —puntualicé divertida—. Te aseguro que no tiene nada que ver.

—Nunca digas que no te lo advertí —me soltó la vieja. Bruja. En serio, tenía que ser una maldita bruja.

—Lo que quieres es volver a tener a un tío en pelotas paseándose por tu casa —la provoqué y todas empezaron a reír.

—Pues sería todo un detalle por tu parte —me soltó la marrana haciéndonos reír más fuerte.

—Venga, pues tenemos plan para la semana que viene —aclaró Aislin—. Miraré algún hotel barato por allí. Por cierto, ¿a quién se le ha ocurrido la idea de ir al maldito castillo encantado?

—Di mejor a quién se le ha ocurrido comprarlo —protestó Grace haciéndome reír. Menuda locura. Y menuda sarta de locas estábamos hechas nosotras cuatro.

Aislin tenía razón. Si teníamos en cuenta que ella era la más normal

de nosotras, todo estaba dicho.

Como si nada hubiera pasado

KELLAN me pasó a buscar a media mañana. Admito que esperaba esa escapada con especial entusiasmo. No es que mi vida social aquí, en Dublín, fuera muy intensa. Y si le añadíamos la carga mental que llevaba con lo de los fantasmas, las hadas y el castillo, me merecía un descanso. Desconectar un poco. Y si una cosa era capaz Kellan de conseguir, era que no pensara en nada. Absolutamente en nada. Con él era todo dejarse llevar. Y sentir.

No, no me refiero sentir a un plano emocional. Siendo sincera, Kellan era una fiera. Algo de fundamento tenía esa vanidad suya que a veces me cabreaba y otras simplemente me excitaba. Incluso a mí me había pillado con las defensas bajas cuando me habían preguntado por él y había soltado eso de que era lo mejor que me había pasado. No podía justificarme, ni buscar una excusa o un pretexto. La realidad es que me gustaba pasar tiempo con él. La conexión entre nosotros era evidente a nivel físico, pero sospechaba que había algo más. Algo a lo que ni de coña yo pondría nombre. Novios, había dicho Eliot. Y creo que a Kellan también se le había atravesado esa palabreja. Juntos. Simplemente lo había resumido en eso. Y a mí eso me estaba bien. Sonaba bien. Juntos. Él y yo. No sonaba a compromiso, a responsabilidad ni a obligación. Pero decía mucho de nuestra realidad. Me gustaba, para qué negarlo. Cada vez alargábamos más las mañanas y cuando nos despedíamos frente a la casa de Margaret, las horas parecían haberse escurrido entre nuestros dedos fugazmente. Siempre el tiempo parecía pasar demasiado rápido cuando él estaba a mi lado.

Y allí dentro, en la vieja casa, siempre me encontraba a Margaret.

La anciana me sonreía y me ofrecía una infusión. Era lo que había bautizado como la infusión postcoital de Margaret. Ella se reía. Tenía una alegría, pese a su edad, que era contagiosa. Había veces que parecía muy anciana y otras apenas un poco mayor que mi madre. Era una tipeja extraña.

Recuerdo la primera vez que la vi, esperando a Mila en el aeropuerto de Dublín, con una ropa tan estrambótica que Mila quería que la tierra se la tragara. Con todo, he de decir que Margaret era especial. En el buen sentido.

Tenía un humor un poco cínico que era tronchante y, pese a su edad, cada vez se sentía más como una amiga de fechorías que no como un vejestorio al que tuviéramos que contentar un poco. Si no

fuera por su obsesión con las plantas, sería una compañera de piso diez, en serio. De acuerdo, no es que yo haya tenido una compañera de piso antes, pero si tuviera que tener una, no me imagino a otra mejor que ella..

Las chicas, esa unidad indivisible formada por Aislin y Grace, solían pasarse a lo largo del fin de semana en uno u otro momento. A veces se venían también a cenar y así Grace y Mila coincidían. Aislin era un reflejo en muchas cosas de mi propia personalidad. Nos potenciábamos todo lo malo, así que las risas estaban aseguradas. Grace era más tranquila, más sosegada. Ella y Margaret congeniaban de maravilla, curiosamente.

Me merecía no pensar.

Al menos un rato.

Observé a Kellan, sentado detrás del volante. Me gustaba su compañía. Incluso cuando a veces las conversaciones se basaban en monosílabos. Tenía días, como todos, supongo. Recordé algunas de las historias que me había contado de Leap Castle. Por desgracia, después de lo que había vivido con las chicas allí, empezaba a sospechar que aquello que habitaba en esa ala podía haber tenido algo que ver en todas aquellas intrigas. En todas aquellas muertes. ¿Éramos así de influenciables? Mejor no saber la respuesta.

No es que disfrutara con esa nueva Marisa, la que *sentía* cosas, pero supongo que era mejor ser consciente de la realidad que no vivir ignorando eternamente el mundo oculto entre las sombras. Fantasmas. Hadas. Y criaturas malignas. Menuda mierda. No, no me apetecía pensar en todo aquello. Hablar de Leap Castle y alguna de esas tenebrosas historias de muertes y traiciones. Ya no. Porque habían pasado de ser meras historias a ser reales. O quizás siempre lo habían sido, pero yo no había tomado conciencia de que lo fueran. A veces era mejor vivir en la inopia.

Dejé que mis ojos se posaran en el paisaje que rodeaba la carretera. Todo era diferente ahora. Los colores eran los mismos y, sin embargo, había matices diferentes. Energéticos, cósmicos, o llamadles como queráis. Era una tierra llena de ese algo que brillaba, palpitaba, con vida propia. Eso o yo estaba colocada hasta las cejas. Sin gastar un duro. Algunos me tendrían envidia. A mí, la verdad, todo aquello me superaba un poco. Que no lo diría en voz alta. Eso no. Pero joder, no era para menos.

—¿Sabes que existe una cosa que se llama música? —le pregunté a Kellan con una mirada desafiante y una sonrisa en el rostro para romper uno de esos largos silencios que empezaban a ser tan nuestros.

—El silencio es un bien preciado —me soltó el muy capullo y tras una fugaz mirada, añadió—. Si quieres, conecta tu teléfono y pon algo.

—Pensaba que nunca me lo pedirías —me burlé mientras sacaba mi teléfono del bolso y él me ignoraba. Algo que solía hacer. Ignorar mi sentido del humor—. Voy a sensibilizarte un poco con música de verdad.

—¿Quieres decir eso que llamáis música y son poco más que graznidos? —repuso con ese tono un tanto seco.

—Desde luego, eres todo alegría —le solté divertida mientras ponía una de mis listas de música favoritas en modo aleatorio.

Las primeras notas sonaron y me obligaron a hacer una mueca. Tentada estuve de cambiarla, incluso si la canción me gustaba. Pero es que con Kellan en el coche, lo de las canciones un punto emotivas casi que sobraban. Decidí no hacerlo. Al fin y al cabo, formaba parte de la banda sonora española de una película y por lo que había visto en Madrid, él español entre poco y menos. Igual que su interés en el idioma, todo sea dicho.

«*Se oye una canción*
que hace suspirar
y habla el corazón,
de una sensación,
grande como el mar.
Algo entre los dos,
cambia sin querer,
nace una ilusión,
tiemblan de emoción,
Bella y Bestia son.
Hoy igual que ayer.
Pero nunca igual.
Siempre al arriesgar
puedes acertar
tu elección final».

Apreté los labios para no reír.

Kellan realmente era un poco la Bestia. El papel le vendría como anillo al dedo. Y no, no es que quisiera pensar en anillos. Ni en bonitas historias de amor. Pero era innegable que algo había entre los dos. Físico. Meramente físico, me obligué a recordar. Kellan giró ligeramente la cabeza y me observó. Solo un momento. Sentí que la sangre me subía a las mejillas y eso me irritó. Era como si me hubiera pillado haciendo algo inapropiado. O pensando en algo inapropiado. Él y yo. Juntos.

Era absurdo. Una estupidez. Los dos teníamos muy claro el tipo de relación que teníamos, incluso si llevábamos con aquello cierto tiempo. Por mucho que quisiéramos mentirnos, nuestras vidas no

estaban preparadas para noviazgos, exclusividades ni compromisos. Incluso si algo así habíamos acordado. Por primera vez fui consciente de que estábamos realmente en una relación. Una de verdad. Una rara, vale, pero relación después de todo. ¿Debería eso preocuparme? Teniendo en cuenta la mierda que me había caído encima con todo lo de los sensibles y todo el trabajo que tenía pendiente con las obras del castillo, aquello era una minucia.

Mejor no gastar ni un minuto de mi tiempo en analizarlo.

Con Kellan lo que funcionaba era dejarse llevar.

—¿A dónde vamos a todo esto? —le pregunté mientras otra canción tomaba el relevo en los altavoces.

—Kilkenny —me contestó.

—¿Y eso debería impresionarme? —le pregunté divertida. Pude ver media sonrisa asomar a la comisura de sus labios.

—Tú eres la fanática de los castillos —me presionó—. Algo deberías haber leído sobre este en concreto.

—¿Tiene fantasmas? —le pregunté haciendo una mueca. Pese a mi tono cargado de sentido del humor, por dentro me estaba cagando en todo. Por favor, no más fantasmas ni más emociones para este fin de semana. Yo solo quería un poco de tranquilidad, un buen revolcón y desayunar en la habitación.

—No que yo sepa —respondió mirándome durante una fracción de segundo.

—Entonces el mío mola más —le solté para quitar hierro a esa expresión tensa que durante unos segundos había conseguido intuirse en mi rostro. Era él quién me había advertido de que mi castillo estaba encantado. Que yo no me lo hubiera creído en ese momento era otro tema.

—El castillo está sobre un promontorio con vistas al río y los jardines que lo rodean son bastante conocidos —remarcó.

—¿Conocidos en plan bonitos? —le pregunté para picarle—. ¿O conocidos porque la gente se esconde entre los arbustos y se lo monta al aire libre?

—Deja el sexo para la noche —ronroneó divertido Kellan tras mirarme fugazmente—. Flores y cosas de esas. El ambiente suele ser alegre.

—No sé qué pensar de algo que en tu boca se define como alegre —le piqué.

—Hay una gran cantidad de pubs especializados en cerveza tradicional —añadió.

—Eso suena bien —admití.

—Y luego está la puerta de Black Freren, en Abbey Street —añadió y sonreí al ver cómo Kellan parecía esforzarse en convencerme de que el sitio estaría bien—. Es un resto bien conservado de la vieja muralla

normanda.

—Vale me has convencido —bromeé.

—Tampoco tenías muchas más opciones —opinó Kellan haciéndome reír. Era un bruto, la verdad. Pero una vez empezabas a acostumbrarte a ese punto déspota que tenía, hasta era divertido pasar tiempo con él. Y no me refiero solo al sexo. Ese era el problema.

Tras hora y media de viaje, llegamos a una elegante casa antigua rodeada de jardines que codeaba con un edificio de líneas modernas con amplios ventanales. Los jardines estaban perfectamente cuidados y el lugar transmitía paz. Y romanticismo. Mucho.

Quizás era por la enredadera de hojas carmín que trepaba por la fachada frontal del viejo edificio de ventanales blancos, cubriendo parte de la vieja piedra. Quizás por esos jardines que rodeaban la finca cuidados hasta el más mínimo detalle. O quizás era culpa de la canción de fondo que sonaba en el coche. Igual hasta había sido mala idea lo de poner música.

Caminé con pasos firmes, arrastrando mi maleta, mientras Kellan cogía esa mochila suya que solía llevar a modo de petate. No, Kellan no era de los que se ofrecen a llevarte la maleta. Ni de los que te abren la puerta. No era muchas cosas, pero en esos momentos, casi que ni me importaba. Los olores me golpearon y me sentí transportada a otra época. Quizás por la mierda esa de mis sentidos de sensible. Todo era intenso. Emocionante. Vibrante. El lugar. Y Kellan. Especialmente él.

Se giró a observarme al ver que no le seguía el paso, saturada por todos los estímulos que me llegaban en ese momento. Al menos la casa no brillaba. Algo que era de agradecer, porque la casa de Margaret era como un maldito foco en la oscuridad de la noche. Había empezado a dormir con antifaz.

Busqué con la mirada a Kellan y sentí una emoción que me golpeaba con fuerza. Mis piernas temblaron ligeramente tras esa mirada. Como si de alguna forma él hubiera podido sentirlo, se acercó a mí y enlazó su mano con la mía. No era algo que hiciera habitualmente y, por extraño que fuera, sentí que todo cobraba sentido. Como si de alguna forma conectáramos. Quizás me estaba volviendo loca. Aún más loca, quiero decir, teniendo en cuenta que por lo visto era capaz de ver fantasmas. Y hadas.

Tuve tentaciones de decirle algo. Un agradecimiento. Por llevarme allí. Por su compañía. Por su fortaleza. O quizás más bien una confesión. Que todo aquello empezaba a significar algo. O simplemente desahogarme y explicarle todo lo que había vivido el día anterior. Pero no lo hice. Me pudo mi orgullo. No quería que nada cambiara entre nosotros. Que se alejara de mí.

Esa extraña emoción, el miedo a perderle, me hubiera hecho tropezar si él no estuviera a mi lado y su mano enlazada a la mía no

me diera una fortaleza que admito que no era del todo mía.

Tras pasar por el mostrador, nos dirigimos hacia nuestro nidito de amor. Era una habitación extraordinaria. Mi mirada se posó sobre la chimenea de mármol. Sentí el fuego arder en ella, pese a que no había fuego alguno. Joder. Esto era una auténtica mierda. Los brazos de Kellan me rodearon y dejé mi cabeza apoyada sobre su amplio pecho. Era extraño, cuando él estaba cerca, cuando me tocaba, me sentía más fuerte.

—¿Estás bien? —me preguntó y había una cierta suavidad en sus palabras, como si estuviera preocupado.

—Ayer bebí demasiado con Aislin y Grace —le mentí, dejando mi cabeza enterrada en su cuerpo—. Y con Margaret. La vieja aguanta más de lo que debería.

—Estás cansada. Hay un spa, si quieres podemos pasarnos a la tarde —ofreció.

—¿Después de una mañana de sexo agotador? —le interrogué y él rio por lo bajo mientras su mano acariciaba mi espalda.

—Me gustaría enseñarte la ciudad —me contradijo y me sorprendió un poco. Kellan siempre había sido muy físico. No era de los que rechazaban una proposición así y menos en una habitación como aquella que tenía una infinidad de posibilidades—. Viví aquí durante un tiempo. Le tengo un afecto especial.

—¿En Kilkenny? —le pregunté mientras me dejaba mimar y sus caricias me reconfortaban.

Sentía cosas. Muchas. Algunas nuevas y hasta cierto punto desconocidas. No quería perder la realidad de vista. Aquello era culpa de mi nueva sensibilidad. No significaba que nada hubiera cambiado. Intenté convencerme a mí misma.

Paseamos por estrechas calles antiguas y por pequeñas avenidas mucho más contemporáneas. Era una ciudad en la que se había sabido incorporar con extraña normalidad los elementos más actuales y modernos, mientras su núcleo seguía conservando calles empedradas y pequeñas estructuras de piedra de aspecto viejo. Muy viejo.

Llegamos hasta la entrada del famoso castillo y, mientras ascendíamos, paseando por los jardines cogidos de la mano, mis sentidos intentaban retener mil estímulos casi al mismo tiempo, haciendo que la experiencia fuera un poco surrealista.

Los olores eran más intensos, los colores y la forma en que la luz se reflejaba en ellos. Y luego estaban las risas. Suaves, casi imperceptibles, cuando en realidad estábamos solos. ¿Fantasmas? Quizás. No lo sé. Era extraño porque, pese a todo, no me sentía nerviosa ni entré en pánico. Quizás porque simplemente me sentía bien. Como si aquello fuera algo bueno. El lugar, la compañía o lo que

fuera.

Kellan no me preguntó mientras intentaba atrapar todo lo que me rodeaba con la mirada. Todos mis sentidos, mis nuevos sentidos, intentando no perderse detalle alguno. Cerré los ojos al sentir el olor de las rosas como nunca antes lo había sentido. Antes incluso de verlas. Caminé unos pasos con los ojos cerrados, con la mano de Kellan guiándome en el camino. Los rosales estaban en flor. Sentí una suave brisa que removió mi pelo y llegó hasta las flores, haciendo que sus hojas temblaran ligeramente.

—Es precioso —murmuré.

Kellan se quedó quieto. Se movió ligeramente y su pecho se enganchó al mío mientras sus brazos me abrazaban con un gesto posesivo, aunque no dijo nada. Sentí cómo inspiraba con fuerza sobre mi cabeza, como si quisiera sentir mi olor entre aquellas fragancias florales. Cerré los ojos, intentando dejar mi mente en blanco.

Éramos luz, Kellan y yo. Podía sentirlo. Como si en esos momentos, fuéramos uno solo. Era extraño. Sentir las cosas de aquella forma. Tardaría tiempo en entenderlo, pero no tenía prisa.

¿Sería siempre así entre dos personas? ¿Esa emoción que de alguna forma compartíamos? Incluso si ninguno de los dos éramos personas de sentir algo que no fuera el placer momentáneo del propio sexo. No éramos personas que buscaran nada más allá de eso. Y, sin embargo, allí, abrazados, tenía la certeza de que había mucho más entre nosotros. Algo que era una soberana estupidez. Pero no podía dejar de *sentirlo* así. Eso de ser una sensible me iba a traer serios problemas. Al menos en lo que a mi vida personal se refiere.

—*Él.*

Claro, él. El mensaje no podía ser más preciso. Ni más molesto. Muy a su estilo.

—*Él será…*

Genial. Mejoraba por momentos.

—*El será tu fortaleza.*

Eso. Claro. Más bien él sería el que me encerraría en el manicomio en el momento en que diera cuerda a todo lo que llevaba encima. Apreté los labios y empecé a reír. Una risa suave. Un poco desesperada, no lo negaré. Kellan se separó ligeramente de mí. Sus ojos buscaron los míos y me obsequió con una pequeña sonrisa antes de besarme con suavidad, un beso tentativo, de reconocimiento, que me hizo sentir mil mariposas revoloteando en mi estómago, un fogonazo ardiendo en mis venas y una extraña sensación en mi pecho. Fortaleza. ¿Se refería a eso?

No, hoy no pensaría en *ella*. Ni en Leap Castle. Hoy simplemente me dejaría llevar para que la ciudad me trasportara al pasado y Kellan guiara mis pasos. Solo eso. Y tenía la extraña certeza de que sería

simplemente perfecto.

Nos acercamos al castillo. Era precioso. Pasear alrededor suyo, una experiencia relajante. Extrañamente relajante, para ser precisos. No soy de las que se relajan fácilmente. Déjate de yoga y meditaciones, mi cabeza siempre va a mil por hora. Pero quizás por esa extraña conexión que empezaba a tener con aquella tierra y por la presencia tranquilizadora de Kellan, que nunca parecía sobresaltarse por nada, sentí que me olvidaba de todo. De los sensibles, de mi castillo, del hada y del espíritu maligno que desde allí acechaba. Simplemente caminé sintiéndome extrañamente bien. Feliz. Completa.

—Hay un sitio cerca de la abadía negra en el que se come bien —me informó Kellan mientras dábamos la espalda al castillo tras una visita fugaz a su interior y nos adentrábamos en las calles de la ciudad.

—¿La abadía negra? —le pregunté con curiosidad, acostumbrándome a eso de caminar con las manos enlazadas, algo que no habíamos compartido en nuestras citas previas, en las que solíamos salir entre poco y menos de la habitación que compartíamos. Algo había cambiado. Estaba cambiando.

—Antiguamente fue un monasterio dominicano —me explicó Kellan—. Tiene unas vidrieras bastante llamativas.

—Es una ciudad muy bonita —admiré mientras caminábamos por una estrecha calle con adoquines—. ¿Cuánto tiempo viviste aquí?

—Perdí la cuenta —bromeó mientras me miraba con una sonrisa traviesa en el rostro. Había muchas cosas que Kellan a veces no decía. Tampoco es que me importara. Entiendo que a veces necesitamos tener nuestros secretos—. Ven.

Me estiró de la mano para arrastrarme debajo de un viejo arco de piedra. Sentí la tierra temblar debajo de mis pies. Miré a Kellan, su rostro se mostraba tranquilo mientras me observaba y supuse que él no había sido consciente de aquello. Otra cosa más que añadir a mi lista de nuevas anormalidades como sensible.

Tragué saliva al ver la intensidad de su mirada. A su alrededor el aire parecía vibrar mientras todo parecía atenuarse a nuestro alrededor. Una suave brisa empezó a bailar alrededor nuestro. Seguramente era solo cosa de mi imaginación. De mis sentidos.

—Este arco se conoce como la puerta Black Freren —me susurró sin dejar de mirarme mientras mi corazón palpitaba con fuerza—. Es un antiguo vestigio normando de las antiguas murallas.

—Es especial —murmuré mientras sentía la electricidad que se creaba entre nosotros. La intensidad del momento.

—Lo es —afirmó—. Hay una vieja tradición irlandesa. Un beso bajo ellas puede curar las heridas del pasado y es augurio de buena suerte para el futuro.

—¿A qué estamos esperando entonces? —le pregunté intentando mostrarme tranquila. Segura de mí misma. Indiferente. Incluso si no lo estaba. Había algo especial en ese lugar, realmente. Podía sentirlo. De una forma que antes no habría sido capaz de entender.

Y fue entonces cuando Kellan me sonrió y sentí que el mundo brillaba a nuestro alrededor. Lentamente, sin prisa alguna, se inclinó en mi dirección para posar sus labios sobre los míos. Sus labios eran cálidos, carnosos, conocidos. Nuestras bocas empezaron a buscarse y sentí cómo sus brazos me rodeaban mientras los míos se aferraban a su espalda presionando su cuerpo contra el mío. Sentí mil sensaciones en aquel momento. Como si todo cobrara sentido. Y entonces, tras unos segundos en los que el mundo simplemente parecía haber desaparecido a nuestro alrededor, Kellan se separó de mí.

Sentí mis mejillas enrojecidas cuando los ruidos empezaron a sonar a nuestro alrededor. Risas, silbidos y algún que otro aplauso. Kellan observó a la gente que pasaba a nuestro alrededor y en vez de gruñirles, que siendo él era lo más esperable, rio con suaves carcajadas.

—¡Que la vida os traiga mucha felicidad! —nos dijo un hombre entrado en años mientras se despedía de nosotros con un movimiento de cabeza.

—¿Le conoces? —murmuré mientras intentaba recuperar la compostura. A ver, que soy una femme fatale. Joder. Que me vitoreen tras darme un buen beso de tornillo no me afecta lo más mínimo. O no me afectaría normalmente, vamos.

—Para nada —aseguró Kellan con media sonrisa en el rostro.

—¡Hombres! —mascullé más divertida que no enfadada mientras seguíamos caminando en dirección a la abadía negra, cuyas paredes ya podían verse a poca distancia.

XX

Hoy mato a alguien

LA SEMANA pasó lentamente. Jodidamente lenta. Y mi ansiedad crecía exponencialmente.

Intentaba mantenerme ocupada, algo que no era especialmente difícil teniendo en cuenta que Margaret me esclavizaba a la mínima oportunidad y me ponía a trabajar en el jardín. Lo suyo con esa parcela de tierra era patológico, en serio. Pero me compensaba pasar esas horas allí mientras ella me hablaba de toda aquella locura. Lo de ser una sensible.

Ella lo era desde pequeña. Quiero decir que siempre había sentido las cosas de una forma diferente a lo que sería esperable. Si me paraba a pensar, a lo largo de mi vida había demostrado ser un poco rarita. Con eso de mi sexto sentido. Y luego llegó esa voz que podía oír, ocasionalmente. Una palabra. Dos a lo más. No es como que nos pasáramos la mañana hablando, tampoco. Pero claro, de aquí a ver que las personas brillan o ver fantasmas, había un buen trecho.

Me gustaba que me explicara cómo había sido su vida siendo… eso. Una sensible. Grace también tenía anécdotas. Algunas sumamente divertidas. Me hacían reír, y eso estaba bien, porque era eso o ponerse a llorar. Y no de alegría, precisamente. Daba una grima que ni te cuento. Pero supongo que compartirlo con ellas lo hacía más llevadero.

Solo me crucé con un par de sensibles durante la semana. Y de lejos. Emitían suaves destellos blanquecinos. Muy sutiles. ¿Serían conscientes de lo que eran? ¿O serían como yo, sus sentidos en un estado de letargo, esperando que algo los despertara? Un fantasma, por ejemplo. Menuda mala suerte la mía.

Así había descubierto que Grace tenía una abuela sensible pero que ni su madre ni el resto de su familia habían mostrado esa sensibilidad especial suya. Me confesó que no supo hasta hacía poco lo que realmente significaba. Lo de la sangre de hada, vamos. Conoció a alguien, creo, pero no parecía dispuesta a explicarme mucho al respecto y yo, la verdad, podía entenderlo. Margaret siempre había sentido una fuerte conexión con la tierra, con la naturaleza. Eso en concreto no hacía falta que me lo jurara, en serio. Su historia se complicó con un hombre, como suele pasar. No llegué a descubrir la historia, pero sospechaba que puso su mundo patas arriba y que, como sensible, todo debió de volverse sumamente complicado. Margaret era

demasiada mujer como para no haber tenido sus historias. Incluso si sus mejores años los vivió en el siglo pasado. Para ella, todo pasó a tener sentido cuando una vieja amiga le descubrió ese mundo. Fuera quien fuera, había muerto hacía ya mucho tiempo y lo que sea que compartieron, aún le dolía. Al menos un poco.

Me gustaría saber mucho más sobre la realidad de los sensibles. Y su origen. Eso de la sangre de hada era bonito, pero tampoco tenía yo muy claro que las fuentes fueran especialmente fiables. Quiero decir, ¿en serio? Vale que las cosas brillaban y que nuestros sentidos eran extraordinarios, pero eso no era una evidencia de que nosotras hubiéramos heredado eso de una criatura de alas repletas de purpurina. Digo yo, vamos. Pero claro, en la Wikipedia no había respuestas sobre eso en concreto. Una pena.

Dejamos nuestras maletas de mano en el hostal que Aislin había reservado. En comparación a los hoteles de lujo que solía frecuentar con Kellan, y al ritmo de vida que mantenía en Madrid, era una caja de zapatos con dos habitaciones dobles que compartían un baño. Y claro, a mí me tocaba compartir habitación con Margaret, que tenía pinta de ser de las que roncan profundamente por las noches. No me quejé. No soy de esas. Un día es un día.

Nos pusimos ropa y calzado cómodo, dispuestas a caminar. Por lo que Grace había estado descubriendo, el tiempo estaría de nuestro lado. Temía que aquello se convirtiera en una segunda parte de la excursión que hicimos con Mila, en la que todas acabamos totalmente empapadas y muertas de frío. A Mila se le fue la cabeza ese día, en serio. Sospecho que parte de la culpa era del cabreo que tenía con Colin por aquellos tiempos, pero nos jugamos la pulmonía y acabar ingresadas en neumología.

Las predicciones no mentían: el día era soleado y solo había algunas nubes, aisladas, en el cielo. Igual hoy el tiempo tenía clemencia de nosotras. Nos acercamos con el coche hasta el lago de Glencar. Una vasta extensión acuática nos observaba pacíficamente. Su superficie brillaba sutilmente, diría que por el propio sol. ¡Pero qué sé yo! A estas alturas de la película, cualquier cosa era creíble.

—Mañana, si nos vemos con ganas, podríamos ir a la cascada. Dicen que es espectacular —informó Aislin mientras miraba un mapa impreso sobre un enorme tablón de madera.

—¿Y dónde se supone que está el maldito símbolo? —gruñí observando todo lo que me rodeaba sin ver signo alguno de aquello.

—En esta época no puede verse —contestó Margaret y fruncí el ceño mientras ella me sonreía—. Jim McCabe plantó árboles de una especie japonesa cuyas hojas cambian de color en otoño, haciendo que pueda verse el contraste respecto a la otra variante autóctona cuyas

hojas no cambian de color en esa época.

—¿Y no se te podía haber ocurrido decirnos eso la semana pasada? —ironicé mientras ella me sonreía.

—Que no se vean no significa que no estén —puntualizó Grace y miró a Margaret con una expresión mucho más amistosa que la mía—. Solo hay que saber verlos.

—Sois muy raras —les dije. Ellas se echaron a reír.

—Y lo dice la que ve fantasmas —bromeó Aislin mientras cogía a Grace de la cintura.

—Siempre tan amable —gruñí ligeramente.

—Se te están pegando cosas de ese hombretón tuyo —se burló Margaret.

—No es mío —protesté. Se pusieron a reír. Sospecho que esta vez a mi costa. No valía la pena el esfuerzo de discutir aquello—. Vale, ¿entonces vosotras veis algo?

—No —negó Grace observando un pequeño montículo que se alzaba frente a nosotras, repleto de verdes árboles—. Pero cuando lleguemos al sitio adecuado, lo sabremos.

—Vale, genial, un gran plan —mascullé y Aislin se rio al presentir mis reticencias al respecto.

—En la tradición celta antigua, la Triqueta tiene tres puntas, cada una de ellas se relaciona con las otras dos. Pasado, presente y futuro —empezó Grace mientras cargaba su mochila a su espalda y empezábamos a caminar. Mi fe en aquella empresa era entre poca y menos.

—Cada una debería situarse en uno de esos vértices —afirmó Margaret.

—Algo especialmente difícil si no somos capaces de verlos —insistí.

—¡Mujer de poca fe! —bromeó Margaret.

—A eso se le llama ser realista —me defendí.

—Mueve tu culo, morena —me soltó Aislin entre risas. ¡Qué remedio!

Tampoco perdíamos nada.

Me puse a caminar dejando que la belleza del lugar suavizara mi estado anímico. Un poco, al menos. Un relincho llamó mi atención y observé, con cierta sorpresa, una yegua blanca junto a su potro pastando en el verde prado. Era una imagen un tanto bucólica, un tanto empalagosa para una urbanita declarada como yo, pero pese a mi propio cinismo, me quedé mirándolos, impregnándome de la calma que transmitían.

Ascendimos por una pequeña colina, prácticamente desnuda, con aquellos dos miembros equinos como únicos testigos de nuestra proeza. Pronto nos encontramos con un denso bosque de árboles cubiertos de verde musgo en sus tronco.

Nos adentramos en el bosque y me dejé llevar por el silencio del bosque. Por la suave brisa y los olores que nos rodeaban. Dudaba que encontráramos algo, pero tengo que admitir que el paisaje era precioso. Y me sentía bien. Mucho más calmada y menos ansiosa que encerrada en casa de Margaret, toda la semana, simplemente esperando. Era eso, o quizás algo que había en aquel bosque. Porque sí, sentía cómo la paz invadía mi inquieta mente mientras profundizábamos en su interior. Paso a paso. Poco a poco. ¿Psicológico? ¡Fijo! ¡Pero ay del que niegue el efecto placebo!

—¿Sentís algo? —preguntó Grace tras unos minutos en los que solo los ruidos del bosque, rotos por nuestros pasos, nos rodeaban.

—Magia —susurró Margaret—. Fluye con naturalidad a nuestro alrededor.

Me paré, sintiéndome extrañamente en conexión con aquella tierra.

Margaret tenía razón, incluso si no era como yo esperaba. Quiero decir que las cosas no brillaban. Era mucho más sutil. Pero estaba ahí. En los olores, en la forma en que los pájaros piaban y en cómo el aire en vez de frío se volvía cálido mientras nos acariciaba.

Me acerqué a un árbol y puse la palma de mi mano sobre su corteza. Fue algo así como instintivo. Su textura no me sorprendió. Era áspera. Pero había algo más. Siempre había algo más, con eso de las sensaciones, las percepciones, que eran capaces de notar los sensibles.

Sentí la calidez de la tierra ascendiendo por el tronco para llegar a mí. A la palma de mi mano. La brisa se arremolinó a mi alrededor, haciendo que las hojas en el suelo volaran creando un pequeño remolino. Y sí, allí, en el aire, pude sentir la magia. Crecer, ascender, convertirse en un todo. Rodeándome. Era de lo más extraño que había sentido en tiempo. Suspiré, sintiéndolo. Y aceptándolo. No sentía miedo, era más bien un extraño reconocimiento. Como si hubiera encontrado algo que me faltaba desde hacía tiempo, pese a que no había sido consciente de no tenerlo.

—En menudo marrón nos hemos metido —susurré mientras Aislin me miraba con una expresión fascinada en el rostro. Las hojas seguían volando a mi alrededor y ahora podía sentir pequeños toques de purpurina brillando a mi alrededor—. Creo que este árbol es especial.

—Lo es —afirmó Margaret colocando su mano sobre mi hombro con una voz que era dulce—. Has encontrado tu vértice. Ahora solo falta que nosotras encontremos los nuestros.

—¿Estáis seguras de esto? —intervino Aislin. Agradecí ese comentario. Yo no lo estaba. Ni de broma.

—No es como que tengamos muchas más opciones —opinó Grace con voz suave, cantarina. Aislin la miró. En ese momento fui consciente de que, pese a que Aislin parecía ser siempre la voz

cantante en aquella pareja, Grace tenía una fortaleza pese a su carácter suave que podía pasar desapercibida pero que estaba allí—. Cosas peores hemos pasado.

—No quiero saberlo —murmuré.

—No, no quieres —afirmó Aislin frunciendo el ceño.

—Va a ir todo bien —aseguró Margaret con un temple que era envidiable—. Vamos a buscar los otros dos vértices de la Triqueta.

—Vamos —afirmó Grace.

—¿Y luego? —les pregunté sin atreverme a liberar a aquel extraño árbol de mi contacto. Como si fuera totalmente reticente a separarme de esa sensación, embriagadora, que me había envuelto. Una sensación de plenitud. Y de poder. Era algo adictivo.

—Esperaremos a ver qué pasa —propuso Margaret—. Y si no pasa nada, podemos ponernos en contacto con los teléfonos, no estamos incomunicadas.

—Acompaña a Margaret —le pidió Grace a Aislin, que hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Margaret no la contradijo.

No era un ascenso difícil, pero los años le pesaban. Era raro, pero a veces me olvidaba de eso. De su edad. Como si pudiera sentirla mucho más joven. Parpadeé un par de veces mientras la observaba. Las arrugas de su rostro parecían ligeramente menos marcadas, las manchas en su piel más suaves. ¿Era cosa mía? ¿O Margaret parecía más joven? ¿O era solo cosa de mis ojos? De mi mierda de ojos de sensible. No, lo que yo viera no era algo demasiado fiable, ciertamente.

Me quedé allí, sola.

No sentía miedo, pese a ser perfectamente consciente de que aquello normal, lo que se dice normal, no era.

Y esperé. Pacientemente. Hasta que sentí una corriente cálida latiendo con más fuerza en el árbol. Cerré los ojos y pude sentirlo. Margaret había llegado a su vértice. A su maldito árbol. Menuda locura.

Al poco rato, llegó Grace. Sentí una explosión, la energía palpitando en la tierra, en el árbol, en mí. El viento se arremolinó a mi alrededor con más fuerza mientras extrañas fragancias me llegaban. El ruido de los pájaros, ansiosos, celebrando algo. ¿Qué exactamente? A mi alrededor la hierba creció ligeramente y flores de color blanco empezaron a abrirse bajo mi sorprendida mirada. Y entonces pude sentirlo. Una corriente de energía de una pureza absoluta que atravesaba el espacio que me separaba de Margaret y Grace. Un símbolo que se trazaba, mágicamente, entre nosotras.

Una Triqueta.

Podía sentirlo, incluso sin verlo. Y luego una explosión de luz que me cegó durante unos segundos, justo antes de que se hiciera el

silencio.

El viento se aplacó, la luz desapareció y el bosque volvió a ser un mero bosque.

¿Qué había pasado? No sabría decirlo. ¿Era todo fruto de mi imaginación? ¿Una alucinación?

Me quedé quieta unos segundos, intentando normalizar mi respiración. Me agaché para observar una de esas flores. La toqué con suavidad y sentí un cosquilleo en la punta de los dedos. Magia. Magia en estado puro. Capaz de hacer florecer plantas que apenas unos minutos antes eran inexistentes.

Mi teléfono empezó a vibrar. Vi el número de Grace en la pantalla. Vale. Acepté la llamada.

—Dime que no estoy loca —le pedí.

—*No estás loca* —me aseguró entre risas.

—Vale, ahora cuéntame qué has visto tú —le interrogué.

—*Luz, mucha luz* —empezó ella—. *Podía sentiros. A ti y a Margaret.*

—¿Has visto la Triqueta?

—*Para no verla.*

—Bien visto —bromeé.

—*¿Era un juego de palabras cutre?* —me picó la muy capulla.

—Aislin es una mala influencia en tu vida —le repuse con una amplia sonrisa y ella se limitó a reír.

—*Me siento extraña* —me confesó Grace.

—¿En qué sentido? —le pregunté.

—*No lo sé* —murmuró.

—¿Has hablado con Aislin o Margaret?

—*Aislin me ha enviado un mensaje* —me contó—. *He quedado con ellas fuera de la arboleda.*

—Una gran idea —apunté—. Voy para allá.

Di un par de pasos. Trémulos. Joder.

Algo no estaba bien en mí.

Busqué uno de aquellos firmes troncos sobre el que sostenerme y me quedé allí, simplemente respirando.

¿Qué me pasaba? Sentí el aire llenar mis pulmones y me sentí extrañamente ligera. Algo se movió a mi espalda. Me giré de golpe, pero no había nadie.

Empezaba a ponerme nerviosa.

Tenía unas ganas de mil demonios de largarme de allí. Volví a intentarlo. Dos pasos. Tres. Vale, así estaba mejor.

Y entonces un ruido me asustó. Di un respingo y tras él un traspié. Puse las manos a mis costados, preparada para salvar parte del impacto y no acabar con un moratón del mil en mi hermoso culo.

Pero el impacto no llegó.

Empecé a temblar mientras sentía algo detrás de mí.

Uno. Dos. Tres. Mierda.

Giré lentamente mi cabeza y pude ver una estela a mi espalda. Como si fuera una suave corriente de aire que brillaba repleto de purpurina plateada.

Coloqué mis pies en el suelo con cuidado. Con precaución. Aquello dejó de batirse a mi espalda.

Alas.

Tenía dos putas alas a mi espalda. No, no, no, no….

Eso no podía ser real.

Y las muy cabronas se batieron de nuevo, orgullosas, haciéndome tropezar. ¿Es que tenían vida propia?

Conseguí volver a apoyarme sobre mis dos piernas. Vale. Eso estaba mejor. ¿Qué coño iba a hacer yo con mi vida con dos putas alas a mi espalda? Empecé a caminar, con pasos firmes y mucho más seguros. Iba a matar a Margaret y a Grace. Menuda idea la suya. También al hada, por hacernos venir hasta este bosque perdido en ninguna parte y hacernos esa putada, vamos. Y a la criatura esa oscura, por instalarse en la capilla de mi hotel. Tenía intención de matarlos. A todos. Uno detrás del otro.

Para cuando llegué fuera de la arboleda, mi estado de ánimo no había mejorado mucho. Grace fue la primera en aparecer. La miré, frunciendo el ceño. Al menos, no era la única jodida. Sus ojos se abrieron como platos mientras me miraba. Igual ella no sabía que estaba tan pringada como mi humilde persona.

—Tienes… alas —susurró.

—Gran descubrimiento —gruñí irritada.

—Pero, ¿cómo? —murmuró insegura.

—Ni idea, pero estaría bien que miraras a tu espalda.

Grace se quedó petrificada. Su rostro se volvió blanco como el papel, y eso que, de base, la chica ya era paliducha. Giró lentamente la cabeza como si no quisiera hacerse falsas expectativas, y pude ver cómo sus ojos se iluminaban al verlas.

Empezó a girar sobre sí misma y me recordó a un chucho de esos persiguiéndose la cola. Vale, estaba cabreada, pero aquello era de lo más gracioso. Empecé a reír incluso si al mismo tiempo tenía ganas de llorar.

—¡Tengo alas! —gritó Grace totalmente emocionada con aquello—. ¡Tengo alas!

—Genial, no veas —murmuré entre risas—. En menuda mierda nos hemos metido nosotras solas. ¿No te das cuenta?

—¡Que tengo alas! —repitió de nuevo.

—Estás para darte una colleja —le advertí mientras ella daba saltos y seguía girando sobre sí misma—. ¿Cómo se supone que vamos a

vivir con eso a la espalda?

—Me da igual —me contestó—. ¡Tengo alas!

—Esto es lo peor que nos podía pasar —protesté mientras me dejaba caer sobre una gruesa piedra y observaba a Grace dar vueltas y saltos con una felicidad que, en serio, yo no compartía. ¿Es que no lo veía? ¡Estábamos totalmente jodidas!

Así nos encontraron Aislin y Margaret cuando salieron del límite del bosque y su presencia se hizo evidente.

—¿Se ha vuelto loca? —me preguntó Aislin mirando a Grace con curiosidad y una expresión divertida en el rostro. Margaret caminaba a su lado, apoyada sobre una rama que usaba a modo de bastón. Parecía cansada.

—Creo que tiene que ver con eso —le dije señalando las alas que Grace intentaba mover sin demasiado éxito. Las suyas eran perezosas, por lo visto. Las mías tenían que ser más cabronas, supongo. Cosas de mi personalidad.

—¿Con qué exactamente? —preguntó Aislin frunciendo el ceño.

—Las alas —le contesté haciendo una mueca.

—¿Alas? —murmuró Aislin mirando a Grace.

—No puede verlas —susurró Margaret que lucía a su espalda sendos apéndices brillantes, solo que a ella le daban un aspecto elegante, condenada vieja—. Supongo que es cosa de que no es una sensible.

—¿Tú las ves? —le pregunté a Margaret que hizo un gesto afirmativo. Vale, tres locas con alas. Genial. El fin de semana mejoraba por momentos. Hice una mueca. Cerré los ojos y dejé que mis sentidos se expandieran a mi alrededor. Sentí el viento que quería arrastrarme, empujarme, y recordé la sensación de volar.

No es que hubiera volado antes, pero sí había sentido aquello. Cuando el hada de mi castillo me había enviado aquellas imágenes en las que flotaba literalmente por el aire hasta llegar justo al lugar en el que estábamos. Y entonces mis alas empezaron a batirse a mi espalda y sentí que mi cuerpo se elevaba.

—¡Joder! —soltó Aislin.

—Eso sí puede verlo —se burló Margaret.

—¡Vuelas! —exclamó Grace emocionada.

—No sé si soy yo o el viento el que me sustenta —murmuré mientras dejaba de hacer aquello para volver a poner mis pies sobre la tierra. Molar, molaba. Pero también acojonaba que ni os cuento.

—Aire —susurró Margaret—. Probablemente es tu elemento. Por eso has conectado tan rápido con esa esencia tuya aérea.

—No sé —le solté mientras me encogía de hombros.

Quizás tenía que ver con el hecho de que siempre soñaba con volar, aunque eso no me atreví a compartirlo con ellas. No me sentía

preparada. Entonces tuve una revelación.

—¿Si Aislin no las ve, significa que no tendremos que vivir escondidas en una caverna para el resto de nuestros días? —les pregunté sinceramente esperanzada. Me imaginaba una vida huyendo. Sola. Sin Kellan. Joder, ¿por qué tenía que pensar en él justo en ese momento?

—Eso creo —afirmó Margaret, divertida.

—Pues no sabes el peso que me quitas —le confesé—. Esto… es demasiado. En serio. Pero al menos si la gente no las ve, supongo que podré vivir con ello. Si no me da por ponerme a revolotear en un centro comercial. Tienen personalidad propia, no os penséis que las controlo propiamente.

—Los sensibles sí que las verán —reflexionó Margaret.

—A esos les pienso decir que están locos —la reté con una sonrisa —. Y a ver quién tiene los huevos de contradecirme.

—Está claro que esto era lo que quería el hada de tu castillo —afirmó Grace que finalmente parecía estar un poco más centrada.

—Genial, volamos —le dije—. ¿Y qué se supone que vamos a hacer con eso? Os recuerdo que tengo a un fantasma chungo habitando mi castillo y no creo que se asuste con nuestro rastro de brillante purpurina.

—Tiene que servirnos para algo —aseguró Grace.

—No somos hadas —meditó en voz alta Margaret—. Y, sin embargo, ahora lo somos. Hemos de poder conectar con la magia de nuestros elementos. De alguna manera.

—¿Y eso nos ayudará?

—Tiene que hacerlo —afirmó Margaret.

—¿Magia? ¿En serio? —preguntó Grace que seguía emocionada con todo aquello.

—Vale, mientras aprendemos a hacerlo, haremos como que nada de todo esto ha pasado —me animé a mí misma.

—Bueno… —susurró Grace.

—Mila —afirmó Margaret haciendo un gesto con la cabeza.

—¿Mila? —pregunté antes de añadir con convicción—. Ya os dije que ella se quedaba al margen.

—A ver cómo le escondemos esto —se burló Margaret señalando sus alas que se extendieron a su espalda dejando una pequeña estela de purpurina plateada.

—No me lo digas —le dije frotándome la frente—. Es una puta sensible.

—Lo de puta, no sé —intervino Aislin entre risas—. Pero lo de sensible, te lo confirmo.

—Joder, joder, joder —protesté—. No vamos a poder darle esquinazo eternamente.

—No, no vamos a poder.

—Dadme un par de semanas —les supliqué—. Solo un par, mientras pienso como explicárselo. Todo.

—Ya te dije que era mala idea dejarla al margen —me soltó Aislin y, en serio, por gusto le daba una colleja.

—Eres la consideración en persona, claro —le solté y ella rio. Bruja.

XXI

Sospecho que eso tampoco es normal

LA REUNIÓN con Eliot y Justin fue bien. Quiero decir que a mis nuevas amigas aladas no les dio por ponerse a aletear allí en medio. Que ya era más de lo que esperaba. Eran un poco temperamentales.

En los tres días que llevábamos con *eso* encima, ni Margaret ni Grace habían llegado a despegar. Sería porque mi elemento era el aire o porque a mí me querían amargar la vida, no sabría decir. La realidad es que cada mañana cuando me despertaba cruzaba los dedos para que simplemente hubieran desaparecido, pero por lo visto la suerte no estaba de mi parte.

Miraba el reflejo en el cristal del baño con curiosidad. En él, mis alas no aparecían. Como si no existieran. Allí era simplemente yo, de nuevo. Pero cuando giraba la cabeza… allí estaban esas dos prolongaciones mágicas de mi cuerpo, transparentes, pero con suaves grafías de color blanco y plata. Lo peor era cuando aleteaban contentas. Dejaban una pequeña estela brillante y me imaginaba a una niña pequeña, de cinco años, jugando con varios botes de purpurina.

¿Sería este cambio definitivo? Esa era una gran pregunta. Margaret estaba prácticamente convencida de que la respuesta era afirmativa. Grace se ponía nerviosa al pensar que pudieran desaparecer. Lo que para una era lo más, para mí era lo peor. Para gustos, colores.

Grace y Aislin se habían instalado en el altillo. Éramos un puto aquelarre. Alado y brillante. Muy *cool*, en serio, pero nos venía bien para intentar poner en común nuestros avances. Que eran pocos. Por no decir ninguno. En el fondo, las tres éramos conscientes de dónde teníamos que ir si queríamos respuestas. Pero a mí, particularmente, lo de volver a mi castillo me daba un poco de grima. Ya no tenía claro qué quería saber y qué no.

Aunque la realidad, tras salir de la reunión, es que no podría evitar hacerlo en algún momento. Por no decir que no podía permitirme abrir el hotel sin sacar *eso* de allí. Y no hablo del hada. O de los fantasmas de las mellizas. Pasaba de que mi hotel de lujo acabara en las noticias porque un botones se volviera loco y acabara convirtiéndose en un asesino en serie. Algo que ahora me planteaba como posible.

No es que tenga nada contra los botones.

Era más por esa entidad maligna que acecha entre las sombras.

Mi teléfono empezó a vibrar y sonreí al ver el nombre de Ana en la

pantalla. Un poco de normalidad estaría bien, en serio. Nos habíamos estado enviando mensajes de texto y estaba al día en lo referente a Kellan. En que nos acostábamos juntos, básicamente. Tampoco es que le hubiera dado muchos detalles. Todo lo referente a Kellan era un tema tabú. No sabía qué explicar o cómo explicarlo. Así que me limitaba a no hacerlo.

—¡Benditos los oídos que oyen tu voz! —le solté. Sí, había un poco de malicia en aquello. Desde que estaba casada se dejaba ver poco y siempre tenía ocupaciones. Sociales. Su maridito estaba en esa fase. La de relacionarse.

—¡Serás zorra! —me respondió entre risas.

—Un poco, para qué negarlo —le contesté mientras me apoyaba sobre una pared y observaba a la gente pasar frente a mí, por la calle.

—¿Cómo estáis? —me preguntó divertida.

—Bien —le contesté.

«Bien jodida», pensé.

—Genial —me dijo y casi podía verla morderse el labio mientras dudaba. Algo. ¿El qué? Ni idea—. ¿Cómo va con el castillo?

—Genial —le contesté usando su misma palabra. ¡Podría contarle tantas cosas! Pero no lo haría.

—¿Y el primo ese de Colin? —continuó con su interrogatorio.

—Pasándonoslo bien de tanto en tanto —le contesté sin sincerarme del todo—. A ver, Anita, que nos conocemos. ¿Qué ha pasado?

—Nada —murmuró.

—¿Ya has decidido divorciarte? —le pregunté a bocajarro. Vale, soy una chunga.

—No, loca —me contestó y empezó a reír. Tendría que probar con otra cosa—. No es por mí. No sé si debo decirte esto o no.

—¿El qué? —le pregunté.

—Es un rumor, solo —puntualizó.

—No te preocupes que, en estos momentos, estoy en otra liga —le dije mientras mis alas se batían ligeramente a mi espalda. No, no era el mejor momento de alzar el vuelo, me dije observando a los transeúntes. Como si me hubieran escuchado, se plegaron a mi espalda.

—Es sobre Hugo —me dijo.

—¿Hugo? —le pregunté sorprendida.

—Está embarazado —me soltó.

—Quieres decir que Laura está embarazada —remarqué mientras sentía un nudo en la barriga. Apreté los labios. ¿Qué era lo que sentía? No podría definirlo—. ¿Estás segura de que es suyo?

—Serás bruta —me contestó Ana entre risas. Me gustaría reírme con ella, pero no me sentía capaz de hacerlo—. Bueno, era algo que se veía venir.

—Sí, claro —le aseguré. Lo verían venir todos, claro, pero desde luego, yo no. A ver, no es que me quisiera mentir. Claro que sospechaba que era algo posible. Pero de que fuera algo posible a que fuera algo real, había una sutil diferencia. Que lo era todo.

—Solo quería que lo supieras —me dijo—. Que no te enteraras de golpe, por otro, sin más.

—No te preocupes, Ana —le dije—. Te lo agradezco, en serio.

—Tengo ganas de veros —me dijo—. Igual le digo a Oliver y venimos un fin de semana, o algo. O mejor aún, me vengo yo sola.

—¡Eso sí que suena a un plan! —exclamé.

—Lo miro y te llamo —me dijo.

—Perfecto, pásatelo bien, arpía —me despedí de ella.

—Lo mismo digo —me contestó—. Y dale recuerdos a Mila de mi parte.

—Claro —le aseguré.

Colgué el teléfono y lo guardé en mi bolso.

—Mierda —dije en voz alta. Al menos no alcé la voz, y eso que en esos momentos tenía ganas de chillar. De pegar a alguien. De llorar. Sí, eso también.

Hugo y Laura tendrían un bebé. Y yo tenía dos putas alas. No era bien bien lo mismo.

Cerré los ojos. Mi vida. No era mía. Todo se había descontrolado a mi alrededor. El castillo en el que tantas horas había invertido, el proyecto que tenía que darle sentido a mi vida, estaba habitado por una criatura capaz de acumular cadáveres detrás de una trampilla. Mila, la que era como mi hermana, vivía ocultándome cosas y no parecía ser capaz de volver a conectar conmigo. Y sí, tenía dos alas a la espalda y ninguna idea de cómo deshacerme de ellas. Volaba. ¡Volaba!

Y luego estaba él.

—*Con él eres más fuerte.*

Sí, gracias, casi me había olvidado de *ella*. Si Kellan era un misterio en muchos aspectos, me preocupaba mucho menos que los misterios que tenían relación con *ella*. Pero no podía evitar pensar en él. En Kellan. Y en Hugo. Eran dos personas totalmente diferentes y supongo que nuestras relaciones también. Hugo había sido lo que tenía que ser. Y había sido sencillamente perfecto. O quizás yo lo había idealizado todo.

Miré las nubes, que anunciaban que pronto llovería. Kellan. Él había llegado a mi vida como una tormenta de verano. Todo él era intenso, como el viento huracanado. Jamás hubiera pensado que alguien así pudiera hacerme sentir bien. Como si todo encajara. Como si todo tuviera sentido. Sus respuestas, un tanto absurdas, me hacían sonreír. Eran sus miradas las que a veces parecían transmitirme mil

cosas al mismo tiempo. Especialmente ahora. Como sensible, todo había cambiado. Quizás no era tanto nuestra relación, sino mi forma de sentirla. Con Kellan podía ser simplemente yo. Y era obvio que él no fingía ser alguien que no era.

Quizás esa era la gran diferencia. Kellan y yo, cuando estábamos juntos, simplemente funcionábamos. Sin más. Era algo que salía de forma natural entre nosotros. Y, sin embargo, no me imaginaba con él. Un bebé. Una familia.

Joder. ¿Por qué aquello dolía tanto?

Porque tiempo atrás yo había aspirado a eso. A estar con Hugo para siempre. A llevar a sus hijos en mi vientre y tener una bonita familia. No, no me imaginaba a la Marisa Carreras de ahora como madre. Por no hablar de Kellan. Empecé a reír. No, no le pegaba demasiado. Y luego estaban las alas. ¿Podían heredarse? No, no es que pensara ser madre. Ya no. No entraba en mis planes a corto plazo, vamos. Pero era inevitable pensar en aquello.

En todo lo que había dejado atrás. Lo que me había dejado atrás.

Ya no importaba supongo. Yo ya no podría amar al hombre en el que Hugo se había convertido. No había sitio en mi corazón para una persona que no fuera honesta conmigo.

Sonreí.

Kellan no era así.

Y me gustaba. Joder. Me gustaba mucho.

Estábamos juntos. Él lo había dicho. Mis alas batieron a mi espalda con una emoción mal definida, pero conseguí refrenarlas antes de empezar a volar allí en medio. Intentaba no caminar demasiado, ahora. Por lo visto eso de caminar les parecía especialmente aburrido y vulgar, así que problemas tenía para contenerlas y no echarme un vuelo en medio de Grafton Street. ¿Divertido? Fijo. ¿Discreto? No mucho.

El Hummer de Kellan paró frente a mí. Le había pedido que me pasara a buscar cerca del despacho de los Gray porque quería llevarme a algún lado. Me gustaba eso también de él. Que siempre era capaz de sorprenderme.

Subí al vehículo y me pasé el cinturón de seguridad. Mi espalda se apretó contra el asiento y mis alas simplemente se adaptaron a aquello. No las sentía, realmente. Aislin había intentado tocarlas y su mano las atravesaba sin más. Como si no existieran. No era solo eso de que no era capaz de verlas. Eran un maldito misterio.

Kellan se quedó mirándome con expresión molesta. Mierda. ¿Otro sensible? ¿Podía ser así de gafe? No parecía brillar como Margaret y Grace, pero vamos, que no es que me fiara mucho de mis propias habilidades. Alzó una ceja.

—¿No vas a darme un beso? —protestó.

—¿Solo uno? —le piqué mientras me acercaba a él y le besaba un par de veces antes de capturar su labio inferior entre mis dientes, haciendo que él gruñera ligeramente, excitado.

—Eso está mejor —afirmó arrancando el motor. Sí, mucho mejor. Por un momento había sospechado que él también fuera un rarito de esos. Otro maldito sensible. Lo que me hacía recordar el problema real que tenía respecto a Mila. Pero lo pensaría más tarde. Ahora necesitaba un poco de normalidad. Solo un poco. Y no pensar en lo de Hugo. No era pedir mucho, ¿no? Me sonrió—. Se te ve nerviosa. ¿Problemas con las obras?

—No demasiados —murmuré mientras me acomodaba en el asiento —. La semana que viene tendría que pasarme. Han puesto ya los andamios y están empezando a llevar los materiales.

—Si me dices el día, te acompañaré —se ofreció y, la verdad, dadas las circunstancias, no tuve el valor de negarme.

—En cuanto lo sepa te aviso —convine.

—¿Quieres poner algo de esa música tuya? —me preguntó Kellan y sonreí ante ese pequeño detalle. ¿Una consideración por parte del ogro?

—¿Vamos lejos? —le pregunté, y él negó con la cabeza—. Entonces da igual. Hasta estoy empezando a apreciar el silencio.

—Roto por el motor de un coche de verdad —bromeó mientras aceleraba a su monstruo metálico—. Vamos al valle de Knockree, no esperes un hotel de lujo esta vez, pero el paisaje bien vale el sacrificio.

—¡Eh! —protesté—. Que me guste vivir bien no significa que no sea capaz de adaptarme a un motel.

—Ya me imagino para qué querrías tú un motel —se burló Kellan y cuando hice un mohín, él empezó a reír. Cabrón. ¡Qué sexy estaba cuando se reía!

Aparcamos en un pequeño descampado tras un camino forestal por el que Kellan conducía cómodamente. No era la primera vez que metía su coche de lujo en terrenos fangosos y cubiertos de polvo. Para una urbanita como yo, aquello era un cambio importante de registro. No es que no me guste la naturaleza, pero en lo que llevaba en Irlanda me había saltado el esmalte de las uñas como una decena de veces. Y eso me irrita. Lo de tener arena debajo de las uñas ya ni te cuento. Y da igual si usas guantes. Siempre encuentra la forma de acabar allí.

Menuda birria de no-hada estaba hecha. Si no fuera por las alas, nadie se lo tragaría. Alas que, por cierto, nadie era capaz de ver. Excepto un sensible, claro. Y mucho mejor así, todo sea dicho. En fin. Mejor que me centrara en el pedazo de hombre que me acompañaba. Tenía ganas de que me hiciera olvidar mis problemas. Menuda semanita. El ente, las alas y para colmo Hugo embarazado. ¿Qué más

me podía pasar? Mejor no tentar al mal tiempo.

—Si querías meterme en medio del barro y el musgo, al menos podrías haberme avisado para que me pusiera un calzado un poco más apropiado —remarqué mientras miraba el bosque que se alzaba majestuoso frente a nosotros.

No, no podían ser simplemente unos cuantos árboles y tres malas piedras. El puto bosque brillaba. Como todo aquí, supongo, solo que con más intensidad. Y después de las experiencias vividas durante el fin de semana, eso me acojonaba bastante. Pero claro, Marisa Carreras no es de las que dicen en voz alta algo así.

Además, ¿cómo se lo tomaría Kellan? Se reiría, claro. Y con razón, vamos. Cuatro árboles, unos cuantos matorrales y unas pocas piedras. No podía ser tan malo. ¿No? Mi nivel de paranoia había llegado hasta el punto de no atreverme a enfrentarme a eso. ¿Y si les daba por ponerse a batir y acababa volando allí en medio?

—Te he comprado calzado —puntualizó mientras se movía para coger una bolsa que había a los pies de los asientos traseros—. Y lencería.

—¿Lencería? —le pregunté. Eso prometía. Nunca me había comprado algo antes. ¿Regalos? ¿El ogro agasajándome con regalos?

—Para que no puedas quejarte si la rompo —ronroneó haciendo que se me erizara el vello mientras mil ideas pecaminosas cruzaban fugazmente por mi mente.

—¿Y no podríamos pasar a esa parte sin meternos dentro de *eso*? —protesté mientras señalaba con gesto molesto el bosque frente a nosotros.

Kellan me miró. Creo que titubeó un poco, como si por una vez no estuviera totalmente seguro de aquello y me sentí mal. Extrañamente mal. Quizás no era el más amable ni el más caballeroso de los hombres con los que había estado, pero desde luego no podía negar que se lo curraba. A su manera. Hoteles de lujo, pueblos de ensueño y pequeñas escapadas que podrían llamarse románticas, aunque ese tipo de palabra patinaba en el tipo de relación que manteníamos nosotros. Una basada en la atracción y en el sexo. Puramente.

—Podríamos —admitió.

—Está bien —claudiqué, quizás porque podía sentir ese punto de decepción en su mirada. Y joder, que soy una Carreras y a mí no me para nada ni nadie. Ni un bosque brillante ni las dos malditas alas fantasmagóricas que arrastraba a mi espalda—. Un paseo. Corto. Soy una urbanita.

—Nadie es perfecto —se burló Kellan aunque su mirada volvió a brillar con viva ilusión.

Me calcé las deportivas que Kellan me había comprado. Rosas y con purpurina. Creo que había un tono de burla, traidor, en esa elección

en concreto, pero la verdad es que eran monísimas y de mi talla. No es que quedaran especialmente bien con mis pantalones negros de corte ejecutivo, pero ya les sacaría algo de vida más adelante con unos buenos leggins ajustados.

Nos adentramos en el bosque siguiendo un pequeño camino de tierra ligeramente estrecho. Pese a ser un tramo marcado, el terreno era irregular. Me encontré con la mano de Kellan sujetando la mía mientras paseábamos juntos. Se sentía aquello condenadamente bien. Él y yo. Allí.

El paisaje era precioso. Lo admito.

Creo que, incluso antes de convertirme en la rarita con alas, hubiera sido capaz de apreciarlo. La luz que se filtraba entre las verdes copas de los árboles, las piedras repletas de musgo entre rojizo y verde, los troncos de madera añeja de los árboles y las flores que tintaban el paisaje con multitud de colores. Me dejé transportar por aquello. Los olores. Los colores. Y la magia. Sí, eso también.

—¿Tan malo como pensabas? —se burló Kellan al observar mi mirada perderse en ese mundo paradisiaco que nos envolvía.

—Siempre podría ser peor —le reté con la mirada, negándole el capricho de confesarle que lo estaba disfrutando. No se irritó, por el contrario, empezó a reír por lo bajo.

—O mejor —ronroneó estirando de mi mano y me arrastró contra su cuerpo para besarme. Apasionadamente. Sentí sus brazos presionar mi espalda y agradecí no ser capaz de sentir las alas, porque su presión era firme y un tanto posesiva.

Sentí su lengua abrirse paso dentro de mi boca y las emociones que me hacía sentir salieron a la superficie. Nuestro beso se profundizó y temblé ligeramente al sentir su pelvis presionar contra la mía. Me arrastró con cuidado hasta un árbol y allí me alzó, haciendo que mi espalda se apoyara sobre la rugosa superficie. Sentí la calidez, la vida, que había en aquel árbol con su contacto.

Cerré los ojos dejando que los besos de Kellan me transportaran a cualquier sitio. El que fuera. Mientras él estuviera a mi lado, besándome de aquella forma en la que todo parecía volverse nada y la nada lo era todo. Su cuerpo apretándose contra el mío y las emociones a flor de piel.

—Kellan —susurré con un hilo de voz.

—Tuyo —murmuró volviendo a besarme con ansiedad y avidez. Gemí mientras una de sus manos, intrépida, presionaba sobre uno de mis pechos.

Y luego sentí un movimiento brusco.

Kellan se había separado ligeramente y se había volteado. Con un brazo me tenía parcialmente agarrada, algo que agradecí porque dudo que hubiera sido capaz de sostenerme con mis propias piernas en esos

momentos. Y lo de usar las alas casi que era una mala idea.

Los ojos de Kellan brillaron ligeramente, cuales piedras de ónice. Frente a nosotros había algo. Una criatura. Diría. Fea de cojones. Eso sí que puedo asegurarlo. Tragué saliva mientras me tensaba, haciendo memoria visual de todos los documentales que me había tragado a lo largo de mi vida para ver si existía animal alguno que se pareciera mínimamente a aquello.

No. Definitivamente, no.

Lo que me llevaba a pensar. ¿Existía realmente? ¿O era otro fantasma con ganas de cortarme el rollo? Uno en versión lobo, con cola felina y orejas de… ¿cómo podría describir yo eso? Puntiagudas, grandes y llenas de pelo.

Era de color gris, aunque tenía manchas de color negro. Y entonces el cabrón enseñó los colmillos y lanzó un grito, mitad aullido y mitad rugido haciendo que me pusiera a temblar.

—¿Qué coño? —rugió Kellan a mi lado mirando la criatura.

Mierda, no era cosa de mi imaginación.

¿Qué se hace en esas circunstancias? ¿Correr? ¿Chillar? Pues yo no fui capaz de hacer ni una cosa ni la otra. La mirada de la criatura me tenía atrapada. Sus ojos se estaban volviendo de un color rojizo. Era aterrador y, al mismo tiempo, me tenía cautiva. La criatura dio un paso en nuestra dirección, su atención fija en mi persona. Y entonces hubo un movimiento a mi lado y algo impactó con violencia contra ella, arrastrándola por el impacto varios metros.

La criatura se volvió humo. Un humo con tintes oscuros y rojizos mientras el olor del azufre me llegaba casi con violencia. Tosí un par de veces mientras observaba el enorme martillo que había quedado allí expuesto.

Me giré para observar a Kellan. Casi esperaba encontrarme a un Thor rubio y melenudo a mi lado, en vez de a un hombre de ojos negros y pelo oscuro. Buenorros ambos, al menos eso sí lo tenían en común.

Alzó una ceja mientras me observaba, sin dejar de mantener uno de sus brazos sosteniéndome. Hizo un gesto con el brazo libre y el martillo acudió a su llamada, volando como si de un proyectil se tratara. Dejó reposar el cuerpo metálico sobre el suelo y se apoyó ligeramente sobre el mango de madera que prácticamente le llegaba hasta la cadera.

—¿Qué es *eso*? —exclamé furiosa mirando el martillo. Toda la adrenalina saliendo a trompicones.

—¿Por qué un Sluagh quiere alimentarse de ti? —me preguntó. ¿Un qué? ¿Alimentarse de quién?

—¿Y a mí qué me cuentas? —gruñí—. ¿Qué era eso?

—Un Sluagh —repitió Kellan mientras ladeaba ligeramente la

cabeza, observándome, sin liberarme de su contacto, pero sin tener intención alguna de consolarme. Que un poco podría hacerlo, digo yo. Había ido por bien poco de que no me meara encima.

—¿Y por qué sabes tú lo que es? —le pregunté entonces mirándole con gesto desconfiado.

Nos sostuvimos la mirada durante unos largos segundos, cada uno frunciendo el ceño un poco más que el otro. Ninguno de los dos tenía intención de doblegarse, aunque tampoco estábamos dispuestos a separarnos físicamente y ese contacto que Kellan aún mantenía sobre mi espalda me daba una seguridad que desde luego no tenía del todo. Mi fortaleza, había dicho el hada. ¿Tenía algo que ver Kellan con todo aquello? Mierda. Le observé mientras la desconfianza anidaba en mi corazón.

—Un Sluagh es una criatura que se alimenta de almas —me dijo finalmente, sin contestar propiamente a mi pregunta—. ¿Estás enferma?

—¿Enferma? —le pregunté sorprendida—. Si no me ha dado un infarto después de esto, digo yo que mi salud es más firme que una roca.

—Suelen atacar a personas que han rozado o están rozando el velo.

—¿El velo? —cuestioné y me respondí casi al momento—. La muerte. Genial. Menuda mierda de mal augurio.

—Pues sí —afirmó Kellan que parecía sinceramente preocupado y a mí me dio por la risa tonta. ¿Poco maduro? ¿Qué os voy a contar que no os haya dicho ya? No soy la persona más madura del mundo mundial, ni tengo interés alguno en serlo.

—No tiene sentido —insistió Kellan sin dejar de mirarme.

—Lo que no tiene sentido es eso —le increpé señalando con el dedo índice el puto martillo. Era enorme. Su metal palpitaba con suave luz blanca. Magia. Claro.

¿Qué hacía Kellan con algo así? ¿De dónde había salido? Todas esas preguntas se resumían en una: ¿qué no me estaba explicando Kellan?

Vale, yo le escondía dos alas. Pero él un maldito martillo muy al estilo de los vengadores. Tuvo la osadía de hacerlo desaparecer por arte de magia, como si nunca hubiera estado allí antes. Le miré irritada. Si jugábamos a eso, podíamos jugar los dos. Culpabilidad por mi parte, ninguna. Alcé el mentón y me quedé callada, esperando algo. Una explicación, por ejemplo. Se tomó su tiempo antes de decidirse.

—Ya has conocido a mi Cambiante —me dijo y creo que se burlaba de mí, pero no sabría decirte—. Vamos a ir a ver a Ryan. Si alguien puede sacar algo en claro de esto, es él.

—¿Tu primo?

—El mismo —afirmó mientras me cogía de la mano y me obligaba

a caminar a su lado.

—¿Y si me niego?

—¿Crees que tienes opciones de hacerlo?

—Suena a amenaza —advertí y me lanzó una mirada oscura, negra. Me temblaron ligeramente las piernas.

—No quieres verme cabreado, Marisa, así que no me tientes —me advirtió con palabras suaves, ligeramente roncas, y no tengo claro en qué momento mi cortocircuito cerebral hizo que en vez de miedo me pusiera cachonda. Soy así de patológica. Me callé la bromita que ansiaba soltar, al menos.

—¿Y luego?

—¿Luego? —me preguntó y se frotó la frente como si no lo tuviera claro—. No lo sé. Todo depende. Los Sluagh no suelen andar solos. Generalmente forman bandadas.

—¿Más de esos? —le pregunté estremeciéndome ligeramente. Su mirada se volvió un poco menos fría, más cálida. Fue algo temporal, pero ahí estuvo.

—Nada que no sea controlable —afirmó con seguridad.

—¿Controlable? —grité—. ¿Cómo puede ser esa cosa controlable?

—A base de golpes —afirmó él con una sonrisa altiva. Le miré con una mezcla de irritación y miedo. ¡Y lo decía tan fresco! ¡Casi orgulloso! No le contesté. ¿Qué se contesta a algo así?

Llegamos al coche en el más absoluto de los silencios, y así seguimos el resto del trayecto. Adiós al romanticismo y a esa noche que tanto prometía.

Me pasé el viaje en coche pensando y lamentando todo lo que me había pasado. Hasta lamenté comprar el maldito castillo. Era una condenada pesadilla, mi vida. Pero tras un rato dando bucles y tumbos por aquellos pensamientos funestos, me recordé quién era.

No, Marisa Carreras no es de las que se lamentaban y se encondían. O al menos, no mucho. Medité todo lo que me había pasado. Los detalles más absurdos. ¿Tenía algo que ver con lo de mis alas lo de la criatura esa? Sí, la cosa esa que tenía nombre de escupitajo. Quizás. Puestos a cosas raras, tenía su sentido. O quizás era amigo del ente maligno del castillo y lo había enviado para acabar conmigo. Los hay que son de lo más quisquillosos. Vale que yo quisiera que se largara de mi hotel y que me planteara hacer un conjuro con las chicas, meándome de la risa en el proceso, con tal de intentar conseguir algo para sacarlo de allí. Y a ser posible que no volviera. Pero el cabrón quería devolvérmela. Fuera lo que fuera, estaba claro que Kellan sabía algo. Me ocultaba algo. Y eso me cabreaba más que todo lo demás.

XXII

Para ser solo sexo, lo llevamos muy mal

KELLAN aparcó frente a un castillo de piedra gris. Elegante y muy bien cuidado. Aunque admito que más que el propio edificio, me llamó la atención los dos hombres que había frente a él y que lucían sus cuerpos, parcialmente desnudos, animando el espectáculo de forma considerable. Podía ver las líneas de sus pectorales y esos cuadraditos a nivel de sus abdominales que podrían reseguirse con facilidad con un dedo. O con toda la palma, vamos. Joder con los irlandeses. Si pensaba que Kellan era un espécimen único, aquí tenía dos que estaban a su altura.

—¿Has acabado? —rugió Kellan abriéndome la puerta del coche con gesto molesto.

—Podría pasarme un ratito más observando el paisaje, la verdad —le contesté, retándole con una amplia sonrisa.

Los dos hombres estaban entrenando, algo parecido a una mezcla de capoeira y artes marciales. Sexy no, lo siguiente. Tanto hombre suelto hacía que a una le subiera la temperatura. Exponencialmente. Y una no es de piedra. Que aquello le molestara a Kellan, no era mi culpa, vamos. Una no puede dejar de mirar el menú, incluso si está a régimen. Además, en esos momentos estaba enfadada con Kellan y sus secretos, así que, si podía cabrearle un poco, no podía negarme a ese pequeño aliciente.

—¿Tenemos visita? —murmuró con gesto alegre uno de los dos hombres.

Era tan corpulento como Kellan, pero su pelo rubio y sus ojos azules contrastaban completamente con la oscuridad de mi hombre. Que no era mi hombre. Ni nada de eso. Mi acompañante. Eso. Porque lo de amante ya habíamos decidido que no era lo más apropiado para lo que nos traíamos entre manos y lo de novios, en serio, me haría salir urticaria. Sin olvidar que había hecho desaparecer de la nada un enorme martillo y aún no me había contado de qué iba eso. Esa parte me cabreaba. Y no, me importaba un pimiento que yo no le hubiera contado lo de las alas, seguía igual de cabreada. No era lo mismo. Digo yo.

—Soy Marisa Carreras —me presenté intentando contenerme solo un poquito con eso del coqueteo. Algo que era difícil con tanto macho expuesto allí en medio y la satisfacción de molestar a Kellan.

—Brian Mac Gréine —se presentó el hombre mientras su

acompañante pelirrojo se pasaba una toalla por el cuerpo. Pedazo cuerpo, todo sea dicho. ¿Lo había hecho de forma deliberada para provocarme? Sonreí mientras él daba un paso hacia mí y Kellan se interpuso en su camino.

—Rodarán cabezas —ronroneó con voz amenazadora. El rubio ladeó la cabeza mientras una amplia sonrisa iluminaba su rostro.

—¿Tú también? —se burló el pelirrojo.

—¡No! —rugió Kellan y me observó enfadado—. ¡No lo sé! No creo. No te metas en mis asuntos, Aidan. Tenemos otros problemas más importantes en estos momentos.

Los dos hombres se miraron y empezaron a reír mientras observaban a Kellan y el rictus tenso de su mandíbula. Esa explosión, la verdad, no me la esperaba. Estaba cabreado, no creo que conmigo, era algo más vago y difuso. Con el mundo. Con el bicho ese que había intentado matarme. Con lo de que le hubiera visto usar su Cam-lo-que-fuera y hacerla desaparecer después. Y con algo más. ¿Tú también? ¿A qué se refería el pelirrojo?

—¡Dichosos los ojos que te ven primo! —bromeó un hombre saliendo del edificio. Le reconocí, aunque había algo en él ligeramente diferente. Sus orejas, por ejemplo. Eran puntiagudas y no redondeadas como sería esperable. O como recordaba. Su sonrisa, eso sí, era la misma. A su lado apareció otro hombre. Apenas pude centrarme en él, porque algo en Kevin me tenía un poco flipada. Emitía un suave brillo blanquecino. ¡Mierda! Eso solo podía significar una cosa—. Marisa, me alegro de volver a verte. Lo de las alas es nuevo, ¿no?

—¿Alas? —gruñó Kellan mientras desplazaba su mirada de Kevin a mi humilde persona.

Tragué saliva y me sentí acorralada.

El aspecto cabreado de Kellan, no ayudaba. Para nada.

Todos me miraban, pero por lo visto, solo Kevin podía verme propiamente. Un sensible. ¿No podía el mundo dejarme un poquito tranquila para variar? Solo unos días, no sé.

Di un paso hacia atrás y la mirada de Kellan se volvió sumamente oscura mientras él daba uno en mi dirección, para nada contento con aquello de que me alejara. De él. De ellos. Y entonces, mis pies dejaron de tocar el suelo y me alcé un par de metros por encima de todos ellos. No es que hubiera sido propiamente idea mía, lo prometo. Había sido algo así como un instinto. Dejar una distancia. Y mis alas tienen un poco de temperamento y personalidad propia.

—Creo que se refiere a eso —se burló el rubio mientras el otro hombretón empezaba a reír. ¡A reír! ¿A reír? A ver, razonemos el tema un poco. ¿Una tía a la que acabas de conocer se pone a volar delante de ti y te pones a reír? Vale que quizás yo estaba un poco mal de la azotea, pero los había peores.

No es que me preocupara lo que pensara ese individuo en concreto. No tenía intención de explicarle aquello a Kellan. Y si en algún momento de debilidad hubiera decidido hacerlo, desde luego no hubiera sido así. Tengo poco tacto, no lo negaré. Pero eso de alzar el vuelo cuando él parecía enfadado de que me alejara de su persona y a puntito de entrar en una crisis de cólera, no creo que fuera la mejor de las ideas. Pero a lo hecho, pecho. Ahora a ver quién era la guapa que negaba lo de las alas y aseguraba que Kevin mentía.

Apreté los labios con fuerza mientras miraba a Kellan. ¿Qué debía de estar pensando? Tenía la mandíbula tensa y los ojos brillantes. No tengo claro si de rabia o de sorpresa. Un poco de ambas, probablemente. Pero desde luego, no parecía especialmente feliz. Normal, vamos. Admito que esto era de lo más rarito. No me intimidé. Alcé el mentón. No tenía intención de sentirme culpable por no habérselo contado. Ni tenía que darle justificación alguna, después de todo. Además, él tenía un puto martillo invisible. ¡Joder! No era la persona más adecuada para enfadarse conmigo y con mis dichosas alas. Que le dieran. Para chula, yo.

—Marisa, no me obligues a bajarte —me advirtió y le sonreí desde la altura.

—Podrías intentarlo —le reté con la mirada y los hombres empezaron a reír mientras Kellan inclinaba ligeramente la cabeza, mirándome con atención.

—¿Intuyo que es una sensible? —murmuró Brian mirándome con una media sonrisa, traviesa.

—Obvio —aseguró Kevin divertido.

—Y como podéis ver, Kellan no es inmune a sus encantos —añadió el hombre que acompañaba a Kevin.

—Y no creo que se refiera a las alas —soltó el pelirrojo entre risas —. Ha amenazado con hacer rodar cabezas.

—¿No os recuerda un poco a Colin? —insistió Brian mientras intercalaba risas con el pelirrojo.

—Así que esa es Marisa, la amiga de Mila —concluyó el hombre que acompañaba a Kevin con aspecto divertido—. Una sensible que ha comprado el castillo que se edificó sobre el Portal de las Hadas y que por lo visto ahora tiene la capacidad de volar. Demasiadas casualidades, ¿no os parece?

—Y que tiene a Kellan pillado por las pelotas —soltó el pelirrojo entre risas, aunque Kellan los ignoró. A todos ellos. Su mirada se mantenía fija en mí.

—Un Sluagh ha ido a por ella —soltó Kellan con voz dura—. Averiguad por qué, mientras yo resuelvo mis propios problemas.

Le reté con la mirada y el muy cabrón sonrió. En su mano apareció una suave luz blanquecina y sentí un tirón en mi pierna prácticamente

al mismo tiempo en que vi materializarse algo parecido a un látigo en la mano de Kellan. Miré mi tobillo y pude ver cómo uno de sus extremos estaba firmemente enroscado allí. El pánico me pudo y busqué a Kellan con la mirada, para encontrarlo sonriendo. ¡Cabrón!

Sentí un tirón brusco mientras Kellan tiraba del látigo y me precipité al vacío. Chillé. Creo. Pero no me golpeé contra el suelo. Kellan me atrapó entre sus brazos, con fuerza. Esta vez sí que chillé, conscientemente. Intenté forcejear. Sin éxito alguno. Escuché algunas risas de fondo y Kellan lanzó un gruñido. Las risas desaparecieron al tiempo que yo dejaba de forcejear contra él. Era una lucha perdida. Observé que Kevin y el otro hombre habían desaparecido y los otros dos volvían a estar entrenando, ignorándonos por completo. Eso tampoco era normal, en serio.

—No quiero hacerte daño —me informó Kellan—. Pero lo haré si no me das otra opción.

—¿De dónde coño has sacado el látigo? —protesté cabreada como la que más. No me gustaba esa sensación de que podía controlarme a su antojo.

—Es mi arma legendaria —me explicó mientras empezaba a caminar, sin liberarme de su abrazo opresor, en dirección al edificio. Caminar teniéndome aprisionada entre sus brazos no parecía costarle lo más mínimo, y eso tampoco era del todo normal—. Se conoce históricamente como la Cambiante. Adopta la forma que necesito en ese momento. Una espada, un martillo, una lanza, un látigo…

—Eso no es normal —repliqué.

—Lo dice la que vuela.

—Tocada —gruñí. «Pero no hundida». Eso no.

—Vamos a empezar por el principio —propuso Kellan mientras empezaba a ascender por las escaleras tras moverme ligeramente para poder caminar con más comodidad, pero sin liberarme de su firme agarre.

—Tú mismo —mascullé, un poco humillada.

—Mi historia será más larga —negó—. Empezaremos por la tuya.

—¿Y qué te hace pensar que tengo la más mínima intención de explicártela?

—Te la sacaré a las buenas o a las malas.

—¿Serías capaz de pegarme?

—Sí —afirmó sin titubear—. Pero estoy seguro de que no va a ser necesario.

—Eres…

—¿Quieres decir que no serías tú capaz de pegarme a mí? —me preguntó, y empezó a reírse. Si por mí fuera, le haría una secuencia de número indefinido de patadas, arañazos y mordiscos. Puñetazos, no. Igual hasta me rompía un dedo al golpearle. Creo que podía leerme la

mente porque su sonrisa se amplió mientras me recreaba imaginando cómo podría hacerle daño—. Todos estaban convencidos, pero yo tenía mis dudas de que fueras una sensible.

—¿Qué sabes de ellos?

—¿De vosotros? —me preguntó tras abrir una enorme puerta de madera oscura y cerrarla detrás de sí. Entramos en una habitación de hombre. La habitación de Kellan.

Temblé ligeramente. Era extraño. Una pequeña parte de mí, aunque fuera pequeña, había esperado, deseado, estar justamente allí. En su habitación. Evidentemente, no en las condiciones en las que estábamos en esos momentos. Estaba en su territorio. Quiero decir que no era una suite de lujo y, sin embargo, era mucho más. Era una parte de él. Una que no compartía de forma habitual con una mujer. Y yo quizás me empezaba a plantear que no me importaría ser la mujer con la que él decidiera compartirlo. Ocasionalmente, claro. O al menos me lo empezaba a plantear antes de que hablara de forma orgullosa de su Cambiante o me arrastrara con su látigo hasta sus brazos. Sí, eso también tenía que tenerse en consideración y no jugaba a favor de eso de Kellan y Marisa *juntos*.

Me liberó de su agarre y me alejé de él.

Me coloqué en el centro de la habitación mientras él se quedaba recostado sobre la puerta de madera añeja con aspecto despreocupado pero mirada cargada de intensidad.

Observé la estancia gobernada por una enorme cama de madera antigua con un fino dosel de color granate. Los armarios y el escritorio parecían antiguos, pero estaban en muy buen estado. Debajo de mis pies había una alfombra en tonos oscuros que contrastaban con el suelo de suave piedra gris.

Busqué una debilidad, un lugar por el que escapar, pero desafortunadamente los dos ventanales tenían barrotes de metal oscuro. Era su habitación, pero también podría ser una celda. ¿Y ahora qué?

Me giré para enfrentarle mientras Kellan ponía un seguro en la puerta con movimientos lentos, pausados, como si no tuviera prisa alguna por empezar o acabar con aquello. Genial.

—Me estabas explicando tu historia —me dijo alzando una ceja y arrugué el ceño.

—Más bien me estabas amenazando —le recriminé.

—¿No podrías intentar facilitarnos las cosas ?

—No sería mi estilo.

—Ya veo —murmuró Kellan y antes de que fuera consciente de que se había movido, me encontré prisionera de su cuerpo y una pared.

Una pared que un momento antes había estado a más de dos metros. Los ojos oscuros de Kellan me observaron de forma analítica y

sentí por primera vez algo parecido al miedo. Si él fue o no consciente de aquello, no sabría decir, pero en vez de decirme algo o de lastimarme, su boca buscó la mía y me besó. Era un beso cargado de necesidad y de urgencia.

Le respondí. No pude no hacerlo. Porque me sentía perdida. Y él era algo así como mi roca. Me sentía más fuerte cuando él estaba a mi lado. Cuando me arropaba entre sus brazos. Sentí la presión de su cuerpo contra el mío y gemí de deseo. Se separó ligeramente de mí y de forma instintiva mi cuerpo le siguió.

—¿Te hace daño?

—¿El qué? —murmuré mientras buscaba con desesperación su boca.

—La pared —consiguió decir mientras capturaba su labio y se lo mordía haciendo que se estremeciera—. Las alas.

—No —negué—. No las siento en absoluto.

No necesitó más aliciente para volver a presionarme con fuerza contra la pared y capturar mi boca en un arrebato dominante. Sus manos treparon por mis costados y me quitó la camiseta. Gemí al sentir el tacto de su piel sobre la mía. Su boca descendió hacia mi cuello y luego hacia mi pecho. Apoyé la cabeza sobre la fría piedra mientras Kellan succionaba con fuerza mi pezón haciéndome sentir mil emociones al mismo tiempo. Le cogí con fuerza del pelo y estiré sin muchos miramientos para hacer que volviera a elevarse y me besara de nuevo. Le necesitaba. Nos necesitábamos.

Kellan empezó a quitarme la ropa a trompicones y yo simplemente había perdido la cabeza. De nuevo. Igual debería alegrarme por eso de que no me tenía miedo. Por lo de volar. Por lo de las alas. Lo que me hacía pensar que igual yo debería tenerle miedo por lo de la Cambiante. Al menos un poco. Igual luego, después de acabar lo que teníamos entre manos. Porque en esos momentos mi cerebro estaba demasiado saturado con lo que me hacía sentir y habían pasado tantas cosas en mi vida en las últimas horas que necesitaba que su fuego arrasara con todo y fuera capaz de dejar mi mente en blanco. Kellan tenía ese poder en mí. Era una mierda, pero sentirle justamente así se estaba volviendo una extraña y placentera necesidad.

Me agarró con fuerza y me llevó hasta la cama. Admito que me dejó caer sin demasiados miramientos, pero la superficie me acogió con suavidad. El tejido era cálido y suave. Miré a Kellan, frente a mí, acabar de desnudarse. Me sostuvo la mirada y sentí todo mi cuerpo ardiendo, sediento, de él. Me miró y empezó a mover su mano sobre su miembro erecto. Arqueé la cadera invitándole a mi interior, pero en su rostro asomó una pequeña sonrisa.

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo qué? —gruñí mientras temblaba ligeramente por

la ansiedad de tenerlo dentro de mí.

—Las alas —ronroneó y sentí una contracción violenta en mis entrañas. ¿En serio teníamos que hablar de eso ahora? ¿No podíamos dejarlo para después?

—El fin de semana pasado —le confesé y tras mostrarme una sonrisa altiva se inclinó ligeramente hacia mi posición mientras yo alzaba la cadera y me embistió con violencia. Grité. Joder. Es que era brutal. Y perfecto al mismo tiempo. Empecé a balancearme ligeramente mientras él colocaba sus brazos al lado de mi cabeza. Su cuerpo ligeramente suspendido sobre mí.

—¿Qué pasó?

—¿Podrías centrarte en lo que tenemos entre manos? —gruñí irritada.

—Más bien en lo que tienes entre piernas —se burló mientras hacía una única acometida y todo mi cuerpo temblaba con ella—. Ya te he dicho que podíamos hacerlo a las buenas o a las malas.

—No tendrías que mezclar el sexo con lo otro —protesté.

—Mucho me temo que todo está relacionado —negó él y descendió ligeramente para humedecer mis labios con su lengua mientras yo intentaba morderle. Y no amorosamente.

—No eres el centro del mundo —murmuré.

—Soy y seré el centro del tuyo, en cualquier caso —sentenció mirándome con firmeza y cuando vio que tenía intención de replicar empezó a moverse con fuerza dentro de mí y las palabras se quedaron atascadas en mi garganta. Frenó sus movimientos y simplemente se quedó quieto observándome. Cabrón. Cedí. ¡Como para no hacerlo!

—Fuimos a un bosque, algo pasó allí. Grace y Margaret también se han vuelto aladas —le confesé.

Esta vez Kellan no mostró esa expresión arrogante al ver mi derrota, por el contrario, se aproximó a mí para besarme.

Era un beso apasionado y exigente, pero había una emoción contenida en él que quizás si no fuera una sensible no hubiera sabido apreciar. Pero lo era. Sentí la luz invadirme en ese beso y cómo mi cuerpo, mi ser, de alguna forma le reconocía. Éramos luz. Kellan y yo, cuando estábamos juntos. Una luz con una fuerza, una intensidad, que parecía vibrar casi con violencia. Mierda. Eso tenía que significar algo. Pero no me importaba. Nada importaba en esos momentos. Solo él y yo. Juntos. Eso era lo único que tenía sentido en mi vida, incluso si era la cosa más absurda de todas. Casi más absurda que el hecho de que yo pudiera volar, Kellan invocar un arma legendaria, que mi castillo estuviera encantado o que me hubiera intentado matar un lo-que-fuera. Juntos. Lo demás me importaba una mierda y creo que el sentimiento era recíproco en ese momento.

—*Mo ghrá* —susurró Kellan y empezó a moverse con movimientos

rítmicos haciendo que mi cuerpo enloqueciera mientras conseguía que me olvidara de todo lo demás. Incluso sin entender sus palabras, sentí algo en mi corazón palpitando, como si de alguna forma lo reconociera.

Mi mente se fundió con la suya mientras los dos, jadeando, nos liberamos al mismo tiempo de todo. Fue un orgasmo arrollador y devastador al mismo tiempo. Si pretendíamos mantener una relación que se basara solo en el sexo, lo estábamos haciendo fatal. Porque lo admitiera o no en voz alta, Kellan había debilitado todas mis defensas y había llegado justo hasta el centro de mi corazón.

XVIII

Secreteando, de compartir secretos

ME SENTÉ en el escritorio de Kellan mientras él me observaba, estirado en la cama. Me apoderé del cepillo que siempre llevaba en el bolso y empecé a cepillarme la melena, totalmente enredada después del arrebato pasional que habíamos compartido. Quizás era una estupidez hacer algo así en esos momentos, pero peinarme me relaja. Es algo rítmico. Una pasada. Otra. Vale que conseguir pasar un nudo a veces duele lo suyo, pero es como la vida misma. Los nudos existen. Y se ha de pasar a través de ellos. A las buenas o a las malas. Y nosotros teníamos unos cuantos nudos que desenredar en nuestras vidas, en esos momentos.

—Vale, ahora cuéntame tu parte —le pedí a Kellan.

—Apenas me has contado la tuya —me contradijo con voz neutra, mucho más tranquilo en esos momentos que antes de compartir esa mezcla de sexo que había colapsado mis sentidos de sensible a golpe de orgasmo—. Un bosque. Tres sensibles. Y de repente las tres tenéis alas invisibles. Entiéndeme, pero hay lagunas.

—Lagunas voy a darte —mascullé desde mi asiento—. Por no saber, yo no sabía ni que era una sensible hasta hace unos días. Y no llevamos un manual de instrucciones para frikis, ¿sabes? ¿Qué quieres que te diga?

—Dónde.

—Al norte —le dije—. Una montaña con un símbolo dibujado con árboles. Aunque no lo pudimos ver. Es cosa del follaje, ¿sabes? Pero claro, a Margaret no se le ocurrió explicárnoslo antes.

—Empiezas a divagar.

—Yo no hago esas cosas.

—Lo estás haciendo.

—Follas de muerte, pero eres un gilipollas —le solté, me lanzó una mirada oscura, pero a los pocos segundos empezó a reír. Lo admito, quería irritarle, pero por lo visto esta vez no había picado el anzuelo.

—No te he preguntado sobre eso en concreto —remarcó—. ¿Dónde?

—Cerca de Sligo.

—Sobre un río —afirmó él haciendo un signo afirmativo—. La que habéis liado.

—¿En serio? —ironicé—. ¿Y tú qué sabes de todo esto? Tu primo…

—¿Cuál de ellos? —me preguntó elevando una ceja, estirado aún sobre la cama en la que habíamos estado retozando como unos

poseídos.

—Kevin, el de las orejas puntiagudas —le solté.

—¿Tiene orejas puntiagudas? —me preguntó sorprendido.

—¡Tú sabrás! ¡Es tu primo! —mascullé irritada.

—Yo no soy un sensible ni un druida —negó con la cabeza—. Mi sensibilidad a la magia es nula. Es posible que puedas ver cosas que yo no veo.

—Tú te lo pierdes, porque mis alas son de lo más sexy que puedas tirarte a la cara —le contesté con gesto altivo, haciéndole reír.

—Pienso pasarme el resto de la eternidad pinchándole con lo de las orejas —murmuró Kellan con expresión alegre.

—Es un sensible —afirmé.

—En parte, sí. Por eso él sí pudo ver tus alas —reflexionó Kellan haciendo un signo afirmativo con la cabeza, pero no me dio más información—. Volvamos a lo de Sligo. Dudo que sea casualidad que fuerais allí las tres.

—Cuatro —le contradije—. Aislin también fue.

—Las cuatro —concedió Kellan que empezaba a mostrar signos de estar perdiendo la paciencia. Me cepillé lentamente, ignorando su tensión—. ¿Qué demonios hacías en Tierra Sagrada Celta?

—¿Un paseo? —murmuré.

—Marisa —una advertencia en su voz.

—Nos envió el fantasma —le confesé un poco a mi pesar.

—El fantasma —repitió Kellan mirándome como si no me siguiera el hilo. Normal, vamos. Creo que ni yo era capaz de seguirlo—. ¿Qué fantasma?

—¡Kellan! —un rugido, femenino, llamó nuestra atención—. ¡*Agored*!

La puerta emitió una explosión brillante de luz blanca y en un golpe seco se abrió chocando con violencia contra la pared. El ruido fue casi como un trueno, pero la luz había sido más impresionante incluso que eso. ¡Joder! ¿Es que en este castillo todo lo que pasaba era condenadamente raro?

Abrí la boca de par en par. No tengo claro qué esperaba encontrar allí, pero la realidad es que detrás de la puerta estaba Mila. Mi Mila. Bueno, una versión de ella envuelta en un aura de color púrpura con matices blanquecinos que oscilaba a su alrededor con algo parecido a violencia. Su cabello ondulaba como si su propia energía creara un flujo de aire a su alrededor. ¿En serio? ¿Mila? ¿Mila?

—Si hubieras llamado a la puerta, te habríamos abierto, prima —le soltó Kellan para nada molesto con su intromisión. Me lanzó una mirada traviesa antes de añadir—. Con la parte guarra ya habíamos acabado.

—¿Te has vuelto loco? —rugió Mila—. ¡Te dije que era como una

hermana para mí!

—Pues para mí, igual hasta lo es todo —le contestó Kellan encogiéndose de hombros.

Mila frunció el ceño y parte de esa energía que le rodeaba, dándole un tono furioso, pareció suavizarse. Ladeó la cabeza. Fue solo entonces cuando me miró. Sus pupilas se dilataron y se quedó literalmente paralizada. No me dijo nada. Casi me da por la risa tonta, pero es que hasta tenía la boca abierta y un aspecto de boba que ni te cuento. Y eso que la quiero un montón. Aunque siendo sincera, supongo que mi cara al verla resplandeciendo de aquella forma no sería muy diferente a la suya.

Hice una mueca. Vale, las chicas tenían razón. Mila podía ver mis alas. ¿Y cómo se lo explicaba yo ahora?

—A mí no me chilles —le dije haciendo un mohín—. Es culpa de tu vieja amiga Margaret.

—¿Margaret? —susurró Mila sin entender nada.

—Bueno, de eso y de unos putos árboles en no sé qué tierra mágica —añadí divertida por su expresión de caos mental, estaba bien no ser la única que no entendía nada, absolutamente nada, de lo que estaba pasando—. ¡Ah! Y los fantasmas. Claro, eso también.

—¿Fantasmas? —murmuró Mila que empezaba a recobrar los colores.

—¿Podrías tú explicarme por qué Kellan es capaz de hacer aparecer un arma a su antojo? Que no está mal, en serio. Si no hubiera sido así, igual nos mata el bicho ese con nombre de escupitajo.

—¿Te han atacado? —me interrogó con expresión preocupada.

—Ryan y Kevin deberían estar investigando eso en concreto —intervino Kellan que se levantó de la cama, totalmente desnudo, y empezó a vestirse frente a nosotras como si su desnudez no le incomodara lo más mínimo.

—Reunión familiar —afirmó Mila que se había sonrojado ligeramente—. Colin va a darte de golpes por eso de pasearte en pelotas.

—Puede intentarlo —le retó Kellan divertido.

—¿Colin? —murmuré—. ¿Él también es un sensible?

—No —negó Mila y pareció dudar ligeramente antes de añadir—. Don de dones. Es un guerrero, pero también un erudito y un druida.

—¿Guerrero? ¿Druida? —reflexioné en voz alta—. ¿Tiene eso algo que ver con la forma en que la puerta se ha abierto?

Mila se acercó a mí. Ladeó la cabeza como si dudara en explicarme algo. Me levanté, extendiendo mis alas en su totalidad. Era extraño, pero en ese momento sentí una conexión con ella. Hacía tiempo que nos ocultaba cosas. ¿Cosas como esas? ¿Druidas? ¿Guerreros? Era una locura, pero teniendo en cuenta que yo cargaba con dos alas a mi

espalda y un fantasma habitaba en mi castillo, estaba abierta a cualquier posibilidad. Si ese era su secreto, lo que llevaba escondiéndome desde que había llegado a Dublín, no podría tenérselo en cuenta. ¿Cómo se explica algo así?

—Mi madre era druida —me confesó con una sonrisa tímida—. Mi padre un sensible.

—¿Y lo de la puerta? —insistí.

—Por lo visto yo también tengo algunas de sus aptitudes —murmuró Mila con una pequeña sonrisa. Elevó una mano, poniendo la palma en dirección al techo—. *Dóiteáin*.

Una pequeña llama apareció en el centro de su mano. Me quedé observando aquello. Segundos. Minutos. Hasta que cerró su mano y el fuego simplemente desapareció.

Miré a mi mejor amiga a los ojos. Había un brillo violeta en ellos. Seguramente algo que solo sería visible para una sensible. Mila era una puta druida. Y sospechaba que Margaret y Grace lo sabían. Sabían que era una sensible, después de todo. Se debían de partir de la risa, a mi costa, noche tras noche.

—Grace y Margaret lo saben —afirmé. Ella no fue tan estúpida como para negarlo, pero era evidente que se sentía ligeramente incómoda, culpable, con el hecho de que yo hubiera descubierto aquello. Y que ella no me lo hubiera explicado.

De acuerdo, era una mierda lo suficientemente increíble como para que le hubiera costado contármela. Yo no le había dicho lo de las alas a Ana. Ni a Mila. De hecho, si Margaret y Grace no me hubieran advertido de que era una sensible, probablemente no se lo hubiera dicho nunca. Podía perdonarla. Supongo.

—¿Tiene algo que ver con todo esto lo de las cicatrices de tus palmas? —le pregunté tras tomarme mi tiempo reflexionando sobre aquello.

—Magia de sangre —me contestó—. No es que sea algo habitual, pero al poco de llegar tuvimos problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—De los feos —murmuró ella que no parecía tener especial interés en darme los detalles. Pero lo haría, y tanto que lo haría.

—No tengo prisa —le solté cruzando los brazos sobre mi pecho.

—Voy a la biblioteca —nos informó Kellan, al que habíamos ignorado desde hacía un buen rato y añadió mirándome—. Sé buena y no intentes desaparecer. Solo para que lo sepas, te encontraría.

—¿Suena a amenaza? —le pregunté levantando el mentón.

—Tómatelo más bien como una advertencia.

—O como un reto —le contradije con una sonrisa maliciosa en la cara.

Kellan me miró con expresión irritada. Antes de que fuera

consciente de que se había movido, me lo encontré con su boca estampada sobre la mía y su mano cogiéndome por fuerza de la nuca.

—A las buenas o a las malas, Marisa, tú misma —me advirtió tras darme un beso de tornillo en el que por poco me ahogo. Ese tío era insaciable, en serio. Y, por lo visto, yo también. Miró a Mila con gesto duro—. No os alejéis.

—Iremos a pasear un rato, quería ir a ver a Samuel —afirmó Mila y Kellan hizo una mueca al escuchar ese nombre. Mila me miró con media sonrisa—. Creo que tenemos que ponernos al día.

—Esa me parece la mejor de las ideas —aseguré.

Salimos del castillo y empezamos a caminar, dándole la espalda. No nos cruzamos con ninguno de los primos de Kellan. Una pena porque eran un espectáculo digno de ver.

Nos adentramos ligeramente en un bosque que lindaba con la explanada frente al castillo. Caminar con Mila a mi lado se sentía bien. Llevábamos un rato en silencio, creo que cada una pensando en todo lo que de alguna manera había descubierto de la otra. Y lo que nos faltaba por saber. Especialmente esa última parte. Más me valía tomármelo con calma, porque sospechaba que la historia de Mila sería para fliparlo.

—No estoy enfadada —le dije para asentar las bases de nuestra relación de aquí en adelante. No quería tener esa sensación de que la había perdido. Quería volver a conectar con ella como siempre habíamos hecho. Entendía que no había sido capaz de compartir con nosotras ese tipo de vivencias, de secretos. Pero ahora todo había cambiado. Era, de alguna forma, nuestra segunda oportunidad.

—Lo siento —se disculpó Mila—. Pero no sabía cómo decírtelo.

—Igual te pedía visita con un psiquiatra —admití y tras mirarnos empezamos a reír. Creo que, en ese momento, cuando empezamos a reír juntas como si las dos estuviéramos un poco locas, todo encajó de nuevo entre nosotras. Sentí cómo me liberaba de un peso que había ido creciendo en mi corazón, incluso si no había sido del todo consciente de que estuviera allí.

—Yo quería llevar a Colin a ver uno —me confesó. Imaginarme a ese grandullón en una consulta de ese tipo me arrancó unas carcajadas de lo más groseras. Suerte que había confianza.

—Joder —le dije y repetí una frase que era recurrente en mi cabeza —. En menuda mierda nos hemos metido.

—¡Total! —exclamó Mila y volvimos a reírnos como si tuviéramos quince años.

—Venga, va, suéltalo —le pedí.

—No sé por dónde empezar —me contestó haciendo una mueca— ¿Seguro que no acabarás reservándome hora en un psiquiatra?

Miré a mi mejor amiga. Le sonreí con esa expresión mía de suficiencia un tanto soberbia y dejé que mis alas batieran a mi espalda. Me elevé. Joder. Cada vez era más fácil. Más intuitivo. Como montar en bicicleta, vamos.

—Vale, tomaré eso como un no —afirmó Mila entre risas—. Son preciosas. Tienes que explicarme eso.

Supuse que se refería a mis alas. Descendí para volver a poner los pies en el suelo y me encogí de hombros.

—Empieza tú —le pedí.

—Cuando empecé a quedar con Colin, me llevó a un sitio especial para él. La piedra de Fáil —empezó ella—. Es una piedra antigua, con magia celta. Cuando la toqué, rugió.

—¿Rugió?

—Como un gran trueno, pese a que el cielo estaba totalmente despejado.

—Menuda grima.

—Me asustó más el hecho de que Colin por poco me mata en ese momento, allí mismo —me soltó y me quedé helada. Su expresión se suavizó pese a que había aún una expresión de resentimiento. O de miedo—. Fue horroroso, no voy a suavizarlo.

—Pero, ¿por qué? —le pregunté en estado de shock.

—La piedra reconocía mi ascendencia celta, como parte de los Tuatha de Danann —me contestó—. Una vieja tribu de dioses que habitaron en Irlanda antes del cristianismo. Durante siglos lucharon contra otra tribu de dioses, los fomorianos. Ahora, teóricamente, están encerrados en el inframundo, pero Colin pensó que yo era descendiente de uno de ellos y de un Tuatha de Danann.

—¿Y eso sería tan malo?

—Pensó que me enviaban para nublar su mente y matar a todos los descendientes de la tribu —me confesó Mila, y sonrió ligeramente al añadir—. Colin estaba coladito por mí en aquella época, así que en vez de pensar que se había enamorado, encontró más lógico pensar que había usado algún tipo de magia para influir en su mente.

—Lo más lógico, claro —me burlé y nos reímos. Pedazo estúpido, en serio.

—No fue capaz de matarme, afortunadamente, porque incluso si sospechaba que era un truco o algo que le había hecho con magia oscura, no podía dejar de sentir algo especial por mí —continuó Mila, lanzando un suspiro pesado—. Nunca había pasado tanto miedo.

—Debió de ser horrible —me solidaricé con ella. Podía imaginar a Kellan en un ataque de furia y solo pensarlo me estremecí. No creo que Colin fuera muy diferente.

—Colin me dejó allí sola y yo me vi obligada a hacer ver que aquello no había pasado. Pero tenía miedo. Mucho miedo. Me apoyé

en Jason Parker, el médico del hospital. Y en Aislin.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —le pregunté sin mostrarme enojada por aquello.

—Cuando te pasa algo así —susurró Mila—, te cuesta ser capaz de aceptar que ha sido real. Te da miedo decirlo en voz alta. Admitirlo. Me faltó el coraje, supongo. Y luego estaba que, pese a lo que había hecho, algo dentro de mí seguía sintiendo que necesitaba a Colin y eso me irritaba, pero no podía controlarlo.

—¿Y entonces? —le pregunté sin decidirme a dar mi opinión al respecto. Aún.

—Entonces apareció Eamonn —me explicó con una sonrisa en el rostro—. Es el guardián de la tribu. Él reconoció que yo formaba parte de su familia, aunque nadie entendía cómo era posible.

—Yo no, desde luego —bromeé.

—Colin fue consciente de que yo no era una asesina en potencia y que no le había embrujado —añadió Mila—. Yo no, al menos.

—Eso suena sospechoso.

—Dagda —nombró Mila y alcé una ceja, interrogante—. Era un druida. El gran druida, de hecho. En los primeros tiempos, los miembros de la tribu se mataban entre ellos. Infidelidades, incesto, traiciones, una mierda de familia, en serio. A modo de resumen, te diré que uno de sus hijos fue asesinado tras tirarse a la mujer de otro hombre, que de hecho era el rey de la tribu por aquella época.

—Suena a Juego de Truenos —bromeé. Por tomármelo un poco a la ligera.

¿Era real lo que decía Mila? ¿Dioses celtas? ¿Druidas? Si lo pensaba con la cabeza fría, no me lo tragaba ni de coña. Pero claro, si lo pensaba mientras ladeaba un poco la cabeza, lo suficiente para ver el brillo sutil de mis alas, pues cambiaban las perspectivas. Perfecto. Dioses celtas. En eso estábamos.

—Dagda, cansado de todo aquello, hizo un conjuro para que todo miembro de la tribu solo pudiera amar a otro miembro —me explicó—. Así las infidelidades y muchas traiciones y muertes, que venían derivadas de aquello, desaparecerían.

—Parece una decisión bastante acertada —afirmé y Mila hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Colin y yo no es como que tuviéramos muchas opciones de resistirnos a eso en concreto —me dijo haciendo una mueca—. Aunque no será porque al principio no me resistiera, al menos un poco. Él no fue capaz de matarme por eso.

—Porque te amaba —murmuré—. Por el conjuro de un puto viejo druida celta.

—A mí también me cabreaba un poco al principio —admitió Mila—. La sensación de que no podía opinar o decidir al respecto. La

verdad es que ahora no puedo negar que conecto con Colin de una forma en que jamás he conectado con nadie. En todos los aspectos.

—¿Hablamos de sexo? —le pregunté con una sonrisa traviesa.

—¡Obvio! —soltó Mila haciéndome reír. Cuando nos calmamos, continuó—. Pero también por su forma de ser. Ahora estamos conectando con nuestra porción druídica juntos.

—Superromántico —le solté entre risas y Mila me golpeó en el hombro.

—¿Sabes el viejo colgante de mi madre? —me preguntó tras caminar un rato en silencio, mientras yo pensaba en todo aquello y creo que Mila ordenaba sus pensamientos. Hice un gesto afirmativo con la cabeza—. Es el perfil de una isla. Kevin la reconoció. Fuimos allí y descubrimos un pasaje al inframundo. Hay una especie de fortaleza regida por un hijo de Áine.

—¿Debería decirme algo ese nombre?

—No, claro —se excusó Mila con gesto culpable—. Era una diosa de los Tuatha de Danann, su padre era un gran druida que creó de su sangre a las hadas. Se la considera la reina de las hadas.

—¿Tenía el pelo negro? —le pregunté tras meditar aquello unos segundos.

—No sabría decirte —negó Mila que parecía meditar sobre aquello—. Vi su sombra, su recuerdo, bajo el lago de Limerick. Pero en la visión eran solo sombras de colores grises.

—¡No! —exclamé—. ¿La excursión bajo el aguacero tenía algo que ver con todo esto?

—Teniendo en cuenta que te comiste parte de mi chocolate, no estás en condiciones de enfadarte —se burló Mila de mí.

—Tú y Grace —murmuré. A ver, que no seré la persona más lista del mundo, pero estúpida no soy. Mila hizo un gesto afirmativo.

—Áine y mi madre eran íntimas amigas.

—¿Pero no estábamos hablando de unos dioses que habitaron en Irlanda hace como una eternidad?

—Sí —afirmó Mila—. Mi madre era una de los viejos. De los más antiguos.

—¿Hablas en serio? —le pregunté sin ser capaz de aceptar aquello.

—Milenaria —aseguró Mila—. Mi padre no lo sabía.

—Joder con tu madre —solté sin poder contenerme.

—De hecho, eso hacía con el hijo de Áine —me confesó con gesto de asquito al decir aquello—. Pero acabó enamorándose de mi padre.

—Y tuvieron su bonita historia de amor —susurré. Sabía que aquel tema era algo importante para Mila. No tenía recuerdos de su madre, pero sí las historias que le explicaba su padre. Unas historias preciosas, de esas que te invitan a soñar y creer en el amor. No, no eran historias que incluyeran hadas, dioses ni cosas de esas. Eran

historias sencillas, cotidianas, pero precisamente por eso eran simplemente perfectas.

—Un viejo rey fomoriano la mató cuando yo era un bebé —me dijo Mila tras tomarse un tiempo.

—Espera. ¿Qué? —gruñí.

—Bres —murmuró Mila como si solo pronunciar en voz alta su nombre le creara cierta ansiedad, mientras su mirada se perdía en el horizonte—. Juró vengarse de la tribu. Se alió con tres brujas oscuras y se convirtió en una especie de entidad oscura. Era capaz de entrar en la mente de las personas mientras dormían y paralizar su corazón. Entre las brujas y él mataron a todas las diosas y a todas las hadas.

—Mierda —susurré. ¿La madre de Mila asesinada? ¿Por un puto dios celta rencoroso?

—Intentó matarme hace unos meses, cuando fue consciente de mi existencia —añadió Mila y nuestras miradas se cruzaron—. Nos enfrentamos a él. Y le derrotamos. Magia de sangre.

Elevó las manos en mi dirección, mostrándome esas cicatrices que tanto me habían llamado la atención.

—Necesito emborracharme —sentencié.

—Eso luego —convino Mila con una sonrisa—. Tienes que explicarme qué está pasando exactamente entre tú y Kellan, y por qué te han salido alas. Especialmente eso último.

—¿Sabes ese castillo que tengo que convertir en hotel? —le pregunté haciendo una mueca y Mila me miró, esperando que continuara—. Pues resulta que hay un fantasma cabrón dentro. El resultado son algo así como un centenar de cadáveres acumulados detrás de la capilla. Cadáveres que ya sacaron los anteriores propietarios, no te preocupes, pero cadáveres después de todo. Además de un par de niñas que se pasan el día cuchicheando en una esquina de la sala y un hada. No, el fantasma de un hada. De pelo negro. Por eso te preguntaba.

—¿Fantasmas? —soltó Mila francamente sorprendida.

—No preguntes —le contesté encogiéndome de hombros—. Yo ni siquiera creo en ellos, pero la mierda es que ahora *los veo*. Veo cosas. Oigo cosas. Siento cosas.

—Una sensible —susurró Mila—. No me había dado cuenta antes, la verdad, porque yo tampoco sentía las cosas de la forma en que lo hago ahora, pero lo supe aquel día que estábamos juntas en el baño. De alguna forma te reconocí. Es como si fuéramos hermanas, realmente.

—Friki hermanas —murmuré—. Me gusta.

—¿Cuánto empezaste a ver cosas? —me preguntó Mila mientras continuábamos caminando, cogidas de la mano.

—Un día que Margaret por poco me tumba con uno de esos licores

irlandeses —le confesé—. Pensé que era cosa de la resaca. Igual que vino, se fue.

—¿Y luego?

—Luego se nos ocurrió ir a ver el castillo —le confesé—. Y cuando entré todo era normal. Piedras, vamos. Bueno, al hada la había visto antes. Creo. En mis sueños. Y desde hace un tiempo a veces oigo palabras que parece traerme el viento. No le había hecho mucho caso, realmente. Pensaba que eran tonterías, absurdas, bromas que me gastaba mi imaginación. Ya me entiendes. Y estando allí con ellas, aparecieron las niñas. Sus fantasmas, vamos. Grace y Margaret las vieron primero. Yo las oía reír. Y luego, plof, allí estaban, delante de mí. No podía creérmelo, en serio.

—Tiene que ser muy raro —admitió Mila—. Yo nunca he visto fantasmas.

—¿En serio?

—También soy nueva en esto de ser una sensible —me confesó Mila —. Kevin cree que tiene que ver con esta tierra, que de alguna forma despierta nuestros sentidos. Por eso mientras vivía en Madrid, aunque quizás era un poco intuitiva, nunca llegó al extremo de esto.

Elevó su brazo libre para englobar todo lo que nos rodeaba. El bosque. Suaves matices de luces blanquecinas que palpitaban alegremente. En la corteza de los árboles, en la tierra que pisábamos y en las propias piedras. Magia. Hice un gesto afirmativo. Podía entenderla. Quizás sí que tenía que ver con el hecho de estar allí, en la isla. Como si la magia que había en esa tierra fuera capaz de hacer despertar nuestros adormecidos sentidos. La sangre de hada que latía en nosotras. Era raro de cojones, pero plausible. Hice un gesto afirmativo antes de continuar.

—Para cuando empezaba a mentalizarme con los fantasmas de las niñas, apareció el hada. La reconocí porque la había visto antes. En las almenas del castillo. Y en mis sueños. Creo que nos advirtió de que existía esa entidad maligna en el castillo y nos aseguró que juntas seríamos más fuertes. Me envió una especie de visión, si puede llamarse así. Me mostró un bosque con una Triqueta dibujada mediante árboles. Cuando se lo expliqué a las chicas, Margaret reconoció el lugar.

—Y fuisteis allí —murmuró Mila con mirada inteligente—. Tendríais que haberme avisado. Igual podría haberos ayudado.

—Te recuerdo que yo no tenía ni puta idea de que fueras un druida, nenita —le sermoneé—. Y les prohibí que te dijeran nada porque me tenías preocupada. Por lo de las heridas, lo admito. No sabía qué pensar al respecto, pensaba que te habías lesionado a ti misma durante el proceso del duelo y no sabía qué pensar de lo de Colin. Se os ve bien juntos, pero él, normal lo que se dice normal, tampoco

aparenta serlo. No, no quería que cargaras con más mierda de la que ya tenías encima.

—Lo siento —se disculpó—. Si os hubiera pasado algo, jamás me perdonaría no habértelo explicado. No estás sola en esto, Marisa.

—No, no estoy sola —le aseguré pensando primero en Kellan y luego en las chicas. Empecé a reír y cuando conseguí calmarme, añadí con media sonrisa—. No has visto a Grace ni a Margaret todavía, ¿verdad?

—No —negó y su rostro mostró una absoluta confusión antes de exclamar— ¡No!

—Ya lo creo que sí. —Disfruté con su sorpresa y su cara de confusión—. Si hemos de ser frikis, mejor en grupo. Kellan me explicó hace tiempo que el número tres es un número poderoso.

—Tres hadas —susurró Mila.

—Tanto como hadas, no sé yo —le contradije.

—Mírate a la espalda —me soltó apretando los labios para contener la risa.

—Capulla —le contesté.

—Fuisteis al bosque —recapituló Mila, intentando entenderlo.

—Nos pusimos cada una en un extremo del símbolo —recordé—. Era raro. Los árboles no habían cambiado aún el follaje. Solo en otoño puede verse con facilidad el símbolo, si no es mucho más sutil la diferencia entre unos y otros, pero podíamos sentirlos. Y cuando cada una estaba en uno de los extremos, se formó un remolino de energía luminosa. Parecía que no había pasado nada, pero…

—Os salieron alas —concluyó Mila. Me miró y empezó a reírse. A carcajadas. Bruja.

—En serio, que es un marrón —protesté—. Al principio pensaba que tendría que esconderme en una cueva para el resto de mi vida. Luego fuimos conscientes de que Aislin no veía nada y llegamos a la conclusión de que solo las ven los sensibles.

—Así que no tiene nada que ver con Kellan —murmuró Mila y parecía ligeramente decepcionada.

—¿Qué tiene que ver Kellan con todos mis problemas? —le pregunté frunciendo el ceño.

—Es un miembro de la tribu —expuso Mila, pero estaba claro que se callaba más cosas de las que decía.

—Nenita, se acabaron los secretos —le advertí alzando un dedo, amenazante. La medio hada contra la mujer druida revienta puertas.

—Pensaba que tus alas tenían algo que ver con él, lo admito —me confesó—. Desciendes de Áine, os acostáis juntos desde hace un par de meses y luego él va y me suelta eso de que igual lo eres todo. Quizás lo he malinterpretado, pero todo junto es más que sospechoso.

—¿Sospechoso?

—Ya sabes —murmuró indecisa, mordiéndose el labio inferior—, los miembros de la tribu están condenados a amar a una sola mujer.

—Entiendo —le contesté mirando el suelo, sin tener del todo claro aquello. ¿Kellan amando a una mujer? ¿A mí? Algo había entre nosotros. Algo que no podría decir si era meramente físico o traspasaba las fronteras, hasta hacía poco invisibles, de la magia. ¿Quizás estábamos condenados a amarnos el uno al otro? No podría decantarme a si eso sonaba bien o fatal. Mejor no pensarlo—. Lo que tenemos, es complicado.

—El amor, siempre lo es —susurró Mila sin presionarme.

—No es solo sexo —admití—. Pero tampoco podría ponerle un nombre. A veces le odio, sin más. Otras veces, quizás hay algo. Más profundo. Pero no quiero que salga a la superficie.

—No te sientes preparada.

—No creo que nunca lo esté —le contesté y miré en dirección al horizonte—. Yo creo que no es así para nosotros. Amé a Hugo, algo que quizás fue el peor error de toda mi vida. Pero le amé.

—Lo sé —me dijo con voz suave. Ella había estado a mi lado durante aquellos meses en los que dificultades tuve para levantar la cabeza. Acabé medicada para superar la depresión. Y luego me reconstruí. Un yo mucho más fuerte. Era de las pocas personas que sabían hasta qué punto aquello me rompió el corazón—. Quizás no es igual para ti. Tu ascendencia es mucho más lejana. Colin y yo somos descendientes directos de la tribu, tú procedes de Áine, a través de alguna de sus hadas, pero es posible que hablemos de una ascendencia muy lejana.

—Ana me ha llamado esta mañana —le conté—. Hugo y Laura están embarazados.

—¿Eso te ha molestado? —me preguntó con voz pausada.

—Ha removido mierda —le confesé—. Pero creo que menos de lo que me habría afectado hace un tiempo. No, no me importa demasiado. Mírame, mis problemas en estos momentos están a otro nivel.

—Eso no puedo negarlo —me contestó con una amplia sonrisa—. Es extraño, creo que jamás me hubiera imaginado diciendo esto, pero Kellan y tú, creo que conectáis. Y no, antes de que sueltes una guarrada, no me refiero solo al sexo.

—Es posible que el hecho de que no esté con una capa de pañuelos de papel y una tarrina de helado de chocolate, tenga mucho que ver con él —le contesté con una sonrisa—. Sabes, me siento extrañamente bien con él. Aunque con lo del martillo me ha acojonado un poco. Lo que me recuerda… ¿qué coño es eso de que invoque un arma a su antojo?

—Es su Cambiante —me explicó Mila con media sonrisa—. Kellan

forma parte del gremio de los guerreros.

—Más bien trogloditas —intervine y Mila rio.

—No todos tienen un arma tan especial como la de Kellan —me aseguró Mila con una sonrisa como si quisiera vendérmelo. La conozco desde niña y sus tretas no me son desconocidas. Le sonreí con malicia.

—Impresionante —ironicé.

—Colin heredó de Lug, un viejo rey que fue antepasado suyo, una lanza mágica de fuego. Al ser un druida, puede canalizar la magia de la propia arma para sus intereses. Es capaz de dividirla en dos mitades a su antojo, también —me explicó y había admiración sincera en sus palabras—. Es uno de los cuatro grandes tesoros de la tribu y una de las armas más poderosas jamás empuñada, junto a la espada de Nuada.

—¿La espada de quién? —le pregunté haciendo una mueca.

—Mi bisabuelo —me contestó y la miré, francamente sorprendida —. Fue el primer gran rey de la tribu. Su espada se perdió durante la batalla en la que él y mi bisabuela perdieron la vida. Fue Lug el que ascendió entonces al trono.

—El antepasado de Colin, el de la lanza —me aventuré a afirmar aun si me perdía un poco con todo aquello. Algunos de esos nombres los había oído antes. En boca de Kellan. Esas leyendas que a veces me contaba de buena mañana, mientras desayunábamos. Historias que ahora se suponía que formaban parte de su pasado. De su verdadera identidad.

—Ese —afirmó Mila—. Aquí la historia se vuelve chunga. ¿Te acuerdas de eso que te he contado antes de que al hijo de Dagda lo mataron por acostarse con una mujer casada? Pues era la mujer de Lug. Fue él quien lo mató. Y los tres hijos del fallecido, los nietos de Dagda, mataron a Lug como venganza. Tras esa muerte, reclamaron el trono. Se les conoce como los tres reyes: Mac Cecht, Mac Cuill y Mac Gréine.

—Kellan —afirmé.

—Sí, él desciende de ellos. Por eso heredó la Cambiante del viejo rey Mac Cecht, su antepasado. Puede convertirse en cualquier arma que Kellan desee, básicamente.

—Como un puto látigo —susurré enfadada.

—Brian me dijo que querías largarte y que Kellan te había cazado —me confesó Mila—. Por eso estaba tan cabreada cuando he venido a buscarte, aunque debería sospechar que Brian no me contaba toda la verdad. Es de los que les gusta tomar el pelo a la gente.

—Cazarme, me cazó —le confesé—. Kevin soltó como si tal cosa que yo tenía alas y me encontré a un montón de tíos enormes mirándome como si fuera un bicho raro y claro, me dio por alzar el vuelo, literalmente —le expliqué—. Pero me dio un polvazo después

que casi que se lo perdono.

—Lo tuyo con el sexo es patológico —me soltó Mila y sonreí de oreja a oreja.

Ojalá ese fuera mi único problema.

XXIV

Buscad una solución

ENTRÉ en la biblioteca. Que Aidan y Brian estuvieran allí, no prometía nada bueno. Miré a Colin, sentado al lado de Ryan, discutiendo algo con él. Otro mal augurio. Kevin me sonrió, como si me diera su apoyo. Maldito duende.

—Alas, tenía que tener dos putas alas —solté cabreado.

—Mejor eso que cuernos —soltó Brian. Muy gracioso, en serio.

—Vale, matemos el tema —le corté—. ¿Por qué coño quieren matarla?

—Tenemos varias teorías —admitió Colin—. ¿Por cuál quieres que empiece?

—¿Noto un punto de sarcasmo? —le pregunté.

—¡Qué va! —intervino Aidan—. Todos estamos totalmente *sensibilizados*…

—¿Alguien quiere acabar en la enfermería esta tarde? —le pregunté a mi primo y él y Brian empezaron a reír. Capullos.

—Empiezo a pensar que eso que te dije, lo de los sensibles, igual estaba equivocado —me soltó Ryan. A buenas horas había llegado a esa conclusión—. El hecho de que amenaces con cortar la cabeza de uno de nuestros primos, que tu mayor prioridad sea encerrarla en tu habitación y…

—Los gemidos se escuchaban desde el patio de armas —intervino Aidan. Le gruñí y se escucharon risas bajas por toda la biblioteca.

—Mejor nos centramos —intervino Colin que estaba más que divertido con aquello. Claro, esta vez no era él quien estaba en el ojo del huracán—. Hemos avisado al resto, están de camino.

—Como decía, el hecho de que por lo visto la sensible en cuestión ahora tenga alas y vuele, digamos que no sigue los patrones habituales de relaciones entre un miembro de la tribu y una mujer, sea o no sensible esta —acabó Ryan la frase que Aidan había interrumpido.

—Déjate de patrones —le solté—. Quiero saber por qué un Sluagh ha intentado arrebatarle el alma a Marisa. Y lo quiero saber ya.

—Llegaremos a ese punto —intervino Kevin—. Pero primero hemos de intentar entender lo que ha pasado. Antes de que Marisa se convirtiera en lo que ahora es.

—De acuerdo —cedí—. Habla.

—Cuando llegó a Dublín, acompañé a Colin a buscarla al aeropuerto y puedo asegurarte que era una humana cualquiera. Tenía

un algo de sensible, pero de los más sutiles que he visto en tiempo —empezó Kevin.

—¿Qué ha cambiado durante estos meses? —preguntó Aidan mirándome con una sonrisa torcida.

—¿Pensáis que todo tiene que ver conmigo? —les pregunté alzando una ceja.

—Es una posibilidad, sí —admitió Colin.

—Sigo diciendo que no puede ser una casualidad que una sensible compre un castillo que fue edificado sobre el Portal de las Hadas —negó Kevin.

—No lo es —afirmé finalmente—. Y tampoco es una casualidad que le hayan aparecido alas. Me ha confesado que un fantasma de su castillo le dijo que fueran al bosque sagrado que hay en Sligo. Allí fue donde ella y dos amigas suyas acabaron con eso a la espalda.

—¿Dos amigas suyas? —preguntó Colin sorprendido y frunció el ceño—. No me lo digas. Margaret.

—Y Grace —afirmé.

—¿Grace la sensible a la que secuestró Bres? —preguntó Brian.

—La misma —afirmé.

—Esa chica está gafada —masculló entre risas Aidan.

—La casa de Margaret está protegida con la magia de Anam —murmuró Colin—. Una magia que vive en la tierra y forma parte de todo lo que allí se produce. Puede que eso tenga que ver con el hecho de que Marisa haya hecho ese cambio.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Esa tierra… es especial —susurró Colin—. Margaret tiene cultivos y suele consumirlos.

—¿Quieres decir que Marisa ha estado comiendo magia? —le pregunté mirándole como si se hubiera vuelto loco.

—No es bien bien así —negó Kevin—. Pero podría tener sentido. Cuanto más intensos son los estímulos, para un sensible se vuelven más evidentes. Cuando más expuesto está, más natural se convierte usar sus habilidades especiales.

—Así que la vieja tiene la culpa —gruñí.

—Marisa vino a Irlanda para comprar Leap Castle —negó Kevin—. Ha de haber algo más. ¿No te ha contado nada?

—¿No ves que estaba entretenido con otras cosas? —se burló Aidan. Sí, volví a gruñirle, y él me respondió con gruesas carcajadas.

—Hoy he tenido que mostrar a mi cambiante para que un Sluagh no la dejara seca —le solté—. Yo no tenía la más mínima idea de que tenía alas y sensibles hay cientos. ¿Qué quieres que te diga? Nada tenía que ser diferente.

—¿Nada? —se burló Colin—. Dime que no hay nada diferente entre ella y todas las otras mujeres que han pasado a lo largo de los siglos

por tus manos.

—Sí, quizás algo hay —admití, Colin me miró, esperando algo. Era un cabrón arrogante, pero supongo que mejor dejar las cosas claras—. La única diferencia es que ella es mía. Punto y final.

—Así que es ella —murmuró Brian que había dejado de tener interés en irritarme con comentarios absurdos.

—Lo es —le respondí tras tomarme mi tiempo—. Aunque no creo que me lo vaya a poner fácil.

—Igual eso significa que no tendremos que esperar a que a Colin y Mila les dé por darnos hembras —murmuró Aidan y Colin le gruñó. Sonreí.

—¿Podemos volver a centrarnos en eso de que querían matar a Marisa? —les pregunté a mis primos.

—No tiene sentido que un Sluagh intente matar a una mujer que ni siquiera está enferma —negó Kevin—. Lo que nos hace pensar que o bien hay algo que no sabemos o cumplía órdenes.

—Piensas en la criatura oscura del castillo —reflexioné.

—O en alguien que quería herirte a ti, a través de hacerle daño a ella —añadió Ryan.

—Hace unos pocos días ni siquiera yo sabía qué era exactamente lo que había entre nosotros —le contradije—. No tiene mucho sentido.

—Lo que hace que nos decantemos por mi teoría —intervino Kevin con media sonrisa—. Que ella esconde algo.

—Y no se refiere entre las piernas, antes de que te ofrezcas a hacer trabajo de campo —soltó Aidan, para hacerse el gracioso.

—Muérete de envidia, primo —le contesté.

—Lo hago, créeme que lo hago —admitió.

—¿Y las alas? —preguntó Ryan—. ¿Qué significan exactamente?

—Ni idea —murmuró Colin—. Eso es cosa de los sensibles. Hadas. No sabemos mucho de ellas, pero sé de alguien que sí que podría darnos información.

—El duende —murmuré.

—Hay algo que sí que hemos encontrado —murmuró Ryan—. No tiene tanto que ver con tu mujer y sus alas, es algo que nos afecta a nosotros. Algo que podría justificar que me equivocara respecto a las sensibles y la posibilidad de que uno de nosotros encontrara, en una de ellas, su único amor verdadero.

—¿No podrías decir simplemente pareja? —mascullé.

—Más te vale currártelo un poco, primo —se burló Brian—. A las mujeres de estos tiempos no se las conquista a base de matar bichos.

—Pues lo tiene chungo, porque es lo único que se le da bien —intervino Aidan con malicia. Contaría a cinco. Y si no se me pasaba el cabreo, le estamparía mi Cambiante en su fea cara de Mac Gréine.

—Hay una profecía —empezó Ryan—. Recordé algo cuando

descubrimos que Mila era descendiente del linaje de Nuada.

—Después de nuestra escapada al purgatorio —afirmó Colin. Genial, habían estado hablando de todo aquello a mi espalda. Lo peor es que ni siquiera me sorprendía.

—Una profecía que habla sobre la restauración del primer linaje —continuó Ryan—. Algo que hicimos, casi sin darnos cuenta, cuando enfrentamos a Bres.

—Un pacto de sangre —susurré mirando a Ryan. Él le había ofrecido nuestro linaje a Mila, la única descendiente viva del primer gran rey de nuestra tribu, para fortalecer su magia. Y no había sido el único. Miré a Kevin. Connor no estaba aquí, con nosotros, pero él también lo había hecho. Los tres reyes. Y luego estaba Colin. El heredero de Lug. Él le había dado su sangre, su vida, su todo. Era su esposa, después de todo.

—Exacto —afirmó Ryan—. Con Mila liderando la tribu, ese linaje ha sido restituido.

—Háblanos de la profecía —pidió Brian mirando a Ryan con atención.

—Cuando el primer linaje sea restituido, la tribu volverá a resurgir de sus cenizas —intervino Kevin—. No exactamente con esas palabras, pero sería el resumen.

—Pienso que tiene que ver con la maldición de Anam —afirmó Ryan—. Y con la de Dagda, por tanto. Ambas están vinculadas, probablemente.

—Condenados a amar a una única mujer —murmuró Aidan.

—La única que podrá engendrar a nuestros hijos —añadió Brian.

—Creo que la profecía hace referencia a que la tribu crecerá —afirmó Ryan—. Y solo hay una forma de que crezcamos.

—Hijos —susurré. Joder. Era algo que ya ni me planteaba. Pensé en Marisa. Hijos suyos y míos. El mero pensamiento me golpeó. Y no en el mal sentido. Hijos. Nuestros.

—Exacto —afirmó Kevin—. Pensamos que la profecía pensaba más en Anam que no en Mila, pero dadas las circunstancias, el efecto ha sido el mismo.

—Dagda quería que Anam fuera nuestra líder, lo dejó escrito en su grimorio —afirmó Ryan—. Incluso si tardamos en darnos cuenta de ese detalle. Diré a mi favor que es difícil apostar por una diosa que ni siquiera sabíamos que existía.

—O que estaba viva —añadió Aidan.

—Así que pensáis que ahora algo ha cambiado —murmuré.

—Algo ha cambiado —afirmo Ryan—. Mírate.

—Que eso no significa que el hecho de que Marisa sea el amor verdadero de Kellan —empezó Kevin y le miré con aspecto irritado a lo que añadió con una sonrisa divertida—, o dejémoslo en lo de que

follan juntos, que se nos pone tontorrón el guerrero.

—Ya no sabes ni lo que querías decir —se burló Colin.

—Es que me lo ponéis difícil —protestó Kevin—. Lo que sea. Quería decir que creo que Marisa está aquí por algo que tiene mucho más que ver con su herencia como sensible que con la relación que se ha creado entre ella y la tribu, a través de Kellan.

—Oficialmente, aún no es de la tribu —murmuró Colin y me miró con una sonrisa traicionera en la cara—. ¿O sí?

—¿Te has vuelto loco? —gruñí.

No, no me había comprometido con ella. ¡Joder! Si acaba de descubrirle una pequeña porción de mi vida. Aún podía ver su expresión de sorpresa y pánico cuando el Sluagh había aparecido y mi Cambiante lo había hecho desaparecer.

¿Qué le estaría explicando Mila? Esperaba que no se asustara al descubrir mi verdad. Preferiría explicárselo yo, aunque como las palabras jamás habían sido mi fuerte, era probable que ella supiera mostrárselo de una forma que aceptara con mayor facilidad. Era una vaga esperanza, pero tenía fe en Mila. No, no estaba dispuesto a que Marisa se alejara de mí.

Ni ahora ni nunca.

Éramos uno, incluso si a los dos nos costaría nuestro tiempo adaptarnos a aquello. Mi esposa. Sí, sonaba bien. Condenadamente bien. Incluso si tenía alas. Podría vivir con eso.

—Tomaremos eso como un no —afirmó Kevin divertido.

—Lo que confirmaría tu teoría —murmuró Ryan—. Eso de los sensibles recuperando su magia y su legado.

—Hay mucho que descubrir sobre el Portal de las Hadas —informó Kevin.

—¿Podríais resumir lo que sabéis hasta ahora? —preguntó Brian con curiosidad.

—Eran unas ruinas celtas neolíticas que permitían entrar en una dimensión paralela en la que Áine y sus hadas vivían felizmente, parcialmente escondidas de los humanos.

—Y de la tribu —puntualizó Kevin.

—Y de la tribu —afirmó Colin tras mirar a nuestro primo.

—Desde múltiples puntos de la isla, cualquier hada podía transportarse allí —continuó Ryan—. Era su eje social, podríamos decir.

—Tres guardianas lo regían —continuó Kevin.

—Tres —murmuré—. No podía ser de otra forma.

—No, no podía ser de otra forma —afirmó Kevin—. Ellas podían activar el Portal y fusionar ambas dimensiones en ocasiones especiales.

—En los solsticios —remarcó Colin.

Claro, no podía ser de otra forma. Las hadas eran criaturas con una estrecha relación con la naturaleza. Su magia provenía de ella.

—¿Y qué pinta la criatura esa allí? —les pregunté.

—Aún no hemos llegado a una conclusión válida —afirmó Ryan—. Pero mucho tiene que ver con las hadas y poco con la tribu.

—Lo que significa que no encontraremos demasiada información aquí —masculló Kevin extendiendo sus brazos para enmarcar la inmensa biblioteca mágica de la que disponíamos—. Y lo que sea que hizo que el Sluagh fuera a por Marisa, mucho tiene que ver con su ascendencia como sensible, así que andamos bastante perdidos.

—Pues buscad información donde sea —remarqué—. Hemos de saber qué está pasando, y más nos vale encontrar una solución antes de que pierda la cabeza.

XXV

Samuel

—¿A DÓNDE vamos? —le pregunté mientras empezábamos a descender una pequeña cuesta de densos árboles de verdes hojas.

La humedad presente en el ambiente se hacía más notoria a medida que descendíamos. Las piedras estaban cubiertas de verde musgo y la tierra emitía un olor cada vez más intenso. ¡Quién pudiera encerrar ese olor en una botellita para abrirlo en cualquier lugar y transportarte, aunque fuera mentalmente, a un sitio tan bello e insólito como ese!

—A ver a Samuel —me informó Mila—. Le prometí que le traería un par de zapatos para remendar.

—¿Zapatos? —Miré a Mila como si se hubiera vuelto loca. Más loca, me refiero.

—Es un leprechaun —me informó—. Ya sabes un duendecillo de esos vestidos de verde, con un ridículo sombrero y tendencia a tomar el pelo a la gente.

—No.

—Te recuerdo que tienes alas.

—Te recuerdo que a veces eres peor que un grano en el culo —le solté mientras intentaba mentalizarme. Un duende. Un leprechaun. ¿Qué sabía yo de ellos? —. ¿Son esos que en los cuentos esconden un caldero de oro donde acaba el arco iris?

—¿No te has fijado que a Colin y a sus primos no les falta precisamente el dinero?

—Por el duende —mascullé sin acabar de creérmelo.

—Es de los últimos de su especie —me explicó Mila—. Hace siglos les pidió protección; hicieron algo así como un pacto. Esta tierra está protegida por la magia de la tribu, de los antiguos druidas, aquí puede vivir en paz.

—A cambio de su oro —murmuré. Mila hizo un gesto afirmativo.

—Cada vez que sale el arco iris, su caldero vuelve a llenarse hasta los topes —me explicó—. Todos contentos.

—¿Y lo de los zapatos?

—Antiguamente se dedicaban a fabricar zapatos o remendar los de los viajeros por unas monedas. Ser inmortal y no tener absolutamente nada que hacer puede volverse tedioso —bromeó Mila—. Tiene tendencia a ir soltando malos augurios por doquier y su carácter a veces puede llegar a ser un poco hostil, así que los Tuatha de Danann

lo evitan en la medida de lo posible.

—¿Y por qué tú no lo haces? —le pregunté ligeramente preocupada. Si el resto evitaba el contacto con la criatura esa, quizás deberíamos seguir su ejemplo.

—Mi madre no se entendía con la mayoría de los miembros de la tribu. Para la época en la que ella nació, las mujeres empezaban a perder parte de la autoridad y el poder que habían ostentado antiguamente y el hecho de que fuera druida no ayudaba tampoco. La magia es poderosa, pero genera miedo y envidia, incluso entre dioses.

—Mal rollo —murmuré.

—Creció a la sombra de Dagda, pero fue criada por Áine que fue algo así como su madre, su hermana y su mejor amiga. La amiga esa que te conté a la que habían violado y matado después. Su historia es complicada —me explicó Mila—. En cualquier caso, mi madre solía relacionarse con hadas y otras criaturas.

—Como Samuel —adiviné.

—Eran algo así como amigos, sí —me explicó Mila—. A veces, cuando está de buenas, me explica cosas de ella.

—¿Y cuando está de malas? —le pregunté haciendo una mueca.

—Es poco más que un viejo gruñón —me aseguró. No es que lo viera yo muy claro, eso del leprechaun, pero tampoco sabría volver sola.

—¿Y qué sabes de tus abuelos? —le pregunté mientras el ruido del río empezaba a hacerse evidente.

—¿Por dónde empezar? Vale, en la tribu existe una ley que prohíbe que un rey tenga algún tipo de amputación. Mi abuelo, Nuada, perdió un brazo y fue entonces cuando Bres subió al poder.

—¿Bres? —le pregunté—. ¿No era ese que tuviste que enfrentar?

—Ese —afirmó Mila y me quedé en estado de shock durante unos segundos. Creo que Mila me dio un tiempo para recuperarme antes de continuar—. Bres era un rey tirano y Nuada le pidió a Dian Cecht que le reconstruyera el brazo para volver a ser rey. Tras esforzarse, lo único que consiguió el sanador de la tribu fue crearle un brazo de metal. Poco tiempo después, mi abuelo, que era el hijo de Dian Cecht, se encandiló de la hija de Nuada. Le ofreció un trueque: reconstruirle el brazo a cambio de su hija.

—Muy romántico —maticé y ella rio.

—Así era en aquella época —afirmó—. La cuestión es que mi abuelo sí que consiguió reconstruirle el brazo. Nuada subió al trono, pero a mi abuelo lo mató por envidia su propio padre, no antes de que engendrara a mi madre en la hija de Nuada, todo sea dicho.

—Estoy flipando —murmuré alucinando—. ¿Esa es la historia de tu madre?

—Ya ves, como para que se la explicara a mi padre —bromeó Mila

con media sonrisa—. Mi abuela temió por la vida de mi madre al ser consciente de la locura de Dian Cecht, así que entregó a mi madre a Dagda, el druida, siendo un bebé. Creo que habían sido amantes, mi abuela y Dagda, en algún momento.

—Menudo culebrón —solté.

—Dagda dejó a mi madre al cuidado de Áine, que era hija de un druida amigo suyo. Cuando de niña descubrieron su don, entre él y Dagda la tutorizaron. Se convirtió en la mano derecha de Dagda, aunque en la tribu desconocían su poder o su ascendencia —concluyó Mila mientras frente a nosotros se mostraba en todo su esplendor un pequeño río. Pude sentir la magia que se desprendía de él—. Hemos llegado.

—El lugar es precioso —admití.

Y lo era.

El agua zigzagueaba entre las piedras siguiendo un camino sinuoso que se perdía en la distancia. No era un gran río, en el sentido exacto de la palabra. Un palmo, dos a lo sumo, pero era bello. El agua era cristalina y permitía ver todos y cada uno de los cantos rodados que descansaban en su lecho. Una suave y dulce melodía parecía vibrar en el aire mientras el sol se reflejaba en el agua y el musgo tapizaba parte de las orillas del río. Frente a nosotras, a pocos metros, había una pequeña cascada. O más bien un salto de agua de poco más de metro y medio.

—¡Samuel! —le llamó Mila—. Traigo zapatos y vengo acompañada por una amiga.

Esperamos. Un minuto. Dos. Tal vez tres.

—Igual se ha tomado unos días de vacaciones —bromeé.

—¿Para que alguien me robe mi tesoro? —gruñó una voz anciana, masculina, con tonos melódicos graves.

—O no —ronroneé buscando el origen de aquella voz.

Al otro lado del riachuelo, estaba él. Después de la criatura que me había atacado hacía unas horas, aquello no daba grima alguna. Más bien risa, lo admito.

Su sombrero era de copa, casi más grande que todo él. Verde, claro. No podía ser de otro color. Como si fuera un objeto decorativo, muy al estilo de los tocados de las grandes bodas, sobresalía del mismo un trébol de cuatro hojas de color verde cuyo tamaño hacía sospechar que tuviera de real lo que yo de casta y pura.

Su pelo era una mezcla de mechones de diferentes tonalidades rojizas, igual que su barba. Sus ojos eran pequeños, ligeramente rasgados, y nos observaban con mirada astuta. Inteligente. Su rostro parecía anciano porque habitaban en él pequeñas arrugas que le daban un aire serio y aburrido, pese a que vestía en colores verdes que eran todo menos sobrios.

Lo que más destacaba de su vestuario, dejando al margen el enorme sombrero, era su cinturón, en cuyo centro destacaba una hebilla dorada que hacía juego con las que lucían en sus zapatos. Desde luego no entrarían dentro de lo que yo llamo un vestuario discreto. Mediría poco más de un metro y, pese a su aspecto enojado, se veía tan ridículo que casi me da por reírme.

—Samuel, te presento a Marisa —me presentó Mila mientras se acercaba al margen del río y se sentaba en el suelo. Dejando un espacio entre nosotras y el duende. Leprechaun. Eso.

—Es de mal augurio traer a alguien que no es ni mujer ni hada —criticó Samuel mirándome con atención.

—Encantada de conocerte —le saludé ignorando sus palabras. Soy buena en eso. En pasarme por el forro las críticas de las personas. O de los duendes, en este caso.

—Marisa es una de mis mejores amigas —empezó Mila que parecía dispuesta a justificarme ante el viejo.

—Una sensible mitad hada —susurró Samuel mientras me miraba, como si me estudiara—. Mitad viva y mitad muerta. Una aberración de la naturaleza.

—Creo que es de esos días en los que está gruñón —opiné, mirándole con gesto desafiante. Sus ojos se entornaron mientras me miraba con gesto enojado.

—Yo también soy mitad sensible —le recordó Mila que no parecía demasiado molesta por ese tipo de comentarios. Me senté a su lado. Samuel nos observó, colocando sus diminutas manos frente a su cadera.

—Las hadas eran orgullosas y altivas —aseguró Samuel mientras una piedra ascendía hasta su mano y él la lanzaba río abajo, haciendo que rebotara sobre su superficie. No dije nada, pero aquello me sorprendió. Mucho. ¿Era capaz aquella criatura de hacer levitar objetos? ¡Menuda pasada!

—¿Conociste a muchas? —le preguntó Mila con un tono de voz suave, casi dulce. Así que ese era su juego, engatusarlo para que largara lo que ella quería escuchar. Mila siempre ha tenido más mano izquierda que yo, seamos realistas.

—Muchas —admitió Samuel—. Primero fueron las del aire, el agua y la tierra. No poseían grandes poderes y, sin embargo, siempre nos miraban por encima del hombro, incluso si leprechauns y hadas éramos criaturas feéricas muy similares.

—Me explicó Ryan que las hadas descienden de Áine, a través de un conjuro que hizo su padre —intervino Mila.

—De la sangre de Áine, pero también de la nuestra y de la de otros seres mágicos —gruñó Samuel—. Los leprechauns ya vivíamos en Irlanda cuando Nuada pisó por primera vez esta tierra.

—Me estabas hablando de las hadas —le recordó Mila. Tenía una línea argumental volátil, el duendecillo verde.

—Siempre creyéndose tan especiales, tan hermosas. Ellas apenas querían relacionarse con nosotros. Preferían la compañía de los dioses, claro. Y a los humanos. ¡A los humanos! De ahí los sensibles, ¡menuda aberración!

Vamos, que me liaba yo con un viejo duende de esos antes que con alguien como Kellan. Seamos realistas. Hasta mi vecino de Madrid tenía más sex-appeal que el duendecillo verde, sí. Comprensibles, los gustos de las hadas. Que él no pudiera verlo, era su problema.

—A Samuel no le gustan los humanos —me explicó Mila y me guiñó, sutilmente, un ojo.

—Son avariciosos. Egoístas. Déspotas —empezó a enumerar Samuel entre gruñidos—. ¡Y no respetan la naturaleza!

—Además, hacen unos zapatos horrorosos —añadió Mila y casi me da por ponerme a reír allí en medio, pero me contuve. A duras penas.

—¡Exacto! —exclamó Samuel.

—Lo que me recuerda que te traía esto, por si podías arreglarlo —añadió.

Sacó de su bolso una bolsa de papel reciclado y se la lanzó al duende. La bolsa quedó suspendida en el aire mientras Samuel empezaba a mover sus manos. La bolsa se abrió y un par de sandalias de cuero quedaron a la vista. Lentamente, la bolsa de papel y las sandalias llegaron hasta el hombrecito de ropa verde, cuyos ojos mostraban una satisfacción evidente.

—Algo podré hacer —susurró con palabras llenas de deleite.

—Nos estabas hablando de las hadas y los sensibles —le recordó Mila—. ¿Sabes de algún sensible que también tuviera alas?

El duende pareció meditarlo mientras observaba las sandalias con adoración.

—Una sensible no puede tener alas —afirmó finalmente—. Lo que tiene tu amiga no es más que una proyección de lo que es y lo que fue. Del pasado. Del presente. Y del futuro. Conectó de alguna forma con una Triqueta.

—¿Podrías explicarme eso? —le pidió Mila con una suavidad que, en serio, admiraba sinceramente.

Yo, por gusto, le daría un par de collejas y le haría cantar al modo tradicional: a base de unos buenos sopapos. Y estoy segura de que Kellan me ayudaría, si fuera preciso. Sonreí al pensar en él. ¿Qué estaría haciendo en esos momentos? Incluso si eso de que descendiera de la tribu, igual que Mila, era un poco chungo, me alegraba que él fuera también un poco rarito. Así la balanza no estaba demasiado desequilibrada. Marisa la mujer alada y Kellan el hombre con su Cambiante. Podía ser peor, supongo.

—Tres que son una —murmuró Samuel antes de añadir—. Las guardianas. Tengo trabajo.

Y así, como si nada, desapareció frente a nosotras. Parpadeé un par de veces. Hacía un momento estaba. Y ahora… no. Sin más. Miré a Mila, alzando una ceja.

—Los leprechauns poseen magia antigua —me explicó con media sonrisa mientras se levantaba—. Son capaces de aparecer y desaparecer a su antojo, excepto si fijas la mirada en sus ojos; mientras lo haces no pueden simplemente desaparecer, no me preguntes por qué.

—Un tipo encantador —bromeé.

—Hay días peores —me confesó Mila con una sonrisa, mientras me tendía la mano y yo me levantaba con su ayuda.

—Y súper didáctico —continué ironizando—. Cuando explica las cosas se entienden tan bien que no da lugar a duda alguna.

—¿Tú has entendido algo? —me preguntó sorprendida y al ver mi cara empezó a reír a carcajadas—. Vamos a ver si siguen reunidos o no. Puede parecerte una tontería, pero Samuel sabe cosas. Muchas. Otra cosa es que no siempre tenga ganas de compartirlas.

—Tu madre tenía unos amigos de lo más raros —murmuré.

—Júramelo —me dijo Mila—. Luego, si tenemos tiempo, te presentaré a Rathma.

—Casi que paso, en serio —le dije haciendo una mueca—. Creo que por hoy estoy saturada. han intentado matarte hoy.

—Pues de aquí a que nos lo explique de forma que podamos entenderlo, igual ya estoy muerta —mascullé entre risas.

—Vamos a ver si la tribu ha descubierto algo sobre por qué te han intentado atacar —me intentó animar Mila—. En cualquier caso, hasta que no sepamos qué está pasando, lo mejor sería que te vinieras con nosotros.

—¿Con vosotros?

—Con Colin y conmigo—especificó Mila—. La casita de campo, ya sabes. La verdad es que es una pequeña casita de piedra, sin electricidad, en una arboleda sagrada. Allí no podrían entrar esos bichos.

—¿Hablas en serio? —murmuré confundida—. ¿No hay otra posibilidad? A ver, que me encanta estar contigo, y eso, pero entiéndeme…

—Colin te da grima, vale —me dijo entre risas—. De acuerdo, la casa de Margaret también sería una buena opción. Está protegida por la magia de mi madre. O también te podrías quedar aquí, en las tierras de la tribu, con Kellan, claro.

—Para que me ate a la cama —especifiqué, irritada.

—Siendo tú, hasta te gustaría —me picó mi amiga.

—Sinceramente, me gustaría más atarlo a él —le contesté guiñándole un ojo y Mila empezó a reír—. Grace y Aislin se han instalado en el ático de Margaret. Creo que lo mejor es que estemos juntas.

—Tres que son una —susurró Mila haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Igual es lo mejor. Que estéis juntas. Es posible que Samuel se refiriera también a eso. Sea lo que sea, puede que también ellas estén en peligro.

—No lo había pensado —murmuré—. Igual deberíamos advertirles o algo.

—Lo haremos —me aseguró.

—Al margen del bicho ese, me queda el problemilla del ente maligno que tengo atrapado en mi castillo —le recordé a Mila—. Algo que es ciertamente molesto, porque tengo que montar un hotel allí y me gustaría que los cadáveres no volvieran a amontonarse debajo de una trampilla.

—Cierto —dijo Mila haciendo una mueca—. Será mejor que no vayas allí hasta que sepamos cómo resolverlo.

—¿No sería bueno intentar volver a contactar con el hada que nos envió a la famosa Triqueta? Ella sabe algo, estoy segura —afirmé—. Ella… hace tiempo que sueño con ella. Creo que no es casualidad que ella esté allí. Que yo haya comprado el castillo.

—No, seguro que hay una relación —confirmó Mila—. Hablemos con Ryan y el resto, a ver qué han encontrado, primero. Y después pienso hacer una cordial visita a Margaret.

—Van a saltar chispas —bromeé.

—No más que cuando descubrí que sabía todo lo de los Tuatha de Danann y la muy bruja no me había contado nada.

—¿En serio? —le pregunté sorprendida y tras ponerme a reír, añadí—. Esa vieja es de armas tomar.

—Ya te digo —afirmó Mila entre risas.

XXVI

Una reunión familiar de lo más atípica

TARDAMOS poco más de media hora en volver a vislumbrar el castillo. Paredes de piedra entre gris y blanca. Tenía un aspecto antiguo, pero cuidado. No me imaginaba a Kellan pasando la segadora del césped, así que sospeché que esa belleza que le rodeaba tenía que ver con una empresa de jardinería privada más que no por sus habilidades como jardinero. Eso o algo relacionado a la magia que rodeaba al edificio. Sonreí mientras sentía una extraña conexión con el lugar. Con la calidez, brillante, que emitía. Había algo en esa energía que me recordaba a Kellan.

—Es raro sentirlo todo así —le confesé a Mila.

—Mucho —afirmó—. ¿Ese es Kellan?

Agudicé la mirada. Fuera no había nadie.

Ladeé la cabeza para observar la fachada del edificio y pude ver una silueta en una de las ventanas de la primera planta.

—¿Cómo puedes llegar a verle las facciones?

—No es tanto verle —admitió Mila—. Es la energía que desprende.

Fruncí el ceño y me quedé quieta, intentando observar esa silueta. Sentí mi corazón latir con fuerza. Como si de alguna forma, le reconociera.

—Pues va a ser que sí —murmuré. Miré a Mila, y con una sonrisa traviesa, añadí—. Nos vemos allí.

Dejé que mis alas batieran a mi espalda y sentí cómo mis pies se levantaban del suelo. Era extraño. Eso de volar. Pero molaba un mazo. Dejé que el viento me acariciara mientras me elevaba un poco y tras unos pocos aleteos empecé a tomar velocidad. El viento parecía acompañarme y me sentí extrañamente bien, en conexión conmigo misma. Con mi parte sensible. O con lo que me había convertido. En parte humana, en parte sensible y en parte hada. Algo así había dicho Samuel, ¿no?

No pude darle muchas vueltas porque me encontré frente a Kellan, sobrevolando los terrenos del castillo, frente a una de las ventanas del primer piso. Sí, era él, después de todo. Le sonreí, sin intimidarme por la oscuridad de su mirada. Me devolvió la sonrisa y pude notar que había algo en ella, como si se sintiera orgulloso de mí. De mis alas. O de algo que no alcancé a entender. En cualquier caso, se me hizo evidente que, una vez asumida mi anormalidad, la encontraba divertida.

—¿Vas a entrar por las buenas o tenemos que volver a montar el numerito? —me preguntó dando un paso atrás y dejándome la generosa abertura de la ventana para entrar en la estancia.

—Paso del látigo —refunfuñé—. Excepto que me lo dejes para jugar contigo en la cama.

—Sigue soñando —me contestó mientras reía por lo bajo.

Entré en la habitación. Una gran sala con una hermosa mesa de madera antigua rodeada de sillas. Había un escudo de armas en una pared y viejas vitrinas distribuidas aleatoriamente.

—¿Y tus primos? —le pregunté.

—En la biblioteca —me contestó—. Necesitaba ventilarme un rato y estaba esperando a que volvierais. ¿Se ha dejado ver el viejo Samuel?

—Mila le llevaba sandalias —le contesté y Kellan sonrió.

—Mi prima aprende demasiado rápido —bromeó.

—Me ha explicado lo de su madre —le dije—. Y lo del dios fomoriano que intentó matarla.

—Fue muy valiente —afirmó Kellan mirándome con atención. No titubeé.

—Así que provienes de un antiguo linaje de dioses celtas —resumí. Kellan me miró con atención, se acercó con pasos lentos para cogerme de la cintura y me acercó a su cuerpo. Me besó. Con fuerza.

—Soy un dios celta —murmuró mientras desplazaba su boca en dirección a mi cuello, dispuesto a empezar a mordisquearlo y ponerme como una moto. Para variar.

—Un descendiente de un dios celta —puntualicé—. Como Mila.

—No exactamente —negó él separándose ligeramente de mí, con aspecto divertido—. Yo no tengo ascendencia humana.

—Claro —bromeé.

—Suena a que no te lo acabas de creer —remarcó divertido—. Teniendo en cuenta que has llegado volando hasta la ventana, pensaba que te sería más fácil aceptarlo.

—¿Hay alguna diferencia? —le pregunté un poco molesta con esa tendencia a matizar en detalles superfluos. ¿A mí qué me importaba realmente si era raro del todo o solo medianamente raro? Mila era una puta druida. Kellan un guerrero. Vale, estaba en proceso de asumirlo.

—Soy inmortal —me soltó y confieso que esa no me la esperaba. Fruncí el ceño.

—Inmortal, ¿inmortal? —le pregunté.

—Estuve en Madrid poco antes de que se desatara la peste negra —concretó—. Así que sí, inmortal de ese tipo. Aunque podemos llegar a morir decapitados, desangrados o…

—Lo he pillado, gracias —gruñí—. Genial, debería darme un poco de asco eso de estar liada con alguien que es más viejo que mis

padres. O mis abuelos. O mis…

—Para ser milenario, me conservo bien —se burló Kellan y no me dejó seguir enumerando todos mis ancestros, porque su boca acaparó la mía y me besó con esa pasión que hacía que mis propias emociones se desbordaran.

—Si podéis dejar de sobaros un rato, os estamos esperando abajo —se quejó una voz masculina con un punto de retintín. Me giré para observar a un hombre rubio que nos miraba con aspecto claramente divertido, pese a su tono entre aburrido y molesto. Me sonrió antes de presentarse—. Soy Eamonn Mac Cuill, Mila me ha hablado mucho de ti.

—Y a mí de ti —le contesté, añadiendo con una sonrisa traviesa—. Me dijo que besabas medianamente bien, igual un día podemos ponernos al día tú y yo.

—Estás jodido, primo —le soltó Eamonn a Kellan tras ponerse a reír mientras Kellan me retenía contra su cuerpo en un gesto claramente posesivo y gruñía por lo bajini—. Has encontrado a tu alma gemela, por si tenías alguna duda al respecto.

—¿Vas a tener que provocar a todos y cada uno de mis primos? —me criticó Kellan mientras Eamonn desaparecía por la puerta con una sonrisa en su rostro.

—Depende, si están buenos…

—Existe la posibilidad de que eso me irrite —murmuró—. Bastante.

—Ese sería tu problema, no el mío.

—¿Vamos a volver a eso de que no te molestaría que buscara la compañía de otras mujeres?

—¿No lo has estado haciendo? —le pregunté con mirada para nada impresionada o intimidada por esa sutil advertencia. O amenaza. Lo que fuera. ¡Claro que me molestaba! Pero hacérselo saber, no, eso no.

—No —gruñó Kellan y apretó los labios, como si todo aquello le cabreara bastante—. Y tú tampoco. O no vas a hacerlo de aquí en adelante, en cualquier caso.

—¿Porque tú lo digas? —le pregunté sin saber si aquello me emocionaba o me irritaba.

—Porque tienen razón, por mucho que me joda —soltó Kellan con aspecto irritado pero su expresión se suavizó un poco al mirar mi gesto altivo. Sí, estaba dispuesta a discutir si era necesario. No soy de las que se achican en una bronca. Si es que eso era el principio de una —. Hasta ahora nos hemos entendido bien.

—En la cama, sí —puntualicé.

—Intentemos hacerlo también fuera de ella —me propuso Kellan. Eso sonaba bien. Creo.

—¿Qué implicaría exactamente eso?

—Una relación de verdad —afirmó.

—¿Me ves a mí en una relación formal? —me burlé—. Si con un tío normal ya sería ciencia ficción, ni te cuento si entran en la ecuación un dios celta más viejo que Matusalén y una mujer a la que le han salido alas en la espalda. No va a funcionar.

—Creo que soy lo mejor que te podría haber pasado, teniendo en cuenta tu actual estado —me soltó el capullo.

—Desde luego, ego no te falta —remarqué.

—Podrían haberte matado hoy si no hubiera estado contigo en ese momento —me recordó.

—Gracias por eso —le concedí sin bajar la guardia.

—No me des las gracias —negó—. Me gusta proteger lo que es mío.

—Eso tono posesivo me va a hacer salir un brote de urticaria —le advertí.

—Pues vete acostumbrando —masculló.

—Das muchas cosas por sentado —señalé.

—Estamos juntos, Marisa. Es lo que hay. Ahora y siempre. Acéptalo —sentenció y su mirada se volvió dura. No había réplica posible a su afirmación. Pero claro, yo no soy de las que se callan.

—Me lo pensaré —le solté.

Respuesta errónea. Me encontré empotrada en una pared de un estrecho pasillo con Kellan besándome con fuerza mientras sus manos alzaban mi culo para obligarme a agarrarme a su cadera. Gemí.

—A las buenas o a las malas, Marisa —gruñó mientras apretaba su erección contra mí.

—Si es a costa de un polvo salvaje, que sea a las malas —murmuré dejando que las emociones tomaran el control. Empezó a reír.

—Así será, entonces —me susurró—, pero primero tenemos que reunirnos con los otros. Eamonn es de los más pacientes. No quieras ver a Conan o a Aidan ponerse nerviosos. Lo más inteligente sería que dejáramos esto para luego.

—Háblame de tus primos —le pedí mientras me besaba por el cuello, como si, pese a sus palabras, le costara separarse de mí, y de la idea de acabar con lo que acabábamos de empezar.

Me liberó de su contacto, un poco a su pesar. Cogió mi mano, se la llevó a los labios para besarla, sin dejar de mirarme, y finalmente enlazó sus dedos con los míos. Empezamos a caminar de nuevo por el pasillo hasta que se paró frente a un retrato. Uno de los muchos que colgaban, ostentosamente, en las paredes del pasillo.

—Colin es el único descendiente de Lug Cian —empezó—. Don de dones. Es un guerrero, un erudito y un druida. Todos le odiamos un poco por ello, pero es un buen tipo.

—Mila me ha dicho que estaban aprendiendo a usar eso de la magia druídica. He flipado cuando ha invocado esa llama en la palma de su mano —le confesé.

—Yo la he visto en plena acción —murmuró Kellan—. Su poder es impresionante.

—¿Cuando lo del fomoriano? —le interrogué y Kellan hizo un gesto afirmativo.

No le pregunté ni le pedí detalles. Había cosas que probablemente era mejor no saber. Me estremecí al recordar las cicatrices en las palmas de sus manos. Magia de sangre. No, llevaba una semana lo suficientemente intensa como para permitirme al menos eso. Entrar en todo ese mundo que se abría frente a mí poco a poco.

Kellan se paró frente a un cuadro en el que se veía otro hombre de rostro masculino y mirada audaz.

—El resto de nosotros descendemos de tres hermanos. De Mac Gréine descienden Aidan y Brian, los dos guerreros que has conocido fuera, y Kevin, aunque él es un poco especial —empezó a enumerar.

—Dos guerreros y un erudito que es medio duende —murmuré, recuperando partes de la conversación que había tenido con Mila y mis propias sensaciones.

—Correcto —afirmó antes de continuar—. Eamonn desciende de Mac Cuill, junto con Conan y Connor, a ellos estás a punto de conocerlos.

—Salto de alegría —ironicé y Kellan me obsequió con una sonrisa mientras abría unas puertas dobles de madera añeja.

Frente a nosotros había una gran estancia que me sorprendió. Mucho.

El techo era alto. No diré infinito, pero había varias plantas en un edificio en el que solo podían verse dos desde la distancia. Había estanterías distribuidas a diferentes niveles y escaleras estrechas dispuestas sin ningún tipo de sentido: algunas eran rectas mientras otras formaban una espiral perfecta. Libros. Muchos. Pero no de los que esperas encontrar en una biblioteca. Aquí todos los libros eran viejos. Muy viejos. El olor a cuero mezclado con tinta y pergamino. Y allí, flotando entre todos ellos, había pequeñas esferas luminosas que brillaban bajo una cúpula a través de la que se podía ver el cielo azul.

—Es una biblioteca mágica —me dijo Mila mirándome desde un asiento de respaldo alto. A su lado estaba Colin. Cómo no. Pero había muchas más personas alrededor de la mesa. No soy de las que se intimidan, pero la verdad es que un poco impresionada estaba.

—Cómo no —susurré mientras Kellan me acompañaba a la silla libre al lado de Mila tras mirar a sus primos, uno a uno, con una franca advertencia en su mirada.

No es que necesite que me defiendan, y eso, pero por una vez no me importó aquello. ¿Eran dioses todos ellos? ¿Inmortales? ¿Asquerosamente viejos? No sabría responder a aquellas preguntas, pero lo cierto es que todos eran sumamente apuestos. Igual sí que

tenía sentido eso de que no fueran realmente humanos, después de todo.

Kellan se sentó en el asiento contiguo al mío. Me sentí ligeramente mejor con él a mi lado. Y Mila en el otro. Hasta Colin en estos momentos era una cara conocida y se agradecía.

—Hay una profecía —empezó Kevin mirándome con una expresión alegre. Intenté no fijarme en sus orejas, y eso que, en serio, me llamaban la atención un montón.

—Cuando supimos la ascendencia de Mila, recordé algo que había leído hace tiempo —intervino Ryan.

—¿Con hace tiempo te refieres a algo así como un montón de años?

—Décadas —afirmó Ryan con media sonrisa antes de añadir—, o tal vez fueran siglos.

—Solemos perder la noción del tiempo tal y como lo conocéis vosotros —soltó el rubio de ojos azules con mirada audaz. ¿Brian? Brian lo que sea. No le pidas peras al olmo. Había un matiz en su voz. ¿Quería asustarme? ¿Remarcar que él era el puto amo y yo una novata acabada de llegar? Lo llevaba claro.

—¿Puedes volar? —le pregunté elevando el mentón. Era un guerrero, pero yo, cuando me lo propongo, puedo ser una arpía. Me miró con curiosidad y negó con la cabeza—. Inmortales milenarios que ni siquiera pueden volar, menuda mierda de vida, en serio.

Mila y Kellan empezaron a reír por lo bajo mientras Brian fruncía el ceño. Para chula, yo.

—Vas a tener trabajo para domarla —murmuró el hombre a su lado. El pelirrojo. Miraba a Kellan con una sonrisa confiada en el rostro.

—Igual soy yo la que lo doma a él —le contesté y las carcajadas en la mesa resonaron a nuestro alrededor. Igual a Kellan le sentaba mal mi comentario, pero estaba con los nervios a flor de piel y eso me pone a la defensiva.

—Os aseguro que disfrutaré mientras lo intenta, mis queridos primos —soltó Kellan. Los primos de Kellan mostraron una sonrisa sumamente masculina y, teniendo en cuenta que yo la había soltado aún más gorda, no se lo tuve en cuenta a Kellan.

—¿Podemos centrarnos? —preguntó un hombre sentado al lado de Ryan.

—Él es Connor, otro de los eruditos de la tribu —me informó Kellan tras hacer un gesto afirmativo en su dirección para que continuara.

—Existe una antigua profecía que hace referencia a la restauración del primer linaje —empezó Ryan y añadió mirando a Mila—. Algo que se formalizó la noche en que desterramos al viejo rey fomoriano, Bres.

—Amén —soltó uno de los hombres que no conocía, de pelo ligeramente rojizo y unos ojos de un brillante color verde.

—Sobre la profecía —presionó Kellan a mi lado.

—Antes deberíamos tener en cuenta las palabras del duende —intervino Colin—. Sobre las sensibles y su ascendencia.

—Dejaremos esa parte para otro momento —negó Kellan con voz dura—. Primero me gustaría centrarme en por qué intentan matar a Marisa. Y ya puestos, a santo de qué tiene dos putas alas.

—Un poco de respeto, pedazo bruto —le corté, incluso si yo misma solía usar esos términos cuando pensaba en ellas. Una cosa es que las criticara yo. Otra que lo hiciera alguien que ni siquiera era capaz de verlas.

Hubo algunas risas bajas, parcialmente ocultas entre falsos ataques de tos y carraspeos mientras Kellan y yo nos sosteníamos la mirada. En general, cuando le retaba, su forma de anular mis resistencias era empotrarme en algún lugar, meterme la lengua hasta la campanilla y hacer que mis piernas temblaran como si fueran pura mantequilla. Por una vez, se comportó.

—He encontrado la profecía de la que os hablaba —reprendió el hilo Ryan mientras removía entre los papiros dispersos en la mesa y capturaba uno entre sus manos—. "*Cuando el primer linaje sea restituido, la magia de los antiguos resurgirá de nuevo en aquellos que de su sangre nacieron. Pasado en el presente y futuro en su vientre. El ciclo de la tribu comenzará de nuevo*".

—Eso no dice por qué intentan matarla —gruñó Kellan.

—La Triqueta —susurró Mila ignorando a Kellan—. Algo pasó cuando ella, Grace y Margaret fueron a un bosque con una Triqueta dibujada. Fue allí donde consiguió sus alas.

—Es un sitio de magia antigua. Viejas runas celtas —afirmó Kellan—. Conozco el sitio.

—Samuel —murmuró Mila como si meditara aquello—. Él no lo sabía y cuando ha visto a Marisa, simplemente supo que había estado en contacto con una Triqueta, como si fuera la cosa más coherente del mundo.

—Coherente para un leprechaun —se burló Aidan—. No significa que tenga sentido para el resto de los inmortales.

—Pasado, presente y futuro —remarcó Eamonn—. Tres sensibles y una Triqueta. Una combinación peligrosa.

—Que parece de alguna forma solaparse con la profecía de la que os hablaba —afirmó Ryan.

—La magia de los antiguos puede hacer referencia a la magia de las hadas y quizás podría ser extensible a las sensibles —murmuró Connor—. Cuando Eogabail creó a las hadas de la sangre de Áine, invocó a la magia más antigua, la magia de los elementos, la responsable de que existiera la vida.

—Hay dos referencias —afirmó Ryan—. El legado en la sangre de la

sensible que las vincula a la tribu y el hecho de que la magia de las hadas parece cobrar fuerza.

—Esa parte en concreto, créeme que es bastante evidente para los que podemos ver *eso* —se burló Kevin mirándome.

—¿Puedes hacer algo diferente a volar? —me preguntó con curiosidad Connor.

—Ni idea, soy nueva en esto —me defendí.

—Creo que lo tengo —añadió Ryan—. Kellan nos ha explicado que viste el fantasma de un hada.

—Afirmativo.

—Pasado en presente —reflexionó Kevin mirando a Ryan, que hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. No es una mala teoría, realmente.

—¿Alguno de vosotros podría compartirla con el resto? —interrogó Kellan que parecía ligeramente irritado.

—Los Sluagh buscan alimentarse de almas que están a punto de traspasar al otro lado —empezó Ryan—. ¿Y si tiene que ver con sus alas?

—Pasado en el presente —afirmó Kevin haciendo un gesto afirmativo—. Tus alas son un regalo de hadas que vivieron tiempo atrás. Su magia quedó resguardada por esta tierra, esperando que llegara el momento para resurgir, cuando el primer linaje fuera restaurado. Por eso solo los sensibles podemos verlas. No pertenecen a este mundo.

—Pertenecen a nuestro pasado —susurró Mila a mi lado—. Samuel nos lo ha dicho, aunque no nos hemos dado cuenta.

—¿En serio? —le cuestioné.

—Mitad viva y mitad muerta —me dijo Mila mirándome con cierta cautela mientras yo me tensaba—. Tus alas son el pasado, un vestigio de la magia de las hadas. Míralo como si fuera un trasplante de un donante. Hay gente que vive con el hígado o el corazón de otra persona.

—Y yo tengo que vivir con las alas de un hada muerta —protesté, irritada. Sí, empezaba a entender lo que quería decir Mila.

—Presente —afirmó Colin mirándome y su mirada se desplazó a Kellan—. Creo que el resto de la profecía es lo suficientemente evidente para todos.

—Si es cierto eso —repuso Kellan con voz fría—, supondría que a partir de ahora cualquier Sluagh se sentiría atraído por esa esencia dual que ahora posee. Lo que son y lo que otros fueron.

—Esto también puede afectar a Margaret y a Grace —puntualizó Mila.

—Esas dos siempre andan metiéndose en problemas —remarcó Kevin con una sonrisa, como si lo encontrara de lo más divertido.

—Necesitará un guardaespaldas todo el día —intervino Brian con

gesto divertido—. Igual tendríamos que hacer turnos, Kellan.

—Tú ocúpate de la vieja —le soltó con una sonrisa altiva mientras algunos reían en la mesa—. Marisa es cosa mía.

—Futuro —afirmó Kevin mirándonos y casi me dio más grima eso que lo de mis alas fantasmales. Esas miradas de Kevin asustaban un poco.

—Mientras las tres estén en casa de Margaret, la magia de mi madre las protegerá —intervino Mila con voz conciliadora.

—Como que Marisa se va a quedar encerrada allí dentro más de media hora —murmuró Kellan alzando una ceja mientras me miraba y le sonreí. De oreja a oreja. Mila hizo una mueca. Vale, quizás tendría que haberla apoyado a ella.

—Podemos buscar algún conjuro de protección —planteó Colin—. Ares ocultó la magia de las sensibles, si no encontramos nada, igual él puede ayudarnos para que no las detecten.

—Eso suena mejor —apuntó Kellan haciendo un gesto afirmativo—. Aunque sigo sin fiarme del duende.

—Ninguno lo hace —le contestó Eamonn encogiéndose de hombros —. Pero mejor tenerlo de amigo que no de enemigo.

—Todo esto, concuerda con lo que nos ha dicho Samuel —afirmó Mila.

—Hoy estaba de buenas, por lo que veo —bromeó el pelirrojo.

—No es eso, Aidan. La realidad es que Mila lo tiene loquito, igual tendrías que preocuparte, Colin —se burló Brian, sentado a su lado.

—No es que quiera entrometerme más de la cuenta, pero yo sigo teniendo un ente maligno en mi castillo —remarqué—. Y con tanto dios suelto, sería un detalle por vuestra parte que solucionarais ese problemilla en concreto.

—No podemos matar algo que ni siquiera podemos ver —dijo el hombre enorme sentado al lado de Eamonn. Conan, tenía que ser Conan.

—¿Kevin? —cuestioné haciendo una mueca, quizás era algo obvio, pero no me esperaba esa contestación en concreto.

—Primero deberíamos saber a qué nos enfrentamos —afirmó—. Esa zona hace tiempo que está plagada. Kellan y el resto han estado limpiando la zona desde que llegaste. Es posible que esa criatura atraiga a todo tipo de criaturas oscuras.

—¿Limpiando la zona? —murmuré sorprendida. Me giré para enfrentarle—. ¿Tú has estado haciendo eso?

—Podría ser —me contestó encogiéndose de hombros, como si aquello no tuviera importancia alguna. Pero a ver, tenerla, la tenía.

—El día que fuimos a ver el castillo —reflexioné—. Sentiste algo.

—Que era la peor de las ideas comprar aquellas cuatro paredes en ruinas, algo que me parece recordar que ya te advertí —afirmó Kellan

—. Pude sentir también que la tierra que lo rodeaba estaba plagada de criaturas de las que nunca has oído hablar. Puede que no pueda verlo, o sentirlo, pero algo empezó a afectarte. De eso sí que fui consciente, aunque no le hubiera puesto nombre.

—De hecho, nombre como tal, no tiene —intervino Kevin—. Lo que me lleva al inicio de todo. ¿Por qué una sensible siente la tremenda necesidad de comprar un castillo que ha sido edificado sobre el Portal de las Hadas?

—Tanto como necesidad —protesté.

—Marisa —me soltó Kellan que a esas alturas ya me conocía lo suficiente como para saber que estaba tirando pelotas fuera.

—Tienen que saberlo —me dijo Mila con una sonrisa confiada. Hice una mueca. No tengo claro si me estaba animando o traicionando, pero supongo que no tenía sentido seguir guardando aquello. Me habían visto volar. Eran Dioses. ¿Qué importancia tenía que yo soñara con *ella*? ¿Qué el viento me trajera su voz?

—Había soñado con ese castillo antes —afirmé finalmente, sintiéndome ligeramente vulnerable al hacerlo—. Hace tiempo, de niña.

—Os dije que no era una casualidad —afirmó Kevin recostándose sobre la silla con mirada cargada de diversión.

—¿Qué tipo de sueño? —me preguntó Eamonn con curiosidad. Era menos intenso que el resto de los guerreros y pude entender que Mila se sintiera bien con él, cuando empezaron a tontear. Le sonreí y como si fuera un acto reflejo, el cuerpo de Kellan se aproximó al mío y su contacto me hizo sentir más fuerte. Otra vez. Mi fortaleza. Joder, si encima tendría que darle la razón a… lo-que-fuera-ella.

—Digamos que de pequeña me gustaban las hadas —dije finalmente y pude escuchar algunas risas de fondo a lo largo de la mesa. Cruel ironía, en serio—. Soñaba con un castillo, con alas volando en sus terrenos, con magia, ese tipo de cosas. Siempre pensé que eran meramente sueños, sin más.

—Pero…

—Pero luego empeoró —admití, mirando a Kevin, que parecía totalmente atento a mi historia—. Algunas veces, sin que tuviera sentido alguna, escuchaba algo. Una palabra. Dos como mucho. Eran como susurros que a veces oía incluso estando sola.

—¿Desde cuándo? —me preguntó Mila con voz suave, cargada de empatía.

—No sabría decirte —le dije—. Años, quizás. Podía pasar semanas, o meses, sin escucharla y, de repente, volvía. Y desaparecía luego, así que simplemente, opté por no hacerle caso.

—Yo habría hecho lo mismo —me afirmó con expresión comprensiva mi mejor amiga. Nos sonreímos, con complicidad.

—¿Qué te decía? —me preguntó Connor.

—Pronto —le dije—. Ven. Te espero. Te necesito. No sé, cosas de esas.

—¿Cuándo decidiste comprar el castillo? —me preguntó Kevin mientras se frotaba el mentón, pensativo.

—Esto empieza a parecer un tercer grado —protesté.

—Por favor —añadió Kevin.

—No puedo resistirme a un hombre con modales —bromeé y Kellan gruñó a mi lado. Creo que fueron Aidan y Brian los que empezaron a reír, pero al final las risas, parcialmente contenidas, estaban por toda la mesa—. Mi padre me ofreció crear un proyecto de cero. La verdad es que lo de crear un hotel temático ambientado en la cultura celta y en las hadas, me pareció de lo más acertado.

—¿En serio? —soltó un hombre enorme sentado al lado de Eamonn mientras explotaba a carcajadas y le saltaban las lágrimas de la risa.

—Conan —le reprendió Mila, sin mucho éxito.

—¡Muy acertado! —continuó entre risas el grandullón y le siguieron Aidan y Brian.

—Olvídate de esos brutos —me dijo Kevin—. Está claro que era tu destino.

—¿Tú crees? —le pregunté sin estar del todo convencida de aquello.

—Creo que todo lo que ha sucedido es mejor respuesta que una vaga afirmación —me contestó y sus ojos brillaron con un matiz de color plata en esos momentos. Magia. ¿Era yo la única que lo había visto?

—Cuando vi una foto de Leap Castle, pensé que era una señal, sí. Se parecía al castillo de mis sueños —le confesé y tras decir aquello, empecé a reír—. Vale, todo es culpa de *ella*, está claro. Me ha estado manipulando.

—Más bien guiando —opinó Kevin.

—Un hada muerta —expuse—. Manipulada por un hada muerta. Olé yo.

—*Nosotras.*

—¿Nadie lo ha oído? —murmuré y todos me observaron. Por primera vez se hizo el silencio en aquella maldita biblioteca—. Me tomaré eso por un no.

—¿Mila? —preguntó Kevin y ella negó con la cabeza—. Yo tampoco.

—¿Estás bien? —me preguntó Kellan que tenía el ceño fruncido y parecía molesto. No sabría decir si con el mundo o conmigo. Probablemente con ambos.

—Divina, como siempre —le contesté y Mila fue la que empezó a reír esta vez—. ¿Qué es eso del Portal de las Hadas?

—Áine creó una zona protegida, una dimensión paralela, en la que sus hadas podían vivir ajenas a las miradas curiosas —empezó a explicarme Kevin—. A través de los anillos de hadas dispuestos por toda la isla, podían transportarse allí.

—¿Anillos de hadas? —pregunté.

—Lugares cargados de magia elemental —me contestó Connor—. Suelen ser circulares y pueden identificarse porque la magia que contienen hace que la vegetación o la tierra sea diferente a la del terreno contiguo, haciendo que sea visible incluso para un ojo humano. A veces puede ser una tierra árida en la que no crece planta alguna en medio de un gran prado, otras una vegetación más alta o baja que el resto o hasta pueden estar dibujados por setas.

—¿En serio? —cuestioné.

—De verdad de la buena —me soltó Kellan que parecía divertido al ver mi asombro.

—Las hadas solían custodiarlos para que no pudieran ser usados por brujas, para potenciar su magia negra —intervino Ryan.

—Pues parece ser que se apropiaron del Portal de las Hadas —afirmó Mila sin titubear.

—En tal caso, deberíamos ser prudentes —puntualizó Kevin—. Vencimos a Bres, pero no olvidemos quién le dio el poder que ostentaba.

—¿Quién? —pregunté.

—Tres brujas oscuras que odiaban a la tribu, básicamente —me contestó Kellan—. Probablemente estén muertas.

—Esperemos —mascullé con cierto nerviosismo.

—Tres que son una —añadió Mila—. Samuel nos dijo algo así.

—El fantasma del hada, también —reflexioné y al ver las miradas de todos aquellos hombres sobre mí, añadí—. Sé que puede sonar raro, pero hay fantasmas. Otra cosa en la que no creía, todo sea dicho. Pero claro, tampoco creía en hadas. O en dioses. O en mitad lo que seas tú —añadí señalando a Kevin que me sonrió sin mostrar signo alguno de estar molesto con mi comentario—. La mujer de mis sueños, además de alas, está instalada también en Leap Castle, puede atravesar paredes y solo la vemos los sensibles. Ella nos advirtió. Y nos dijo que fuéramos a buscar la Triqueta.

—Tenía que ser un hada muy poderosa, para no cruzar el velo —murmuró Kevin, pensativo.

—Poderosa, no sé, insistente, ni te cuento —le solté un poco irritada. No, ya no diría eso de «en menuda mierda me he metido». No, no lo diría. Pasaría a un «en menuda mierda me ha metido ella». Algún día, algún día, tendríamos que hablar ella y yo cara a cara. Fantasma a sensible. Hada a lo que sea que fuera yo en esos momentos

—Igual deberíamos ir a echar un vistazo —propuso Kellan.

—¿Realmente piensas que sería útil? —le preguntó Eamonn con mirada pausada.

—Probablemente, no —afirmó Kellan—, pero ya sabes que me relajo matando bichos.

—Visto así, me apunto —añadió Conan con una amplia sonrisa.

—¿Por qué no? —murmuró el pelirrojo haciendo un gesto afirmativo mientras miraba a Brian con una amplia sonrisa.

—Eso es lo que habíamos estado hablando con las chicas —admití—. Creo que *ella* tiene alguna respuesta. Yo, sinceramente, me conformaría con la que fuera.

—Tú te quedarás en casa de Margaret —me ordenó el ogro sentado a mi lado sin compasión alguna y añadió mirando a Mila—. Cuento contigo para que por una vez haga algo sensato.

—Teniendo en cuenta que se ha liado contigo —le retó Mila con una sonrisa confiada—, no le pidas sensatez.

Las risas nos rodearon mientras Kellan gruñía, a modo de contestación.

XXVII

Una chispa de magia

NOS SENTAMOS en el patio trasero de Margaret. La calidez de la magia de la madre de Mila cada vez me era más evidente. Como si de alguna forma reconociera la relación existente entre ellas. Dejé que esa emoción de calma me invadiera.

No esperaba acabar allí el día.

Sin Kellan.

Era una mierda admitir que le encontraba a faltar. No lo diría en voz alta, eso no. Excepto que me soltaran la lengua a base de alcohol. Entonces, no tengo claro ni yo lo que acabaría explicándoles. Porque soy de las que encierran las cosas dentro y cuando empiezo a dejarlo salir, sale a trompicones todo de golpe y hasta me sorprendo a mí misma. Soy así de profunda. De las que miran para fuera y no tanto para adentro. Así me va.

—Así que se han ido de caza —afirmó Aislin como si tal cosa, mientras bebía un trago de uno de los aguardientes de Margaret.

Tendría que poner etiquetas de «Peligro» en todas las botellas que decoraban la despensa de la vieja, en serio. Licores caseros, decía ella. Veneno, eso era puro veneno.

—El castillo de Marisa es el centro de una zona de magia oscura, por lo visto —puntualizó Mila mientras daba un trago a aquel brebaje. Admiré su valor mientras observaba mi copa, tentativa—. Un antiguo lugar de magia celta al que se conocía como el Portal de las Hadas.

—Sería un bonito nombre para el hotel —apuntó Margaret y me quedé pensando en aquello. Sí. Sonaba bien.

—¿Alguien tiene alguna idea de cómo liberarnos del inquilino no deseado? Porque a los dioses esos, por lo visto los fantasmas ni fu ni fa —mascullé, pero nadie respondió. Me encogí de hombros. Mala suerte. Le di un trago a mi vaso. De perdidos, al río.

—Ares —susurró finalmente Mila.

—¿Quién es Ares? —le pregunté.

—Un hijo de Áine —me explicó Mila—. Un viejo druida, amigo de mi madre.

—No estaba en la reunión familiar —puntualicé con cierta desconfianza antes de añadir—. ¿El que Eamonn decía que no era de fiar?

—¡Ese! —exclamó Grace alegremente. Joder, esta siempre estaba de buen humor. ¿Quete salen alas? ¡Yupi! ¿Que hay un druida cabrón por

ahí suelto? ¡Bien! Desde luego, tendría que replantearse lo que es realmente satisfactorio de lo que es una mierda pinchada en un palo.

—Ha vivido al margen de la familia desde hace tanto tiempo que desconocían de su existencia —me explicó Mila—. Pero mi madre confiaba en él y cuando Bres secuestró a Grace, luchó a nuestro lado.

—¿Bres te secuestró? —gemí con las pupilas dilatadas. Y no, esta vez no soltó una exclamación sobre lo maravilloso que era todo. Igual, después de eso, hasta yo celebraría cuando dos palomas estuvieran copulando.

—Apenas lo recuerdo —murmuró, aunque su rostro había palidecido ligeramente—. Me lanzó un conjuro de sueño. No podía llegar a Mila mientras estaba aquí, bajo las protecciones de Anam, así que decidió conseguir un rehén.

—Joder —susurré.

—Ya pasó —afirmó Aislin mientras rodeaba a Grace con un gesto protector. Me gustaba la complicidad que había entre ellas. Sentí un estremecimiento cuando mi mente volvió a él. Maldito Kellan, en serio. Ya no podía sacármelo de la cabeza ni en plena reunión de chicas, cuando ni siquiera estábamos hablando de sexo.

—¿Habéis conseguido alzar el vuelo? —les pregunté con un poco de malicia, lo admito. Yo y mi ego.

—Ni por asomo —negó Grace entre risas. Sí, me gustaba más esa versión de sí misma. Moraleja, no sacar el tema del dios ese fomoriano cuando ella estuviera delante.

—A mi edad, podría ser hasta peligroso —remarcó Margaret con una sonrisa traviesa. Menuda mierda de excusa. Creo que ella lo sabía y, desde luego, nosotras también—. Podríamos intentar llamarle.

—¿A quién?

—A Ares —afirmó Aislin con mirada inteligente. ¡Qué triste! La única normal del grupo tenía que hacerme de apuntadora.

—¿Lo hacemos? —nos preguntó Mila.

—A mí Kellan me ha dado un revolcón que no me veo con ganas de experimentar con tres tías, la verdad —le contesté y Mila puso los ojos en blanco mientras Aislin empezaba a reír a carcajadas. Para bruta, yo. Me gustaba sacar las palabras fuera de su contexto y hacer que Mila se ruborizara. Lo hacía por costumbre.

—Llámalo —sentenció Aislin tras reírse de mi bromita, por muy estúpida que hubiera sido. Me encantaba esta mujer, en serio—. A no ser que te dé miedo que Colin monte uno de sus numeritos.

—Ha sido idea suya hablar con él, aunque supongo que no espera que lo haga a escondidas —dudó Mila.

—Nenita, hazlo por el polvo de reconciliación —bromeé—. Dale un motivo para que tu empotrador se enfade un poco. Total, ya estáis casados.

Me miró, con una sonrisa divertida en el rostro, antes de hacer un gesto afirmativo. No, yo no tenía claro que aquello fuera una buena idea. Más me hubiera valido mantenerme calladita, pero es que la provocación y los retos, me pueden. Así que, tras ganarme dos alas de una muerta, liarme con un dios más viejo que Matusalén y conocer a un leprechaun, aún me quedaba energía suficiente como para saludar a un viejo druida. A este paso, me acabaría metiendo en problemas. Disculpa. *Ya* estaba metida en problemas.

—Ares —susurró Mila cerrando los ojos mientras frotaba el colgante de su madre.

Esperé pacientemente, sin entender bien bien de qué iba eso. Y entonces, a pocos metros de nosotras, el aire empezó a crear un pequeño remolino. Luz. Una luz blanca de una pureza que casi cegaba formó un remolino y de allí salió, con pasos pausados, un hombre.

Joder con el hombre. ¿Ares? ¿Ese era el viejo druida? Parecía salido de la película del Señor de los Anillos. Su pelo rubio, liso, le llegaba hasta prácticamente las caderas y sería el orgasmo viviente de cualquier peluquero. Sus orejas eran puntiagudas, como su nariz. Sus ojos eran vivos y brillaban con una luz blanca tan pura que hacía que por primera vez fuera consciente de que aquella criatura frente a mí no era humana. Un dios. Un puto dios celta. Como Kellan. Solo que Kellan era… Kellan. No sé cómo explicarlo.

Vestía una túnica de un color plateado que parecía hecha de seda y se apoyaba solo parcialmente sobre un bastón. La luz poco a poco se atenuó y el hombre se quedó frente a nosotras, simplemente observándonos. Desde luego, las pintas que debíamos de tener, podían ser de caricatura. Opté por cerrar la boca. Con las alas, poco podía hacer.

Tenía que ser un sensible. Esas orejas de duende, como las de Kevin, le delataban. Y nuestras alas, si bien no eran ni una milésima parte de brillantes y luminosas que su aura, no pasaban desapercibidas. Su mirada se quedó fija sobre mí tras tomarse su tiempo en observar a Grace y a Margaret. Rayaba la mala educación, así que me tomé una pequeña licencia con él.

—Hola, Gandalf el blanco —le saludé. Solo Mila se puso a reír mi broma, creo que a las otras las tenía parcialmente acojonadas. Admito que soy de las que sueltan cualquier estupidez cuando estoy nerviosa, y lo estaba.

El hombre elevó una ceja sin dignarse a contestarme y finalmente su atención volvió al resto de las presentes.

—Margaret —saludó a la vieja inclinando ligeramente la cabeza antes de dirigirse a Mila—. ¿Podrías explicarme qué ha pasado exactamente?

—Te presento a mi mejor amiga, Marisa —me presentó Mila—. Ha

comprado un castillo. Leap Castle, ¿te suena?

—¿Debería?

—Kellan dice que se edificó por un sensible sobre un anillo de hadas al que llamaban el Portal de las Hadas —le informó Mila.

—Continúa.

Vale, eso sí que había captado su atención.

—Hay algo dentro. Algo malo. Magia negra —intervino Margaret—. Además de fantasmas. Entre ellos el de un hada.

—¿Cómo es ella? —preguntó Ares mientras se frotaba ligeramente la barbilla, como si estuviera meditando.

—Pelo negro, largo, ligeramente revuelto. Es hermosa —intervine.

—Todas las hadas lo son —remarcó él. Me miró de nuevo y ladeó ligeramente la cabeza, como si una idea estuviera tomando cuerpo allí. En cualquier caso, Gandalf-alias-Ares no parecía dispuesto a compartirla con nosotras.

—Le mostró a Marisa un lugar con una Triqueta dibujada con el follaje de los árboles, cerca de Sligo —intervino Grace con esa suavidad tan suya.

—Te eligió —murmuró Ares, mirándome—. ¿Por qué?

—Soy carismática —afirmé con una amplia sonrisa, aunque él no me la devolvió.

—Hay algo en tu aura —murmuró el dios. Movió sus manos frente a él y una corriente de aire se agitó, golpeándome de lleno.

—¡Eh! —me quejé.

—Tu elemento es el aire —afirmó, y luego añadió, con expresión preocupada—. Pero tu poder no es solo tuyo.

—¿El fantasma del hada? —aventuró Mila y Ares negó.

—Tiene mucho más que ver con la tribu —afirmó finalmente sin negarlo tampoco.

—Kellan —susurró Mila y mirándome con expresión culpable, añadió—. Marisa está saliendo, por decirlo de alguna manera, con Kellan.

—¿El guerrero de los Mac Cecht?

—El mismo —afirmó Mila.

—Eso podría justificarlo —determinó Ares—. Un enlace entre ellos podría ser muy beneficioso para afianzar ese poder.

—¿Enlace? —carraspeé irritada y Ares me miró como si lo que yo dijera le importara entre poco y menos. Superagradable, el pavo. El dios. El druida. Da igual, mejor no darle muchas vueltas.

—¿Qué hay de Grace y Margaret? —intervino Mila para frenar el duelo de miradas. No, él podía ser lo que fuera, que yo era Marisa Carreras. Una versión mejorada, alada y todo.

—Grace es agua —murmuró sin apenas mirarla y dejó sus ojos sobre los de Margaret antes de añadir—. Margaret es la tierra que nos

sustenta.

—Ryan y Kevin piensan que son una mezcla del pasado y del presente. Solo los sensibles podemos ver sus alas, después de todo. Y un Sluagh ha intentado matar a Marisa —añadió Mila.

—¿Cómo lo has enfrentado? —me preguntó y por primera vez parecía tener cierto interés, admiración, en mi persona.

—Me gustaría decir que ha huido al verme cabreada —le contesté—. La realidad es que Kellan le ha soltado un martillazo.

—Hay una antigua profecía. No sabría reproducírtela, pero puedo pedirle a Colin que me la envíe. Pasado, presente y futuro —intervino Mila.

—Las profecías de la tribu nada tienen que ver con su naturaleza —negó Ares—. Sois sensibles, descendientes más o menos lejanas de mi madre. Ellos nunca se han preocupado por nuestros asuntos. No sé por qué, pero las hadas del pasado os han honrado con sus dones, sus atributos y su magia. Pero todo tiene un precio.

—Sospechaba que algo así acabaría pasando —murmuré y me gané una mirada airada de Ares.

—Tenéis que liberar el Portal de las Hadas —afirmó Ares.

—¡Genial! Al menos estamos de acuerdo en algo —aplaudí efusivamente, emocionada.

—Marisa —me recriminó Mila y me mordí el labio inferior para intentar callarme. Al menos un poquito.

—¿Cómo? —le preguntó Margaret.

—El problema no es cómo. El problema es qué vais a hacer después —murmuró Ares.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Mila.

—No pasará desapercibido, algo así —nos advirtió Ares—. Podemos despertar poderes que estaban parcialmente adormecidos.

—Las tres brujas que ayudaron a Bres —apostó Mila y Ares hizo un gesto afirmativo.

—Quizás ya no existen. Quizás solo esperan el momento para resurgir —murmuró—. Pero deberíamos prepararnos para lo peor.

—¿Qué hemos de hacer? —le preguntó Mila.

—Muéstrales su poder —le dijo Ares a Mila mientras movía de nuevo las manos y un remolino de luz empezaba a envolverle—. Y cuando llegue el momento, os explicaré cómo liberar lo que por derecho os pertenece.

Despareció de la misma forma en que había aparecido: en un remolino de aire y luz. A lo grande.

—Eso se llama una salida dramática —susurré, parcialmente impactada con aquello. Joder. ¡Otro que se volatilizaba como si tal cosa! A mi ritmo, empezaba a tomar consciencia de que todo aquello era real. Mis alas. La criatura oscura que habitaba en Leap Castle.

Kellan. Y ahora Ares—. Un tipo de lo más majo.

—¡Vamos a aprender magia! —gritó Grace emocionada.

—Estás mal de la cabeza —le critiqué, aunque me reí ante aquella explosión de espontaneidad—. Lo vas a tener chungo, Mila. Creo que vamos a ser un desastre de alumnas.

—No hay malas alumnas, solo malas profesoras —intervino Aislin con una sonrisa traviesa y añadió mirando a Mila—. Sin presión.

—La magia está en todo lo que nos rodea —murmuró Mila—. Para vosotras ha de ser fácil porque de alguna forma, podéis sentirla. Se trata de conectar con ella y hacer que se encienda la chispa.

—¿La chispa? —le pregunté.

—¿Sabes esa sensación que se nota en el estómago cuando algo te emociona? —me preguntó Mila.

—Como cuando Kellan te soba —intervino Aislin. Hice una mueca mientras Margaret y Grace reían por lo bajo.

—Hablo en serio —nos riñó Mila con media sonrisa, divertida—. Es algo que se siente. Como cuando todo tu cuerpo se despierta con una caricia.

—¡Yo ya no me acuerdo de eso! —bromeó Margaret y todas nos reímos. No, Mila lo tenía chungo para intentar inculcarnos algo así. Era ridículo. Magia. ¡Solo nos faltaba eso!

—Pues tenéis que buscar esa sensación, pero con vuestros elementos —afirmó Mila.

—Pues a mí un trozo de aire no me pone lo más mínimo —me quejé, a nadie en concreto.

—¿Puedo llenar un cubo de agua? —preguntó Grace que era la motivada del grupo. Siempre tiene que haber una de esas.

—Claro, querida —le aseguró Margaret. Grace se levantó y se apoderó de la manguera. Lo que me hizo pensar en Kellan otra vez. Por lo de la manguera. Vale, soy una pervertida, ¿algún problema?

—Seguro que es más fácil sentir eso mientras Colin está a tu lado —le dije a Mila que se sonrojó ligeramente. Casi que podía imaginármelo: magia y sexo latiendo entre ellos casi al mismo tiempo.

Y entonces lo sentí. La brisa revoloteando a mi alrededor y como uno de mis mechones de pelo, rebelde, se movía sutilmente. Recordé a Kellan cogiendo ese mismo mechón entre sus manos, acariciándolo, antes de fijar sus ojos en los míos y que el mundo a nuestro alrededor dejara de existir. Sentí una contracción en el vientre. Y un poco más abajo, vale, lo confieso. Kellan tenía ese efecto en mi cuerpo. En mí. Observé a Grace, que tenía la manguera en la mano y seguía llenando el maldito cubo. Sentí ese algo. Conexión, le había llamado Mila. Sonreí mientras mi mente viajaba hasta allí.

—¡Mierda! —soltó Grace dejando caer la manguera al suelo.

—¡Cómo mola! —exclamé sorprendida mientras todas las presentes

me miraban—. No pensaba que fuera a funcionar, realmente.

—¿Has sido tú? —me preguntó Grace con los ojos abiertos como dos platos.

—Podría ser —afirmé sintiéndome un poco culpable.

Solo había deseado que el viento cambiara la trayectoria del agua. Y sí, lo había hecho. La prueba era una Grace empapada de arriba abajo a lo Miss Camiseta Mojada. Aislin empezó a reír.

—¡Es alucinante! —chilló Grace emocionadísima y me alegré de que no me tuviera en cuenta la bromita que acababa de gastarle—. ¿Cómo has encontrado la chispa?

—Lo mío no es chispa, es un incendio que lo arrasa todo —le confesé—. Y se llama Kellan.

—Tu magia está conectada de alguna forma a él —afirmó Mila—. Es a lo que se refería Ares.

—¿Sabes esa sensación que se tiene cuando sabes lo que está a puntito de pasar pero que aún no ha pasado? —le pregunté a Grace, a modo de respuesta, con media sonrisa, la chica de pelo corto y ojos claros miró a Aislin y se sonrojó ligeramente—. Pues así.

—Yo me ofrezco a practicar tanto como necesites esa parte —bromeó Aislin guiñándole un ojo y ella se sonrojó más aún. Estaba de lo más graciosa.

XXVIII

¿Has perdido la cabeza?

MILA me acompañó al despacho de los Gray y se quedó a mi lado durante la reunión, como si fuera mi sombra. O un grano en el culo.

Eliot se mostró tan encantador como siempre y, la verdad, yo me dejé mimar un poco. No es que me interesara realmente el tipo, pero sus modales eran tan diferentes a los de Kellan que era un lujo poder sentirme adulada, aunque fuera solo un poco. Creo que él lo sabía. Yo lo sabía. Así que todos contentos. La aparición de Kellan el día que nos fuimos de copas ayudó a aposentar las bases de nuestra relación, que ya por aquel entonces era más que simplemente cordial. Teníamos buen rollo, vamos.

—Deberíamos quedar esta semana para ir a ver lo avances —insistió—. Podríamos ir juntos, como la última vez, puedo adaptar mi agenda si es necesario.

—Esta semana tengo demasiados compromisos —me disculpé soltando una flagrante mentira. Lo único que tenía programado era conseguir hacer levitar cosas sin que acabaran estampadas contra el suelo. Cuando pensaba en el maldito leprechaun que lo hacía como si tal cosa, se me ponían los dientes largos—. Intentaré agendarlo para la próxima.

—Perfecto —aseguró Eliot regalándome una preciosa sonrisa.

Nos despedimos de él y de su padre. Eran buena gente y me sentía feliz de haberlos elegido para llevar la restauración de mi castillo. Si no fuera por los incidentes sobrenaturales que me estaban volviendo medio loca, estaría de lo más contenta.

—Parece que al menos la obra va viento en popa —afirmé cuando estábamos Mila y yo saliendo del edificio.

—Ese se quiere meter dentro de tus bragas —me soltó Mila con mirada audaz, haciéndome reír. Normalmente era yo la que soltaba ese tipo de cosas y ese cambio de registro me pareció de lo más divertido.

—Él y todos los hombres solteros heterosexuales —le aseguré, añadiendo con picardía—. Y la mitad de los casados, probablemente.

—¡Marisa! —me dijo Mila golpeándome el hombro, entre risas.

Choqué contra algo. O contra alguien más bien. Antes incluso de verle la cara supe quién era. Le reconocía. Seguramente ese tipo de cosas deberían de preocuparme, pero teniendo en cuenta que las cosas brillaban, que podía volar y que mi mejor amiga era un druida, pues

la verdad es que no valía la pena darle demasiado bombo y platillo.

—¿Quién exactamente se quiere meter dentro de tus bragas? —me preguntó con voz dura mientras su mirada parecía arder y yo me estremecí solo con aquello. Sentí la brisa a mi alrededor. Joder, con Kellan cerca más me valía ir con cuidado o un coche saldría volando, así como si tal cosa.

—Según Marisa, todos los hombres solteros heterosexuales y la mitad de los casados —afirmó Mila entre risas. Traidora.

Sentí las manos de Kellan recorrer mi espalda. Una de ellas se posó sobre mi culo y me apretó contra él. En medio de la calle, como si tal cosa. Y vamos, como si quería empotrarme contra el parquímetro y nos lo montábamos allí en medio, en serio. No pondría resistencia alguna por mi parte.

—Te advertí que no me gustaba cómo te miraba el arquitecto —puntualizó.

—¿Y te gusta cómo me miran los pomos de las puertas? —le pregunté—. Igual tienes que pasarles cuentas, también. Hace unos días, uno se encasquilló y creo que lo hizo para que fregara mi mano contra él durante un rato. Súper sospechoso, en serio.

—Estás loca —susurró Kellan mientras su boca descendía en dirección a la mía y me daba un beso de tornillo que me hizo gemir dentro de su boca. Se separó de mí con expresión mucho más tranquila.

—A Marisa siempre le han gustado los hombres que tienen atenciones con ella —afirmó Mila y, en serio, por gusto la mataba allí en medio. Me lanzó una mirada traviesa mientras Kellan me cogía de la cintura y empezábamos a caminar en dirección no tengo muy claro a dónde—. Ya sabes, de los que abren las puertas, ofrecen su chaqueta cuando hace frío o regalan flores.

—Por qué no me sorprende —masculló Kellan sin mostrarse especialmente irritado ni sorprendido.

—Y claro, Eliot es un encanto, realmente —continuó Mila, que no parecía temer por su cabeza. Quizás por eso de ser druida. Porque desde luego, agallas tenía la tía para provocar de forma deliberadamente a Kellan. Que nos conocemos, vamos.

—Claro —soltó Kellan que empezaba a mostrarse un poco molesto.

—Seguro que cuando vayáis juntos a Leap Castle a ver las obras, te invita a comer a algún sitio de esos tranquilos en los que podréis hablar de algo que no sea el castillo —me aseguró Mila con expresión soñadora. Bruja. En serio. La alumna estaba superando a la maestra.

—Del tiempo —ironizó Kellan.

—Lo que sea —le quitó importancia Mila—. Eliot seguro que es de los que esperan unas cuantas citas antes de hablar de sexo.

—Suficiente, prima —le cortó Kellan, lanzándole una mirada

oscura.

Mila rio por lo bajo mientras Kellan tenía un aspecto de mil demonios. Con gusto, me hubiera añadido a las risas, pero Kellan era un poco inestable. Vale, un mucho. Y no tenía ganas de desatar el caos haciendo que un viejo dios celta montara un espectáculo en medio de Grafton Street.

Caminamos hasta casa de Margaret en silencio. No me sorprendió encontrar aparcado el coche de Colin y el Hummer de Kellan frente al edificio. Me gustaba la calidez que irradiaba de aquella casa. Era una energía pura, brillante. De un blanco tan puro que casi cegaba. Una duda acudió a mi mente.

—Mila, ¿por qué todo es blanco y tú eres violeta? —le pregunté mientras la puerta se abría antes de que llamáramos al timbre y Colin aparecía en el marco. Buscó con la mirada a Mila. Vale, lo mío con Kellan era intenso, pero esos dos estaban casi peor que nosotros.

—Es una gran pregunta —me dijo encogiéndose de hombros—. No tenemos la más remota idea. Kevin piensa que es porque soy en parte una sensible.

—Nuestra magia es blanca —negué, y pude ver una expresión de inseguridad en su rostro.

—¿Vuestra magia? —interrogó Kellan que no perdía una, incluso si era más músculo que cerebro.

—¡Sorpresa!

—Creo que te olvidaste de contarme lo de Ares —anunció Colin mirando a Mila con gesto ligeramente enojado. Mila le sonrió. Se acercó a él y le besó. Si pretendía mostrarse enfadado, quedó en algo olvidado mientras se perdía en ese beso.

—¿Qué ha pasado con el duende? —me preguntó Kellan reteniéndome junto a él.

—Mila le llamó, invocó o quién sabe qué —le informé—. Creo que por poco le da un infarto al vernos. ¿Podéis morir de un infarto?

—No.

—¿En serio?

—Céntrate.

—Ares es un tipo curioso.

—Seguro que sus modales son mucho más adecuados que los míos —masculló irritado.

—La verdad es que no, es un perfecto maleducado —indiqué con una sonrisa—. Pero lo importante es que nos dijo que teníamos que liberar el Portal de las Hadas, le dijo a Mila que hiciera un milagro, o séase ayudarnos a conectar con nuestra magia, y que entonces él nos ayudaría a hacerlo. Creo. Habla raro.

—No me fío del duende —opinó Kellan—. Y no, no vas a volver a ir a Leap Castle sin mí. No es negociable.

—Te veo más mandón que de costumbre, que ya es decir —le solté con una sonrisa altiva.

—No soy mandón —aseguró él—. Soy dominante.

—Hay mucha diferencia entre ambos conceptos —me burlé.

—Me preocupo por ti —me dijo haciendo que parte de mi yo más rebelde perdiera parte de su potencia—. Ir a Leap Castle es peligroso. No sabemos ni entendemos lo que hay allí dentro. Quiero que me prometas que no vas a ir sin mí.

—¿Y yo qué gano? —le cuestioné, más por costumbre que por otra cosa.

—Sobrevivir.

—Eres un cenizo —le solté con una sonrisa, divertida. Que ni de coña me planteaba ir allí sola. Igual si Mila y Colin me acompañaban. Y el resto de hadas, claro. Tres que son una. Algo tenía que significar aquello. Vamos. Pero una cosa es que no fuera a hacerlo, otra no disfrutar chinchando al ogro que tenía al lado.

—Flores —masculló Kellan—. Te traeré un puto ramo de flores.

—¿Flores? —murmuré más sorprendida que otra cosa mientras mi corazón parecía latir con más brío mientras la mirada de Kellan parecía querer comerme allí mismo. Le sonreí—. Que sean rojas. O blancas. Y quiero un ramo grande.

—Trato hecho —aceptó Kellan con voz ronca, creo que irritado consigo mismo.

—Y las quiero ahora —añadí.

—¿Ahora?

—O no hay trato —le aseguré mientras cruzaba los dedos a mi espalda. Gruñó antes de contestarme.

—Métete en la casa y no salgas —me ordenó—. Esta noche me quedaré a dormir aquí.

—Quizás deberías preguntarle primero a Margaret —observé. Me lanzó una mirada oscura—. Vale, ya se lo comento yo. Pero te aviso que en el ático están Grace y Aislin y mi cama es diminuta.

—Para lo que tengo en mente, me basta —me soltó haciendo que sintiera una maldita contracción en todo mi cuerpo. Si ahora lo intentara, si ahora quisiera, estoy casi segura de que sería capaz de crear algo poderoso. No digo un tornado, pero algo mucho más espectacular que dejar a Grace empapada de agua de arriba abajo—. Métete en la casa. Ahora.

Sonreí al ver el enorme ramo de flores que decoraba el pequeño escritorio de mi habitación. Hay quien piensa que el tamaño no importa. Yo les dejo, para gustos, colores. A mí me va el tamaño XL. Quizás por mi altura.

Supongo que Kellan en eso coincidía conmigo, viendo aquella

treintena de rosas rojas salpicadas con el blanco, puntiforme, de pequeñas flores silvestres. Era hermoso, además de aromático. Que lo hubiera conseguido a costa de hacerle chantaje emocional, era secundario.

Tampoco le tendría en cuenta que me lo lanzó a la cara cuando llegó a casa como si le quemara en las manos. Ni la mirada cargada de odio con la que miró a las chicas cuando empezaron a reírse por lo absurdo de la situación. Obviaría, también, esa mezcla de monosílabos y gruñidos con los que nos obsequió durante la cena, mientras nosotras conversábamos como personas civilizadas. No, no se lo tendría en cuenta. Porque el ramo bien lo valía. Bueno, no el ramo en sí. Era el hecho, creo. Kellan. Regalándome flores. Tenía su mérito.

Salí de mi ensoñación cuando el susodicho entró en la habitación con una toalla enredada en la cintura. Gotas de agua resbalando por su cuerpo tras darse una ducha rápida. Sonreí pensando en Margaret, sospechando que habría estado haciendo guardia en el pasillo para ver a ese espécimen de hombre tan ligero de ropa. Quién fuera una de esas gotitas de agua que le caían por ese pecho firme para acabar parándose, durante unos segundos, sobre ese pezón suyo ligeramente erecto, y resbalar luego por ese vientre en el que se dibujaban todos y cada uno de sus músculos como si se tratara de un tratado de anatomía.

Creo que captó mi mirada, porque dejó caer la toalla al suelo mostrándose en todo su esplendor. Kellan podía ser muchas cosas, pero desde luego, pudoroso, no era un adjetivo que le definiera.

Afortunadamente, no soy de las que se sonrojan con facilidad, aunque sentí un hambre voraz al ver su miembro hinchado. Siempre he sido de libido alta, lo confieso. Pero con Kellan aquello salía de madre. Eso y su capacidad de recuperarse entre polvo y polvo a un ritmo que quizás debería haber sospechado que no era para nada normal. Empezó a mover su mano sobre su miembro mientras me miraba. Cabrón. Me moría de ganas de tocarle. De sentirlo dentro de mí. Le miré alzando una ceja, desafiante.

—Si querías montártelo solo, no hacía falta que vinieras a pasar la noche aquí —le provoqué.

—Tócate para mí —me pidió. ¿En serio? Si me tocaba mucho la liaba parda en menos que canta un gallo. Pero claro, Marisa Carreras no es de las que dicen que no a un reto.

Le miré. Me pasé la lengua por encima de los labios sensualmente y sonreí al ver el efecto que algo tan inocente podía llegar a tener sobre él. Y sobre su miembro hinchado a tensión. Metí las manos por dentro de la camiseta de tirantes que usaba para dormir y busqué mis pechos. No me sorprendió encontrarme dos pezones puntiagudos. Me los pellizqué y sentí un estremecimiento en todo mi cuerpo y casi al

mismo tiempo Kellan gruñó ligeramente. Le observé.

—¿Podrás contenerte? —me burlé de él mientras volvía a humedecer mis labios antes de bajar ligeramente el margen del cuello de mi camiseta y mostrarle una visión directa de uno de mis pechos. Gruñó. Humedecí dos dedos dentro de mi boca antes de pellizcarme de nuevo el pezón expuesto frente a él, cerrando los ojos y dejando caer ligeramente la cabeza hacia atrás.

—No —roncó Kellan casi al mismo tiempo en el que sentí que me empujaba con fuerza recostándome por completo en la cama y se apoderaba de mi pezón con su boca. Gemí al notar la fuerza de su succión. Kellan, en la cama, suave no era. Y no me quejaba, para nada.

Escuché la ropa rasgarse y abrí los ojos para encontrarme a Kellan anclado a uno de mis pechos mientras una de sus manos había liberado al otro a costa de romperme la camiseta de un pijama que valía lo suyo. Sonreí ante esa impulsividad suya, su necesidad que se fundía con la mía. Me arqueé excitada.

De un tirón me bajó los pequeños pantalones tipo culotte a juego con la camiseta. Sin romperlos. Todo un logro por su parte. Su mano libre buscó entre mis piernas antes de introducir un par de dedos en un golpe seco dentro de mí. Me arqueé de nuevo y él gruñó. Dejó de prestarle atención a mis pechos y observé cómo su cabeza descendía peligrosamente en dirección a mi núcleo. Era la primera vez que Kellan hacía algo así. Era mucho más que un aquí te pillo y aquí te mato. Y que no me quejaba. Pero no era hombre de buscar mucha más satisfacción que la del acto en sí. Podía ser muy imaginativo en cuanto a los lugares y las formas, por no olvidar que sus manos eran portentosas y su potencia me dejaba exhausta. Pero aquello era diferente. La intimidad. El deseo simplemente de satisfacerme y no solo buscar su propio placer.

Quizás, yo debería dejar de pensar tanto y simplemente disfrutarlo. Porque sí, de repente, sentí su aliento allí. Entre mis piernas. Sentí una contracción tan fuerte que me vi obligada a arquearme para buscarle. Su boca se ancló en mí y grité totalmente desbocada. Se separó ligeramente de mí y pude escuchar su risa, ligeramente ronca, mientras su boca empezaba a besarme con suavidad por las piernas. ¡Joder! ¡En esos momentos yo no quería eso! ¡Lo quería justo en mi centro! Asfixiándome.

—Kellan —supliqué. ¡Yo! ¡Suplicando! ¡Joder! ¡Me cago en mí misma!

—Eres mía, Marisa —gruñó bufándome entre las piernas—. Especialmente lo que hay dentro de tus bragas.

—Me estás poniendo demasiado cachonda —confesé mientras volvía a arquearme contra él y su boca volvía a capturarme y me

hacía enloquecer.

—Admítelo —me ordenó—. Eres mía.

—En estos momentos soy lo que tú quieras —le aseguré mientras él volvía a introducir dos dedos en mi interior y yo moría de placer. De deseo. Nunca antes había sido todo tan intenso. Tan brillante. Y entonces lo sentí. Algo que había entre él y yo, mientras el placer nublaba mi mente. Luz. Una luz blanquecina que de alguna forma compartíamos. Convirtiéndonos en uno solo.

—*Anois agus i gcónaí* —susurró Kellan—. Ahora y siempre.

—Sí —susurré y él se colocó sobre mí para penetrarme y colmarme por completo. Justo de la forma que necesitaba. De la forma que necesitábamos.

Creo que grité en algún momento. Su nombre. O vete a saber qué estupidez. Me quedé flácida, entre sus brazos, mientras me acariciaba la espalda. Se sentía simplemente perfecto. Él y yo. Cerré los ojos dejando que la suavidad de sus caricias me acompañara de una forma que las palabras no eran capaces de hacer. Sí, había algo entre él y yo. Algo que nos conectaba. Energía luminosa. Lo supe, simplemente. Amor. Había amor entre Kellan y yo. Incluso si ninguno de los dos admitiría aquello porque ambos éramos condenadamente orgullosos.

Eso me dejaba en una situación complicada, realmente.

Él era un dios, después de todo. Yo una sensible alada, vale, pero no gozaba de su inmortalidad. Suponía, vamos. Vería cómo me convertía en una pasa decrépita. Pensé en Margaret. A sus ochenta años aún se mostraba espléndida. Quizás no como para que le dieran un polvazo, pero había algo en ella que le daba un porte y una dignidad que era admirable. Eso y su sentido del humor, claro. Aunque tuviera la suerte de envejecer la mitad de bien que ella, Kellan tarde o temprano acabaría largándose para buscar carne más tierna y jugosa. Y podía entenderlo, en serio. Yo haría lo mismo si fuera una criatura milenaria, y eso. Es lo que siempre había hecho incluso sin serlo, siendo realista. Pasar de un hombre a otro, sin tener la intención ni la capacidad de implicarme en una relación. De comprometerme.

A diferencia de mi primer gran fracaso en el amor, ahora era consciente de todos aquellos pequeños detalles. Sabía qué podía esperar y qué no. Era una diferencia, aunque era consciente de que acabaría jodida y no en el buen sentido de la expresión. En ese que a mí tanto me gustaba y que con Kellan hacía que saltaran fuegos artificiales. Tendría que asumirlo. Porque ya no era capaz de renunciar a él. Incluso si era consciente de que tarde o temprano todo se iría a la mierda, y yo acabaría hecha un desastre. Lo superaría. De alguna manera. No, no quería pensar en eso ahora. Lo afrontaría cuando llegara el momento. Muy maduro por mi parte, claro. Cerré los ojos y me centré en el ruido, rítmico, de su corazón.

—Quiero que dejes de tomar la píldora —me soltó de repente.

—¿Te has vuelto loco? —le pregunté entre pequeñas carcajadas, más divertida que otra cosa.

—Quiero tener hijos —puntualizó.

—¡Loco del todo! —exclamé.

—¿Tan absurda te parece la idea? —proclamó con mirada enojada.

—¿Que hablemos de hijos? ¡Pues sí! —afirmé enfurecida—. Tengo dos putas alas a la espalda y tú tienes a tu Cambiante, alias la legendaria. ¿Crees que estoy en situación como para plantearme algo así?

—Serán altos —afirmó con gesto orgulloso.

—¡Y dale!

—Aunque igual salen sensibles —reflexionó en voz alta ignorándome por completo.

—Lo que saldrán es con una mala leche que ni te cuento —le solté y su mirada se volvió ligeramente turbia. Y tierna. Mierda. Eso no me lo esperaba.

—Quizás podríamos volver a practicar la parte esa de cómo engendrarlos —ronroneó con mirada traviesa mientras se aproximaba y empezaba a besarme con suavidad. Y delicadeza. ¡Delicadeza! ¡Kellan! Algo le había trastornado por completo.

Me colocó sobre él y sentí su miembro abriéndose paso entre mis piernas. Kellan tenía eso, siempre parecía preparado para un segundo asalto. Le miré mientras empezaba a moverme sobre él y sentía cómo se estremecía. Colocó sus manos sobre mis caderas siguiendo el ritmo que empezaba a marcar mientras gruñía suavemente. Me sentí extrañamente poderosa, allí arriba. Encima de él. Otra cosa que aún no habíamos compartido. Kellan no era de los que se dejan hacer. Era de los que imponían su ritmo. Ladeé la cabeza mientras le observaba morderse el labio inferior, intentando contenerse.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi hombre? —me burlé y me sonrió mientras su mirada era fuego puro.

—Me gusta cómo suena eso de mi hombre —afirmó mientras elevaba su cadera haciendo que su protuberancia se clavara aún más profundamente en mi interior, haciéndome gemir con ese movimiento totalmente inesperado—. Mi mujer. Mi esposa. Supongo que me acabaré acostumbrando.

—Creo que no estamos hablando de lo mismo —repuse, pero con un movimiento brusco me tumbó sobre la cama y empezó a marcar su ritmo. Supongo que no podía pedir que aguantara mucho dejándome dominar el cotarro.

El ritmo se intensificó. A la mierda. Que dijera lo que quisiera. Ya lo hablaríamos con calma más adelante. Cuando hubiera medio metro entre nosotros y no estuviera a punto de tener otro orgasmo.

XXIX

Una visita inesperada

KELLAN había cogido la mala costumbre de quedarse en casa de Margaret las noches que no salía a cazar con sus primos. Por lo que conseguí sonsacar a Eamonn, el más accesible de ellos, el terreno alrededor de mi castillo empezaba a estar aceptable. Que no significaba que no siguiera habiendo criaturas chungas, pero sonaba mejor que eso de *plagado*.

Nadie tenía ya duda alguna de que aquello era consecuencia de la criatura que se escondía entre las paredes de Leap Castle, como si su energía oscura atrajera o estimulara a cualquier mala bestia. Mila me habló de aulladores y de otras criaturas que sinceramente, esperaba no tener que ver en toda mi vida. Nuestro progreso con el tema de la magia era escaso, pero no inexistente. Aunque desde luego, no veía yo que fuéramos capaces de enfrentarnos a *eso*. Confiaba mucho más en las aptitudes de Mila. Y de Colin, claro. Sin olvidar a la Cambiante de Kellan. Y ya puestos, hasta en Ares el blanco. Mila seguía riéndose cada vez que lo decía en voz alta, así que seguía haciéndolo.

Estábamos en el patio posterior de Margaret, disfrutando de la mierda de clima irlandés: una mezcla de gélido viento y un chispeante rocío que nos empapaba sin piedad alguna. Pero claro, para intentar controlar los elementos, nada mejor que eso, a palabras de Mila. Era una cabrona, la tía. A su alrededor su aura palpitaba y el agua resbalaba como si llevara un impermeable invisible a su alrededor. Con lo que no, ella no se mojaba. El resto estábamos caladas hasta los huesos.

—Voy yo —decidió Kellan cuando el timbre de la puerta sonó. Llevaba media mañana sentado en el porche observándonos mientras hacíamos el imbécil, básicamente. Tuve uno de esos presentimientos, así que decidí seguirle.

—*Estoy buscando a Marisa Carreras* —preguntó una voz masculina que reconocí al instante. ¡Mierda!

¿Qué hacía mi padre allí?

—*¿Y se puede saber quién busca a mi esposa?* —soltó Kellan como si tal cosa y en ese momento, en serio, por poco me da un infarto allí en medio.

—Lo mato, lo mato —susurré quedándome quieta, helada, en el pasillo.

—*Su padre* —afirmó mi padre y su voz no tembló. No era de esos.

¿Os he dicho que nos parecemos?

—*Marisa no me ha dicho que esperáramos visita* —le soltó Kellan. Supongo que él tampoco era de los que se intimidan. ¿En serio estaba retando a mi padre? ¿No tenía ni un poquito de tacto? ¿Solo un poquito?

—*A mí tampoco que se hubiera casado* —atacó mi padre.

Vale, ¿a quién mato primero?

—*Fue algo espontáneo. Íntimo* —afirmó Kellan como si tal cosa.

Más me valía meterme en ese fuego cruzado antes de que mi padre cabreara a Kellan hasta el punto de que lo acabara estampando contra alguna superficie o invocando a su Cambiante. Menudo tío raro me había buscado de novio. Mierda, qué fatal suena eso. Mejor dejémoslo en juntos a secas. Aunque teniendo en cuenta que Kellan se había presentado como si fuera mi marido, más pancho él que nadie, igual sonaba un poco mejor lo de novio. O pareja. No sé, algo más normalito. Pero no. Había tenido que soltar eso. Marido. ¡Marido! ¿En qué coño estaba pensando?

Tragué saliva. Un estremecimiento. Un recuerdo. Mila explicándome que se había casado con Colin sin ser del todo consciente de lo que había pasado. Y sí me acordé del cabreo que pilló y de cómo yo me lo tomé a cachondeo, animándola a lo del divorcio exprés.

Sentí que la sangre me subía a la cabeza y mi corazón empezó a palpitar con una fuerza que, si de repente me salta el corazón y me sale por la oreja, se baila un tango y luego me guiña con la válvula aórtica con un «te la ha colado, pringá», creo que ni me hubiera sobresaltado.

¿Sería posible? ¿Kellan me la había jugado de alguna forma? Eso no tenía sentido. No lo tenía. ¿No? ¿Casarnos? ¿Pero por qué Kellan haría algo así? El sexo ya lo tenía asegurado. Niños. ¿Me había soltado algo sobre hijos? ¿Madre, yo? No, tenía que ser solo un malentendido. Un farol. Eso. Luego lo meditaría con calma, primero tenía que solucionar lo que estaba pasando en el portal de Margaret. Urgentemente.

—¡Papá! —exclamé entrando en el recibidor y exponiéndome a su vista. Kellan dio un paso atrás para permitir a mi padre que pasara dentro del edificio.

Mi padre le miró. De arriba abajo. ¿Qué debió pensar de él? Que era cualquier cosa menos lo que esperaba para su hija. O séase un hombre honrado, trabajador y formal con el que podría hablar un poco de todo y que algún día sería un buen padre de familia. A ver, centrémonos. ¿Qué primera impresión podía haberse llevado de Kellan?

Que era enorme y un maleducado.

Al menos era innegable que estaba bueno no, lo siguiente. Igual se

alegraba por mí. Porque era obvio que no era hombre de dejar a una mujer insatisfecha. Bueno, eso lo pensaría una amiga, claro. Mi padre igual pensaría en qué métodos podría usar para caparlo.

Me dio por ponerme a reír, intentando controlar la risa sin mucho éxito.

Mi padre no era tonto. Seguramente sospechaba que mi interés en su potencial no tenía mucho que ver con su inteligencia o su amable conversación. Que no es que Kellan fuera estúpido. No lo era. Sabía mucho de muchas cosas. Quizás por ser milenario, claro. Me refiero más a esa masculinidad que irradiaba y que hablaba de noches cargadas de lujuria. A estas alturas, mi padre me conoce más de lo que seguramente le gusta reconocer. Si le gusta o no lo que hago con mi vida, es otra cosa. Pero es suficientemente listo como para no meterse. Es cosa mía, después de todo, y no se arriesgaría a perderme para imponerme su forma de pensar.

—Marisa, cielo —me saludó finalmente y me acerqué a él para abrazarle—. Me alegro de verte, quería darte una sorpresa.

—¡Y me la has dado! —le aseguré forzando una sonrisa mientras mataba a Kellan con la mirada y él me sonreía con expresión altiva.

—No más que tú a mí —murmuró mientras se separaba de mí para mirar a Kellan. Esperando. Algo. Tragué saliva. Genial.

—Papá, te presento a Kellan —los presenté finalmente, aunque por gusto en ese momento estaría en una playa desierta, mojito en mano y un sombrero de paja cubriendo mi cabeza y el careto que llevaba en esos momentos.

—Tu marido —murmuró y por su tono supuse que era más una pregunta que no una afirmación. O una burla. Sí, eso también podía ser.

Miré a Kellan. Su mirada era oscura y me retaba a negar aquello.

—¿Estamos casados? —le pregunté a Kellan ladeando la cabeza con una emoción contenida. Una mezcla de rabia y esperanza, al mismo tiempo. Una de esas cosas que a veces no tienen sentido y, al mismo tiempo, son comprensibles.

—Y consumados —afirmó con expresión de estar pasándoselo estupendamente. Quería matarlo, claro. Pero no lo haría delante de mi padre.

—Es una larga historia —le conté a mi padre—. Pero no te preocupes, si se pone pesado pediré un divorcio exprés.

—Puedes intentarlo —murmuró Kellan y había una amenaza evidente en sus ojos. Arrugué la nariz y él me sonrió—. Voy a avisar al resto de que tenemos visita.

Inclinó la cabeza en dirección a mi padre, el primer acto de algo parecido a respeto y se alejó en dirección al patio. No se me había ocurrido que si metía a mi padre allí igual se encontraría a Grace

creando simpáticas figuras acuáticas o a Margaret a cuatro patas, con las manos enterradas en la tierra y haciendo que las plantas florecieran. Por no hablar de Mila.

Y empecé a tener palpitaciones.

Si yo era una sensible… ¿lo sería mi padre? Miré a mi espalda casi de forma instintiva y pude ver mis alas oscilar ligeramente. Su belleza era inaudita, realmente.

—¿Estás bien? —me preguntó mi padre mirándome con aspecto preocupado. Tragué saliva. No, estaba claro que no podía verlas. Yo tampoco había conectado con esa parte mía hasta llevar unos días allí. Tenía que largarlo en dirección a Madrid urgentemente.

—¿Lo dices por Kellan? —le pregunté.

—Qué va —se burló—. Justo lo que esperaba encontrarme al llegar.

—Me encanta tu sarcasmo —le dije con una amplia sonrisa.

—Tienes buen aspecto —me alabó mientras me miraba con curiosidad—. Pero no puedes negarme que eso de casarte es algo inaudito. Por no decir precipitado. ¿No será un cazafortunas?

—Inaudito, sí. Precipitado, no sabes hasta qué punto. Cazafortunas, ni lo pienses. Vive en un castillo, pero no te pienses que es el príncipe, yo le veo más como el ogro —empecé—. Y tienen un duende con un caldero que se llena de monedas de oro cada vez que sale el arco iris, que teniendo en cuenta la cantidad de días que llueve aquí, creo que podrían empapelar la casa con oro de dieciocho quilates.

—Nada de lo que dices tiene mucho sentido —expuso mi padre, pero su rostro se mostraba alegre y mucho menos tenso que cuando le había encontrado retando a Kellan con sus palabras.

—En serio, Kellan es un poco intenso, pero no es mala gente —le confesé y añadí un poco para suavizar la entrada triunfal de Kellan en mi familia—. Eso de que estamos casados, ni caso. Es una de esas historias raras que tienen más que ver con las tradiciones de su familia que con cualquier otra cosa. Al margen de que sabes que no tengo intención de casarme, si algún día decidiera sentar la cabeza, sabes que os lo diría a ti y mamá.

—Es cierto. Supongo que es uno de esos hombres que esperan vírgenes hasta el matrimonio para complacer únicamente a su esposa y una vez consumado, ha dado las cosas por hechas —me soltó mi padre y claro, me partí de la risa. A ver, que mi padre no era tonto y sabía exactamente el tipo de vida que yo llevaba en Madrid—. En serio, Marisa. ¿De qué va esto?

—Vale, es un dios celta —empecé regalándole una amplia sonrisa —.Llevo saliendo con él desde que llegué a Dublín. Le conocí en la boda de Ana, vino con su primo, que por cierto es el marido de Mila. Son inmortales y eso. Así que sus tradiciones y las nuestras no son exactamente iguales.

Mi padre me miró y empezó a reír. Sonoras carcajadas.

—Da igual, ¿tú estás bien?

—Sí.

—¿Te gusta? —me preguntó y esta vez me miró con esa expresión suya paternal, así que no pude simplemente mentirle.

—Sí —le confesé.

—Eso ya sería, de por sí, una novedad —murmuró mi padre y había una expresión inteligente en su rostro. ¿Qué pensaba exactamente? No sabría deciros.

—Mejor guárdame el secreto —añadí incómoda. Me miró y me obsequió con una sonrisa.

—Creo que el susodicho se lo tiene bastante creído —puntualizó.

—La verdad es que ego y autoestima, no le faltan —admití.

—No sé a quién me recuerda —murmuró mi padre y le di un golpe con la cadera.

Entramos en la cocina. Era como el núcleo de esa casa y mi padre puede ser multimillonario y eso, pero es de los que disfrutan con esas pequeñas cosas, familiares. Mila se acercó a mi padre.

—Señor Carreras —le saludó acercándose a él. Mi padre la estrechó entre sus brazos como cuando éramos niñas—. ¡Qué ilusión tenerle aquí!

—Sé que han empezado las obras en el castillo y era tan buena excusa como cualquier otra para venir a ver a Marisa —admitió él. ¡Mierda! ¡El castillo!

—Le presento a Margaret —empezó Mila—. Era amiga de mi madre. Y ellas son Aislin y Grace. Aislin es enfermera y trabaja conmigo. Él es Kellan, uno de los primos de Colin.

—Creo que debo felicitarte —puntualizó mi padre mirándola con gesto paternal.

—Gracias —dijo Mila colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja, sonrojándose ligeramente. Si no estuviera mi padre, haría como que tengo arcadas al ver su cara de ñoñería.

—¿Quiere tomar una infusión? —se ofreció Margaret.

—Claro —le aseguró mi padre mientras yo le indicaba una silla en la que sentarse. Aislin desapareció un momento y vino con un par de sillas plegables que colocó estratégicamente alrededor de la mesa.

Me senté al lado de mi padre y Kellan no dudó en sentarse a mi lado y pasar su brazo por el respaldo de mi silla con gesto posesivo. Mi padre observó aquello, sin perderse detalle. Decidí callarme. No podía irritar a uno sin advertir de las múltiples rarezas de nuestra relación al otro.

—¿De qué trabajas? —le preguntó mi padre a Kellan con aspecto formal. Gran conversación estábamos a punto de presenciar. Otra vez.

—Controlador de plagas —soltó Kellan. Si mi padre escuchó la risa

mal disimulada de Grace y Aislin, no sabría deciros.

—Controlador de plagas —repitió mi padre mirándole y Kellan le sostuvo la mirada.

—¿Azúcar? —intervino Margaret.

—No, gracias —negó mi padre y me miró—. ¿Cómo va con el castillo?

—Bien —le aseguré. A ver, eso al menos no era una mentira. El castillo estaba bien. En el mismo sitio en el que lo dejamos la última vez, vamos. Con esa encantadora criatura maligna que habitaba dentro. Sí, esto también.

—Me encantaría verlo antes de que las obras empiecen formalmente —me dijo mi padre y había ilusión en su mirada.

—Claro —murmuré.

—No es una buena idea ir allí, ahora que están empezando a colocar los andamios y esas cosas —intervino Mila mirándome. Mi padre probablemente no se dio cuenta del tono que usó y el matiz de advertencia que había en sus palabras.

—Iré con ellos —intervino Kellan.

—No creo que sea necesario —negó mi padre.

—Insisto —afirmó Kellan con media sonrisa, suficiente, en el rostro. Se avecinaba un reto de miradas y un desagradable cruce de palabras. Pero no. Salvados por la campana. O por el timbre, más bien.

—Voy yo —se ofreció Aislin y se levantó de un salto. Escuché cómo se reía por el camino hasta el recibidor. Creo que si no se escapaba pronto de esa absurda reunión acabaría montando un auténtico espectáculo. Admito que es más divertido cuando el objetivo no es una misma.

—Buenos días —saludó Eamonn al entrar en la cocina; observó a mi padre con curiosidad, pero su mirada buscó a Kellan—. Necesitaríamos que nos honraras con tu presencia, Kellan.

—Me pillas en mal momento, Eamonn —negó él sin mostrarse para nada culpable.

—Mueve tu culo, Kellan —le exigió Eamonn cruzando los brazos sobre su pecho. Kellan hizo una de esas sonrisas ladeadas.

—Tendremos que dejar para mañana lo del castillo —remarcó mientras se levantaba de la silla. Se inclinó ligeramente en mi dirección y cogiendo mi nuca me aprisionó con su boca en un beso exigente que no era para nada apto para padres. Especialmente si estaban sentados a menos de metro y medio. Se separó de mí—. Recuerda que me lo prometiste.

—Lárgate, animal —le solté un poco molesta.

—Lleva a tu padre a ver el centro —propuso y miró a Mila—. ¿Podrás acompañarlos?

—Claro —aseguró Mila—. Esta tarde no trabajo.

—Recuérdamelo —protestó Aislin.

Genial. Ahora necesitaba canguro para pasear a mi padre por el centro de Dublín como si fuera un turista, vamos. Miré a Kellan con algo parecido a odio. Eamonn se despidió con una inclinación de cabeza y Kellan le siguió. Cuando llegó al marco de la puerta, se giró hacia nosotros. Temblé. ¿Qué más se le podía ocurrir soltar al muy capullo?

—¿Dónde quieres dormir esta noche? —me preguntó y no, la discreción obviamente no era cosa suya. Y el respeto a los progenitores, tampoco. Que una cosa es que mi padre diera por sentadas las cosas. Otra que se las restregara por la cara—. Si quieres podríamos dormir en mi casa. Puedo pedir que arreglen una habitación para tu padre.

—No creo que sea buena idea —mascullé pensando en el puca que sabía que vivía en la biblioteca. Y el resto de las criaturas que habitaban el castillo. No, no las había visto. Pero sabía que allí estaban. Incluso sin duendes ni monstruos, teniendo en cuenta que Kellan compartía mesa con Ryan, ya la cosa pintaba negra. No. Definitivamente, no gracias.

—Me encantaría —aseguró mi padre poniéndome una mano en la rodilla, dejándome claro, a su manera, que no aceptaba un no por respuesta. Mierda.

—Genial, igual hasta podemos ir a presentarle a Samuel —le solté y Mila empezó a reír, aunque lo mal disimuló en un falso ataque de tos.

—Le ahorraremos el mal rato —me contradijo Kellan—. Me cae bien. Es tu padre.

Inclinó la cabeza en nuestra dirección y simplemente nos dio la espalda. Suerte que le caía bien, claro. Aún le tendría que estar agradecida.

—A tu madre le encantará —ironizó mi padre cuando el ruido de la puerta nos confirmó que ya habían salido del edificio.

Aislin no pudo controlarlo. Empezó a reír a grandes carcajadas y le seguimos todas. Mi padre nos miró con media sonrisa. No parecía especialmente enfadado, aunque quizás sí un poco preocupado. Admito que lo de Kellan presentándose como mi marido era un «boom» en toda regla. Capullo. Y cabrón ¿Realmente nos habíamos casado? Tenía que hablar con Mila. Pero dudaba que mi padre me fuera a dar tregua. Tendría que tener paciencia.

—Tengo una idea. Podría hablar con el despacho de arquitectura —le ofrecí a mi padre—. Eliot Gray es un encanto y seguro que le encantaría enseñarte los planos en los que hemos estado trabajando. Además, su despacho está en el centro así que podemos darnos una vuelta.

—Y comprar un trébol de cuatro hojas —añadió Margaret—. Traen

buena suerte.

—Creo que lo que necesito, más que buena suerte, es una buena cerveza irlandesa —murmuró mi padre mientras fruncía el ceño.

—Pues tengo un licor…

—¡No! —exclamé—. Ni se te ocurra tomarte nada que te ofrezca esta vieja bruja que lleve alcohol, dan una resaca que tira para atrás.

—¡Marisa! —me reprendió mi padre.

Supongo que por llamarle vieja, y bruja, a Margaret. Lo de vieja vale, quizás sobraba. Pero es que cada vez me parecía más cercana a nosotras y menos octogenaria, no sé cómo decirlo. Y lo de bruja… joder, si se dedicaba a hacer que las plantas florecieran y las raíces zigzaguearan por el jardín cual serpientes. Magia feérica o lo que sea, vale. Pero magia después de todo. Tampoco andaba tan desencaminada.

—No se moleste, señor Carreras —intervino Margaret con una sonrisa—. Lo dice desde el cariño. Me gusta ese tipo de confianzas, nunca me había sentido tan viva como en los últimos días. Los últimos meses. Para mí es una bendición que Mila y ahora Marisa estén aquí.

—¿Hola? —protestó Aislin y Margaret le sonrió.

—Y vosotras, cielo, claro —añadió ella, y con eso Aislin pareció contentarse.

—Es como si fuéramos una gran familia —aseguró Grace con voz suave, toda dulzura. Mi padre le sonrió. Creo que le gustaban. Todas ellas.

—En las grandes familias abundan los cotilleos —murmuró y yo cerré los ojos. ¡Oh no! Trapos sucios, no, por favor. Que a nadie le diera por hablar de alas—. ¿Alguien me puede explicar por qué ese gigante dice ser el esposo de mi hija?

—Otro que es de gatillo rápido —soltó Aislin y Grace le golpeó en el hombro mientras Margaret reía por lo bajo. Mi padre sonrió. Vale, al menos parecía estar relajado.

—Se está metiendo con Colin —explicó Mila—. Y conmigo, probablemente. Aislin no suele tener filtro. Aviso.

—Una gran virtud —aseguró mi padre mirando a Aislin. Conocía esa mirada. Estaba dispuesto a sonsacarle todo. Absolutamente todo.

—Si no nos apresuramos me temo que no podremos ir a mirar lo de los planos del hotel —intervine intentando salvar la situación.

—Hay cosas más importantes que el hotel —afirmó mi padre y puso los codos sobre la mesa, cruzando las manos frente a él y centrando su mirada en Aislin—. Así que, ¿qué opinas del *marido* de Marisa?

Sí, el retintín en la palabra marido era más que evidente. Vamos, que se lo tomaba a guasa, probablemente. Normal.

—Está bueno —empezó Aislin—. Y tiene a Marisa de lo más entusiasmada.

—Están bien juntos —intervino Grace suavizando a Aislin, que era peor que yo, cuando se lo proponía—. Él se preocupa mucho por ella.

—¡Hasta le ha regalado flores! —añadió Margaret. Y claro, aquello nos trajo el recuerdo de Kellan lanzándome el ramo a la cara y nos dio por la risa tonta. A todas. Margaret lloraba, entre carcajadas.

Mi padre nos miró con aspecto divertido. No creo que le gustara Kellan, pero sí le gustaba la complicidad, evidente, entre nosotras. Y supongo que eso le tranquilizó un poco. Hombres podía haber muchos en la vida de una mujer. Amigas de las de verdad, no tantas.

XXX

Hoy voy a tener pesadillas

NO TENGO claro qué me asustaba más. Mi padre durmiendo en el castillo de Kellan o volver a Leap Castle. Por sentido común, me debería asustar más esa última opción. Pero claro, mi padre es mi padre. Y Kellan no tiene botón de apagado.

Nos pasó a buscar por Sant Stephens Green. Creo que le sorprendió ver el enorme coche que Kellan conducía, pero no dijo nada. A él le van los coches. Como a todos los hombres ricos de su edad, así que seguro que le rondaban las mismas preguntas que yo había tenido la primera vez que me senté allí dentro. Se contuvo. Quería estudiarle y no estaba dispuesto a dejarse impresionar.

Le cedí el asiento delantero. Si era o no una buena idea, no sabría deciros. Kellan condujo en el más absoluto silencio y mi padre no parecía tampoco dispuesto a empezar una cordial conversación con él. A ver, que Kellan nunca había sido especialmente hablador, pero aquello antes no me había molestado, pero ahora era casi asfixiante.

Tras darles unos minutos, hice una mueca y empecé a preguntarle a mi padre por mi madre, por conocidos y por todo lo que se me pasó por la cabeza. La conversación fluyó y Kellan se quedó simplemente al margen. Muy a su estilo. Tengo mis dudas de si nos escuchaba o se limitaba a ignorarnos por la insustancialidad de nuestra conversación. Aparcó a pocos metros del castillo. Había empezado a oscurecer y unos focos iluminaban la fachada de piedra, dándole un toque lleno de romanticismo. Tomé nota. Poner focos en el exterior de mi castillo.

—¿Vives aquí? —le preguntó mi padre a Kellan tras bajar del coche.

—El castillo pertenece a nuestra familia desde hace siglos —le contestó y me miró con media sonrisa. Oído, cocina. Algo así como que lo compraron o lo hicieron edificar él y Ryan.

—Interesante —afirmó mi padre mirando a Kellan y al edificio con curiosidad.

Creo que le gustaba más el castillo que mi hombre, seamos realistas. Pero al menos Kellan no parecía un buitre que solo ansiaba mi fortuna. Algo que siempre le había preocupado a mi padre. Él había tenido un bonito matrimonio. Supongo que quería algo así para mí. Y el dinero es caprichoso. Y atractivo. Más incluso que mis tetas, que ya es decir.

—Kellan proviene de un viejo linaje celta, igual que el marido de

Mila —la mirada que me lanzó mi padre me recordó que usar la palabra marido, con él delante, era un arma de doble filo.

Solo pretendía darle un punto de seriedad al tema después de que Kellan se presentara como el exterminador. Hice una mueca al recordar eso y empecé a reír yo sola. Kellan se acercó a mí y me cogió por la cintura en un gesto posesivo con un brazo mientras cogía la maleta de mi padre con el otro, sin ofrecerse a llevarla ni nada. Él siempre a su bola, incluso si por una vez hacía algo… ¿cortés? Claro que podría arrastrarla, como cualquier persona normal, pero no, él tenía que hacerlo todo a base de músculo.

—Usted debe ser el padre de Marisa —dijo Ryan tras aparecer por la puerta principal para darnos la bienvenida. Un poco de educación. Sí, gracias—. Encantado de conocerlo, soy Ryan Mac Cecht.

—Un placer —afirmó mi padre cogiendo su mano en un saludo de lo más formal. Como con Kellan, vamos—. ¿Eres hermano de Kellan?

—Primos —negó Ryan con una amplia sonrisa y añadió suavizando su expresión—. Perdimos a nuestros padres siendo niños así que nos hemos criado como hermanos.

Casi vomito con el teatro que le estaba poniendo, pero a mi padre le coló.

—No lo sabía, lo lamento —le aseguró a Ryan y miró a Kellan, que seguía con esa mirada indiferente, fría, que tanto le caracterizaba—. Supongo que eso puede marcar el carácter de un hombre.

—¡De qué manera! —continuó Ryan y apreté los labios para contener la risa. Joder. Era un genio del teatro, quién lo iba a decir—. Es un placer tenerle de invitado. No solemos tener visitas.

—No sé por qué. —Lo admito, debería de haberme callado. Kellan rio por lo bajo mientras Ryan hacía una pequeña mueca. Mi padre nos miró. A Kellan y a mí. Ladeó la cabeza, como si viera algo. Mierda. Que no vea de verdad. Que no vea como yo, vamos. Que solo me faltaría tener que explicarle lo de mis alas.

—Tenemos una biblioteca…

—No —gruñó Kellan. ¿La biblioteca? ¿En qué coño estaba pensando Ryan? A ver, que había el puca dentro, bolitas luminosas flotando por todos lados y un techo que no era ni techo. ¿Qué parte del concepto *biblioteca mágica no apta para personas mentalmente normales* no entendía Ryan?

—A Kellan no le gusta la biblioteca —murmuró Ryan excusándose mientras mi padre miraba a Kellan con gesto analítico—. Es un hombre de emociones fuertes, ya me entiende. Yo soy el erudito. Vivo entre libros.

—Y no sociabiliza mucho —añadió Kellan haciéndome reír. Mi padre nos miró y creo que intentaba regañarnos con su mirada por la crítica inherente en las palabras de Kellan.

—Lo dice el sociópata de la familia —se defendió Ryan con una sonrisa—. Dame, ya le acompaño yo a su habitación.

Observé a mi padre seguir a Ryan dentro del castillo. Fruncí el ceño.

—Esto va a ser un desastre —le aseguré.

—Es posible —admitió. Nos miramos, y empezamos a reír.

—¿Por qué le has invitado entonces? —le pregunté.

—Es tu padre —me respondió—. Es lo correcto.

—¿Habéis escondido a todas las criaturas raras que habitan la casa? —le pregunté con un tono de voz esperanzado. Se acercó para besarme con suavidad los labios. Un roce apenas.

—A los duendes de la casa no les gusta ser vistos y se aparecen y desaparecen a su antojo —me susurró—. No tienes por qué preocuparte.

—¿Duendes? —le pregunté sorprendida.

—¿Crees que cocinamos Ryan o yo? —me preguntó francamente divertido.

—No, supongo que no —murmuré—. Hay tantas cosas que no sé…

—Las irás aprendiendo con el tiempo —me susurró mientras volvía a besarme con suavidad.

—Sobre eso de presentarte como mi marido ante mi padre —añadí y aunque quería mostrarme dura, chunga, muy a mi estilo, los brazos de Kellan me rodeaban y había algo en su proximidad, en el hecho de que hubiera invitado a mi padre a su casa, que me tenía un poco ñoña —. Has sido un chungo.

—No sabía que era tu padre —admitió finalmente—. Aunque ha sido un placer dejar las cosas claras, todo sea dicho.

—Bruto —le solté—. Que yo sepa no llevo ningún anillo lleno de piedras preciosas en el dedo y no recuerdo haber dicho eso del sí quiero.

—Pronunciamos nuestros votos. *Anois agus i gcónaí.* Ahora y siempre. Diste tu consentimiento —me informó con mirada altiva.

—Le dije que sí a un buen polvo, no a un maldito enlace matrimonial —protesté mirándole con mirada desconfiada—. No puede ser tan condenadamente fácil. Digo yo. Joder, Kellan.

—Eso se nos da bien, sí —se burló él.

—¿En serio estamos casados? —murmuré sin saber si alegrarme o cabrearme como la que más. Estos malditos dioses celtas tenían la tendencia de hacer lo que les venía en gana, sin advertir al resto del mundo de las implicaciones de acciones que parecían totalmente insignificantes. Gatillo fácil había dicho Aislin. Vi algo en sus ojos. Una duda—. ¿Kellan?

—Pronunciamos nuestros votos. Consumamos el enlace —enumeró —. Pero si hemos de ser puristas, falta el pacto de sangre.

—¿Un pacto de sangre? —le pregunté elevando una ceja.

—Nada de lo que debas asustarte —me aseguró y sus ojos brillaron con intensidad. Elevó la mano y en ella apareció una pequeña daga. Su Cambiante, cómo no. Me estremecí—. Cásate conmigo.

—¿Me lo estás pidiendo? —le pregunté sorprendida.

—Porque sé que la respuesta será que sí —me soltó orgulloso.

—¿Estás seguro? —le pregunté elevando una ceja, un reto en mi mirada, pero sin dejar de sonreírle.

—A las buenas o a las malas, Marisa —me dijo mientras rozaba el filo de su arma por la palma de la mano sin mostrar señal alguna de dolor al hacerlo. Una fina línea rojiza apareció en su mano.

—Ni loca —le dije mientras miraba su mano ensangrentada.

—¿A las malas entonces? —me preguntó elevando una ceja.

—¡Esto es una locura! —remarqué apretando los dientes.

—No más que el hecho de que vueles —me atizó el capullo.

—Lo nuestro era un rollo de un par de noches —argumenté.

—Ya no.

—¿Por qué?

—Porque no podía ser de otra forma.

—Apenas nos conocemos.

—Suena a que tienes miedo —me retó con una sonrisa altiva y orgullosa. Elevé el mentón. No, Marisa Carreras no tiene miedo. Otra cosa es que a veces soy estúpida. Y el orgullo me puede. Esa fue una de esas veces.

—Yo no tengo miedo.

—Pues acabemos lo que hemos empezado —concluyó.

—No voy a ponerte las cosas fáciles, Kellan.

—Nunca te lo he pedido.

—Estás loco.

—Cobarde —había diversión en su mirada. Levanté el mentón y le tendí mi mano. Sonrió. Con suavidad pasó el filo por la palma de mi mano. Una herida mucho más pequeña que la suya, todo sea dicho. No me dolió. Sentí únicamente una picazón, como cuando tocas algo ligeramente rugoso. Colocó su mano sobre la mía y su rostro mostraba una expresión que era una mezcla de muchas emociones al mismo tiempo. Estiró de mí—. Así sea.

Su boca buscó la mía y me besó con una suavidad que me sorprendió. Mucho. Me dejé besar. Sentí sus brazos rodeando mi cuerpo. Me perdí en él. En lo que me hacía sentir.

—Primos, si podéis dejar de sobaros un rato, podríamos comer comida caliente —me separé de Kellan, ligeramente sonrojada. ¡Yo! Mi padre nos observaba, situado al lado de Ryan. Me sorprendió, porque me pareció ver una sonrisa en su rostro.

La cena no fue mal. Para lo que me esperaba, vamos. Ryan llevó el

peso de la conversación con mi padre y, cosa rara, no hizo ningún comentario extremadamente raro. Le preguntó por su vida, por Madrid, por sus negocios. Temas de esos que podrían considerarse seguros. Ryan sabía de todo, así que se ganó a mi padre en un plis plas mientras Kellan respondía solo monosílabos y cuando le venía en gana. Todo un caballero.

Desayunamos en el comedor de sillas altas y muebles de madera añeja de tiempos pasados. Todo allí era viejo. Incluidos sus propietarios, si lo pensaba fríamente. Estaba nerviosa. Ya no tanto por mi padre desayunando frente a Kellan. Que, a ver, era como para tener pesadillas. La ansiedad y el nudo que sentía en el pecho tenían relación con lo de ir a Leap Castle. Recordaba aquella criatura. La oscuridad que emanaba de ella. Y esa sensación de que, de alguna forma, quería atraparme.

No, definitivamente, no me apetecía lo más mínimo. Pero no había excusa válida. Podía simular una lipotimia. O mejor aún, un ataque epiléptico. Aunque yo de actriz para esas cosas no ganaría un Óscar y no me apetecía tener que dar más justificaciones. No daría el pego.

No me vi con ánimos de mantener una conversación que pudiera hacer del viaje hasta mi castillo algo mínimamente cómodo para mi padre. El silencio entre Kellan y él seguía siendo absoluto. Ninguno de los dos parecía tener interés en acercarse o conocer al otro, aunque en esos momentos aquello me traía sin cuidado. Mi mente estaba en otra parte. Dejé que vagara por el paisaje, mirando a través de la ventana. Los prados. Las montañas. Los pueblos que dejábamos atrás. Mis sentidos parecían empaparse de todo aquello y lo sentía de una forma extraña. Como si todo aquello me perteneciera. O tal vez era yo, la que pertenecía a esa tierra.

Observé el perfil de Kellan, sentado detrás del volante. Su gesto era sombrío, frío. Y, sin embargo, podía sentir la calidez que existía dentro de él. La ternura, incluso. Marido. Menuda pedazo estupidez había hecho. Pero claro, a mí eso de que me reten, me puede. Y ni siquiera tenía la mala excusa de decir que estaba borracha. Me decía a mí misma que aquello era un ritual chungo celta que validez legal no tenía ninguna. Y, sin embargo, no podía negarme que la idea empezaba a calar dentro de mí. Kellan y yo. Como pareja. Genial, primero me casaba y luego me planteaba que aquello no era solo unos cuantos polvos explosivos. Algo estaba cambiando. Y me asustaba un poco. Que no, no lo diría en voz alta. Marisa Carreras no es de las que huyen de lo que le da miedo. O de un problema. Incluso si medía unos dos metros y era condenadamente apuesto.

Mi marido.

Joder. La que había liado.

Kellan aparcó a cierta distancia del edificio.

Se me hizo extraño ver a tanta gente allí. Los primeros andamios empezaban a delimitar las estructuras más deterioradas y los camiones, desde los que se descargaba material, me recordaban a una fila de hormigas obreras de esas que siempre miraba, llena de curiosidad, en el jardín de mis padres.

Cascos amarillos. Ruidos. Movimiento por todos lados.

Me emocioné, lo admito. Aquella era mi obra. Mi proyecto. Me sentí sumamente orgullosa al verlo y me arrepentí de no haber encontrado el valor para venir a ver los primeros avances antes. Incluso si había un fantasma la mar de cabroncete en el edificio de la capilla, pero joder, aquello tenía mi sello. No diré mi sangre que para los celtas eso es como muy literal, pero había pasado tantas horas diseñando sobre papel cómo llevar a cabo la restauración y pensando en qué se convertiría, que ver aquello en movimiento me hizo ser consciente de que era real. Que estaba tomando cuerpo, justo frente a mí.

Mi vida había cambiado. Había un antes y un después de la boda de Ana. Ese sentimiento de vacío que a veces sentía con mi trabajo había sido substituido por una ilusión que me hacía sentir pletórica. Y luego estaba Kellan. Me palpé la pequeña herida en la palma de la mano. Había cicatrizado a las pocas horas y sin embargo me gustaba tocarla. Sentirla. Quizás por lo que significaba. Quizás porque era una prueba de que no estaba simplemente loca. No pensaría en mis alas. No lo haría ahora, justo cuando estaba frente a mí el lugar en el que todo había empezado.

Mi padre me abrió la puerta trasera del coche. Sí, él tiene modales.

Bajé del coche y sentí un estremecimiento. Miré las paredes parcialmente destruidas y mi mirada se posó en la almena. No era una silueta lo que había ahí. Era una luz. Una pequeña luz, brillante, parpadeando para mí. Esperanza. Determinación. Fuerza. Hice un gesto afirmativo, como si quisiera transmitirle que lo habíamos encontrado. El bosque. Mis alas se extendieron detrás de mí. Sentí la fuerza. El poder. Una magia que no era del todo mía. Quizás la magia de las hadas que vivieron allí antaño. El Portal. Y entonces, sentí cómo el suelo temblaba, aunque nadie parecía ser capaz de sentirlo. Un segundo. Dos. Tres. Mi padre me estaba hablando, pero no era capaz de escucharle. Un ruido, como un trueno.

Y gritos.

Frente a nosotros uno de los andamios se había partido y algunas piedras empezaron a caer encima de los obreros que intentaban sujetarse a cualquier superficie. Sentí la presencia allí, creciendo mientras el caos se desataba a su alrededor. Sentía su maldad al mismo tiempo que sus oscuros tentáculos recorrían los hierros, las

piedras, sedientos de sangre.

—¡Quédate al lado del coche! —gritó Kellan mientras se lanzaba en dirección a aquello.

El miedo me paralizó. Mi padre me sujetó, incluso si yo apenas podía moverme viendo aquello. La oscuridad y la maldad que emanaba. Como solo un sensible sería capaz.

Kellan llegó hasta la parte inferior de la estructura. Las piedras caían a su alrededor, pero no parecía importarle.

«No es humano, no es humano», me dije mientras sentía un miedo atroz, como jamás había sentido antes. Miedo a perderle.

Una nube de polvo envolvió su silueta mientras levantaba una enorme placa de metal debajo de la que había un obrero. Inconsciente o muerto. Lo que fuera. Lo arrastró a un par de metros y varios hombres acudieron a ayudarle. Empezó a lanzar ordenes con esa voz suya, imperativa y dominante. Nadie sabía quién era. Qué era. Pero todos acataron sus órdenes. Sin vacilar.

Evacuó a tres hombres parcialmente aplastados por las estructuras antes de lanzarse al interior del ala del edificio. Ruinas, eran solo eso. Temblé al dejar de verle mientras sentía la oscuridad ceñirse sobre él con una sed de sangre que parecía avivarse con el miedo que había conseguido generar. Por primera vez, pese al miedo, fui capaz de reaccionar.

—¡Kellan! —grité y mi padre me sujetó con fuerza. Empecé a temblar. Jamás había sentido tanto miedo.

Pasaron los segundos. O tal vez fueron minutos. Aquella espera se me hizo eterna. Podía sentir al ente, pero también a Kellan, aunque fue cuando volvió a aparecer de entre esa nube de polvo que se había formado frente a las ruinas que sentí que mi corazón volvía a latir con normalidad. Cargaba un hombre, inconsciente. Los trabajadores de la obra que no estaban heridos se acercaron a él para ayudarle. Tras cederles aquel cuerpo, alzó la mirada buscándome. Tosió un par de veces y se frotó la cara teñida en grises con el brazo, mientras caminaba hacia nosotros. Tenía la camiseta rasgada y uno de sus hombros en carne viva.

—¡Te odio! —le solté cuando estaba a pocos pasos, rabiosa por el miedo que había pasado. Me sonrió y elevó ligeramente uno de sus brazos. Mi padre me liberó de su agarre y me lancé para impactar sobre su pecho y él me arropó con sumo cuidado.

—Yo también, Marisa —me susurró mientras cerraba los ojos y me besaba con suavidad en la cabeza—. Yo también. *Mo ghrá*. Ahora y siempre.

XXXI

Otro punto de vista

NO ME gustaba que Marisa estuviera en casa de Margaret y no aquí, en mi casa, conmigo. Era mi esposa, al fin y al cabo. Algún derecho tenía que tener respecto a ella, dadas las circunstancias. Otros que no fueran hacerla mía, físicamente. Que no me quejaba especialmente de eso, pero también tenía otras necesidades. Verla despertar cada mañana entre mis brazos, por ejemplo. Ese sí que era un auténtico placer.

Llevaba entrenando toda la mañana y había evitado en la medida de lo posible a Ryan. Y al resto. Sí, tenían montado un aquelarre en la biblioteca, Connor, Kevin y él. Algo necesario, pero que seguiría ignorando hasta que dieran con algo. A mí lo que se me daba bien era matar cosas, no estudiarlas. Que no niego la utilidad de descubrir sus puntos débiles, pero si me sentaba en una silla en vez de seguir canalizando mi rabia, y mi frustración, con un muñeco de entrenamiento, alguien acabaría con la Cambiante rozando su gaznate.

No, no tenía intención de matar a uno de mis primos.

Pueden ser cansinos, muy cansinos, pero les tengo aprecio. Incluso siendo meros eruditos me han demostrado su valor y su apoyo siempre que se ha requerido. Que, con el paso de los siglos, no han sido pocas veces. Pero de ahí a disfrutar de sus eternas charlas y esas divagaciones abstractas que a veces rozaban las teorías de la metafísica, como que no.

Fue Ryan el que asomó la cabeza por el portal.

—Dime que tenéis algo, si no es así, desaparece —le solté.

—También tengo necesidades físicas —me retó Ryan con expresión divertida.

—Hay otros sitios para mear —le advertí.

—Son más bien necesidades más primarias —me contestó—. Algo así como irritarte. Ya sabes que es uno de los grandes alicientes de mi vida.

—Tienes algo —afirmé y él me sonrió. A veces es un poco capullo.

—No es un fantasma —fue Kevin el que dijo aquello. Su pelo estaba ligeramente revuelto y tenía un color ligeramente oscuro en el contorno de sus ojos. Creo que no había dormido en dos o tres días. Se estaba tomando aquello muy a pecho.

—¿Significa eso que podemos matarlo? —le pregunté.

—Podemos —afirmó Ryan con expresión confiada—. Pero no creo

que solucione el problema de tu esposa.

—¿Perdona? —soltó Kevin.

—Perdonado —le contesté con expresión altiva.

—¿Te has casado? —preguntó Connor que estaba en estado de shock.

—Es posible —afirmé.

—¿Con la sensible? —murmuró perplejo Kevin.

—No, con su madre —le solté irritado.

—¿Casado de verdad? —insistió Connor.

—¿Existe la posibilidad de casarse de mentira? —le pregunté a mi primo.

—La gente normal firma papeles y se lo cree —opinó Kevin.

—Nosotros no somos normales —afirmé.

—Especialmente tú —remarcó Ryan entre risas.

—¿Hemos acabado de hablar de mi vida personal? —les pregunté.

—No, la verdad es que no —negó Connor—. Puedes tirarte a quien quieras, pero ¡casarte con ella! No, eso no se suelta así a bocajarro. ¡Hay que celebrarlo!

—Los Sluagh la quieren muerta y tiene un ente en el castillo que ha de reconstruir, que tampoco le haría un feo a comérsela viva —le solté a mi primo—. Celebrarlo es lo último que me preocupa en estos momentos.

—No te preocupes que él ya lo celebra diariamente —se burló Ryan —. Hasta hospedamos a su suegro hace unos días.

—¡No!

—Fue el perfecto anfitrión —se burló Ryan.

—Vete a la mierda. —Sí, se lo había ganado.

—Más hijas para nosotros —sentenció Kevin con aspecto divertido.

—Si alguno de vosotros le toca un pelo a una de mis hijas…

—Rodarán cabezas, sí, claro, lo de siempre —se burló Kevin. Le gruñí. La virtud de mis hijas no caería en mano de esos depravados. Ryan empezó a reír.

—¿No fuiste tú el que le dijiste justamente eso a Colin y Mila? —me provocó—. Que criaran pronto.

—No es lo mismo.

—Claro, porque no serían tus hijas sino las suyas —murmuró Connor entre carcajadas.

—Qué tenéis —les corté.

—No es un fantasma —afirmó de nuevo Kevin—. Tu Cambiante no podría haberlo herido, en caso contrario.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—Hemos estado revisando todo lo que sabemos de tu arma legendaria —afirmó Ryan—. Solo la lanza de Lug podría cruzar el velo.

—¿Y eso en qué le convierte?

—En una criatura dual —afirmó Connor—. Son raras y solo pueden ser creadas mediante magia oscura.

—Brujas.

—Exacto —afirmó Ryan.

—Pueden vivir entre dos dimensiones paralelas y moverse entre ellas a su antojo —empezó Ryan—. Sospechamos que las brujas la crearon precisamente para moverse entre nuestro plano y el del reino que Áine creó para sus hadas.

—¿Y cómo se les mata?

—Puedes matar lo que está en tu plano, pero puede esconderse en el otro cuando considere que está malherido. Nosotros no podríamos seguirle allí —continuó Connor—. Así que la única opción es un ataque frontal, directo y muy rápido.

—¿Cómo de rápido? —les pregunté.

—Hemos de contar con Assal —afirmó Kevin refiriéndose a la lanza de mi primo Colin—. Es la única arma que podría llegar a seguirle si cambia de plano.

—Siempre y cuando primero haya podido definir su objetivo principal —matizó Ryan—. Si no se manifiesta en este plano, no podemos hacer nada. Solo Kevin es capaz de verlo, y aun así, no podría herirlo.

—Excepto que cruzara a la dimensión que creó Áine —reflexioné.

—Exacto —afirmó Kevin—. Pero una vez allí, no podría herirle si volviera a nuestra dimensión.

—¿Y dividir la caza en dos grupos? —les pregunté.

—Muy interesante, tu idea —se burló Kevin. Conozco ese tono—. ¿A alguien se le ocurre cómo cruzar el Portal? ¿No? ¿A nosotros tampoco?

—No solo sería cruzarlo —intervino Connor—. También estaría el problema de volver a nuestra dimensión. Podríamos quedarnos atrapados allí.

—Lo habéis estado mirando —murmuré.

—Cuando tú vas, nosotros hemos vuelto —sentenció mi primo con expresión traviesa—. Lo que nos ha llevado al grimorio de Dagda. Creo que podríamos conseguir crear un cristal para cruzar el portal, pero de un solo uso.

—Un viaje de ida —murmuré.

—Exacto —afirmó Ryan—. Nos ha parecido que no era la mejor de las opciones.

—Aunque si engañamos a Aidan, estaríamos tranquilos una temporada —se burló Kevin.

—Tal vez Colin y Mila puedan hacer algo —murmuré.

—Van a hacer algo —se burló Kevin sacando un papel

cuidadosamente doblado y moviéndolo frente a mí, con expresión divertida.

—Ya he hablado con Mila, van en dirección a casa de Margaret. Avisarán a la sensible, la que tiene alas, pero no arrugas —añadió Conan.

—Grace.

—Esa.

—¿Habéis avisado al resto? —le pregunté a Ryan.

—No —negó y su mirada se desplazó en dirección a Kevin.

—Esto es cosa nuestra —negó mi primo—. Ese lugar pertenece a las sensibles y por vuestros enlaces, a Colin y a ti.

—Y a ti —afirmé mientras sentía que había una emoción extraña latiendo en mi primo.

—Y a Ares —afirmó él finamente.

—No me gusta el druida —murmuré.

—Dime algo que no sepa —bromeó Kevin.

—¿Estás seguro de que no sería mejor llamar al resto? —insistí.

—Estoy seguro.

—No quiero que Marisa asuma un riesgo —sentencié con voz dura.

—No puede no asumirlo, forma parte de ella, de lo que era, de lo que es y de lo que será —me contradijo mi primo.

—Quiero que venga Eamonn —anuncié—. Él es nuestro guardián. Velará por ella.

—Su escudo no podrá protegerla de ser quién es, primo —me advirtió Kevin con una sonrisa—. Pero no estará sola. Tres que son una. No menosprecies su poder como hicieron los viejos. Son sensibles, sí, pero la sangre de la tribu corre por sus venas. Respétala como se merece.

—Joder, Kevin, si le pasa algo…

—Estaremos allí —me aseguró—. Colin, Mila, tú y yo. El druida y las sensibles. No es una criatura etérea inaccesible. Solo hemos de retenerlo en nuestra dimensión el tiempo suficiente para matarlo.

—Dicho así, no puede ser tan difícil —le contesté haciendo un gesto afirmativo—. Se hará como tú dices.

—Sinceramente, no pensaba que fuera a convencerte —protestó Ryan—. Odio que me dejen al margen.

—Cuando Conan lo sepa, rabiará —añadió Connor—. Odia perderse la diversión.

—Ese sí que es un buen aliciente para dejar al margen al resto de los guerreros —admití y los eruditos empezaron a reír.

Nos íbamos de caza.

XXXII

No puede repetirse

—LAS OBRAS *van a estar paradas como mínimo un par de semanas* —me informó Justin Gray con voz ligeramente conmocionada—. *Los Inspectores de Trabajo tienen que darnos la autorización para volver a empezar, así que tendremos que tener las obras paradas hasta entonces.*

—No hay problema —le aseguré.

—*Siempre trabajamos bajo estrictas normas de seguridad, señorita Carreras. Sea lo que sea lo que ha sucedido, puedo asegurarle que no se escatima recurso alguno para evitar este tipo de sucesos.*

—Lo sé —le aseguré al hombre que mostraba su pesar por todo aquello como si el obrero que había muerto fuera parte de una gran familia. Su familia. Cerré los ojos, recordando su cuerpo. Tenía el pecho abierto como si lo hubieran desgarrado. A mordiscos. Algo que obviamente nadie se planteaba, incluso si era la realidad.

Kellan había encontrado al ente entre las viejas paredes de piedra de la capilla parcialmente destruida. Mitad fantasma y mitad presente. Un poco como nosotras. Mitad sensibles y mitad hadas.

Consiguió alejarlo del cuerpo del hombre, no quiero ni saber cómo, algo que no le gustó a la criatura. Se lanzó contra él, pero supongo que no contaba con que Kellan no era un mero hombre. Agradecí a los cielos que su Cambiante hubiera intercedido entre su cuerpo y la criatura. La hirió, incluso si no llegó a matarla. No puede matarse con un arma física una criatura que no lo es. O no del todo. Kellan lo sabía, pero no le importó asumir ese riesgo. No tenía claro si era estúpido o muy valiente. Yo aún temblaba al recordar aquello.

El hombre murió en la ambulancia, pero el resto de los obreros habían sobrevivido. Huesos rotos, magulladuras múltiples y todo lo que psicológicamente algo así puede llegar a quedar impreso en la mente de una persona para el resto de su vida. Pero al menos tenían eso, una vida, para seguir disfrutando.

Suspiré cansada mientras me despedía de Gray padre con palabras amables antes de colgar la maldita llamada.

Recordarlo era como revivir la pesadilla.

Mi padre se había quedado un día más de lo previsto para ayudarme con las autoridades y los papeleos, algo que le agradecí sinceramente, aunque me sentía más tranquila ahora que él estaba lejos de mi maldito castillo. Kellan se había negado a ir a un hospital, algo que a mi padre creo que le molestó bastante, pero que yo podía

entender perfectamente. Cada vez más. No, no era humano. Y nunca había pensado que estaría tan sumamente feliz pensando aquello. Si él no fuera quién era, seguramente la criatura le hubiera arrebatado la vida, igual que a ese pobre obrero.

No, no podía permitirme ese pensamiento. Si tenía duda alguna de la profundidad de mis sentimientos respecto al ogro, habían quedado descubiertos con aquel suceso. Creo que mi padre tomó consciencia de aquello. De que lo que había entre Kellan y yo, no era solo fachada. Que había emociones profundas por él, anidando dentro de mí. Incluso si solo había podido decirle eso. Que le odiaba. ¡Estaba tan enfadada por que se hubiera adentrado entre las piedras que se desprendían! ¡Había pasado tanto miedo pensando que no lograría salir de allí!

No, mi padre no me preguntó nada más sobre Kellan durante su corta estancia. A veces me miraba. Nos miraba. Incluso si yo no tenía el estómago como para discutir con él o llevarle la contraria. Y no, no es que Kellan se hubiera vuelto amable de la noche a la mañana.

—Las obras estarán paradas un par de semanas como mínimo —repetí en voz alta.

Margaret me miró con expresión neutra. Estábamos solas en su casa. No tenía intención de salir a pasear. Y esta vez no era porque Kellan me lo hubiera intentado prohibir o algo así. Ríete de los chupa-almas esos. Ahora era plenamente consciente de la mierda que teníamos encima. Hasta ahora, los cadáveres que habían encontrado debajo de la trampilla me daban un poco de repelús, pero no había sido del todo consciente de la magnitud *real* de la tragedia. Mi ente era un depredador. Un asesino. Y lo que había pasado… no podía volver a repetirse.

—Un par de semanas en las que el edificio estará vacío —observó Margaret con mirada tranquila. Admiraba eso de ella. Nada parecía afectarle demasiado.

—Si no podemos solucionarlo, no tiene sentido volver a colocar andamios para que el cabrón se dé un festín —reconocí con una expresión derrotada, algo que no iba para nada con mi forma de ser—. No puedo dejar que esa cosa ataque a nadie más. Los inversores igual se me tiran al cuello, pero mi padre ya encontrará la forma para compensarlos, aunque me convertiré en su mayor decepción.

—Dejar eso ahí no es una opción —negó Margaret con mirada astuta—. Algún día alguien lo recomprará. Y *eso* volverá a hacer lo único que sabe hacer. No puede ser una casualidad que seas tú quién lo haya comprado. Que seamos nosotras. Te recuerdo que vuelas.

—Ya, ya —le contesté haciendo un mohín—. Superútil, vamos. Igual se acojona por mi estela de brillante purpurina.

—Ese lugar nos pertenece —afirmó Margaret con firmeza—. Era

nuestro, de nuestros antepasados, antes de que lo pervirtieran.

—Sé que tienes toda la razón del mundo —afirmé—. Pero es solo que me supera. Todo. Si Kellan no llega a estar ese día… hubieran muerto seis o siete personas. Por lo menos. Y aunque sea inmortal, podría haber muerto. No me lo perdonaría a mí misma, nunca.

—Te importa —afirmó Margaret.

—¡Para qué negarlo! —exclamé.

—Él es un dios, mi pequeña. No es tan fácil de matar, realmente —intentó animarme—. Y fue una suerte que estuviera allí. No lo había pensado, pero quizás por eso tú fuiste la elegida, después de todo.

—¿Por Kellan?

—Juntos sois más fuertes. Juntas somos más fuertes —añadió con mirada confiada—. Tenemos a Mila y a Colin. Y a Ares.

—El blanco —bromeé y Margaret me sonrió. —. No creo. ¿Sabes la fantasma alada que me dio la visión de la Triqueta? Llevo soñando con ella desde niña. A veces, juraría que hasta soy capaz de oírla.

—¿Y nunca te ha dicho quién es?

—No tenemos grandes conversaciones —murmuré un poco incómoda por estar hablando de aquello, incluso si mi interlocutora era una vieja verde, alada y arpía hasta la médula—. No, no tengo ni idea de quién es. Pero a veces, es como si yo fuera ella.

—¿Una reencarnación? —propuso Margaret obligándome a reír.

—¿No sería su espíritu el que se reencarna? —bromeé—. Porque no sé tú, pero yo su espíritu lo vi la mar de adaptado en el castillo.

—No, supongo que no ha de ser eso —admitió Margaret con una sonrisa—. No te preocupes. Pudieron con Bres, encontraremos la forma de vencerle.

—Kellan le hizo retroceder —admití—. ¿Pero cómo se mata a un fantasma?

—No tengo la más mínima idea —masculló Margaret—. Pero alguien tiene que saberlo.

—El hada de las almenas —susurré—. *Ella* lo sabe.

—Háblame de los sueños —me pidió Margaret.

—¡Qué he de contarte! —murmuré—. Piedra sobre verdes prados. Flores. Música. Y hadas, volando de aquí para allá, dándole un toque totalmente romántico. Se me ocurrió recrear algo así. Ya sabes, cenas al aire libre con luces que simulen un cielo estrellado, música y pequeñas representaciones que le den un toque mágico para que las parejas se relajen.

—Mucha casualidad, me huele a mí —se burló Margaret.

—Exacto —protesté—. Creo que reconocí Leap Castle de mis sueños mientras buscaba una ubicación adecuada para el hotel, pero no le di realmente importancia. Quiero decir que me dije que se parecía al de mis sueños, sin más.

—Sin más —bromeó Margaret y por gusto le hubiera dado una colleja, si no fuera por lo de sus ochenta años vencidos—. Son demasiadas casualidades.

—No, todos estamos seguros de que no son casualidades —afirmé.

—Tiene que saberlo, cómo destruirlo, o te juro que, si no estuviera muerta, la mataría yo con mis propias manos —amenacé, irritada—. Lo que nos ha pasado tiene algún sentido, incluso si nosotras no lo encontramos. Fue ella quien nos envió allí, al fin y al cabo. Todo esto es culpa suya.

—Kellan no creo que esté feliz de que vuelvas allí —advirtió Margaret.

—Más bien quieres decir que me mataría él, y no a polvos precisamente, si se me ocurre ir allí sin avisarle. Aunque igual me mataba antes el ente, todo sea dicho —concreté.

—Algo así —rio Margaret por lo bajo. Para ser octogenaria no negaré que tenía su punto.

—Uno de los primos de Kellan encontró una profecía —le expliqué.

—¿Sobre nosotras? —me preguntó con franca curiosidad.

—Más bien sobre ellos —admití—. Creo que los Tuatha de Danann tienen la costumbre de mirar únicamente su ombligo.

—Son dioses —los justificó Margaret.

—No me quejo de que lo sean, me quejo de que se lo crean —gruñí ligeramente haciendo que Margaret volviera a reír—. Sobre la restauración del primer linaje.

—Mila.

—Exacto —afirmé—. En la profecía decían que la magia de los antiguos resurgiría de nuevo en aquellos que habían nacido de su sangre. Dieron por sentado que se referían a nosotros.

—¿A los sensibles? —cuestionó Margaret y se respondió ella misma —. Las primeras hadas nacieron de la sangre de Áine, una de las antiguas de la tribu. La madre de Ares. Tiene sentido.

—Decía que el ciclo comenzaría de nuevo —concluí antes de añadir —. *Pasado en el presente y futuro en su vientre*.

—Mila me dijo lo de que creen que las alas son un símbolo del pasado —afirmó Margaret—. No está tan mal, en serio.

Margaret movió las alas detrás suyo, espolvoreando la estancia con esa fina bruma brillante de color plata. Hice una mueca.

—El problema es que ahora tengo a Kellan hablándome de tener hijos. ¡Hijos!

—¿Hijos? —tosió Margaret entre carcajadas. ¡Será bruja! Yo aquí confesándole mis penas y ella muriéndose de la risa.

—Da igual, como si no te hubiera explicado eso en concreto —murmuré.

—Anam me habló de cosas de su pasado —empezó Margaret

mientras se recostaba ligeramente en su asiento. Tenía la mirada perdida, como si intentara recordar.

Quizás hablaron en esa misma cocina. Ellas dos. La madre de Mila y esa anciana frente a mí con la que de alguna forma había conectado a un nivel muy especial. Anam. La última diosa viva de los Tuatha de Danann. La única capaz de escaparse del dios fomoriano Bres durante siglos. Milenios. Me estaba poniendo al día. Esperé pacientemente mientras Margaret parecía perdida en sus propios recuerdos.

—¿Estás bien? —le pregunté y su mirada volvió del infinito para centrarse en mí. Me sonrió, aunque parecía ligeramente triste. Como si añorara aquellos tiempos.

—Me habló de los sensibles, claro. Yo no era normal ya para cuando la conocí, así que sentí que ella era especial, pero jamás me habría imaginado aquello. Pude sentir su magia crecer en este lugar, las protecciones que poco a poco construyó a su alrededor, convirtiéndolo en el sitio que es ahora. Un refugio. Aquí, en esta pequeña parcela, todo es diferente. La magia es tan fuerte que parece ser capaz de cobrar vida propia.

—La siento —afirmé mientras mi mirada vagaba a través de los ventanales y observaba el jardín perfectamente cuidado. Tenía sentido que Margaret pasara tanto tiempo allí. Había algo en ella. Especial.

—Me habló de Áine —continuó Margaret—, poco después de que Ares se presentara por primera vez en esta casa.

—Flipaste.

—Obvio —me dijo riendo con suavidad—. Se apareció de la nada y me puse histérica. Ares no es de los hombres más pacientes que he conocido, así que se limitó a lanzarme un conjuro de sueño. Cuando desperté, estaba estirada en el sofá del comedor y Anam y él estaban en el porche trasero, hablando. Había una confianza evidente entre ellos. Discutieron, un poco. Luego él se fue. Por aquel entonces yo ya sabía que Anam era en realidad una anciana druida, pero no es lo mismo saberlo que ver a uno de ellos en acción, todo sea dicho.

—Puedo imaginarme que debió de ser impactante —me solidaricé.

—Ares es impactante —afirmó haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Anam me habló de él. Y de Áine, su madre. La que había sido también su mejor amiga. Me habló de las hadas. De la magia.

—¿Y sabes algo sobre lo que nos ha pasado? —le pregunté aguantando la respiración.

—No —negó Margaret—, pero sospecho que sé por qué intentó atacarte el Sluagh.

—Sería un detalle que decidieras compartirlo conmigo —me burlé.

—Nosotras no somos hadas, Marisa —afirmó finalmente—. Ellas vivían entre planos. Podían estar a nuestro lado y un humano no sería capaz de verlas. De tocarlas. Solo podían volverse visibles si cruzaban

un portal.

—No va a gustarme eso —mascullé—. No me lo digas. El Portal de las Hadas.

—¿Así que es cierto? Tu castillo se edificó sobre ese vestigio mágico.

—Kellan nos dijo que aquello fue idea de un sensible, posiblemente el descendiente de una de ellas —afirmé.

—No te lo tomes como algo personal —bromeó Margaret—. Posiblemente irán también a por Grace o a por mí. Se nos ha dado un don: magia. Magia ancestral que proviene de la tierra, del aire y del agua. Magia druídica. Magia que perteneció antaño a las hadas. Magia del pasado. Magia muerta.

—Eso mismo pensó Mila, pero no quería asustaros. Por eso le pidió a Grace que se instalase durante un tiempo contigo, aquí —le confirmé sintiéndome un poco culpable—. Esas cosas buscan personas que están a punto de morirse. Huelen la muerte, como los perros. ¡Somos unos putos zombis en versión celta!

—¡Mira que cuando quieres solo ves lo malo!

—Quieren matarme y mi castillo está poseído —protesté—. Digo yo que tengo derecho a verlo todo de color negro.

—Juntas somos más fuertes —me recordó Margaret—. Y la magia de Anam, aquí, es impenetrable. Sin menospreciar el poder que late en Mila. Esto también le afecta a ella y no solo por ser una sensible. Es algo personal.

—Y Kellan no se quedará al margen, eso es obvio —afirmé. Me quedé en silencio unos segundos, meditando aquello—. ¿Cómo puede afectarnos esto? Quiero decir, si somos medio fantasmas o lo que sea. ¿Siempre van a perseguirnos?

—Es posible —admitió Margaret.

—Menuda mierda —solté—. Cuando descubrí que teníamos alas solo quería morirme, en serio. Que solo puedan verla los sensibles hace que la situación no sea tan desquiciante, vale, pero me siento un poco así. Prisionera.

—Colin me habló de los Sluagh —intervino Margaret—. Si son muchos podemos encontrarnos en una situación complicada, pero si aprendemos a usar nuestros poderes, nuestra magia, podríamos defendernos de un par de ellos.

—Ellos también vuelan —le recordé añadiendo después con cara de asco—. En bandadas.

—Tu magia es más que revolotear por el aire —se burló Margaret.

—Eso lo dices porque te mueres de envidia —le provoqué.

—Un poco, vale —rio ella.

Mi teléfono empezó a vibrar sobre la mesita. Kellan.

—Sigo encerrada, si esa es tu pregunta —le solté a modo de saludo.

Margaret apretó los labios, creo que para no ponerse a reír.

—*Hemos encontrado algo* —me contestó. No, Kellan tampoco era de los que se andan por las ramas con ñoñerías de esas de te he echado de menos o un qué tal estás.

—¿Algo cómo qué? —le interrogué

—*Sobre el extraño inquilino de tu castillo* —me contestó desde el manos-libres de su coche—. *Voy con Kevin. Mila y Colin están de camino y ya le han dicho a Grace que se escaquee del trabajo.*

—¿No vas a avanzarme nada?

—*No.*

—Eres lo peor.

—*Te lo recordaré a la noche* —me contestó con voz sensual. Capullo.

—Igual tengo jaqueca —objetivé.

—*Te olvidarás de ella en cuanto te ponga las manos encima* —repuso. Pervertido. Sonreí.

—No tardes —le contesté antes de colgarle.

XXVIII

Si a eso se le puede llamar un plan

ME SENTÉ en el sofá. Colin y Mila estaban a mi lado, más apretujados de lo que sería esencialmente necesario. Kellan estaba de pie, en un extremo del comedor, apoyado sobre una pared con los brazos cruzados sobre su pecho. Me gustaban sus antebrazos. Podía sentirse parte de su fuerza en ellos. Y sus manos. Unas manos grandes.

Hechas para matar, claro.

Esa parte quizás no era tan romántica, pero admito que era útil. Me había salvado la vida. Creo. Con lo del Sluagh. Y había salvado la vida a varias personas, anónimas, sin dudarlo siquiera. Era un guerrero. Mi guerrero. Estaba loca, realmente. Por plantearme aquello en serio. Por pensar en él. En mí. De aquella forma. Con un final feliz, vamos. Que igual lo tendríamos. Pero me costaba hacerme a la idea. Tenía la excusa de que las cosas estaban sucediendo tremendamente rápidas.

Estábamos casados.

¡Yupi!

No veas.

La mierda es que Kellan sabía qué teclas tocar, y mi orgullo me puede. Un poco como a él, probablemente. No, no éramos tan diferentes.

—Felicidades —me soltó Kevin cuando decidió aposentar su culo de duende en una de las sillas de la mesa, junto a Margaret, Grace y Aislin.

—¿Ya es oficinal? —preguntó Colin y Mila me miró con aspecto desconfiado.

—No preguntes —le dije—. Ha sido una encerrona. Vil y traidora.

—Os habéis casado —afirmó Mila y Aislin empezó a reírse a carcajadas.

—Las bodas exprés son casi una costumbre familiar en la tribu —se burló Kevin.

—Van a su bola —admitió Mila mirándome con gesto comprensivo y una sonrisa en el rostro.

—Eso —mascullé mirando a Kellan que ni siquiera se dignó a sonreírme. Simplemente me miró con ese punto arrogante que me cabreaba y me excitaba al mismo tiempo—. ¿A qué viene esta gran reunión a todo esto?

—¿Comida gratis? —repuso Kevin mientras se llevaba a la boca un trozo del pastel de Margaret.

—Qué has encontrado —le presionó Colin.

Kevin se tomó su tiempo y se limpió la boca con una servilleta de papel antes de hablar. Me quejaba de los modales de Kellan, lo admito, pero creo que el extremo de Kevin me pondría de los nervios. Fijo que era de los que doblaba los pantalones cuando se los quitaba, independientemente de si tenía una mujer caliente en la cama esperándole.

—El castillo que ha comprado la esposa de Kellan…

Gruñí. Kevin me sonrió y Kellan alzó una ceja, una advertencia, mientras Aislin y Margaret a duras penas contenían la risa.

—Continúa, por favor —le pidió Mila mientras yo le quería matar con la mirada. Poder que no estaba a mi disposición, lamentablemente.

—Está edificado sobre unas viejas ruinas celtas —continuó con una sonrisa en el rostro—. Unas ruinas conocidas como el portal de las hadas.

—Un lugar de conexión espiritual —afirmó Colin.

—Y una zona de paso entre dimensiones —afirmó Margaret. El duende la miró y ella le devolvió una sonrisa a modo de respuesta antes de añadir—. Soy vieja, pero no tonta, y he vivido muchos años con Anam.

—¿Qué es eso de las dimensiones? —preguntó Grace frunciendo el ceño.

—¡Yo me la sé! ¡Yo me la sé! —exclamé dando un brinco en mi asiento. Escuché las risas de Aislin y Mila—. Las hadas no eran visibles en nuestro mundo porque vivían en una especie de dimensión paralela. Físicamente en el mismo sitio, pero invisibles para los humanos. Excepto cuando cruzaban el portal ese.

—¿Y si un humano lo cruzaba? —preguntó Aislin.

Buena pregunta. Claro, a mí no se me había ocurrido preguntar algo así. La miré con una mezcla de admiración y envidia. Su expresión, un tanto altiva, me confirmó que estaba disfrutando con lo de haberme sorprendido. Le elevé el dedo corazón y ella me lanzó un beso desde donde estaba sentada, mientras Grace reía por lo bajo por nuestro afectuoso intercambio de signos.

—Estaban protegidos por las guardianas —nos informó Kevin—. Eran hadas especialmente poderosas cuya labor era alejar a cualquier intruso.

—Pues muy bien no lo hicieron —mascullé.

—Igual una de ellas sigue protegiéndolo —opinó Grace.

—¿*Ella*? —me cuestioné poniéndome tiesa como un palo.

—¿Por qué no? —me retó con su mirada—. Si los fantasmas son criaturas que han dejado asuntos pendientes, el ente que tienes en la capilla me parece un asunto pendiente especialmente llamativo.

—Vale, supongamos que es una guardiana —repliqué—. ¿Qué pasó?

—Las tres brujas —susurró Kevin y sentí un estremecimiento por su tono—. Sus nombres se perdieron en el olvido, igual que los restos de su humanidad. Poco sabemos en realidad de ellas, solo que tenían sangre fomoriana y que su madre humana perdió la vida durante su alumbramiento.

—Tres —susurró Kellan.

—Tres fueron —afirmó Kevin.

—¿Estáis hablando de las que ayudaron a Bres? —preguntó Mila. Colin se acercó ligeramente a ella, creo que inconscientemente.

—Las mismas —especificó Kevin—. Se dice que tenían dones: pasado, presente y futuro. Fueron ellas las que advirtieron a Balor que moriría a manos de su nieto.

—¿El nieto de quién? —les pregunté sintiéndome que me había perdido. Por completo.

—Balor fue un rey fomoriano —me explicó Colin—. Tenía un ojo que al abrirlo mataba con un rayo a cualquier inmortal. Su recuerdo en vuestra cultura lo engloba como un gran demonio.

—Genial —solté—. Menudo asco de tipo.

—Es un antepasado mío —especificó Colin y me sonrojé ligeramente. Su mirada pasó de un gesto duro a una sonrisa traviesa. ¿Se estaba burlando de mí? No le conocía lo suficiente, pero era más que sospechoso—. Balor encerró a su única hija en una torre en la que solo había mujeres cuando era prácticamente un bebé. Su intención era que jamás conociera a hombre alguno para así no encontrar nunca la muerte, porque las brujas le habían advertido que moriría a manos de su nieto.

—¿Y qué pasó? —le preguntó Aislin que con Colin no se cortaba lo más mínimo. Supongo que había una cierta confianza, después de lo que habían vivido. Más que conmigo, al menos.

—Con la ayuda de un druida y un hada, Cian, hijo de Dian Ceht, se disfrazó de mujer y llegó hasta Ethniu, la hija de Balor —intervino Kevin.

—Y la preñó —finalicé—. No puede negarse que sois de conseguir un polvo rápido.

—Mira quién fue a hablar —me retó Kellan y le sonreí con gesto altivo.

—Nacieron tres varones.

—Tres, cómo no —le corté.

—Cuando Balor lo descubrió, decidió asesinar a los bebés —continuó Colin—. Pero al mensajero que los llevaba al centro de un tornado, se le cayó del capazo uno de los bebés y un pescador lo encontró con vida. Lug creció entre humanos hasta descubrir su

historia y su pasado. Decidió ir a buscar a Nuada, el rey de la tribu, y luchó a su lado. Cuando llegó el momento, mató a Balor, su abuelo, y poco tiempo después fue proclamado rey de la tribu. El segundo gran linaje.

—El linaje de Colin —puntualicé, satisfecha de haber avanzado un poco en los dramas familiares de la tribu y su jerarquía.

—Exacto —afirmo él.

—Pues esas brujas parece que ya estaban de parte de los fomorianos —afirmó Margaret—. Primero advirtieron a Balor, y luego ayudaron a Bres. Pinta mal.

—Hicieron mucho más que eso —intervino Mila y se frotó los ojos como si estuviera de repente terriblemente cansada.

—Bres y las brujas se alimentaron de alguna forma de la esencia de las diosas y las hadas muertas —nos informó Colin.

—Cuando me atacó a través de mi subconsciente, me explicó que las brujas querían vengarse de mi abuela, la esposa de Nuada —empezó Mila—. Por lo que me dijo Bres, se quedaban con parte de la esencia de las diosas. Luego Bres aprendió a hacerlo y usó aquello para alimentarse de las hadas. Su esencia estaba diluida, pero sangre de la tribu y parte de su magia corrían por sus venas.

—Así que no tenemos la más remota idea del alcance de su poder —sentenció Kevin.

—Quizás Ares sí que lo sepa —remarcó Colin.

—Dejaremos al duende al margen hasta el último momento —puntualizó Kellan.

—Ares puede ayudarnos —remarcó Mila—. Ya lo hizo antes. Lo hará ahora.

—Los intereses de Ares a veces son difíciles de definir —intervino Kevin—. Quiero decir, nos ha evitado durante una eternidad. ¿Nos odia? ¿Desconfía de nosotros? ¿Nos considera inferiores?

—¿Te has planteado que quizás simplemente es gilipollas? —Sí, ese era Kellan. Todo modales.

—Margaret no es tonta, ha llegado a la misma conclusión que vosotros sobre nuestras alas —le dije a Mila con expresión divertida—. ¡Zombi hadas! ¡La cosa más friki que se le podría haber ocurrido a alguien!

—*Áiseirithe* —susurró Colin—. Los resucitados.

—Seres vivos pero que poseen resto de la esencia que cruzó el abismo —afirmó Kevin.

—¿Eso implica que cualquiera de ellas está en peligro? —preguntó Aislin frunciendo el ceño, molesta. No, a ella no se le había ocurrido.

—No mientras estéis en esta casa —aseguró Margaret.

—Así que por eso nos querías encerradas —le criticó Aislin a Mila y ella se limitó a encogerse de hombros. Ajo y agua. A joderse y

aguantarse.

—Nunca los encontraréis en ciudades —intervino Kellan—, pero cuanto más os alejéis de la civilización, más peligro podéis correr. No es seguro.

—Adiós a los fines de semana de acampada —le dijo Ailisn a Grace, aunque había una evidente complicidad entre ellas y no parecían especialmente molestas por hacer un sacrificio así. Supongo que es lo que tiene. El amor. Esas cosas. Miré a Kellan.

—No podéis, no sé… ¿matarlos a todos? —le pregunté irritada de que me cortaran las alas. Metafóricamente hablando. Y eso que soy más de hoteles de lujo con spa que no de tienda de campaña.

—Pueden ser cientos, miles… —objetó Kevin—. Y además, no es tanto matarlos, es encontrarlos primero. Nos pasamos la vida haciendo eso. Cazando criaturas que ya no deberían estar y, sin embargo, siguen procreando a su antojo.

—Ahora pillo lo que le soltaste a mi padre —le dije a Kellan y me dio por ponerme a reír como una tonta. Me saltaban las lágrimas—. ¡Exterminador! ¡Le soltó que era un exterminador!

—Joder, Kellan, lo del tacto no es lo tuyo —le reprendió divertido Colin y él se limitó a encogerse de hombros.

—¡A buenas horas! —se burló Aislin.

—Bueno, volviendo a mi otro gran problema. Ya sabéis, el que por poco se come a un hombre de aperitivo —les recordé en tono sarcástico, poniéndome a la defensiva. Joder, aquello me ponía la piel de gallina. Y no, no soy de las que van de víctima y no admitiría, ni loca, que estaba cagadita de miedo.

—Hay un texto en uno de los diarios de Áine, por eso os hemos reunido —empezó Kevin—. Habla de una sombra que se ha ceñido sobre su familia y que tiene una dualidad física y espiritual.

—¿Y eso qué significa exactamente? —preguntó Margaret.

—Por lo que he leído, podría estar presente entre dos planos —intervino Kellan.

—Y fue creada por las tres viejas brujas, en tiempos antiguos —añadió Kevin.

—¿Por qué? —le preguntó Mila con aspecto desconfiado.

—No lo sé —negó Kevin—. Para debilitar a las hadas o quizás a la tribu.

—Cuando fuimos allí, reaccionó —murmuró Grace—. Y fue antes de que nos convirtiéramos en esto. Creo que pudo sentir nuestra sangre. Sabía que éramos sensibles.

—Esa dualidad le permitiría estar entre las dos dimensiones del Portal de las Hadas —afirmó Kevin.

—Hacerse físico cuando se le antojara y esconderse después en el otro plano como un maldito gusano —gruñó Kellan.

Así que eso era.

—La parte buena, en tal caso, es que no es un fantasma —puntualizó Colin.

—La parte mala es que, para matarlo, tendríamos que poder fusionar ambos planos —remarcó Kevin con una amplia sonrisa.

—Algo imposible —remarcó Kellan, encogiéndose de hombros.

—¿Imposible? —murmuró Margaret—. Las hadas no vivían siempre escondidas, se relacionaban ocasionalmente con humanos.

—Lo hacían —afirmó Kevin—. En los solsticios y en algunas ocasiones especiales se fusionaban los planos. Cómo, es un misterio. Un secreto de Áine que probablemente dependería de la magia elemental de sus hadas.

—En general, el Portal de las Hadas era la puerta para acceder a la otra dimensión —afirmó Margaret—. La del reino que creó para ellas Áine.

—Exacto —afirmó Kevin.

—No le veo la parte buena, a todo esto —murmuré—. ¿O acaso sabemos cómo matarlo?

Ole yo, la medio-muerta-hada-chunga. Eso sí, que lo mataran otros, porque a mí me tenía cagadita de miedo.

—Podemos intentar retenerlo en nuestro plano —afirmó Kevin entonces—. Gracias a su encuentro con Kellan, sabemos que para matar y alimentarse necesita entrar en nuestro plano y que podemos herirle. El problema es que puede retroceder al suyo a su antojo.

—Un señuelo —murmuró Colin, pensativo—. Y un ataque extremadamente rápido.

—Algo así habíamos pensado —reconoció Kellan.

—Yo no me ofrezco como tentempié —le advertí. Grace y Aislin rieron, pero Kellan gruñó. Creo que mi comentario le ofendía o le cabreaba, no sabría decir.

—¿Quieres decir que la lanza de Lug no podría herirle pese a estar en el plano de las hadas? —cuestionó Colin.

—Es probable —afirmó Kevin—. Pero es difícil apuntar a algo que no eres capaz de ver.

—¿Eso intentaba ser una broma? —me burlé.

—Creo que sí —afirmó Mila.

—Assal tiene vida propia, pero necesita conocer su objetivo. Si no se manifiesta primero, vas a ciegas, primo —intervino Kellan.

—Hay algo más —afirmó Mila mirando a Kevin.

—Pues claro, ¿no pensabas que montaría este circo solo para hablar de viejas historias? —afirmó divertido—. Hay algo para retenerlos. Algo que es capaz de dañar su mitad espiritual, por llamarlo de alguna forma, incluso si están en este plano. Eso limita su capacidad de desplazarse entre ambas dimensiones.

—¿No podías haber empezado por eso? —gruñó Colin.

—Hubiera sido la mitad de divertido.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó Mila con aspecto desconfiado.

—Una pócima —informó Kevin y tras limpiarse las manos en la servilleta, rebuscó dentro del chaleco que llevaba y sacó un papel doblado en varios pliegues. Lo abrió lentamente, sin prisas. No, definitivamente, sus modales que se los metiera por donde quisiera. ¿En serio me gustaban antes los hombres así? ¿Pausados? Casi que mejor me quedaba con Kellan—. Ryan la ha localizado en el grimorio de Dagda.

—Es apostar fuerte —afirmó Colin tras lanzar un silbido apreciativo.

—Eso no debería de estar allí —le contestó Kevin y en su mirada había un deje de rabia. Sus ojos brillaban. Con esa luz suave, pulsátil, que mucho tenía que ver con la magia que yo empezaba a conocer. Kevin era un dios, de acuerdo, pero había en él mucho de sensible. De duende, como llamaban a Ares—. Ha llegado el momento de que lo expulsemos.

—¿Qué hemos de hacer? —le preguntó Mila a Kevin.

—Jugar a hacer pócimas de druidas —bromeó él mientras se levantaba y le daba el papel a la pareja de tortolitos—. Hay un ingrediente, uno en concreto, que me hace sospechar que no soy el primero en pensar en este conjuro en concreto.

—¿Lágrimas de tres hadas que son una? —susurró Colin frunciendo el ceño. Miró a Kevin—. ¿En serio que esto estaba en el diario de Dagda?

—Te hubiera traído el grimorio, pero ya sabes que Ryan es muy terco con eso de dejar salir cualquier cosa de la biblioteca —afirmó Kevin. Colin sonrió.

—Ryan pondría a cualquier bibliotecaria cachonda —soltó Kellan como si nada. Aislin le rio aquello, pero es que claro, para bruta, hasta me gana. Sonreí. Una sonrisa un poco traidora, lo admito.

—Tres que son una —murmuró Margaret.

—¡Qué sorpresa! —me burlé y Grace y Aislin empezaron a reír—. ¿Soy la única a la que esto le suena asquerosamente sospechoso?

—¿Crees que el fantasma de la guardiana quería justamente eso? —preguntó Margaret con voz suave—. ¿Que fuéramos una para poder llevar a cabo este conjuro?

—Eso creo, sí —afirmó Kevin—. El poder de tres es algo que potencia cualquier magia. Aunque me preocupa especialmente que un hada tuviera acceso o al grimorio de alguien como Dagda.

—Es mucho suponer —intervino Grace mordiéndose el labio inferior mientras pensaba—. En serio. Yo no lo compro.

—Yo llevo soñando desde niña con este castillo —les confesé. Genial. Después de esconder aquello toda la vida, ahora parecía no tener otro tema de conversación que no fuera ese. Claro que, teniendo en cuenta la situación en la que estábamos, dudaba que nadie quisiera ingresarme en un psiquiátrico—. Hace tiempo. Y luego con *ella*. La guardiana. Hasta la escucho hablar de tanto en tanto.

—Supongamos que la guardiana de alguna forma te eligió —analizó Grace—. Hace tiempo, antes de que vinieras a Dublín. ¿Pero cómo sabía que contactarías con alguien de la tribu? ¿Que tendrías acceso al grimorio de Dagda?

—Ni idea —negué.

—Ya conocía a alguien de la tribu —intervino Mila mirándome.

—¡Eso! —le dije entre risas.

—Existe otra posibilidad —susurró Margaret. Nos quedamos mirándola.

—¿Tendrías la amabilidad de compartirla con el resto de los mortales? —le pedí.

—Eres un eje —afirmó Margaret entonces, mirándome. ¿Un qué? Casi mejor la próxima vez me quedaba callada—. Anam me habló de cómo todos los seres se relacionan entre sí a través de ejes, nexos en común. Es como cuando hablas con alguien y resulta que tenéis un conocido en común o que un primo suyo atiende en la panadería en la que tú compras. Todos estamos relacionados a través de ejes. Personas especiales o como quieras llamarlos. En la magia, sucede algo parecido, creándose una red de conexiones que le dan estabilidad y fortaleza.

—Ejes —murmuró Kevin—. He leído algo de eso.

—¿Qué has leído? —le ordenó Kellan que no era hombre de medias tintas.

—Se habla de ellos en algunos tratados de magia —afirmó finalmente—. Núcleos de energía. Se dice que a través de ellos la magia evolucionó. Primero fueron los tres elementos básicos: el agua, la tierra y el aire. Más adelante a través de la magia oscura nació el control del fuego. Las hadas pudieron acceder entonces al poder de la luna y del sol. Nunca me planteé que fueran personas físicas, siempre di por sentado que era un concepto más metafórico.

—Anam hablaba de ellos como si fueran personas concretas —le contradijo Margaret—. Mila es un eje. Mitad sensible, mitad diosa. Y Marisa también.

—¿Yo? —mascullé más sorprendida que no irritada.

—Estás unida a Mila desde niña y a esa criatura, la guardiana que murió en Leap Castle, de alguna forma —empezó—. Y al volver a Irlanda, tu relación con Grace y conmigo se ha consolidado. Tres que son una. Como las hadas de tiempos antiguos. Y luego estás unida a

Kellan… con lo que sea.

—¡Sexo puro y duro! —soltó la bruja de Aislin. Claro, no podía estarse calladita un rato.

—Solo sexo, claro —añadió Mila poniendo los ojos en blanco mientras yo me sonrojaba solo un poco, más por el hecho de que Kellan me miraba con intensidad que por cualquier otra cosa—. Y va y yo fui tan estúpida que me lo creí.

—También formas parte de la tribu —afirmó Kellan entonces—. Porque formas parte de mí.

—¿Eso lo ha dicho nuestro primo? —murmuró Colin divertido.

—Eso parece —le contestó Kevin entre risas.

—Ahora acabo de recordar algo —susurré—. *Ella*, solía decirme algo sobre volver a casa.

—Las coincidencias existen, pero estos sucesos no son aleatorios —afirmó Kevin—. Han pasado porque tenían que pasar, aunque quizás tardemos un tiempo en darnos cuenta del aprendizaje que nos quieren mostrar.

—El Portal de las Hadas —intervino Margaret—. Un lugar de culto. Un lugar sagrado. No puede ser una casualidad que tengamos que recuperarlo, justo ahora. Sé lo de la profecía del linaje de Anam. Mila. Hay algo en lo que no habéis caído.

—Lo dudo —le dijo Kevin con mirada suficiente. Margaret no se enfadó, por el contrario, empezó a reír. Una risa casi juvenil.

—Dioses —bromeó ella como si nada mientras Kevin le sonreía—. El nuevo ciclo depende de los sensibles. De que su magia resurja. Lo dice vuestra profecía.

—Crees que tiene que ver con el Portal de las Hadas —reflexionó Kevin.

—Tiene que ver con el Portal —afirmó Margaret—. Cuando la magia vuelva a vibrar en esta tierra las sensibles podrán sentirlo. Sentirán su llamada, igual que Marisa.

—Espero que no sea con un fantasma y un ente que quiera matarlas —rebatí.

—Cada una, a su manera —dijo Margaret con una sonrisa confiada.

—Veremos —señaló Kevin que no parecía especialmente convencido—. Magia. Estábamos hablando de magia. Seis poderes mayores que podían ser combinados creando nuevos elementos y efectos aún más poderosos e incontrolables.

—La electricidad —intervino Mila.

—Esa es la más inestable y la más difícil de controlar, sí —afirmó Kevin—. Muchos druidas no llegaron a tener un control real sobre ese elemento.

—¿Y hadas? —preguntó Grace.

—Las hadas solo disponen de un elemento —explicó Kevin—. Su

conexión con ese elemento puede llegar a ser muy fuerte, pero no son druidas.

—Os ahorráis lo de la magia de sangre —masculló Mila, haciéndonos sonreír.

—Menuda mierda, eso —admití, aunque sentí un escalofrío. Mis ojos buscaron a Kellan. Sí, yo había hecho algo así. Magia de sangre. Un enlace. Algo que, aunque no constaría en un registro, igual era más definitivo y real que una firma sobre un papel.

No, no me había asustado al compartir aquello con Kellan. Había sido, excitante, intenso y vibrante, como él. Como lo que compartíamos. Como lo que me hacía sentir.

—De acuerdo —dijo Colin levantándose—. Este sábado haremos la pócima, buscaré todo lo que nos falta y el domingo iremos al Leap Castle.

—¿Y entonces qué? —pregunté, sin acabar de entender en qué consistía el plan—. ¿Le invitamos a tomar unas copas?

—Hemos de conseguir que se materialice —afirmó Kellan—. Si le rociamos con la pócima no podrá huir y tendremos la oportunidad que necesitamos para matarle.

—Superfácil, claro —le contesté poniendo los ojos en blanco.

—Es un buen plan —sentenció Colin.

—¿Y Ares? —preguntó Mila—. Él forma parte de esto. Para él, es un sitio especial. Lo creó su madre, no quiero dejarle al margen.

—Le llamaremos cuando lleguemos allí —decidió Kellan—. Puede honrarnos con su presencia, pero no va a tomar él las decisiones.

—Tampoco tendrá mucho tiempo para tomarlas —le defendió Margaret.

—Probablemente no necesita mucho calentamiento —se burló Kevin—. Es de los viejos.

—¿Y no sería mejor compartir con él nuestro plan? —insistió Mila que no parecía estar muy convencida con aquello.

—No podemos depender de lo que hace o deja de hacer el duende —negó Kellan—. Tenemos un buen plan. Si quiere añadirse, será bienvenido. Pero no le necesitamos.

¿Un buen plan? ¡Y una mierda!

Pero supongo que no teníamos ningún otro.

XXXIV

El poder de tres

NO SABRÍA decir si aquello era bueno o malo. El hecho de que la pócima que habían estado haciendo con sumo cuidado, en el porche trasero de Margaret, no hubiera explotado. O algo.

La verdad, esperaba que se hubiera vuelto humeante, de color verde fosforito y que hubiera hecho, no sé, chispas. O, ya puestos, fuegos artificiales. Sí, eso. Pero no. El líquido tenía un color simplemente asqueroso. Algo que era normal teniendo en cuenta la cantidad de tierra que habían puesto allí dentro. Entre otras cosas que, sinceramente, prefería no recordar. El concepto asqueroso se quedaba corto. Igual por eso se quedaba en esta dimensión, plano o lo que-diablos-fuera. Yo, con el cabreo que me pillaría si me pringaban con eso, no me marchaba hasta vengarme como es debido. Asco asquito.

Admito que nos partimos de risa cuando Colin empezó a llenar varias pistolas de agua con aquello. ¿En serio? Parecía que nos fuéramos a la playa a jugar a capturar la bandera, armados con pistolas de plástico tintadas con estridentes colores naranjas, verdes y azules. Que, a ver, cuando me tendió una de esas, casi prefería que fuera de plástico que no una pistola de verdad, pero que mucha seguridad y sobriedad no le daba al tema el llevar colgada del cinturón una pistola de un chillón rosa fosforito. La parte buena es que en el cartón en el que venía ponía que era fosforescente. Seguro que con eso se acojonaba el ente. Una mujer medio sensible, con alas de hada muerta y una pistola rosa fosforescente tenía que dar una grima que para qué. Si yo fuera él, ofrecería instantáneamente mi derrota, eso sí, entre sonoras carcajadas. No, supongo que no tendríamos tanta suerte.

—No me siento como Tomb Raider —protesté mientras me ajustaba el cinturón que me había traído Kellan para sujetar en él la pistola. La de juguete, sí, esa.

—Tienes más tetas —me soltó él, haciéndome reír.

—Y culo, no te olvides de mi culo —maticé con una sonrisa.

—Imposible olvidarme de él —me aseguró mientras me daba un pequeño azote en el trasero como si tal cosa.

—Te empiezas a tomar muchas confianzas —le advertí elevando mi dedo índice, amenazador.

—Será que tú no —me contestó mientras descendía ligeramente su camiseta para evidenciar un hematoma para nada despreciable que

tenía a pocos centímetros del cuello. Lo admito, el polvo matutino había sido un poco salvaje. Y yo cuando me suelto, muerdo.

—Estoy nerviosa —le confesé mientras dejaba que me colocara un chaleco rígido sobre mi ropa y me ajustara los complejos cierres en uno de sus laterales. Joder, parecía una verdadera amazona en pie de guerra, pero, pese a mi carácter, estaba cagada. Le había cogido miedo al ente después de nuestro último encontronazo.

Había visto el cuerpo de aquel hombre. Desgarrado. Y lo seguía viendo en mis pesadillas. Mis miedos se calmaban cuando sentía el cuerpo de Kellan abrazándome con gesto posesivo, como si fuera capaz de calmar mi mente y todo lo que aquella imagen era capaz de evocar. Pero no podía negarme lo que había visto. La certeza de que lo que pretendíamos hacer era peligroso. Peligroso de verdad, quiero decir. Y la verdad es que la pistola de plástico de color verde lima que llevaba Kellan en su cinturón no me hacía sentir como si pudiéramos ofrecer una gran resistencia contra aquella criatura.

—No has de estarlo —afirmó Kellan—. Recuerda que vosotras no vais a acercaros a eso. Bajo ningún concepto.

—No te preocupes que eso me ha quedado claro. La verdad es que no soy una suicida en potencia —le aseguré haciendo una mueca y me sonrió. Buscó mi boca y me besó con fuerza—. ¿Seguro que estarás bien?

—¿Eso que noto es preocupación? —me preguntó con un tono cargado de burla.

—Aún no me he mentalizado con eso de que estoy casada y paso de descubrir lo que es ser viuda —le contesté—. Además, el negro no me favorece.

—Todo irá bien —me aseguró Kellan con mirada firme.

En esos momentos me alegraba de esa seguridad que desprendía. En general me irritaba, porque se parecía demasiado a mí, creo. Me gusta ser como soy, pero es que verme reflejada en Kellan a veces me ponía un poco nerviosa. Aunque en esos momentos era justo lo que necesitaba. Creer en él. En nosotros. Y en que tendríamos la opción de tener un futuro juntos.

Conecté mi teléfono para que hubiera música de fondo en el camino hasta Leap Castle. Grace estaba en los asientos de atrás, creo que bastante nerviosa. Aislin se había quedado en casa de Margaret, cabreada y ansiosa al mismo tiempo. Eso de quedarse al margen chocaba estrepitosamente con su personalidad, pero era consciente de que allí poco podía aportar y en cambio sí podía convertirse en un objetivo. En otro, vamos. No me gustaría estar en su piel. En la mía tampoco. Pero quedarme allí y simplemente esperar… la ansiedad me podría.

No es que me apeteciera plantarme en Leap Castle de nuevo. Si por mí fuera, lo enviaba todo a la mierda. Pero había algo dentro de mí que me recordaba que aquello era mi responsabilidad. Las palabras de Kevin habían calado hondo. Eso sobre las casualidades, el aprendizaje y bla, bla, bla. No podía ser una casualidad que entre todos los países del mundo hubiera acabado allí. Que entre todos los castillos posibles hubiera elegido aquel. Que entre todos los hombres del mundo me hubiera acabado enamorando de Kellan. Que entre todas las cosas absurdas que me podían haber pasado, luciera dos alas a mi espalda. ¿Predestinación o casualidad? Daba igual, el resultado era el mismo.

Colin había aparcado a un par de kilómetros del castillo. Era un camino de tierra bastante amplio que se conservaba en buen estado. Aparcamos detrás de su coche. Kevin y Margaret hablaban tranquilamente. Yo no me sentía tranquila. Al menos por dentro. Por fuera mantenía esa coraza de frialdad total. Superficial.

—Ares —susurró Mila mientras fregaba el colgante de su madre—. Te necesitamos.

—Ese tipo da un poco de grima —murmuré.

—Es un dios que ha vivido en las puertas del inframundo desde antes del cristianismo —murmuró Kevin—. Es posible que sea de los que ayudaron a crear el Newgrange durante el neolítico.

—¿Perdona? —solté—. ¿Esa no es en la época en la que se cazaba a golpe de piedra?

—Hace tiempo, sí —admitió Kevin como si le divirtiera mi sorpresa. Miré a Kellan y alcé una ceja. Se encogió de hombros. ¿Tan viejo era? ¿En serio?

—Centrémonos en lo que tenemos en frente —murmuró Colin mientras una luz empezaba a palpitar. Un remolino de aire fresco. Y allí, en medio de la nada, a través de la luz que empezaba a cobrar fuerza, atravesó el aire apareciéndose de nuevo Ares.

Le miré con otros ojos, quizás porque ya tenía en mente lo que estaba por llegar. Por aparecer. Joder, eso que hacía el tío, vamos. Su largo pelo rubio cayendo en una perfecta cascada que yo solo conseguía después de pasarme varias horas en la peluquería. Sus orejas, puntiagudas, asomando entre esos mechones de un rubio-ceniza perfecto.

Sus ojos brillaban ligeramente, pero era su mirada, inteligente, la que más impactaba. Pequeñas arrugas se formaban en sus comisuras y aunque eso no le hacía parecer anciano, le daba un aire de sobriedad. Llevaba una túnica de color azul celeste que le llegaba hasta los pies. Miento. La arrastraba ligeramente, dos o tres dedos más o menos. A modo de cinto algo que podría ser un trozo de cuerda y como única joyería destacaba un amuleto idéntico al de Mila.

Nos observó, alzando una ceja. Impresionaba. Era un Gandalf, pero

con el aspecto élfico de Legolas y el carácter de ese enano huraño. Yo siempre he sido más de morenos, pero mentiría si no dijera que era de los pocos hombres que, pese a presentarse enfundado en una túnica de color azul celeste, no te hacía dudar de su virilidad al hacerlo. Olé él.

—Voy a escuchar lo que tengáis que decirme —le dijo Ares a Colin tras mirarnos a todos como si tuviera todo el tiempo del mundo—. Pero dudo que tenga sentido.

—Admito que las pistolas de juguete no son especialmente intimidantes —le contestó con una sonrisa divertida en el rostro—. Pero contienen una pócima de retención de Dagda que permite anclar en una dimensión su parte espiritual para que no pueda cruzar de dimensión.

—Pude herirle hace unos días —añadió Kellan mientras invocaba a su arma. Esta vez apareció en su mano una espada de filo negro—. Pero volvió a su plano espiritual y desde allí ya nada pude hacerle.

—No es un fantasma —negó Ares con gesto altivo—, portador de la Cambiante de los Mac Cecht.

—Viene y va —le contradijo Kellan frunciendo el ceño—. Tiene que serlo en parte.

—Vive entre esta dimensión y la del reino de las hadas —rebatió Ares—. Pervirtió ambos mundos y facilitó a Bres el acceso a las pocas hadas que aún quedaban.

—Hay un fantasma, un hada, tal vez una guardiana —intervino Margaret mirando a Ares. Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Ella nos contactó.

—Beltane —susurró Ares mientras miraba en dirección al castillo con una expresión cargada de nostalgia.

—¿La conociste? —susurró Mila y creo que todos nos hacíamos la misma pregunta.

—Era un hada poseedora del don del fuego. Hermosa como pocas —empezó Ares—. Su pelo era negro como el carbón y su mirada inteligente. Su risa era dulce melodía, pero su corazón nunca mostraba miedo. Era valiente como pocas. Fue, por legítimo derecho, una de las favoritas de mi madre. Ser una guardiana era una de las grandes aspiraciones de cualquier hada. Poder formar parte de nuestro mundo.

—¿Tiene relación con las fiestas en las que se encienden hogueras en mayo? —preguntó Grace con curiosidad. Que me parece genial, en serio. Pero yo estaba más centrada en lo de matar al ente que en pasar el rato hablando de celebraciones tradicionales.

—Ella era fuego en estado puro —afirmó Ares mirándola—. Advertía a los campesinos de la proximidad del verano y ellos recogían los animales para llevarlos a los pastos más verdes de las montañas.

—Sigue aquí —murmuró Margaret.

—Su espíritu, tal vez —concedió Ares mientras miraba en dirección al castillo, como aspirando a encontrarla—. Ella murió, pero es posible que no fueran capaces de quebrar por completo su alma. Siempre fue especial.

—Bres y las brujas —intervino Kevin haciendo un gesto afirmativo con la cabeza. Ares le observó.

—Lo que pretendéis hacer, tendrá consecuencias —afirmó Ares.

—Ellas… ¿aún existen? —le preguntó Colin.

—Pronto lo sabremos —fue su respuesta.

—El resto de los guerreros están dispuestos a participar —intervino Kevin.

—¿Y por qué no están aquí? —le preguntó con voz dura Ares.

—He tenido la sensación de que no era lo correcto —le contestó Kevin, sosteniéndole la mirada.

—¿Y te dejas llevar por sensaciones? —se burló Ares de él.

—Dan ganas de partirle la cara —soltó Kellan.

—Puedes intentarlo —le contestó Ares alzando la mirada en su dirección.

—Kevin es un eje —soltó de repente Margaret. Todos la miramos y se sonrojó ligeramente—. Es de la tribu. Pero también es un sensible.

—Mi abuela —admitió Kevin—. No es una bonita historia, en cualquier caso.

—Fue un Mac Gréine —expuso Ares mirando a Kevin—. Conozco la historia.

—¿La conoces? —susurró Kevin observando a Ares con atención. Como si dudara de sus palabras.

—Mejor os ponéis al día en otro momento —intervino Colin—. El viento está cambiando.

—Sabe que estamos aquí —afirmó Ares cerrando los ojos mientras elevaba el mentón—. Ha empezado.

—Vamos a por él —celebró Kellan.

—¿Y cómo se supone que vais a hacer eso? —Ares no era amabilidad, pero al menos no se estaba riendo de nosotros en nuestra cara, que algo es algo, supongo. Kellan no respondió y tras fruncir el ceño, Ares añadió—. Deberéis abrir y fusionar las dimensiones a través del Portal.

—¿Abrirlo? —susurró Mila.

—El poder de tres que son una —afirmó Ares—. Pueden hacerlo y vosotros podréis seguirlo allí donde vaya.

—¿Fusionar el portal? —murmuró Colin—. ¿Y si se cierra?

—Nos encontraremos atrapados en el otro lado —le contestó Ares—. Quizás con la magia de tu lanza podrías escapar, igual que cuando huiste de mi fortaleza. Quizás.

—No hui —le contestó Colin.

—Claro —replicó Ares.

—Muy motivador, no eres —le criticó Mila arrugando la nariz.

—Yo seré el cebo —afirmó Kevin mientras preparaba el arco que había llevado a la espalda hasta ese momento.

—Tres druidas y un solo guerrero —murmuró Ares, meditando aquello.

—¡Mierda! —solté cuando Colin invocó un arma sobre la que las llamas ardían con furia. Tragué saliva. Había algo en esa lanza que daba miedo. Era como si estuviera hambrienta. De sangre.

—Dos guerreros —afirmó—. Don de dones, recuerda.

—Puedo ser un artesano, pero no me menosprecies —afirmó Kevin con voz dura.

—Nunca menospreciaría a un sensible —soltó Ares mirándole y luego su mirada se desplazó hacia nosotras—. Y jamás cometería el error de hacer lo mismo con unas hadas.

—Medio hadas —susurró Margaret. Ares negó con la cabeza.

—Sois mucho más que eso —afirmó—. La magia de antaño late en vosotras. Esta tierra os reconoce. Os pertenece.

—¿Qué hemos de hacer? —le preguntó Margaret que parecía crecerse ante la adversidad. Ares le sostuvo la mirada durante un tiempo antes de contestar.

—Tenéis que invocar a la Triqueta —nos dijo—. Creadla en vuestra mente y formad parte de ella, igual que cuando vuestros dones os fueron dados. Sentid su poder. Su luz. Y el portal se abrirá para nosotros. Buscad los puntos de poder alrededor del castillo, nosotros os protegeremos hasta que se abra el portal.

—¿Y entonces? —preguntó Kellan.

—Su magia debería bastar para alejar a cualquier criatura de este plano.

—Ya la ha atacado un Sluagh —concretó Kellan que no parecía demasiado satisfecho con aquella idea.

—¿Uno solo? —se burló Ares.

—No voy a dejarla desprotegida —gruñó Kellan.

—Tu sangre late en ella —susurró Ares mirando a Kellan—. Te has unido a una sensible. Deberás vivir con ello y aceptar sus propias responsabilidades.

—Responsabilidades, sí. Riesgos, no.

—La oscuridad no existe cuando hay luz —le contestó Ares—. Confía en ella. Vuestra unión la hace más fuerte. Ella es mucho más que una simple hada. Igual que vosotras, a través de vuestro vínculo: el poder de la tribu es también vuestro. Como lo fue en la primera hada que nació de la sangre de mi madre, cuando hadas, sensibles y dioses formábamos parte de una misma familia.

—¿Tiene sentido entonces la poción? —le preguntó Mila a Ares.

—Nada es casual —afirmó—. Dagda era un gran druida y su poción de retención tiene muchas propiedades.

—Que tú conoces, cómo no —masculló Colin.

—Solo diré que vale la pena rociarle con ella —admitió.

—De eso me ocupo yo —aseguró Kevin mientras volvía a colocarse el arco a su espalda y cogía las dos pistolas de color verde que colgaban de su cinturón. Era ridículo, en serio, pero por la seguridad que mostraba Ares en su contenido, por una vez, me pareció que tal vez podrían ser útiles. Ojalá, vamos.

—¿Y qué se supone que he de hacer yo? —preguntó Mila.

—Los guerreros deberán enfrentarle —afirmó Ares tras meditarlo—. Nosotros intentaremos que no haya interferencias.

—¿Interferencias? —le pregunté con curiosidad.

—La magia es caprichosa —murmuró Ares mirándome con atención—. Sus cambios pueden sentirse si estás atento. Intentaremos bloquear eso. Aislarnos del resto del mundo. Con un poco de suerte, ocultaremos que el Portal de las Hadas vuelve a ser libre. Por un tiempo, al menos. Buscad los vértices.

Ese por un tiempo había sonado fatal, en serio. Nadie dijo nada, como si el plan que había trazado Ares estuviera en sintonía con el que ya habíamos decidido nosotros. Las funciones de Kellan seguían siendo las mismas. Primera línea. Joder, qué mal rollo.

Empezamos a caminar.

Colin y Mila acompañaron a Grace mientras Ares caminaba en silencio junto a Margaret. Kevin nos seguía, a Kellan y a mí, con gesto pensativo. No me gustaría ser él, tampoco. Meterse allí en medio de cebo. Voluntariamente. Mostraba valor, lo admito. Y un poco de estupidez, eso también.

Sentí un tirón. Algo que vibraba. Apreté los labios y miré en la dirección a *aquello*. Kellan se quedó a mi lado, esperando.

—¿Lo sientes? —le pregunté a Kevin. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Seguimos caminando en esa dirección hasta llegar a un pequeño montículo. Uno ridículo, realmente. Y, sin embargo, había una magia antigua, muy tenue, en él.

—Es aquí —afirmé.

—No me gusta —gruñó Kellan.

—No dejes que te mate —le pedí mientras me giraba en su dirección y me ponía de puntillas para darle un beso en los labios. ¡De puntillas! ¡Yo! Sonreí.

Menuda tontería de pensamiento, el mío, justo cuando estábamos a punto de desatar el caos. Abrir un portal que podía transportarles al mundo de las hadas y matar a una criatura demoniaca. Aún me lo

tomaba un poco a broma, porque si me lo tomaba en serio, dudo que siguiera allí de pie y no a varios kilómetros, parcialmente escondida en cualquier sitio.

Me coloqué sobre el montículo y cerré los ojos. Sentí la energía que latía alrededor de mí. El aire empezó a rodearme, como si me diera la bienvenida. Como si me reconociera. Pensé en el símbolo y en todo lo que había sentido, lo que había vivido, en el bosque de Sligo. Sentí la energía buscarme y yo la busqué también a ella.

Y, de repente, sentí una conexión. Fuerte. Margaret había encontrado también su punto de energía. Esperé. Unos minutos, tal vez. Y luego fue Grace. La conexión se sintió casi como una corriente, fuerte y poderosa, pero cálida y familiar al mismo tiempo. Abrí los ojos, sintiendo cómo la Triqueta cobraba forma. Entre nosotras. La energía, de un blanco brillante atravesando el espacio entre nosotras. No era la primera vez que hacíamos aquello, pero supongo que sí que era la primera vez que lo hacíamos de forma consciente. Era espectacular. La sensación. La magia. Latiendo a nuestro alrededor. Latiendo dentro de nosotras.

—Son realmente hermosas —susurró Kellan mientras me observaba con deseo ardiente en sus ojos.

Mis alas se batieron a mi espalda, coquetas.

—¿Puedes verlas? —le pregunté sorprendida.

—Funciona —murmuró Kellan haciendo un gesto afirmativo—. El Portal se ha abierto.

—Lo que fue y lo que eres. Lo que llegarás a ser —susurró Kevin haciendo un gesto afirmativo—. Hasta yo me he empalmado.

Kellan empujó a Kevin y acabó en el suelo, a varios metros. El medio duende empezó a reír desde allí mientras Kellan gruñía.

—Lo sé, lo sé, rodarán cabezas —murmuró Kevin mientras se levantaba del suelo y se sacudía la tierra de la ropa—. Tú tienes que ir a matar a un demonio, que es lo que se te da bien, yo tengo que dejar que me intenten descuartizar, que apetecerme no mucho, y ella tiene que concentrarse en el símbolo o la puerta se cerrará y el plan de Ares se irá a la mierda, por no decir que igual nos quedamos en el plano de Áine más solos que la una. No la molestes.

—Si te devora, no voy a lamentarlo —le soltó Kellan irritado, aunque supuse que no lo decía de verdad. Esperaba, vamos. Le sonreí y cerré los ojos.

Kevin tenía razón. La fuerza, la energía entre nosotras, había perdido un poco de intensidad. Concentración. Busqué esa conexión y sentí cómo cobraba vida, intensidad. Vale, no debía pensar en Kellan empotrándome en algún rincón oscuro. Ahora tenía que centrarme en aquello. En la luz. En la energía. En la magia. En lo que éramos. En lo que habíamos sido. En lo que seríamos. Pasado. Presente. Futuro. Tres.

Que éramos una.

XXXV

Oscuridad

KELLAN y Kevin se alejaron de mí. Podía sentirlos. O más bien sentir su energía. Igual que sentía todo lo que me rodeaba. Y allí, en el centro de nuestra luz, había oscuridad. Una oscuridad fría y desprovista de emociones.

Kevin se colocó a pocos pasos de la puerta frontal. El ente estaba allí, acechando. Podía sentirlo y esperaba que, con un poco de suerte, él también. Con pasos seguros, se acercó a las ruinas. Una mezcla de metal y piedras le esperaban allí. Sentí un estremecimiento mientras recordaba el andamio partirse y las piedras desprenderse. A los hombres chillando. Y a Kellan entrando allí dentro mientras el ente y sus tentáculos oscuros cobraban vida.

Kevin no dudó en adentrarse allí.

Joder, que esto iba en serio.

Me tensé mientras sentía que Kellan le seguía, sin mostrarse nervioso. Yo sí lo estaba. Mucho. Mi mente vagaba entre ellos. Podía sentirme parte de aquello, como si estuviera allí, incluso si no lo estaba. Quizás mi mente sí que los acompañaba, de alguna forma.

—¿Quién quiere un bocadito de sensible? —le provocó Kevin con voz cantarina. ¡Pedazo capullo! Yo estaría meándome de miedo.

—Parece que está tímido, hoy —aseguró Kellan.

Sentí la rabia latir en la oscuridad. Temblé ligeramente, pero la energía firme de Grace y Margaret me ayudaron a mantenerme en mi sitio. Ambos mundos coexistiendo al mismo tiempo, en un mismo sitio.

Un destello púrpura llamó mi atención. Mila. No, no estaba sola. A su lado estaba Ares. A su alrededor la magia parecía desdibujarse y una bruma entre blanquecina y lila empezó a cubrirnos lentamente. Magia. Como nunca antes había podido sentirla.

Me sorprendió no encontrar a Colin al lado de Mila. Le busqué con ese sexto sentido del que parecía disponer a través de la magia de la Triqueta, la magia de tres que son una. Una magia antigua, primitiva y un tanto salvaje, capaz de hacer grandes cosas. Como abrir el Portal de las Hadas.

Colin había trepado por la estructura central del castillo y observaba a Kellan y a Kevin desde una posición mucho más alta. Su lanza palpitaba con fuerza. Su energía era… extraña. Una mezcla de luz y oscuridad palpitaba en ella al mismo tiempo. Y el fuego. Un

fuego que parecía dispuesto a arrasar todo aquello con lo que se cruzara. Tenía sed de sangre. Era extraño, me recordaba vagamente al deseo de muerte que transmitía el ente.

Lug era mitad fomoriano. Una extraña dualidad que por lo visto coexistía también en su lanza. Y en Colin. Fui consciente entonces de aquello. De la oscuridad que existía en él, al margen de la luz que al mismo tiempo era capaz de emitir. Era un poco inquietante.

Me centré en Kellan. Su presencia era lo único que parecía calmar mis miedos. A pocos pasos de él, estaba Kevin, con las pistolas de juguete desenfundadas y sujetas en ambas manos.

—¡Quién osa desafiarnos! —la voz rugió y sentí la oscuridad palpitar contra mí. Contra nosotras. O contra nuestra energía luminosa, más concretamente. Apreté los dientes y presioné, mentalmente, contra ella. Joder, al final las clases de meditación igual habían servido para algo.

—Tú nos desafiaste primero —afirmó Kellan con voz indiferente.

Risas.

Unas risas oscuras.

Muchas al mismo tiempo. Fue entonces cuando lo supe. Creo que todos lo supimos más o menos al mismo tiempo. No era el ente el que hablaba. Era alguien que lo hacía a través de él.

Y eso era una mierda.

Porque si no era el ente, solo podía ser una de aquellas brujas a las que todos parecían tener cierto miedo. Hasta Ares. Vale, en vez de un mierda lo dejaré en un joder. La ocasión lo merece.

—No volverás a alzarte, Príncipe de las Hadas —rugió la voz con un tono áspero y mortecino.

—Mi tiempo ya pasó —afirmó Ares cuya luz parecía crecer y crecer a su alrededor. Su magia era… impresionante. Infinita, tal vez—. Un nuevo linaje, una nueva era sobre la que no tendréis poder alguno.

—Sensibles —dijo una voz entre risas.

—Mortales —otra voz, más grave pero aún femenina.

—Inútiles —rio la tercera voz, que parecía salida de ultratumba.

Tres veces mierda, visto lo visto.

Y sí, en ese momento, se desató el caos.

La criatura se lanzó contra Kevin mientras él lo rociaba con el extraño líquido que habían elaborado con sumo cuidado Colin y Mila. No dudó ni hizo movimiento alguno de esquivarlo mientras descargaba contra él el líquido de las pistolas de juguete como si fueran verdaderas armas. Incluso cuando el ente estaba a poco más de un metro de él y rugía enfadado mientras acortaba el espacio entre ellos.

Temblé, pensando que le alcanzaría. Que sus garras atravesarían su escasa armadura y sus dientes desgarrarían sus carnes. Como había

hecho con el obrero. Pero Kevin siguió mojando a la criatura hasta que prácticamente llegó a él. Algo interceptó el avance de la criatura cuando saltaba ya para abalanzarse contra su cuerpo. Un enorme martillo que lo arrastró un par de metros. Fue entonces, y solo entonces, cuando Kevin tiró las pistolas vacías al suelo y cogía el arco entre sus manos mientras daba pequeños pasos hacia atrás y Kellan tomaba el relevo en primera línea.

Temblé al ser consciente de que Kellan era ahora el objetivo de la criatura. Una flecha voló por el aire, para impactar en el ente mientras Kellan hacía que su Cambiante volviera a él. La facilidad con la que habían interactuado, sin usar palabra alguna, me hizo ser consciente de la harmonía y sincronía que existía entre ellos. No era la primera vez que luchaban juntos y se compenetraban a la perfección. Cada uno confiaba en el otro de una forma que era admirable. Siglos. Tal vez milenios. Luchando juntos.

En la mano de Kellan apareció una espada de filo negro. Los tentáculos oscuros de la criatura intentaron alcanzarlo, pero Kellan no tuvo problema alguno en rechazar aquellos ataques con su arma mientras las flechas volaban de nuevo desde su espalda. Kevin no fallaba tiro alguno y molestaba lo suficiente a la criatura como para que Kellan pudiera alcanzarla con su filo. Una vez. Dos. Su ser desgarrado, sangrante, pero sus ansias de dar muerte creciendo por momentos.

Era grande. Mucho más de lo que yo había esperado. Mediría cuatro o cinco metros y su aspecto era fantasmal, aunque había rasgos humanoides en un rostro que no tenía capacidad de describir. Su cuerpo era un magma de oscuridad desde la que proyectaba multitud de tentáculos a modo de extremidades. Como si fueran sombras que intentaban arrastrar, herir, desequilibrar. La espada de Kellan parecía estar en varios sitios al mismo tiempo, frenando y cortando tentáculos sin mostrar signo alguno de fatiga. Era una lucha de titanes y si bien Kellan parecía contener a la criatura, era evidente que lo hacía con cierta dificultad.

Y entonces sentí algo. Ardiente. La furia de Assal, la lanza de Lug, surcando el aire. Joder. Su magia era extraordinaria. Su fuego jamás podría ser apagado. Lo supe. Simplemente. La criatura rugió mientras la lanza se clavaba en su espalda. Tembló, mientras el fuego ardía en su oscuridad. Sus tentáculos intentaron llegar a ella. Quitársela, pero Colin no dudó en dejarse caer desde la altura para afirmarla.

La criatura centró toda su atención en aquello. En Colin. En la lanza que hacía que su cuerpo ardiera y en cómo aquella arma mágica era capaz de consumirlo todo. Incluso a la propia oscuridad. Kellan no perdió la oportunidad. Tras dar un par de zancadas para coger carrerilla, saltó como jamás un humano sería capaz de hacer. En sus

manos aparecieron dos espadas que cortaron el aire antes de impactar sobre aquella masa de aspecto tétrico que nada tenía que ver con cualquier cosa que jamás hubiera visto o imaginado antes. Sentí la oscuridad gotear sobre la tierra. Mi tierra. Sangre que era maldad en estado puro. El fuego de Assal ardiendo en la criatura que ya apenas podía oponer resistencia alguna, mientras su vida se extinguía a través de las heridas que Kellan le acababa de hacer y su oscuridad se consumía por la sed, insaciable, de Assal.

Sangraba a borbotones, en cantidad, incluso si yo había tenido dudas de si aquello podía sangrar. Y entonces empezó a convulsionar. Colin saltó dejando que las llamas de Assal siguieran alimentándose de él y finalmente la criatura se derrumbó.

Sin más.

Fue entonces cuando un trueno rugió en el cielo y un rayo cruzó el aire con violencia, ira en estado puro. La bruma que habían creado Ares y Mila frenó ligeramente su avance, como si parte de su poder se perdiera al traspasarla. Un árbol, a pocos pasos de Ares y Mila, fue donde acabó impactando. El fuego ascendió en apenas una fracción de segundo devorando su tallo y sus ramas con una voracidad que me recordó a la lanza de Lug. Magia, sí, pero una magia oscura que tenía matices incontrolables. ¿Habían desviado Ares y Mila con su bruma el objetivo de aquel rayo? ¿O acaso era solo un aviso?

No, no sería tan ilusa como para pensar que aquello era una coincidencia. Las brujas. Si sus advertencias no habían sido suficiente ahora era consciente de que Ares tenía razón. Habíamos despertado algo que tenía toda la pinta de que nos traería serios problemas. Ya no había marcha atrás. Tenía esa sensación de cuando das un paso hacia adelante y de repente la corriente te arrastra varios pasos hacia atrás sin que apenas seas consciente.

Sentí la oscuridad que quería filtrarse en la tierra. Esa maldad que goteaba de las heridas de la criatura que yacía muerta. Como si esa sangre derramada intentara pervertir y perpetuarse de alguna forma, contaminando un lugar cuya pureza era evidente para todos. Apreté los dientes, irritada con aquello. Joder. Incluso muerto tenía que tocarme los ovarios. Dejé que la luz se expandiera. Grace y Margaret hicieron lo mismo y sentí esa conexión que me unía a ellas. Y a Ares. ¿A Ares? ¿Qué pintaba él con nosotras?

Apreté los labios. Centrándome en la magia. Kellan. Su energía latía con fuerza. Por primera vez fui consciente del significado de lo que Margaret había dicho. Ejes. Nexos. La forma en que unos y otros nos conectábamos y reforzábamos algo mucho más grande. Algo que de alguna forma era de todos y a la vez todos formábamos parte de él. Mila. Pequeñas hebras invisibles de magia que nos unían a su persona por nuestra amistad, supongo. A través de ella alcanzábamos a Colin,

sí, pero también a Ares y a Kevin y Kellan. Sospeché que también al resto de la tribu. Pero nuestra red era mucho más compleja que eso. Los lazos entre Kellan y sus primos eran fuertes, y allí, en ese caos de energías que fluían en el Portal de las Hadas, pude ver esas hebras brillantes, cargadas de emociones, entre Kellan y yo. Era lo más hermoso que había visto nunca.

—¡Expulsadlo! —nos ordenó Ares obligándome a centrar mi atención en la oscuridad y no en la luz. Nuestra luz. Éramos luz y la luz que nos unía creando conexiones que nos fortalecían.

Por norma general, no soy de las que aceptan órdenes, pero por una vez me quedé calladita y apreté mis puños con fuerza hasta que los nudillos se volvieron de color blanco. Vale, genial. Era muy fácil decirlo, pero ¿cómo coño expulsábamos nosotras eso? Quizás yo no tenía la respuesta, pero mis alas empezaron a moverse a mi espalda con brío. No fui consciente de esta volando, incluso cuando estaba haciéndolo. Observé el castillo. Mi castillo. La lanza de Lug aún ardía, con fuerza, sobre la masa de color negro de formas mal definidas. Una criatura creada por la magia negra.

Sentí las conexiones y cómo la estela de nuestra magia brillaba con intensidad. Como en mis sueños. Solo sobraba aquello. Esa oscuridad, muerte. Me quedé presa de esa sensación y entonces sentí su presencia. La de ella.

A mi lado. Volando como debió de haber hecho antaño. Colocó sus manos frente a ella, cruzando los antebrazos y la imité. Sentí la magia venir a mí. La del aire que me rodeaba, pero también la de las personas que luchaban a mi lado, desde la tierra. La luz de Kellan me llegó casi con violencia, como si fuera un chute de azúcar y cafeína cuando estás de bajón. Y poco a poco llegaron las otras. Grace y Margaret nos observaron y colocaron sus manos de la misma manera. Mis sueños. Mi pasado. Todo tenía sentido. Ese era mi destino. Mi legado. Restaurar el Portal de las Hadas.

Y lo hicimos. Nuestra luz se fue expandiendo y tal y como había dicho Ares, donde hay luz, no puede existir oscuridad. Se fundió, desapareció o lo que sea que hacen ese tipo de cosas. Y todo empezó a brillar, con fuerza, mientras donde la oscuridad había creado sombras, la luz hacía que la naturaleza brotara. Los campos se tiñeron de flores, las piedras de verde musgo y el aire se impregnó de dulces fragancias. Todo lo que nos rodeaba se convirtió en lo que había sido. Un lugar de culto. Un lugar de peregrinación. Un lugar de consuelo. Un lugar en el que la magia, el amor y la luz eran uno solo. Y sobre el Portal de las Hadas, un viejo castillo medio en ruinas se alzaba ahora con un porte majestuoso. Sonreí. Satisfecha. Y cansada. Empecé a temblar ligeramente, aunque mis alas parecían dispuestas a seguir sosteniéndome. Pude ver al hada sonreír antes de que su figura se

disipara en el aire.

¿Dónde?

Quería preguntarle tantas cosas y nunca parecía tener el tiempo para hacerlo.

—Salid de ahí —gritó Mila y sus palabras me hicieron reaccionar—. ¡Las chicas no van a aguantar mucho más!

Sinceramente, no tengo la más mínima idea de cómo se salía o cómo se entraba, pero algo hicieron. Pude sentir a Kellan más real, más presente, justo antes de que Grace perdiera el conocimiento. Y con eso, nuestra fuerza se debilitó considerablemente. Me tensé, intentando mantener el equilibrio, la concentración.

Busqué con la mirada a Margaret. A su alrededor habían aparecido infinidad de raíces que creaban una estrella de seis puntas cuyo núcleo era ella. Era fuerte. Tanto como su determinación. Mila llegó hasta ella. Supongo que había pensado que era el punto más débil de nuestra tríada, por su edad y eso, pero Margaret era de las que llevaban la contraria hasta en eso. Era tentador molestar a Grace con eso de que Margaret aguantaba más que ella. Sonreí.

Kellan llegó en apenas un suspiro hasta mi posición. Su ropa estaba manchada de sangre, o lo que fuera, aunque por su expresión estaba más divertido que otra cosa. Creo que le gustaba eso. Matar. Algo que debería preocuparme, al menos un poco, pero no lo hacía. Era un guerrero, después de todo.

—¿Piensas bajar algún día o tengo que volver a arrastrarte? —me soltó con una sonrisa altiva, orgullosa. Suspiré y simplemente me dejé caer.

Si le sorprendió aquello, no sabría decir, pero me recogió entre sus brazos como si no le costara esfuerzo alguno. Me besó y me dejé besar. Todo el miedo, el cansancio, la incertidumbre, quedó en un segundo término. Cerré los ojos y me dejé arropar. No me sentía capaz de ser yo misma. Solo quería que Kellan me abrazara y me mimara como si todo el resto no hubiera pasado.

Kevin llegó con una Grace, aún inconsciente, hasta nosotros. Sonreí al verla allí, durmiendo plácidamente entre sus brazos. Colin y Ares llegaron juntos. Colin no tardó en acercarse a Mila, que ayudaba a Margaret a caminar, mientras Ares miraba a Grace con algo parecido a curiosidad.

—Esa chica tiene la extraña costumbre de perder el conocimiento —masculló Ares.

—La última vez, Bres le había lanzado un conjuro de sueño —la defendió Mila y pude ver una pequeña sonrisa bailando en los ojos de Ares. Igual hasta tenía sentido del humor, el tipo.

Observé a Margaret. Parecía agotada y su rostro, por una vez, demostraba la verdadera edad que tenía. Se la veía anciana. Muy

anciana. Sentí un instinto protector respecto a ella y, como si de alguna forma ella hubiera podido sentir mi preocupación, me sonrió, como si aquello no tuviera importancia alguna. Hice como que no le daba más importancia, incluso si lo hacía. Por su ego, y eso. Podía ser vieja, pero tenía su personalidad.

—Han despertado —sentenció Kevin—. No era el ente el que hablaba. Las brujas siguen vivas.

—¿En serio? —ironizó Mila y me puse a reír por lo bajo, ganándome una de esas miradas frías de Ares.

—¿Van a ir a por ellas? —interrogó Kellan con voz ronca. Había preocupación en sus palabras.

—¿Las brujas? No—negó Ares—. Menosprecian su poder. Quizás enviarán a algún secuaz, Sluaghs o criaturas que habiten en las sombras, pero no perderán su tiempo con ellas. Al menos, no de momento.

—Eso ha sonado mal —murmuré por lo bajo.

—Eso ya puede ponerlas en peligro —intervino Mila—. ¿No hay alguna forma de protegerlas?

—Su magia es fuerte —afirmó Ares—. Si aprenden a usarla, podrán defenderse.

—¿Cómo? —le preguntó Margaret.

—Con entrenamiento —afirmó Ares.

—¡Yupi! —exclamé con un tono sarcástico que no pasó desapercibido a nadie. Kellan rio mientras me apretaba contra su cuerpo.

—Van a ir a por ti —afirmó Colin y añadió usando un cierto retintín el título con el que le habían llamado las brujas—. Príncipe de las Hadas.

—Es posible —afirmó Ares—. Y no creo que menosprecien el poder de un descendiente de Lug portador de Assal, tampoco. Ni de que siga con vida una diosa de la tribu. Druida, nada más y nada menos. Incluso si hay tintes de sensible en ella. No, eso tampoco les habrá pasado desapercibido.

—Genial —masculló Colin, tensándose.

—¿Alguna idea? —intervino Kevin.

—Nos vendría bien tener el caldero de Dagda —declaró Ares.

—¿El caldero de Dagda? —susurró Colin—. Se perdió. Nadie sabe con seguridad su localización.

—Lo escondió Anam —afirmó con media sonrisa—. Con él podríamos ocultar parte del rastro de las sensibles para hacerlas menos accesibles a las criaturas oscuras.

—Ya lo hiciste antes —señaló Mila—. Ocultarlas.

—Cierto —confesó Ares.

—¿Sabes dónde lo escondió? —le preguntó Kevin haciendo una

mueca.

—No —negó Ares—. Pero la conocí lo suficiente como para sospechar que nos dejó alguna pista.

—Como el colgante —susurró Mila mientras lo tomaba entre sus manos. Miró a Ares y tras tomarse su tiempo se lo quitó—. Creo que esto deberían tenerlo ellas. Van a necesitarte.

Ares hizo un gesto afirmativo con la cabeza y Mila se giró en dirección a Margaret. Le tendió el amuleto y ella lo tomó con manos temblorosas. Miró a Ares, que le sostuvo la mirada, y finalmente se lo colocó en el cuello. Ares la observó, sin decir nada.

—¿Tienes alguna idea de por dónde empezar a buscar el caldero? —le preguntó Kevin.

—Todo será revelado a su debido tiempo —susurró y tras mover las manos la luz le envolvió y donde estaba quedó solo ese residuo de magia, la estela de la grandeza del maldito-lo-que-fuera.

—Un tipo majo, en serio —bromeé. Mila empezó a reír. Cogió a Margaret de una mano y yo acepté la que me tendía a mí.

—Cuando empezó todo esto, estaba muy asustada —afirmó—. Jamás me imaginé que las personas más importantes de mi otra vida, las que siempre me habían acompañado, seguirían formando parte de esta.

—La verdad es que una vez te acostumbras, las alas molan —le confesé.

—¿Vamos a ver el castillo? —propuso Mila con voz suave.

—Mi castillo —susurré—. Le llamaré El Portal de las Hadas.

—Será un lugar de luz —aseguró Margaret.

—Y de fantasmas —murmuré mientras podía ver la silueta de largo pelo negro que nos miraba, con una sonrisa, desde las almenas. Todos miraron hacia allí. Supongo que algunos la vieron. Otros no. Recordé el nombre que Ares le había dado y decidí que era el momento de empezar de cero. *Ella* y yo—. En menudo fandango nos has metido, Beltane.

—*La luz iluminará de nuevo el horizonte* —susurró el viento—, *las hogueras arderán el uno de mayo y el Príncipe de las Hadas volverá a alzarse.*

—Genial, simplemente genial —murmuré a nadie en concreto. Miré el edificio en ruinas. ¿Podía dejar todo eso para cuando hubiera acabado las obras al menos?

XXXVI

Uno de Mayo

UNO de mayo. Las obras habían avanzado mucho, sin nuevas incidencias relevantes. Sí, las tuberías de cobre tenían que ser substituidas por un material de-yo-qué-sé-qué y habían ido saliendo mil problemas a lo largo de los meses, pero nada de eso importaba realmente. Ya no. Observé el frontal de mi castillo con orgullo y fascinación. El sol bañaba las paredes de piedra de Leim Ui Bhanain dándole mil tonalidades diferentes a la piedra. Tonalidades cálidas, como la calidez que podía sentirse por la magia que escondía. Leap Castle. Mi castillo.

Nada tenía que ver con aquella primera imagen que tenía de él, oculto entre las sombras de las nubes y el agua goteando por sus paredes. Seguía siendo igual de impresionante, pero su vibración era diferente. Nada quedaba de la oscuridad que había sido atribuida a los fantasmas y que nada tenía que ver con ellos.

Sonreí al ver a las mellizas jugar al escondite entre los andamios y cómo los obreros trabajaban ajenos a su presencia. Eran fantasmas, sí, pero tenían un punto adorable. Nunca se dirigían a nosotras. Solo cuchicheaban entre ellas y nos miraban entre risas. Sospechaba que, si pudiera escuchar sus conversaciones, yo también me moriría de la risa.

Ellas no eran las únicas habitantes no visibles en Leap Castle. No, no hablo de Beltane. Había otros fantasmas. Humanos que encontraron la muerte entre aquellas paredes y su espíritu de alguna forma quedó retenido por la magia del Portal. Estaba el anciano que solía aparecerse cuando encendíamos la chimenea del edificio central y se sentaba frente a ella, dejando su mirada perdida entre las llamas mientras parecía reflexionar sobre algo. ¿Su vida? ¿Su muerte? Algún día encontraría el tiempo de intentar hablar con él. Luego estaba la dama que vestía un precioso vestido de color rojo. Solía caminar de noche por los pasillos y se desvanecía cuando sentía la presencia de alguien. Fantasmas, sí. Pero de lo más majos. No, no eran para nada molestos. He tenido vecinos mucho peores, en serio. Creo que estaban satisfechos con eso de que el ente hubiera desaparecido y solían mostrarme de alguna forma su respeto. O eso quería pensar yo, vamos.

Caminé, con Mila a mi lado, hasta el pequeño montículo desde el que podía verse la estructura al completo. Me gustaba sentarme allí y simplemente observar el tiempo pasar. Cómo todo avanzaba,

lentamente. Cómo los andamios habían sido vueltos a alzar, cómo los pilares, las vigas, las paredes, poco a poco eran reconstruidos. Y me encantaba hacerlo con ella a mi lado, como en los viejos tiempos. No, ya no había más secretos entre nosotras. Volvíamos a ser como hermanas. Éramos hermanas. A nuestra manera.

Nos sentamos en el suelo. No era la primera vez que lo hacíamos. Ambas conectábamos con aquello. Éramos dos sensibles, después de todo. Cada una con sus particularidades. Anormales ambas, sí, eso, pero dicho en bonito. Dejé que mi mirada vagara sobre aquello y sentí un tirón que me llevó a mirar de nuevo las almenas.

Allí estaba *ella*. Beltane.

—Vuelve a estar allí —le dije a Mila. La buscó con su mirada. Era su sitio predilecto. Solía observarnos desde allí pero no había hecho intento alguno de volver a comunicarse con nosotras. Era un poco caprichosa, probablemente.

—¿Crees que está contenta? —me preguntó Mila.

—Después de que nos jugáramos la vida para liberar este sitio, digo yo que no puede quejarse —observé.

—Incluso muerta, sigue velando por el Portal —susurró Mila—. La admiro.

—No sabría qué decirte —murmuré. Mis sentimientos respecto al hada eran contradictorios. A ver, tenía dos alas a mi espalda y ella era la culpable. Que, a ver, con el tiempo, me estaba habituando a ellas.

Lo de volar molaba. Pero no le perdonaba que no nos hubiera avisado de lo que podía sucedernos. Y no habernos dado opción a elegir. Algo, vamos. Nos había metido en el fregado sin piedad alguna. Por no hablar de que seguía sin entender por qué durante tanto tiempo había estado preparándome para aquello. A su manera, sí. Con bonitos sueños de hadas jugueteando en el aire y mucha purpurina en vez de con criaturas oscuras y brujas llenas de verrugas. Debo de admitir que había conseguido su objetivo, así que, como estratega, la muerta era buena.

Sentí el viento arremolinarse a nuestro alrededor. Varias mariposas de color blanco empezaron a revolotear a poca distancia de nosotras. Me recordó a la arboleda de Mila y Colin. Solíamos ir allí de tanto en tanto, para liberar nuestra magia sin miedo a que los vecinos de Margaret llamaran a la policía. Allí todo era más fácil. Conectar con la naturaleza y liberar nuestro poder sin miedo a ser vistas. Mila no vivía en una casita cualquiera en un pueblecito perdido quién sabe dónde. La tía vivía en una puta arboleda mágica. Uno de esos bosques que salen ilustrados en los cuentos de hadas. Podía entender que Mila hubiera preferido esa pequeña casa de piedra a un enorme piso con todos los lujos posibles en medio de la ciudad. La magia tira.

Ver a Mila y a Colin allí había sido extraño. Y precioso. La conexión

entre ellos. Su magia. Druidas. Siempre había desconfiado de aquella relación y sin embargo ahora era consciente de mi error. Muchas cosas habían cambiado. En Mila. Y en mí.

Pensé en Kellan. Pasaban las semanas y las cosas se estaban asentando entre nosotros. No digo enfriando. Con Kellan cerca, todo ardía. Siempre. Nuestras vidas parecían empezar a encajar como si siempre hubiéramos estado esperando justamente eso. No es que los modales de Kellan hubieran cambiado. Ni esperaba que cambiaran, realmente. Pero incluso con ello, no tenía duda alguna de que era realmente mi hombre. Aunque eso a él no pensaba decírselo, claro. Tampoco es que él lo necesitara. Nuestras miradas, la forma en la que nos besábamos y esa necesidad, voraz, que teníamos el uno por el otro, hablaban por sí solas

Sentí una corriente de aire cálida. Pude ver la silueta pálida de Beltane alzar el vuelo, dejando tras ella una suave estela. Tragué saliva mientras observaba cómo empezaba a volar. Alejándose del castillo y sobrevolando el prado. Creo que era la primera vez que hacía algo así.

—Viene hacia nosotras —susurró Mila que estaba al menos tan impresionada como yo.

Ella no había hablado nunca con ella y, aunque sí que había visto al resto de los fantasmas a distancia, nunca había tenido el placer de encontrarse con uno de ellos cara a cara. Tampoco los buscaba, la verdad. Creo que le daban un poco de repelús.

—Uno de mayo —susurré.

—*Uno de mayo* —afirmó el hada posándose frente a nosotras. Se sentó en el suelo con un gesto delicado y hasta diría sensual. Era gracia en estado puro. Una bailarina de gestos suaves y precisos cuya belleza admito que era deslumbrante. Incluso estando muerta. Hay que joderse.

—Ares nos dijo que encendías hogueras el uno de mayo para avisar a los pastores —le dije con voz suave. Lo había recordado aquella mañana y había sentido la necesidad de ir allí. Como si de alguna fuera quisiera honrar su recuerdo.

—*Y las volveremos a encender* —susurró con suavidad. Su voz era dulce. Melódica.

—¿Quieres que hagamos una hoguera? —le pregunté con curiosidad.

—*Cuando el sol se ponga* —afirmó sonriéndome. Colocó su mano sobre el manto verde que nos sostenía, abriendo los dedos, como si disfrutara de ese contacto—. *Volveremos a alzarnos. Nuestra tierra lleva demasiado tiempo esperando.*

—¿Esperando qué? —le preguntó Mila.

—*El poder de la tribu, el poder de los antiguos, no ha muerto* —nos

dijo—. *Despertó el día en que la legítima Reina de los Tuatha de Danann anunció su regreso. Su magia, vuestra magia, nuestra magia, siempre ha estado aquí, esperando que volvamos a alzarnos. Esta tierra es vuestro legado.*

—Reina —susurré mirando a Mila.

—*Su derecho fue reconocido por todos los descendientes de la tribu* —afirmó Beltane mirándome y luego inclinó ligeramente la cabeza para observar a Mila.

—¡Qué calladito te tenías eso en concreto! —le recriminé a Mila.

—No es exactamente así —negó ella—. Cuando nos enfrentamos a Bres lo hicimos como uno solo. Yo estaba agotada y ellos simplemente me apoyaron.

—*Magia de sangre* —susurró el hada—. *A manos de una sensible. Somos uno. Todos nosotros.*

—Lo somos —susurró Mila haciendo un gesto afirmativo.

—Las brujas —le dije a Beltane—, las que mataron a las diosas y le dieron al fomoriano el poder de mataros, siguen vivas.

—*Siempre lo han estado* —aseguró Beltane.

—Gracias por darnos siempre la información a medias —le recriminé y añadí batiendo mis alas, a mi espalda—. Y por esto.

—*Siempre fue tu destino* —susurró. No, no había pillado que estaba siendo sarcástica.

—¿Por qué? —le preguntó Mila. Buena pregunta. Chica lista.

—*Porque ella y yo, somos uno* —le contestó el hada a Mila y luego sus ojos buscaron los míos.

—¿Podrías ser un poco más precisa en eso en concreto? —le pedí sintiendo mi corazón palpitar con fuerza.

—*Hacía varios siglos que guardaba este sitio cuando él llegó* —susurró Beltane con suavidad—. *Un mortal.*

—Un mortal —repetí temiéndome el resto de la historia, pero necesitando escucharla.

—*Él edificó este castillo* —susurró cerrando los ojos y pude sentir su tristeza—*, para que pudiéramos estar juntos. Engendramos una niña. Solo una. Pero entonces llegaron ellos. Guiados por las brujas. Mortales con la mente emponzoñada. Le insté a huir, lejos de esta tierra que nos da la fuerza, pero también nos vuelve vulnerables a su presencia.*

—A veces tenía un sexto sentido —susurré—. Pero fue cuando llevaba un tiempo aquí que empecé a sentir y a ver como un sensible.

—*Nuestra magia. Nuestro poder. Todo depende de esta tierra* —susurró ella—. *Igual que les sucede a los miembros de la tribu.*

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—No fue una casualidad que Kellan viniera a la boda de Ana. —Fue Mila la que respondió—. Cuando se alejan de Irlanda pierden parte de su fortaleza. Si se alejan durante años, envejecen, por ejemplo.

—¿En serio? —le pregunté totalmente sorprendida.

—Vuelven a rejuvenecer cuando vuelven, en cualquier caso —me informó Mila encogiéndose de hombros—. Pero no suelen pasar temporadas largas lejos de Irlanda, en cualquier caso.

—¿Quieres decir que soy descendiente tuya? —le pregunté a Beltane en un susurro.

—*Lo eres* —aseguró con voz orgullosa—. *Por eso pude llegar a ti cuando supe que había llegado el momento.*

—¿Era ese tu asunto pendiente? —le pregunté emocionada y preocupada al mismo tiempo. No quería que simplemente desapareciera.

—*Soy la guardiana del Portal de las Hadas* —me susurró—. *Mientras mi sangre siga latiendo en un ser vivo, seguiré cumpliendo con ese cometido. Mi obligación ahora es tu legado. Nuestro legado. Porque somos una como una fuimos. Ni viva, ni muerta, simplemente existiendo.*

—¿Eso es normal? —preguntó Mila observando a Beltane con asombro—. Seguir existiendo pese a la muerte.

—*Nunca fui un hada cualquiera.*

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—*Ares, hijo de Áine, el Príncipe de las Hadas, es mi padre* —nos dijo —. *Fui engendrada antes de la maldición de Dagda. Magia de la tribu corre por mis venas. Por tus venas. Y eso nos hace y nos hará siempre especiales.*

—Genial, simplemente genial —gruñí. De nuevo.

Ares el Blanco era algo así como mi tatarabuelo.

Epílogo.

MILA llegó a mí cuando ya me flaqueaban las fuerzas. Suspiré cuando su brazo rodeó mi cintura. Su mirada era luz. Una luz entre blanca y lila que evidenciaba que ella era especial. Siempre lo había sido. Sonreía al evidenciar la mujer en la que se había convertido mi niña. Mi pequeña niña. La que nunca había tenido. La que siempre había deseado.

Observé el castillo de Marisa. Leap Castle. Tantos años de sufrimiento. Tantas muertes. ¿Para qué? Para nada, realmente. Me sentía fascinada por la sensación de pureza que transmitía ahora. Nada que ver con la oscuridad, tétrica, que había habitado en él durante tantos siglos.

Pese a la fatiga, me sentía fuerte. La magia tenía ese efecto en mi anciano cuerpo. No diré decrépito. Pocos sospechaban mi verdadera edad. No sería yo quién se la dijera.

Dejé que Mila me ayudara, agradecida. Me sorprendió las raíces que habían crecido alrededor de mí durante aquellos minutos que habíamos estado manteniendo abierto el Portal de las Hadas. Jamás habría pensado ser capaz de llevar a cabo una empresa como aquella. De que la luz que habitaba en mi interior brillara con aquella intensidad. Aunque tampoco había sospechado jamás que acabaría teniendo alas. Eso es cierto.

La vida a veces trae sorpresas.

De lo más extrañas.

Caminamos con pasos pequeños, lentos. Mila y yo. No podía obviar las similitudes entre ella y Anam. Esas pecas que salpicaban su rostro. Polvo de hada, solía decir Anam cuando Mila era tan solo un bebé.

Últimamente pensaba mucho en ella. En todo lo que había aprendido a su lado. En lo orgullosa que estaría de Mila. Ella había renunciado a ser quien era. Jamás habría pensado, sospechado, que era el destino de su hija reconstruir el linaje que ella había rechazado. Pasado. Presente. Y futuro.

Observé a Marisa, parcialmente enterrada en los brazos de Kellan. Era un guerrero formidable, realmente. Obstinado y orgulloso como mi joven amiga. Les iría bien. Frente a nosotros, Kevin llevaba en sus brazos a Grace. Había sentido cómo perdía el conocimiento y cómo la fuerza de nuestra Triqueta se perdía. Éramos tres y éramos una. Así lo había dispuesto la magia antigua. Apreté los labios con cierta tristeza. No podía fallarles. A ellas. Debería aferrarme a la vida o su fuerza se achicaría.

Algo que no era fácil. Negar la muerte. Me sentía cansada. Débil. Necesitaba volver a casa. Pronto.

Colin llegó caminando junto a Ares. Era imposible no ser consciente

de él. De su presencia. De esa aura que parecía envolverle y cómo todo parecía amoldarse a él. La energía, la luz, la vida. No había envejecido. Sus ojos seguían siendo ligeramente rasgados y no podían observarse arrugas en ellos. Los años no nos habían afectado de la misma manera. Él era un dios, después de todo. Y yo solo una vieja sensible con muchos sueños rotos y una vida que nunca dejaba de sorprenderme.

Ares tenía su extraño báculo y caminaba usándolo a modo de bastón. Era anciano. Mucho más que todos nosotros y, sin embargo, su aspecto era simplemente perfecto. Siempre lo había sido. Suspiré cansada. El peso del tiempo estaba haciendo mella en mí. Cada vez más rápido.

—Esa chica tiene la extraña costumbre de perder el conocimiento —criticó Ares.

—La última vez, Bres le había lanzado un conjuro de sueño —la defendió Mila y pude ver una pequeña sonrisa bailando en los ojos de Ares.

Era un hombre extremadamente apuesto y, aunque parecía poco expresivo, podía sentir que era en parte un mecanismo de defensa. Había visto morir a demasiada gente. Había visto a su tribu darle la espalda. Sabía que era un alma torturada que no esperaba encontrar el perdón y que parecía obviar que era luz, pura luz, todo él. Llevaba viviendo solo demasiado tiempo.

Marisa me observó con aspecto preocupado. Le sonreí. Se había hecho un hueco enorme en mi corazón. La encontraría a faltar en casa. Porque sí, sabía que estaba allí de paso. Su verdadero hogar se hallaba frente a mí. Soy una sensible, después de todo.

—Han despertado —susurró Kevin—. No era el ente el que hablaba. Las brujas siguen vivas.

—¿En serio? —soltó Mila y tuve que contenerme la risa. Nos lo merecíamos. Reír, quiero decir.

—Cierto —afirmó Ares.

—¿Van a ir a por ellas? —interrogó Kellan con voz ronca. Había preocupación en sus palabras.

—¿Las brujas? No—negó Ares—. Menosprecian su poder. Quizás enviarán a algún secuaz, Sluaghs o criaturas que habiten en las sombras, pero no perderán su tiempo con ellas. Al menos, no de momento.

—Eso ha sonado mal —murmuró Marisa por lo bajo, que no era capaz de contener su mordaz lengua. Aunque no podía negarse que razón tenía. Sonaba fatal.

—Eso ya puede ponerlas en peligro —intervino Mila—. ¿No hay alguna forma de protegerlas?

—Su magia es fuerte —afirmó Ares—. Si aprenden a usarla, podrán

defenderse.

—¿Cómo? —le pregunté y sus ojos azules me miraron mientras me respondía.

—Con entrenamiento.

—¡Yupi! —exclamó Marisa con un tono sarcástico mientras el guerrero la apretujaba contra él y reía por lo bajo.

—Van a ir a por ti —afirmó Colin y añadió usando un cierto retintín el título con el que le habían llamado las brujas—. Príncipe de las Hadas.

—Es posible —afirmó Ares—. Y no creo que menosprecien el poder de un descendiente de Lug portador de Assal, tampoco. Ni de que siga con vida una diosa de la tribu. Druida, nada más y nada menos. Incluso si hay tintes de sensible en ella. No, eso tampoco les habrá pasado desapercibido.

—Genial —masculló Colin, tensándose. Sonreí al ver cómo le había cambiado la expresión, esa vena protectora que demostraba constantemente por Mila. Me gustaba eso de él. La forma que tenía de preocuparse por ella. Era bonito.

—¿Alguna idea? —intervino Kevin.

—Nos vendría bien tener el caldero de Dagda —declaró Ares.

—¿El caldero de Dagda? —susurró Colin—. Se perdió. Nadie sabe con seguridad su localización.

—Lo escondió Anam —afirmó con media sonrisa—. Con él podríamos ocultar parte del rastro de las sensibles para hacerlas menos accesibles a las criaturas oscuras.

—Ya lo hiciste antes —señaló Mila—. Ocultarlas.

—Cierto —confesó Ares.

—¿Sabes dónde lo escondió? —le preguntó Kevin haciendo una mueca.

—No —negó Ares—. Pero la conocí lo suficiente como para sospechar que nos dejó alguna pista.

—Como el colgante —susurró Mila mientras lo tomaba entre sus manos. Miró a Ares y tras tomarse su tiempo se lo quitó—. Creo que esto deberían tenerlo ellas. Van a necesitarte.

Ares hizo un gesto afirmativo con la cabeza y Mila se giró hacia mí. Me tensé. Sus ojos presos en los míos. ¿Podía ella saberlo? ¿Sentirlo? Su mano se alzó y el colgante de Anam quedó frente a mí. Para que lo tomara. Intenté respirar con normalidad. Era su legado. Y el de Ares. Un vínculo que siempre hubo entre ellos. Hermanos. Amantes. Temblé ligeramente mientras lo tomaba. Esperaba que dieran por sentado que era por la fatiga. Podría serlo.

Me lo coloqué en el cuello y sentí el metal caliente contra mi piel, en contra de lo que podía esperar. Alcé la mirada para observar a Ares. Sus ojos brillaban. Creo que sentía algo. Orgullo. Yo al fin y al

cabo era medio hada ahora. Y él siempre había vivido entre ellas. Príncipe de las Hadas.

Era una estupidez por mi parte pensar en él de la forma en la que a veces lo hacía. Ares era un dios. Antiguo. Un druida cuyo poder pocos podrían llegar a describir. Había disfrutado de placeres que yo jamás había conocido. Ni conocería. Y, sin embargo, en ese momento, él solo parecía tener ojos para mí. Y eso me hizo sentir más fuerte. Me hizo olvidar, durante unos segundos, todos los motivos por los que aquello no tenía sentido ni fundamento alguno. Pero la realidad volvió a mí. Siempre vuelve.

Sentí mis ancianos huesos y el dolor, sutil, que se expandía por todo mi cuerpo. Los años. Era triste, saberme vieja, cuando aún tenía tantas cosas por aprender. Por descubrir. Pero era una realidad que se hacía más evidente cada día. Cada noche. Incluso Ares tenía que sentirlo. Cómo la vida se me empezaba a escapar, cual ladrón, entre las manos. Solo me arrepentía de las cosas que no había hecho.

—¿Tienes alguna idea de por dónde empezar a buscar el caldero? —le preguntó Kevin.

—Todo será revelado a su debido tiempo —susurró y tras mover las manos la luz le envolvió y donde estaba quedó solo ese residuo de magia, la estela de la grandeza del maldito-lo-que-fuera.

—Un tipo majo, en serio —bromeó Margaret y Mila empezó a reír.

Mi niña me cogió de la mano y luego le tendió la otra a Marisa antes de añadir, mirándonos:

—Cuando empezó todo esto, estaba muy asustada —empezó—. Jamás me imaginé que las personas más importantes de mi otra vida, las que siempre me habían acompañado, seguirían formando parte de esta.

—La verdad es que una vez te acostumbras, las alas molan —soltó la descerebrada de Marisa haciéndome sonreír.

—¿Vamos a ver el castillo? —propuso Mila con voz suave.

—Mi castillo —susurró Marisa—. Le llamaré El Portal de las Hadas.

—Será un lugar de luz —le dije

—Y de fantasmas —murmuró Marisa mientras miraba hacia las almenas. Allí había alguien. O algo. Una sombra con rostro de mujer y largo cabello negro.—. En menudo fandango nos has metido, Beltane.

Observé a la que antaño fue una guardiana. Había algo especial en ella. Sentí como si su mirada se posara en mí y una calidez ardió en mi anciano corazón, haciendo que latiera más fuerte.

—*La luz iluminará de nuevo el horizonte* —susurró el viento—, *las hogueras arderán el uno de mayo y el Príncipe de las Hadas volverá a alzarse.*

—Genial, simplemente genial —murmuró Marisa.

Me quedé quieta, pensando en sus palabras. El Príncipe de las

Hadas. Volverá a alzarse. Ares.

Queridas lectoras,

Es maravilloso poder compartir con vosotras una nueva historia, en este caso de la saga Sensible. Sí, sé que el primer libro fue totalmente cerrado y aquí os dejo abiertas muchas tramas y que me odiáis un poquito. O bastante.

Gracias a todas las que me seguís en Instragram @pujadascristina y compartís mis posts dándome a conocer a vuestros conocidos y amigos. Gracias a María Villora, una vez más, por hacer que este libro cobrara fuerza: los mejores capítulos siempre tienen un algo de ella. Gracias también a @fantasyliterature por volver a crear una portada maravillosa, algo que se está convirtiendo en una tradición ya en esta saga. No voy a olvidarme de otra lectora, una cazadora infatigable de acentos, comas, letras giradas y errores tipográficos varios, @trotalibros_vdn.

Y a todas vosotras.

Por estar aquí.

Cristina

¡Feliz lectura!

*** Saga Ángeles Caídos

Luz, la historia de una híbrida mitad ángel y mitad demonio que intenta vivir entre humanos, fue la primera publicación de @pujadascristina en julio de 2018. Tras la buena recepción del libro por los amantes del género romántico paranormal, fueron saliendo las historias del resto de los hermanos. Tras el gran entusiasmo, en 2020 publiqué la primera entrega de la siguiente generación de híbridos con la promesa de ir narrando las historias de estos nuevos personajes, así como la de sus progenitores, en los próximos años. Libros independiente de <350 páginas que han estado entre los más vendidos de Amazon en la categoría de fantasía paranormal, desde su publicación.

"Y una vez más, desconecté totalmente con cada palabra."

"Como todas las demás, preciosa. Gracias por regalarnos esta historia."

"Son todos libros que merece la pena leer"

"Libros muy amenos, historias bonitas. Muy recomendables. Yo seguro q repito con esta autora."

Luz (#1)

Luz Forns, mitad ángel y mitad demonio, tenía claro lo que deseaba en la vida. Mezclarse entre humanos, pasar inadvertida durante el instituto y poder entrar en alguna facultad de medicina para poder desarrollar sus habilidades sanadoras. Todo parecía fácil, en teoría. Hasta que un chico con una pequeña porción de demonio decide que quiere entrar a formar parte de esa vida, quiera o no Luz.

Alec (#2)

Anna vive con su mejor amiga desde hace más de un año. Se podría decir que no es lo más habitual en una chica que está estudiando el último curso de bachillerato, pero cosas más extrañas hay en su vida. Para empezar, su mejor amiga no es humana. Y si hasta ahora eso no había sido un problema, la aparición de su hermano mayor Alec, un guerrero dominante y poco social del que se siente perdidamente atraída pese a su actitud (y su sentido común), empieza a complicarlo todo. Si sumamos un exnovio que reaparece en su vida y una demonio igual de déspota que Alec que aparece casi por casualidad, las cosas pueden complicarse un poco.

Dan (#3)

La vida de Elisabeth no había sido fácil, pero conseguía mantenerse a flote en un piso compartido dando clases de danza y haciendo

representaciones de danza tribal en locales y restaurantes, mientras estudiaba interpretación con el sueño de convertirse en actriz algún día. Hasta que una noche, un sexto sentido la advierte de que alguien la sigue en la oscuridad y sin saber cómo, se encuentra suspirando por los contrastes de Dan Forns, un investigador privado que parece convencido de que su vida corre peligro. Mientras una extraña conexión nace entre ellos, Elisabeth se verá obligada a conocer un mundo que no es el suyo y deberá decidir si merece la pena recordar todo lo que ha vivido o si es más fácil olvidar, y simplemente volver a su antigua vida.

Ricard (#4)

Ona sabe que su final está próximo cuando un oscuro demonio aparece en su oficina, observándola desde la distancia en silencio. Mitad humana y mitad ángel, ha pasado toda su vida sabiendo que no moriría de anciana. Perseguida siendo niña, perdió a su padre en un ataque. Había aprendido a reconocerlos y a usar sus don, o la maldición, de la verdad. Podía detectarla y estaba condenada a no mentir. Aunque ya nada tenía demasiada importancia, mientras los ojos negros del demonio la miraban como si tuviera todo el tiempo del mundo. Pero Ona no sentía miedo. Sino una emoción totalmente diferente, aunque no tuviera sentido. El condenado era apuesto. Y su fría mirada, desprovista de emociones, le hacía sentir un hormigueo en la piel que era cálido, casi como una caricia. Aún no estaba muerta, pero lo que estaba claro es que ya se estaba volviendo loca. Del todo.

Sonia (#5)

No es fácil ser la menor de una familia de híbridos con impresionante poderes y no tener nada destacable a diferencia del resto. No me quejo. No soy de quejarme. Me va más lo de salir de caza, dar una buena paliza a algún demonio abusón y con un poco de suerte acabar con Anna de compras en algún sitio gótico de esos con mucho cuero y cadenas. Había tardado mucho tiempo en que mi padre y mis hermanos mayores, me dieran la autoridad necesaria para crear mi propio grupo de asalto. Pero no esperaba que mi pasado volviera a mí justo en ese momento. Ni de aquella manera. Mi gran error. Gru.

¡Edición Kindle y papel con los libros I-V disponible en Amazon!

Alba (#6)

Me llamo Alba Guix Forns. En general tiendo a ser un poco introvertida y admito que a veces me permito ser un poco borde. Es

más por un mecanismo de defensa, para alejar a la gente, que por carácter o deleite personal. Quiero decir que no disfruto marginándome pero soy una superviviente y soy consciente de que es lo más seguro para todos. Es diferente cuando estoy con mis primos. Supongo que porque con ellos no tengo que fingir ser algo que no soy. Vamos, que no tengo que hacer ver que soy normal. Porque no, no lo soy. Para nada.

Mis primos dicen que soy una chupóptera y aunque el nombre me repatea por completo no puedo negar que es bastante preciso. No es que tenga nada en contra de mi bisabuelo, pero no queda bien decir que tienes a un exterminador en la familia. No es que ayude a hacer amigos eso de tener la capacidad de drenar la energía vital de alguien con un simple contacto. Antiguamente eran temidos por los ángeles pero cuando éstos prácticamente se extinguieron, muchos exterminadores empezaron a alimentarse de híbridos. Y de allí pasaron a catar humanos o incluso a otros demonios. Mal rollo. De aquí a que nadie quiera a un exterminador cerca. O nadie con sentido común, vamos. Y sí, entre todas las maravillosas habilidades que me podrían haber tocado, me tocó justamente esa. Pero nunca se ha de perder por completo la esperanza. Si os soy sincera, yo no creía en esas cosas. El amor y eso. Al menos no creía que fuera algo que pudiera sucederme a mí. Ilusa. Pero será mejor que empiece mi historia por el principio. Todo empezó en un lúgubre castillo perdido en medio de la nada…

Oscar (#7)

Me llamo Oscar Forns Vinci aunque supongo que mi nombre no os dice nada. En este mundo soy uno más del montón. Más o menos. Soy de esas personas podríamos llamar sociables, o al menos, podría decirse que soy de lo más presentable de la familia. Estudio, juego en un equipo deportivo y en general todo se me da más o menos bien. Aunque hay algo en lo que sobresalgo, incluso siendo un mero híbrido, que tengo que mantener más o menos controlado para fingir ser normal. Algo que me viene dado por la herencia, no del todo humana, de mi padre. En parte es un don, en parte un instinto y en parte simplemente es lo que soy.

No, mi padre no es humano. Y tampoco es que se esfuerce mucho en parecerlo, si os soy sincero. Mi hermano mellizo y yo estamos bastante acostumbrados a vivir entre esos dos mundos: la siniestra oscuridad en la que vive nuestro padre y la realidad en la que creció nuestra madre humana. Y nos está bien así. Ambas realidades forman parte de nosotros aunque nos hemos visto obligados a esconder parte de lo que somos y vivir entre humanos. Como casi todos nuestros primos. Supongo que por eso solo con ellos podemos ser nosotros mismos.

Y con todo, mi vida está bien así. No diré que sea perfecta pero no puedo quejarme. No quiero complicaciones. Solo un poco de emoción de tanto en tanto. Y así fue como justamente buscando eso, un poco de diversión, mi vida se complicó. A lo grande. Y todo por culpa de un demonio. Bueno, más bien de una mujer, el demonio podemos decir que fue un problema secundario. Y así fue como conocí a Amanda. Esta es mi historia. Y la de ella. Nuestra historia.

*** Saga Cómo Conquistar a un Genio

Primera saga romántica sin entrar en el género fantástico. Unas novelas ligeras con ambientación contemporánea en las que un peculiar grupo de genios formados por una informática un tanto aburrida de la vida, una dependienta de un sex-shop que se dedica a piratear las bases de datos de la policía en sus ratos libres, un deportista de élite viciado a las consolas y un gran ejecutivo que se entretiene analizando patrones de conducta van a descubrir que en la vida hasta los genios se merecen ser felices.

“Me ha parecido muy entretenida. La genialidad, en este caso de ella, es una factor muy importante para la pareja. Él la envuelve de forma magistral.”

Dando la Nota (#1)

Fabiana Spring nació siendo una niña genio. Encerrada entre sus ordenadores y sus amigos (más o menos virtuales), lleva el departamento de informática de una de las discográficas más potentes del país un poco por pasar el tiempo y sociabilizarse un poco, algo en lo que pese a sus altas capacitaciones, no es especialmente hábil. Un intento de robo de unos audios sin editar de uno de los grupos más populares del momento le obligan a conocer (y a trabajar) con Nick Terrier, un oscuro batería con tatuajes, signos claros de hostilidad y un culo que ni te cuento. Nada que una genio no pueda tener perfectamente controlado. Más o menos.

Dame una Pista (#2)

Musa nació siendo una niña genio pero mundo no estaba preparado para alguien como ella. Marginada e incomprendida, podría haberse convertido en una mujer introvertida, asustadiza y llena de complejos. Nada más lejos de la realidad. Musa no es de las que se rinde. No es de las que acepta un sí o un no simplemente porque alguien lo diga. Cree en la justicia, en la suya, en los ordenadores y en las pocas personas a las que quiere. Que son pocas. Trabaja en un sex shop para sociabilizar un rato mientras juega a crear perfiles de sus clientes cuando no está calculando mentalmente complejos algoritmos matemáticos. A Musa le gusta pisar fuerte y elevar el mentón cuando alguien la observa. Es una mujer dispuesta a retar al mundo entero y que encuentra que la vida es un juego que merece la pena ser jugado. Un poco por todo eso, Musa no podía negarse a ayudar al atractivo e inexpresivo inspector Mora en uno de sus casos. Tenía pinta de ser de lo más divertido. El caso, solo eso. Porque pensar en el estirado del inspector Mora no era para nada una buena idea. ¿Verdad)

*** Saga Duales

Sophie ha sido una chica encerrada en sí misma porque desde pequeña escucha una voz. Tras marchar a estudiar a otro condado, para alejarse de todos aquellos que la miran mal por su supuesta enfermedad, descubrirá que a veces las cosas no son lo que parecen y que su voz no es para nada, una mera alucinación. **Libros de más de 250 páginas**

“Es el primer libro que leo de esta autora y me ha sorprendido gratamente. Es una historia original. Me ha encantado la relación entre la protagonista y su otro yo, así como la relación con Gabriel con esas escenas llenas de erotismo y ternura. Estoy deseando leer la segunda parte.”

La voz (#1)

Puedo parecer una chica más o menos normal. La verdad es que me esfuerzo, aunque mi voz no siempre me lo pone fácil. Camino mirando al suelo, arrastrando mi maleta, acercándome a la que será mi nueva vida. He luchado para conseguir venir aquí. Empezar la universidad, en la otra punta del país, solo para alejarme de aquellos que me conocen o creen conocerme. Quiero dejar de ser la loca. La rarita. La que habla sola. Aunque en parte no puedo negar que hay algo de verdad en sus palabras. Desde niña he tenido una voz que me acompaña. Es una voz amiga, que me consuela, me anima y me aconseja. A veces. Otras, simplemente disfruta burlándose del mundo que nos rodea, con ese aire de sabelotodo que me pone de un humor de perros. Aunque no puedo enfadarme demasiado con ella, porqué en el fondo forma parte de mí. Siempre lo ha hecho.

El fénix (#2)

Quizás tendría que haber sospechado cuando mi dualidad se puso a babear por aquel hombre de ojos azules y cuerpo atlético. Quizás tendría que haberme intimidado cuando llegó hasta mí, testosterona en estado puro, confundiéndome con una tal Sophie. Su ex, nada más y nada menos. Quizás no había sido buena idea sugerir lo del hotel frente a la discoteca para pasar un buen rato, de esos sin compromisos, que me permito de tanto en tanto. Quizás tendría que haberme dado cuenta que la extraña atracción que sentía por ese hombre no era del todo normal. Pero tras pasar la mejor noche de mi vida, solo desearía que jamás hubiera sucedido. Porque si mi dualidad no se equivocaba, y para mi desgracia no suele equivocarse, ese no era un hombre cualquiera. Mi complemento, mi fortaleza y mi debilidad. Algo así como una profecía para mi dualidad, pero un problema con mayúsculas para mí. Porque si era todo eso, tenía que ser un dual. Y vamos, como que no tengo la más mínima intención de relacionarme con racistas sectarios asesinos. Duales. Llevo toda mi vida huyendo de ellos y aunque soy en parte una dual, herencia de una madre a la que no llegué a conocer, sé que son mala gente. Y si sigo con vida no es una casualidad. Nadie, humano o dual, va a hacernos daño sin que presentemos batalla. Y desde luego, ni loca voy a dejarme llevar por lo que me hace sentir, por muy bueno que esté. Soy capaz de plantarle cara hasta al cosmos, por habérmela jugado haciendo que encuentre a mi supuesta media naranja.

*** Saga Cazadores Oscuros

Ocultos de los humanos, los cazadores oscuros, guerreros de élite que en otra época fueron humanos, se enfrentan cada noche contra demonios que ansían hacerse con el control del mundo y crear el caos. Una lucha épica que no tienen aspiraciones de conseguir, desde que las místicas, mujeres con capacidades mágicas elementales fueron asesinadas. O eso pensaban. **Libros de más de 250 páginas**

“Una gran historia que te engancha de principio a fin, si ya me gustó la primera parte, esta segunda no se queda atrás y deseando que salgan más!! Hace poco empecé a leer a esta autora y ninguno de sus libros me ha defraudado. Os animo a leer más de ella y adentraros en sus historias, no os defraudará!!”

Elektrika (#1)

Me gustaría decir que mi vida es de lo más normal. Y de hecho, lo era. Fantásticamente normal, vamos. Nunca me había quejado al respecto. Trabajaba a jornada parcial y el resto me lo pasaba entre el sofá, mis amigas y mi novio. El que sería mi exnovio en breve, cosas de la vida. Sin más. Y con la depresión pre-ruptura a mis amigas no se les ocurrió nada más que llevarme de fiesta. La idea en sí era buena pero las cosas se complicaron cuando unos ojos oscuros me encontraron en medio de ese bar musical cutre, ya sabéis uno de esos locales en los que nunca pasa nada ni va nadie que valga la pena. Pero no, esa noche los astros se alinearon y me encontré bailando entre los brazos del HOMBRE. Y lo escribo en mayúsculas por qué no sabría sino como darle la importancia que realmente merece. Mi vida patas arriba. Mi mundo y mi realidad, una mera falsa. Sentimientos y responsabilidades que jamás pensé que fuera a vivir alguien como yo. La humanidad lo tenía claro. Pero antes de empezar en plan catastrofista, mejor que empecemos por el principio. Me llamo Elena. Esta es mi historia. Y la de Logan.

Luminika (#2)

Un nuevo alzamiento estaba próximo y si el viejo no se equivocaba podía significar algo así como el fin del mundo. No es que me importara mucho. Hacía tiempo que ya ese tipo de cosas no me importaban especialmente. Lo lamentaba por Logan. Se merecía tiempo para disfrutar de una vida mejor, de esa vida que empezaba a descubrir al lado de Elena. Elektrika. Me tensé cuando escuché mi nombre en boca del viejo. Logan me miraba y la sonrisa de Elena no prometía nada bueno. Me cae bien, en serio. Pero no puedo dejar de ser quién soy. Un cazador. Viejo. Al menos soy formidable en lo mío. Matar demonios, básicamente. Los miré sintiendo que una soga se cernía sobre mi cuello. ¿Viajar a reclutar cazadores con el viejo? No podían hablar en serio. Casi prefería que me desmembrara un duma. Pero supongo que mi deber y mi honor podían más que mi aversión por el viejo. No es que me caiga mal. Es que es cansino. Y tenía un extraño presentimiento. John no es de los que toma decisiones al azar y había visto algo en su mirada cuando Elena había dado la idea de que él y yo fuéramos juntos allí. Genial. Anthony y John se van de viaje. Si escribiera un diario, algo que hace ya muchos siglos dejé de hacer, lo titularía como el inicio de una pesadilla. Y sí, contra todo pronóstico así empezaría mi historia. Y la de una pelirroja de armas tomar. Leia. Mi Leia.

*** Trilogía Lobos de Dóen:

Si te gustan las historias de hombres lobos y cazadores cargadas de romanticismo y un toque de sensualidad aquí tienes una saga de libros cortos de 150-250 páginas para pasar un buen rato.

“Muy bonita historia, ligera y Refrescante. No es muy larga, se lee en par de horas. Tiene de todo un poco, romance, acción, un macho alfa dominante, erotismo, otros machos deseando sobresalir, etc.“

“Me ha encantado esta maravillosas historias, la recomiendo muchísimo, no os dejará indiferente, espero seguir leyendo historias tan maravillosas de esta serie.”

La Chica Lobo (#1)

Tener una loba de mascota, de unos setenta kilos, puede parecer algo un poco raro. Pero para Amanda, criada en una granja por una madre soltera, lo que diga la gente le importa bien poco. Tras una pelea con su novio, decide aceptar unas prácticas en Dóen, un pequeño pueblo de montaña, para ayudar al veterinario local durante la temporada de verano. Lo que no esperaba era acabar trabajando con un atractivo pero inestable jefe al que en más de una ocasión le gustaría golpear… y en otras mordisquear un poco, como una fruta prohibida. La llegada de un grupo de forestales con aspecto militar para investigar la muerte de dos turistas por un animal salvaje y el extraño comportamiento sobreprotector de su loba, pueden ser signos de que a veces los pueblos más tranquilos del mundo pueden esconder más de un secreto.

El Cazador Cazado (#2)

Nunca había sido fácil la vida como cazador. Siempre en la carretera, persiguiendo criaturas mitad hombre, mitad bestia. Aunque al menos aquello se me daba bien. Y ahora mi vida había dado un giro radical. Viviendo entre lobos, ironías del destino. Por primera vez en mi vida, caminaba sin saber qué dirección tomar. Aunque de alguna forma mi camino parecía cruzarse con el de la mujer de largas piernas y mirada seria intimidatoria que nunca parecía dispuesta a sonreír, excepto a su cría de ojos verdes, la hija del que habría sido el alfa, si no hubiera muerto en manos de un cazador. En manos de alguien como yo. La mirada de odio de la dama no era un punto a mi favor, todo sea dicho, pero tenía la sensación de que tanto orden, tanta disciplina, necesitaban un poco de caos. Un poco de mí. ¿Quién era yo para contradecir al destino?

La Loba Solitaria (#3)

Naiara Fae. Ese es un nombre que tendría que significar mucho para mí y sin embargo significa muy poco. Un recuerdo. Solo eso. Uno que duele. Uno que desde hace muchos años vivía tranquilamente enterrado en algún lugar de mi cabeza. No debería haberme acercado a esa cabaña. No debería haberlo hecho porque era consciente de que había el rastro de un macho allí. Pero la fiebre y el cansancio pudieron conmigo. James Pearson, guardabosques de profesión y hombre-lobo en sus ratos libres, sabe que alguien lleva un par de días rondando por el perímetro de la manada. Una hembra. Una loba solitaria. Eso por definición no puede ser algo bueno, aunque tiene la esperanza de que esté solo de paso. Que no interfiera en la tranquilidad y la seguridad que se ha establecido en Dóen. Pero cuando encuentra a una loba enferma y asustada que pese a todo parece dispuesta a enfrentarse a él y al mundo entero si es necesario, sus lealtades van a verse comprometidas porque su lobo tiene muy claro que incluso siendo rebelde y peligrosa, quiera hacerla suya.

*** Trilogía Instintos:

Había pasado ya más de un siglo desde la Apertura, en el que algunas de las criaturas hasta entonces consideradas mitológicas, se convirtieron en una realidad en nuestras calles. Ser humano y vivir con criaturas capaces de convertirse en lobo y triplicar su fuerza o vampiros con cierta predilección por tu grupo sanguíneo, no es para nada fácil. Pese a vivir en un ambiente protegido, Atlantic se ve obligada a empezar a trabajar en una biblioteca cuando su universidad la invita a buscar otras perspectivas de futuro al no pasar los exámenes. Decepcionada con el mundo, y consigo misma, se deja llevar cuando conoce a un cambiante, mitad hombre y mitad lobo, casi por casualidad. Pero a veces las casualidades vienen marcadas por el propio destino y ninguno de los dos podrá evitar dejarse llevar por esa atracción que les vincula de forma permanente, pese a sus diferencias. Ni Atlantic ni Jan, su lobo, pueden imaginarse que todo lo que conocen o creen conocer, está a punto de cambiar. **Libros cortos de 150-250 páginas**

“¡Me encanta! Cada vez estoy más enganchada a esta saga. La primera parte me gustó, pero este segundo libro me ha encantado. Estoy deseando que salga el siguiente libro y, por supuesto, que continúe con las historias de las amigas de Atlantic.”

El Despertar del Lobo (#1)
El Ascenso del Vampiro (#2)
El Secreto de los Humanos (#3)

*** Sensibles

Los Tuatha de Dannan fueron según la mitología celta antiguos dioses poseedores de grandes dones que lucharon hasta convertirse en los únicos Señores de Irlanda durante la Edad Media y parte de la Edad de Hierro. Grandes guerreros, magia druídica y antiguos secretos que están a punto de ser revelados. **Libros románticos cargados de fantasía y misterio. Libros independientes de más de 250 páginas**

La Druida Olvidada (#1)

Dispuesta a reconstruir su vida tras la muerte de su padre, Mila Mas decide volver a su Irlanda natal para conocer en primera persona la tierra de la madre que perdió siendo un bebé. Arropada por los recuerdos de las historias que su padre le explicaba sobre su madre y con la esperanza de volver a empezar, no entraba en sus planes encontrarse con un hombre de mirada penetrante y modales groseros. Colin Cian. Ardiente sería una palabra para definirlo, pero también había otra. Inestable. Por no decir peligroso. Pero Mila no puede negar que no es solo una mera atracción física lo que parece empujarla, irremediablemente, en su dirección. Incluso si él no es el candidato modélico del que una mujer debería enamorarse. Aunque Mila es más de dejarse llevar y eso del sentido común a veces le resulta más un incordio que otra cosa. Secretos del pasado, historias de dioses celtas que cayeron en el olvido y una sola realidad. Algo que ha despertado en Mila y que va a hacer que su vida cambie por completo. ¿Te atreves a descubrirlo?

*** Trilogía Pueblos Perdidos

Serie juvenil romántica de aventuras en un mundo fantástico.

Invisible. Su piel era dorada y sus ojos tenían el tono ambarino correcto de su raza, pero ningún dorado la miraría como a un igual si miraba su cuello. Maldita. La Diosa Aurum la había condenado al nacer, al no marcar su piel con la runa de los dorados, quizás por un pecado cometido por su difunta madre, quizás por un mero capricho. Condenada a no ser una dorada en derecho pleno, había vivido encerrada dentro del Oráculo del Desierto sirviendo a las Vidente, protegida del mundo que había fuera. De los salvajes y de aquellos que podían despreciarla por no haber sido marcada. Sin embargo, la tranquilidad con la que ha vivido Aina se ve alterada cuando es convocada por el Consejo tras la muerte del Rey dorado de Do-Urh, para participar en los Juegos de Honor y enfrentarse al resto de jóvenes dorados para determinar quién será el nuevo Rey. Aina se ve obligada a alejarse de su hogar, con la esperanza de conocer a su padre y descubrir el origen de su maldición. Pese a su determinación de no intimar con ningún varón dada la profecía de su nacimiento en la que se le advierte de que si se entrega a un hombre al que ame, éste morirá entre sus brazos, no podrá evitar enamorarse al conocer a Dexter, un joven explorador dorado por el que su mutua atracción hará que tenga que esforzarse para mantenerse alejada de él y asegurarse de que la Diosa Aurum no lo castigue por su culpa. Maldita para muchos y especial para otros, Aina ha de intentar encontrar su sitio en ese mundo que se dibuja frente a ella, muy diferente al que siempre había imaginado. Porque para poder ser libre, para poder amar y ser correspondida sin reservas, primero tendrá que encontrar a su padre, romper su maldición, desafiar a una Diosa y encontrar su propio destino, junto a Dexter. **Libros de más de 700 páginas**

“Una chica aparentemente sin nada que va consiguiendo que todos a su alrededor acepten las diferencias como buenas. Genial historia, preciosos personajes, muy bien construidos.”

“Gran historia de aventuras que te atrapa y te obliga a no soltar el libro fácilmente. Realmente gran descubrimiento de esta autora con ganas de leer más de ella. Añadida a la lista de autoras preferidas”

“Es una novela fantástica, llena de aventuras y con una bonita historia de amor de fondo. Estoy deseando leer la segunda parte.”

La Hija Maldita (#1)
El Templo Perdido (#2)

*** Trilogía Al Otro Lado. Sombras y Dragones.

Serie juvenil romántica fantástica.

Noelia y Gabriela son amigas desde la infancia, de esas amistades en las que a veces una sabe más de la otra que ella misma. Noelia sabe que Gabriela vive parcialmente escondida a su sombra, intentando ser normal. Aunque no lo es completamente. Ignorando esas diferencias y los secretos que oculta, han crecido juntas aspirando cosas normales de chicas normales, hasta que la aparición de Niloy, un chico de aspecto peligroso y carácter un tanto inestable, hace que Gabriela tenga que asumir que parte de lo que toda la vida ha estado ocultando es real, y no fruto de su imaginación. Porqué desde su primer encuentro, Gabriela y Niloy han sabido reconocer que al margen de los sentimientos y la atracción que hay entre ellos, hay mucho más sobre lo que son y de cuál es su destino. Pero para poder seguir adelante en esta emocionante aventura, necesitarán de sus amigos y de las personas que desde siempre, le han acompañado.

Libros de más de 250 páginas

“Me ha gustado mucho esta segunda parte y espero q tenga su tercera, recomiendo este libro para todo aquel q le guste la fantasía con un toque de amor.”

El Encuentro (#1)
Susurros (#2)
Runas (#3)